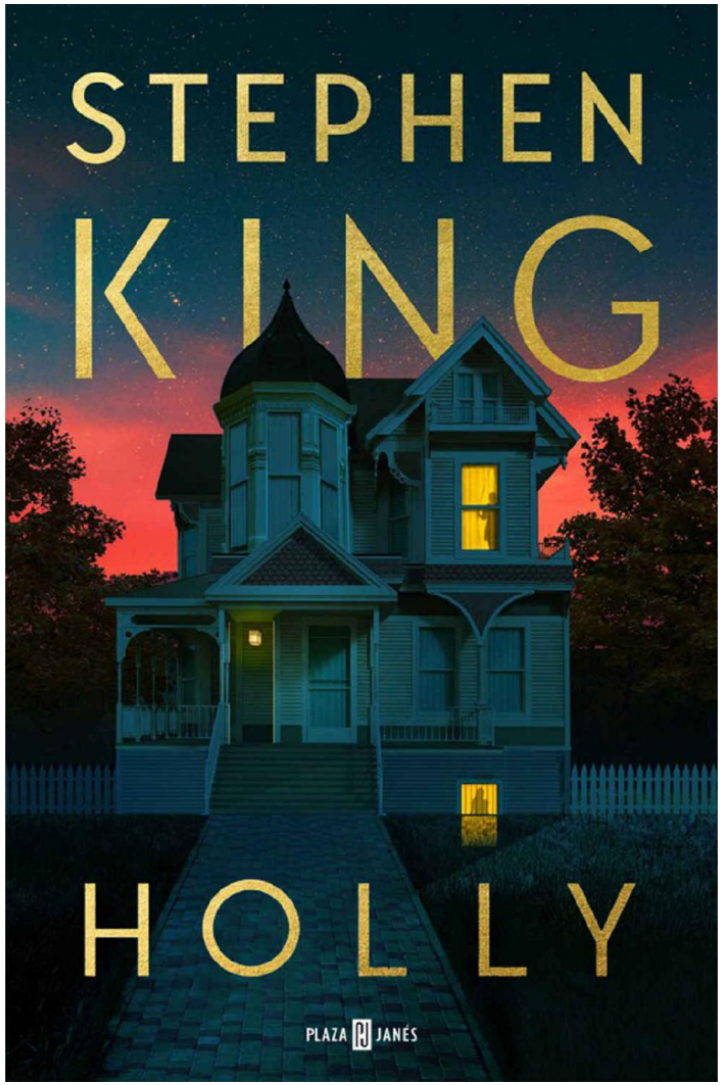
STEPHEN
KING
HOLLY
PLAZA JANÉS

Cuando Penny Dahl contacta con Finders Keepers para que la ayuden a encontrar a su hija, algo en la voz desesperada de la mujer hace que Holly Gibney se vea obligada a aceptar el trabajo. A poca distancia del lugar en el que Bonnie Dahl desapareció, viven los profesores Rodney y Emily Harris. Son la quintaesencia de la respetabilidad burguesa: un matrimonio octogenario y dedicado de académicos semirretirados. Nadie diría que, en el sótano de su impecable casa forrada de libros, esconden un secreto directamente relacionado con la desaparición de Bonnie. Sin embargo, los Harris son astutos, pacientes y despiadados, y obligarán a Holly a emplear sus habilidades al máximo y a arriesgarlo todo si quiere cerrar el caso más oscuro al que se ha enfrentado jamás.

STEPHEN KING

Traducción de
CARLOS MILLA SOLER

HOLLY

PLAZA JANÉS

Título original: *Holly*
2023, Stephen King
2023, Penguin Random House
2023, Carlos Milla Soler, por la traducción

Para Chuck Verrill:
editor, agente y, sobre todo, amigo
1951-2022
Gracias, Chuck

A veces el universo te echa un cable.

BILL HODGES

17 de octubre de 2012

1

Es una ciudad antigua, y ni ella ni el lago a orillas del cual se construyó se conservan ya en muy buen estado, pero aún quedan zonas bastante agradables. Los habitantes de toda la vida posiblemente coincidirían en que el barrio más bonito es Sugar Heights y, dentro de este, la calle más bonita es Ridge Road, que traza una suave curva descendente desde la universidad, el Bell College de Artes y Ciencias, hasta Deerfield Park, tres kilómetros más abajo. En su recorrido, Ridge Road pasa ante muchas casas magníficas, algunas propiedad de profesores de la universidad y otras de algunos de los profesionales más prósperos de la ciudad: médicos, abogados, banqueros y ejecutivos situados en lo alto de la pirámide. En su mayor parte, son residencias victorianas con la pintura impecable, ventanas en voladizo y mucha decoración de pan de jengibre.

El parque donde acaba Ridge Road no es tan extenso como el que se encuentra en pleno centro de Manhattan, pero casi. Deerfield es el orgullo de la ciudad y debe su extraordinario aspecto a la legión de jardineros que lo mantienen. Sí, es cierto que el lado oeste, lindante con Red Bank Avenue y conocido como los Matorrales, está descuidado. Es ahí donde a veces, de noche, rondan individuos que buscan o venden drogas, y donde se produce algún que otro atraco, pero los Matorrales abarcan poco más de una hectárea de las trescientas totales. El resto del parque es una extensión de hierba y flores por cuyos senderos pasean los amantes y en cuyos bancos los viejos leen el periódico (hoy día cada vez más a menudo en dispositivos electrónicos) y las mujeres charlan, en ocasiones mientras mecen a sus bebés en cochecitos caros. Hay dos estanques, en uno de los cuales en ocasiones se ve a hombres o niños manejar barcos teledirigidos. Por la superficie del otro se deslizan de aquí para allá cisnes y patos. Además, hay una zona de juegos infantiles. Tiene de todo, a decir verdad, salvo una piscina pública; de cuando en cuando el ayuntamiento estudia la idea, pero siempre la posterga. El coste, ya se sabe.

Esta noche de octubre es cálida para la época del año, pero la llovizna ha disuadido a todos los corredores menos al más tenaz. No es otro que Jorge Castro, profesor de escritura creativa y literatura latinoamericana en la universidad. Pese a su especialidad, nació y se crio en Estados

Unidos; Jorge se complace en decir que es tan norteamericano como la «*pie* de manzana».

Cumplió los cuarenta en julio, y ya no puede engañarse pensando que aún es la joven celebridad que alcanzó un éxito fugaz de ventas con su primera novela. A los cuarenta, uno debe dejar de engañarse con la idea de que aún es joven para algo. Si no —si uno suscribe bobadas como que «los cuarenta son los nuevos veinticinco», propias de la teoría de la autorrealización—, pronto descubrirá que su declive ha empezado. Al principio solo un poco, pero luego un poco más, y de repente, al cumplir los cincuenta, se dará cuenta de que la barriga le sobresale por encima de la hebilla del cinturón y guarda pastillas contra el colesterol en el botiquín. A los veinte, el cuerpo perdona. A los cuarenta, el perdón es provisional en el mejor de los casos. Jorge Castro no quiere plantarse en los cincuenta y encontrarse con que se ha convertido en un gordo fachoso más, como tantos hombres en el país.

A los cuarenta, uno tiene que empezar a cuidarse. Debe conservar la maquinaria en buen estado, porque aquí no es posible entregar el vehículo usado en la compra de uno nuevo. Así que Jorge bebe zumo de naranja por las mañanas (potasio), seguido casi a diario de copos de avena (antioxidantes), y consume carne roja sola una vez por semana. Cuando le apetece un tentempié, acostumbra a abrir una lata de sardinas. Son una buena fuente de omega 3. (¡Y están muy ricas!). Hace ejercicios sencillos cada mañana y corre a última hora del día, sin excederse pero oxigenando esos pulmones de cuarenta años y dándole un buen meneo a ese corazón de cuarenta años (frecuencia cardiaca en reposo: 63). Jorge quiere aparentar cuarenta años cuando cumpla los cincuenta y sentirse como si los tuviera, pero el destino juega malas pasadas. Jorge Castro no va a llegar siquiera a los cuarenta y uno.

2

Su rutina, que mantiene incluso en noches de llovizna, consiste en correr desde la casa que comparte con Freddy (que podrán ocupar, como mínimo, mientras él siga en el puesto de escritor residente), a menos de un kilómetro de la universidad, hasta el parque. Allí hace estiramientos de espalda, bebe un poco del agua vitaminada que lleva en la riñonera y vuelve a casa al trote. La lluvia arrecia, y no hay otros corredores, paseantes o ciclistas entre los que zigzaguear. Los peores son los ciclistas, empeñados en que tienen todo el derecho del mundo a ir por la acera en lugar de circular por la calzada, pese a que disponen de un carril bici. Esta noche tiene toda la acera para él solo. Ni siquiera ha de saludar a las personas que podrían estar tomando el aire nocturno en sus viejos porches antiguos y señoriales; el mal tiempo los ha obligado a quedarse a cubierto.

A todos menos a una: la vieja poeta. Pese a que a esa hora, las ocho, la temperatura se mantiene por encima de los diez grados, está arrebujada en una parka, porque apenas llega a los cincuenta kilos (su médico siempre la reprende por el peso) y acusa el frío. Más que el frío, acusa la humedad. Sin embargo, ahí sigue, porque esta noche tiene un poema al alcance de la mano, si es que logra meter los dedos por debajo de la tapa y abrirlo. No ha escrito ni uno desde mediados del verano y necesita ponerlo en marcha antes de que se oxide. Necesita «visualizar», como dicen a veces sus alumnos. Más importante es el hecho de que este podría ser un «buen» poema. Quizá incluso un poema «necesario».

Tiene que empezar por la forma en que la niebla se arremolina en torno a las farolas frente a ella y luego avanzar hacia aquello que concibe como «el misterio». Que lo es todo. La niebla crea halos en lento movimiento, plateados y hermosos. No quiere utilizar «halos», porque es la palabra previsible, la palabra perezosa. Casi un tópico. Aunque «plateados»… o tal vez «de plata»…

Interrumpe sus pensamientos un instante para observar a un joven (a sus ochenta y nueve años, alguien de cuarenta parece muy joven) que pasa por la otra acera acompañado del chacoloteo de sus pisadas. Sabe quién es: el escritor residente que considera a Gabriel García Márquez el no va más. Con ese cabello largo, el bigotito y la perilla, recuerda a la vieja poeta a un personaje encantador de *La princesa prometida*: «Me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre, prepárate para morir». Lleva una chaqueta amarilla con una banda reflectante a lo largo de la espalda y un pantalón de correr ridículamente ajustado. «Corre que se las pela», habría dicho la madre de la vieja poeta. O «como si tocaran a rebato».

«A rebato» la lleva a pensar en campanas, y vuelve a posar la mirada en la farola que tiene justo enfrente. Le viene a la cabeza: «El corredor no oye la plata por encima de él, / estas campanas no repican».

No encaja porque es prosaico, pero por algo se empieza. Ha conseguido meter los dedos bajo la tapa del poema. Tiene que entrar en casa, coger su cuaderno y ponerse a garabatear. No obstante, continúa ahí sentada un momento, contemplando la rotación de los círculos de plata en torno a las farolas. *Halos*, piensa. *No puedo usar esa palabra, pero eso es lo que parecen, maldita sea.*

Atisba una última vez la chaqueta amarilla del corredor, que acto seguido desaparece en la oscuridad. La vieja poeta se levanta trabajosamente, con una mueca en el rostro por el dolor de cadera, y entra en casa arrastrando los pies.

3

Jorge Castro aprieta un poco la marcha. Ahora que ha recobrado las

energías, sus pulmones inhalan más aire, sus endorfinas se activan. Poco más adelante está el parque, cuyas farolas anticuadas proyectan un resplandor místico de color amarillo. Enfrente de la zona de juegos infantiles desierta hay un pequeño aparcamiento, ahora vacío salvo por una furgoneta de pasajeros con la puerta lateral abierta y una rampa desplegada sobre el asfalto húmedo. Al pie de esta, ve a un anciano en silla de ruedas y a una anciana que, con una rodilla en el suelo, trastea bajo la silla.

Jorge se detiene un momento, se inclina y se apoya las manos en las piernas por encima de las rodillas mientras recupera el aliento y observa la furgoneta. En la matrícula posterior, azul y blanca, lleva el símbolo de la silla de ruedas.

La mujer, que viste un anorak y una pañoleta, lo mira. Al principio, por la exigua luz del pequeño aparcamiento auxiliar, Jorge no está muy seguro de reconocerla.

—¡Hola! ¿Algún problema?

La mujer se yergue. El viejo de la silla de ruedas, vestido con una chaqueta de punto y una boina, le dirige un saludo lánguido.

—Se ha quedado sin batería —contesta la mujer—. Usted es el señor Castro, ¿verdad? ¿Jorge?

Ahora sí la reconoce. Es la profesora Emily Harris, catedrática, que da clases de literatura inglesa… o daba; quizá ya sea emérita. Y ese es su marido, también profesor. No sabía que Harris estuviera discapacitado. Como el viejo y él trabajan en departamentos y edificios distintos, apenas han coincidido en el campus, pero cree que la última vez que lo vio caminaba. A ella sí la ve bastante a menudo en las reuniones del claustro y en pedantes actos culturales. Jorge sospecha que Emily Harris no le tiene especial aprecio, y menos después de la reunión del departamento sobre el ya desaparecido taller de poesía, que acabó en una discusión un tanto acalorada.

—Sí, soy yo —dice él—. Deduzco que les gustaría llegar a casa y secarse.

—Estaría bien —responde el señor Harris, que quizá sea también catedrático. Tirita un poco, porque la chaqueta de punto es fina—. ¿Podría empujar la silla para ayudarme a subir por la rampa, joven? —Tose, carraspea y vuelve a toser.

Su mujer, siempre seca e imperiosa en las reuniones de departamento, parece ahora un poco desorientada y mustia. Desamparada. Jorge se pregunta cuánto tiempo llevarán ahí fuera, y por qué ella no ha llamado a alguien para pedir ayuda. *A lo mejor no tiene teléfono*, piensa. *O se lo ha dejado en casa. La gente mayor puede ser muy olvidadiza con esas cosas.* Aunque ella no puede tener mucho más de setenta años. Su marido, en silla de ruedas, aparenta más edad.

—Creo que puedo ayudarles. ¿Ha quitado el freno?

—Sí, claro —contesta Emily Harris, y se echa atrás cuando Jorge

agarra las empuñaduras y maniobra con la silla para enfilar la rampa.

Retrocede unos tres metros con la intención de tomar carrerilla. Las sillas de ruedas motorizadas pueden pesar mucho. No querría perder impulso a media rampa y resbalar hacia atrás. O, Dios lo libre, desviarse hacia un lado, volcar y tirar al viejo al asfalto.

—Allá vamos, señor Harris. Agárrese, por si hay alguna sacudida.

Harris se sujeta a los reposabrazos, y Jorge se fija en lo anchos que tiene los hombros. Parecen musculosos bajo la chaqueta de punto. Supone que quienes pierden la movilidad de las piernas lo compensan por otros medios. Jorge acelera hacia la rampa.

—¡Arre, Plata! —exclama el señor Harris, animado.

La primera mitad de la rampa es fácil, pero a partir de ahí la silla empieza a perder impulso. Jorge se inclina hacia delante, recurre a la fuerza de la espalda y sigue avanzando. Mientras lleva a cabo esta tarea de buena vecindad, advierte algo raro: las matrículas de este estado son de color rojo y blanco, y pese a que los Harris viven en Ridge Road igual que él (ha visto a Emily Harris a menudo en su jardín), la matrícula de su furgoneta es *azul* y blanca, como las del estado situado al oeste. Le extraña también otra cosa: no recuerda haber visto nunca esta furgoneta en la calle, aunque sí ha visto a Emily sentada muy erguida al volante de una pequeña ranchera Subaru bien cuidada con un adhesivo de Obama en el parachoques tra…

Cuando llega a lo alto de la rampa, ya en posición casi horizontal, con los brazos extendidos y las zapatillas flexionadas, le pica un bicho en la nuca. Por cómo se propaga el calor desde el aguijonazo, debe de ser un bicho grande, quizá una avispa, y le está provocando una reacción. Nunca había tenido reacciones alérgicas a las picaduras, pero hay una primera vez para todo, y de repente se le nubla la vista y le flojean los brazos. Resbala en la rampa húmeda y cae sobre una rodilla.

La silla de ruedas va a pasarme por encima…

Pero eso no ocurre. Rodney Harris pulsa un interruptor y la silla de ruedas entra en el vehículo con un plácido ronroneo. Harris se levanta de un brinco, rodea la silla con brío y observa al hombre arrodillado en la rampa, que tiene el cabello pegado a la frente y las mejillas húmedas a causa de la llovizna, como si sudara. Entonces Jorge se desploma de bruces.

—¡Fíjate! —exclama Emily en voz baja—. ¡Perfecto!

—Ayúdame —dice Rodney.

La mujer, calzada también con zapatillas de deporte, agarra a Jorge por los tobillos. El marido lo sujeta por los brazos. Cargan con él hasta dentro. La rampa se repliega. Rodney (quien, ciertamente, es también catedrático, dicho sea de paso) se acomoda en el amplio asiento del lado izquierdo. Emily se arrodilla y maniata a Jorge con unas bridas de plástico, aunque posiblemente sea una precaución innecesaria. Jorge duerme a pierna suelta (símil que seguro que la vieja poeta

desaprobaría) y ronca de forma sonora.

—¿Todo en orden? —pregunta Rodney Harris, del Departamento de Ciencias Biológicas del Bell College.

—¡Todo en orden! —A Emily se le quiebra la voz a causa del entusiasmo—. ¡Lo hemos conseguido, Roddy! ¡Hemos atrapado al hijo de puta!

—Ese vocabulario, cariño —reprende Rodney. A continuación sonríe —. Pero sí. En efecto, lo hemos conseguido. —Sale del aparcamiento y enfila la cuesta.

La vieja poeta levanta la vista de su cuaderno, que tiene una imagen de una pequeña carretilla roja en la portada, ve pasar la furgoneta y se concentra de nuevo en el poema.

La furgoneta tuerce en el número 93 de Ridge Road, la casa de los Harris desde hace casi veinticinco años. Es de su propiedad, no de la universidad. Una de las dos puertas del garaje se levanta; la furgoneta entra en el espacio de la izquierda; la puerta se cierra; la quietud se impone de nuevo en Ridge Road. La bruma se arremolina en torno a las farolas.

Como halos.

4

Jorge recobra el conocimiento poco a poco. Tiene la cabeza a punto de estallar, la boca seca y el estómago revuelto. No sabe cuánto bebió, pero tuvo que ser bastante para acabar con semejante resaca. ¿Y dónde bebió? ¿En una fiesta del claustro? ¿En una quedada con los alumnos del seminario de escritura creativa donde decidió, insensatamente, beber como el estudiante que en otro tiempo fue? ¿Se emborrachó después de la última discusión con Freddy? Tiene la impresión de que ninguna de esas explicaciones es la correcta.

Abre los ojos, listo para enfrentarse al resplandor de la mañana, que provocará otra andanada de dolor en su maltrecha cabeza, pero la luz es tenue. Una luz benévola, teniendo en cuenta su malestar actual. Según parece, está tendido en un futón o una esterilla de yoga. Al lado hay un cubo, un cubo de fregar de plástico que podría haber salido de Walmart o Dollar Tree. Sabe cuál es su función, y al instante descubre también qué debían de sentir los perros de Pavlov al oír el timbre, porque le basta con mirar el cubo para experimentar un espasmo en el estómago. Se pone de rodillas y vomita con violencia. Tras una pausa, el tiempo suficiente para tomar aire un par de veces, arroja de nuevo.

Se le calma el estómago, pero por un momento la cabeza le duele con tal intensidad que cree que va a partírsele en dos y a caer al suelo. Se le empañan los ojos, y los cierra mientras espera a que el dolor remita. Al final el ramalazo se atenúa, pero le ha quedado en la boca y la nariz el

sabor rancio del vómito. Con los ojos aún cerrados, busca a tientas el cubo y escupe dentro hasta aclararse la boca al menos parcialmente.

Abre los ojos, levanta la cabeza (con cautela) y ve unos barrotes. Está en una jaula. Es espaciosa, pero es una jaula, no cabe duda. Más allá ve una sala alargada. Las luces del techo deben de regularse con un reostato, porque la sala está en penumbra. Ve un suelo de hormigón tan limpio que podría comerse en él… aunque no siente el menor apetito. La parte de la sala próxima a la jaula está vacía. En el centro se alzan unas escaleras. Hay una escoba apoyada en ellas. Más allá de las escaleras se ve un taller bien equipado, con las herramientas colgadas en ganchos y una sierra de cinta instalada en una mesa. Hay también una ingletadora compuesta: una buena herramienta, nada barata. Varios cortasetos y podaderas. Un surtido de llaves de boca fija, meticulosamente dispuestas de mayor a menor. Una hilera de llaves de tubo sobre una mesa de trabajo junto a una puerta que da… a algún sitio. Todo el material habitual de un manitas casero, y parece bien mantenido.

No se ve serrín debajo de la mesa donde está la sierra. Más allá se alza una máquina que no había visto nunca: grande, amarilla y cuadrada, casi del tamaño de una unidad de tratamiento de aire industrial. Jorge llega a la conclusión de que será eso, porque sale de ella un tubo de goma que atraviesa el revestimiento de madera de la pared, pero nunca ha visto una como esa. Si tiene marca, queda oculta al otro lado.

Echa una ojeada al interior de la jaula y lo que ve lo asusta. No tanto por las botellas de agua Dasani colocadas encima de una caja naranja que hace las veces de mesa como por el objeto cúbico instalado en el rincón, bajo el techo inclinado. Es un váter portátil, de los que utilizan los inválidos cuando aún pueden salir de la cama pero no desplazarse hasta el cuarto de baño más cercano.

Jorge todavía no se siente capaz de tenerse en pie, así que se arrastra hasta el váter y levanta la tapa. Ve agua azul en la taza y percibe un tufo a desinfectante tan potente que se le empañan de nuevo los ojos. La cierra y gatea de vuelta al futón. Pese a su lamentable estado, sabe qué significa ese váter portátil: alguien tiene previsto retenerlo un tiempo ahí. Lo han secuestrado. No un cártel, como en su novela, *Catalepsia*, ni en México o Colombia. Por demencial que parezca, lo ha secuestrado una pareja de ancianos profesores, y una es colega suya. Y si eso es su sótano, no se encuentra lejos de su propia casa, donde Freddy debe de estar leyendo en el salón y tomando una taza de…

Pero no. Freddy se ha ido, al menos por ahora. Se marchó después de la última discusión, enfurruñado, como de costumbre.

Examina los barrotes entrecruzados. Son de acero y están soldados a conciencia. Debe ser un trabajo realizado en ese mismo taller —desde luego no existe en internet ninguna tienda en la que pueda encargase una celda—, pero los barrotes parecen muy sólidos. Agarra uno con las dos manos y da una sacudida. No cede.

Mira al techo y ve paneles blancos con orificios diminutos. Aislamiento acústico. Advierte otra cosa: desde arriba lo observa un ojo de cristal. Jorge alza la cara hacia él.

—¿Están ahí? ¿Qué quieren?

Nada. Se plantea pedir a gritos que lo dejen salir, pero ¿de qué serviría? Si uno encierra a alguien en una jaula, en el sótano de su casa (tiene que ser el sótano), con un cubo para los vómitos y un váter portátil, ¿va a bajar corriendo al primer grito para disculparse por su tremendo error?

Necesita mear, está que revienta. Sujetándose a los barrotes para ayudar a las piernas, se pone de pie. Otra punzada de dolor le atraviesa la cabeza, aunque no tan aguda como las que ha sentido al recobrar el conocimiento. Con andar vacilante, se acerca al váter portátil, levanta la tapa, se baja la bragueta y lo intenta. Al principio, pese a las ganas que tiene, no puede. Jorge siempre ha sido reservado para sus necesidades íntimas, evita los mingitorios cuando va al estadio de béisbol, y no puede quitarse de la cabeza ese ojo de cristal que lo observa. Lo tiene a la espalda, lo que ayuda un poco, pero no basta. Cuenta cuántos días faltan para que acabe el mes; luego cuántos días hasta Navidad, la entrañable Feliz Navidad de siempre, y surte efecto. Orina durante casi un minuto y a continuación coge una botella de Dasani. Se enjuaga con el primer sorbo y escupe en el agua desinfectada; después apura el resto de un trago.

Vuelve junto a los barrotes y contempla la estancia alargada: la mitad vacía próxima a la jaula, las escaleras y, más allá, el taller. Son la sierra de cinta y la ingletadora las que atraen una y otra vez su mirada. Quizá no sean las herramientas que más le conviene contemplar a un hombre enjaulado, pero cuesta no mirarlas. Cuesta no pensar en el zumbido agudo que emite una sierra de cinta como esa cuando la hoja penetra en la madera de pino o de cedro: *RRRUUUUUU*.

Recuerda la carrera a través de la llovizna y la bruma. Recuerda a Emily y a su marido. Recuerda cómo lo han engañado con una artimaña y luego le han inyectado algo. Después de eso no hay más que negrura hasta que ha despertado aquí.

¿Por qué? ¿Por qué habrían de hacer una cosa así?

—¿Quieren hablar? —pregunta al ojo de cristal—. Cuando quieran, estoy listo. ¡Solo tienen que decirme qué pretenden!

Nada. La sala permanece en un silencio sepulcral salvo por el ruido de sus pisadas y el tintineo contra los barrotes de la alianza que lleva puesta. El anillo no es suyo; Freddy y él no están casados. Al menos no todavía, y tal como van las cosas quizá nunca llegue el día. Jorge retiró el anillo del dedo de su *papi* en el hospital, minutos después de su muerte. Desde entonces no se lo ha quitado nunca.

¿Cuánto tiempo lleva aquí? Consulta su reloj, pero no le sirve de nada; es de cuerda, otro recuerdo de su padre, y se ha parado a la una y

cuarto. No sabe si de la mañana o de la tarde. Y ha olvidado cuándo le dio cuerda por última vez.

Los Harris. Emily y Ronald. ¿O se llama Robert? Sabe quiénes son, y eso no augura nada bueno, sospecha.

Tal vez *no augure nada bueno*, se dice.

Como no tiene sentido levantar la voz o gritar en un espacio insonorizado —y si lo hiciera, le volvería el dolor de cabeza, con saña—, se sienta en el futón y espera a que ocurra algo. A que alguien aparezca y le explique qué coño está pasando.

5

La sustancia que le han inyectado debe de flotarle aún en el cerebro, porque Jorge, con la cabeza gacha y un hilo de saliva en la comisura de los labios, se adormece. Un rato más tarde —sigue siendo la una y cuarto según el reloj de papi—, se abre una puerta arriba y alguien empieza a bajar por las escaleras. Jorge levanta la cabeza (otra punzada de dolor, pero no tan intensa) y ve unas zapatillas negras de deporte, unos calcetines bajos, un pantalón marrón tobillero y después un delantal de flores. Es Emily Harris. Con una bandeja.

Jorge se levanta.

—¿Qué está pasando aquí?

Emily, sin responder, se limita a dejar la bandeja a medio metro de la jaula. En ella, Jorge ve un voluminoso sobre marrón, encajado en un vaso grande de plástico para llevar, de esos que uno llena de café para un largo viaje. Al lado hay un plato que contiene algo asqueroso: un pedazo de carne de color rojo oscuro flotando en un líquido rojo aún más oscuro. Solo de mirarlo, siente arcadas otra vez.

—Emily, si se cree que voy a comerme eso, se equivoca.

Sin contestar, ella coge la escoba y empuja la bandeja por el suelo de hormigón. En la parte inferior de la jaula hay una trampilla con bisagras (*esto venían planeándolo*, piensa Jorge). El vaso se vuelca al golpear lo alto de la trampilla, que no mide más de unos diez centímetros de altura, y la bandeja entra. La portezuela se cierra con un ruido seco cuando ella retira la escoba. La carne que flota en el charco de sangre parece hígado crudo. Emily Harris se yergue, deja la escoba en su sitio, se vuelve… y le dirige una sonrisa. Como si estuvieran en un puto cóctel o algo así.

—No pienso comerme eso —repite Jorge.

—Te lo comerás —afirma ella.

Dicho esto, sube por las escaleras. Jorge oye que se cierra una puerta y después un chasquido, probablemente de un pestillo.

Le basta una ojeada al hígado crudo para sentir náuseas de nuevo, pero saca el sobre del vaso. Es algo llamado ka'chava. Según la etiqueta,

con los polvos que contiene se prepara una «bebida rica en nutrientes, el combustible que necesitas para tus aventuras».

Jorge piensa que en las últimas horas, sean las que sean, ha tenido aventuras suficientes para toda una vida. Deja la bolsa en el vaso de nuevo y se sienta en el futón. Aparta la bandeja a un lado sin mirarla. Cierra los ojos.

6

Se adormece, despierta, se adormece de nuevo y por fin despierta del todo. El dolor de cabeza casi ha desaparecido y se le ha asentado el estómago. Da cuerda al reloj de papi y lo pone a las doce del mediodía. O quizá de la noche. Da lo mismo; al menos le permitirá saber cuánto tiempo pasa aquí. Al final alguien —quizá el integrante masculino de este dúo de profesores chiflados— le dirá *por qué* lo han traído y qué debe hacer para salir. Jorge supone que sus explicaciones no tendrán ningún sentido, porque salta a la vista que esos dos están locos. *Muchos* profesores están locos —lo sabe bien porque ha pasado ya por no pocos centros del circuito de universidades con escritor residente—, pero los Harris se llevan la palma.

Al cabo de un rato, extrae el sobre de ka'chava del vaso, cuya finalidad evidente es mezclar los polvos con el resto de la botella de Dasani. El vaso es de Dillon's, el restaurante de una parada de camiones de Redlund al que Jorge y Freddy van a veces a desayunar. En este momento le gustaría estar allí. Le gustaría estar en la capilla de Ayers escuchando uno de los soporíferos sermones del reverendo Gallatin. Le gustaría estar en la consulta del médico esperando un examen proctológico. Le gustaría estar en cualquier sitio menos aquí.

No encuentra razón alguna para fiarse de nada que le den los Harris, ese par de chiflados, pero, ahora que se le han pasado las náuseas, tiene hambre. Antes de correr, siempre come ligero, pues se reserva la ingesta calórica más abundante para después. El sobre está cerrado, lo que quiere decir que probablemente no hay peligro; aun así, lo revisa con cuidado en busca de orificios (orificios de *agujas hipodérmicas*) antes de abrirlo y verterlo en el vaso. Añade agua, cierra la tapa y lo agita bien, como indican las instrucciones. Lo prueba y luego toma un largo trago. Duda mucho que sea una bebida inspirada en la «sabiduría antigua», como dice la etiqueta, pero sabe bastante bien. A chocolate. A frappé, si el frappé se elaborara a base de plantas.

Cuando se lo termina, mira otra vez el hígado crudo. Empuja la bandeja para intentar pasarla de nuevo por la trampilla, pero al principio no puede, porque la portezuela bascula solo hacia dentro. Introduce las uñas por debajo y tira. Saca la bandeja.

—¡Eh! —grita al ojo de cristal que lo observa—. Eh, ¿qué quieren?

¡Hablemos! ¡Aclaremos esto!

Nada.

7

Pasan seis horas.

En esta ocasión es el marido Harris quien desciende por las escaleras. Va en pijama y zapatillas de andar por casa. Tiene los hombros anchos, pero de ahí para abajo es flaco, y el pijama —adornado con camiones de bomberos, como el de un niño— le baila alrededor. Solo de ver a ese viejo, Jorge Castro experimenta una sensación de irrealidad: ¿de verdad puede estar ocurriendo esto?

—¿Qué quieren?

Harris, sin responder, se limita a observar la bandeja rechazada en el suelo de hormigón. Mira la trampilla y después la bandeja de nuevo. Lo repite un par de veces más como para asegurarse: bandeja, trampilla, bandeja, trampilla. Luego va a por la escoba y vuelve a introducir la bandeja en la jaula.

Jorge, ya harto, agarra la trampilla y empuja la bandeja otra vez hacia fuera. La sangre del plato salpica el dobladillo del pantalón del pijama de Harris. Este baja la escoba para introducir de nuevo la bandeja, pero llega a la conclusión de que sería un juego de suma cero. Apoya la escoba en las escaleras y se dispone a subir. Aunque por debajo de esos anchos hombros es muy poca cosa, el farsante hijo de puta parece bastante ágil.

—Vuelva —dice Jorge—. Hablemos de esto de hombre a hombre.

Harris lo mira y deja escapar un suspiro, como un padre resignado ante un niño pequeño incorregible.

—Puedes coger la bandeja cuando quieras —dice—. Creo que ha quedado claro.

—No pienso comérmelo, ya se lo he dicho a su mujer. Además de estar crudo, lleva a temperatura ambiente… —consulta el reloj de papi— más de seis horas.

El profesor chiflado, sin contestar, se limita a subir por las escaleras. Cierra la puerta. Echa el pestillo. Un chasquido.

8

Son las diez en el reloj de papi cuando baja Emily. Se ha cambiado el pantalón marrón tobillero por una bata floreada y sus propias zapatillas de andar por casa. *¿Podría ser la segunda noche?*, piensa Jorge. *¿Es posible? ¿Cuánto tiempo me dejó sin conocimiento esa inyección?* Por algún motivo, perder la noción del tiempo le causa aún más desazón que

contemplar ese mazacote de carne a medio coagular. Cuesta acostumbrarse a la pérdida de la noción del tiempo. Pero hay otra cosa a la que no puede acostumbrarse.

Emily mira la bandeja. Lo mira a él. Sonríe. Se vuelve para marcharse.

—¡Eh! —dice Jorge—. Emily.

Ella no se vuelve, pero se detiene al pie de las escaleras, atenta.

—Necesito un poco más de agua. Me he bebido una botella y he usado la otra para preparar el batido. Por cierto, estaba bastante bueno.

—No habrá más agua hasta que te comas la cena —dice ella, y sube por las escaleras.

9

Pasa el tiempo. Cuatro horas. La sed empieza a ser acuciante. No es que esté muriéndose de sed ni mucho menos, pero sin duda el vómito le ha causado deshidratación, y ese batido… nota que le recubre las paredes de la garganta. Podría enjuagarse con un trago de agua. Incluso con uno o dos sorbos.

Mira el váter portátil, pero aún no llega al extremo de intentar beber agua desinfectada. *En la que ahora ya he meado dos veces*, piensa.

Mira el objetivo de la cámara.

—Venga, hablemos. Por favor. —Tras un titubeo, añade—: Se lo ruego. —Oye que se le quiebra la voz. Se le quiebra por la *sequedad*.

Nada.

10

Otras dos horas.

Ya solo puede pensar en la sed. Ha leído que los hombres que quedan a la deriva en el mar al final empiezan a beber el líquido sobre el que flotan, pese a que beber agua salada es un camino rápido hacia la locura. O eso cuentan, y si es cierto o falso, poco importa en su actual situación, porque no hay mar a menos de mil quinientos kilómetros. Aquí no hay nada salvo el veneno del váter portátil.

Finalmente, Jorge se rinde. Introduce los dedos por debajo de la trampilla, se apoya en un brazo y tiende la mano hacia la bandeja. Al principio, no logra asirla, porque el borde está resbaladizo a causa del jugo. En lugar de atraerla hacia sí, solo consigue alejarla un poco más por el hormigón. Se estira y por fin la atrapa entre dos dedos. Arrastra la bandeja a través de la trampilla. Mira la carne, tan roja como músculo crudo; luego cierra los ojos y la coge. Se le dobla entre las manos y nota el roce frío en las muñecas. Con los ojos todavía cerrados, da un bocado. La garganta empieza a contraérsele en un espasmo.

No pienses, se dice. *Solo muerde y traga.*

Le baja por la garganta como una ostra cruda. O una porción de flema. Abre los ojos y mira al objetivo de cristal. Lo ve borroso a causa de las lágrimas.

—¿Basta con eso?

Nada. Y en realidad era solo un mordisquito, no un bocado. Aún queda mucho.

—*¿Por qué?* —grita—. ¿Por qué hacen esto? ¿Con qué *fin*?

Nada. Puede que no haya altavoz, pero Jorge cree que sí. Tiene la impresión de que, además de verlo, lo oyen, y si lo oyen, pueden contestar.

—No puedo —dice, llorando ahora a lágrima viva—. Lo haría si pudiera, pero *no puedo*, joder.

No obstante, descubre que sí puede. Bocado a bocado, se come el hígado crudo. Al principio tiene fuertes arcadas, pero con el tiempo se le pasan.

Solo que no ha sido exactamente así, piensa Jorge mientras mira el charco de gelatina roja coagulada en el plato, por lo demás vacío. *No se me han pasado, las he contenido por la fuerza.*

Levanta el plato hacia el ojo de cristal. En un primer momento, sigue sin ocurrir nada; luego la puerta al mundo de arriba se abre y la mujer desciende. Lleva rulos en el pelo. Se ha aplicado en la cara algún tipo de crema de noche. En una mano sostiene una botella de agua Dasani. La deja en el suelo de hormigón, fuera del alcance de Jorge, y coge la escoba.

—Bébete el jugo —ordena.

—Por favor —susurra Jorge—. No, por favor. Ya basta, por favor.

La profesora Emily Harris del Departamento de Literatura Inglesa —ahora quizá emérita, limitándose a impartir alguna que otra clase o seminario además de asistir a las reuniones del departamento— permanece en silencio. La calma que Jorge percibe en su mirada es lo que lo convence. Viene a ser como la letra del viejo blues: «El llanto y las súplicas no sirven de nada».

Ladea el plato y el jugo gelatinoso resbala hasta su boca. Unas gotas le salpican la camiseta, pero la mayor parte de la sangre acaba en su garganta. Le enseña el plato, vacío excepto por algún que otro residuo rojo. Teme que Emily le exija que se coma también eso —que lo rebañe con el dedo y se lo chupe como si fuera una piruleta de sangre coagulada—, pero no lo hace. Coloca de lado la botella de Dasani y, usando la escoba, la pasa rodando por la trampilla. Jorge la agarra, desenrosca el tapón y se bebe la mitad en varios tragos sucesivos.

¡Éxtasis!

Emily vuelve a dejar la escoba apoyada a un lado de las escaleras y empieza a subir.

—¿Qué quiere? ¡Dígame qué quiere y lo haré! ¡Lo juro por Dios!

Ella se detiene un momento, lo justo para decir una sola palabra en español:

—*Maricón.*

Luego sigue subiendo por las escaleras. Cierra la puerta. Se oye el chasquido del pestillo.

22 de julio de 2021

1

Zoom ha evolucionado desde la llegada del covid-19. Cuando Holly empezó a usarlo —en febrero de 2020, hace diecisiete meses, aunque parezca que ha pasado mucho más tiempo—, bastaba con mirar a la cámara bizqueando para que se cayera la conexión. A veces veías a los otros participantes en la videollamada; a veces, no; y a veces palpitaban atrás y adelante en un vaivén delirante que provocaba dolor de cabeza.

Holly Gibney es toda una cinéfila (pese a que no ha pisado una sala de cine desde la primavera pasada), y le gustan tanto las películas taquilleras como el arte y ensayo. Una de sus preferidas de los años ochenta es *Conan, el bárbaro*, y su frase favorita de esa película la pronuncia un personaje secundario. «Hace dos o tres años —dice el buhonero, refiriéndose a Set y a sus seguidores— eran solo una secta de la serpiente más. Ahora están por todas partes».

Zoom viene a ser algo así. En 2019 era solo una aplicación más, que pugnaba por espacio vital con competidores como FaceTime y GoToMeeting. Ahora, gracias al covid, está tan extendido como la Secta de la Serpiente de Set. Además, no solo ha mejorado la tecnología, sino también los valores de producción. El funeral por Zoom al que Holly asiste casi podría ser una escena de un drama televisivo. La imagen se centra en cada una de las personas que pronuncian su panegírico por la difunta, claro, pero también salta de vez en cuando a los asistentes afligidos que siguen la ceremonia desde sus casas.

Aunque no a Holly. Ella ha desactivado la cámara. Ahora es mejor persona, más fuerte que tiempo atrás, pero aún se reserva celosamente su vida privada. Sabe que es normal que la gente esté triste en los funerales, que llore y tenga un nudo en la garganta, pero ella no quiere que nadie la vea en ese estado, y menos su socio o sus amigos. No quiere que la vean con los ojos enrojecidos, el cabello revuelto o las manos trémulas mientras lee su propio panegírico, que es corto y tan sincero como le ha sido posible. Sobre todo, no quiere que la vean fumar: después de diecisiete meses de covid, ha recaído.

Ahora, al final del oficio, la pantalla empieza a mostrar imágenes grabadas de la difunta en distintas actitudes y distintos lugares mientras Frank Sinatra canta «Thanks for the Memory». Holly no resiste más y hace clic en SALIR. Da una última calada al cigarrillo y, mientras apaga la

colilla, le suena el teléfono.

No le apetece hablar con nadie, pero es Barbara Robinson, y se siente obligada a atender a esa llamada.

—Te has salido —dice Barbara—. Ni siquiera se ve el recuadro negro con tu nombre.

—Esa canción en particular nunca me ha gustado. Y, además, ya había terminado.

—Pero estás bien, ¿no?

—Sí. —No es del todo verdad; Holly no sabe si está bien o no—. Pero ahora mismo necesito… —¿Qué palabra aceptaría Barbara? ¿Qué palabra permitirá a Holly poner fin a esta llamada antes de venirse abajo?—. Necesito procesarlo.

—Lo entiendo —dice Barbara—. Si quieres, me planto ahí en un santiamén, con o sin confinamiento.

Se trata de un confinamiento *de facto*, no forzoso, y las dos lo saben; el gobernador está decidido a proteger las libertades individuales, aunque para defender esa idea tengan que enfermar o morir miles de personas. En todo caso, gracias a Dios, la mayoría de la gente toma precauciones.

—No hace falta.

—Vale. Sé que es una mala situación, Hols, una mala época, pero aguanta. Hemos pasado por cosas peores. —Está pensando quizá, casi seguro, en Chet Ondowsky, que el año pasado emprendió un viaje corto y letal al caer por el hueco de un ascensor—. Y ya vienen las vacunas de refuerzo. Primero para las personas con sistemas inmunes débiles y los mayores de sesenta y cinco años, pero, por lo que he oído en clase, en otoño habrá para todo el mundo.

—Eso pinta bien —dice Holly.

—¡Y, por si fuera poco, Trump se ha ido!

Dejando a sus espaldas un país en guerra consigo mismo, piensa Holly. Y a saber si no reaparecerá en 2024. Se acuerda de la promesa de Arnie en *Terminator*: «Volveré».

—¿Hols? ¿Sigues ahí?

—Aquí sigo. Solo estaba pensando. —Pensando en fumarse otro cigarrillo, da la casualidad. Ahora que ha empezado otra vez, parece que nunca tiene suficiente.

—Vale. Te quiero, y comprendo que necesites tu espacio, pero, si no me llamas esta noche o mañana, volveré a llamarte yo. El que avisa no es traidor.

—Entendido —dice Holly, y corta la comunicación.

Tiende la mano hacia el tabaco, pero luego aparta el paquete, apoya la cabeza en los brazos cruzados y se echa a llorar. De un tiempo a esta parte ha llorado mucho. Lágrimas de alivio cuando Biden ganó las elecciones. Lágrimas de horror y reacción tardía después de que Chet Ondowsky, un monstruo que se hacía pasar por humano, se precipitara por el hueco del ascensor. Lloró durante los disturbios del Capitolio y

posteriormente: esas lágrimas fueron de rabia. Hoy son lágrimas de dolor y pérdida. Solo que además son lágrimas de alivio. Es horrible, pero también humano, supone.

En marzo de 2020, el covid se propagó por casi todas las residencias de ancianos del estado en el que Holly se crio y que, al parecer, no puede abandonar. No representó un problema para Henry, el tío de Holly, ya que por esa época vivía aún con la madre de Holly en Meadowbrook Estates. Por entonces, el tío Henry ya había empezado a trastocarse, hecho sobre el cual Holly permanecía en bendita ignorancia. En sus esporádicas visitas había visto bastante bien al tío Henry, y Charlotte Gibney se guardaba exclusivamente para sí sus propias preocupaciones sobre su hermano, ateniéndose a una de las grandes normas tácitas en la vida de esa señora: si no hablas de algo, si no lo reconoces, no existe. Holly supone que por eso su madre nunca se sentó con ella para mantener La Conversación cuando tenía trece años y empezaban a crecerle los pechos.

En diciembre del año anterior, Charlotte ya no podía actuar como si no viera al elefante en la habitación, que no era un elefante, sino su hermano mayor gagá. Más o menos cuando Holly comenzaba a sospechar que Chet Ondowsky podía ser algo más que un periodista del canal de televisión local, Charlotte consiguió que su hija y Jerome, amigo de su hija, la ayudaran a trasladar al tío Henry al centro de cuidados para la tercera edad Rolling Hills. Ocurrió aproximadamente cuando se detectaban los primeros casos de la llamada variante Delta en Estados Unidos.

Un auxiliar de Rolling Hills dio positivo en esa versión nueva y más contagiosa del covid. El auxiliar se había negado a aceptar las vacunas, aduciendo que contenían porciones de tejido fetal de bebés abortados (lo había leído en internet). Lo mandaron a casa, pero el mal ya estaba hecho. La variante delta campaba a sus anchas por Rolling Hills, y pronto más de cuarenta ancianos padecían la enfermedad en distintos grados de gravedad. Murieron diez o doce. El tío Henry no se contaba entre ellos. Ni siquiera enfermó. Le habían administrado dos dosis de la vacuna —Charlotte protestó, pero Holly insistió— y, aunque dio positivo, no tuvo ni síntomas de resfriado.

Fue Charlotte quien murió.

Ferviente partidaria de Trump —hecho que proclamaba ante su hija a la menor ocasión—, se negó a vacunarse e incluso a ponerse mascarilla. (Excepto, claro, en el supermercado Kroger y en la sucursal de su banco, donde el uso era obligatorio. La que Charlotte llevaba en esas ocasiones era de color rojo vivo y llevaba impreso MAGA, las siglas de Make America Great Again, el eslogan de Trump).

El Cuatro de Julio, Charlotte asistió a una manifestación contra el uso de la mascarilla en la capital del estado, enarbolando una pancarta en la que se leía MI CUERPO, MI DECISIÓN (postura que no le impedía oponerse

con firmeza al aborto). El 7 de julio perdió el sentido del olfato y empezó a toser. El 10 ingresó en el Mercy Hospital, a nueve manzanas escasas del centro de cuidados para la tercera edad Rolling Hills, donde su hermano seguía bien… al menos físicamente. El 15 la conectaron a un ventilador.

Durante la enfermedad final y brutalmente breve de Charlotte, Holly la visitó por medio de Zoom. Hasta el último momento, Charlotte insistió en que el coronavirus era un engaño y no tenía más que una gripe fuerte. Murió el día 20, y de no ser por las influencias del socio de Holly, Pete Huntley, su cuerpo habría ido a parar al camión frigorífico anexo al depósito de cadáveres. La trasladaron a la funeraria Crossman, cuyo director organizó de inmediato el funeral por Zoom. Después de un año y medio de pandemia, tenía mucha experiencia en esos responsos televisados.

Holly deja por fin de llorar. Se plantea ver una película, pero la idea no la atrae, cosa rara en ella. Piensa en acostarse, pero ha dormido mucho desde la muerte de Charlotte. Supone que es así como su mente lidia con el dolor. Tampoco le apetece leer un libro. Duda que fuera capaz de seguir el hilo.

Hay un vacío allí donde antes estaba su madre, así de sencillo. Las dos tuvieron una relación difícil que no hizo más que empeorar cuando Holly empezó a distanciarse. Si lo consiguió, fue en gran medida gracias a Bill Hodges. Holly sintió un gran dolor cuando Bill murió —de cáncer de páncreas—, pero el dolor que experimenta ahora es en cierto modo más profundo, más complicado, porque Charlotte Gibney era, en honor a la verdad, una mujer con un amor asfixiante. Al menos en lo que se refería a su hija. El distanciamiento entre ambas fue a más cuando Charlotte se convirtió en entusiasta seguidora del expresidente. Desde hacía dos años, apenas se habían visto cara a cara, y en la última visita de Holly, la Navidad anterior, Charlotte preparó todos los platos que, según imaginaba, su hija más apreciaba, cosa que a esta le recordó la soledad y la desdicha de su infancia.

En el escritorio tiene dos teléfonos, el particular y el del trabajo. Finders Keepers ha mantenido la actividad durante la pandemia, aunque llevar a cabo las investigaciones no ha sido fácil. En estos momentos la agencia está cerrada, y en la línea de la oficina, tanto en el número de Holly como en el de Pete Huntley, se informa de que no abrirán hasta el 1 de agosto. Ella se planteó añadir «por defunción familiar», pero decidió que no era asunto de nadie. Ahora, cuando comprueba el teléfono de la oficina, es solo en un acto reflejo.

Ve que ha recibido cuatro llamadas mientras asistía al funeral de su madre, que ha durado cuarenta minutos. Todas del mismo número. Además, la persona que llama ha dejado cuatro mensajes de voz. Holly se plantea borrarlos sin más, porque no siente más deseos de aceptar un caso que de ver una película o leer un libro, pero no está a su alcance en

igual medida que no puede dejar un cuadro torcido en la pared o la cama sin hacer.

Escuchar no obliga a contestar, se dice, y pulsa el botón para reproducir el primer mensaje de voz. Ha entrado a las 13.02, más o menos a la hora en que daba comienzo el último Show de Charlotte Gibney.

«Hola, soy Penelope Dahl. Ya sé que están cerrados, pero esto es muy importante. Una emergencia, de hecho. Espero que me devuelvan la llamada lo antes posible. Me recomendó su agencia la inspectora Isabelle Jaynes…».

El mensaje termina ahí. Por supuesto, Holly sabe quién es Izzy Jaynes —la antigua compañera de Pete cuando este aún era policía—, pero no es eso lo que le llama la atención del mensaje. Lo que le choca, y con contundencia, es lo mucho que la manera de hablar de Penelope Dahl le recuerda a su difunta madre. No es tanto la voz como la palpable ansiedad que transmite. Charlotte casi siempre estaba ansiosa por una razón u otra, y contagió ese persistente desasosiego a su hija como un virus. Como el covid, de hecho.

Holly decide no escuchar el resto de los mensajes de la Ansiosa Penelope. La señora tendrá que esperar. Desde luego Pete no va a poder patear calles por el momento; dio positivo en covid una semana antes de la muerte de Charlotte. Ya le habían administrado dos dosis de la vacuna, y no se ha puesto muy enfermo —según él, parece más un resfriado fuerte que una gripe—, pero está en cuarentena y así seguirá un tiempo.

Holly, de pie ante la ventana del salón de su apartamento, pequeño y ordenado, contempla la calle y recuerda la última comida con su madre. «¡Una auténtica cena de Nochebuena, como en los viejos tiempos!», dijo Charlotte, alegre y exultante en apariencia pese a que por debajo palpitaba esa continua ansiedad suya. La auténtica cena de Nochebuena consistió en pavo reseco, puré de patatas con grumos y unos espárragos flácidos. Ah, y vino Mogen David en vasos de chupito para brindar. Había sido un horror de cena, como también era un horror el hecho de que hubiese sido la última. ¿Dijo Holly «Te quiero, mamá» antes de marcharse a la mañana siguiente? Cree que sí, pero no lo recuerda con certeza. Lo único que recuerda con certeza es el alivio que sintió al doblar la primera esquina y perder de vista la casa de su madre en el retrovisor.

2

Holly ha dejado el tabaco junto a su ordenador de sobremesa. Va a buscarlo, saca un cigarrillo con un golpe de muñeca, lo enciende, mira el teléfono de la oficina en su base de carga, suspira y escucha el segundo mensaje de Penelope Dahl. Empieza con un comentario de

desaprobación.

«Señora Gibney, hay muy poco espacio para los mensajes. Querría hablar con usted, o con el señor Huntley, o con los dos, sobre mi hija Bonnie. Desapareció hace tres semanas, el 1 de julio. La investigación de la policía fue muy superficial. Así se lo dije a la inspectora Jaynes a la…».

Fin del mensaje.

—Se lo dijo a Izzy a la cara —completa Holly, y deja escapar el humo por la nariz.

A menudo los hombres quedan cautivados por el cabello rojo de Izzy (hoy por hoy realzado en la peluquería, sin duda) y sus brumosos ojos grises; las mujeres no tan frecuentemente. Pero es una buena inspectora. Holly ha decidido que si Pete se retira, posibilidad con la que no deja de amenazar, tentará a Isabelle para que deje la policía y se pase al lado oscuro.

No vacila antes de escuchar el tercer mensaje. Holly necesita saber cómo termina la historia. Aunque se lo imagina. Es muy probable que Bonnie Dahl se haya fugado y su madre se niegue a aceptarlo. Vuelve la voz de Penelope Dahl.

«Bonnie es auxiliar de biblioteca en el campus del Bell College. ¿En la Reynolds? Volvieron a abrirla en junio para los estudiantes de los cursos de verano, aunque por supuesto hay que entrar con mascarilla y pronto, supongo, habrá que enseñar también un carnet de vacunación, pero de momento no…».

Termina el mensaje. *¿Podría ir al grano, señora?*, piensa Holly, y pulsa el botón para escuchar el último. Penelope habla más deprisa, casi como en un rapeo rápido.

«Va al trabajo en bicicleta. La he advertido de lo peligroso que es, pero dice que lleva casco, como si *eso* fuera a librarla de un mal golpe o de que la atropelle un coche. Paró a comprar un refresco en el Jet Mart, y esa fue la última vez… —Penelope se echa a llorar. Cuesta entenderla. Holly da una calada de órdago al cigarrillo y lo apaga— la última vez que la vieron. Se lo ruego, ayúde…».

Termina el mensaje.

Holly ha escuchado por el altavoz, de pie, con el teléfono de la oficina en la mano. Se sienta y vuelve a encajar el teléfono en la base. Por primera vez desde que Charlotte enfermó —no, desde el momento en que Holly comprendió que ya no se recuperaría—, su dolor queda en segundo plano, desplazado por estos minimensajes. Desearía oír la historia completa, o al menos la parte que conoce la Ansiosa Penelope. Seguramente Pete tampoco está al corriente, pero decide llamarlo. ¿Qué va a hacer, si no, aparte de pensar en las últimas videovisitas a su madre y en el miedo que asomaba a los ojos de Charlotte mientras el ventilador la ayudaba a respirar?

Pete contesta con voz ronca en cuanto el timbre empieza a sonar.

—Eh, Holly. Siento mucho lo de tu madre.

—Gracias.

—Tu panegírico ha estado muy bien. Corto pero entrañable. Solo lamento no… —Se interrumpe a causa de un arranque de tos—. Solo lamento no haberte visto. ¿Qué ha pasado? ¿Algún fallo informático?

Holly podría haber contestado que sí, pero tiene por costumbre decir siempre la verdad, excepto en las raras ocasiones en que se siente absolutamente incapaz.

—No ha sido un fallo; solo he desactivado el vídeo. Estoy hecha un desastre. ¿Cómo te encuentras, Pete?

Holly oye el ruido de la flema cuando Pete suspira.

—No muy mal, pero ayer estaba mejor. Dios, espero no ser uno de esos casos de covid persistente.

—¿Has llamado al médico?

Pete deja escapar una risotada áspera.

—Sería como intentar llamar al papa Francisco. ¿Sabes cuántos casos nuevos hubo ayer en la ciudad? Tres mil cuatrocientos. Aumentan de manera exponencial. —Le sobreviene otro ataque de tos.

—¿Y en Urgencias?

—Seguiré con el zumo y el paracetamol. Lo peor es lo jodidamente *cansado* que estoy a todas horas. Cada visita a la cocina es una expedición. Cuando voy al baño, tengo que sentarme y mear como una chica. Disculpa si es demasiada información.

Sí lo es, pero Holly no lo dice. Hasta ahora no creía que tuviera que preocuparse por Pete —en general los contagios en pacientes vacunados no son graves—, pero quizá *sí* deba preocuparse.

—¿Has llamado solo para darle a la sinhueso o querías algo?

—No quiero molestarte si…

—Adelante, moléstame. Dame algo en que pensar aparte de mí mismo. Te lo ruego. ¿*Tú* estás bien? ¿No te has puesto enferma?

—Estoy perfectamente. ¿Has recibido una llamada de una tal…?

—Penny Dahl, ¿no? Me ha dejado cuatro mensajes en el buzón de voz de la agencia hasta el momento.

—Otros cuatro también en el mío. ¿No le has devuelto las llamadas?

Holly sabe que Pete no ha llamado. Sabe también otra cosa: la Ansiosa Penelope ha consultado la web de Finders Keepers, o tal vez la página de Facebook, y ha encontrado los dos números de la oficina correspondientes a dos socios, un hombre y una mujer. La Ansiosa Penelope ha telefoneado al hombre, porque cuando una tiene un problema —una emergencia, como ella ha dicho—, no pide ayuda a la yegua, o al menos no al principio. Llama primero al caballo. Llamar a la yegua es el último recurso. Holly está acostumbrada a ser la yegua en la cuadra de Finders Keepers.

Pete vuelve a suspirar, con ese inquietante estertor.

—Por si te has olvidado, Hols, la agencia está cerrada. Y

encontrándome de pena, como ahora me encuentro, he pensado que hablar con una mamá divorciada y llorona no me ayudaría a sentirme mejor. Teniendo en cuenta que tú acabas de perder a tu propia madre, creo que tampoco a ti te ayudaría a sentirte mejor. Espera hasta agosto, ese es mi consejo. Mi firme consejo. Para entonces, puede que la chica haya llamado a mamaíta desde Fort Wayne o Phoenix o San Francisco. —Tose un poco más y añade—: O la policía habrá encontrado su cadáver.

—Por como lo dices, parece que sepas *algo*, aunque no hayas hablado con la madre. ¿Ha salido en el periódico?

—Sí, claro, menudo notición. Paren las rotativas, extra, extra, léanlo todo sobre el caso. Dos líneas en Sucesos, entre un hombre desnudo que perdió el conocimiento en Cumberland Avenue y un zorro rabioso que deambulaba por el aparcamiento del Centro Cívico. Hoy día en el periódico solo hay información sobre el covid y discusiones acerca del uso de la mascarilla. Que es como estar parado bajo la lluvia y ponerte a discutir si te estás mojando o no. —Guarda silencio un momento y luego, a regañadientes, añade—: Esa mujer decía en los mensajes que atendió la denuncia Izzy, así que la he llamado.

Este verano las sonrisas han escaseado en la vida de Holly, pero ahora nota que una se dibuja en su cara. La complace saber que no es la única adicta al trabajo.

Es como si Pete la estuviera viendo, pese a que no se han conectado por Zoom.

—No le des más importancia de la que tiene, ¿vale? En todo caso tenía que llamar a Iz para ponernos al día y ver cómo le va.

—¿Y?

—En lo que se refiere al covid, Izzy está bien. La única novedad es que ha mandado a la mierda a su último novio, y todo han sido lamentaciones. Le he preguntado por la tal Bonnie Dahl. Según ella, lo han clasificado como caso de persona desaparecida. Hay buenas razones para ello. Los vecinos sostienen que Dahl y su madre discutían mucho, verdaderas trifulcas, y había una nota de despedida pegada con celo al sillín de la bici de Dahl. Pero la madre vio en esa nota un mal augurio, y a Izzy le pareció ambigua.

—¿Qué decía?

—Solo tres palabras. «Ya estoy harta». Lo que podría significar que se marchó de la ciudad o…

—O que se suicidó. ¿Qué comentan sus amigos sobre su estado mental? ¿O los compañeros de trabajo en la biblioteca?

—Ni idea —responde Pete, y empieza a toser de nuevo—. Ahí es donde lo dejé, y donde deberías dejarlo tú, al menos por ahora. El caso seguirá ahí el 1 de agosto o se habrá resuelto por sí solo.

—En un sentido o en el otro —dice Holly.

—Exacto. En un sentido o en el otro.

—¿Dónde encontraron la bicicleta? La señora Dahl dice que su hija paró a comprar un refresco en Jet Mart la noche que desapareció. ¿La encontraron allí? —Holly recuerda al menos tres autoservicios Jet Mart en la ciudad, y es probable que haya más.

—Repito: no tengo ni idea. Voy a acostarme un rato. Y repito: siento la muerte de tu madre.

—Gracias. Si no empiezas a mejorar, quiero que busques atención médica. Prométemelo.

—Me estás sermoneando, Holly.

—Sí. —Otra sonrisa—. Se me da bien, ¿no? Lo aprendí de mi madre. Ahora prométemelo.

—Vale. —Casi seguro que está mintiendo—. Una cosa más.

—¿Qué? —Holly piensa que se tratará de algo relacionado con el caso (ya empieza a verlo como tal), pero no va por ahí.

—Nunca me convencerás de que esta mierda del covid ha llegado de manera natural, pasando a las personas de los murciélagos o las crías de cocodrilo o lo que sea que venden en algunos mercados chinos. No sé si se escapó del centro de investigación donde lo estaban guisando o si lo liberaron adrede, pero, como decía mi abuelo, «Esto no es normal».

—Pete, te noto un poco paranoico.

—¿Tú crees? Atiende, los virus mutan. Es su gran táctica de supervivencia. Pero pueden mutar tanto en una cepa más peligrosa como en una menos peligrosa, que es lo que pasó con la gripe aviar. Este virus, en cambio, cada vez es peor. Delta contagia a personas con dos dosis de la vacuna, como es mi caso. Y la gente que no llega a enfermar de delta es portadora de una carga viral cuatro veces mayor que la de la versión original, lo que significa que la pueden transmitir aún más fácilmente. ¿A ti te parece aleatorio?

—Cuesta saberlo —dice Holly. Lo que no cuesta saber es cuándo alguien vuelve a la carga con su tema favorito. Es lo que está haciendo ahora Pete—. Puede que la variante delta mute en otra más débil.

—Lo veremos, ¿no? Cuando aparezca la próxima, que aparecerá. Mientras tanto, archiva a Penny Dahl y busca algo que ver en Netflix. Eso mismo voy a hacer yo.

—Puede que sea un buen consejo. Cuídate, Pete. —Dicho esto, pone fin a la llamada.

No le apetece ver nada en Netflix (Holly opina que la mayoría de sus películas, incluso las de grandes presupuestos, son extrañamente mediocres), pero su estómago emite gruñidos leves y vacilantes, y decide prestarles atención. Tomará algo reconfortante. Quizá una sopa de tomate y un sándwich de queso a la plancha. Las ideas de Pete sobre los virus seguramente son chorradas que ha sacado de internet, pero su consejo de dejar de lado a Penelope «Penny» Dahl sin duda es acertado.

Calienta la sopa, se prepara el sándwich de queso a la plancha con abundante mostaza y una pizca de salsa de pepinillos, como a ella le

gusta, y no llama a Penelope Dahl.

3

Al menos hasta las siete de esa tarde. Lo que la corroe es la nota pegada al sillín de la bicicleta de Bonnie Dahl: «Ya estoy harta». Fueron muchas las ocasiones en que Holly se planteó dejar una nota similar y largarse, pero no lo hizo. Y hubo ocasiones en que se planteó acabar con todo —«tirar la toalla», como habría dicho Bill—, pero nunca lo pensó en serio.

Bueno…, quizá una o dos veces.

Llama a la señora Dahl desde su despacho, y la mujer contesta al sonar el timbre. Expectante y con la respiración un poco entrecortada.

—¿Hola? ¿Hablo con Finders Keepers?

—Sí, soy Holly Gibney. ¿En qué puedo ayudarla, señora Dahl?

—Gracias a Dios que ha llamado. Pensaba que usted y el señor Huntley se habían ido de vacaciones o algo así.

Sí, claro, piensa Holly.

—¿Puede venir mañana a la oficina, señora Dahl? Estamos en…

—El edificio Frederick, lo sé. Por supuesto que iré. La policía no ha ayudado en nada. En nada *en absoluto*. ¿A qué hora?

—¿Le iría bien a las nueve?

—Perfecto. Muchas gracias. Vieron a mi hija por última vez a las ocho y cuatro minutos del 1 de julio. Hay unas imágenes suyas grabadas en un autoservicio donde…

—Ya hablaremos de eso mañana —la interrumpe Holly—. Pero no le prometo nada, señora Dahl. Lamentablemente, estoy sola. Mi socio está enfermo.

—Dios mío, ¿no será de covid?

—Sí, pero es un caso leve. —Eso espera Holly—. De momento solo quiero hacerle unas preguntas. En su mensaje, decía que vieron a Bonnie por última vez en un Jet Mart. En la ciudad hay unos cuantos. ¿En cuál fue?

—El que está cerca del parque. En Red Bank Avenue. ¿Conoce la zona?

—Sí. —Holly incluso ha llenado el depósito un par de veces en la gasolinera de ese Jet Mart—. ¿Y fue ahí donde encontraron la bici?

—No, en Red Bank pero más abajo. Hay un edificio vacío…, bueno, a ese lado del parque hay muchos edificios vacíos…, pero en ese antes había un taller mecánico o algo así. La bicicleta estaba enfrente, apoyada en la pata de cabra.

—¿No intentó esconderla?

—No, no, ni mucho menos. La inspectora con la que hablé, la tal Jaynes, dijo que a lo mejor Bonnie quería que la encontráramos.

También dijo que la estación de tren y autobuses está a menos de dos kilómetros de allí, casi en el centro. Pero le aseguré que Bonnie de ninguna manera dejaría la bicicleta y seguiría a pie, ¿por qué iba a hacerlo? No tiene *lógica*, ¿no?

Se está acelerando, entrando en un ritmo histérico que Holly conoce bien. Si no frena a esa mujer de inmediato, la tendrá al teléfono una hora o más.

—Permítame que la interrumpa, señora Dahl…

—Penny. Llámeme Penny.

—De acuerdo, Penny. Mañana hablaremos. Nuestros honorarios son cuatrocientos dólares al día, tres días mínimo, más los gastos, que desglosaré detalladamente. Acepto MasterCard, Visa o un cheque personal. No American Express, porque es… —«Una caca» es la frase que le viene a la cabeza de manera espontánea—. Es difícil tratar con ellos. ¿Estás dispuesta a seguir adelante partiendo de esas condiciones?

—Sí, por supuesto. —Sin el menor titubeo—. Esa Jaynes me preguntó si Bonnie parecía deprimida… Sé lo que estaba pensando, en el suicidio, en eso estaba pensando, pero Bonnie es una persona alegre, incluso después de romper con aquel memo que le tenía sorbido el seso, recuperó el buen humor al cabo de dos o tres semanas…, bueno, quizá más bien un mes, pero…

—Mañana hablaremos —repite Holly—. Ya me lo contarás todo. Es la cuarta planta. Y… ¿Penny?

—¿Sí?

—Ven con mascarilla. Una N95, si tienes. No podré ayudarte si me pongo enferma.

—Me la pondré, cómo no. ¿Puedo llamarte Holly?

Holly dice a Penny que no hay inconveniente y por fin logra salir de la conversación.

4

Como ha sugerido Pete, Holly prueba a ver una película en Netflix titulada *Cielo rojo sangre*, pero, cuando empieza la parte de terror, desiste. Ha seguido las cruentas hazañas de Jason, Michael y Freddy, y es capaz de recitar los títulos de todas las películas en las que Christopher Lee interpretó el papel del sanguinario conde, pero, después de sus propias experiencias con Brady Hartsfield y Chet Ondowsky —en especial Ondowsky—, cree que ha perdido el gusto por el cine de terror.

Se acerca a la ventana y se queda ahí de pie, contemplando el día ya avanzado, con el cenicero en una mano y el cigarrillo en la otra. ¡Qué hábito más desagradable! Ya está pensando en lo mucho que deseará fumarse uno durante la reunión con Penny Dahl, porque siempre le resulta estresante reunirse con clientes nuevos. Es una buena detective,

ha llegado a la conclusión de que nació para eso, que es su *vocación*; aun así, deja las presentaciones y los saludos iniciales en manos de Pete siempre que puede. Mañana será imposible. Piensa en pedir a Jerome Robinson que la acompañe, pero está trabajando en la revisión de un libro sobre su tatarabuelo, que era todo un personaje. Jerome iría si se lo pidiese, pero no quiere interrumpirlo. Tendrá que hacer de tripas corazón.

Y en el edificio no se puede fumar. Tendré que salir al callejón de al lado en cuanto esa mujer, Dahl, se marche.

Holly sabe que así es como piensan y actúan los adictos: reorganizan el mobiliario de sus vidas para dar cabida a sus malos hábitos. Fumar es repulsivo y peligroso…, pero no hay nada más reconfortante que uno de esos pequeños y mortíferos cilindros de papel y tabaco.

Si la chica tomó el tren, habrá constancia incluso si pagó en efectivo. Lo mismo con los autobuses de Greyhound, Peter Pan, Magic Carpet y Lux. Pero una manzana más allá hay dos compañías poco fiables que se especializan en viajes de paso. Tri-State, ¿y cuál es la otra?

No se acuerda, y tampoco le apetece buscarlo en internet esta noche. Además, a saber si Bonnie Dahl se marchó en autobús o en algún tren de Amtrak. También podría haber hecho autostop. Holly se acuerda de *Sucedió una noche*, de la escena en que Claudette Colbert, recogiéndose la falda y arreglándose una media, consigue que un coche los lleve a ella y a Clark Gable. Las cosas no han cambiado tanto…, solo que Bonnie Dahl no contaba con un hombre grande y fuerte que la protegiera. A no ser, claro está, que hubiera retomado el contacto con el antiguo novio que había mencionado su madre.

No sirve de nada darle vueltas ahora. Probablemente habrá muchas cosas a las que dar vueltas mañana. Al menos eso espera. El problema de Penny Dahl le proporcionará algo en que pensar, aparte de la muerte absurda de su madre, motivada por una postura política.

Conservo la esperanza de Holly, piensa, y se va al dormitorio para ponerse el pijama y recitar sus oraciones.

10 de septiembre de 2015

Cary Dressler es un hombre joven, sin compromiso, nada feo, jovial, poco dado a preocuparse por el futuro. En este momento, sentado en un afloramiento rocoso cubierto de iniciales, fuma buena hierba y se toma una P-Co mientras ve *En busca del arca perdida*. Los fines de semana, ese afloramiento —conocido como Autocine la Roca— estaría atestado de chicos que beben cerveza, fuman hierba y se magrean, pero es jueves por la noche y lo tiene todo para él solo. Como a él le gusta.

La Roca se encuentra en el lado oeste de Deerfield Park, cerca de donde terminan los Matorrales. Esta zona es una maraña de árboles y maleza. Desde casi todas partes sería imposible ver Red Bank Avenue, y menos aún la pantalla del Autocine Magic City, pero ahí una hendidura irregular, causada quizá por una riada o un desprendimiento hace mucho tiempo, desciende hasta la avenida.

Hoy día el Magic City sobrevive a duras penas. Nadie quiere tener que andar matando bichos a manotazos y escuchar la banda sonora por la radio cuando en la ciudad hay tres cines multisalas, todos con sonido Dolby y uno incluso con IMAX, que es una pasada. Pero en un cine multisalas no puedes fumar maría. En el Autocine la Roca, puedes fumar lo que te venga en gana. Y después de un turno de ocho horas en la bolera Strike Em Out Lanes, es lo que quiere Cary. No hay sonido, claro, pero Cary no lo necesita. El Magic City pone exclusivamente películas de segundo, tercero y cuarto reestreno, y él ha visto *En busca del arca perdida* al menos en diez ocasiones. Se sabe el diálogo de memoria y ahora, entre caladas, pronuncia una frase en un susurro.

—«¡Serpientes! ¿Por qué tenían que ser serpientes?».

Después de *En busca del arca perdida* pondrán *Indiana Jones y la* última cruzada, que Cary también ha visto muchas veces, no tantas como *En busca del arca perdida*, pero al menos cuatro. Esa no se quedará a verla. Se acabará la P-Co, cogerá su ciclomotor (ahora oculto entre los arbustos cerca de la entrada del parque más próxima al Autocine la Roca) y se marchará a casa. Conduciendo con mucho cuidado.

El porro ha quedado reducido ya a una chusta. Lo apaga contra la piedra entre BD + GL y MANDY DA PENA. Guarda la colilla, inspecciona el contenido de su riñonera y duda entre un canuto fino y uno grueso. Se decanta por el fino. Se fumará la mitad, se comerá la barrita de Kit-Kat que también lleva en la riñonera y después volverá a su apartamento en el ciclomotor.

Se queda absorto en las imágenes luminosas proyectadas a cuatrocientos metros de allí y al final se lo fuma casi entero. Oye la música de John Williams en su cabeza y vocaliza, sin levantar la voz por si hay alguien cerca, cosa poco probable a las diez de la noche de un jueves pero no imposible.

—Zum-da-dum-dum, zum-da-DA, zum-da-bum-zum, zum-da…

Cary se interrumpe de pronto. Acaba de oír una voz…, ¿no? Ladea la cabeza y aguza el oído. Quizá hayan sido imaginaciones suyas. Por lo general, la marihuana no lo pone paranoico, solo lo relaja, pero a veces…

Casi ha decidido que no ha sido nada cuando vuelve a oír la voz. No cerca, pero tampoco muy lejos.

—Es la batería, cielo. Creo que se ha agotado.

Cary tiene muy buena vista y, desde su posición elevada, enseguida localiza la procedencia de la voz. Red Bank Avenue nunca competirá por ser una de las calles más bonitas de la ciudad. La bordean, por un lado, los Matorrales, que invaden los escasos senderos del parque y asoman por la reja de hierro forjado, y, por el otro lado, almacenes, un centro de trasteros U-Store-It, un taller mecánico cerrado y un par de solares. Uno de estos albergaba una feria ambulante pequeña y decrépita que levantaba el campamento a primeros de septiembre. En el otro, contiguo a un supermercado abandonado hace mucho tiempo, Cary ve una furgoneta con la puerta lateral abierta, de la que sale una rampa. Junto a la rampa hay alguien en una silla de ruedas.

—No puedo quedarme aquí toda la noche —dice la ocupante de la silla. Tiene una voz vieja y vacilante, y el tono refleja un poco de irritación y un poco de miedo—. Pide ayuda.

—Lo haría —contesta el hombre que la acompaña—, pero mi teléfono también está sin batería. Me he olvidado de cargarlo. ¿Llevas el tuyo?

—Lo he dejado en casa. ¿Qué vamos a hacer?

Cary no cae en la cuenta hasta más tarde —demasiado tarde, cuando ya no le sirve de nada— de que la mujer de la silla de ruedas y el hombre que la acompaña están proyectando sus voces. No mucho, no gritan ni nada parecido, pero las proyectan como los actores en el escenario para que las oiga el público. Más tarde comprenderá que el público para el que actuaban era él, el tipo sentado en el Autocine la Roca con un porro cuya ascua parpadeaba como una baliza localizadora. Más tarde comprenderá que muchos días, al salir de la bolera y volver a casa, para ahí un rato a fumarse un canuto y ver la película.

Decide que no puede quedarse de brazos cruzados mientras el viejo va a buscar ayuda y deja sola a la mujer. Cary es la típica buena persona, que gustosamente hace una buena obra de cuando en cuando.

Agarrándose a las ramas para no caerse de culo, baja por la pendiente. Da una palmadita a su ciclomotor —¡su fiel poni!— al pasar por su lado. Cuando llega a una de las verjas del parque que dan a Red Bank Avenue,

sigue por la acera y, una vez a la altura de la furgoneta, pregunta en voz alta:

—¿Necesitan ayuda?

No se le ocurre hasta más tarde, ya en la jaula, preguntarse por qué han elegido ese sitio en concreto para aparcar: un Quik-Pik Market abandonado no es precisamente una hermosa vista.

—¿Quién hay ahí? —pregunta el hombre con tono de preocupación.

—Me llamo Cary Dressler. ¿Puedo…?

—¿Cary? ¡Válgame Dios! ¡Cielo, es Cary!

Cary, entornando los ojos, se dispone a cruzar.

—¿Bola Pequeña? ¿Es usted?

El hombre se echa a reír.

—Soy yo, claro que soy yo. Oye, Cary, la silla de ruedas de mi mujer se ha quedado sin batería. ¿No podrías subirla tú por la rampa?

—Creo que lo conseguiré —dice Cary mientras cruza la calle—. Indy Jones al rescate.

La anciana se ríe.

—Vi esa película en el antiguo Bijou. Muchísimas gracias, jovencito. Nos salvas la vida.

Roddy Harris está contando a su mujer de qué se conocen él y su rescatador. Cary agarra las empuñaduras de la silla de ruedas y la orienta hacia la rampa. Bola Pequeña, con una mano en el bolsillo de la chaqueta de tweed, se echa atrás para dejarle espacio. Cary está tan colocado que ni siquiera nota el pinchazo en la nuca.

23 de julio de 2021

1

Holly llega al aparcamiento municipal de la calle Cuatro, a media manzana del edificio Frederick, y pasa la tarjeta. La barrera se levanta, y entra. Son las 8.35, casi treinta minutos antes de la hora de su reunión con Penny Dahl, pero esta también ha llegado antes de tiempo. Su Volvo es inconfundible. Lleva grandes fotos de su hija pegadas a ambos lados y detrás. Escrito en la luna trasera (probablemente una infracción de tráfico, piensa Holly) se lee: ¿HAN VISTO A MI HIJA? y BONNIE RAE DAHL y LLAMEN AL 216-555-0019.

Holly aparca al lado su Prius, lo cual no representa el menor problema. En el aparcamiento hay plazas de sobra; en otro tiempo, a las nueve ya estaba lleno, con el letrero de COMPLETO en la entrada, pero eso era antes de la pandemia. Ahora muchas personas trabajan desde casa, en el supuesto de que conserven el empleo. Y en el supuesto también de que no estén demasiado enfermas para trabajar. Los hospitales se vaciaron un tiempo, pero entonces llegó Delta con su nuevo repertorio de triquiñuelas. Aún no están desbordados, pero poco les falta. Es posible que en agosto las camas de los pacientes vuelvan a ocupar los pasillos y las salas de máquinas expendedoras.

Como la señora Dahl no está a la vista, y Holly va bien de tiempo, se enciende un cigarrillo y rodea el Volvo para examinar las fotos. Bonnie Dahl es guapa y mayor de lo que esperaba Holly. Unos veinticinco años, más o menos. Holly supone que se la imaginaba más joven, en parte porque se desplazaba en bicicleta de casa a la biblioteca Reynolds y viceversa. Pero también por lo mucho que la voz de Penny Dahl recordó a Holly a su difunta madre. Quizá esperaba que Bonnie fuera más como ella misma a los diecinueve o veinte años: el rostro consumido a lo Emily Dickinson, el cabello recogido en un moño o una coleta, una sonrisa forzada (Holly detestaba salir en las fotos, todavía lo detesta), con ropa concebida no ya para camuflar la silueta, sino para ocultarla por completo.

Esa chica tiene un rostro abierto al mundo, una sonrisa amplia y radiante. Lleva corto el cabello rubio, aclarado por el sol y con un flequillo revuelto por delante. Las fotos de los laterales del coche son retratos solo de cara, pero la de detrás muestra a Bonnie montada en su bici, luciendo un pantalón corto blanco con aberturas en V a los lados y

una camiseta de tirantes. No refleja el menor asomo de vergüenza corporal.

Holly se termina el cigarrillo, se agacha y lo aplasta contra el pavimento. Toca la punta ennegrecida para cerciorarse de que está frío y a continuación lo tira a la papelera situada al otro lado de la puerta batiente. Se echa un caramelo Life Saver a la boca, se pone la mascarilla y se encamina hacia su edificio.

2

Penny Dahl la espera en el vestíbulo, y el parecido con su hija salta a la vista incluso con la mascarilla puesta. Holly le calcula unos sesenta años. Con algún retoque, podría tener un pelo bonito, pero ahora se le ve gris rata. *Aunque bien cuidado*, añade Holly a esa primera evaluación. Procura ser siempre benévola. La señora Dahl viste ropa limpia pero elegida sin esmero. Si bien a Holly no le preocupan las modas, nada más lejos, nunca combinaría esa blusa con ese pantalón. He aquí a una mujer que ha relegado su apariencia personal a un segundo plano. A lo ancho de la N95 exigida, en letras de color rojo vivo, lleva escrito el nombre de pila de su hija.

—Hola, señora Dahl —dice—. Soy Holly Gibney.

A Holly nunca le han gustado los apretones de manos, pero ofrece el codo de buen grado. Penny Dahl se lo toca con el suyo.

—Muchas gracias por recibirme. Muchísimas gracias.

—Vayamos arriba. —En el vestíbulo no hay nadie, y no tienen que esperar el ascensor. Holly pulsa el cuatro. Comenta a Penny—: El año pasado tuvimos problemas con este condenado trasto, pero ya está arreglado.

3

Sin la ayuda (o la mera presencia) de Pete o Barbara Robinson, la recepción parece aguardar expectante. Holly enciende la cafetera.

—He traído fotos de Bonnie, diez o doce, tomadas todas no más de dos años antes de que desapareciera. Tengo un montón más, pero de cuando era más joven, y esa no es la chica a la que vas a buscar, ¿no? Puedo mandártelas al móvil si me das tu e-mail. —Habla con un ritmo sincopado y se toca una y otra vez la mascarilla como para asegurarse de que la lleva—. Oye, puedo quitármela. He recibido dos dosis de la vacuna y he dado negativo en covid. Anoche mismo me hice la prueba.

—¿Y si nos las dejamos puestas aquí fuera? Nos las quitamos en mi despacho y tomamos un café. Hay galletas, si Barbara, la chica que a veces nos ayuda, no se las ha comido todas.

—No, gracias.

En todo caso, Holly no necesita ir a mirar para saber que han volado todas. A Barbara se le van las manos detrás de los barquillos de vainilla.

—Por cierto, he visto las fotos de Bonnie en su coche. Es muy atractiva.

Penny arruga los ojos al sonreír detrás de la mascarilla.

—A mí también me lo parece. Aunque, claro, yo soy su madre, ¿y qué voy a decir? No es Miss América, pero fue la reina del baile de graduación en el instituto. Y nadie le echó encima un cubo lleno de sangre. —Suelta una risotada, tan aguda como su tono de voz.

Holly espera que no se ponga histérica. Después de tres semanas, debería haber dejado atrás esa fase, pero quizá no sea así. Holly nunca ha perdido a una hija y, por tanto, no lo sabe. No obstante, sí sabe cómo se sintió al pensar que podía haber perdido a Jerome y a Barbara: como si fuera a volverse loca.

Holly anota su e-mail en un pósit.

—¿Está casada, señora Dahl?

Dahl pega la nota en el interior de la tapa de su móvil.

—Si no empiezas a llamarme Penny y a tutearme, puede que acabe gritando.

—Pues dejémoslo en Penny —accede Holly, entre otras cosas porque piensa que su nueva clienta en efecto podría ponerse a gritar.

—Divorciada. Herbert y yo disolvimos nuestra sociedad hace tres años. En parte por diferencias políticas (él era un partidario entusiasta de Trump), pero había otras muchas razones.

—¿Cómo se lo tomó Bonnie?

—Lo llevó de una manera muy adulta. Aunque, claro, ¿cómo iba a llevarlo? *Era* una adulta. Veintiún años. Además, la primera vez que Herbie se presentó en casa con una gorra de MAGA, de hecho se rio de él. A Herbie le…, bueno…, le molestó.

He aquí otra relación estropeada por el hombre de la corbata roja que habla deprisa. No es el destino ni una coincidencia.

Entretanto, el café está listo.

—¿Cómo te gusta, Penny? Si no, tengo té, y puede que haya alguna botella de agua Poland, a no ser que Pete o Barbara…

—El café ya me va bien. Sin leche, solo un poco de azúcar.

—Mejor que te la pongas tú misma. —Holly lo sirve en dos de las tazas de Finders Keepers, que Pete insistió en encargar. Sin alzar la vista, dice—: Dejemos clara una cuestión ya de buen comienzo, Penny. ¿Hay alguna posibilidad de que tu exmarido tenga algo que ver con la desaparición de Bonnie?

Penny deja escapar otra risotada estridente, no tanto porque encuentre la pregunta graciosa como por nerviosismo.

—Está en Alaska. Dejó un trabajo administrativo en una empresa de transporte unos seis meses después del divorcio. Y tiene covid. Su ídolo

se negaba a ponerse la mascarilla, y por tanto Herb se negaba también. Ya sabes, los trumpistas hacen lo que ven: son meros imitadores. Si la pregunta es si secuestró a su hija de veinticuatro años o la convenció de que se fuera a vivir a Juneau con él, la respuesta es no. Dice que ya está mejor…

Eso lleva a Holly a pensar en Pete.

—… pero, cuando hablamos por FaceTime, no hace más que toser y resollar. —Penny lo explica con inequívoca satisfacción.

4

En el despacho de Holly, se quitan las mascarillas. Quizá la silla del cliente no está a dos metros, pero casi. *Además*, se dice Holly, *lo perfecto es enemigo de lo bueno*. Abre la función «Notas» del iPad y escribe: «Bonnie Rae Dahl» y «24 años» y «Desaparecida la noche del 1 de julio». Es un punto de partida.

—Háblame de la última vez que se la vio, empecemos por ahí. ¿Dijiste que fue en un autoservicio Jet Mart?

—Sí, en Red Bank Avenue. Bonnie tiene un estudio en uno de esos bloques nuevos de Lake View, donde estaban los antiguos muelles, ¿sabes?

Holly mueve la cabeza en un gesto de asentimiento. En esa zona hay ahora varios grupos de edificios y algunos más en construcción. Pronto la gente no verá el lago a menos que tenga un apartamento allí.

—El Jet Mart le queda a medio camino en el trayecto de vuelta a casa. Está a dos kilómetros y medio de la biblioteca y a dos kilómetros y medio de donde vive. El dependiente la conoce. Entró el 1 de julio a las ocho y cuatro minutos.

«Parada habitual en Jet Mart», escribe Holly. Pulsa las teclas sin mirar, con la vista fija en Penny.

—Tengo el vídeo de la cámara de seguridad. También te lo enviaré, pero ¿quieres verlo ahora?

—¿De verdad? ¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo pasó la inspectora Jaynes.

—¿A petición de tu abogado?

Penny la mira con expresión de perplejidad.

—No tengo abogado. Recurrí a uno cuando compré mi casa en Upriver, pero ya está. Se lo pedí a la inspectora y me lo dio.

Bien por Izzy, piensa Holly.

—¿*Necesito* un abogado?

—Es decisión tuya, pero no creo que te haga falta ahora mismo. Veamos esas imágenes.

Penny se levanta y hace ademán de rodear el escritorio.

—No, mejor será que me lo des.

Con doble dosis de la vacuna o no, con prueba en casa anoche o no, Holly no quiere que esa mujer mire por encima de su hombro y le respire a un lado de la cara. No es solo por el covid. Ya antes del virus no le gustaba la presencia de desconocidos en su espacio personal, y eso es todavía esta mujer.

Penny abre el vídeo y entrega el teléfono a Holly.

—Solo tienes que dar al play.

5

La cámara de seguridad enfoca desde un ángulo elevado, y la imagen dista mucho de ser diáfana; nadie ha limpiado el objetivo desde hace tiempo, si es que se ha limpiado alguna vez. Aparecen la llamada Cava de Cerveza, el dependiente, la puerta de entrada, el exiguo aparcamiento y un trozo de Red Bank Avenue. En el ángulo inferior izquierdo, la marca horaria indica 20.04. En el ángulo superior derecho, la marca de fecha muestra 1/7/21. Aún no ha anochecido, pero —como dice Bob Dylan— «poco falta». Todavía queda bastante claridad en el cielo, suficiente para que Holly vea a Bonnie parar en la bici, quitarse el casco y sacudirse el pelo, probablemente húmedo de sudor. La última semana de junio y la primera de julio hizo un calor sofocante. Un calor *de narices*, a decir verdad.

Deja el casco encima del sillín de la bici, pero entra en el autoservicio con la mochila. Viste un pantalón de color tostado y un polo con el rótulo BELL COLLEGE por encima del pecho izquierdo, debajo del logotipo, un campanario. El vídeo no tiene sonido, claro. Holly observa la breve película con la fascinación que sentiría cualquiera, supone, al ver a alguien que ha pasado de un espacio limpio y bien iluminado a un lugar desconocido.

Bonnie Rae va a la nevera del fondo y coge un refresco, al parecer una Coca-Cola o una Pepsi. De camino a la caja, se detiene a inspeccionar una estantería de tentempiés. Coge una bolsa. Puede que sean Ho Hos, puede que sean Yodels; da igual, porque vuelve a dejarla, y Holly, en su cabeza, oye decir a Charlotte Gibney: *Debo conservar mi silueta juvenil*.

En la caja, mantiene una breve conversación con el dependiente (mediana edad, tirando a calvo, hispano). Deben de intercambiar algún comentario gracioso, porque los dos se ríen. Bonnie coloca la mochila en el mostrador, desabrocha la solapa y guarda dentro la botella. Es lo bastante grande para llevar el calzado que usa en el trabajo, quizá, más el móvil y un par de libros. Vuelve a cargársela a los hombros y dice algo más al dependiente. Él le devuelve el cambio y levanta un pulgar. Ella se va. Se pone el casco. Monta en la bici. Se marcha pedaleando… a saber adónde.

Cuando Holly alza la vista y devuelve el móvil a Penny Dahl, esta está

llorando.

Holly no lleva bien el llanto. Hay una caja de pañuelos de papel al lado del ratón. La empuja hacia Penny sin contacto visual, mordisqueándose el labio inferior y deseando fumarse un cigarrillo.

—Lo siento. Sé que esta situación debe de ser muy difícil para ti.

Penny la mira por encima de un ramillete de Kleenex.

—¿Lo sabes? —Es casi un desafío.

Holly suspira.

—No, probablemente no.

Sigue un momento de silencio. Holly piensa en decirle a Penny que acaba de perder a su madre, pero no es lo mismo. Al fin y al cabo, ella sabe dónde está su madre: bajo la tierra y el césped de Cedar Rest. Penny Dahl solo sabe que hay un vacío en su vida donde debería estar su hija.

—Siento curiosidad por el casco de tu hija. ¿Lo encontraron con la bici?

Penny se queda boquiabierta.

—No, estaba solo la bici. Oye, la inspectora Jaynes no me lo preguntó y yo ni me lo planteé.

En el caso de Penny, tiene un pase, pero Izzy Jaynes pierde puntos en la estima de Holly.

—¿Y la mochila?

—Desapareció, pero era de esperar, ¿no? Una puede seguir cargando con una mochila al desmontar de la bicicleta…, no se la quitó para entrar en la tienda…, pero difícilmente se dejaría el casco puesto, ¿no?

Holly no contesta, porque esto no es una conversación; es un interrogatorio. Lo hará con toda la delicadeza posible, pero es un interrogatorio.

—Ponme al corriente, Penny. Cuéntame todo lo que sepas. Empieza por lo que hace Bonnie en la biblioteca Reynolds y cuándo salió esa tarde.

6

En la biblioteca Reynolds del campus del Bell College de Artes y Ciencias, hay cuatro auxiliares. En verano, la biblioteca cierra a las siete. El bibliotecario jefe, Matt Conroy, a veces se queda hasta la hora de cierre, pero no aquella tarde. Margaret Brenner, Edith Brookings, Lakeisha Stone y Bonnie Dahl despidieron a los últimos visitantes a las siete y cinco. Antes de echar la llave, se dispersaron para hacer un recorrido rápido entre las estanterías en busca de cualquiera que no hubiera oído el timbre de cierre o hubiera preferido pasarlo por alto para leer una página más o tomar una última nota. Bonnie había contado a su madre que algunas veces encontraban a gente

profundamente dormida en la sala de lectura o entre las estanterías, y en alguna ocasión sorprendían a parejas que habían sucumbido a la pasión. «En flagrante delicia», lo llamaba ella. Esa tarde todos los usuarios se habían ido.

Las cuatro se quedaron un rato de charla en la sala de descanso, comentando los planes para el fin de semana; luego apagaron las luces. Lakeisha subió a su Smart y se marchó. Bonnie se montó en su bicicleta y partió hacia su estudio, al que nunca llegó. Penny no se preocupó mucho cuando llamó a Bonnie a la mañana siguiente y saltó de inmediato el buzón de voz.

—Quería preguntarle si le apetecía venir a casa el viernes o el sábado por la noche y ver algo en Netflix o Hulu —dice Penny, y añade—: Iba a preparar palomitas.

—¿Eso es todo? —Holly no tiene un olfato para las mentiras tan fino como el que tenía Bill Hodges, pero, cuando alguien matiza la verdad, suele darse cuenta.

Penny se ruboriza.

—Bueno…, un par de noches antes tuvimos una discusión. Un poco acalorada. Cosas de madres e hijas, ya me entiendes. Las películas son nuestra forma de hacer las paces. A las dos nos gusta mucho el cine, y ahora hay tanto que ver, ¿no?

—Sí —contesta Holly.

—Supuse que Bonnie estaría hablando por teléfono con otra persona y me llamaría después.

Pero no la llamó. Penny volvió a intentarlo a las diez, y a las once, con idéntico resultado: sonaba el timbre una vez y saltaba el buzón de voz. Llamó a Lakeisha Stone, la mejor amiga de Bonnie entre el personal de la biblioteca, para preguntarle si su hija seguía enfadada con ella. Lakeisha dijo que no lo sabía. Bonnie no había ido al trabajo esa mañana. Fue entonces cuando Penny empezó a preocuparse. Tenía una llave del estudio de su hija y fue allí.

—¿Eso a qué hora fue?

—Estaba tan preocupada que no miré la hora. Debían de ser cerca de las doce del mediodía. No temía que hubiese cogido el covid o alguna otra enfermedad…, siempre toma precauciones, y tiene buena salud…, pero no podía quitarme de la cabeza la posibilidad de un accidente. Un resbalón en la ducha o algo así.

Holly asiente, pero recuerda las imágenes del vídeo de seguridad. Bonnie Rae no llevaba mascarilla al entrar en la tienda, y el cajero, tampoco. Hasta ahí llegaron todas las precauciones.

—No estaba en el estudio, ni vi nada fuera de lo normal, así que fui a la biblioteca, ya muy preocupada, pero ella aún no se había presentado ni había llamado. Llamé a la policía e intenté denunciar la desaparición, pero el hombre con el que hablé…, después de tenerme esperando veinte minutos…, me dijo que debían pasar al menos cuarenta y ocho

horas si se trataba de un menor o setenta y dos si era mayor de edad. Le dije que no atendía el teléfono, como si lo tuviera apagado, pero no pareció interesarle. Le pedí que me pasara con un inspector y me contestó que estaban todos ocupados.

A las seis de esa tarde, ya en casa, Penny recibió una llamada de Lakeisha, la amiga de Bonnie. Había llegado un hombre a la Reynolds con una bicicleta urbana Beaumont de diez velocidades azul y blanca cargada en su camioneta. Esa clase de bicicleta lleva transportín, en el que Bonnie había puesto una pegatina de parachoques en la que se leía I ♥ BIBLIOTECA REYNOLDS. El hombre, Marvin Brown, quería saber si era de alguien que trabajaba en la biblioteca o quizá de alguien que la frecuentaba mucho. Si no, dijo, tendría que llevarla a la comisaría. Por la nota pegada al sillín.

—La nota que decía: «Ya estoy harta» —apunta Holly.

—Sí. —A Penny se le empañan los ojos otra vez.

—Pero tú no dirías que tu hija tenía tendencias suicidas, ¿no?

—¡No, por Dios! —Penny da un respingo como si Holly la hubiese abofeteado. Una lágrima le resbala por la mejilla—. ¡No, *por Dios*! ¡Eso mismo le dije a la inspectora Jaynes!

—Adelante.

Todo el personal reconoció la bici. Matt Conroy, el bibliotecario jefe, avisó a la policía; Lakeisha llamó a Penny.

—Me vine abajo —dice Penny—. Desfilaron ante mis ojos todos los psicópatas acosadores que había visto en las películas.

—¿Dónde encontró el señor Brown la bicicleta?

—En Red Bank, a menos de tres manzanas del Jet Mart. Delante del parque hay un taller mecánico en venta. El señor Brown tiene un taller al otro lado de la ciudad, y supongo que está interesado en ampliar el negocio. Se reunió allí con un agente inmobiliario. Examinaron la bicicleta juntos. —Penny traga saliva—. A ninguno de los dos le gustó la nota del sillín.

—¿Hablaste con el señor Brown?

—No, se ocupó la inspectora Jaynes. Lo llamó por teléfono.

«Sin interrogatorio en persona», escribe Holly, sin quitar ojo a Penny, que se enjuga las lágrimas. Piensa que quizá Marvin Brown sea su primer contacto.

—El señor Brown y el agente inmobiliario se plantearon qué hacer con la bici, y el señor Brown dijo: bueno, ¿y por qué no la acerco yo a la biblioteca en mi camioneta?, y después de ver el local…, me refiero al taller mecánico…, eso hizo.

—¿Quién llegó antes allí? ¿Brown o el agente inmobiliario?

—No lo sé. No le di importancia.

Puede que no la tenga, pero Holly se propone averiguarlo. Porque a veces los asesinos «encuentran» los cadáveres de sus víctimas, y a veces los pirómanos avisan a los bomberos. Les da morbo.

—¿Alguna novedad desde entonces?

—Nada —responde Penny. Se seca los ojos—. Tiene el buzón de voz lleno, pero a veces la llamo de todos modos. Para oír su voz, ¿sabes?

Holly hace una mueca. Pete sostiene que al final se acostumbrará a oír las desdichas de los clientes, se le endurecerá el corazón, pero no le ha ocurrido aún, y espera que no le ocurra nunca. Puede que Pete se haya endurecido, e Izzy Jaynes, pero a Bill no le pasó. Él siempre se preocupaba por los demás. Decía que no podía evitarlo.

—¿Qué hay de los hospitales? Supongo que ya lo comprobaron.

Penny se ríe sin el menor asomo de humor.

—Le pregunté al policía que atendió el teléfono, el que me dijo que todos los inspectores estaban ocupados, si se encargaría él o si debía hacerlo yo. Contestó que era cosa mía. Ya me entiendes: se ha fugado tu hija, es asunto tuyo. Llamé al Mercy, llamé al St. Joe's, llamé al Kiner Memorial. ¿Sabes qué me dijeron?

Holly no tiene la menor duda al respecto, pero deja hablar a Penny.

—*Dijeron que no lo sabían.* Habrase visto incompetencia.

Esta mujer está angustiada, y Holly no señala lo que a ella misma le habría parecido evidente de no hallarse tan abstraída en la desaparición de su hija que es incapaz de ver nada más: los hospitales, aquí y en todo el Medio Oeste, están desbordados. El personal, todo el personal —no solo los médicos y las enfermeras—, ha recibido una avalancha de pacientes de covid. En la primera plana del periódico de ayer aparecía una fotografía de un portero con mascarilla que entraba a un paciente en camilla en la UCI del Mercy Hospital. De no ser por el sistema de ingresos informatizado, es posible que los hospitales de la ciudad no supiesen siquiera cuántos pacientes tienen a su cargo. Tal como está el panorama, la información debe de ir muy por detrás del aluvión de enfermos.

Cuando esto termine, piensa Holly, *nadie creerá que ocurrió de verdad. O, si lo creen, no entenderán cómo ocurrió.*

—¿Y la inspectora Jaynes se ha puesto en contacto contigo desde entonces?

—Dos veces en tres semanas —responde Penny. Su resquemor es palpable, y Holly considera que no le falta razón—. Vino una vez a casa, diez minutos, la otra me llamó por teléfono. Tiene la foto de Bonnie, y dijo que la introduciría en NamUs, que es una base de datos de personas desaparecidas a nivel nacional, y también en el CNNDE, que es…

—El Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados —dice Holly, pensando que fue un acierto por parte de Izzy, aunque Bonnie Rae Dahl no sea una niña.

A menudo la policía difunde la denuncia por ese canal si la persona desaparecida es joven y mujer. Las mujeres jóvenes son con diferencia las víctimas de secuestro más habituales. Por supuesto, también son las que se fugan con más frecuencia.

Aunque, piensa, *si una mujer de veinticuatro años decide poner tierra de por medio y empezar de cero en otra parte, no puede decirse que se haya fugado.*

Penny toma aire con una aspiración trémula.

—Ninguna ayuda por parte de la policía. Cero. Jaynes dice que sí, que podría haber sido secuestrada, aunque la nota lleva a pensar que sencillamente se marchó. Pero ¿por qué iba a marcharse? *¿Por qué?* ¡Tiene un buen trabajo! ¡Es candidata a un ascenso! ¡Es buena amiga de Lakeisha! ¡Y por fin se ha quitado de encima a ese fracasado que tenía por novio!

—¿Cómo se llama ese novio fracasado?

—Tom Higgins. —Arruga la nariz—. Trabajaba en la zapatería de las galerías comerciales del aeropuerto. Cuando las galerías cerraron durante la primera ola de covid, pretendía instalarse en casa de Bonnie para ahorrarse el alquiler, pero ella no se lo consintió. Tuvieron una pelea de órdago. Bon le dijo que habían terminado. Él se rio y contestó que ella no podía echarlo, porque se iba él. Como si fuera una respuesta muy original, ¿sabes? Seguramente a él se lo pareció.

—¿Crees que ese hombre tuvo algo que ver con la desaparición de Bonnie?

—No. —Cruza los brazos ante el pecho, como para dar el tema por zanjado.

Holly aguarda (una técnica que le enseñó Bill Hodges), y Penny acaba llenando el silencio.

—Ese hombre apenas era capaz de sonarse la nariz sin un vídeo de instrucciones. Además, era *muy* inmaduro. Nunca entendí qué veía Bonnie en él, y ella nunca pudo explicarlo.

Holly, admiradora de los cachas del *reality Bachelor in Paradise*, se forma una clara idea de lo que Bonnie podría haber visto en él. No quiere decirlo, ni falta que hace. Penny lo dice por ella.

—Debía de ser una maravilla en el catre, un auténtico hombre de los que duran sesenta minutos.

—¿Tienes su dirección?

Penny lo consulta en el móvil.

—Eastland Avenue, 2395. Aunque no sé si sigue allí.

Holly lo apunta.

—¿Tienes una foto de la nota?

Penny la tiene. Dice que Lakeisha Stone la fotografió cuando Marvin Brown llevó la bici. Holly la examina y no le gusta lo que ve. Letra de imprenta, todo mayúsculas, trazadas con cuidado: YA ESTOY HARTA.

—¿Es la letra de tu hija?

Penny deja escapar un suspiro, como si eso la desbordara.

—Podría ser, pero no estoy segura. Mi hija no escribe a mano. Hoy día ningún joven lo hace, como no sea para firmar, y sus firmas son ilegibles, simples garabatos. Normalmente no usa mayúsculas, pero si

quisiera que el mensaje quedase…, no sé…

—¿Contundente?

—Sí, eso. Entonces quizá sí.

Penny podría tener razón, piensa Holly, pero en ese caso ¿no lo habría escrito con mayúsculas aún más grandes? ¿No YA ESTOY HARTA sino YA ESTOY HARTA? ¿Tal vez incluso con uno o dos signos de exclamación? No, esa nota no le gusta nada. No tiene elementos para descartar que Bonnie la escribiera, pero tampoco los tiene, ni mucho menos, para pensarlo.

—Envíamela junto con las fotos de tu hija, por favor. ¿Y tú, Penny? ¿Dónde vives?

—En Renner Circle. El 883 de Renner, en Upriver.

Holly lo añade a sus anotaciones, donde también ha escrito: «P y B tuvieron una discusión; acalorada, según P».

—Soy la responsable de préstamos de la sucursal del NorBank que hay en la prolongación de la autopista, a la altura del aeropuerto. O lo era, y supongo que volveré a serlo. NorBank ha cerrado temporalmente tres de sus tiendas…, nosotros las llamamos tiendas…, y una era la mía.

—¿No trabajas desde casa?

—No. Pero aún me pagan. Un rayo de sol en medio de todo este…, este *caos*. Lo que me recuerda que debo darte un cheque. —Abre el bolso y empieza a revolver dentro—. Y debes de tener más preguntas.

—Las tendré, pero ya cuento con material suficiente para empezar.

—¿Cuándo recibiré noticias tuyas? —Penny extiende el cheque con rapidez y eficiencia, sin detenerse en ninguno de los campos. Y no con letra de imprenta, sino con una caligrafía fluida y muy controlada.

—Dame veinticuatro horas para ponerme en marcha.

—Si descubres algo digno de informar antes de ese plazo, llámame. A cualquier hora. Día o noche.

—Una cosa más. —Por lo general, elude cualquier detalle personal, sobre todo si puede dar lugar a algún tipo de conflicto, pero esta mañana no vacila. La cuestión la intriga: es como un nudo enredado que quiere deshacer—. Háblame de esa discusión. La que acabó siendo acalorada.

Penny vuelve a cruzar los brazos ante el pecho, en esta ocasión con más firmeza. Holly reconoce el lenguaje corporal defensivo por abundante experiencia propia.

—No fue nada. Hicimos una montaña de un grano de arena.

Holly aguarda.

—Discutíamos de vez en cuando, nada del otro mundo. ¿Qué madre e hija no discuten?

Holly aguarda.

—Bueno —continúa Penny por fin—, ese día la cosa quizá fue un poco más seria. Bonnie dio un portazo al salir. Tiene buen carácter, y aquello no era propio de ella. Habíamos tenido algunas…, algunas discusiones

subidas de tono por Tom, pero nunca se había marchado de casa dando un portazo. Y la insulté. La llamé «zorra testaruda». Dios mío, ojalá pudiera retirarlo. Decir: «Vale, Bon, dejémoslo correr». Pero nunca se sabe, ¿no?

—¿Cuál fue el motivo?

—Había una vacante excelente en el NorBank. Archivo e inventario. Cotejos. Atención al cliente, teletrabajo garantizado. ¿No era una oportunidad magnífica con todo lo que está pasando? Yo pretendía convencerla de que presentase una solicitud. Se le dan muy bien los números y es muy sociable. Pero no quiso saber nada. Le señalé la considerable mejora salarial y las prestaciones y el buen horario. No hubo manera de hacérselo entender. Podía ser muy tozuda.

Mira quién fue a hablar, piensa Holly, recordando las peleas con su propia madre, en especial desde que empezó a trabajar con Bill Hodges. Tuvieron algunas trifulcas descomunales después de que Bill y ella casi acabaran muertos cuando iban tras un médico poseído —ciertamente no había otra forma de describirlo— por Brady Hartsfield.

—Le dije que, si trabajaba en el banco, podría comprarse ropa decente, para variar, y dejar de vestirse como una hippy. Se rio de mí. Fue entonces cuando la llamé «zorra».

—¿Alguna otra discusión? ¿Algún motivo de conflicto?

—No. Nada.

Holly sabe que miente, y no solo a la detective privada a la que acaba de contratar. Anota una cosa más; a continuación se levanta y se pone la mascarilla.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Primero llamaré a Izzy Jaynes. Creo que conmigo hablará. Nos conocemos desde hace unos años.

Y quiere hablar también, incluso antes que con Brown, el hombre de la furgoneta, con Lakeisha Stone. Porque, si Lakeisha y Bonnie eran buenas amigas —incluso íntimas—, Lakeisha le proporcionará una idea más clara de cómo se llevaban madre e hija. Con discusiones y portazos o sin ellos, Holly no quiere iniciar esta investigación estableciendo una equivalencia demasiado cercana entre su propia madre y la de Bonnie.

«Tú no eres el caso —le dijo una vez Bill—. Nunca cometas el error de pensar que lo eres. No ayuda y normalmente empeora las cosas».

22-25 de noviembre de 2018

1

A Em esta no le cae bien.

No es que Cary Dressler le cayera bien, y a Castro, ese *maricón* hispano, lo *aborrecía*. Sin embargo, esta chica, esta Ellen Craslow, es distinta de los otros dos. ¿Porque es mujer? Em no lo cree.

Desciende por las escaleras del sótano con la bandeja ante sí. Contiene un pedazo de hígado de medio kilo, crudo, flotando en su propio jugo. Precio en Kroger: 3,22 dólares. La carne está muy cara hoy día, y el último trozo se echó a perder. Al bajar, lo encontró infestado de gusanos y moscas. No se explica cómo entraron en este espacio herméticamente cerrado, y tan deprisa. Habían sellado incluso la rendija de debajo de la puerta de la cocina.

La chica está plantada junto a los barrotes de la celda. Es alta, con la piel de color chocolate. Tiene el cabello corto, oscuro y bien peinado. Desde el pie de las escaleras, Em casi creería que es un gorro de baño. Cuando se acerca, ve los labios de Ellen resecos y agrietados en algunos puntos. Pero no llora ni suplica. No ha hecho ni lo uno ni lo otro. Al menos de momento.

Em coge el plato de hígado de la bandeja y lo deja en el suelo de hormigón. Para ello, apoya una rodilla en el suelo en lugar de inclinarse. Está mal de la ciática, pero cuando solo está mal, lo aguanta. Ahora bien, cuando rabia de dolor, cuando cada paso se convierte en un suplicio…, la cosa cambia. Coge la escoba y empuja el plato hacia la celda. El líquido rojo se agita. Y Ellen Craslow, como ha hecho antes, bloquea la trampilla con el lateral del pie.

—Ya se lo he dicho, soy vegana. Parece que no escucha.

Em siente el impulso de golpearla con el palo de la escoba, pero se contiene. Y no solo porque ella podría agarrarlo. No debe exteriorizar emoción alguna. Como Castro y Dressler, la chica es un animal enjaulado. Lo que se hace con un animal es *domesticarlo*.

Ellen también rechazó el batido de proteínas. Al despertar, se bebió las dos botellas de agua pequeñas que había en la jaula, la primera de inmediato. Hizo durar la segunda, pero las dos están ya vacías. Em se saca otra del bolsillo del delantal.

—Cuando te comas la carne, Ellen, te daré esto. A tu cuerpo le da igual que seas vegana. Necesita comer. —Sostiene la botella al frente,

mostrándosela—. Y necesita beber.

Ellen permanece en silencio. Inmóvil, sujetándose a los barrotes con las manos relajadas y obstruyendo la trampilla con el pie, se limita a observar a Em. Tiene una mirada inquietante. Em no quiere ponerse nerviosa, pero se dice que se sentiría igual si estuviera en el zoo y fijara la vista en los ojos de un tigre.

—Dejaré la comida, ¿entendido? Cuando vuelva y vea el plato limpio, incluido el jugo, tendrás el agua.

No obtiene respuesta y, tanto si esa chica es un animal como si no, la profesora Emily Harris (emérita) cobra conciencia de su propio enfado. No, de su cólera. Castro comió; Dressler comió; al final Ellen también comerá. No podrá evitarlo. Em se da media vuelta y se encamina hacia las escaleras.

—Es horrible, ¿verdad? —dice la chica.

Em, sorprendida, se vuelve.

—Cuando la gente no hace lo que usted quiere. Es horrible, ¿no? Para usted, quiero decir. —¡Y la chica llega al extremo de sonreír!

Zorra, piensa Emily, y luego asoma a su mente una expresión que por nada del mundo se permitiría usar, salvo en su diario: *¡Zorra negra, serás testaruda!* Con delicadeza, dice:

—Es Acción de Gracias, Ellen. Da gracias y come.

—Tráigame una ensalada —responde Ellen—. Sin aliño. Eso sí me lo comeré.

¡Qué desfachatez!, piensa Em. *¡Como si yo fuera una criada! ¡Como si fuera su doncella!*

Entonces hace algo que más tarde lamentará, porque revela demasiado de sí misma. Se saca la botella de agua del bolsillo del delantal, se la lleva a los labios y bebe. A continuación vierte el resto por encima de la barandilla.

La chica permanece en silencio.

2

Un día después.

El profesor Rodney Harris (Ciencias Biológicas, emérito) se planta pensativo ante la celda. Ellen Craslow le sostiene la mirada con serenidad. Ya tiene un par de ampollas en los labios y granos en la frente, y su piel tersa y preciosa de color chocolate empieza a presentar una tonalidad cenicienta. En cambio, sus ojos, de un verde llamativo, brillan en las cuencas, cada vez más hundidas.

Roddy es un respetado biólogo y nutricionista. Antes de jubilarse, era profesor en ocasiones venerado y más a menudo temido por sus alumnos. La bibliografía de su obra publicada abarcaría una decena de páginas, y aún mantiene una animada correspondencia con sus colegas

en varias publicaciones. No encuentra presuntuoso el hecho de considerarse superior a esos colegas. Como dijo una vez algún sabio: «Si es verdad, no es alardear».

No está enfadado con esta chica como lo está Em (ella dice que no, pero llevan más de cincuenta años casados y la conoce mejor de lo que ella se conoce a sí misma), pero Ellen desde luego lo desconcierta. Al despertar, debió de sentirse desorientada, igual que los otros —utilizan una droga muy potente para dormir a sus sujetos—, y sin embargo ella no *parecía* desorientada. Si tuvo resaca —y también debió de tenerla—, no se quejó. No pidió ayuda a gritos, como hizo Cary Dressler casi de inmediato (*debió de agudizársele mucho el dolor de cabeza*, piensa Roddy) y como acabó haciendo Jorge Castro. Y, por supuesto, se ha negado a comer, pese a que ya han pasado casi tres días, y más de dos desde que se terminó el agua que le habían concedido.

El hígado que Em le bajó ayer se ha oscurecido y empieza a oler. Aún es comestible, pero no por mucho tiempo. Unas horas más, y probablemente lo vomitaría, con lo que todo el proceso carecería de sentido. Entretanto, pasa el tiempo.

—Querida, si no comes, te morirás de hambre —dice con una cordialidad que sus alumnos de antaño no reconocerían; como profesor, Roddy tendía a hablar deprisa, en un tono exaltado, en ocasiones rayano en la estridencia. Cuando enumeraba las maravillas del estómago (la serosa, el píloro, el duodeno), alzaba la voz casi hasta gritar.

Ellen permanece en silencio.

—Tu cuerpo ya ha empezado a digerirse a sí mismo. Se te ve en la cara, los brazos, la postura, un poco encorvada…

Nada. La chica le sostiene la mirada. No les ha preguntado qué quieren, lo cual también es desconcertante y (hay que reconocerlo) un tanto inquietante. Sabe quiénes son, sabe que, si la dejan ir, los detendrán por secuestro (solo el primer cargo entre otros muchos); por tanto, *no pueden* dejarla ir, pero no ha habido intentos de negociación ni súplicas. Solo esa huelga de hambre. Les dijo que de buen grado se comería una ensalada, pero eso queda descartado. Las ensaladas, con o sin aliño, no son un sacramento. La carne es un sacramento. El hígado es un sacramento.

—¿Qué vamos a hacer contigo, querida? —Tristemente.

En ese punto Roddy esperaría que un prisionero —un prisionero *normal*— dijera algo ridículo como «Déjenme ir y no le contaré una sola palabra a nadie». Esta chica, por famélica y sedienta que esté, sabe que no serviría de nada.

Roddy acerca un poco el plato con la tajada de hígado.

—Cómetelo y enseguida notarás que recuperas las fuerzas. Será una sensación extraordinaria. —Prueba con un chiste flojo—: Te convertiremos en carnívora en un santiamén.

Como ella sigue sin responder, se dirige hacia las escaleras.

De pronto Ellen dice:

—Sé qué es eso.

Roddy se vuelve. Ella señala una enorme caja amarilla al fondo del taller.

—Es una astilladora. La han vuelto hacia la pared para que no vea la tolva, pero sé lo que es. Mi tío lleva toda la vida trabajando en los bosques del norte.

Rodney Harris, a su edad, habría creído que ya nada lo sorprendería y, sin embargo, esta joven lo sorprende una y otra vez. Extraordinario, casi tanto como descubrir un prodigio canino capaz de contar.

—Así es como van a deshacerse de mí, ¿no? Saldré por el tubo de esa máquina e iré a parar a una bolsa grande, y esa bolsa acabará en el lago.

Él la mira boquiabierto.

—¿Cómo lo…? ¿De dónde has sacado semejante idea?

—Porque es el sitio más seguro. Hay una serie de televisión, *Dexter*, sobre un hombre que mata a personas y se deshace de ellas en el golfo de México. A lo mejor la ha visto.

La han visto, por supuesto.

Esta situación lo horroriza. Es como si la chica le leyera el pensamiento. A él y a Emily, porque, en lo que se refiere a sus cautivos —y al sacramento—, Em y él piensan lo mismo.

—Tienen una barca. ¿No, profesor Harris?

Esa chica fue un error. Planta cara, es un caso aparte, ni en cien años se encontrarían con otra igual.

Roddy se va arriba sin decir nada más.

3

Em está en su despacho. Hay tal acumulación de libros en las estanterías, que van desde el suelo hasta el techo, que apenas queda espacio para el escritorio. Ha apartado en una esquina algunos libros con la intención de dejar hueco para una gruesa carpeta en cuya tapa se lee MUESTRAS DE ESCRITURA en prolijas mayúsculas.

Dos fotos enmarcadas flanquean el ordenador de sobremesa. Una es de Roddy y Em muy jóvenes, él con un chaqué (alquilado) y ella con un tradicional vestido blanco de novia (comprado por sus padres). La otra muestra a Roddy y Em mucho mayores, él con una gorra de almirante de broma y ella con un gorro de grumete ladeado en actitud desenfadada sobre sus rizos de peluquería. Posan delante de su Mainship 34, recién adquirido (de segunda mano, pero cuidado). Em sostiene una botella de champán barato, con la que pronto bautizarán el barco, el Marie Cather, Marie por Stopes, Cather por Willa. Su matrimonio ha sido siempre una sociedad.

En la pantalla del ordenador, Em observa a Ellen Craslow, sentada en

el futón de la jaula con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en las manos y los hombros temblorosos. Roddy se inclina por encima de Em para verla más de cerca.

—Se ha quedado de pie hasta que te has ido; luego se ha desplomado —informa Em, no sin satisfacción.

La chica levanta la cabeza y mira a la cámara. Aunque ha estado llorando, parece que tiene los ojos secos. A Roddy no le sorprende. Es un efecto de la deshidratación.

—¿Lo has oído todo? —pregunta a su mujer.

—Sí. Ha intuido muchas cosas, ¿no?

—No es intuición; es lógica. Además, ha reconocido la astilladora. De eso no se había dado cuenta ninguno de los otros. ¿Qué vamos a hacer, Emmie? Sugerencias, por favor.

Ella se detiene a pensarlo mientras observan a la chica enjaulada. Ninguno de los dos siente lástima por Ellen, ni siquiera empatía. La ven como un problema que resolver. Roddy piensa que, en cierto modo, el problema tiene su lado bueno. Todavía son relativamente nuevos en esto. Con cada problema resuelto ganan en eficiencia, como todo científico sabe.

—Veamos qué pasa mañana —dice ella por fin.

—Sí. Creo que es lo acertado.

Roddy se yergue y hojea despreocupadamente con el pulgar las muestras de escritura de la gruesa carpeta. En el semestre de primavera, la escritora residente del muy respetado (casi legendario) taller de narrativa del Bell será una mujer llamada Althea Gibson, autora de dos novelas que recibieron buenas críticas y se vendieron mal. Como en los casos de varios autores residentes anteriores, Gibson se ha mostrado más que dispuesta a aceptar que Emily Harris se ocupe de la criba inicial de solicitudes, y Em, pese a que le pagan una miseria, disfruta con la tarea. Ese fue un ofrecimiento que Jorge Castro rehusó, pues prefería revisar en persona las pilas de muestras de escritura. Pensó que dejar la preselección inicial en manos de Emily era indigno de él. Em ha observado que muchos maricas se dan ínfulas, y cree que posiblemente sea una forma de compensación por sus carencias. Además, esa costumbre suya de correr solo…

—¿Hay algo bueno? —pregunta Roddy Harris.

—Por ahora, la morralla de siempre. —Em suspira y se masajea la parte inferior de la espalda, dolorida—. Empiezo a pensar que dentro de veinte años la narrativa será un arte desaparecido.

Él se inclina y le besa el cabello blanco.

—No te rindas, cariño.

Cuando Em baja por las escaleras al mediodía del día 24, vuelve a haber gusanos y moscas en la tajada de hígado. Con repugnancia y consternación, los ve moverse por un pedazo de carne que está (bueno, que *estaba*) en perfecto estado. No tendrían por qué aparecer tan deprisa. ¡No tendrían que aparecer en absoluto!

Empuja la carne hacia la trampilla con la escoba. Y Ellen, pese al visible agotamiento, los labios agrietados y sangrantes, el color arcilloso de la tez, vuelve a bloquear la portezuela con el pie.

Em se saca una botella de agua del bolsillo del delantal y la complace ver la forma en que la chica fija la mirada en ella. Y cuando asoma la lengua en un vano esfuerzo por humedecerse los labios resecos… también eso la complace.

—Cógelo, Ellen. Aparta los bichos y cómetelo. Luego te daré el agua.

Por un momento piensa que esa chica obstinada va a ceder. Entonces repite lo que viene diciendo desde el principio:

—Soy vegana.

Eres una zorra, eso es lo que eres. Emily a duras penas logra contenerse para no decirlo en voz alta. Esa chica la saca de quicio, y tampoco ayuda el hecho de que la condenada ciática la haya tenido media noche en vela. *¡Una listilla, una zorra con ínfulas! ¡Una zorra* NEGRA*!*

Hinca la rodilla en el suelo —con la espalda recta, así le duele menos— y coge el plato. No consigue reprimir una leve exclamación de asco cuando le sube un gusano por la muñeca. Se lleva el plato arriba sin mirar atrás.

Roddy está sentado a la mesa de la cocina, leyendo una monografía mientras pica frutos secos de un bol de cristal tallado. Alza la vista, se quita las gafas de lectura y se frota los lados de la nariz.

—¿No?

—No.

—De acuerdo. ¿Quieres que le baje el último trozo? Veo que te duele mucho la espalda.

—Estoy bien. Lista para lo que haga falta.

Em ladea el plato. El hígado medio podrido resbala y cae al fregadero. Produce un ruido húmedo: *plof*. Se descubre otro gusano en el antebrazo. Lo aparta de un manotazo y, con un tenedor, introduce la carne estropeada en la trituradora de residuos, empujándola con golpes cortos y enérgicos.

—Calma —dice Roddy—. *Calma*, Em. Estamos preparados para esto.

—¡Pero, si esta no come, tendremos que salir otra vez a buscar a alguien para sustituirla! ¡Y es demasiado pronto!

—Extremaremos la cautela, y no soporto verte sufrir de esta manera. Además, puede que tenga una opción.

Em se vuelve hacia él.

—Esa chica me exaspera.

Te «exaspera» es decir poco, querida mía, piensa Roddy. *Estás furiosa, y*

creo que la chica lo sabe. Puede que también sepa que tu rabia es la única forma de venganza a la que puede aspirar. Absteniéndose de decirlo, se limita a mirarla con esos ojos que ella siempre ha adorado; que, aun después de tantos años, no puede sino adorar. Se levanta, le rodea los hombros con un brazo y le da un beso en la mejilla.

—Mi pobre Em. Siento que estés dolorida y siento que tengas que esperar.

Ella le dirige la sonrisa que él siempre ha adorado, que no puede sino adorar. Aun ahora, con arrugas cada vez más profundas en las comisuras de los ojos y los labios.

—Saldrá bien.

Em enciende la trituradora. Esta emite un chirrido voraz, no muy distinto del sonido de la astilladora del sótano cuando está en funcionamiento. Luego saca una tajada fresca de hígado de la nevera.

—¿Seguro que no quieres que lo baje yo? —pregunta Roddy.

—Totalmente.

5

En el sótano, Em deja el plato de hígado en el suelo. Coloca una botella de agua Dasani detrás. Ellen Craslow se levanta del futón y bloquea la trampilla con el lateral del pie antes de que Em coja la escoba. Repite:

—Soy vegana.

—Me parece que eso ya ha quedado claro —dice Em—. Piénsalo bien. Esta es tu última oportunidad.

Ellen mira a Em con una expresión de angustia en los ojos, muy hundidos… y sonríe. Las grietas de los labios se le abren y sangran. Habla en voz baja, sin vehemencia.

—No me mienta. No tengo ninguna oportunidad desde que desperté aquí dentro.

6

Al día siguiente es Roddy quien baja. Viste su americana preferida, la que siempre se ponía en los congresos y los simposios a los que asistía para dar una conferencia o participar en alguna mesa redonda. Por las imágenes de la cámara, sabe que el hígado sigue a este lado de la trampilla, pero el plato se ha movido. Em y él han visto a la chica tenderse de costado, con el hombro contra los barrotes, para tratar de llegar al agua. No lo ha conseguido, por supuesto.

Roddy sostiene la ensalada que ella ha pedido. En condiciones normales, no provocaría a un animal enjaulado, pero la insolencia de esta chica los ha sacado de quicio. No es solo por su calma

imperturbable. Es por la pérdida de tiempo.

—Sin aliño. No querríamos infringir tus principios dietéticos.

Mientras deja el bol de ensalada, advierte en el rostro de Ellen la pura avidez con que la contempla. Lo empuja hacia ella con la escoba. Podría permitirle comérsela antes de acabar con su sufrimiento. Se lo ha planteado y lo ha descartado. Ha enfurecido a Emily.

Lo empuja hasta el interior de la celda. Ella lo recoge.

—Gracias… —Ellen abre mucho los ojos al ver que él se lleva la mano al interior de la americana.

Es un revólver del calibre 38. No hace mucho ruido y el sótano está insonorizado. Le dispara una vez en el pecho. El bol se le cae de las manos y se hace añicos. Los tomates cherri ruedan por todos lados. Cuando ella se desploma, Roddy mete el brazo entre los barrotes y, para mayor seguridad, le descerraja un tiro en lo alto de la cabeza.

—Qué desperdicio —dice.

Y, para colmo, habrá que limpiar.

23 de julio de 2021

1

Cuando Penny se va, Holly coge un paquete de toallitas antibacterianas del cajón superior de su escritorio y limpia tanto la parte de la mesa donde Penny ha apoyado las manos entrelazadas como los brazos de la silla en la que se ha sentado. Probablemente sea un exceso de cautela —no es posible desinfectarlo todo, sería una locura intentarlo—, pero más vale prevenir que curar. A Holly le basta con acordarse de su madre para saberlo.

Recorre el pasillo hasta el servicio de mujeres y se lava las manos. Cuando regresa a su despacho, repasa las notas y hace una lista de las personas con quienes quiere hablar. Luego se recuesta en la silla y, con las manos cruzadas sobre el estómago, se queda mirando al techo. Entre sus ojos se ha formado un pliegue vertical, lo que Barbara Robinson llama «arruga de pensar». La mochila desaparecida no le preocupa; como ha dicho Penny, su hija debió de cargar con ella. Lo que interesa a Holly es el casco de ciclista de Bonnie Rae. Y la propia bici. Son dos elementos *muy* interesantes para ella, por razones relacionadas pero ligeramente distintas.

Al cabo de unos cinco minutos, el pliegue vertical desaparece, y Holly llama a Isabelle Jaynes.

—Hola, Izzy. Soy Holly Gibney. Espero que no te moleste que te llame al móvil particular.

—Ni mucho menos. Me he enterado de lo de tu madre, Hol; lo siento mucho.

—¿Cómo lo has sabido?

Izzy no asistió al funeral por Zoom, a no ser que —y sería muy propio de ella— estuviera al acecho.

—Me lo dijo Pete.

—Bueno, gracias. Perderla ha sido duro. E innecesario.

—¿No se vacunó?

—No.

Seguramente eso también se lo ha contado Pete. Holly no sabe si el contacto que mantienen es muy estrecho, pero le consta que lo mantienen. Cuando eres policía, lo eres hasta la muerte. Se lo dijo Bill.

—¿Cómo sigue Pete?

—No se está recuperando tan deprisa como yo esperaba.

—Lamento oírlo. ¿En qué puedo ayudarte?

Holly le cuenta que Penelope Dahl la ha contratado para que indague en la desaparición de su hija. No esperaba que Izzy lo considerara una intromisión en una investigación policial, y no se equivocaba. De hecho, Izzy se alegra y desea suerte a Holly.

—La señora Dahl no cree que Bonnie se marchara de la ciudad —dice Holly— y rechaza la idea del suicidio. Con vehemencia. ¿Tú qué opinas?

—¿Entre nosotras? ¿No lo difundirás?

—¡Claro que no!

—Era broma, Hols. A veces me olvido de que te lo tomas todo al pie de la letra. Yo creo que la chica o bien decidió de repente cambiar de aires y largarse a ver mundo… o fue secuestrada. Si apuntaras con una pistola a la cabeza de mi gatito, me decantaría por que la secuestraron. Después de lo cual posiblemente la violaron, asesinaron y eliminaron el cadáver.

—Uf.

—Uf, exactamente. Lo notifiqué a las personas indicadas e informé a la Policía del Estado.

—¿Entre las personas indicadas se incluye el FBI?

—Hablé con el agente especial al mando de Cincinnati. No lo investigarán, tienen cosas más importantes entre manos, pero al menos consta en su base de datos. Si en alguna de *sus* investigaciones surge algo relacionado con la tal Dahl, lo sabrán. En cuanto a aquí, en la ciudad, ya sabes que esto es un desbarajuste. Por si no hubiera ya bastantes problemas con el covid, ahora tenemos lo de Maleek Dutton. La situación se ha calmado un poco, nadie ha ido rompiendo escaparates o prendiendo fuego a los coches en las últimas dos semanas, pero aún hay… repercusiones.

—Fue una desgracia.

Fue mucho más que eso, pero Dutton es un tema delicado y la historia de siempre: un joven negro, una luz de posición rota, un coche patrulla que lo para. El agente que se acerca ordena que mantenga las manos sobre el volante, pero Dutton hace ademán de coger el móvil.

—Una *estupidez* es lo que fue. Una *vergüenza* es lo que fue. —Da la impresión de que Izzy habla con los dientes apretados—. No me has oído decir eso.

—No, no he oído nada.

—El jurado de acusación dejó libre a ese gilipollas de gatillo fácil por falta de pruebas…, eso tampoco me lo has oído decir…, pero al menos lo han expulsado del cuerpo. Y no es la única baja. Entre el covid y los conflictos de Lowtown, tenemos un veinticinco por ciento menos de efectivos. Si el gobernador impone el uso obligatorio de la mascarilla y la vacunación a los funcionarios municipales y estatales, seremos aún menos. El largo brazo de la ley es cada vez más corto.

Holly emite un sonido que podría interpretarse como conformidad.

Está de acuerdo, pero solo hasta cierto punto. Fue un mal uso del arma —un uso del arma inexcusable, diga lo que diga el jurado de acusación—, y nunca entenderá por qué policías que de manera sistemática se ponen guantes antes de inyectar naloxona a la víctima de una sobredosis se resisten a la vacuna contra el covid. No todos la rechazan, por supuesto, pero una minoría considerable, sí. En cualquier caso, está acostumbrada a este tipo de quejas. Izzy Jaynes es en esencia una persona muy infeliz.

—Oye, Hols, sé que esa mujer, Dahl, considera que la hemos dejado en la estacada. Quizá sea así. Seguramente es así. Pero ella y su hija discutían sin parar, según los vecinos, y la infraestructura de esta ciudad está con el agua al cuello. ¿Sabías que están vaciando las cárceles por el covid? ¿Que dejan salir a la calle a mala gente? A veces pienso que es una suerte que Bill no haya vivido para verlo.

Ojalá hubiera vivido, piensa Holly. *Ojalá hubiera vivido para ver cualquier cosa.* La muerte de su madre es una aflicción reciente que viene a sumarse a la pena que aún siente por Bill.

Izzy deja escapar un suspiro.

—Sea como sea, chica, me alegro de que hayas aceptado el caso. Compadezco a esa mujer, pero es un dolor de cabeza más en una cabeza ya bastante dolorida. Si puedo ayudar en algo, dímelo.

—Te lo diré.

Holly pone fin a la llamada y vuelve a fijar la mirada en el techo. Consulta el móvil para ver si Penny le ha mandado ya las fotos de su hija. Todavía no. Se arrodilla.

—Ayúdame, Señor, a hacerlo lo mejor posible por Penny Dahl y su hija. Si alguien ha secuestrado a esa joven, espero que siga viva y que sea tu voluntad que la encuentre. Me estoy tomando el Lexapro, y eso es bueno. Vuelvo a fumar, y eso es malo. —Piensa en la plegaria de san Agustín y sonríe tras las manos entrelazadas—. Ayúdame a dejarlo…, pero no hoy.

Una vez atendido ese asunto, abre el cajón destinado al covid. Hay una caja de mascarillas sin usar junto a la de toallitas. Coge una y sale dispuesta a iniciar su investigación sobre la desaparición de Bonnie Rae Dahl.

2

Al cabo de veinte minutos, Holly conduce lentamente por Red Bank Avenue. Poco antes de Deerfield Park, pasa por delante de un Dairy Whip en cuyo aparcamiento casi vacío un grupo de chicos se deslizan sobre sus monopatines. Pasa por delante del Centro de Trasteros John Boy, «Alquileres por mes y por año». Pasa por delante de una gasolinera Exxon abandonada, cubierta de grafitis firmados. Hay un Quik-Pik,

también abandonado, con los escaparates tapados con tablones.

Deja atrás un solar invadido por la maleza y llega al taller mecánico donde encontraron la bicicleta de Bonnie. Es un edificio alargado con el tejado hundido y las fachadas laterales, de metal acanalado, herrumbrosas. En la superficie de cemento agrietada de la zona de aparcamiento delantera, asoman hierbajos e incluso unos cuantos girasoles. A Holly no le parece un edificio que valga la pena conservar, y menos aún comprar, pero Marvin Brown no debe de pensar lo mismo, porque delante hay un letrero en el que se lee VENTA PENDIENTE. El cartel incluye una foto de un hombre risueño de cara redonda que se identifica como George Rafferty, «Su especialista en bienes raíces de la ciudad». Holly aparca frente a las puertas enrollables y anota el nombre y el número del agente.

Lleva una caja de guantes de nitrilo en la consola. Barbara Robinson la había encargado especialmente para ella como regalo de cumpleaños, y el estampado consistía en diversos emojis: caras risueñas, caras ceñudas, caras besando y caras malhumoradas. Muy graciosos. Holly se pone un par. A continuación rodea su pequeño coche y abre el maletero. Encima de la caja de herramientas hay un impermeable bien plegado. No va a necesitarlo, porque hace un día soleado y caluroso, pero sí quiere los chanclos rojos de goma. No es el covid lo que la preocupa ahí al aire libre, pero crecen arbustos a ambos lados del taller vacío, y ella es muy sensible a la hiedra venenosa. Además, podría haber serpientes. Holly detesta las serpientes. Sus escamas la horrorizan; sus ojos negros y brillantes, aún más. *Ufff*.

Se detiene a observar Deerfield Park, al otro lado de la calle. En su mayor parte, el parque es el sueño de un jardinero paisajista, pero aquí, donde linda con Red Bank Avenue, los árboles y arbustos se hallan en estado silvestre, y la vegetación de hecho traspasa la reja de hierro forjado e invade el espacio de quienes pasean por la acera. Advierte un detalle interesante: una agreste hendidura descendente, casi un barranco, coronada por un afloramiento de roca. Incluso desde el otro lado de la calle, Holly ve las numerosas pintadas, de las que se desprende que ahí deben reunirse los jóvenes, posiblemente para fumar hierba. Piensa que desde esa roca debe de haber una buena vista de este lado de la avenida, en concreto del taller mecánico. Se pregunta si habría allí algún chico la tarde que Bonnie dejó la bicicleta, y se acuerda de los que ha visto haraganear en el aparcamiento del Dairy Whip.

Se calza los chanclos, remete en ellos las perneras del pantalón y va de un extremo al otro de la fachada del taller, pasando ante las tres puertas enrollables del garaje y, por último, ante la oficina. No espera encontrar nada, pero cosas más raras han ocurrido. Cuando llega a la esquina, se da media vuelta y retrocede, poco a poco, con la cabeza gacha. No hay nada.

Ahora la parte difícil, piensa. *Esta parte sí es una caca.*

Empieza a recorrer la fachada sur del edificio, caminando despacio, apartando los arbustos, mirando al suelo. Hay colillas, una caja vacía de puros Tiparillo, una lata oxidada de White Claw, un calcetín de deporte viejo. Por la parte de atrás, avanza más deprisa, porque alguien ha vertido aceite (cosa que no debe hacerse) y hay menos arbustos. Ve algo blanco y se abalanza sobre ello, pero resulta ser una bujía agrietada.

Holly dobla la esquina y empieza a abrirse paso entre más arbustos. Algunos tienen hojas rojizas de aspecto sospechosamente untuoso, y se alegra de llevar guantes. No encuentra ningún casco de ciclista. Supone que podrían haberlo lanzado lejos, por encima de la alambrada que hay detrás del taller, pero es probable que lo viese de todos modos, porque a ese lado se extiende otro solar.

En la esquina delantera del edificio brilla algo en lo más hondo de una mata de esa planta de hojas sospechosamente untuosas. Holly las aparta con cuidado para evitar que le rocen la piel desnuda y rescata un pendiente de clip. Un triángulo dorado. Seguro que no de oro auténtico, solo una compra impulsiva en T. J. Maxx o Icing Fashion, pero Holly siente una repentina excitación. Hay días en los que no sabe por qué se dedica a este oficio, y hay otros en los que sabe con exactitud por qué. Hoy es uno de estos últimos. Aunque tendrá que tomarle una foto y enviársela a Penny Dahl para asegurarse, no alberga la menor duda de que el pendiente era de Bonnie Rae. Tal vez solo se le cayó —como suele pasar con los pendientes de clip—, pero quizá lo perdió por efecto de un tirón o una sacudida. Posiblemente durante un forcejeo.

Y la bicicleta, piensa Holly. *No estaba en la parte de atrás ni a un lado. Estaba delante. Eso tendré que confirmarlo, pero no creo que Brown o el agente inmobiliario se adentraran entre los arbustos como he hecho yo.* En su opinión, existe una única situación en la que eso tiene sentido.

Aprieta la mano en torno al pendiente hasta que nota que los ángulos afilados se le hincan en la palma y decide recompensarse con un cigarrillo. Se quita los guantes de nitrilo adornados con emojis y los deja en el hueco para las piernas del coche. A continuación se recuesta contra el neumático delantero del lado del acompañante, donde confía en que no la vea nadie que pase por la avenida, y se enciende el cigarrillo. Mientras fuma, observa el edificio vacío.

Cuando termina, aplasta la colilla contra el cemento y la guarda en una lata de pastillas para la tos que lleva en el bolso a modo de cenicero portátil. Consulta el teléfono. Penny le ha enviado las fotos de su hija. Son dieciséis en total, incluida la de Bonnie en la bici. Esa es la preferida de Holly, pero desliza las otras por la pantalla. Hay una de Bonnie y un hombre joven —es probable que Tom Higgins, el exnovio—, que aparecen con las frentes juntas y riendo. Posan de perfil. Holly amplía la imagen con los dedos hasta que solo ve el lado de la cara de Bonnie.

Y del lóbulo de su oreja cuelga, resplandeciente, un triángulo dorado.

Holly muestra ahora mucho más aplomo al hablar con desconocidos —e incluso al interrogarlos— del que se hubiera creído capaz en otro tiempo, pero la idea de presentarse ante esos chavales que se ríen y se insultan en el Dairy Whip le trae a la memoria recuerdos desagradables. Le trae a la memoria el *trauma*, puestos a llamar a las cosas por su nombre. En el instituto, chicos como esos la martirizaban y se burlaban de ella. También las chicas, que tienen su propia forma de crueldad ponzoñosa, pero Mike Sturdevant era el peor. Mike Sturdevant, que empezó a apodarla Mongo-Mongo, porque (según él) farfullaba de manera incomprensible. Su madre le permitió cambiar de instituto —«Bueno, Holly, supongo que si no hay más remedio»—, pero durante el resto de la pesadilla que fue para ella la enseñanza secundaria vivió con el temor de que ese mote la siguiera como un mal olor: Gibney la Mongo-Mongo.

¿Y si al hablar con esos chavales empieza a farfullar?

Imposible, piensa. *Aquella era otra chica.*

Pero incluso si eso fuera cierto (sabe que no lo es, no del todo), tal vez les resultara más fácil hablar con un joven no mucho mayor que ellos. Holly se conoce lo suficiente para saber que, aunque quizá sea cierto, también es una racionalización. No obstante, llama a Jerome Robinson. Al menos no interrumpirá su trabajo; siempre hace un alto a las doce del mediodía, y ya son casi las doce. ¿Puede considerarse que las 10.50 están bastante cerca de las doce?

—¡Hollyberry! —exclama él.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

—No lo haré más, te lo prometo solemnemente.

—Bobadas —dice ella, y sonríe al oírlo reírse—. ¿Estás trabajando? Sí, ¿verdad?

—Estoy atascado hasta que haga unas llamadas —contesta él—. Necesito información. ¿Puedo ayudarte en algo? Dime que sí, por favor. Barbara no para de teclear aquí al lado en su habitación y me hace sentir culpable.

—¿A qué viene tanto teclear en pleno verano?

—No lo sé, y se pone de mal humor cuando se lo pregunto. Y en realidad viene ya del invierno pasado. Creo que se reúne con alguien para tratar del asunto, sea lo que sea. Una vez le pregunté si era un hombre y me dijo cálmate, es una mujer. Una mujer mayor. ¿Y tú qué cuentas?

Holly lo pone al corriente y le pregunta si estaría dispuesto a llevar la voz cantante en el interrogatorio a los chavales de los monopatines que hay en el Dairy Whip. Si todavía están allí, claro.

—Dentro de un cuarto de hora —responde él.

—¿Seguro?

—Totalmente. Y por cierto, Holly…, siento mucho lo de tu madre. Era todo un personaje.

—Es una manera de decirlo —contesta Holly.

Sentada en el cemento caliente con las piernas extendidas ante sí, apoyada en un neumático, calzada con los ridículos chanclos, con los pies sudorosos, está a punto de llorar. *Otra vez.* Es absurdo, francamente absurdo.

—Tu panegírico estuvo muy bien.

—Gracias, Jerome. ¿De verdad estás se…?

—Eso ya lo has preguntado, y sí, estoy seguro. Red Bank Avenue, frente a los Matorrales, el cartel de una inmobiliaria delante. Estaré ahí en un cuarto de hora.

Holly se guarda el móvil en el bolsito de bandolera y se enjuga las últimas lágrimas. ¿Por qué le duele tanto? ¿Por qué, si su madre ni siquiera le caía bien y está furiosa por lo estúpida que ha sido su muerte? ¿Fue el grupo J. Geils Band el que dijo que el amor da asco? Como tiene tiempo (y cinco barras), lo consulta en el móvil. Luego decide irse a explorar.

4

A los lados del arco de entrada a Deerfield Park más próximo a la gran roca se alzan dos letreros: RECOJA LAS HECES DE SU MASCOTA, POR FAVOR, y ¡RESPETE SU PARQUE! ¡NO TIRE BASURA! Holly empieza a ascender despacio por el camino umbrío, apartando alguna que otra rama colgante y mirando siempre a la izquierda. Cerca de lo alto, ve un sendero en apariencia muy transitado que se adentra en la maleza. Lo sigue y acaba saliendo a la gran roca. La zona circundante está salpicada de colillas y latas de cerveza. También ve montones de cristales rotos que probablemente en su día fueron botellas de vino. *Y eso que no había que tirar basura*, piensa.

Se sienta en la piedra, caliente a causa del sol. Como esperaba, tiene una vista excelente de Red Bank Avenue: la gasolinera desierta, el autoservicio desierto, el centro de trasteros U-Store-It, el Jet Mart más allá y, la estrella de nuestro espectáculo, un taller mecánico propiedad de, cabe suponer, Marvin Brown. Ve también otra cosa: el rectángulo blanco de la pantalla de un autocine. Holly piensa que cualquiera que se siente ahí de noche verá la película gratis, aunque sin sonido.

Sigue ahí sentada cuando el Mustang de segunda mano de Jerome aparca al lado de su Prius. Él sale y mira alrededor. Holly se pone de pie en la roca, ahueca las manos en torno a la boca y lo llama:

—¡Jerome! ¡Estoy aquí!

Él la localiza y la saluda con la mano.

—¡Enseguida bajo!

Se apresura a descender. Jerome la espera frente a la verja y le da un fuerte abrazo. Ella lo ve más alto y guapo que nunca.

—El sitio donde estabas es el Autocine la Roca —dice él—. Es famoso, al menos a este lado de la ciudad. Cuando iba al instituto, los chicos subían ahí los viernes y los sábados por la noche, bebían cerveza, fumaban maría y veían lo que pusieran en el Magic City.

—A juzgar por la cantidad de basura que hay —comenta Holly con desaprobación—, todavía vienen. ¿Y entre semana?

Bonnie desapareció un jueves.

—No sé si entre semana hay sesiones. Podrías comprobarlo, pero las salas de cine solo abren los fines de semana desde el covid.

Además, hay otro problema, cae en la cuenta Holly. Bonnie salió del Jet Mart con su refresco a las 20.07 y debió de tardar escasos minutos en llegar al taller mecánico donde encontraron la bici. Posiblemente el 1 de julio no hubo oscuridad suficiente para proyectar una película en el autocine hasta las nueve como mínimo, ¿y por qué habrían de reunirse los chicos en el Autocine la Roca a mirar una pantalla en blanco?

—Se te ve mustia —dice Jerome.

—Un bache sin importancia en el camino. Vamos a hablar con esos chavales. Si es que todavía están ahí, claro.

5

La mayoría de los skaters se han ido, pero quedan cuatro impenitentes alrededor de una de las mesas de pícnic al fondo del aparcamiento del Dairy Whip, atracándose de hamburguesas y patatas fritas. Holly intenta rezagarse, pero Jerome no se lo permite. La sujeta por el codo y la obliga a permanecer a su lado.

—¡Quería que llevaras tú la voz cantante!

—Te ayudaré encantado, pero empiezas tú. Te vendrá bien. Enséñales tu carnet.

Los chavales —Holly calcula una media de edad de entre doce y catorce años— los miran. No con recelo, exactamente; solo los evalúan. A uno de ellos, el payaso del grupo, le cuelgan dos patatas fritas de la nariz.

—Hola —dice Holly—. Me llamo Holly Gibney. Soy detective privada.

—¿Verdad o trola? —pregunta uno de ellos, mirando a Jerome.

—Verdad, ajajá —contesta Jerome.

Holly revuelve en el bolso para sacar la cartera, con lo que casi tira al suelo su cenicero portátil, y les muestra su carnet de investigadora privada plastificado. Todos se inclinan hacia delante para contemplar la espantosa fotografía. El payaso se saca las patatas de la nariz y, para horror de Holly (*ufff*), se las come.

El portavoz del grupo es un pelirrojo pecoso que ha dejado su monopatín verde lima apoyado junto a él en el banco de la mesa de pícnic.

—Vale, lo que tú digas, pero no somos soplones.

—Los soplones son unos cabrones —dice el payaso. El cabello negro, que necesita un lavado desde hace dos semanas, le cae hasta los hombros.

—Los soplones acaban con lesiones —dice uno con gafas y corte degradado.

—Los soplones aparecen muertos en los rincones —dice el cuarto. Padece un caso de acné catastrófico.

Tras completar el rondó, la miran, esperando lo que sea que viene a continuación. Holly descubre con alivio que ya no tiene miedo. Son solo chavales recién salidos de primaria (si es que la han acabado), y no representan ningún peligro, por tontas que sean las rimas que han aprendido en algún vídeo de hiphop.

—Una tabla guay —comenta Jerome al cabecilla—. ¿Baker? ¿Tony Hawk?

El cabecilla sonríe.

—¿Tengo pinta de ricacho, muchacho? Es solo una Metroller normal y corriente, pero a mí ya me vale. —Centra la atención en Holly—. ¿Detective como Veronica Mars?

—No tengo tantas aventuras como ella —responde Holly…, aunque ha tenido unas cuantas, vaya que si las ha tenido—. Y no quiero que sopléis nada. Busco a una mujer desaparecida. Encontraron su bicicleta a unos quinientos metros calle arriba… —Señala—. En un local abandonado que antes era un taller mecánico. ¿Alguno de vosotros la reconocéis a ella o la bici?

Pone en pantalla la foto de Bonnie en la bici. Los chicos se pasan el móvil.

—Creo que la he visto una o dos veces —dice el del pelo largo, y el chico sentado a su lado asiente—. Solo bajar a toda pastilla por Red Bank en la bici. Aunque últimamente no.

—¿Con casco?

—Pues claro —dice el del pelo largo—. Es obligatorio. Te pueden poner una multa.

—¿Cuánto hace que no la ves? —pregunta Jerome.

El del pelo largo y su colega se paran a pensar. El colega dice:

—Este verano, no. Desde la primavera, puede.

—¿Seguro? —insiste Jerome.

—Casi seguro —dice el del pelo largo—. Una tía guapa. En esas te fijas. Es obligatorio.

Todos se ríen, incluido Jerome.

El cabecilla dice:

—¿Creéis que se marchó por su cuenta o que se la llevó alguien?

—No lo sabemos —dice Holly. Se lleva los dedos con disimulo al bolsillo del pantalón y palpa el contorno triangular del pendiente a través de la tela.

—Venga —contesta el chico de las gafas y el degradado—. Dejaos de cuentos. Es guapa, pero no una adolescente. Si se hubiera marchado y punto, no estaríais buscándola.

—Su madre está muy preocupada —dice Holly.

Eso lo comprenden.

—Gracias —dice Jerome.

—Sí —dice Holly—. Gracias.

Cuando se dan media vuelta, el pelirrojo pecoso —el cabecilla— los detiene.

—Para preocupada, la madre de Fétido. Está medio loca, y la poli no hace nada porque empina el codo.

Holly se vuelve.

—¿Quién es Fétido?

27 de noviembre de 2018

Será un invierno frío en esta ciudad a orillas del lago, nevará mucho, pero esta noche la temperatura es de dieciocho grados, impropia de estas fechas. La bruma se eleva de la superficie de Red Bank Avenue, lustrosa como la piel de una foca. Las farolas iluminan una densa capa de nubes a menos de treinta metros de altura.

A las siete menos cuarto, Peter Steinman, alias Fétido, baja por la acera vacía en su monopatín Alameda, impulsándose de vez en cuando con indolencia para que siga rodando. Se dirige al Dairy Whip. Al frente, envuelto en un halo de bruma, asoma el cucurucho de mousse helada gigante iluminado del establecimiento. Atento a eso, no se fija en la furgoneta aparcada en la gasolinera Exxon desierta, entre la oficina y las islas donde antes estaban los surtidores.

En un tiempo muy muy lejano (bueno, hace tres años, lo que, cuando tienes once, te parece un tiempo muy muy lejano), el joven Steinman era conocido entre sus colegas como Pete en lugar de Fétido. Era un niño de inteligencia media que, no obstante, poseía una viva imaginación. Aquel día lejano, mientras se dirigía a pie a la escuela primaria Neil Armstrong (donde por entonces cursaba tercero en la clase de la señora Stark), se veía a sí mismo como Jackie Chan, quien, valiéndose de su excelente dominio del kung-fu, luchaba contra una horda de enemigos en un almacén vacío. Ya había tumbado a diez o doce, pero otros se abalanzaban sobre él. Tan absorto estaba («¡Ja!», «¡Yah!», «*¡Aiyah!*») que no vio en la acera una pila descomunal de excrementos que había dejado un gran danés descomunal. La pisó y entró en la escuela Neil Armstrong envuelto en pestilencia. La señora Stark insistió en que se quitara las zapatillas —una manchada de mierda hasta el logo de Converse— y las dejara en el pasillo hasta la hora de volver a casa. Su madre lo obligó a darles un manguerazo y luego las echó a la lavadora. Salieron como nuevas, pero para entonces ya era demasiado tarde. Aquel día, y para siempre, se convirtió en Steinman el Fétido.

Esta noche tiene la esperanza de encontrar a sus amigos skaters haciendo *ollies* y *kickflips* en el aparcamiento. Dos sí están: Richie Glenman (el chico que tiene por costumbre meterse patatas fritas en la nariz y, a veces, en las orejas) y Tommy Edison (pelirrojo, pecoso, el cabecilla reconocido de la pandilla). Mejor dos que ninguno, pero se les ha acabado el dinero, se está haciendo tarde y se disponen a marcharse.

—Venga, quedaos un rato —dice Fétido.

—No puedo. En la tele ponen WWE *Smackdown*, tío —dice Richie, a quien encanta ese programa de lucha libre—. Es una pasada, no me lo puedo perder.

—Deberes —dice Tommy, apesadumbrado—. Un comentario sobre un libro.

Se van los dos con los monopatines bajo el brazo. Fétido hace un par de recorridos, intenta un *kickflip* y se cae de la tabla (se alegra de que Richie y Tommy no estén allí para verlo). Se examina el codo raspado y decide volver a casa. Si su madre está arriba, también él puede ver *Smackdown*, con el volumen bajo para no molestarla mientras se ocupa de la mierda de la contabilidad. Trabaja mucho desde que se ha enmendado.

El Whip está abierto, y Fétido se muere por una hamburguesa con queso, pero solo lleva cincuenta centavos. Además, es el turno de Wanda la Malvada. Si le pide que se lo fíe —o le preste un pavo y medio del bote de las propinas—, se le reirá en la cara.

Se encamina de regreso a Red Bank Avenue y, en cuanto deja atrás el círculo brumoso proyectado por la farola situada frente al aparcamiento —o sea, allí donde Wanda la Mala ya no puede verlo y reírse—, empieza a liquidar enemigos. Esta noche, ahora que ha llegado a una edad más madura, se imagina que es John Wick. Es más difícil derribar a sus enemigos con la tabla bajo el brazo y una sola mano para golpear, pero posee una gran destreza, una destreza *sobrenatural*, y por eso…

—¿Jovencito?

Sobresaltado, abandona su fantasía y ve a un viejo en el límite del aparcamiento, más allá de la zona iluminada por la luz de seguridad (y, por supuesto, fuera del alcance de la única cámara de vigilancia del Dairy Whip). Está encorvado sobre un bastón y lleva un sombrero molón de ala ancha como los de las viejas películas de espías en blanco y negro.

—¿Te he asustado? Perdona, pero necesito ayuda. Verás, mi mujer va en silla de ruedas y se ha quedado sin batería. Tenemos una furgoneta adaptada para discapacitados con rampa, pero yo solo no puedo subir la silla. Si pudieras echarme…

Fétido, metido de pleno en el papel de héroe, se muestra más que dispuesto a ayudar. Le han dicho una y otra vez que no hable con desconocidos, pero este vejete, a juzgar por la pinta, tendría problemas para derribar una fila de piezas de dominó, y ya no digamos para empujar una silla de ruedas por una rampa de inválidos.

—¿Dónde está?

El viejo señala en diagonal hacia la otra acera. Por entre la bruma ascendente, Fétido distingue apenas el contorno de una furgoneta sobre el asfalto de la antigua gasolinera Exxon. Y junto a esta, una silla de ruedas ocupada por alguien.

Roddy y Emily se turnan en el papel de persona inmovilizada en la silla de ruedas sin batería, y de hecho le tocaba a Roddy, pero Em está tan mal de la ciática —gracias sobre todo a esa Craslow, la muy testaruda— que de verdad *necesita* la silla.

—Te doy diez dólares si me ayudas a empujarla por la rampa y meterla en la furgoneta —dice el viejo.

Fétido piensa en la hamburguesa que tanto le apetecía hace un momento. Con un billete de diez, podría añadir patatas fritas y un batido de chocolate, y aún le sobraría dinero. Mucho. Pero ¿aceptaría Jackie Chan dinero por una buena acción?

—Bah, lo haré gratis.

—Muy amable.

Se adentran juntos en la noche brumosa, el vejete con ayuda de su bastón. Cruzan la avenida. Cuando llegan a la otra acera, delante de la gasolinera, la anciana de la silla de ruedas dirige un lánguido saludo a Fétido con la mano. Él se lo devuelve y mira al vejete, que tiene una mano en el bolsillo del abrigo.

—Por cierto…

—¿Sí?

—A lo mejor podría darme tres pavos por empujarla por la rampa. Así podría volver al Whip y pedir una Burger Royale.

—Tienes hambre, ¿eh?

—Siempre.

El vejete sonríe y da una palmada en el hombro a Fétido.

—Lo entiendo. Hay que saciar el hambre.

23 de julio de 2021

1

—¿Estáis seguros de que ese amigo vuestro desapareció esa noche? —pregunta Holly.

Jerome ha comprado unos batidos a los chicos, que los toman a sonoros sorbos, repantigados en la hierba de la zona de pícnic.

—Bastante —dice el pelirrojo, Tommy Edison—, porque su madre llamó a la mía para saber si se había quedado a dormir en mi casa y porque al día siguiente faltó a clase.

—Qué va —corrige Richie Glenman. Este es el payaso oficial, con su repulsivo hábito de meterse las patatas fritas en la nariz. Holly ha anotado los nombres de todos ellos—. Fue más adelante. Al cabo de una o dos semanas, me parece.

—Yo oí que se fugó a Florida, donde ahora vive con su tío —dice el chico del degradado. Es Andy Vickers—. Su madre es… —Inclina una botella invisible hacia su boca y emite un gluglú—. La detuvieron por conducir borracha.

El chico del acné menea la cabeza. Es Ronnie Swidrowski. Adopta una expresión solemne.

—Ni se fugó ni fue a Florida. Lo secuestraron. —Baja la voz—. Oí que fue Slender Man.

Los otros se echan a reír. Richie Glenman le da un puñetazo en el hombro.

—Slender Man no existe, tarado. Es una leyenda urbana, como la Bruja del Parque.

—¡Eh! ¡Me has tirado el batido!

Dirigiéndose a Tommy Edison, que parece el más listo, Holly dice:

—¿De verdad crees que tu amigo Peter desapareció la noche que lo viste por última vez?

—No estoy del todo seguro, hace más de dos años, pero eso creo. Ya os lo he dicho, al día siguiente no fue a clase.

—Pellas —afirma Ronnie Swidrowski—. Fétido faltaba a clase todo el tiempo. Porque su madre es…

—Qué va, fue más adelante —insiste Richie Glenman—. Lo sé porque jugué a los chinos con él en el parque después de eso. En los columpios.

Dan vueltas al asunto, y Swidrowski empieza a exponer un razonamiento lógico sobre la existencia de Slender Man, quien, según ha

oído, también secuestró años atrás a un profesor de la universidad, pero Holly ya tiene suficiente. La desaparición de Peter Steinman, Fétido (si de verdad ha desaparecido), muy posiblemente no guarda relación alguna con la desaparición de Bonnie Dahl, pero se propone indagar un poco más, aunque solo sea porque el Dairy Whip y el taller mecánico están a poco más de medio kilómetro de distancia uno del otro. El Jet Mart, donde vieron a Bonnie por última vez, también está bastante cerca.

Jerome mira a Holly, y ella le dirige un gesto de asentimiento. Hora de irse.

—Que tengáis un buen día, chicos —dice Jerome.

—Y vosotros también —contesta Tommy Edison.

El payaso los señala con el dedo manchado de kétchup.

—¡Veronica Mars y John Shaft! —añade.

Todos rompen a reír.

Han cruzado la mitad del aparcamiento cuando Holly se detiene y retrocede.

—Tommy, la noche que tú y Richie lo visteis aquí, llevaba el monopatín, ¿verdad?

—Siempre —dice Tommy.

—Y lo tenía también al cabo de una semana —añade Richie—, cuando jugamos a los chinos. Aquel penoso Alameda con una rueda torcida.

—¿Por qué? —pregunta Tommy.

—Solo por curiosidad —dice Holly.

Es la verdad. Siente curiosidad por todo. Así funciona ella.

2

Mientras suben por la cuesta hacia sus coches, Holly se saca el pendiente del bolsillo y se lo enseña a Jerome.

—¡Hala! ¿Es de ella?

—Casi seguro.

—¿Cómo es que no lo encontró la poli?

—Dudo que buscaran —dice Holly.

—Bueno, has ganado el premio Sherlock Holmes a una labor de investigación superior.

—Gracias, Jerome.

—¿Quién de los dos crees que estaba en lo cierto sobre Steinman el Fétido? ¿El pelirrojo o el memo?

Holly le dirige una mirada de desaprobación.

—¿Por qué no lo llamamos Peter? Fétido es un apodo desagradable.

Jerome no conoce toda la historia de Holly (su hermana Barbara tiene más detalles), pero sí sabe cuándo ha puesto el dedo en la llaga sin querer.

—Peter. Entiendo, entiendo. Pete ahora, Pete para siempre. La cuestión es: ¿lo vieron por última vez aquella noche en el Dairy Whip o estaba jugando a los chinos una semana más tarde con el Señor Patatas Fritas en la Nariz?

—Puestos a adivinar, diría que Tommy tiene razón y Richie se confunde. Al fin y al cabo, hace dos años y medio. Eso es mucho tiempo a esas edades.

Han llegado al taller mecánico.

—Déjame tantear un poco el asunto de Steinman —dice Jerome—. ¿Puedo?

—¿Y tu libro?

—Como te he dicho, estoy esperando información. El editor insiste. Hablamos de Chicago hace noventa años, poco más o menos, y eso implica mucha investigación.

—¿Seguro que no estás buscando una excusa para no trabajar?

Jerome tiene una sonrisa maravillosa —de lo más encantadora—, y acaba de dibujarse en sus labios.

—Puede que haya algo de eso, supongo, pero buscar a niños desaparecidos es más interesante que buscar a perros perdidos. —Ese es el trabajo a tiempo parcial del que Jerome suele ocuparse en Finders Keepers—. En realidad, no crees que haya relación entre los casos de Dahl y Steinman, ¿verdad?

—Distintas edades y distintos sexos, más de dos años entre uno y otro, así que probablemente no. Pero ¿qué digo yo siempre sobre la palabra «probablemente», Jerome?

—Es una palabra perezosa.

—Eso mismo. Es… —Ahoga una exclamación y se lleva la mano al pecho.

—¿Qué pasa?

—¡No nos hemos puesto las mascarillas! ¡Ni siquiera me he acordado! ¡Y ellos tampoco llevaban!

—Pero estás vacunada, ¿no? Con dos dosis. Y yo también.

—¿Crees que *ellos* lo están?

—Probablemente no —dice Jerome. Cae en la cuenta de lo que ha dicho y se ríe—. Perdona. Cuesta cambiar las viejas costumbres.

Holly sonríe. Sin duda cuesta cambiar las viejas costumbres, que es precisamente la razón por la que le apetece un cigarrillo.

3

Jerome se ofrece a hablar con los padres del chico. Al menos puede aclarar si Steinman desapareció de verdad o si se fue a vivir con su tío o qué. Si la madre de Steinman empina el codo, como ha afirmado Andy Vickers, incluso cabe la posibilidad de que el niño esté en un hogar de

acogida. El trabajo, por lo que Jerome ve, consiste sencillamente en confirmar que Steinman no tiene nada que ver con Dahl.

Holly le promete cien dólares al día, durante un mínimo de dos días, más los gastos. Está segura de que Jerome hará que Barbara se ocupe de las averiguaciones por internet, pero se repartirá el dinero con ella, a partes iguales, así que no hay problema.

—¿Tú qué vas a hacer? —pregunta Jerome.

—Me parece que voy a dar un paseo por el parque —responde ella—. Y a pensar.

—Sí, haz eso. Requiere habilidad.

4

Holly localiza el sendero que se desvía a la izquierda y lo sigue hasta la gran roca desde donde se ve Red Bank Avenue. Allí se sienta y se enciende un cigarrillo.

El casco de ciclista de Bonnie Dahl acude una y otra vez a su cabeza. El pendiente podía haberse caído y extraviado, pero el casco no se cayó sin más. Si Bonnie decidió, prácticamente de improviso, que estaba tan harta de discutir con su madre como para largarse de la ciudad, ¿por qué dejar la bicicleta y llevarse el casco? Y, ya puestos, ¿por qué dejar una bicicleta de diez marchas, bastante cara, donde casi pedía a gritos que la robaran? Era una suerte que no se la hubieran llevado…, en el supuesto de que Marvin Brown dijera la verdad, claro, y Holly piensa que a ese respecto el grado de certidumbre era más que aceptable y podía darse por satisfecha.

El casco de ciclista desaparecido es la razón más convincente de que dispone para creer que Dahl fue secuestrada. Holly concibe una hipótesis: Bonnie intenta huir de su posible secuestrador y solo llega hasta la esquina del taller mecánico. Forcejea. Se le desprende el pendiente. Inmovilizada, la meten en el vehículo del secuestrador (en su imaginación, Holly ve una pequeña furgoneta sin ventanas), con el casco todavía puesto. Quizá el hombre la ha dejado sin sentido, quizá la ha atado, o tal vez incluso la ha matado en el acto, de forma intencionada o sin querer. Ese hombre pega una nota escrita en letra de imprenta al sillín de la bicicleta: «Ya estoy harta». Si roban la bicicleta, ningún problema. Si no la roban, darán por sentado que la chica decidió marcharse de la ciudad: tampoco es un problema.

Holly no tiene la certeza de que ocurriera exactamente así (si es que en realidad hubo un secuestro), pero podría ser; ya cerca del anochecer, poco tráfico en Red Bank Avenue, un breve forcejeo que alguien que pasara podía tomar por una simple conversación o el abrazo de unos amantes… Sin duda era una posibilidad.

En cuanto a la otra, la de que Dahl dejara la ciudad sin previo aviso,

¿de verdad existe alguna probabilidad de que así fuera? Una adolescente podría decidir de pronto que ya no aguanta más y largarse, la propia Holly había contemplado esas fantasías en secundaria, pero ¿una mujer de veinticuatro años con un trabajo que al parecer le gustaba? ¿Y su última nómina? ¿Seguirá el cheque en el despacho de su jefe? ¿Y sin equipaje, aparte de lo que llevaba en la mochila? Holly no lo cree, y está segura de que Isabelle Jaynes tampoco. Pero, si alguien puede ofrecerle una idea clara de su estado anímico, seguramente es la amiga y compañera de trabajo de Bonnie, Lakeisha Stone.

Holly se termina el cigarrillo, lo apaga y lo guarda en su pequeña caja de hojalata junto con los demás. Hay colillas esparcidas por toda la gran roca, pero no por eso va a añadir su propia inmundicia a la basura general.

Se saca el móvil del bolso. Lo ha tenido en modo No Molestar desde que ha salido de la oficina, y hay dos llamadas perdidas desde entonces, ambas de un tal David Emerson. El nombre le suena vagamente, de algo relacionado con su madre. Ha dejado un mensaje de voz, pero descarta escucharlo por el momento y llama a Jerome. Como no quiere distraerlo mientras conduce, abrevia.

—Si hablas con la madre de Peter Steinman, y si el chico ha desaparecido de verdad, pregúntale si tiene el monopatín.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Sí. Estate atento a la carretera.

Corta la llamada y escucha el mensaje de voz.

«Hola, señora Gibney, soy David Emerson. Devuélvame la llamada en cuanto pueda, si es tan amable. Tiene que ver con la herencia de su madre. —Tras una pausa, añade—: La acompaño en el sentimiento, y gracias por sus palabras en el acto de despedida de su madre».

Ya sabe de qué le suena el nombre; su madre mencionó a Emerson en una de las videollamadas que mantuvieron por FaceTime tras el ingreso de Charlotte en el Mercy Hospital. Fue antes de que la conectaran a un ventilador, cuando aún podía hablar. Holly piensa que solo un abogado recurriría a semejante circunloquio para eludir la palabra «funeral». En cuanto a la herencia de Charlotte… Holly ni siquiera ha pensado en ello.

No quiere hablar con Emerson, desearía disponer de un día para centrarse exclusivamente en el caso, y por tanto devuelve la llamada de inmediato. Esa era la férrea máxima de su madre, que inculcó a Holly desde que empezaba a dar sus primeros pasos: «Lo que no quieres hacer es lo primero que debes hacer. Así te lo quitas del medio». A Holly se le quedó grabada, como tantas lecciones de la infancia…, para bien o para mal.

Es Emerson en persona quien contesta, y Holly deduce que es uno de los muchos que ahora trabajan desde casa, sin las múltiples capas de ayuda que los profesionales daban por sentadas antes del covid.

—Hola, señor Emerson. Soy Holly Gibney, he recibido su llamada. —

Ante ella se extiende casi un kilómetro de Red Bank Avenue. Le interesa mucho más que el abogado.

—Gracias por llamar, y repito: la acompaño en el sentimiento.

Todo abandonado excepto el U-Store-It, piensa, *y tampoco ahí se ve mucha actividad. A este lado de la calle tenemos la zona menos utilizada del parque, donde los ciudadanos decentes temen pisar salvo a plena luz del día. Si uno planeaba secuestrar a alguien, ¿qué mejor lugar?*

—¿Señora Gibney? ¿Se ha cortado?

—No, aquí sigo. ¿En qué puedo ayudarle, señor Emerson? Algo relacionado con la herencia de mi madre, ¿no? No puede haber mucho de qué hablar. —*No después de Daniel Hailey*, piensa.

—Me ocupaba de los asuntos legales de su tío Henry antes de que él se retirara, y Charlotte se puso en contacto conmigo para redactar su testamento y me nombró albacea. Fue cuando empezó a encontrarse mal y dio positivo en el test del virus. No es necesario reunir a la familia para leer…

¿Qué familia?, piensa Holly. *Con la prima Janey muerta y el tío Henry vegetando en la residencia de ancianos Rolling Hills, solo quedo yo.*

—… todo a usted.

—¿Cómo dice? —pregunta Holly—. Se ha cortado la comunicación durante unos segundos.

—Perdone. Decía que, a excepción de unas cuantas donaciones menores, su madre se lo ha dejado todo a usted.

—La casa, quiere decir.

No le complace la idea; le causa consternación. Los recuerdos que guarda de esa casa (y de la anterior, en Cincinnati) son lúgubres y tristes en su mayor parte, y llevan hasta esa *última* cena de Navidad, cuando Charlotte insistió en que su hija se pusiera el gorro de Papá Noel que llevaba de niña por esas fiestas. «¡Es una tradición!», exclamó su madre mientras trinchaba un pavo más seco que el Sáhara. Conclusión: Holly Gibney, a sus cincuenta y cinco años, acabó poniéndose un gorro de Papá Noel.

—Sí, la casa y todos los muebles. Supongo que querrá vender.

Claro que querrá vender, y Holly así se lo dice. Trabaja en la ciudad. Incluso si no fuera así, vivir en casa de su madre en Meadowbrook Estates sería como vivir en Hill House. Mientras, el abogado Emerson ha proseguido —ha dicho algo sobre las llaves—, y Holly tiene que pedirle que rebobine otra vez.

—Decía que tengo las llaves, y creo que deberíamos acordar una hora para que se pase usted por aquí e inspeccione la propiedad. Para ver qué desea conservar y qué desea vender.

El malestar de Holly va a más.

—¡No quiero conservar nada!

Emerson deja escapar una risita.

—Esa es una primera reacción relativamente habitual tras el

fallecimiento de un ser querido, pero es imprescindible que eche un vistazo. Como albacea de la señora Gibney, debo insistir, me temo. Para ver si es necesaria alguna reforma antes de la venta, por ejemplo, y basándome en mis años de experiencia, creo que sí encontrará cosas que deseará conservar. ¿Podríamos quedar mañana? Sé que la aviso con poca antelación, y que es sábado, pero en estas situaciones, por lo general, cuanto antes mejor.

Holly desea poner algún reparo, decir que tiene un caso entre manos, pero la voz de su madre vuelve a entrometerse: *¿Es un motivo, Holly, o solo una excusa?*

Para responder a eso tiene que preguntarse si la desaparición de Bonnie Dahl es un caso *urgente*, una *carrera contrarreloj*, como cuando Brady Hartsfield planeaba volar el auditorio Mingo durante un concierto de rock. No cree que lo sea. Bonnie se perdió de vista hace más de tres semanas. A veces es posible encontrar y salvar a las personas desaparecidas que han sido secuestradas. Con mayor frecuencia, no. Holly nunca se lo diría a Penny, pero lo que tuviera que ocurrirle a Bonnie Rae, sea lo que sea, casi con toda seguridad ya ha ocurrido.

—Supongo que sí —contesta, y da una intensa calada final al cigarrillo—. ¿Podría enviar hoy a alguien allí para desinfectar la casa? Quizá le parezca un exceso de cautela, o incluso paranoia, pero…

—En absoluto, en absoluto. La verdad es que aún no entendemos cómo actúa este virus, ¿no? Es espantoso, sencillamente espantoso. Avisaré a una empresa con la que he trabajado antes. Por prevención, ya sabe. Creo que podrán pasarse a las nueve. Si es así, ¿quedamos a las once?

Holly suspira y apaga el cigarrillo.

—Me parece bien. Imagino que la desinfección será cara, y más en fin de semana.

Emerson deja escapar otra risita. Es un sonido amable, grato al oído, y Holly supone que la utiliza a menudo.

—Creo que se lo podrá usted permitir. Su madre gozaba de una posición muy holgada, como seguro que ya sabe.

Holly no enmudece de asombro, pero desde luego se sorprende. El asombro llegará después.

—¿Holly? ¿Señora Gibney? ¿Sigue ahí?

—Eso no es lo que a mí me consta, me temo —dice Holly—. *Gozó* de una posición muy holgada en su día. También mi tío Henry. Pero eso fue antes de que apareciera Daniel Hailey.

—Desconozco ese nombre, lamento decir.

—¿No le mencionó mi madre a Hailey? ¿El infalible Mago de Wall Street, el asesor financiero que se quedó todo lo que tenían mi madre y mi tío, y se fugó a una de esas islas donde no hay extradición? Junto con el dinero de Dios sabe cuántas personas más, incluido casi todo el mío.

—Disculpe, señora Gibney, pero no la sigo.

—¿En serio? —Holly comprende que la perplejidad del abogado tiene sentido hasta cierto punto. En lo que se refería a verdades desagradables, Charlotte Gibney era una maestra de la omisión—. *Hubo* dinero, pero desapareció.

Silencio. Después:

—Rebobinemos. Su prima Olivia Trelawney murió…

—Sí. —Se suicidó, en realidad. De hecho, Holly había usado durante un tiempo el Mercedes de su prima, mucho mayor que ella, el misil guiado automotor con el que Brady Hartsfield mató a ocho personas en el Centro Cívico e hirió a decenas más. Para Holly, reparar el Mercedes Benz, pintarlo de otro color y conducirlo fue un acto de sanación. Y, supone, un desafío—. Dejó una suma considerable de dinero a su hermana Janey. Janelle.

—Y cuando Janelle murió de forma tan repentina…

Es una manera de decirlo, piensa Holly. *Janey murió a causa de la explosión de una bomba con la que Brady Hartsfield esperaba liquidar a Bill Hodges.*

—La mayor parte de *su* legado fue a manos de su tío Henry y su madre, y a usted se le asignó una cantidad en fideicomiso. La parte de Henry es la que permite pagar su actual…, esto…, residencia, y así seguirá siendo mientras viva.

En la conciencia de Holly empieza a hacerse la luz. Aunque no es la metáfora acertada. En su conciencia empieza a hacerse la *oscuridad*.

—Cuando Henry fallezca, su herencia también pasará a usted.

—¿Mi madre murió rica? ¿Eso está diciéndome?

—Bastante rica, a decir verdad. ¿No lo sabía?

—No. Sabía que *fue* rica tiempo atrás.

Holly se imagina unas piezas de dominó cayendo en una ordenada fila. El marido de Olivia Trelawney amasó una fortuna. Olivia la heredó. Olivia se suicidó. Janey heredó. Janey murió víctima de una bomba colocada por Brady Hartsfield. Charlotte y Henry heredaron esa fortuna, o la mayor parte. El dinero fue mermando de manera gradual a causa de los impuestos y las minutas de los abogados, pero seguía siendo una suma más que considerable. La madre de Holly había invertido su dinero y el dinero de Henry a través de Daniel Hailey, de la asesoría Burdick, Hailey y Warren. Posteriormente había invertido también el fideicomiso de Holly, con el consentimiento de esta. Y Hailey lo había robado.

O eso le había contado Charlotte a su hija, y su hija no tenía razón alguna para dudar de su palabra.

Holly se enciende otro cigarrillo. ¿Cuántos lleva hoy? ¿Nueve? No, once. Y es solo la hora de comer. Se acuerda de una frase del testamento de Janey que la hizo llorar: «Dejo 500.000 dólares a mi prima, Holly Gibney, para que haga realidad sus sueños».

—¿Señora Gibney? ¿Holly? ¿Sigue ahí?

—Sí. Permítame un momento. —Pero no le basta con un momento—. Ya volveré a llamarle —dice, y corta la comunicación sin esperar la respuesta.

¿Acaso su prima Janey sabía que Holly, una chica timorata y solitaria, tenía ambiciones poéticas? No lo había averiguado por la propia Holly, pero ¿por Charlotte? ¿Por Henry? ¿Y qué importa? Holly no era buena poeta, por más que lo deseara con toda su alma. Había encontrado una actividad que sí se le daba bien. Gracias a Bill Hodges, tenía otro sueño que hacer realidad. Uno mejor. Le llegó tarde, pero mejor tarde que nunca.

Una de las frases preferidas de su madre resuena en su cabeza: «¿Te crees que nado en la abundancia?». Según Emerson, así era. No en la primera etapa de su vida, pero después sí, tras la muerte de Janey. ¿En cuanto a si perdió el dinero, y perdió el de Henry y la mayor parte del fideicomiso de Holly, a manos del despreciable Daniel Hailey? Holly se apresura a consultar en Google «Daniel Hailey», y añade «Burdick» y «Warren», los otros dos socios. No encuentra nada.

¿Cómo había podido Charlotte salirse con la suya? ¿Porque Holly estaba transida de dolor por el fallecimiento de Bill Hodges y al mismo tiempo fascinada por el trabajo de investigación, la necesidad de *llegar al fondo del asunto*? ¿Porque confiaba en su madre? Sí a las tres preguntas, aun así…

—Vi papel y sobres con el membrete —susurra—. Un par de veces incluso vi *hojas de balance*. Henry la ayudó a engañarme. Tuvo que ser así.

Aunque Henry, sumido ahora en la demencia, ya no podría confirmárselo ni explicarle la razón.

Vuelve a llamar a Emerson.

—¿De cuánto estamos hablando, señor Emerson? —Es una pregunta que Emerson está obligado a contestar, porque lo que Charlotte tenía ahora le pertenece a Holly.

—Sumando el dinero de la cuenta corriente y el valor actual de su cartera de acciones —dice David Emerson—, calculo que su herencia asciende a poco más de seis millones de dólares. En el supuesto de que sobreviva a Henry Sirois, se sumarán otros tres millones.

—¿Y ese dinero nunca se perdió? ¿Nunca lo robó un experto en inversiones que tenía poderes notariales de mi madre y mi tío?

—No. No sé bien de dónde ha sacado usted esa idea, pero…

Con un gruñido muy distinto de su suave tono de voz habitual, Holly contesta:

—*Porque me lo dijo ella.*

2-14 de diciembre de 2018

1

Es Navidad, y en Ridge Road los vecinos celebran estas fechas con el buen gusto y la sobriedad debidos. No hay ningún Papá Noel luminoso, ni renos en las azoteas, ni pesebres en los jardines con los Reyes Magos mirando al Niño Jesús en actitud reverente. Por supuesto, no hay casas adornadas con tal cantidad de luces intermitentes que parecen casinos. Esas vulgaridades pueden considerarse aceptables en otros vecindarios de la ciudad, pero no en las selectas casas de Victorian Row, entre la universidad y Deerfield Park. Aquí hay velas eléctricas en las ventanas, ramas de abeto y acebo dispuestas en espiral en las jambas de las puertas y pequeños árboles de Navidad tachonados de bombillas blancas diminutas en algunos jardines. Estos van provistos de temporizadores que los apagan a las nueve, conforme a lo dispuesto por la Asociación de Vecinos.

No hay adornos en el jardín ni la fachada de la casa victoriana marrón y blanca del número 93 de Ridge Road; este año ni Roddy ni Em Harris han reunido el vigor suficiente para colocarlos, ni siquiera la corona de la puerta ni el gran lazo rojo que normalmente ponen encima del buzón. Roddy está mejor que Em, pero su artritis siempre empeora cuando llega el frío, y ahora que las temperaturas caen por debajo de cero casi todas las tardes, le aterroriza la posibilidad de resbalar en una placa de hielo. Los huesos viejos son frágiles.

Emily Harris no está nada bien. Ahora, de hecho, necesita la silla de ruedas que suele formar parte de su estrategia de captura. La ciática no le da tregua. No obstante, hay luz al final de túnel. El alivio ya se acerca.

En su casa hay un comedor (todas las casas victorianas de Ridge Road tienen comedor), pero solo lo utilizan cuando reciben invitados, y a medida que avanzan hacia los noventa esas ocasiones son cada vez más infrecuentes. Cuando están los dos solos, comen en la cocina. Emily supone que recurrirán al comedor si organizan su tradicional reunión navideña con los alumnos del seminario de Roddy y los chicos del taller de escritura, pero eso solo será posible si se encuentran mejor.

Nos encontraremos mejor, piensa. *Sin duda la semana que viene y quizá ya mañana.*

No tiene apetito, lo ha perdido a causa del dolor incesante, pero el

aroma procedente del horno le provoca una mínima punzada de hambre en el estómago. Es una sensación maravillosa. El hambre es una señal de salud. Por desgracia esa Craslow, en su estupidez, no lo sabía. El niño, Steinman, desde luego no tenía ese problema. Una vez vencido el rechazo inicial, comió como…, bueno, como el niño en edad de crecimiento que era.

El hueco de la cocina es modesto, pero Roddy ha engalanado la mesa redonda que da al jardín trasero con un elegante mantel de hilo y ha puesto la vajilla de porcelana de Wedgwood, las copas de vino de Luxion y los cubiertos buenos de plata. Todo resplandece. Em solo lamenta no encontrarse mínimamente bien para disfrutarlo.

Lleva su mejor vestido de día. Le ha costado ponérselo, pero lo ha conseguido. Cuando Roddy entra con el decantador, viste su mejor traje. Ella observa con tristeza que le queda un poco holgado. Los dos han perdido peso. Lo cual es, se recuerda, mejor que ganarlo. No hace falta ser médico para saber que los gordos rara vez llegan a viejos; basta con ver que quedan ya muy pocos colegas suyos de su edad. Algunos asistirán a su fiesta de Navidad del día 23, en el supuesto de que se encuentren en condiciones de organizarla.

Roddy se inclina y la besa en la sien.

—¿Cómo estás, amor mío?

—Bastante bien —dice ella, y le da un apretón en la mano… pero con delicadeza, debido a la artritis de Roddy.

—La cena estará lista en un santiamén —anuncia él—. Mientras, tomemos un poco de esto.

Vierte el vino del decantador en las copas, con cuidado para no derramarlo. Media copa para él; media copa para ella. Las levantan con unas manos nudosas que en otro tiempo, allá cuando Richard Nixon era presidente, fueron jóvenes y ágiles. Chocan los bordes, y el contacto produce un grato tintineo.

—Salud —brinda él.

—Salud —repite ella.

Sus ojos se encuentran por encima de las copas —los de él azules; los de ella más azules— y después beben. Ella, como siempre, se estremece con el primer sorbo. Es por el sabor salado que subyace a la nitidez del Mondavi de 2012. Luego apura el resto, agradeciendo el calor en las mejillas y los dedos. ¡Incluso en los dedos de los pies! Aún agradece más la repentina sensación de vitalidad, leve, como las punzadas de hambre, pero innegable.

—¿Una pizca más?

—¿Hay suficiente?

—Más que suficiente.

—Entonces sí. Solo un poco.

Él sirve de nuevo. Beben. Esta vez Em apenas percibe el regusto salado.

—¿Tienes hambre, querida?

—La verdad es que sí —contesta ella—. Un poquito.

—Deja, pues, que el chef Rodney termine y sirva. Reserva un hueco para el postre.

Le guiña un ojo, y ella no puede contener la risa. ¡El viejo picarón!

La mezcla de brócoli y zanahorias humea. Las patatas (en puré, más fácil para unos dientes viejos) están en el calientaplatos. Roddy derrite mantequilla en una sartén (siempre pone demasiada, pero ninguno de los dos va a morir joven) y después vierte el plato de cebolla picada y la fríe. Emanan un aroma divino, y en esta ocasión la punzada de hambre es más intensa. Mientras remueve la cebolla, dándole vueltas para que al principio quede transparente y luego se dore solo un poco, canta «Pretty Little Angel Eyes», una canción de otra época.

Em recuerda los bailes al son de los discos cuando iba al instituto, los chicos con americanas y las chicas con vestidos. Recuerda haber bailado el shake con Dee Dee Sharp, el «Bristol Stomp» con los Dovells, el watusi con Cannibal & The Headhunters, nombre que se consideraría *muy* políticamente incorrecto hoy día, piensa.

Roddy lleva los platos a la encimera y sirve: la verdura, las patatas y, recién salido del horno, el plato principal, carne asada, más de un kilo, en su punto. Mientras esta se cuece aún en su jugo (aderezada con algunas hierbas que son un toque especial de Roddy), se la muestra a Em, y ella aplaude.

Corta el hígado en lonchas, que acompaña con cebolla frita, y lleva los platos a la mesa. Ahora Em no solo tiene hambre; está famélica. Al principio, apenas hablan, pero, cuando se les llena el estómago y empiezan a comer más despacio, conversan —como hacen a menudo— sobre los viejos tiempos y aquellos que han muerto o se han marchado. La lista es cada año más larga.

—¿Más? —ofrece él. Ya han comido una buena porción de asado, pero aún queda mucho.

—Sería incapaz —responde ella—. Dios mío, Rodney, esta vez te has superado a ti mismo.

—Toma un poco más de vino —sugiere él, y sirve—. Reservaremos el postre para más tarde. Esa serie de médiums y cazadores de fantasmas que te gusta empieza a las nueve.

—*Haunted Case Files* —dice ella.

—Esa. ¿Qué tal la ciática, querida?

—Creo que un poco mejor, pero, si no te importa, dejaré que recojas tú la mesa y friegues los platos. Me gustaría revisar el resto de las muestras de escritura.

—No me importa en absoluto. El que cocina debe ser el que recoge, decía mi abuela. ¿Has encontrado algo que merezca la pena?

Em arruga la nariz.

—Dos o tres prosistas que no son categóricamente *espantosos*, pero eso

es menospreciar con débiles elogios, ¿no te parece?

Roddy se echa a reír.

—*Muy* débiles.

Em le lanza un beso y se aleja en la silla de ruedas.

2

Más tarde —los temporizadores de Ridge Road han apagado toda la tenue iluminación navideña—, Em está absorta en el episodio de *Haunted Case Files*, donde el investigador vidente está localizando los puntos fríos de una mansión de Nueva Inglaterra que parece una versión decrépita de su propia casa. Se encuentra un poco mejor. Es demasiado pronto para sentir ya el verdadero alivio producido por el hígado y el vino…, ¿o no? Sin duda nota cierto desentumecimiento en la espalda, y los ramalazos de dolor que le bajan por la pierna izquierda ya no parecen tan atroces.

En la cocina se oía la licuadora, pero ahora el ruido se interrumpe. Roddy entra al cabo de un minuto con dos copas de sorbete helado en una bandeja. Se ha puesto el pijama, las zapatillas y la bata de velvetón azul que ella le regaló el año pasado por Navidad.

—Aquí lo tenemos —anuncia al tiempo que le entrega una de las copas y una cuchara alargada—. ¡El postre, lo prometido!

Se sienta en su sillón junto a ella, completando la imagen de pareja que en el campus se ha señalado a menudo como buen ejemplo —no bueno, perfecto— de la perdurabilidad del amor romántico.

Ella levanta su copa.

—Gracias, amor mío.

—No hay de qué. ¿Qué está pasando?

—Puntos fríos.

—Puntos con *corrientes de aire*.

Ella le lanza una mirada de soslayo.

—Una vez científico, siempre científico.

—Muy cierto.

Ven la televisión y se toman su postre, una mezcla de sorbete de frambuesa y sesos de Peter Steinman.

3

Once días antes de Navidad, Emily Harris camina despacio pero con paso firme desde el buzón del 93 de Ridge Road. Sube por los peldaños del porche con un puño apoyado en el lado izquierdo de la zona lumbar, aunque más por hábito que por necesidad. La ciática volverá, lo sabe por triste experiencia, pero de momento casi ha desaparecido del todo.

Se da media vuelta y contempla con aprobación el lazo rojo del buzón.

—Luego pondré la corona —dice Roddy.

Em se sobresalta y se gira.

—Mira que acercarte en silencio a una chica… ¡Habrase visto!

Él sonríe y señala hacia abajo. Va en calcetines.

—Sigiloso pero letal, ese soy yo. ¿Qué tal la espalda, querida?

—Bastante bien. Muy bien, incluso. ¿Y tu artritis?

Tiende las manos y flexiona los dedos.

—Bravo por ti, compañero —dice ella con un aceptable dejo australiano.

Fueron de viaje a Oz poco después de su doble jubilación. Alquilaron una caravana y cruzaron el continente desde Sídney hasta Perth. *Ese* fue un viaje memorable.

—Este era bueno —comenta Roddy—. ¿No?

Ella no necesita preguntar a quién se refiere.

—Lo era.

Aunque ninguno de los dos sabe cuánto durarán los efectos. Es el más joven que han capturado, apenas en los inicios de la pubertad. Son muchas las cosas que desconocen sobre lo que han estado haciendo, pero Roddy sostiene que aprende más cada vez. Además, obviamente, la supervivencia es el principio rector.

Em está de acuerdo. No habrá más viajes a Australia, quizá ni siquiera a Nueva York para sus maratones de Broadway de cada dos años, pero la vida aún merece la pena, sobre todo cuando cada paso no es un martirio.

—¿Decían algo en el periódico, querido?

Él rodea sus delgados hombros con un brazo.

—Nada desde el primer artículo, y fue poco más que una nota. Solo otro chico que se ha fugado de casa o un objetivo propicio para un desconocido. ¿Qué me dices de la fiesta de Navidad, querida? ¿La mantenemos o la anulamos?

Em se pone de puntillas para besarlo. Sin dolor.

—La mantenemos —responde.

23 de julio de 2021

1

Holly cruza Red Bank Avenue hacia el taller mecánico abandonado, se sienta al volante de su Prius y cierra la puerta. Ha estado aparcado al sol y parece una sauna, pero Holly, a pesar de que casi de inmediato le brota el sudor de la frente y la nuca, no pone el motor en marcha para encender el aire acondicionado. Se limita a mirar por el parabrisas y tratar de asimilar la noticia que acaba de recibir. «Calculo que su herencia asciende a poco más de seis millones de dólares», ha anunciado Emerson. Más otros tres cuando muera el tío Henry.

Intenta pensar en sí misma como en una millonaria, pero no lo consigue. No lo consigue ni de lejos. Solo ve el avatar del Tío Rico del Monopoly con su bigote y su chistera. Piensa qué podría hacer con su fortuna recién descubierta. ¿Comprarse ropa? Ya tiene más que suficiente. ¿Comprarse un coche nuevo? Su Prius es muy fiable y, además, aún está en garantía. No hay necesidad de ayudar a Jerome en sus estudios, ya lo tiene todo cubierto, aunque supone que podría ayudar a Barbara. ¿Viajar? A veces ha fantaseado con hacer un crucero, pero con el covid descontrolado…

—Ufff —masculla—. No.

Se plantea la posibilidad de un nuevo apartamento, pero le encanta el sitio donde vive ahora. Es perfecto, como la silla y la cama del osito pequeño. ¿Invertir más dinero en la agencia? ¿Para qué? El año pasado recibió una oferta de 250.000 dólares de Midwest Investigative Services para incorporarla como filial. Con el consentimiento de Pete, la rechazó. La idea de abandonar el edificio Frederick, con su ascensor incorregible y su portero holgazán, le atrae un poco más, pero está en un sitio céntrico y el alquiler es razonable.

Aunque ya no tengo que preocuparme por eso, piensa, y deja escapar una risita de loca.

Por fin Holly cae en la cuenta de que se está asando y enciende el motor. Baja las ventanillas hasta que empiezan a notarse los efectos del aire acondicionado y consulta la lista de personas a las que quiere interrogar. Eso le permite centrar la atención, porque lo importante es el caso. El dinero es solo un castillo en el aire, y en cuanto a las implicaciones más inquietantes de la bomba que ha dejado caer David Emerson (recuerda que su madre la llamó llorando cuando Daniel

Hailey, supuestamente, les robó a los tres y se fugó a St. Croix o St. Thomas o St. lo que fuese), prefiere no pensar por ahora. Más adelante será inevitable, pero en estos momentos tiene una mujer desaparecida a la que encontrar.

Una parte de ella insiste en que está eludiendo una verdad deplorable. El resto rechaza esa idea. No está eludiendo nada; está *buscando*. O al menos intentándolo.

—*Cherchez la femme* —dice Holly, y saca el móvil.

Se plantea llamar a Marvin Brown, que llevó la bicicleta de Bonnie a la biblioteca Reynolds, pero se le ocurre una opción mejor. En lugar de telefonear a Brown, se pone en contacto con George Rafferty, el agente inmobiliario. Holly explica que la madre de Bonnie Dahl la ha contratado para localizar a su hija y luego le pregunta por el día que el señor Brown y él encontraron la bicicleta de Bonnie.

—Dios mío, espero que esa chica esté bien —comenta Rafferty—. ¿No se ha puesto en contacto con su madre o su padre?

—También yo lo espero —dice Holly, eludiendo la pregunta—. ¿Quién vio primero la bicicleta, usted o el señor Brown?

—Yo. Siempre llego a mis fincas con tiempo de sobra para echar un vistazo. Para mí, ese taller, Reparaciones de Automóviles y Pequeños Motores de Bill, se llamaba, está para derribo, pero los elevadores de coches aún funcionan y la ubicación…

—Sí, estoy segura de que la ubicación es buena. —No es eso lo que piensa Holly; desde que se inauguró la prolongación de la autopista en 2010, el tráfico se ha reducido considerablemente en Red Bank Avenue—. ¿Leyó usted la nota pegada al sillín?

—Claro. «Ya estoy harta». Si yo fuera el padre de la chica, me moriría de miedo ante una cosa así. Podría querer decir que se marchaba o podría querer decir…, ya me entiende, algo peor. El señor Brown y yo nos preguntamos qué hacer con la bicicleta, y él, después de entrar a ver el taller, la cargó en su camioneta y la llevó a la biblioteca.

—Por la pegatina del transportín.

—Exacto. Era una buena bicicleta. No recuerdo la marca, pero era buena. Con todas esas marchas y tal. Es increíble que no la robaran. Por esa zona del parque rondan muchos chicos, ya me entiende. La zona que llaman los Matorrales.

—Sí, estoy al tanto.

—¿Y sabe esa heladería que hay calle abajo? También allí se reúnen chicos. A todas horas. Juegan con sus videojuegos dentro y montan en monopatín fuera. ¿Es usted sabueso desde hace mucho?

A Holly le chirrían los dientes al oír esa expresión. Ella prefiere considerase «investigadora privada».

—Bastante, sí. Solo por confirmarlo, fue usted el primero en ver la bicicleta.

—Correcto, correcto.

—¿Y cuánto tardó en aparecer el señor Brown?

—Unos quince minutos, tal vez un poco más. Procuro llegar a las fincas con tiempo de sobra, para comprobar si ha habido algún acto de vandalismo, así como posibles daños que no consten en la hoja de promoción. ¿Se lo he dicho ya?

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Cree, pues, que la encontrará? ¿Tiene alguna pista? ¿Sigue algún rastro?

Holly contesta que aún es pronto para estar segura de nada. Rafferty empieza a decirle que, si alguna vez le surge una necesidad inmobiliaria, es un momento excelente para comprar y él dispone de una amplia selección, tanto de locales comerciales como de viviendas. Para evitar que se enrolle demasiado, Holly le dice que tiene una llamada entrante y debe atenderla. En realidad, debe telefonear ella, a la biblioteca del Bell College.

Mi madre mintió. El tío Henry también.

Acalla ese pensamiento y hace la llamada.

2

—Aquí la biblioteca Reynolds, soy Edith Brookings.

—Hola. Me llamo Holly Gibney. Quiero hablar con Lakeisha Stone, por favor.

—Lo siento, pero Lakeisha se ha ido al norte a pasar el fin de semana con unos amigos. A nadar y acampar en Upsala Village. Ya me gustaría a mí. —Edith Brookings se ríe—. ¿Puedo ayudarla *yo* en algo? ¿O pasarle un mensaje?

Casualmente Holly conoce Upsala Village, una comunidad rural donde viven muchos amish. Está a unos treinta kilómetros al norte de la casa de su madre, a donde irá mañana. Tal vez podría hablar con Lakeisha allí. Mañana por la tarde, si el inventario de la casa no se alarga demasiado, o, si no, el domingo. Entretanto, quizá la tal Brookings *sí* pueda ayudarla.

—Soy investigadora privada, señora Brookings. Penelope Dahl, Penny, me ha contratado para buscar a su hija.

—¡Caray! —Ahora parece menos profesional, y aún más joven—. Espero que la encuentre. ¡Estamos preocupadísimas por Bon!

—¿Puedo pasarme por la biblioteca para hablar con usted? No la entretendré mucho. Quizá si tiene algún descanso por la tarde…

—Ah, venga cuando le vaya bien. Ahora, si quiere. Apenas tenemos trabajo. Se han suspendido casi todos los cursos de verano por…, ya sabe, el corona.

—Estupendo —dice Holly—. Gracias.

Mientras se incorpora a Red Bank Avenue, echa otra ojeada a esa roca

enorme desde donde se ven la avenida y la pantalla del autocine, a dos o tres kilómetros de distancia. Se pregunta si Pete Steinman, alias Fétido, la visitaba a veces. No le sorprendería.

3

En la biblioteca Reynolds, reciben a Holly tanto Edith Brookings («Llámeme Edie») como Margaret Brenner, otra de las auxiliares que mencionó Penny. Edie atiende en el mostrador principal, pero dice que pueden pasar a la sala de lectura, donde verá si alguien quiere preguntar algo o sacar un libro.

—Si Matt Conroy estuviera aquí, no me atrevería —comenta Edie—, pero se ha ido de vacaciones.

—Matt el Majara —añade Margaret. Hace una mueca, y las dos se ríen tontamente tras las mascarillas.

—No es que esté loco ni nada —aclara Edie—, pero es un poco plasta. Si habla con él cuando vuelva, no le diga que he dicho eso, por favor.

—*Pod-favod* —imita Margaret, y sueltan de nuevo sus risitas tontas.

Cuando el gato no está, los ratones bailan, piensa Holly. Pero estos ratones no actúan con mala intención; son solo dos buenas chicas que se han tropezado con una situación interesante en un día de trabajo por lo demás soporífero. Lamentablemente, saben muy poco sobre Bonnie Rae, aparte del hecho de que rompió con su novio, Tom Higgins.

—Para cualquier otra cosa, tendrá que preguntar a Keisha —dice Margaret—. Eran íntimas.

Eso es lo que se propone Holly. Pide el número de teléfono de Lakeisha, y Edie se lo da.

—¿Hablaba Bonnie de marcharse de la ciudad? —pregunta Holly—. Aunque fuese de pasada, en plan: ¿a que estaría bien?

Las dos jóvenes intercambian una mirada. Margaret se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Conmigo no —dice Edie—. Pero sepa que Bonnie es bastante reservada. Es simpática, pero no muy comunicativa.

—Excepto con Keisha —añade Margaret.

—Sí, excepto con ella.

—Quiero enseñarles una cosa. —Holly se saca el pendiente del bolsillo y lo sostiene ante ellas en la palma de la mano.

Sus miradas, con los ojos muy abiertos, lo dicen todo.

—¡Es de Bonnie! —exclama Edie, y lo toca con la yema del dedo. Holly se lo permite; nada más ver el pendiente, ha sabido que, por su pequeño tamaño, no cabía esperar una huella dactilar, ni siquiera la de Bonnie Rae—. ¿Dónde estaba?

—Entre unos arbustos, cerca de donde apareció la bicicleta. Por sí solo no significa nada. Es de clip, y podría habérsele caído sin más.

—Desde luego tiene que hablar con Lakeisha —insiste Margaret—. Volverá el lunes.

—Lo haré —dice Holly, aunque no cree que tenga que esperar hasta el lunes.

4

El aparcamiento de la biblioteca está casi vacío, y Holly ha encontrado una plaza a la sombra sin problema. Aun así, hace mucho calor dentro del coche. Pone el aire acondicionado a toda marcha y llama a la madre de Bonnie. Penny, sin molestarse siquiera en saludar, pregunta a Holly si ha averiguado algo. Su tono de voz refleja impaciencia y a la vez temor. Holly se acuerda del Volvo con las fotos de Bonnie Rae sonriente y lamenta no tener mejores noticias.

—Voy a enviarte una foto de un pendiente que he encontrado cerca de donde apareció la bicicleta de tu hija. Dos mujeres que trabajan con ella en la biblioteca Reynolds lo han reconocido y afirman que es de Bonnie, pero quiero asegurarme.

—¡Envíame la foto! ¡Por favor!

—Te la enviaré en cuanto pueda. Ahora que te tengo a mano, ¿no tendrás por casualidad los datos de la tarjeta de crédito de Bonnie?

—Sí. Una semana o así después de su desaparición, fui a su apartamento y consulté sus dos últimos extractos de la Visa. Me lo sugirió aquella inspectora. Esa Visa es su única tarjeta. Pensé que los extractos podían darme alguna información, no sé muy bien qué, pero no vi nada que llamara la atención. Un par de zapatos, unos vaqueros de Amazon, la compra del supermercado, alguna que otra comida que encargó a DoorDash, una pizza de Domino's…, esas cosas.

—¿Y el teléfono? ¿Lo paga con su Visa?

—Sí. Su operador es Verizon, que es también el mío.

Para Holly, lo más importante es la tarjeta de crédito.

—Envíame el número de la tarjeta en un mensaje de texto, por favor. Incluida la fecha de caducidad. Y el número de móvil.

Penny dice que se lo mandará. Holly toma una fotografía del pendiente y se la envía. Cuando Penny vuelve a llamarla al cabo de dos minutos, solloza. Holly la tranquiliza lo mejor que puede. Al final Penny recupera la compostura, pero Holly sabe que esa mujer acaba de emprender viaje por un camino oscuro. Uno del que la propia Holly ha recorrido ya un trecho mayor. Bonnie Rae podría seguir con vida, pero cada vez es más probable que no.

Holly se queda sentada con las manos en el regazo. El aire frío de las salidas de ventilación del lado del conductor le agita el flequillo. Necesita pensar, pero lo primero que acude a su mente es el comienzo de un chiste: *Una nueva millonaria entra en un bar y…*

¿Y qué? Es un chiste sin colofón. Lo cual en cierto modo se corresponde con la situación. Lo aparta de su pensamiento y se centra en el caso. ¿Por qué dejaría Bonnie la bicicleta en lo que seguramente era el tramo menos transitado de Red Bank Avenue? Respuesta: no la dejaría. ¿Por qué dejaría la nota pero se llevaría el casco? Respuesta: no lo haría.

—«Deja el arma, coge los canelones» —musita, una frase de su película de gánsteres preferida.

¿Alguien la secuestró? ¿Salió de la nada y la atrapó? Si fue así…

Llama a Marvin Brown, se presenta, le dice en qué está trabajando y le pregunta por la bicicleta: ¿advirtió algún desperfecto? Brown contesta que estaba impecable, sin un solo arañazo. Ella le da las gracias, corta la llamada y se concentra de nuevo.

Nadie salió de la nada y derribó a Bonnie de la bicicleta. En el suelo de cemento frente al antiguo taller Reparaciones de Automóviles y Pequeños Motores de Bill, hay tal cantidad de grietas y abultamientos por efecto de las heladas que posiblemente no tiene arreglo. Marvin Brown tendrá que volver a pavimentarlo si de verdad se propone abrir su negocio allí. Si la bicicleta hubiese caído en esa superficie desigual, casi sin duda estaría dañada. Tendrá que comprobarlo, pero de momento dará por buena la palabra de Brown. Al fin y al cabo, él se gana la vida con los vehículos, ¿y acaso no es eso una bicicleta, en resumidas cuentas?

La hija de una mentirosa entra en un bar. Rectifiquemos: la hija de una mentirosa y una ladrona *entra en un bar. Deja el arma, pero coge los canelones.*

—Ya *basta* —masculla Holly—. La bicicleta parecía en buen estado, quédate con eso. ¿Por qué parece la bicicleta en buen estado?

Tiene la impresión de que la respuesta a eso es tan clara como los ojos azules que ve en el espejo retrovisor. Porque Bonnie paró allí. Paró y desmontó. ¿Por qué paró si no tenía previsto seguir hacia el centro para coger uno de aquellos autobuses nocturnos que aceptaba el pago en efectivo? ¿Porque vio a alguien que conocía? ¿Porque alguien necesitaba ayuda? ¿O fingía necesitar ayuda?

A veces Bill Hodges aún le habla, como ahora: *Si sigues adelante por esa rama, Holly, se partirá.*

La voz de Bill tiene razón, así que Holly retrocede…, pero no del todo. El impecable estado de la bicicleta induce a pensar que Bonnie Rae se detuvo por voluntad propia. Si lo hizo porque realmente se proponía dejarla allí o por algún otro motivo es aún una cuestión abierta.

De todos modos: ¿por qué dejar la bicicleta y llevarse el casco?

Suena el tono de mensaje de texto en el móvil. Son los datos de la Visa de Bonnie y su número de teléfono. Holly no puede seguir ahí sentada. Sale del coche, llama a Pete Huntley y empieza a pasearse por el aparcamiento de la biblioteca, buscando las zonas de sombra en la

medida de lo posible. El sol cae aún como un mazazo: *ufff*.

—Al final has aceptado el caso. —Es lo primero que dice Pete—. Por Dios, Holly, cuando tu madre acaba… —Empieza a toser.

—Pete, ¿estás bien?

Él controla la tos.

—Perfectamente. Bueno, perfectamente no, pero no peor que cuando me he levantado esta mañana. ¡Holly, tu madre acaba de morir!

Sí, y me ha dejado una fortuna considerable, piensa Holly. *Una nueva millonaria entra en un bar y… ocurre algo gracioso.*

—Trabajar me viene bien. Y mañana voy a Meadowbrook Estates. Según parece, he heredado una casa que no quiero.

—La de tu madre, ¿no? Pues me alegro por ti. Es un buen momento para vender. En el supuesto de que quieras deshacerte de ella.

—Eso es lo que me gustaría hacer. ¿Estás interesado en comprar?

—Ni en tus mejores sueños, Gibney.

—¿Cómo sabías que he aceptado el caso?

—El chico alto, moreno y apuesto ya me ha llamado por teléfono. —Pete se refiere a Jerome—. Quería que le consultase una dirección que, por pereza, no ha consultado él mismo.

Holly encuentra eso un poco irritante.

—Tenemos una aplicación para buscar direcciones y, puesto que la pagamos, deberíamos utilizarla de vez en cuando. Además, *tú* también necesitas hacer algo, Pete. Aparte de toser y resollar. —Tras una última vuelta al aparcamiento, Holly llega de nuevo al Prius. Se acuerda del paquete de tabaco que ha dejado en la consola central, piensa en toses y resuellos, y sigue caminando—. ¿Qué dirección quería?

—La de una tal Vera Steinman. Vive en una de esas casas unifamiliares que hay cerca del cementerio de Cedar Rest. ¿Y *tú* qué quieres?

—Tengo los datos de la Visa y de Verizon de Bonnie Dahl. Necesito saber si ha habido actividad en alguna de las dos cuentas.

—Eso puedo conseguirlo, tengo una fuente de información, aunque no es estrictamente legal. Es decir, supone un coste, e incluirlo en la cuenta de gastos de la tal Dahl sería arriesgado.

—No creo que haga falta utilizar tu fuente de información —dice Holly—. Seguro que Izzy lo consulta por ti.

Se produce un silencio, salvo por la respiración ronca de Pete. A Holly no le gusta nada ese sonido.

—¿Tú crees?

—Prácticamente dejó el caso en mis manos, y tampoco me sorprendió demasiado. Ya sabes cómo están ahora las cosas en el Departamento de Policía.

—DPP. Que quiere decir…

—Ya sé lo que quiere decir: De Puta Pena.

—Te diré una cosa, Gibney: cuando veo lo que está pasando hoy día

con la poli, me alegro de haber colgado los puñeteros guantes.

—Dile a Izzy que, si nos enteramos de algo importante, la tendremos informada.

—Ah, ¿sí? ¿Eso haremos?

—Aún no lo he decidido —contesta Holly con tono remilgado.

—¿Qué tiene que ver esa Vera Steinman con la chica, Dahl?

—Seguramente nada. —Holly podría decir a Pete que Bonnie Rae, a sus veinticuatro años, ya no puede considerarse una «chica», pero no serviría de nada. Pete es de la vieja escuela. En una ocasión oyó que se quejaba a Jerome de que hubieran suprimido la competición de bañadores del concurso de Miss América, y sus términos habituales para referirse a los pechos son «domingas» o «tetamen»—. Pete, tengo que dejarte.

—Holly, si pillas el corona yendo de aquí para allá, la agencia seguirá cerrada mucho más tiempo.

—Tomo nota, Pete. ¿Llamarás a Izzy?

—Sí. Buena suerte, Hols. Siento mucho lo de tu madre, de verdad.

Pensando, Holly se dirige con lentitud al Prius. ¿Y si alguien que conocía la rutina diaria de Bonnie estaba esperándola? ¿La conocía el exnovio? Quizá. Probablemente. Y la bicicleta. Vuelve una y otra vez a la bicicleta, allí delante, pidiendo a gritos que la robaran. Si la hubieran robado, ¿le preocuparía tanto el dichoso casco?

—No —dice—. No me preocuparía.

Sube al coche, enciende de nuevo el motor y sonríe. Se le ha ocurrido un colofón para el chiste.

4-19 de diciembre de 2020

1

El 4 de diciembre, Hubert Crumley, rector del Bell College, anuncia que va a enviar a casa a todos los estudiantes antes de tiempo por el aumento galopante de contagios de covid en el campus. El 7 —el Día de Pearl Harbor— dispone que durante el semestre de primavera todas las clases serán virtuales.

Roddy Harris está horrorizado.

—Eso no representa el menor problema para vosotros, los de orientación literaria —dice a Emily—. La mayoría de los escritores han trabajado en un entorno de confinamiento desde tiempos inmemoriales, pero ¿no se supone que, según el gran doctor Fauci, debemos prestar atención a la ciencia? Por Dios, ¿qué pasa con las prácticas de laboratorio? ¿Los laboratorios de biología? ¿Los laboratorios de física y química? ¿Qué pasa con todo *eso*? ¡Los laboratorios son *ciencia*!

—Eso también acabará algún día, querido —responde Em.

—Sí, pero ¿cuándo? Y, entretanto, ¿qué hacemos? Tengo que hablar con Hamish al respecto.

Hamish Anders es el jefe del Departamento de Ciencias Biológicas, y Em duda que las diatribas de Roddy —puesto que eso son— hagan mucha mella en él. Ella y Roddy aún participan activamente en las actividades de sus respectivas facultades, pero su posición es en gran medida honoraria. Ella es consciente de eso, y se contenta con su modesta labor como lectora de solicitudes para el taller de escritura, sobre todo sin las intromisiones de Jorge Castro. La mantiene ocupada, la mantiene alerta, y en medio de toda esa sensiblería surge de cuando en cuando una joya. Pero la inquieta otro asunto.

—Este año no hay fiesta de Navidad —dice—. No hemos fallado ni una sola vez desde 1992… ¡hace casi treinta años! Es una lástima.

Roddy ni siquiera se había detenido a pensarlo.

—Bueno…, no es un confinamiento oficial, querida. Así que *podría* venir la gente… —Ve que alza la vista al techo—. ¿Unos cuantos, al menos?

—No lo creo. Aunque vinieran, ¿cómo iban a comer canapés y beber champán dentro de casa con la mascarilla puesta? —Se acuerda entonces de otra cosa—. ¡Y está el *BellRinger*! ¡Esos memos antisistema que se creen periodistas se lo pasarían en grande!

El *BellRinger* es el periódico del campus.

Em encuadra un titular con las manos.

—¡«Viejos profesores organizan una fiesta mientras la fiebre consume al país»! ¿Cómo suena eso?

Roddy suelta una carcajada, y Emily se ríe también. El invierno es una mala época para las articulaciones y los huesos, y tienen los achaques y dolores habituales, aunque en general están bien. El verdadero dolor volverá, lo saben por experiencia, pero, entretanto, notan los efectos benéficos de Peter Steinman.

Por supuesto, la planificación es importante, y ya han empezado a preparar una lista de candidatos posibles. Roddy se complace en decir que Dios no nos habría dado cerebros si no quisiera que los usáramos. Ninguno de los dos cree en Dios, ni en una feliz vida eterna después de la muerte, lo cual es una razón excelente para prolongar esta lo máximo posible.

—¡Para colmo, nos quedamos sin fiesta de Navidad! —exclama Roddy—. ¡Maldita sea esta *peste*!

Ella lo abraza.

2

Una semana después, Emily entra en el garaje, donde Roddy está colocando los adhesivos de identificación estatal de 2021 en las matrículas de su ranchera Subaru. Al lado está la furgoneta con placas azules y blancas del estado vecino. Roddy la pone en marcha de vez en cuando para recargar la batería, pero solo la utilizan en ocasiones especiales. Las placas de discapacitado de Wisconsin no son robadas, porque el robo de placas de matrícula suele denunciarse. Las confeccionó Roddy en el taller del sótano y desafiaría a cualquiera a que las distinguiese de unas auténticas.

—¿Qué haces aquí sin abrigo? —pregunta Roddy.

—Se me ha ocurrido una idea —dice ella— y estaba impaciente por contártela. Creo que es una buena idea, pero juzga tú.

Él escucha y la declara no buena, sino excelente. Genial, de hecho. Le da un abrazo a Em quizá un poco demasiado fuerte.

—Con delicadeza, grandullón —protesta Em—. La ciática duerme. No la despiertes.

3

Al final la fiesta de Navidad anual de los Harris sí se celebra. Tiene lugar el sábado anterior a Navidad. Es la más concurrida desde hace años, y nadie tiene que ponerse mascarilla. Algunos asistentes llegan de otros

estados (uno, de hecho, procede de Bangladesh), pero la mayoría son de los alrededores. Asisten el rector Crumley y también el escritor residente de este año, Henry Stratton (Emily nunca lo expresaría en voz alta, pero la complace que ocupe el puesto de nuevo un hombre blanco y heterosexual).

Es una fiesta por Zoom, naturalmente, pero con un toque especial que ha sido el motivo por el que Roddy ha elevado de excelente a genial su valoración de la idea de Em. No pueden servir comida y bebida a los asistentes a la fiesta de Maine, Colorado o Bangladesh, pero a los de aquí, los de la ciudad, desde luego sí pueden, en especial a los que viven en Victorian Row, entre la universidad y el parque.

Han publicado un anuncio en las webs de los departamentos de Literatura Inglesa y Ciencias Biológicas en el que ofrecen trabajo para una sola noche y explican en qué consiste la tarea. El estipendio es modesto (los Harris disfrutan de una situación económica holgada, pero no son ricos), pese a lo cual son muchos los interesados. Es por la novedad, dice Emily. Muchos empleados del campus —¡incluso algunos profesores auxiliares!— son contratados para actuar como elfos de Papá Noel. La noche de la fiesta se dispersan por la ciudad con gorros de Papá Noel y barbas de Papá Noel. Algunos incluso añaden botas negras y gafas de Papá Noel en la punta de la nariz. Los elfos de Papá Noel son una especie de truco o trato a la inversa y entregan pequeñas bandejas con canapés a los asistentes a la fiesta locales. Y packs de seis cervezas Iron City en lugar de champán.

La fiesta es un éxito clamoroso.

También una elfina de Papá Noel visita el número 93 de Ridge Road, la casa de los Harris, Emily ha insistido en que así sea. Es una elfina preciosa, con abundante cabello rubio y unos vivaces ojos castaños por encima de la barba blanca. Su pantalón rojo de Papá Noel realza unas largas piernas que Roddy admira de manera furtiva (pero no tan furtiva como para que Em no se dé cuenta). Emily lleva a la elfina al salón, donde los Harris han colocado sus portátiles (lo ideal para usar Zoom, querido). Em coge el plato de canapés. Roddy coge el pack de IC.

En sus ordenadores, Henry Stratton y su novia, achispados, cantan a dúo «Santa Claus Is Coming to Town» desde su propia casa victoriana (en otro tiempo, la residencia de Jorge Castro y su «amigo»).

—Jamás he visto elfina más guapa —dice Roddy.

—Cuidado con él, es un donjuán —advierte Emily. La elfina se ríe y dice que lo tendrá en cuenta. Emily la acompaña a la puerta—. ¿Tienes alguna otra parada que hacer?

—Un par —dice la elfina, y señala su bicicleta al final del camino de acceso. Lleva sujeta al transportín con correas elásticas una nevera, que contiene, cabe suponer, dos platos más de canapés envueltos en celofán y otros dos packs de seis cervezas—. Menos mal que la temperatura permite ir en bicicleta. ¡Profesora, ha sido una idea fantástica!

—Gracias, querida. Muy amable.

La elfina lanza una tímida mirada de soslayo a Emily.

—Estuve en su curso sobre los inicios de la literatura estadounidense el año antes de que se retirara. Fue genial.

—Me alegro de que te gustara.

—Y este año me he decidido por fin a solicitar una plaza en el taller. El taller de escritura, ¿sabe? Si está usted leyendo los textos presentados para el señor Stratton, seguramente encontrará el mío…

—En eso estoy, sí, pero si has solicitado plaza para el semestre de otoño del año que viene, creo que ya tendremos a otra persona. —Baja la voz—. Se lo hemos propuesto a Jim Shepard, aunque dudo que acepte.

—Eso sería increíble, pero, en todo caso, lo más probable es que no dé la talla. No soy muy buena.

Em finge taparse los oídos.

—No hago el menor caso de lo que dicen los autores sobre su obra. Lo que cuenta es lo que la obra dice sobre el autor.

—Ah. Supongo que eso es muy cierto. Bueno, será mejor que me ponga en marcha. ¡Diviértanse con la fiesta!

—Eso haremos. ¿Cómo te llamas, querida?

—Bonnie —dice la elfina—. Bonnie Dahl.

—¿Vas en bicicleta a todas partes?

—Salvo cuando hace mal tiempo. Tengo coche, pero me encanta mi bicicleta.

—Un ejercicio muy aeróbico. ¿Vives cerca de aquí?

—Tengo un estudio junto al lago. Soy empleada de la biblioteca Reynolds y, cuando puedo, hago algún que otro trabajo esporádico.

—Si buscas otro trabajo en el futuro cercano, puede que yo tenga algo en lo que podrías ayudarme. —Se pregunta si la respuesta de Bonnie será «genial» o «increíble».

—¿En serio? ¡Sería genial!

—¿Se te dan bien los ordenadores? Si trabajas en la biblioteca, seguro que sí. Yo apenas sé encender el mío sin ayuda de Roddy. —Emily dice esta mentira con una sonrisa encantadora.

—No sé arreglarlos, pero trabajo con ellos, claro.

—¿Puedes darme tu número, por si acaso? Aunque no te prometo nada, ¿eh?

Bonnie accede gustosamente. Em podría añadirlo a sus contactos del iPhone en un abrir y cerrar de ojos, pero, en su papel actual de ignorante en cuestiones informáticas, lo garabatea en una servilleta adornada con un Papá Noel bailando y a todas luces borracho y las palabras ¡FELICES SIESTAS!

—Feliz Navidad, Bonnie. Puede que volvamos a vernos.

—¡Guay! ¡Feliz Navidad!

Se aleja por el camino de acceso. Emily cierra la puerta y mira a

Roddy.

—Bonitas piernas —comenta él.

—Sigue soñando, casanova —contesta ella, y los dos se echan a reír.

—No es solo una elfina, sino también una aspirante a escritora —dice Roddy.

Em suelta un resoplido.

—Genial. Guay. *Increíííble.* Dudo que fuera capaz de escribir una frase original aunque le apuntaran con un pistola a la cabeza. Pero no es su cerebro lo que nos interesa, ¿no?

—Eh, no digas *eso* —responde Roddy, y se ríen los dos un poco más.

Tienen una breve lista de candidatos para el otoño próximo, y esta elfina de Papá Noel constituiría una buena incorporación.

—Siempre y cuando no sea vegana —dice Roddy—. No necesitamos a otra de *esas*.

Emily le besa la mejilla. Le encanta el mordaz sentido del humor de Roddy.

23 de julio de 2021

Vera Steinman vive en Sycamore Street, donde no crece ni un solo sicómoro. Ni un solo árbol, en realidad. Sí hay muchos en los amplios jardines, bien cuidados y regados, que se extienden más allá del extremo sin salida de Sycamore Street, pero quedan aislados tras la verja y la tapia serpenteante de piedra del cementerio de Cedar Rest. En este barrio de calles sin árboles con nombres de árbol, solo hay casas unifamiliares prácticamente juntas asándose al sol de media tarde.

Jerome aparca junto al bordillo. Ocupa el camino de acceso agrietado un Chevrolet de diez años como mínimo, tal vez quince, con los faldones oxidados y los neumáticos gastados. Una pegatina descolorida reza: ¿QUÉ HARÍA SCOOBY-DO? Jerome ha llamado previamente y ha empezado a explicar que ha surgido el nombre de Peter Steinman mientras investigaba otro caso, pero ella lo ha interrumpido en el acto.

—Si quiere hablar de Peter, pásese por aquí, faltaría más.

Su voz le ha parecido agradable, casi musical. La clase de voz, ha pensado Jerome, que uno esperaría de una recepcionista bien remunerada en un selecto bufete o consultoría de inversiones del centro. Lo que piensa ahora es que esta casita en medio de un jardín marchito no es selecta ni mucho menos.

Se pone la mascarilla y llama al timbre. Se acercan unos pasos. Se abre la puerta. La mujer que aparece se corresponde a la perfección con la voz selecta: blusa verde claro, falda verde oscuro, medias pese al calor, el cabello castaño rojizo recogido atrás. Solo desentona el tufillo a ginebra de su aliento. Más que un tufillo, de hecho, y sostiene en la mano una copa medio llena.

—Usted es el señor Robinson —dice, como si acaso él mismo no estuviera seguro. Bajo la luz directa del sol, Jerome ve que su delicada belleza de mujer de mediana edad podría deberse en gran parte a la magia del maquillaje—. Adelante. Y puede quitarse la mascarilla. Si es que está vacunado, claro. Yo lo he pasado y me he recuperado. Estoy a rebosar de anticuerpos.

—Gracias.

Jerome entra, se quita la mascarilla y se la guarda en el bolsillo trasero. La detesta. Acceden a un salón ordenado, pero oscuro y austero. Los muebles parecen estrictamente funcionales. El único cuadro en las paredes es una escena insípida en un jardín. En algún sitio se oye el zumbido del aire acondicionado.

—Bajo las persianas porque el aparato de aire acondicionado está en las últimas y no puedo permitirme otro —explica—. ¿Le apetece una copa, señor Robinson? Yo estoy tomando gin-tonic.

—Quizá solo una tónica. O un vaso de agua.

Ella entra en la cocina. Jerome se sienta en una silla plegable de lona, con cuidado, esperando que no ceda bajo sus noventa kilos de peso. Cruje pero resiste. Oye el tintineo de unos cubitos de hielo. Vera Steinman regresa con un vaso de tónica para él y con su propio vaso, que ha rellenado. Cuando llame a Holly esta noche, le dirá que, a pesar de los comentarios de uno de los skaters del Dairy Whip, no ha tenido la menor idea de que estaba tratando con una alcohólica cotidiana empedernida hasta el final de la conversación. Un final repentino.

Ella se sienta en la otra silla del salón, muy cuadrada, deja la copa en la mesa de centro, donde hay posavasos y revistas esparcidas, y se alisa la falda por encima de las rodillas.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Robinson? Se le ve muy joven para andar buscando a niños desaparecidos.

—En realidad, se trata de una mujer desaparecida —aclara él, y le resume las circunstancias del caso de Bonnie Dahl: dónde se encontró la bicicleta, que él y Holly («mi jefa») se acercaron al Dairy Whip para hablar con los skaters, y que el nombre de Peter salió en la conversación.

»No creo que la desaparición de Peter tenga nada que ver con Bonnie Dahl, pero querría asegurarme. Y siento curiosidad. —Reconsidera esa palabra—. Preocupación. ¿Ha sabido algo de su hijo, señora Steinman?

—Nada de nada —responde ella, y da un largo trago a su bebida—. A lo mejor debería comprar un tablero de güija.

—Entonces ¿cree que está…? —Jerome se interrumpe, incapaz de acabar.

—¿Muerto? Sí, eso creo. De día aún conservo alguna esperanza, pero de noche, cuando no puedo dormir… —Levanta el vaso y bebe un largo trago—. Cuando ni siquiera atiborrándome de esto me duermo… lo sé.

Una única lágrima le resbala por la mejilla, abriéndose paso a través del maquillaje y dejando a la vista una piel más pálida debajo. Se la limpia con el dorso de la mano y da otro trago.

—Perdone.

Caminando aún totalmente erguida, entra en la cocina. Jerome oye el tintineo del cuello de una botella contra un vaso. Ella regresa y, al sentarse, se alisa la parte trasera de la falda para que no se le arrugue. Jerome piensa: *Se ha vestido para mí. Ha prescindido del pijama y la bata, y se ha vestido para mí.* Eso no tiene forma de saberlo, pero lo sabe.

Vera Steinman habla durante los siguientes veinte minutos aproximadamente, intercalando sorbos y haciendo un segundo alto para rellenarse el vaso. No arrastra las palabras. No se va por las ramas. No se tambalea ni hace eses cuando va y vuelve de la cocina.

Como Peter desapareció antes del covid y el caos actual en el Departamento de Policía de la ciudad, la investigación fue bastante concienzuda. Sin embargo, la conclusión fue la misma. El inspector responsable, David Porter, creía (o eso dijo) que Peter se había fugado.

El razonamiento del inspector Porter se basaba en parte en su interrogatorio a Katya Graves, una de las dos orientadoras de la escuela primaria Breck. Más o menos un año antes de su desaparición, Peter empezó a sacar malas notas; a partir de entonces tuvo frecuentes faltas de puntualidad y a veces de asistencia, y se vio envuelto en varios episodios de mal comportamiento, uno de los cuales terminó en una expulsión temporal.

En la reunión de Graves con Peter después de los dos días de expulsión, la orientadora, pese a las habituales miradas evasivas y balbuceos del niño, perseveró, y al final la presa reventó. Su madre bebía demasiado. A Peter no le importaba que sus amigos lo apodaran Fétido, pero detestaba que se burlaran de su madre. Su marido la había abandonado cuando Peter tenía siete años. Ella perdió el empleo cuando el niño tenía diez. Peter odiaba esas burlas y a veces la odiaba a ella. Le contó a la señora Graves que a menudo se planteaba irse a dedo a Florida para vivir con su tío, que tenía una casa en Orlando, cerca de Disney World.

—No apareció allí —dice Vera—, pero el inspector Porter siguió pensando que se había fugado. Seguro que ya sabe usted por qué.

Jerome lo sabe, por supuesto.

—No encontraron el cadáver.

—No —confirma ella—. No hasta la fecha, y no hay tortura más exquisita que la esperanza. Disculpe.

Entra en la cocina. Se oye el tintineo de la botella. Vuelve, caminando erguida, acompañada por el susurro de la falda y las medias. Se sienta. Mantiene una buena postura. Habla con claridad. Dice a Jerome que la foto de Peter figura entre otras miles en el Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados. Figura en la web de Personas Secuestradas y Desaparecidas del FBI. En la Red Mundial de Niños Desaparecidos. En Missing Kids.org. En la web de la Fundación Polly Klaas, que fue una niña de doce años secuestrada durante una fiesta en casa de otra niña y posteriormente asesinada. Y después de que Vera denunciara la desaparición de Peter, mostraron su foto en la pantalla de la sala de reuniones del Departamento de Policía de la ciudad durante meses en todos los turnos.

—Como es lógico, a mí también me interrogaron —dice Vera. Ahora el olor a ginebra es muy intenso. Jerome piensa que no solo lo exhala por la boca, sino que lo rezuma por los poros—. Son muchos los padres que asesinan a sus hijos, ¿no? La mayoría son padrastros o padres naturales, pero a veces también intervienen las madres. Diane Downs, por ejemplo. ¿Ha visto la película sobre ella? Actuaba Farrah Fawcett.

Me sometieron al detector de mentiras, y supongo que pasé la prueba. —Se encoge de hombros—. Solo podía contarles la verdad. Yo no lo maté. Salió una noche con el monopatín y ya no volvió, así, sin más.

Habla a Jerome de su reunión con Katya Graves después de la charla de esta con Peter.

—Dijo que cuando me viniera bien, lo cual tenía su gracia porque, como ocurrió entre un empleo y otro, me venía bien a cualquier hora. Perdí el último trabajo por conducir bajo los efectos del alcohol. Mientras estaba en el paro, Peter y yo vivíamos de los ahorros y de los cheques mensuales que recibía de mi exmarido: el pago por la manutención del menor y la pensión de alimentos. Sabe que Peter ha desaparecido, pero aún envía los cheques para la manutención. Creo que es por superstición. Quiere a Peter. Era a mí a quien no soportaba. Una vez me preguntó por qué bebía tanto, que si era por él. Le dije que no se considerara tan importante. No era por él, no era un trauma infantil, no era por nada, en realidad. Es una pregunta estúpida. Bebo, luego existo. Disculpe.

Cuando regresa —totalmente erguida, alisándose la parte trasera de la falda antes de sentarse, con las rodillas juntas—, cuenta a Jerome que supo por la señora Graves que los amigos de Peter se burlaban de él porque su madre era una borracha que había perdido el trabajo y había pasado una noche en el trullo.

—Fue duro oírlo —dice—. Ahí toqué fondo. Al menos por entonces. No sabía que podía caerse aún más bajo. Ahora sí lo sé. Esa Graves me dio una lista de reuniones de Alcohólicos Anónimos y empecé a ir. Conseguí otro empleo en la inmobiliaria Fenimore. Es una de las agencias más grandes de la ciudad. El jefe es exbebedor y contrata a mucha gente que está dejando el hábito, o intentándolo. Ese último año la vida fue mejor, señor Robinson. Las notas de Peter mejoraron. Dejamos de discutir. —Hace una pausa—. Bueno, no, no *del todo*. Es imposible *no* discutir con un crío.

—Qué me va a contar —dice Jerome—, yo también lo fui.

Al oírlo, Vera suelta una sonora carcajada desprovista de humor, y Jerome cae en la cuenta de que no es que de algún modo metabolice por arte de magia toda esa ginebra, sino que está realmente borracha, vaya que si lo está. Como una cuba. Sin embargo, no lo parece, ¿y eso cómo es posible? La práctica, supone.

—Por eso es absurdo pensar que Peter se fugó por mis borracheras. Precisamente tres semanas antes de su desaparición, recibí el medallón por un año de sobriedad. Imagino que ya no recibiré ninguno más. No empecé a beber de nuevo hasta unas seis semanas después de que desapareciera. Durante esas seis semanas casi gasté la moqueta con las rodillas, a fuerza de rezar al poder supremo para que me devolviera a Peter. —Deja escapar otra sonora carcajada sin humor—. Bien podría haber dedicado ese tiempo a rogar que el sol saliera por el oeste.

Cuando tomé verdadera conciencia de que se había ido para siempre, reanudé mi relación con la licorería del barrio.

Jerome no sabe qué decir.

—Consta como desaparecido porque así es más fácil para la policía, pero creo que el inspector Porter sabe tan bien como yo que está muerto. Por suerte para mí, de verdad *existe* un poder supremo. —Levanta el vaso.

—¿Qué noche desapareció, señora Steinman?

No tiene que detenerse a pensar la respuesta. Jerome supone que la tiene grabada en la memoria.

—El 27 de noviembre de 2018. No hace aún mil días, pero falta poco.

—Uno de los chicos del Dairy Whip dijo que llamó usted a su madre.

Ella asiente.

—Mary Edison, la madre de Tommy. Eso fue a las nueve, media hora después de la hora a la que debía llegar. Tenía los números de teléfono de los padres de varios amigos suyos. Fui una buena madre durante ese último año, señor Robinson. Muy abnegada. Intenté compensarlo por los años en que no había sido tan buena. Pensé que tal vez Peter planeaba quedarse a pasar la noche en casa de Tommy y se había olvidado de decírmelo. Tenía su lógica…, más o menos…, porque al día siguiente las clases empezaban tarde. Por una reunión de profesores sobre qué hacer si se producía un incidente violento, me contó Peter. Eso sí lo recuerdo. Cuando la señora Edison me dijo que Peter no estaba allí, dejé pasar otra hora, esperanzada. Me arrodillé y rogué a ese poder supremo que mi hijo entrara por la puerta con alguna excusa absurda por el retraso…, aunque le oliera el aliento a cerveza…, solo por verlo, ¿entiende?

Otra lágrima que se enjuga con el dorso de la mano. Jerome no lamenta haber venido, pero le cuesta verla así. Casi huele su dolor, y huele a ginebra.

—A las diez llamé a la policía.

—¿Su hijo tenía móvil, señora Steinman?

—Sí, claro. Intenté localizarlo incluso antes de llamar a Mary Edison. Sonó en su habitación. Nunca se lo llevaba cuando se iba a patinar. Temía que se le cayera y se rompiera. Le dije que, si se le rompía el móvil, no podría pagarle otro.

Jerome recuerda lo que Holly le ha pedido que averigüe.

—¿Y la tabla? ¿Tiene idea de dónde está?

—¿El monopatín? En su habitación. —Vera se pone en pie, se balancea un poco y recupera el equilibrio—. ¿Quiere ver su habitación? La conservo tal como estaba. Ya sabe, como una madre loca en una película de terror.

—No creo que esté usted loca —dice Jerome.

Vera lo guía por un corto pasillo. A un lado hay un cuarto de servicio, con la ropa amontonada de forma descuidada delante de la lavadora, y Jerome tiene la impresión de haber visto fugazmente a la auténtica

Vera, la que está confusa y desorientada, y a menudo medio trompa. Quizá del todo trompa.

Vera ve que mira y cierra la puerta del cuarto.

En la puerta de la habitación de Pete se lee, escrito con Dymo, CUARTEL GENERAL DE PETE STEINMAN. Debajo hay un velociraptor de *Jurassic Park*, de cuya boca dentuda sale un globo que reza: Si entras, te arriesgas a ser devorado vivo.

Vera abre la puerta y tiende la mano como una azafata en un concurso de la tele.

Jerome entra. La cama individual está bien hecha; si lanzaran una moneda sobre la manta que la cubre, rebotaría. Encima cuelga un póster de Rihanna en actitud insinuante, pero, a la edad a la que el chico se esfumó del mundo conocido, su interés en el sexo no debía de haber eclipsado aún el anhelo de fantasía… y menos aún, piensa Jerome, cuando el niño en cuestión era conocido como Fétido entre sus colegas. A los lados de la ventana (que da a la casa contigua, casi idéntica), hay pósteres de John Wick y el Capitán América. En la cómoda está el móvil de Peter en su cargador, junto a una maqueta de Lego del Halcón Milenario.

—Lo ayudé a montarla —dice Vera—. Fue divertido.

Jerome detecta por fin una ligera distorsión en su voz: no dice «divertido» sino «*divedtido*». Casi siente alivio. Tiene una capacidad…, en fin, prefiere no pensar en ello. A la izquierda de la cómoda, apoyado en el rincón, hay un monopatín Alameda azul, con la superficie gastada por el uso. Al lado, en el suelo, está el casco.

Jerome lo señala.

—¿Podría…?

—Faltaría más. —«*Faltadía*».

Jerome coge la tabla, recorre con la mano la superficie de fibra de vidrio, un poco alabeada, y luego le da la vuelta. Una rueda parece un poco torcida. Escritos en rotulador, con los trazos descoloridos pero aún claramente legibles, constan el nombre, la dirección y el número de teléfono del dueño.

—¿Dónde apareció? —pregunta Jerome, convencido de pronto de que conoce la respuesta: en el pavimento agrietado del taller mecánico abandonado donde encontraron la bicicleta de Bonnie Rae. Pero no es así.

—En el parque. En Deerfield. Buscaron allí el…, esto, el cadáver, y alguien encontró el monopatín entre unos arbustos cerca de Red Bank Avenue. Supongo que fue allí adonde lo llevaron para matarlo después de hacer con él lo que fuera. Si no, como era una noche brumosa, quizá lo atropelló un coche y el conductor se llevó el cadáver. Para enterrarlo. Algún borracho como yo. Mi única esperanza es que… Dios mío, por favor, que no sufriera. Disculpe.

Se dirige de nuevo a la cocina, con la postura aún perfecta, aunque ya

se le observa un claro contoneo en el andar. Jerome se queda mirando el monopatín un poco más y luego lo deja en el rincón. Ya no está tan seguro de que no exista relación entre Steinman y Dahl. Las similitudes en cuanto a la ubicación y los objetos abandonados pueden ser una coincidencia, pero sin duda existen.

Vuelve al salón. Vera Steinman sale de la cocina con otra copa.

—Muchas gracias por…

Jerome no ha terminado aún la frase cuando las rodillas de Vera ceden. El vaso se le cae de la mano y rueda por la alfombra, con lo que se derrama el contenido, que huele a ginebra a palo seco. Jerome hizo atletismo y jugó al fútbol en el instituto, y aún conserva los reflejos. La atrapa por debajo de las axilas antes de que se desplome en lo que podría haber sido una caída de bruces con fractura de nariz y dientes. La nota totalmente inerte entre sus brazos. El cabello se le ha soltado y cuelga en torno a su cara. Masculla una especie de gruñido que podría ser o no el nombre de su hijo. Acto seguido empiezan las convulsiones, y su cuerpo se sacude como una rata en la boca de un perro.

6 de enero de 2021

1

Una pegatina descolorida reza

—Ya basta —dice Em a Roddy—. Apágalo.

—Querida mía —contesta Roddy—, esto es historia. ¿No estás de acuerdo, Bonnie?

Bonnie Rae se encuentra de pie en el umbral de la puerta del despacho de Em, en la planta baja, con una pila de postales navideñas del año pasado olvidadas en las manos. Mira paralizada la televisión mientras una muchedumbre irrumpe en el Capitolio rompiendo ventanas y escalando por las paredes. Algunos agitan la bandera de las barras y estrellas, otros la bandera de Gadsden, con su serpiente de cascabel y el rótulo NO ME PISES, y muchas pancartas pro-Trump del tamaño de una sábana.

—Me da igual, es una atrocidad, apágalo.

Es una atrocidad, pero también es atrozmente fascinante. Emily considera que Donald Trump es un patán, pero a la vez es un hechicero. Mediante algún sortilegio que ella no alcanza a comprender (aunque en el fondo de su alma envidia), ha convertido en revolucionarios a individuos de clase media regordetes y apáticos. Desde un punto de vista intelectual, le inspiran aversión. Sin embargo, ella tiene otra faceta, que normalmente solo se manifiesta en su diario, y las experiencias de los últimos nueve años la han cambiado a una edad a la que se supone que los cambios de personalidad son casi imposibles. Jamás lo diría en voz alta, pero ese sacrilegio político la subyuga. Una parte de ella abriga la esperanza de que entren en las oficinas, saquen a rastras a los representantes electos de ambos partidos y los ahorquen. Que sean comida para los pájaros. ¿Para qué sirven, si no?

—Apágalo, Rodney. Si tienes la necesidad de verlo, ve arriba.

—Como tú digas, querida.

Roddy tiende la mano hacia el mando colocado en la mesa junto a él, pero se le resbala y cae en la alfombra mientras un periodista dice: «¿Esto puede describirse como disturbio o como auténtica insurrección? Por el momento es imposible saberlo».

Recoge el mando torpemente, no agarrándolo sino sosteniéndolo entre los bordes de las manos. Luego, con una mueca, pulsa el botón de apagado e interrumpe la voz en off del periodista en plena especulación. Deja el mando en la mesa otra vez y se vuelve hacia Bonnie.

—¿Tú qué opinas, querida? ¿Disturbio o insurrección? ¿Es esto la versión de Fuerte Sumter en el siglo XXI?

Ella menea la cabeza.

—No sé qué es. Pero seguro que, si fueran negros, la policía les dispararía.

—Bah —interviene Emily—. Me cuesta creerlo.

Roddy se levanta.

—Emily, ¿serías tan amable de obrar esa magia tuya en mis manos? No les sienta bien este frío.

—Dame unos minutos. Quiero dejar a Bonnie con el trabajo en marcha.

—No hay problema.

Roddy sale del salón y enseguida oyen que sube por las escaleras, cosa que hace sin detenerse. No tiene artritis en las rodillas ni en la cadera. Al menos todavía.

—He creado un archivo en su portátil titulado NAVIDAD Y AÑO NUEVO —dice Bonnie—. Contiene los nombres y direcciones de todas las personas que les han enviado postales al profesor Harris y a usted. Son muchas.

—Bien —dice Emily—. Ahora necesitamos una especie de carta…, no sé cómo se llamaría… —Lo sabe de sobra, y ya tiene una lista de contactos completa en el móvil. Podría transferirla a su ordenador en un pispás, pero eso Bonnie no tiene por qué saberlo. Conviene que la vea como el estereotipo de anciana profesora: la cabeza en las nubes, perdiendo agilidad mental por momentos y prácticamente desvalida fuera de su especialidad. E inofensiva, por supuesto. Una mujer que ni por asomo concebiría la idea de que una multitud de insurrectos colgara de las farolas a los representantes electos del gobierno de Estados Unidos. En especial a los negros (palabra que en su cabeza resuena siempre con un dejo de desprecio) y los sarasas, que cada día abundan más.

—Bueno, si fuera usted una empresa —la alecciona Bonnie, muy seria—, supongo que la llamaría «carta modelo». Yo prefiero considerarla una carta *base*. Puedo enseñarle a personalizar cada respuesta para incluir no solo un «Gracias», si había un regalo, o «Feliz Año Nuevo», sino también detalles personales sobre las familias, los ascensos, los premios, lo que sea.

—¡Qué maravilla! —exclama Em—. ¡Eres un genio! —Y piensa: *Como si eso no pudiera hacerlo cualquier adolescente entre sesiones de* Call of Duty *y el envío de fotos de su pene a su novia por WhatsApp.*

—Ni mucho menos —contesta Bonnie—. Es algo bastante básico. —Pero se sonroja de satisfacción—. Si me dicta la carta base, la copio.

—Una idea excelente. Pero déjame que piense cómo quiero redactarla mientras voy a ver qué puedo hacer por las manos del pobre Roddy.

—Está muy mal de la artritis, ¿verdad?

—Ah, va y viene —dice Em. Y sonríe.

2

Roddy está tendido en la cama con las manos nudosas entrelazadas sobre el pecho. A ella no le gusta verlo así, porque ese sería su aspecto en el ataúd. Pero los muertos no sonríen como él le sonríe a ella. Sigue siendo un encanto. Cierra la puerta del dormitorio y se acerca a su tocador. Coge un tarro sin etiqueta.

—Creo que deberíamos tacharla de la lista —propone Roddy cuando ella vuelve y se sienta a su lado en la cama.

—Al margen del hecho de que cierta persona haya quedado fascinada por unos pechos firmes y una cintura esbelta —dice Em mientras desenrosca la tapa del tarro—. Por no hablar de esas largas piernas.

El tarro contiene una sustancia amarilla de textura gelatinosa. El difunto Peter Steinman tenía poca grasa, pero se la extrajeron toda.

—Es guapa, desde luego —admite Roddy con impaciencia—, pero no es esa la cuestión. Nunca hemos capturado a nadie con quien mantuviéramos una relación cercana. Es peligroso.

—Yo trabajaba en el mismo departamento que Jorge Castro —señala Em—. De hecho, me *interrogaron*. —Abre mucho los ojos—. Y tú jugabas a los bolos en aquella liga, con los Viejas Glorias…

—Ya no. —Levanta las manos—. En cuanto a lo de Castro, os interrogaron a ti y a todo el departamento. Era simple rutina. En este caso podría no ser lo mismo. Ella trabaja en nuestra *casa*.

Eso es verdad, por supuesto. Emily llamó por teléfono a la chica el 26 de diciembre y le ofreció un trabajo a tiempo parcial, que consistiría en poner al día su ordenador para facilitarle el manejo de la correspondencia y también para introducir en una hoja de cálculo los nombres de los candidatos actuales al taller de escritura.

Em desliza un dedo por la sustancia amarilla que no hace mucho revestía el abdomen de Steinman.

—Extiéndelos, cielo.

Roddy abre las manos, con los dedos ligeramente retorcidos y los nudillos hinchados, y no ligeramente.

—Con delicadeza, con delicadeza.

—Te dolerá solo un poco, luego llegará el grato alivio —dice ella, y empieza a aplicarle el ungüento en los dedos, prestando especial atención a los nudillos. Varias veces Roddy tuerce el gesto y toma aire con un silbido de serpiente—. Ahora flexiónalos.

Él cierra las manos despacio.

—Mejor.

—Por supuesto.

—Un poco más, por favor.

—No queda mucho, cariño.

—Solo una pizca.

Desliza el dedo otra vez por el ungüento, y queda una coma de cristal transparente en el fondo del tarro. Unta la palma de la mano izquierda de Roddy y empieza a hacerle una friega en los dedos, que ya flexiona de manera más natural.

—Es un trabajo a corto plazo —dice Emily—, y ella lo entiende. Volverá a su empleo de jornada completa en la biblioteca cuando terminen las vacaciones de Navidad y empiece el semestre de primavera. Y trabajará en su texto, claro está, con mi apoyo.

—¿Lo hace bien?

—Aún no he visto nada, pero, a juzgar por el tema, diría que no.

—¿Y cuál es el tema?

Se inclina hacia él y susurra:

—Vampiros enamorados.

Rodney de hecho se ríe.

—Pero, en el transcurso de nuestras conversaciones, también he averiguado muchas cosas sobre ella, y todas favorables. Ha roto con su novio y, pese a que la ruptura la ha provocado ella, le resulta doloroso. Se pregunta si le pasa algo, si tiene algún defecto de personalidad que le impide mantener una relación estable.

Roddy se mofa.

—Basándome en lo que me ha contado…, sí, a mí también me habla…, el novio, el tal Tom, era la personificación misma del fracaso. Ha hecho bien en librarse de él, diría yo.

—Tienes razón, no lo dudo, pero la cuestión aquí es cómo se siente ella y qué representa eso para nosotros. Además, tiene una relación con su madre que yo describiría como tensa. No es nada fuera de lo común, las jóvenes y sus madres tienen frecuentes encontronazos, pero a nosotros nos conviene. ¿Sabes qué me ha dicho? «Mi madre es una bruja controladora, pero la quiero». Por otro lado…, sigue frotándote las manos, querido, procura que el ungüento penetre bien en las articulaciones…, por otro lado, el bibliotecario jefe de la Reynolds, llamado Conroy, tiene la mira puesta en nuestra Bonnie. Según ella, es un pulpo, tiene una mano tonta y la otra larga.

Roddy deja escapar una breve risotada.

—Hacía tiempo que no oía esa expresión.

—Si esperamos hasta octubre o noviembre, como tenemos por costumbre, hará nueve meses, o incluso diez, que ya no trabaje aquí…, en este empleo *estacional a tiempo parcial*. Si nos interrogan, y supongo que es una posibilidad, podemos decir toda la vedad. —Em enumera los sucesivos argumentos con los dedos, que conserva casi tan finos como cuando era una jovencita con faldas hasta los tobillos y calcetines—. Una ruptura desdichada con el novio. La necesidad de escapar de la influencia de su madre. Y lo mejor de todo: acoso sexual en el lugar de trabajo. ¿No ves cuánto nos favorece todo eso? ¿Que ella bien podría

decidirse a levantar el campamento y marcharse?

—Supongo que sí podría —dice él—. Planteado así.

—Y conocemos su rutina. Siempre va a la biblioteca por el mismo camino. —Se interrumpe y después sigue en voz más baja—. Ya sé que te gusta mirarle los pechos. No me importa.

—Mi padre decía que un hombre, aunque esté a dieta, puede leer la carta. O sea que sí, la he mirado. Tiene lo que mis alumnos, los varones, describirían como «una buena delantera».

—Cuestiones estéticas al margen, esos pechos representan casi el cuatro por ciento de su grasa corporal. —Levanta el tarro casi vacío—. Eso es mucho alivio para la artritis, cielo. Por no hablar de mi ciática. —Enrosca la tapa—. ¿Qué? ¿Te he convencido?

Él flexiona los dedos rápidamente y en apariencia sin dolor.

—Digamos que me has proporcionado material para la reflexión.

—Bien. Ahora dame un beso. Tengo que bajar y seguir simulando que soy una ignorante en cuestiones de informática. Y tú tienes unos disturbios que ver.

23 de julio de 2021

1

Jerome llama a Holly a las seis y cuarto desde delante de la casa de la señora Steinman y le cuenta sus aventuras. Le dice que ha tenido que llevar a Vera al hospital él mismo, porque todas las ambulancias del Kiner, más las del Departamento de Servicios de Urgencias, atendían llamadas relacionadas con el covid. Ha cargado con ella hasta el coche, la ha encajado en el asiento anatómico del acompañante, le ha colocado el cinturón de seguridad y la ha trasladado al hospital todo lo deprisa que se ha atrevido.

—He bajado la ventanilla, pensando que quizá el aire fresco la reanimaría un poco. No sé si ha servido de algo, porque seguía bastante grogui cuando hemos llegado, pero me ha ahorrado el gasto de una limpieza a vapor del Mustang. Ha vomitado dos veces por el camino, aunque por fuera del coche. Eso se irá. Cuesta mucho más quitar ese olor de las alfombrillas.

Cuenta a Holly que Vera también ha vomitado dos veces durante las convulsiones.

—La he puesto de lado antes de la segunda, y menos mal, porque se le han despejado las vías respiratorias, pero al principio no respiraba. Ahí me he llevado un susto de muerte. Le he hecho el boca a boca. Quizá habría vuelto a respirar por sí misma, pero temía que no pudiera.

—Probablemente le has salvado la vida.

Jerome se ríe. A Holly le parece una risa trémula.

—Eso no lo sé, pero desde entonces me he enjuagado la boca media docena de veces y aún noto el sabor a vómito de ginebra. Al llegar a su casa, me ha dicho que podía quitarme la mascarilla, que había pasado el covid y estaba a rebosar de anticuerpos. Espero que así sea. Igual ni una dosis doble de Pfizer resistiría esa clase de beso de tornillo.

—¿Por qué sigues ahí? ¿No la han dejado en observación esta noche?

—¿Estás de broma? No hay ni una sola cama libre. Había un hombre que había tenido un accidente de coche tirado en el vestíbulo, gimiendo y cubierto de sangre.

Mi madre murió así en un hospital, piensa Holly. *Era rica.*

—¿Han hecho *algo* por ella?

—Un lavado de estómago y, en cuanto ha sido capaz de pronunciar su nombre, la han mandado a casa conmigo. Ni trámites ni nada, solo el

típico «gracias, señora, si te he visto no me acuerdo». Delirante. Es como si fallaran todos los sistemas, ¿te haces idea?

Holly contesta que sí.

—La he acompañado adentro…, podía caminar…, hasta su dormitorio. Me ha asegurado que era capaz de desvestirse sola y he aceptado su palabra, pero, cuando me he asomado a mirar, roncaba en la cama totalmente vestida. Me ha vomitado todo un costado del coche, pero no tenía ni una sola mancha en la ropa, que era elegante. Creo que se había vestido para recibirme.

—Muy probablemente. Al fin y al cabo, querías hablar con ella de su hijo.

—Según la enfermera, entre lo que le han sacado del estómago había un par de pastillas a medio digerir. No estoy seguro de que quisiera suicidarse, pero podría ser.

—Le has salvado la vida —repite Holly. Ahora sin «probablemente».

—Esta vez, puede. ¿Qué pasará la próxima?

Holly no encuentra una buena respuesta a eso.

—Tendrías que haberla visto, Holly…, o sea, antes de que se desplomara…, de lo más serena, del todo coherente. Pero dándole a la ginebra como si fueran a prohibirla la semana que viene. Podría haberme marchado pensando que estaba perfectamente, salvo por la resaca de mañana. ¿Cómo es posible?

—Ha desarrollado tolerancia. Más que la mayoría de la gente. ¿Dices que el monopatín de Peter estaba en su habitación?

—Sí. Organizaron una partida de búsqueda que peinó el parque, por si aparecía allí…, el niño o su cadáver…, y alguien encontró el monopatín entre los arbustos. No he tenido ocasión de preguntárselo, pero me juego lo que quieras a que estaba en los Matorrales. No quedan muy lejos de donde apareció la bicicleta de esa mujer, Dahl. Creo que podría existir alguna relación entre Dahl y Steinman, Holly. Lo creo de verdad.

Cuando Jerome ha llamado, Holly se disponía a prepararse unas tostadas con lonchas de carne de buey ahumada de Stouffer's para la cena, la comida reconfortante a la que siempre recurre en sus horas bajas. Ahora echa la bolsa congelada en un cazo de agua hirviendo. Según la caja, se puede calentar en el microondas, que es más rápido, pero Holly nunca la prepara así. Su madre siempre decía que los microondas estropean la comida de buena calidad, y esta enseñanza, como otras muchas de su madre, se le quedó grabada a su única hija. *Las naranjas son oro por la mañana y plomo por la noche. Dormir del lado izquierdo fatiga el corazón. Solo las fulanas llevan medias enaguas.*

—¿Holly? ¿Me has oído? Decía que creo que Dahl y este niño, Steinman, podrían…

—Te he oído. Tengo que pensarlo. ¿Utilizaba casco cuando iba en monopatín? Debería habérselo preguntado a esos chicos, pero no se me ha ocurrido.

—No se te ha ocurrido porque *ellos* no llevaban casco —observa Jerome—. Tampoco Peter Steinman llevaba, si iba a reunirse con sus amigos esa noche. Lo habrían llamado «cobardica».

—¿Tú crees?

—No lo dudes. No cogió el móvil ni llevaba casco. El casco estaba en su habitación, al lado del monopatín. Yo diría que no lo usaba *nunca*. Daba la impresión de que acabara de salir de la caja. Sin un solo arañazo.

Holly contempla la bolsa de carne en lonchas, que gira y gira en el agua hirviendo.

—¿Y lo del tío de Florida? —Ella misma contesta su propia pregunta—. La señora Steinman debió de llamarle, claro.

—Lo llamaron ella y también el inspector a cargo del caso, Porter. Esa mujer lo intentó, Holly. Consigo misma y con su hijo. Dejó la bebida durante un año. Encontró otro trabajo. Es una puta tragedia. ¿Crees que debería quedarme con ella? ¿Con Steinman? El salón huele bastante mal y el sofá no parece precisamente cómodo, pero me quedaré si tú crees que debo.

—No. Vete a casa. Pero antes creo que deberías volver a entrar, comprobar si respira y mirar en su botiquín. Si tiene tranquilizantes o analgésicos o pastillas para la depresión como Zoloft o Prozac, tíralo todo al váter. La bebida también, si quieres. Pero es solo una solución provisional. Siempre puede conseguir más recetas, y venden alcohol en todas partes. Lo sabes, ¿no?

Jerome exhala un suspiro.

—Sí. Lo sé. Hols, si la hubieras *visto* antes de que se desplomara…, pensaba que estaba bien. Triste, desde luego, y bebía demasiado, pero, de verdad, pensaba… —Su voz se apaga de manera gradual.

—Has hecho lo que has podido. Ha perdido a su único hijo y, a menos que se produzca un milagro, lo ha perdido para siempre. O lo supera…, vuelve a las reuniones, deja de beber, sigue con su vida…, o no. Ese proverbio chino que dice que, si salvas la vida a una persona, eres responsable de ella…, chorradas. Sé que es duro, pero es la verdad. —Mantiene la mirada fija en el agua hirviendo—. Al menos, tal como yo lo veo.

—Una cosa sí podría ayudarla —dice Jerome.

—¿Qué?

—Pasar página.

Pasar página es un mito, piensa ella…, pero no lo dice. Jerome es joven. Que se haga sus ilusiones.

2

Holly se come las tostadas con lonchas de carne ahumada sentada a la

pequeña mesa de la cocina. Considera que es la cena perfecta porque apenas hay nada que limpiar. Lo siente por Jerome, y mucho más por la madre de Peter Steinman. Jerome tenía razón al describirlo como tragedia, pero Holly se resiste a establecer vínculos entre la mujer desaparecida y el niño desaparecido. De sobra sabe qué está pensando Jerome: un asesino en serie, como Ted Bundy o John Wayne Gacy o el Asesino del Zodiaco. Sin embargo, la mayoría de los criminales en serie son en esencia poco creativos, incapaces de ir más allá de un trauma psicológico sin resolver. Eligen una y otra vez versiones de la misma víctima hasta que los atrapan. El criminal conocido como Hijo de Sam mató a varias mujeres de cabello oscuro y ondulado, posiblemente porque no podía matar a Betty Broder, la mujer que lo trajo al mundo y después lo abandonó.

O quizá a Berkowitz le gustaba ver cómo les estallaba la cabeza sin más, comenta el Bill Hodges que habita en su mente.

—Uf —dice Holly.

Aun así, Bonnie Rae y Peter Steinman son demasiado distintos para ser víctimas de una misma persona. Está convencida. O casi convencida; puede reconocer las similitudes entre las ubicaciones y los medios de transporte abandonados, la bicicleta y el monopatín.

Eso le recuerda que debe preguntar a Penny por la ropa de Bonnie. ¿Falta alguna prenda? ¿Podría haber guardado una maleta llena en algún sitio, tal vez en casa de su amiga Lakeisha? Holly saca su cuaderno y anota un recordatorio. Llamará esta noche, intentará quedar con Lakeisha para mañana por la tarde, pero reservará las preguntas importantes para cuando estén cara a cara.

Enjuaga el plato y lo mete en el lavavajillas, el Magic Chef más pequeño que se fabrica, perfecto para una mujer soltera sin un hombre en su vida. Vuelve a la mesa y se enciende un cigarrillo. En opinión de Holly, no hay manera más perfecta de culminar una comida que con un pitillo. Además, el tabaco favorece el proceso deductivo.

Tampoco es que tenga nada que deducir, piensa. *Quizá más adelante, cuando ahonde un poco, pero de momento solo puedo hacer especulaciones.*

—Lo cual es peligroso —dice a la cocina vacía.

Se oye un tintineo de campanas de plata, lo que indica que está sonando su móvil particular (el tono de la oficina es el clásico xilófono de Apple). Imagina que es Jerome, para añadir algo que se le ha olvidado decir, pero es Pete Huntley.

—Tenías razón sobre Izzy. Me ha facilitado muy gustosamente lo que averiguó sobre la tarjeta de crédito y el móvil de Dahl. En la Visa no ha habido actividad. En la cuenta de Verizon, lo mismo. Iz ha consultado si se había producido algún cambio en los últimos diez días. Nada. Su última compra con la tarjeta fueron unos vaqueros en Amazon el 27 de junio. Dice Isabelle que cuando llamas al teléfono de Dahl, ya no es posible dejar un mensaje de voz; sale el robot diciendo que el buzón está

lleno. Y no hay manera de rastrearlo.

—Es decir, que Bonnie o alguna otra persona retiró la tarjeta SIM.

—Desde luego no fue por impago. La factura se pagó el 6 de julio, cinco días después de la desaparición de la chica. *Todas* sus facturas se pagaron el día 6. Normalmente los cargos llegan al banco el primer lunes del mes, pero ese lunes era festivo, así que…

—¿Era el NorBank?

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

—Es donde trabaja su madre. O donde trabajaba hasta que cerraron algunas sucursales. Dice que espera que le renueven el contrato cuando vuelvan a abrir. ¿Cuánto dinero hay en la cuenta de Bonnie Dahl?

—No lo sé, porque Isabelle no lo sabe. Haría falta una orden judicial para obtener esa información, e Iz no ve la necesidad de pedirla. Yo tampoco. Eso no tiene importancia. Ya sabes qué es lo importante, ¿no?

Holly lo sabe de sobra. Desde el punto de vista financiero, Bonnie Rae Dahl no ha dado señales de vida. Lo cual probablemente es una metáfora horrenda, dadas las circunstancias.

—Pete, te noto mejor. Ya no toses tanto.

—Me *encuentro* mejor, pero este covid es demoledor. Creo que, si no me hubiera vacunado, estaría en el hospital. O… —Lo deja ahí, pensando sin duda en la madre de su socia, que no se vacunó.

—Acuéstate temprano. Toma muchos líquidos.

—Gracias, enfermera.

Holly corta la llamada y se enciende otro cigarrillo. Se acerca a la ventana y mira la calle. Aún faltan horas para que oscurezca, pero la luz del sol presenta ya esa oblicuidad vespertina que siempre le causa melancolía y un poco de tristeza. «Un día más de vida, un día más cerca de la tumba», decía su madre. Su madre, que ahora está *en* la tumba.

—Me robó —susurra Holly—. Me robó el fideicomiso que me dejó Janey. No todo, pero la mayor parte. Mi propia madre.

Se dice que ya es agua pasada. Bonnie Rae Dahl podría seguir viva.

Pero.

Ninguna actividad en su Visa. Ninguna llamada desde su móvil. Holly supone que un agente secreto bien adiestrado —uno de los peones de John le Carré— podría escabullirse de esa manera, desprendiéndose de los lazos con la vida moderna como una serpiente se desprende de su piel, pero ¿una auxiliar de biblioteca universitaria de veinticuatro años? No. No es que sea improbable, es que no sin más.

Bonnie Rae Dahl ha muerto. Holly lo sabe.

3

Holly alberga la idea infundada (y desprovista de cualquier rigor científico) de que el ejercicio físico puede compensar parte del daño que

el renovado hábito del tabaco inflige a su cuerpo, así que, después de hablar con Pete, da un paseo de tres kilómetros bajo la luz del atardecer, que concluye en el extremo sur de Deerfield Park. La zona de juegos está llena de niños que se columpian, suben y bajan en los balancines, se deslizan por los toboganes y cuelgan de la estructura de barras. Los observa con una naturalidad que ningún hombre podría permitirse en este siglo de hiperalerta sexual, sin pensar conscientemente en su nuevo caso, sin pensar subconscientemente en nada más. Tiene la sensación persistente de que se le olvida algo, pero se niega a llegar hasta el fondo. Sea lo que sea, al final saldrá a la luz por sí solo.

Llama a Lakeisha Stone cuando llega a casa. La mujer que contesta parece eufórica y rebosante de vida (posiblemente también de otras sustancias). De fondo, Holly oye música —podría ser Otis Redding— y risas. Llega algún que otro grito. *Probablemente otras sustancias*, piensa Holly.

—Hola, quienquiera que seas —saluda Lakeisha—. Si llamas para ofrecerme una ampliación de la garantía del coche o informarme de cómo puedo mejorar mi clasificación crediticia…

—No llamo por eso. —Holly se presenta, explica el motivo de su llamada, y pregunta si podría reunirse con Lakeisha mañana por la tarde, tirando a última hora. Añade que estará cerca de Upsala Village por un asunto familiar. ¿Le iría bien?

La Lakeisha que accede de buen grado a hablar con Holly se muestra mucho menos eufórica. Está con unos amigos en el campamento de la Carretera 27, el que tiene un nombre indio. ¿Holly lo conoce? Ella responde que no, y se abstiene de aclarar que hoy día la palabra «indio» se considera peyorativa en el mejor de los casos, y racista, en el peor. Dice que el GPS del móvil sin duda la guiará hasta allí.

—¿No se sabe nada de Bonnie? ¿Aún no hay noticias suyas?

—Nada de nada —contesta Holly.

—Entonces no sé cómo puedo ayudarla, señora Gibney.

—Puede ayudarme en este mismo momento respondiéndome a una pregunta: ¿cree que se ha fugado?

—No, por Dios. —Le tiembla la voz. Cuando vuelve a hablar, la euforia ha desaparecido por completo—. Creo que está muerta. Creo que algún psicópata hijo de puta la violó y la mató.

4

Esa noche Holly reza de rodillas, mencionando a sus amigos y declarándose arrepentida de haber recaído en el hábito del tabaco, con la esperanza de que Dios la ayude a dejarlo pronto (pero todavía no). Dice a Dios que esta noche no quiere pensar en su madre, en lo que Charlotte hizo y en por qué lo hizo. Termina pidiendo a Dios cualquier

ayuda que pueda ofrecerle en el caso de la mujer desaparecida y añade que espera que Bonnie Rae siga viva.

Se mete en la cama y fija la mirada en la oscuridad, preguntándose qué la inquietaba en el parque. Cuando se acerca el sueño, cuando está a punto de vencerla, cae en la cuenta: ¿ha desaparecido más gente en los alrededores de Deerfield Park?

Considera que tal vez sea interesante averiguarlo.

8 de febrero de 2021

En enero hizo un frío atroz, pero febrero trae un tiempo templado impropio de esta época del año, como para compensar las tres semanas de nevadas por efecto lacustre y las implacables temperaturas bajo cero. La tarde de este lunes, con el termómetro cerca de los quince grados, Roddy Harris decide desprender las incrustaciones de sal de la ranchera Subaru, que al final, si no las retira, pudrirán los estribos y el bastidor. Em le sugiere que lleve el coche al servicio de lavado Drive & Shine, en la prolongación de la autopista de acceso al aeropuerto, pero Roddy dice que prefiere disfrutar un rato del aire fresco mientras el aire fresco sea soportable. Ella le pregunta por la artritis. Él insiste en que no le molesta, en que se encuentra bien.

—No te molesta *ahora* —advierte Em—, pero esta noche estarás quejándote, ya lo verás, y entonces tendrás que conformarte con Bengay, porque de la otra crema, de la buena, queda solo una pizca, que deberíamos reservar para una emergencia. —*Por si a mí se me traba la espalda o a ti las cervicales otra vez*, a eso se refiere.

—Me pondré guantes —dice él, y Em exhala un suspiro. Roddy es un hombre adorable, la luz de su vida, pero cuando se empeña en algo, no hay quien se lo quite de la cabeza.

Roddy entra en el garaje por la puerta de atrás, coge la manguera y la acopla al grifo instalado en la fachada lateral de la casa. Después regresa para sacar el coche marcha atrás. En la pared del garaje hay tres botones. Uno abre la puerta del espacio de la izquierda, donde está aparcada la furgoneta que casi nunca usan. Otro abre la puerta del espacio de la derecha, donde guardan la Subaru de diario. El tercer botón abre las dos puertas, y Roddy tiene la exasperante costumbre de pulsar ese. *Porque está en medio en lugar de abajo o arriba*, se dice cuando suben ambas puertas con un traqueteo y no solo la que él quiere abrir. *No es un problema de memoria, sino de mal diseño, así de simple.*

Entra en la ranchera y retrocede hasta donde aguarda la manguera, con el atomizador ya enroscado. A Roddy le apetece centrarse en esta tarea menor. Le encanta ver cómo el chorro a presión desprende los fragmentos adheridos de sal de carretera. Coge la boquilla, pero de pronto se queda inmóvil. Alguien lo mira desde el principio del camino de acceso al garaje. Es una chica guapa que viste un abrigo rojo y una bufanda y un gorro de punto a juego. Su mascarilla también es roja, como los chanclos, un regalo de Navidad, casualmente, porque la chica

habló con admiración en varias ocasiones de los que lleva su buena amiga Holly. En una mano sostiene una carpeta fina contra el pecho.

—¿Es usted el profesor Harris? —pregunta.

—Lo soy, en efecto —dice—. Un segundo, jovencita.

Abre la puerta del conductor de la Subaru. El mando del garaje está prendido a la visera. Este tiene dos botones en lugar de tres. Pulsa uno y la puerta de la izquierda baja lentamente y oculta la furgoneta. Duda que la chica se haya fijado, es a él a quien mira, pero más vale prevenir que curar.

Se acerca a la chica con una sonrisa y le tiende la mano. Desde hace un tiempo ella saluda a la gente con el codo por el covid, pero él lleva guantes y ella manoplas (de hecho, innecesarias en un día tan cálido, como también la bufanda, pero el conjunto es una declaración de estilo), así que no hay problema.

—¿Qué puedo hacer por usted en este agradable día?

Barbara Robinson sonríe.

—En realidad, es a su esposa a quien esperaba ver. Quería preguntarle una cosa.

A juzgar por la carpeta que sostiene con actitud tan protectora contra el pecho, Roddy supone que el objeto de su interés es el taller de escritura. Podría decirle que posiblemente es demasiado joven para ser admitida en esa actividad; la mayoría de los aspirantes a escritor que asisten tienen más de veinte años, incluso treinta. También podría decirle que cada vez parece más probable que ese otoño no *habrá* taller. Jim Shepard ha rehusado la propuesta, y son muy pocos los autores profesionales que han manifestado interés. El actual escritorzuelo residente, Henry Stratton, también se ha negado a renovar el contrato. Dijo a la jefa del Departamento de Literatura Inglesa, Rosalyn Burkhart, que la idea de las clases a distancia en un taller de escritura intensivo era absurda. Según Emily, que lo supo por Rosalyn, Stratton dijo que sería como hacer el amor con guantes de boxeo puestos.

Pero que sea Em quien dé la mala noticia a la guapa Caperucita Roja; él solo es un humilde (y retirado) profesor de biología.

—Seguro que hablará con usted encantada, señorita…

—Me llamo Barbara. Barbara Robinson.

—Encantado de conocerte, Barbara. Solo tienes que llamar al timbre. Mi mujer es muy mayor, pero conserva un oído muy fino.

Barbara sonríe.

—Gracias. —Se encamina hacia la casa, pero de pronto se vuelve—. Le conviene limpiar también la furgoneta. Mi padre tenía una cuando yo era pequeña, y se le desprendió el silenciador en la Interestatal. Dijo que lo había corroído la sal.

O sea que sí la ha visto, piensa Roddy. *Tengo que ir con más cuidado, desde luego.*

—Te agradezco el consejo.

¿Se acordaría? ¿Había visto algo que no convenía que viera? Roddy cree que no. Roddy piensa que Caperucita Roja, también llamada Barbara Robinson, solo tiene interés en las joyas de escritura en bruto que lleva en la carpeta. Soñando con ser la próxima Toni Morrison o Alice Walker. Pero en el futuro Roddy tendrá que extremar aún más la cautela. *La culpa es de ese botón mal colocado*, se dice. *Obra de algún ingeniero estúpido. Tengo una memoria excelente.*

Abre la manguera y la dirige hacia el costado de la Subaru. La sal empieza a desprenderse y debajo queda a la vista la reluciente pintura verde. Hace un rato le apetecía ocuparse de esa tarea, pero ya no tanto. Esa chica, pese a lo guapa que está con su indumentaria roja, le ha ensombrecido el ánimo.

Barbara le dirige un gesto de despedida, sube por el camino de delante y llama al timbre. La puerta se abre, y aparece Em, que no aparenta más de setenta años con su vestido de seda verde y el cabello arreglado en la peluquería esa misma mañana. En teoría, Hair Today está cerrada por la pandemia, pero Helen hace excepciones con clientas de toda la vida que dejan buenas propinas a lo largo del año y se acuerdan de ella por Navidad.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla?

—Me preguntaba si podría hablar con usted. Es sobre… —Barbara traga saliva—. Es sobre escritura.

Em mira la carpeta y luego dirige a Barbara una sonrisa de disculpa.

—Si tiene que ver con el taller de escritura, ya no se aceptan más solicitudes. El taller de otoño-invierno está en suspenso, sintiéndolo mucho. Con esta enfermedad…, ya sabe.

—No, no se trata de eso.

Emily examina a su visitante un momento: guapa, fuerte, visiblemente saludable y —por supuesto— joven. Mira por encima del hombro de la chica y ve que Roddy las observa mientras el agua de la manguera rocía el camino de acceso. *Eso se helará si esta noche bajan las temperaturas*, piensa. *Deberías saberlo.* Luego vuelve la mirada hacia la chica de rojo.

—¿Cómo se llama, querida?

—Barbara Robinson.

—Bien, señorita Robinson, ¿por qué no pasa y me dice de qué se trata?

Se hace a un lado. Barbara entra en la casa. Em cierra la puerta. Roddy sigue lavando la cuidada ranchera verde.

24 de julio de 2021

1

Holly llega a Meadowbrook Estates cuarenta y cinco minutos antes de la hora acordada con el abogado, el señor Emerson. «Holly llega pronto a todas partes —se complacía en decir el tío Henry—. Llegará pronto a su propio funeral». Ahí casi con toda seguridad llegará puntual —qué remedio—, pero accedió al funeral por Zoom de su madre quince minutos antes de la hora, lo que más o menos viene a dar la razón al tío Henry.

En lugar de ir directamente a la casa de su difunta madre, para en la esquina de Hancock Street, atenta a la furgoneta de techo alto aparcada en el camino de acceso. Es de color rojo vivo, excepto por el nombre de la empresa en el costado: LIMPIEZA D. M., en amarillo. Como propietaria y sabueso jefa («cazajetas», «fisgona», «cazavagos» y «huelebraguetas» son términos aún menos honrosos) de una agencia de investigación privada, Holly ya ha visto en una o dos ocasiones esa clase de furgonetas. «D. M.» significa «Después de la Muerte».

En este caso solo tendrán que pasar la aspiradora y un paño con desinfectante por todas las superficies (sin olvidar los interruptores de la luz, las palancas de los inodoros y las bisagras de las puertas). Después de una muerte violenta, y de que lleven a cabo su labor las unidades de la policía forense, los empleados de D. M. entran para limpiar la sangre y los vómitos, retirar los muebles rotos y, por supuesto, fumigar. Esto último tiene especial importancia cuando se trata de laboratorios de meta. De hecho, es posible que Holly conozca a uno o dos miembros de este equipo, pero no quiere verlos ni hablar con ellos. Baja el cristal, se enciende un cigarrillo y espera.

A las 10.40, salen dos empleados de D. M. con sus voluminosos maletines colgados del hombro. Llevan guantes, monos y mascarillas. N95 corrientes, no las máscaras antigás que a veces son necesarias tras una muerte violenta. La dueña de esta casa murió de causas naturales, como suele decirse, y en el hospital, así que es una limpieza somera por covid, pan comido, entrar y salir. Cruzan un gesto de asentimiento. Uno de ellos pega en la puerta de entrada un sobre —rojo, como la furgoneta— con cinta adhesiva. Suben a su vehículo y se alejan. Holly baja la cabeza en un acto reflejo cuando pasan por su lado.

Mete la colilla en su cenicero de viaje (que ya contiene los restos de

tres cigarrillos pese a que lo ha vaciado esta mañana) y avanza en el coche hasta el 42 de Lily Court, la casa que su madre compró hace seis años. Despega el sobre de la puerta y lo abre. En las hojas que contiene (solo dos; tras un suicidio o un asesinato habría muchas más), se detallan los servicios realizados. En la última línea se lee OBJETOS RETIRADOS: 0. Holly lo cree, y David Emerson debe de creerlo también. D. M. desarrolla su actividad desde hace años, es de fiar, tiene una reputación intachable en el sector, no precisamente agradable pero muy necesario…, y, además, ¿qué tenía su madre que pudieran robar? ¿Las docenas de figuritas de porcelana, incluidos el muñequito de masa de Pillsbury y el Pinocho de mirada lujuriosa que aterrorizaban a Holly de niña?

Para ser millonaria, llevaba una vida modesta, piensa Holly. Esto aviva sentimientos que habitualmente no forman parte de su espectro emocional. ¿Rencor? Sí, pero sobre todo rabia y decepción.

Piensa: *La hija de una mentirosa entra en un bar y pide un mai tai.*

Claro, un mai tai. En las contadas ocasiones en que Holly pide un cóctel, es ese, porque evoca palmeras, agua de color azul turquesa y playas de arena blanca. A veces, por la noche (no a menudo pero sí a veces), cuando está en la cama, imagina a un socorrista bronceado con un bañador ceñido en lo alto de su torre de vigilancia. La mira y sonríe, y lo que ocurre después ocurre.

Holly tiene su propia llave, pero no siente el menor deseo de entrar y ver ese Pinocho de porcelana con su gorro alpino y su sonrisita lujuriosa que dice: *Conozco tus fantasías con el socorrista, Holly. Sé que le clavas las uñas en la espalda cuanto te…*

—Cuando me corro, ¿y qué? ¿Qué más da? —musita al tiempo que se sienta en el peldaño de la entrada a esperar al abogado.

En su cabeza, su madre contesta, triste como siempre cuando su hija, sin talento ni glamour, es incapaz de dar la talla: *Ay, Holly.*

Ha llegado el momento de abrir la puerta, no la de la casa, sino la de su mente. El momento de pensar en lo que pasó y *por qué* pasó. Supone que ya lo sabe. Al fin y al cabo, es detective.

2

Elizabeth Wharton, la madre de Olivia Trelawney y Janelle Patterson, Janey, murió. Holly conoció a Bill Hodges en el funeral de la anciana. Él acompañaba a Janey y era amable. Trató a Holly —¡exclamación ahogada!— como a una persona normal. Ella *no* era una persona normal, sigue sin ser una persona normal, pero se acerca más a la normalidad que antes. Gracias a Bill.

Janey murió después de ese funeral. Como consecuencia de una bomba que puso Brady Hartsfield. Y Holly —una mujer de cuarenta y

tantos años, sola, sin amigos, que vivía con su madre— ayudó de hecho a atrapar a Brady, aunque Brady, como se vio, no se olvidó de ninguno de ellos. Ni de Bill ni de Holly ni de Jerome y Barbara Robinson.

Fue Bill quien la convenció de que podía ser independiente. Nunca lo expresó en voz alta. No fue necesario. Se adivinaba por la forma en que la trataba. Le asignó responsabilidades y sencillamente dio por sentado que las asumiría. Eso a Charlotte no le gustó. *Él* no le gustó. Holly apenas se dio cuenta. Las advertencias y las muestras de desaprobación de su madre se convirtieron en ruido de fondo. Cuando trabajaba con Bill, se sentía viva, inteligente y útil. El mundo volvió a llenarse de color. Después de Brady hubo otro caso que investigar, otra mala persona cuyo rastro seguir. Morris Bellamy, se llamaba. Morris buscaba un tesoro enterrado y estaba dispuesto a todo por conseguirlo.

Luego…

—Bill se puso enfermo —murmura Holly mientras se enciende otro cigarrillo—. Cáncer de páncreas.

Cinco años más tarde, todavía le duele recordarlo.

Se leyó otro testamento, y Holly descubrió que Bill le había dejado la agencia, Finders Keepers. No era gran cosa, no por aquel entonces. Estaba en sus comienzos. Luchaba por abrirse camino.

Y yo luchaba por abrirme mi propio camino, piensa Holly. *Porque para Bill habría sido una decepción que yo fracasara. Y yo habría sido la causa de su decepción.*

Fue por entonces —no recuerda la fecha exacta, pero tuvo que ser no mucho después del fallecimiento de Bill— cuando Charlotte la llamó llorando y le anunció que el miserable Daniel Hailey se había largado al Caribe con los millones que Janey les había dejado a ella y a Henry. También con casi todo el fideicomiso de Holly, que esta había añadido al fondo común a instancias de su madre.

Hubo una reunión familiar en la que Charlotte repitió una y otra vez cosas como «No puedo perdonármelo, nunca podré perdonármelo». Y Henry repetía que no pasaba nada, que los dos tenían aún dinero suficiente para vivir. Holly también lo tenía, añadió su tío, aunque quizá le conviniera contemplar la posibilidad de dejar su apartamento y vivir en Lily Court con su madre durante una temporada. En otras palabras, instalarse en la habitación de invitados, donde su madre había replicado más o menos la habitación de la infancia de Holly. *Como una pieza de museo*, piensa Holly.

¿Es posible que el tío Henry dijera en esa reunión «Lo que fácil llega fácil se va»? Sentada en el peldaño, fumando, Holly no lo recuerda con certeza, pero cree que lo dijo. Y bien *podía* decirlo, porque en realidad el dinero no se había ido a ningún sitio. Ni el suyo ni el de Charlotte ni el de Holly.

«Y naturalmente tendrás que cerrar la agencia», había dicho Charlotte. Eso Holly sí lo recuerda. Vaya que si lo recuerda. Porque era la finalidad

de todo aquello, ¿o no? Poner fin al descabellado plan de su frágil hija de dirigir una agencia de detectives privados, idea que le había metido en la cabeza el hombre por culpa del cual ella estuvo a punto de morir.

—Para tenerme en un puño —susurra Holly, y aplasta la colilla con tal vehemencia que saltan chispas y le queman el dorso de la mano.

3

Está pensando en encender otro cuando Elaine, de la casa de al lado, y Danielle, de la acera de enfrente, se acercan a darle el pésame. Las dos asistieron al funeral. Ninguna lleva mascarilla, y a juzgar por la mirada que intercambian (como diciendo «Vamos, Holly»), les hace gracia que ella se apresure a ponerse la suya. Elaine pregunta si tiene intención de vender la casa. Holly dice que probablemente. Danielle pregunta si ha pensado organizar una subasta de objetos en el jardín. Holly contesta que probablemente no. Nota el comienzo de una jaqueca.

En ese momento llega Emerson al volante de un Chevrolet sin pretensiones. Un Honda Civic, con dos mujeres a bordo, aparca detrás de él. Emerson también llega antes de tiempo, solo unos cinco minutos antes, pero gracias a Dios. Danielle y Elaine se alejan charlando hacia la casa de Danielle, intercambiando cotilleos, además de los espeluznantes bichejos invisibles que quizá estén colonizando sus sistemas respiratorios o quizá no.

Las mujeres que salen del Honda son aproximadamente de la edad de Holly, y Emerson, bastante mayor, luce unos llamativos mechones blancos a los lados del cabello, peinado hacia atrás. Alto y cadavérico, tiene unas ojeras oscuras que, a juicio de Holly, indican insomnio o carencia de hierro. Acarrea un maletín muy de abogado. Holly se alegra de ver que los tres llevan mascarillas N95 normales y corrientes, y él, en lugar de la mano, ofrece un codo. Holly le da un ligero toque. Las mujeres la saludan levantando la mano.

—Encantado de verte cara a cara, Holly… ¿Puedo llamarte Holly?

—Sí, claro.

—Yo soy David. Esta es Rhoda Landry, y la guapa señora que la acompaña es Andrea Stark. Trabajan para mí. Rhoda es mi notaria. ¿Ya has entrado?

—No. Te estaba esperando. —*No quería enfrentarme al Pinocho y al muñequito de masa de Pillsbury*, piensa. Es una broma, pero, como tantas bromas, también es verdad.

—Muy amable —dice él, aunque Holly no entiende bien por qué—. ¿Quieres hacer los honores?

Holly utiliza su llave, la que su madre le entregó con grandes ceremonias, diciéndole: «Cuídala, por lo que más quieras; no la pierdas como aquel libro de la biblioteca que te dejaste en el autobús». El libro

en cuestión, *Hoy no morirán cerdos*, se recuperó en la oficina de objetos perdidos de la compañía de autobuses al día siguiente, pero Charlotte seguía sacando a relucir el incidente tres años después. Y aún mucho más tarde. Santo Dios, Holly tenía ya dieciséis años, dieciocho, veintiuno, e incluso cumplidos los *cincuenta*, y su madre seguía saliéndole con eso: «¿Te acuerdas de cuando perdiste aquel libro de la biblioteca en el autobús?». Siempre con aquella compungida sonrisa que daba a entender: *Ay, Holly*.

El olor a flores secas la asalta en cuanto abre la puerta. Por un momento vacila —nada despierta los recuerdos, malos y buenos, con la misma intensidad que determinados aromas—, pero enseguida cuadra los hombros y entra.

—Una casita de lo más agradable —comenta Rhoda Landry—. Me encanta el estilo Cape Cod.

—Muy acogedora —añade Andrea Sacks.

Holly desconoce el motivo de su presencia.

—Tengo varias cosas que debes revisar y varios papeles que debes firmar —dice Emerson—. El más importante es el acuse de que se te ha informado del legado. Una copia se envía a Hacienda y otra al Registro de Autenticación Testamentaria del condado. ¿Te parece bien que vayamos a la cocina? Ahí es donde Charlotte y yo tratábamos la mayor parte de nuestros asuntos.

Mientras se dirigen a la cocina, Emerson manipula ya los cierres de su maletín, y las dos mujeres miran alrededor y hacen inventario, como tienden a hacer las mujeres en una casa que no es la suya. Holly también mira alrededor, y oye la voz de su madre allí donde posa la vista. La voz de su madre, y cada una de sus frases empieza así: «Cuántas veces tengo que decirte».

El fregadero: «¿Cuántas veces tengo que decirte que no metas un vaso de zumo en el lavavajillas sin enjuagarlo primero?».

La nevera: «¿Cuántas veces tengo que decirte que te asegures de que la puerta queda bien cerrada?».

Los armarios: «¿Cuántas veces tengo que decirte que nunca guardes más de tres platos al mismo tiempo si no quieres que se desportillen?».

Los fogones: «¿Cuántas veces tengo que decirte que compruebes que todo está apagado antes de salir de la cocina?».

Se sientan a la mesa. Emerson le entrega los documentos que tiene que firmar, uno por uno. Está el acuse de que ha sido informada del legado. Está el acuse de que ha recibido una copia de la última voluntad y testamento (que Emerson le entrega en este momento) de Charlotte Anne Gibney. Está el acuse de que ha sido informada de las distintas inversiones de su madre, que incluyen una cartera muy valiosa de acciones, entre las que destacan las de Tesla y Apple. Holly firma un contrato de servicios por el que autoriza a David Emerson a representarla ante el tribunal de autenticación. Rhoda Landry da fe

notarial de cada documento con su enorme y antiguo sello automático, y Andrea Stark actúa como testigo (así que ese es el motivo de su presencia).

Una vez concluido el ritual de la firma, las dos mujeres dan el pésame a Holly en susurros y salen. Emerson dice a Holly que con mucho gusto la llevaría a comer, pero tiene una cita pendiente. Holly le dice que no hay inconveniente. No le apetece comer con Emerson; lo que desea es verlo marcharse. La jaqueca va a más, y quiere un cigarrillo. Lo *ansía*, de hecho.

—Ahora que has tenido un tiempo para pensártelo, ¿todavía te inclinas por vender?

—Sí. —«Inclinarse» es decir poco.

—¿Con o sin muebles? ¿Lo has pensado?

—Con.

—Aun así… —Saca del maletín una pequeña pila de etiquetas adhesivas rojas. Llevan impresa la palabra GUARDAR—. Si, después de echar un vistazo a la casa, hay objetos que quieras conservar, ponles estas etiquetas. Solo tienes que retirar el papel del dorso, ¿ves?

—Sí.

—Por ejemplo, quizá quieras quedarte como recuerdo las figuritas de porcelana de tu madre que hay en la entrada… —Advierte la expresión de ella—. O quizá no, pero puede que haya otras cosas. Muy probablemente las habrá. Por mi experiencia previa en casos como este, sé que a menudo los legatarios se desprenden de cosas que más tarde desearían haber conservado.

De verdad lo crees, piensa Holly. *Lo crees con toda tu alma, porque tú eres de los que se aferran a las cosas, y los que se aferran son incapaces de comprender a los que se desprenden. Son tribus que no se entienden mutuamente. Más o menos como los provacunas y los antivacunas, los partidarios de Trump y los contrarios a Trump.*

—Lo entiendo.

Emerson sonríe, pensando tal vez que la ha convencido.

—Lo último es esto.

Extrae del maletín una carpeta delgada. Contiene fotografías. Las dispone ante ella como un policía colocaría los retratos de un grupo de delincuentes frente a un testigo. Ella las contempla con asombro. Lo que tiene ante sus ojos no son delincuentes, sino joyas sobre retazos de tela oscura: pendientes, sortijas, collares, pulseras, prendedores y una sarta doble de perlas.

—Tu madre, antes de ingresar en el hospital, insistió en que guardara esto en lugar seguro —explica Emerson—. No es muy común, pero fue su deseo. Ahora son tuyas, o lo serán una vez validado el testamento de Charlotte. —Le entrega una hoja—. Este es el inventario.

Holly le echa un breve vistazo. Los firmantes son Charlotte, Emerson y Andrea Stark, cuyo empleo puede describirse, por lo visto, como «testigo

profesional». Holly vuelve a observar las fotos y toca dos con el dedo.

—Esta es la alianza de boda de mi madre, y este es su anillo de compromiso, que apenas se ponía, pero no reconozco *nada* de todo lo demás.

—Según parece, era una verdadera coleccionista —contesta Emerson. Se lo nota un tanto incómodo, pero en realidad no mucho. La muerte revela secretos. Es algo que él sin duda sabe. Como suele decirse, es perro viejo.

—Pero… —Holly lo mira fijamente. Creía…, esperaba… estar preparada para esta reunión, incluso para recorrer la casa de su difunta madre y la pieza de museo que es la habitación de invitados, pero *¿esto?* No—. ¿Es valioso o es bisutería?

—Para determinar el valor, tendrás que llevarlas a tasar —dice Emerson. Titubea, y finalmente añade algo menos propio de un abogado —. Pero, según Andrea, no es bisutería.

Holly no responde. Lo que piensa es que eso va más allá del engaño. Quizá más allá del perdón.

—Seguiré guardando esta colección en la caja fuerte del bufete hasta que se valide el testamento, pero debes quedarte esto. Yo tengo una copia. —Se refiere al inventario. Debe de incluir más de treinta piezas y, si son auténticas, el valor total debe de ser… Dios santo, muy alto. ¿Cien mil dólares? ¿Doscientos mil? ¿*Quinientos* mil?

Bajo la paciente tutela de Bill Hodges, Holly entrenó su mente para rastrear ciertos hechos y no arredrarse cuando estos llevan a determinadas conclusiones. He aquí un hecho: Charlotte, por lo que se ve, tenía joyas de un gran valor. He aquí otro: Holly nunca ha visto a su madre con esa pedrería encima; ni siquiera sabía que existiese. Conclusión: en algún momento Charlotte, tras heredar, y probablemente después de la supuesta desaparición del dinero, empezó a acaparar en secreto, como el duende de un cuento obligado a vivir en una cueva.

Holly lo acompaña a la puerta. Emerson mira las figuritas de porcelana y sonríe.

—A mi mujer le encantan estas cosas —comenta—. Diría que tiene todos los gnomos y elfos sentados en una seta que existen.

—Llévale unas cuantas —dice Holly. *Llévaselas todas.*

Emerson parece alarmarse.

—Ah, imposible. No. Gracias, pero no.

—Llévale al menos este. —Coge el aborrecido Pinocho y se lo planta en la palma de la mano con una sonrisa—. No me cabe duda de que la sucesión cubre el pago de tus…

—Por supuesto…

—Pero acepta esto de mí. Por tu amabilidad.

—Si insistes…

—Insisto —afirma Holly. Perder de vista a ese cabronzuelo narigudo será lo mejor que le pase desde que ha llegado al 42 de Lily Court.

Al cerrar la puerta y mirar por la ventana mientras Emerson se dirige hacia su coche, Holly piensa: *Mentiras. Cuántas mentiras*.

Holly vuelve a la cocina y recoge sus copias de los documentos jurídicos. Sintiéndose como una mujer en un sueño —una nueva millonaria entra en un bar, y tal y tal—, va al segundo cajón a la izquierda del fregadero, donde todavía hay bolsitas herméticas, papel de aluminio, film plástico, los plastinudos del pan (su madre nunca los tiraba) y cintas decorativas diversas. Revuelve hasta que encuentra una enorme pinza de plástico y sujeta con ella los papeles. Luego se lleva a la mesa una taza de té con el rótulo EL HOGAR ES DONDE UNO PONE EL CORAZÓN. Su madre nunca consintió que se fumara dentro de casa; Holly lo hacía en su cuarto de baño con la ventana abierta. Ahora se enciende un cigarrillo, sintiendo una culpabilidad residual y un pícaro placer.

En otro tiempo, sentada a una mesa muy parecida a esta, en la casa de sus padres en Bond Street, Cincinnati, rellenó las solicitudes de ingreso para varias universidades: una para UCLA, una para la Universidad de Nueva York, una para Duke. Esas eran sus opciones soñadas, y pese a las tasas de solicitud, valía la pena intentarlo. Eran lugares alejados del instituto de Walnut Hills, lugares donde nadie la conocía por el apodo Mongo-Mongo. Lejos de su madre, su padre y también su tío Henry.

No la aceptaron en ninguna, por supuesto. Sus notas no pasaban de mediocres y sus resultados en las pruebas de aptitud fueron pésimos, quizá porque el día que se presentó tenía migraña arriba y dolores menstruales abajo, tanto lo uno como lo otro probablemente a causa del estrés. La única carta de aceptación que recibió fue de la universidad estatal, cosa que no la sorprendió. Ser aceptado en un centro estatal era como eliminar al lanzador en un partido de béisbol por sus propios fallos. Y ni siquiera la universidad estatal le ofreció ayuda en forma de beca.

«Desde luego tu padre y yo no podemos mandarte, y estarías pagando un crédito hasta los cuarenta años —dijo Charlotte. Por aquel entonces seguramente era verdad—. Y si suspendes, cargarás con la deuda de todos modos». El subtexto era que Holly, *por supuesto*, suspendería; la universidad representaría una presión excesiva para una chica tan frágil. ¿Acaso Charlotte no había encontrado una vez a Holly hecha un ovillo en la bañera, negándose a ir al colegio? ¿Y qué había ocurrido después de las pruebas de aptitud? ¡Al llegar a casa, le entró una llorera y se pasó media noche vomitando!

Holly acabó trabajando para la inmobiliaria Casas y Fincas de Alto Standing Mitchell y asistiendo a clases nocturnas en un centro de formación universitaria local. Casi todas sus asignaturas eran de la rama de informática, pero también se inscribió en un par de cursos de literatura. Todo iba bastante bien —se sentía desdichada a menudo, pero eso había acabado aceptándolo, como si fuera una mancha de nacimiento o un pie varo—, hasta que Frank Mitchell, hijo, cuyo padre

era el jefe, empezó a molestarla.

—¡Qué molestarme ni qué ocho cuartos! —exclama Holly a la cocina vacía—. ¡Me acosó! ¡Por sexo!

Cuando contó a su madre parte de lo que ocurría en la oficina, Charlotte le recomendó que lo tomase a broma. Los hombres eran como eran, dijo, iban por el mundo dejándose guiar por la verga y nunca cambiaban. Aguantarlos no era agradable, pero formaba parte de la vida, había que estar a las duras y a las maduras, mal que no tiene cura quererlo curar es locura, etcétera, etcétera.

«Papá no es así», dijo Holly, ante lo que su madre alzó la mano en un gesto de desdén con el que quería dar a entender: «Claro que no es así» y «pobre de él si se atreve» y «que lo intente y verá». Mucha carga de significado para transmitirla con un único gesto, pero Charlotte lo consiguió.

Lo que Holly no le dijo fue que había estado a punto de ceder, de dar a aquel hijo de mala madre de ojos saltones y cara de trucha lo que quería. «Aquí le caes mal a todo el mundo —dijo Mitchell hijo—. Eres una estirada y no das la talla en el trabajo. Sin mí, estarías en la puta calle. ¿Qué tal, pues, si también tú ofreces algo a cambio? Seguro que, cuando lo pruebes, te gustará».

Entraron en el despacho de Mitchell hijo, y este empezó a desabrocharle la blusa. El primer botón…, el segundo…, el tercero…, y de pronto Holly lo abofeteó. Fue un auténtico guantazo, con toda el alma, que le saltó las gafas y le partió el labio. La llamó «zorra inútil» y dijo que la denunciaría por agresión. Haciendo acopio de un valor que ignoraba poseer, hablando con una voz fría y firme que no se parecía en nada a la suya habitual (tan floja que a menudo la gente le pedía que repitiera lo que acababa de decir), Holly le advirtió que, si la denunciaba, cuando llegara la policía, declararía que había intentado violarla. Y algo en el semblante de Frank hijo, una especie de mueca instintiva, la indujo a pensar que tal vez la policía creyera su versión de los hechos, porque él ya se había metido en problemas antes. Problemas de esa índole. En cualquier caso, aquello puso fin al asunto. Al menos para él. No para Holly, que un día, al cabo de una semana, llegó temprano a la oficina, puso patas arriba el despacho de Frank hijo, y luego se quedó hecha un ovillo en su minúsculo cubículo con la cabeza apoyada en el escritorio. Se habría metido debajo, pero no cabía.

A eso siguió un mes en un «centro de tratamiento» (sus padres habían reunido el dinero para *eso*) y después tres años de psicoterapia. La terapia terminó cuando murió su padre, pero Holly continuó tomando varios medicamentos con los que permanecía en un estado funcional pero veía el mundo como a través de un papel de celofán.

«Mal que no tiene cura quererlo curar es locura»: el evangelio según Charlotte Gibney.

4

Holly apaga el cigarrillo bajo el grifo, enjuaga la taza, la deja en el escurreplatos y va a la planta de arriba. La primera puerta a la derecha es la habitación de invitados. Aunque no exactamente. Para empezar, el papel pintado de las paredes no es el mismo. Aun así, la habitación presenta un parecido escalofriante con el cuarto donde vivió durante su adolescencia en Cincinnati. Tal vez Charlotte creía que su hija mental y emocionalmente inestable se daría cuenta de que no estaba hecha para vivir entre personas que no comprendían sus problemas. Cuando Holly entra, la asalta de nuevo el mismo pensamiento: *Pieza de museo. Debería haber un letrero en el que se leyera* HÁBITAT DE UNA CHICA TRISTE, TRISTIS PUELLA.

Holly sigue convencida de que su madre la quería. Pero el amor no siempre es apoyo. A veces el amor consiste en retirar los apoyos.

Sobre la cama cuelga un póster de Madonna. Prince ocupa una pared; en otra está Ralph Macchio en el papel de Karate Kid. Si mirara en los estantes de debajo de su pequeño y limpio aparato de sonido (*Ludio Ludius*, diría en el minúsculo rótulo), encontraría a Bruce Springsteen, Van Halen, Wham!, Tina Turner y, por supuesto, Purple One. Todo en casetes. Cubre la cama la colcha de cuadros escoceses, que ella siempre detestó. En otro tiempo existió una chica que vivía entre estas cosas y se asomaba a la ventana para ver Bond Street y escuchaba su música y escribía sus poemas en una máquina Olivetti portátil azul. Luego un PC Commodore con una pantalla pequeña sustituyó a la máquina de escribir.

Holly baja la vista y advierte que tiene en la mano las etiquetas rojas con la palabra GUARDAR impresa. Ni siquiera recuerda haberlas cogido.

—Me alegro de haber venido —dice—. Es maravilloso estar en casa.

Se acerca a la papelera de *La guerra de las galaxias* (*Bella Siderea*, diría el pequeño letrero; cómo vuelve a su memoria el latín olvidado) y tira las etiquetas. Luego se sienta en la cama con las manos entrelazadas entre los muslos. Cuántos recuerdos se acumulan aquí… La pregunta es sencilla: ¿afrontar u olvidar?

Afrontar, por supuesto, y no porque ahora sea una persona distinta, una persona mejor, una persona valiente que se ha enfrentado a horrores a los que la mayoría de la gente ni siquiera daría crédito. Afrontar porque no tiene otra opción.

5

Después de la crisis nerviosa, después del llamado «centro de tratamiento», Holly contestó al anuncio de un pequeño editor que

buscaba a alguien para indexar una serie de tres mamotretos sobre historia local escritos por un profesor de la Universidad Xavier. Empezó la entrevista un poco nerviosa —muerta de miedo, para ser más exactos—, pero el editor, Jim Haggerty, estaba obviamente tan perdido en cuanto a la elaboración de índices que Holly fue capaz de explicarle cómo procedería ella sin tartamudear ni trabarse, como le ocurría muy a menudo en clase en el instituto. Dijo que en primer lugar crearía concordancias, luego prepararía un archivo informático, después ordenaría los términos por categorías y alfabéticamente. A continuación la obra se enviaría de nuevo al autor, que la revisaría, la corregiría y se la devolvería a ella para que introdujera cualquier cambio final.

—Por desgracia, aún no tenemos ordenador —dijo Haggerty—; disponemos solo de unas cuantas Selectrics IBM. Aunque supongo que tendremos que comprar uno…, es el futuro y tal.

—Yo tengo uno —dijo Holly.

Se inclinó hacia delante, tan entusiasmada ante las posibilidades que se olvidó de que aquello era una entrevista de trabajo, se olvidó de Frank hijo, se olvidó de sus cuatro años en el instituto apodada Mongo-Mongo.

—¿Y lo utilizaría para preparar el índice? —Haggerty parecía perplejo.

—Sí. Pongamos por ejemplo la palabra «Erie». Es una categoría, pero puede referirse al lago, el condado o a los erie, la tribu de nativos americanos. Que requeriría una remisión a la Nación del Gato, por supuesto, y a los iroqueses. ¡Y mucho más! Tendría que repasar el material para cogerle el tranquillo, pero ya ve cómo funciona, ¿no? O, un momento, pongamos Plymouth…, es una entrada francamente interesante…

Haggerty la interrumpió y le dijo que podía ocuparse del trabajo a modo de prueba. *Reconoció a una fanática de los índices nada más verla*, piensa Holly a la vez que se sienta en la cama.

Ese primer trabajo, un caso de aprendizaje sobre la marcha donde los hubiera, la llevó a otros encargos de indexación. Se marchó de la casa de Bond Street. Compró su primer coche. Adquirió un ordenador mejor e hizo más cursos. Además, tomaba sus pastillas. Cuando trabajaba, se sentía llena de vida y alerta. Cuando no trabajaba, la invadía de nuevo la sensación de vivir dentro de una bolsa de celofán. Salió con unos cuantos hombres, pero eran relaciones torpes e incómodas. A menudo, ante el obligado beso de despedida, volvía a acordarse de Frank hijo.

Cuando el trabajo de indexación escaseó (el editor de mamotretos de historia fue a la quiebra), Holly trabajó para los hospitales de la ciudad, que estaban vagamente asociados, como transcriptora médica. A eso añadió un empleo en el servicio de presentación de demandas del Juzgado del Distrito de Cincinnati. Intercalaba las obligadas visitas a casa, sobre todo después de la muerte de su padre. Escuchaba a su

madre quejarse de todo, su situación económica, los vecinos, los Demócratas, que estaban echándolo todo a perder. A veces en esas visitas Holly se acordaba de una frase de una de las películas de *El Padrino*: «Justo cuando pensaba que estaba fuera, vuelven a involucrarme». En Navidad, ella, su madre y el tío Henry se sentaban en el sofá y veían *Qué bello es vivir*. Holly se ponía su gorro de Papá Noel.

6

Es hora de marcharse.

Holly se pone en pie, se dispone a salir de la habitación, oye la voz imperiosa de su madre (*Déjala como la has encontrado, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?*) y vuelve atrás para alisar la colcha de cuadros escoceses. ¿Para quién? ¿Para una mujer que ha muerto? Es una de esas situaciones en las que uno solo puede reírse o llorar, así que Holly se ríe.

Aún la oigo. ¿La oiré eternamente?

La respuesta es sí. Todavía hoy se priva de lamer el glaseado de la batidora («así puedes coger el tétanos»), se lava las manos después de tocar dinero («nada contiene más gérmenes que un billete de dólar»), no come naranjas por la noche y nunca se sienta en un inodoro público a menos que sea absolutamente necesario, y en tales casos siempre con un escalofrío de horror.

«Nunca hables con desconocidos», esa era otra. Consejo que Holly siguió hasta que conoció a Bill Hodges y Jerome Robinson, cuando todo cambió.

Se dirige hacia las escaleras, pero de pronto recuerda el consejo que dio a Jerome con respecto a Vera Steinman y recorre el pasillo hasta la habitación de su madre. Aquí no hay nada que desee conservar —ni las fotos enmarcadas de la pared ni el revoltijo de perfumes del tocador ni la ropa o los zapatos del armario—, pero sí hay cosas de las que debe deshacerse. Estarán en el cajón superior de la mesilla de noche junto a la cama de Charlotte.

En el camino, se desvía hacia la pared donde las fotos enmarcadas forman una especie de exposición. No hay ninguna del difunto (y no muy llorado) marido de Charlotte, y solo una del tío Henry. Las demás son fotos de la madre y la hija. Llaman la atención de Holly dos en particular. En una ella, vestida con un pichi, tiene unos cuatro años. En la otra tiene nueve o diez y viste una falda que por entonces causaba furor: una falda cruzada con un vistoso imperdible dorado para mantenerla cerrada. En su cuarto no ha sido capaz de recordar por qué detestaba la colcha, pero ahora, al ver esas fotografías, lo entiende. Tanto el pichi como la falda son de cuadros escoceses; tenía además blusas de cuadros escoceses y (quizá) un suéter. A Charlotte le encantaban esos cuadros. Vestía a Holly y exclamaba: «¡Ahí está mi

chica escocesa!».

En las dos fotos —en casi todas—, Charlotte aparece con el brazo colgado en torno a los hombros de Holly. Ese gesto, una especie de abrazo de costado, puede considerarse protector o afectuoso, pero, al observarlo una y otra vez en la sucesión de fotografías en las que la hija de Charlotte evoluciona de los dos a los dieciséis años, Holly piensa que también puede transmitir otra cosa: posesividad.

Se acerca a la mesilla y abre el cajón superior. Sobre todo quiere deshacerse de los tranquilizantes y de cualquier analgésico, aunque se lo llevará todo, incluso los complejos vitamínicos. Esas cosas no deben tirarse al váter, pero de camino a la Interestatal hay una farmacia Walgreens, donde sin duda se harán cargo de cualquier medicamento desechado.

Viste un pantalón cargo con voluminosos bolsillos, lo cual es una suerte; así no se verá obligada a bajar a por una bolsa grande del cajón de los plastinudos. Empieza a guardarse los frascos en los bolsillos sin mirar las etiquetas, pero de pronto se queda paralizada. Debajo de los fármacos de su madre hay una pila de cuadernos que Holly recuerda bien. El cuaderno de encima tiene un unicornio en la portada. Los saca y hojea uno al azar. Son sus poemas. Pésimos versos vacilantes, pero salidos todos ellos del corazón.

Tendida en mi frondosa enramada, veo las nubes pasar,
y pienso en mi amor, a quien no veré en mucho tiempo,
porque ahora está en un lejano lugar.
Cierro los ojos y suspiro.

Pese a que está sola, Holly siente el calor en las mejillas. Escribió eso hace años, es la obra de juventud de una joven sin talento, y sin embargo su madre no solo lo ha guardado, sino que lo ha guardado cerca de ella, posiblemente para leer la mala poesía de su hija antes de apagar la luz. ¿Y por qué habría de hacer algo así?

—Porque me quería —dice Holly, y justo en ese momento las lágrimas brotan de sus ojos—. Porque me echaba de menos.

Si solo estuviera eso. Si no hubiera presenciado el llanto y los lamentos por el miserable Daniel Hailey. Sentada a la mesa de la cocina de esa casa de Lily Court, había oído a Charlotte y Henry explicar cómo los habían embaucado. Había visto muchos golpes de pecho. Había visto *papel y sobres con membrete* y *hojas de balance*. Charlotte debía de haber dicho a Henry qué se necesitaba para convencer a Holly de su mentira y Henry lo había proporcionado. Le había seguido la corriente, como siempre hacía con Charlotte.

Holly piensa que, si Bill hubiese estado presente en esa reunión familiar, habría detectado el engaño casi de inmediato. *(No un engaño, un timo,* piensa. *Llamemos a las cosas por su nombre)*. Pero Bill no estaba

allí. Holly debería haberlo detectado ella misma, pero por entonces era nueva en ese juego y, a pesar de la exorbitante suma de la que hablaban —una cantidad de *siete cifras*—, a ella en realidad le traía sin cuidado. Estaba absorta en su reciente pasión por la investigación. Obsesionada, de hecho. Y además cegada por el dolor.

Si hubiese investigado a mi propia familia en lugar de ir en busca de perros perdidos y fugitivos en libertad bajo fianza, tal vez las cosas habrían sido distintas.

Etcétera, etcétera.

Entretanto, ¿qué hará con los cuadernos, esas reliquias bochornosas de su juventud? Quizá guardarlos, quizá quemarlos. Tomará esa decisión cuando el caso de Bonnie Rae Dahl se resuelva, o sencillamente se vaya diluyendo, como ocurre a veces con algunos casos. Pero por ahora…

Holly los deja donde los ha encontrado y cierra con fuerza el cajón. Al salir de la habitación, vuelve a mirar las fotos de la pared. Su madre y ella en todas, sin el menor rastro del padre, casi siempre ausente, en la mayoría con el brazo de su madre alrededor de los hombros. ¿Eso es amor, una actitud protectora o el gesto de un agente de policía en el momento de la detención? Quizá las tres cosas.

7

A medio camino escaleras abajo, con los bolsillos del pantalón cargo a rebosar de frascos de pastillas, Holly tiene una idea. Corre de vuelta a su habitación y retira de un tirón la colcha de cuadros escoceses de la cama. La enrolla y se la lleva abajo.

En el salón hay una chimenea ornamental con un tronco que nunca arde porque en realidad no es un tronco. Se supone que funciona con gas, pero no se ha encendido desde hace años. Holly extiende la manta en la chimenea y después va a la cocina a coger una bolsa de basura de debajo del fregadero. La sacude mientras se dirige al recibidor. Arrastrando las figuritas de porcelana con la mano, las echa todas a la bolsa y las lleva al salón.

El dinero no ha desaparecido. Eso Holly tiene que reconocérselo a su madre. Sigue intacto incluso su fideicomiso, la parte que Holly destinó a la supuesta oportunidad de inversión. Tiene la certeza de que su madre compró las joyas con su propia parte de la herencia, pero eso no cambia el hecho de que la única razón de su madre para inventarse toda esa historia fue el deseo de que Finders Keepers fracasara. Muriera de muerte súbita. Así Charlotte podría decir: «Venga, Holly, ven a vivir conmigo. Quédate una temporada. Quédate para siempre».

¿Y había dejado una carta? ¿Una explicación? ¿Alguna justificación por lo que había hecho? No. Si hubiera dejado una carta así en manos de Emerson, este se la habría entregado. Todo le causa dolor, pero tal

vez eso sea lo más doloroso: su madre no sintió la menor necesidad de dar una explicación o justificarse. Porque no albergaba la menor duda de que hacía lo correcto. Tal como pensaba que no vacunarse contra el covid era lo correcto.

Holly empieza a tirar las figuritas a la chimenea, a arrojarlas, de hecho. Algunas no se rompen, pero la mayoría sí. Todas las que van a dar en el tronco que no es un tronco se hacen añicos.

Holly no experimenta con eso tanto placer como esperaba. Era más satisfactorio fumar en una cocina en la que fumar siempre había estado prohibido. Al final vacía sobre la colcha el resto de las figuritas de la bolsa de basura, recoge algunos fragmentos que han escapado de la chimenea y enrolla la colcha. Oye dentro el tintineo de las piezas, y eso *sí* le produce cierto placer lúgubre. Va con la colcha hasta el cobertizo de la basura, a un lado de la casa, y la tira en uno de los cubos.

—Ya está —dice mientras se sacude el polvo de las manos—. *Ya está.*

Vuelve a la casa, pero no está dispuesta a recorrer todas las habitaciones. Ha visto lo que tenía que ver y hecho lo que tenía que hacer. Ella y su madre no están en paz, nunca lo estarán, pero deshacerse de las figuritas y la colcha ha sido al menos un paso para zafarse de ese brazo que le rodea los hombros como el de un policía en el momento de la detención. Lo único que quiere del 42 de Lily Court son los papeles que hay en la mesa de la cocina. Los coge y olfatea el aire. Humo de tabaco, tenue pero presente.

Bien.

Ya basta de abandonarse a los recuerdos; tiene un caso que investigar, una chica desaparecida a la que encontrar.

—Una nueva millonaria sube a su coche y va a Upsala Village —dice Holly.

Y se ríe.

8 de febrero de 2021

1

Emily echa un vistazo al abrigo, el gorro y la bufanda rojos de Barbara, y comenta:

—¡Está preciosa! ¡Tan bien envuelta como un regalo de Navidad!

Barbara piensa: *Qué gracia. Todavía es aceptable que una mujer diga cosas así, pero no que las diga un hombre.* El marido de la profesora Harris, por ejemplo. Le había dado un buen repaso, pero eso no puede denunciarse como acoso. Si no, habría que denunciar a casi todos los hombres. Además, es viejo. Inofensivo.

—Gracias por recibirme, profesora. Solo le robaré un minuto. Tenía la esperanza de que me hiciera un favor.

—Bueno, veamos si está en mis manos. Si no tiene que ver con el taller de escritura, claro. Pase a la cocina, señorita Robinson. Precisamente estaba preparando té. ¿Le apetece una taza? Es mi mezcla especial.

Barbara bebe café, a litros cuando está trabajando en lo que su hermano Jerome llama su Proyecto Ultrasecreto, pero quiere ganarse la voluntad de esta mujer, de actitud muy alerta pese a su avanzada edad, así que acepta el ofrecimiento.

Cruzan un salón bien amueblado hasta una cocina no menos equipada. El fogón es un Wolf. A Barbara le gustaría tener uno así en su casa, donde vivirá ya muy poco tiempo, hasta que se marche a la universidad. La han aceptado en Princeton. Un hervidor resopla en el fuego delantero.

Mientras Barbara se desenrolla la bufanda y se desabrocha el abrigo (realmente excesivo para la temperatura de hoy, pero le gusta la imagen que ofrece con él, la de una joven conjuntada a la perfección), Emily llena dos infusores en forma de bola con un té que extrae a cucharadas de un tarro de cerámica. Barbara, que solo ha probado el té en bolsa, la observa fascinada.

Emily vierte el agua y dice:

—Lo dejaremos un poco en infusión. Solo un minuto más o menos. Es fuerte. —Apoya el estrecho trasero en la encimera y cruza los brazos bajo unos pechos casi inexistentes.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarla?

—Bueno…, tiene que ver con Olivia Kingsbury. Sé que a veces acepta

a jóvenes poetas como mentora… o al menos así era antes…

—Puede que aún lo haga —dice Emily—, pero lo dudo. Ya es muy vieja. Quizá piense que *yo* soy vieja…, no tiene por qué sentirse incómoda, a mi edad no hace falta adornar la verdad…, pero, en comparación con Livvie, soy una jovencita. Ya ronda los cien años, creo. Está tan delgada que no haría falta un vendaval para llevársela; bastaría con un soplo de brisa.

Em retira las bolas de té y coloca un tazón delante de Barbara.

—Pruébelo. Pero antes quítese el abrigo, por Dios. Y siéntese.

Barbara deja la carpeta en la mesa, se despoja del abrigo y lo cuelga en el respaldo de la silla. Toma un sorbo de té. Tiene un sabor nauseabundo y una coloración rojiza que le recuerda a la sangre.

—¿Qué le parece? —pregunta Em con un brillo en los ojos. Ocupa la silla situada frente a Barbara.

—Está buenísimo.

—Sí. Lo está.

Emily no bebe a sorbos, sino a tragos, pese a que los tazones aún humean. Barbara piensa que debe de tener la garganta forrada de cuero. *Igual es lo que pasa cuando te haces viejo*, piensa. *La garganta pierde sensibilidad. Y debes de perder el sentido del gusto también.*

—Es usted, deduzco, acólita de Calíope y Erató.

—Bueno, de Erató no mucho —contesta Barbara, y se aventura a tomar otro sorbo—. Por lo general, no escribo poesía amorosa.

Emily ríe complacida.

—¡Una chica con formación clásica! ¡Qué poco común y gratamente insólito!

—En realidad, no —dice Barbara, con la esperanza de no tener que beberse todo el tazón, que parece no tener fondo—. Es solo que me gusta leer. La cuestión es que me encanta la obra de Olivia Kingsbury. Es lo que me despertó el deseo de escribir poesía. *Certeza absoluta*… *Papeles trocados*… *Calle Cardiaca*… Los he leído todos hasta que no pude más. —En su caso, no es solo una metáfora; al final le fue literalmente imposible seguir leyendo *Calle Cardiaca*, un ejemplar barato de Bell College Press, porque la tripa se desprendió de la cubierta y las hojas se desparramaron por el suelo. Tuvo que comprar uno nuevo.

—Es una poeta excelente. Ganó un sinfín de premios en su juventud y hace no mucho estuvo entre los finalistas del National Book Award. Creo que en 2017. —A Em le consta que fue en 2017 y, de hecho, se congratuló bastante cuando el galardón recayó en Frank Bidart. Nunca le ha gustado la poesía de Olivia—. Vive en esta calle, a un paso de aquí, como ya sabrá, y… ¡Ajá! Eso lo aclara todo.

Entra el otro Harris, su marido, también profesor.

—Voy a llenar el depósito de nuestra cuadriga recién lavada. ¿Necesitas algo, amor mío?

—Solo el especial de la casa: una taza de ti —dice ella.

Él se ríe, le lanza un beso y sale. Puede que a Barbara no le guste ese té (lo detesta, la verdad), pero le resulta agradable ver a dos ancianos que todavía se quieren lo suficiente para cruzar esas bromas tontas. Se vuelve hacia Emily.

—No tengo valor para presentarme en su casa y llamar a la puerta. A duras penas me he atrevido a venir aquí… He estado a punto de dar media vuelta.

—Me alegro de que no lo haya hecho. Engalana usted la casa. Tómese su té, señorita Robinson. ¿O puedo llamarla Barbara?

—Sí, claro. —Barbara da otro sorbo. Ve que Emily ya se ha bebido media taza—. La cuestión es, profesora…

—Emily. Tú, Barbara; yo, Emily.

Barbara duda que vaya a ser capaz de tutear a esa anciana de mirada alerta. En los labios de la profesora Harris se dibuja una sonrisa, y a sus ojos asoma un destello —por así llamarlo—, pero Barbara no está muy segura de que ese brillo sea reflejo de su buen humor. Es más bien de *evaluación*.

—Fui al Departamento de Literatura Inglesa del Bell y hablé con la profesora Burkhart…, ya sabe, la jefa del departamento…

—Sí, conozco muy bien a Roz —contesta Emily con tono cortante—. Desde hace unos veinte años.

Barbara se sonroja.

—Ya, sí, claro. Acudí a ella con la idea de que quizá me presentara a Olivia Kingsbury, y me dijo que debía hablar con usted, porque usted y la señora Kingsbury son amigas.

Puede que Livvie crea que somos amigas, piensa Emily, *pero eso sería forzar la verdad. Forzarla hasta romperla, de hecho.* Aun así, contesta con un gesto de asentimiento.

—Tuvimos despachos contiguos durante muchos años y manteníamos una buena relación de colegas. Yo he firmado ejemplares de todos sus libros, y ella ha firmado ejemplares de los míos. —Emily bebe un trago de té y luego se ríe—. Los *dos* míos, en honor a la verdad. Livvie ha sido considerablemente más prolífica, aunque creo que no ha publicado nada de un tiempo a esta parte. Buscas a alguien que te la presente, pues. Sospecho que mucho más. Quieres que sea tu mentora, como es comprensible, siendo *fan* suya, pero me temo que vas a llevarte una decepción. Livvie conserva una mente lúcida, al menos por lo que yo sé, pero está muy débil. Apenas puede andar.

Lo cual no explica por qué Olivia no asistió el año pasado a la fiesta de Navidad, cosa que podría haber hecho desde su ordenador, porque tiene uno. Pero Livvie (o la mujer que trabaja para ella) no rechazó las cervezas y los canapés que repartieron los elfos; aceptaron más que gustosamente la comida y la bebida. Eso a Emily le dejó cierto resquemor. Como diría Roddy: «La tengo marcada en mi agenda. En tinta negra, no en azul».

—No busco una mentoría —aclara Barbara. Consigue tomar otro sorbo de té sin hacer una mueca y a continuación toca la carpeta, como para asegurarse de que sigue ahí—. Lo que quiero, lo *único* que quiero, es que lea algunos poemas míos. Quizá solo dos, o incluso uno. Quiero saber… —Barbara, horrorizada, advierte que se le saltan las lágrimas—. *Necesito* saber si sirvo para esto o si solo estoy perdiendo el tiempo.

Emily, sentada totalmente inmóvil, se limita a observar a Barbara. Esta, ahora que ha dicho lo que se proponía decir, es incapaz de mirar a la anciana a los ojos y opta por fijar la vista en el brebaje salobre de su taza. ¡Le queda mucho!

Finalmente, Emily dice:

—Dame uno.

—¿Un…? —responde Barbara con incomprensión sincera.

—Uno de tus poemas. —Emily ha adoptado un tono impaciente, el mismo que empleaba en sus tiempos de profesora cuando se las veía con un zoquete. De esos había muchos, y tenía poca paciencia con ellos. Tiende la mano, surcada de venas azules—. Uno que te guste, pero que sea corto. Una página o menos.

Barbara, nerviosa, abre la carpeta con torpeza. Ha traído una docena exacta de poemas, y todos son breves. Con la idea de que si la señora Kingsbury accedía a ver (una posibilidad remota) sus poemas, preferiría que no fuese algo tan largo como «Ragtime, Rag Time», que se prolonga casi dieciocho páginas.

Barbara se dispone a contestar con algún convencionalismo, como «¿Está segura?», pero le basta una ojeada al rostro de la profesora Harris, en particular a sus ojos brillantes, para convencerse de que no le conviene andarse con tonterías. No ha sido una petición, sino una exigencia. Abre la carpeta, hojea los poemas con una mano no del todo firme y elige «Las caras cambian». Trata de cierta experiencia horrenda que tuvo el año pasado, experiencia que aún le provoca pesadillas.

—Tendrás que disculparme un momento —dice la profesora—. No leo en compañía. Es de mala educación y dificulta la concentración. Cinco minutos. —Antes de salir de la cocina con el poema de Barbara, señala el tarro que hay junto al del té—. Galletas. Sírvete.

En cuanto Barbara oye que se cierra la puerta del otro extremo del salón, se acerca al fregadero y vacía por el desagüe todo el contenido del tazón salvo un único trago. Luego levanta la tapa del tarro de galletas, ve macarons y coge uno. En su estado de nervios, no tiene apetito, pero es lo correcto. O al menos eso espera. Todo este encuentro le ha causado cierta sensación de extrañeza. La ha experimentado ya antes de entrar, cuando el profesor Harris se ha apresurado a cerrar la puerta del lado izquierdo del garaje, casi como para impedir que viera la furgoneta.

En lo que se refiere a la profesora Harris… Barbara ni siquiera esperaba llegar más allá de la puerta. Pensaba explicar el motivo de su visita, preguntar a la profesora Harris si accedía a hablar con Olivia

Kingsbury y marcharse. Ahora está sentada en la cocina de los Harris, sola, comiéndose un macaron que no le apetece y reservando el último sorbo de un repugnante té, por los que dará las gracias, como le ha enseñado su madre.

Cuando Emily regresa, han pasado más bien diez minutos. No tiene en vilo a Barbara; ya antes de sentarse, dice:

—Esto es muy bueno. Casi extraordinario.

Barbara no sabe qué decir.

—Has llenado a rebosar de miedo y aversión estos diecinueve versos. ¿Tiene que ver con tu experiencia como mujer negra?

—He…, bueno…

Lo cierto es que el poema no tiene nada que ver con el color de su piel. Tiene que ver con un ser que se hacía llamar Chet Ondowsky. Parecía humano, pero no lo era. La habría matado de no ser por Holly y Jerome.

—Retiro la pregunta —dice Emily—. Es el poema el que debe hablar, no la poeta, y el tuyo habla con toda claridad. Me ha sorprendido, así de sencillo. Por tu edad, me esperaba algo más cándido.

—Caray —exclama Barbara, hablando como su madre—. Gracias.

Emily rodea la mesa hacia el lado donde está Barbara y deja el poema encima de la carpeta. De cerca, despide un olor a canela que a Barbara no acaba de gustarle. Si es perfume, quizá le convendría cambiar de marca. Pero Barbara no cree que sea perfume; cree que es *ella*.

—No me des las gracias todavía. Este verso no queda bien. —Golpetea el cuarto verso del poema—. Además de torpe, es banal. *Perezoso*. No puedes suprimirlo, el poema ya es todo lo breve que debe ser, así que tienes que sustituirlo por otro mejor. Estos otros versos me indican que eres capaz de hacerlo.

—De acuerdo —responde Barbara—. Pensaré en algo.

—Deberías. Lo harás. En cuanto al último verso, «Esa es la manera en que los pájaros cierran el cielo a puntadas cuando se pone el sol», ¿y si cambias «Esa es la manera en que» por «Así es como»? Te ahorras tres palabras. —Coge la cuchara colocada junto al tazón y empieza a hincarla en el aire arriba y abajo—. ¡Los poemas largos pueden suscitar sentimientos profundos, pero uno corto debe lanzar una *estocada* tras otra y terminar! ¡Pound, Williams, Walcott! ¿No estás de acuerdo?

—Sí —dice Barbara. La situación es tan *rara* que probablemente en este momento le daría la razón en todo, pero a ese respecto en realidad sí está de acuerdo. No conoce a Walcott, aunque después lo consultará.

—Muy bien. —Emily deja la cuchara y vuelve a su asiento—. Hablaré con Livvie y le diré que tienes talento. Puede que acepte, porque el talento, sobre todo el talento joven, siempre la atrae. Si se niega, será porque ya está demasiado débil para asumir una mentoría. ¿Puedes darme tu número de teléfono y tu e-mail? Se los pasaré y le mandaré una copia de este poema, si no te importa. Haz ese pequeño cambio…,

basta con que lo taches y escribas encima, y por ahora no te preocupes por el verso malo. Le haré una foto con el teléfono. ¿Te parece un buen plan?

—Sí, desde luego. —Barbara tacha «Esa es la manera en que» y añade «Así es como».

—Si no tienes noticias suyas en el plazo de una o dos semanas, puede que yo me ponga en contacto contigo. En el supuesto, claro está, de que me consideres… una parte interesada.

Emily no utiliza la palabra «mentora», pero, a juzgar por la pausa, Barbara está segura de que es lo que ha querido decir, ¡y a partir de un único poema!

—¡Estupendo! ¡Muchísimas gracias!

—¿Quieres llevarte una galleta para la vuelta en coche?

—Ah, he venido a pie —contesta Barbara—. Camino mucho. Es un buen ejercicio, sobre todo en días agradables como este, y así tengo tiempo para pensar. A veces voy en coche al instituto, me saqué el carnet de conducir el año pasado, pero no muy a menudo. Si se me hace tarde, cojo la bici.

—Si vas a pie, insisto en que te lleves dos.

Emily va a por las galletas para Barbara. Esta levanta el tazón y toma el último sorbo en el momento en que Emily se vuelve hacia ella.

—Gracias, profesora… Emily. El té estaba buenísimo.

—Me alegro de que te haya gustado —dice Emily con esa misma sonrisa parca de antes. Barbara cree percibir cierta expresión de astucia —. Gracias por compartir tu trabajo.

Barbara se marcha con el abrigo rojo desabrochado, la bufanda roja suelta en lugar de enrollada, el gorro rojo de punto graciosamente ladeado en la cabeza, la mascarilla olvidada en el bolsillo.

Preciosa, piensa Emily. *Una* negrita *preciosa.*

Si bien esa palabra (y otras) acude a su mente con total espontaneidad, en estos tiempos de puritanismo sin duda empañaría su reputación para el resto de su vida si la pronunciara en voz alta. Sin embargo, lo considera comprensible y se perdona, como se perdonó por ciertos pensamientos crueles sobre la difunta Ellen Craslow. Los años formativos de Emily Dingman Harris transcurrieron en una época en la que las únicas personas negras que aparecían en el cine o la televisión eran los criados, en la que los nombres de ciertas golosinas o algunas de las rimas que cantaban al saltar a la comba contenían alusiones despectivas a los negros, en la que su propia madre se enorgullecía de tener un ejemplar de la primera edición de una novela de Agatha Christie con un título tan racista que posteriormente se retituló *Diez indiecitos* y más tarde *Y no quedó ninguno*.

Así me educaron, sencillamente. ¿Qué culpa tengo yo?

Y esa chiquilla tiene talento. Un talento insultante para ser tan joven. Y, para colmo, negrita.

2

Cuando Roddy vuelve de su recado, Emily dice:

—¿Quieres ver algo divertido?

—Vivo para la diversión, querida —contesta él.

—Tú vives para la ciencia y la nutrición, pero creo que esto te divertirá. Acompáñame.

Entran en el pequeño despacho de Emily. Es ahí donde ha leído el poema de Barbara, pero no es lo único que ha hecho. Em accede a la carpeta CÁMARAS, introduce la contraseña y selecciona la cámara oculta tras un panel encima de la nevera. Ofrece una perspectiva de toda la cocina en un ángulo ligeramente descendente. Emily avanza la grabación hasta el momento en que sale con el poema de Barbara en la mano. Ahí deja que se reproduzca la imagen.

—Espera hasta que me oye cerrar la puerta del despacho. Mira.

Barbara se pone en pie, lanza una ojeada furtiva alrededor para cerciorarse de que está sola y vacía el té en el desagüe. Antes de regresar a la mesa y tomar asiento de nuevo, coge un macaron del tarro de las galletas.

Roddy se ríe.

—Pues sí que es divertido.

—Pero no sorprendente. He llenado mi bola con el té de la parte superior del tarro, que es el reciente. El English Breakfast del fondo no sé el tiempo que lleva ahí. ¿Siete años? ¿Diez? Ese es el que le he puesto a ella y debía de saber a rayos. ¡Tendrías que haberle visto la cara cuando ha dado el primer sorbo! ¡Ja, ja, ja, soberbio! Espera. Esto también te va a gustar.

Vuelve a avanzar la grabación. La chica y ella hablan del poema a doble velocidad; luego Em va hacia el tarro de las galletas. La chica levanta la taza…, la sostiene ante la boca…

—¡Ahí! —dice Em—. ¿Ves lo que ha hecho?

—Ha esperado a que te dieras la vuelta para que la vieras y creyeras que se estaba terminando toda la taza. Chica lista.

—Chica *taimada* —corrige Em con admiración.

—Pero ¿por qué le has puesto el té pasado?

Emily le dirige esa mirada con la que dice «No soporto a los zoquetes», pero atenuada por el amor.

—Por curiosidad, querido, simple curiosidad. Tú sientes curiosidad por tus diversos experimentos de biología aplicada a la nutrición y el envejecimiento; yo siento curiosidad por la naturaleza humana. Esta es una chica con iniciativa, lista y guapa. Y… —se lleva el dedo a la frente surcada de profundas arrugas— tiene buena cabeza. Tiene *talento*.

—No estarás sugiriendo que la pongamos en la lista, ¿verdad?

—Antes de planteármelo, tendría que hacer muchas indagaciones sobre sus antecedentes. Que es para lo que se inventó esto. —Da unas palmaditas al ordenador—. Pero probablemente no. Aun así…, en un apuro…

Deja la frase en el aire.

24 de julio de 2021

1

Los dos aparcamientos del camping Kanonsionni, el de los coches y el de las autocaravanas, están llenos, y al diablo la pandemia. El propio camping parece hasta los topes. Holly sigue adelante unos quinientos metros por la antigua carretera 17 y estaciona en el arcén. Llama por teléfono a Lakeisha Stone, que dice que la esperará junto a la tienda del camping, en el lado donde da la sombra. Holly la informa de que está carretera arriba y tardará cinco o diez minutos.

—Lamento lo del aparcamiento —dice Lakeisha—. Creo que la mitad de los coches que hay son nuestros. Este año somos un montón. Casi todos trabajamos o estudiamos en la universidad.

—No me importa —contesta Holly—. Me vendrá bien el paseo.

Eso es verdad. No puede quitarse de la nariz el olor a flores secas de su madre… o quizá no puede quitárselo de la cabeza. Confía en que el aire fresco se lo lleve. Y quizá se lleve también ciertas emociones desagradables que prefiere no reconocer.

Piensa una y otra vez en los primeros meses posteriores a la muerte de Bill. Pese a los berridos de protesta de su madre, invirtió en Finders Keepers lo que quedaba del fideicomiso. Recuerda que rezaba por que llegaran clientes. Recuerda que barajaba las facturas como un jugador de blackjack hasta arriba de anfetaminas, pagando lo que no quedaba más remedio que pagar, aplazando lo que podía aplazarse incluso cuando las facturas llegaban con el sello ÚLTIMO AVISO estampado en rojo. Mientras tanto, su madre compraba joyas.

Holly cae en la cuenta de que camina muy deprisa, casi va al trote, y se obliga a parar. Un poco más adelante se alza el cartel del camping: un risueño jefe indio con un estridente tocado rojo, blanco y azul sostiene en la mano lo que se supone que es una pipa de la paz. Holly se pregunta si la gente que lo ha colocado ahí es consciente de lo ridículamente racista que es. Seguro que no. Es probable que piensen que el viejo Jefe Fumando Pipa de la Paz es una manera de honrar a los nativos americanos que en otro tiempo habitaron a orillas del lago Upsala y ahora viven en una reserva a kilómetros de donde antes cazaban y pes…

—Ya basta —susurra. Dedica un momento a cerrar los ojos y musitar una oración. Es la plegaria que se asocia habitualmente a los alcohólicos

en recuperación, pero sirve para muchas otras cosas y muchas otras personas. Incluida ella—. Concédeme la serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar.

Su madre ha muerto. Los días atroces de insolvencia inminente han quedado atrás. Finders Keepers es una empresa rentable. En el presente su misión es averiguar qué ha sido de Bonnie Rae Dahl.

Holly abre los ojos y reanuda la marcha. Casi ha llegado.

2

Gracias a su trabajo con la indexación de aquellos mamotretos de historia, Holly sabe que Kanonsionni significa «casa comunal» en la antigua lengua iroquesa, y en el centro del camping hay en efecto una casa comunal. La mitad es una tienda y la otra mitad, según parece, se destina a las reuniones en grupo. Ahora mismo, en esta parte, numerosos chicos y chicas cantan «The Night They Drove Old Dixie Down», acompañados por los acordes de una guitarra eléctrica que toca el director del coro (si es que es eso). No es Joan Báez, pero el sonido de sus voces elevándose en el aire de la tarde resulta bastante armonioso. Hay en marcha un partido de softball. Un grupo de hombres juega a la herradura; un ruido metálico hiende el aire caliente del verano y uno de ellos grita: «¡Dios, ha quedado tocando!». Muchos bañistas nadan o chapotean en el lago. Un tropel de personas entra y sale de la tienda masticando tentempiés y bebiendo refrescos. Muchas visten camisetas de recuerdo con el Gran Jefe Fumando Pipa de la Paz en el pecho. Se ven pocas mascarillas. Aunque Holly lleva la suya, siente una ráfaga de felicidad al ver toda esa actividad exuberante a cara descubierta. Estados Unidos, preparado o no para el covid, vuelve a la normalidad. Eso la preocupa, pero también le infunde su característica esperanza, la esperanza de Holly.

Rodea la casa comunal hacia el lado a la sombra, y ahí está Lakeisha Stone, sentada en el banco de una mesa de pícnic en cuya superficie han grabado innumerables iniciales. Lleva un vestido playero verde claro sobre un bikini verde oscuro. Holly calcula que es de la edad de Bonnie, año más o año menos, y está espectacular: joven, vital y sexy. Supone que Bonnie era también así. Le gustaría creer que todavía es así.

—Hola —dice—. Eres Lakeisha, ¿no? Yo soy Holly Gibney.

—Keisha, por favor —responde la joven—. Te he comprado un zumo Snapple. De esos con azúcar. Espero que te guste.

—Estupendo —contesta Holly—. Muy amable por tu parte. —Coge la botella, desenrosca el tapón y se sienta al lado de Keisha—. ¿Puedo meterme donde no me llaman y preguntarte si estás vacunada?

—Dos dosis. Pfizer.

—Moderna —dice Holly. Es la nueva forma de saludo. Se quita la

mascarilla y la sostiene en la mano un momento—. Me siento como una tonta llevándola puesta aquí al aire libre, pero ha habido una muerte en mi familia recientemente. Por covid.

—Ah, lo siento. ¿Un pariente cercano?

—Mi madre —dice Holly, y piensa: *Que compraba joyas que no se ponía*.

—Qué horror. ¿Estaba vacunada?

—No creía en eso.

—Chica, qué duro. ¿Cómo lo llevas?

—Como dicen en las series de televisión, es complicado. —Holly se guarda la mascarilla en el bolsillo—. Más que nada me centro en el trabajo, que consiste en encontrar a Bonnie Dahl o averiguar qué le ha pasado. No te entretendré mucho, enseguida podrás volver con tus amigos.

—Por eso no te preocupes. Están jugando al softball o nadando. A mí se me da muy mal lanzar la pelota y ya me he pasado casi todo el día en el lago. Tómate el tiempo que necesites. —En el campo de softball, algunos prorrumpen en vítores. Keisha mira hacia allí. Alguien la saluda con la mano. Ella devuelve el saludo y se centra otra vez en Holly—. Unos cuantos nos reunimos aquí desde hace tres años, y a mí me hacía mucha ilusión venir. Desde que Bonnie desapareció… —Se encoge de hombros—. Ya no tanto.

—¿De verdad crees que ha muerto?

Keisha suspira y dirige la mirada hacia el agua. Cuando se vuelve, se le han empañado los ojos castaños, unos ojos preciosos.

—¿Qué otra cosa podría haber pasado? Es como si se la hubiera tragado la tierra. He llamado a todo aquel que se me ha ocurrido, a todos nuestros amigos, y su madre me llamó a mí, claro. Y nada. Es mi mejor amiga, ¿y ni una sola *palabra*?

—La policía la considera persona desaparecida.

Izzy Jaynes no piensa lo mismo, por supuesto. Ni Pete Huntley.

—Claro —dice Keisha, y toma un trago de su propia botella de Snapple—. Sabes lo de Maleek Dutton, ¿no?

Holly asiente con la cabeza.

—Es un claro ejemplo de cómo funciona la pasma en esta ciudad. Un chico acaba muerto por una luz de posición averiada. Cabría esperar que mostraran un poco más de interés por una chica blanca, pero no.

Ese es un campo minado en el que Holly no quiere adentrarse.

—¿Puedo grabar nuestra conversación? —«Nunca hay que llamarlo interrogatorio», decía Bill Hodges. «Los polis interrogan. Nosotros solo charlamos».

—Claro, pero no puedo contarte gran cosa. Desapareció y es una desgracia. Es todo lo que sé.

Holly cree que Keisha sabe más y, aunque no prevé grandes avances con ella, no pierde la esperanza que la caracteriza. Ni la curiosidad.

Coloca el móvil en la mesa llena de marcas y empieza a grabar.

—Trabajo para la madre de Bonnie y me gustaría saber cómo se llevaban las dos.

Keisha se dispone a contestar, pero se interrumpe.

—Nada de lo que digas llegará a Penny. A ese respecto tienes mi palabra. Es solo que no quiero dejar cabos sueltos.

—Vale. —Keisha, con el ceño fruncido, contempla el lago. Finalmente suspira y vuelve a mirar a Holly—. No se llevaban bien, sobre todo porque Penny quería tener en un puño a Bonnie, no sé si me entiendes.

Vaya que si lo entiende.

—Penny no veía del todo bien nada de lo que Bonnie hacía. Según decía Bon, no le gustaba llevar a su madre en coche a ningún sitio, porque Penny siempre salía con que conocía un camino más corto o una ruta con menos tráfico. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

—Además, Bonnie contaba que Penny siempre iba pisando el freno invisible del lado del pasajero o tensándose si tenía la impresión de que Bon se acercaba demasiado al coche de delante. En fin, una pesadez. Una vez Bonnie se tiñó una mecha roja en el pelo, una monada… o eso me pareció a *mí*… pero, según su madre, le daba un aire de fulana. Y si se hubiera hecho un tatuaje, como a veces decía…

Keisha alza la vista al cielo. Holly se ríe. No puede evitarlo.

—Discutían continuamente por el empleo de Bonnie en la biblioteca. Penny quería que trabajara en el banco donde trabajaba *ella*. Sostenía que el sueldo y las prestaciones serían mucho mejores y, salvo en la reuniones en persona, no tendría que llevar puesta una mascarilla siete horas al día. Pero a Bonnie le gustaba trabajar en la biblio y, como he dicho, somos un grupo bien avenido. Todos somos amigos. Menos Matt Conroy, claro. Es el bibliotecario jefe, y más bien plasta.

—¿Un poco pulpo? —pregunta Holly, acordándose de un comentario de una de las otras bibliotecarias, ninguna de las cuales está hoy aquí—. ¿Sobón?

—Sí, pero este año se ha portado algo mejor, quizá por lo que pasó con un profesor adjunto del Departamento de Sociología. Seguramente no te has enterado, la administración lo llevó con mucha discreción, pero en la biblioteca nos enteramos de todo. Es el centro de todos los cotilleos. Ese tío le tocó el culo a una alumna de posgrado, había un testigo, y despidieron al profe. Fue más o menos por esas fechas cuando Matt empezó a comportarse. —Hace una pausa—. Aunque no pierde ocasión de mirar por debajo de las faldas de las chicas. Es algo bastante corriente, pero, joder, él lo hace de una manera muy descarada.

—¿Crees que podría tener algo que ver con la desaparición de Bonnie?

Keisha suelta una risotada.

—No, por Dios. Matt es un fideo, como diría mi madre. Bonnie pesa al menos quince kilos más que él. Si Matt le tocara el culo, lo lanzaría por

encima del hombro o lo estamparía contra la pared de un golpe de cadera.

—¿Sabe judo o alguna otra arte marcial?

—No, nada a un nivel tan serio, pero hizo un curso de defensa personal. Yo lo hice con ella. También por eso refunfuñó su madre. Lo consideraba un gasto innecesario. A ojos de Penny, Bon nunca hacía nada bien. Y, en cuanto a los deseos de la señora D de que Bon trabajara en su banco, tuvieron un par de agarradas de aúpa.

—No podían ni verse.

Keisha se detiene a pensarlo.

—Esa impresión da, sin duda, pero aún se querían bastante. ¿Entiendes?

Holly se acuerda de los cuadernos de poesía con las esquinas dobladas en el cajón de la mesilla de noche de su madre y contesta que sí.

—Keisha, ¿se habría marchado Bonnie de la ciudad para escapar de su madre? ¿De todas esas críticas y quejas, todas esas discusiones?

—Una policía me hizo esa misma pregunta —responde Keisha—. No vino a verme, solo llamó por teléfono. Dos o tres preguntas, y luego, gracias, señorita Stone, ha sido de gran ayuda. Lo típico. La respuesta a tu pregunta es: ni por asomo. Si te he llevado a pensar que Bon y la señora D se llevaban a matar, no era mi intención. Discutían y a veces se gritaban, pero no llegaban a las manos, y siempre hacían las paces. Al menos, que yo sepa. Lo que pasaba entre ellas era más bien como cuando a uno se le mete una piedra en el zapato.

Ese comentario llama la atención a Holly, que se pregunta si eso era Charlotte para ella: una piedra en el zapato. Se acuerda de Daniel Hailey, el ladrón inexistente, y llega a la conclusión de que para ella su madre era mucho más.

—¿Holly? ¿Sigues ahí o estás en el limbo? —Keisha sonríe.

—En el limbo, me temo. ¿Sabes si Bonnie tenía una reserva de dinero? Lo pregunto porque no ha habido ningún movimiento en su tarjeta de crédito.

—¿Bonnie? No. Lo que no gastaba lo metía en el banco, y es posible, creo, que hiciera alguna inversión. Le gustaba la bolsa, pero no lo vivía como un juego de apuestas.

—¿No había dejado ropa en tu casa? ¿Ropa que ahora haya desaparecido?

Keisha entorna los ojos.

—¿Qué estás preguntándome exactamente?

Holly en general es una persona tímida, pero eso cambia cuando quiere llegar al fondo de un caso.

—No me andaré con rodeos. Quiero saber si estás encubriéndola. Eres su mejor amiga, veo que le eres leal, y me parece que lo habrías hecho si te lo hubiera pedido.

—Eso me ofende un poco —dice Keisha.

Holly, reacia a tocar a la gente desde el covid, apoya una mano en el brazo de la joven sin vacilar siquiera.

—A veces mi trabajo me obliga a hacer preguntas desagradables. Puede que Penny y Bonnie no tuvieran una relación ideal, pero esa mujer me paga para que encuentre a su hija porque está como loca.

—De acuerdo, lo entiendo. No, Bon no había dejado ropa en mi casa. No, no tenía dinero escondido. No, Matt Conroy no le metió mano. Además, Matt preguntó aquí y allá: a la oficina de colocación de la universidad, al servicio de seguridad del campus, a unos cuantos asiduos de la biblioteca. Actuó con la diligencia debida, eso se lo reconozco. En cuanto a esa nota que supuestamente dejó Bon…, gilipolleces. ¿Y abandonar la bici? Adoraba esa bici. Ahorró para comprarla. Créeme: alguien la acechó, la secuestró, la violó, la mató. Mi pobre Bonnie.

Esta vez las lágrimas resbalan por su cara y baja la cabeza.

—¿Y su novio? Tom Higgins. ¿Sabes algo de él?

Keisha suelta una carcajada ronca y alza la vista.

—*Ex*novio. Un chulo. Un fracasado. Un porrero. Al menos en cuanto a él, su madre tenía razón. Pero no es un secuestrador, eso te lo aseguro. No me explico qué vio Bon en él ya de entrada. —A continuación se hace eco de un comentario de Penny—. El sexo debía de ser sensacional.

Holly se queda con la idea de que «alguien la acechó». Parece cada vez más probable, lo cual implicaría que no fue un crimen impulsivo. Por tanto, Holly tiene que ver de nuevo las imágenes del Jet Mart, muy detenidamente. Sin embargo, lo dejará para mañana, cuando tenga los ojos y la cabeza frescos. Ha sido un largo día.

—¿Hace mucho que eres detective privada?

—Unos años —contesta Holly.

—¿Es interesante?

—Eso creo, sí. Por supuesto, hay momentos aburridos.

—¿Alguna vez es peligroso?

Holly se acuerda de cierta cueva de Texas. Y de un ser que simulaba ser un hombre al caer por el hueco de un ascensor acompañado de un grito cada vez más lejano.

—No muy a menudo.

—A mí me parece interesante, siendo tú una mujer y tal. ¿Cómo te metiste en eso? ¿Eras policía? No tienes pinta de poli, la verdad.

Otro ruido metálico procedente de la pista de herradura, seguido de gritos de júbilo. Los niños del pabellón de reuniones ahora cantan «Tonight», de *West Side Story*. Sus jóvenes voces se elevan en el aire.

—No he sido poli —responde Holly—. En cuanto a cómo entré en el oficio…, eso también es complicado.

—En fin, espero que consigas resolver este caso. Quiero a Bonnie como a una hermana y espero que descubras qué le ha pasado. Pero no puedo evitar cierto resentimiento. La madre de Bonnie tiene dinero y un trabajo cómodo en un banco. Puede permitirse pagarte. No está bien

pensar así, ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

Holly podría decir a Keisha que probablemente Penny Dahl no tiene tanto dinero, que la han echado del trabajo por el covid y, aunque tal vez reciba aún un cheque de NorBank, en modo alguno será el salario completo. Podría decir todo eso, pero se lo calla. Opta por hacer lo que mejor se le da: mantener la mirada fija en el rostro de Keisha. Esa mirada dice: «Sigue hablando». Keisha lo hace, y en su malestar, o su ira, o las dos cosas, pierde parte de la cuidada dicción que ha adoptado al hablar con una mujer blanca. No mucho, solo un poco.

—¿En qué situación crees que está la madre de Maleek Dutton? Trabaja en la lavandería Adams del centro. El marido la abandonó. Tiene dos hijas gemelas a punto de empezar secundaria, y necesitan ropa. Y material escolar. El mayor trabaja en Midas Muffler y ayuda todo lo que puede. De pronto pierde a Maleek. Un tiro en la cabeza, los sesos esparcidos sobre la bolsa en la que llevaba la comida. ¿Y conoces el dicho de que el jurado de acusación accedería a procesar a un sándwich de jamón si el fiscal se lo pidiera amablemente? Pues al poli que mató a Maleek no lo procesaron, ¿verdad? Supongo que a él lo veían solo como manteca de cacao y gelatina.

No, pero *sí* perdió su trabajo. Holly tampoco dice eso, porque para Lakeisha Stone no sería suficiente. Ni es suficiente para la propia Holly. Y debía reconocerse, en honor a la verdad, que tampoco lo era para Isabelle Jaynes. ¿Y qué había sido del poli? Posiblemente ahora trabaje de guardia de seguridad, o quizá incluso en alguna cárcel estatal, vigilando las celdas en lugar de ocupar una.

Keisha cierra el puño y golpea con suavidad la superficie rayada de la mesa de pícnic.

—Ni siquiera un proceso civil. No había dinero para eso. *Black News* ha hecho campaña para recaudar fondos, pero no dará para contratar a un buen abogado. La historia se repite.

—Una y otra vez —susurra Holly.

Keisha sacude la cabeza, como para despejársela.

—En cuanto a lo de encontrar a Bonnie, ve con Dios y con mis mejores deseos. Lo digo de todo corazón. Encuentra al culpable, y… ¿Vas armada, Holly?

—A veces. Cuando no queda más remedio. —Lleva el revólver de Bill —. Hoy no.

—Pues si encuentras a ese hijo de puta, con perdón, pégale un tiro. En los huevos. En cuanto a Maleek…, nadie buscará justicia para *él*. Como tampoco buscará nadie a Ellen Craslow. ¿Por qué iban a buscarla? Son solo negros, ya sabes.

Holly se retrotrae de pronto al aparcamiento del Daily Whip, donde habló con aquellos niños. El cabecilla, Tommy Edison, era pelirrojo y tan blanco como un helado de vainilla, pero lo que él dijo entonces y lo que Keisha acaba de decir ahora es armonía a dos voces.

«Para preocupada, la madre de Fétido. Está medio loca, y la poli no hace nada porque empina el codo».

Se acuerda de Bill Hodges, sentado un día con ella en los peldaños de la entrada de su casita. Bill dijo entonces: «A veces el universo te echa un cable. Si eso pasa, trepa por él. Ve a ver qué hay en lo alto».

—¿Quién es Ellen Craslow, Keisha?

3

Holly se enciende un cigarrillo en cuanto vuelve al coche. Da una calada (la primera es siempre la mejor), echa el humo por la ventanilla abierta y se saca el móvil del bolsillo. Avanza la grabación hasta la última parte de su conversación con Keisha, la parte sobre Ellen Craslow, y la escucha dos veces. Quizá aquello fuera en efecto obra de un criminal en serie, como sospechaba Jerome. No hay que extraer conclusiones precipitadas, pero *existe* cierta pauta. Solo que no es el género o la edad o el color de piel. Es la zona. Deerfield Park, Bell College, quizá los dos sitios.

Ellen Craslow trabajaba en el servicio de limpieza, alternando entre el edificio de Ciencias Biológicas y el restaurante y cervecería del Bell College, conocido como el Campanario. Este se encuentra en el Memorial Union, un espacio céntrico en el que tienden a reunirse los estudiantes cuando no están en clase. Keisha y sus compañeras de la biblioteca van allí en los descansos, a la hora de comer y a menudo a tomar unas cervezas al final de la jornada. Es lógico, porque la biblioteca Reynolds está cerca y se llega enseguida en esos días invernales en que la nieve y el viento azotan desde el lago.

Según Keisha, Ellen era una chica inteligente y simpática, probablemente lesbiana, aunque sin pareja, al menos por entonces. Keisha le preguntó una vez si se había planteado estudiar algo, y Ellen contestó que no le interesaba.

«Dijo que la vida era su aula —explica Keisha desde el teléfono de Holly—. Me acuerdo de eso. Lo dijo como si hablara en broma, pero no del todo. No sé si me entiendes».

Holly contestó que sí la entendía.

«Se conformaba con su pequeña caravana en un parque de caravanas en el límite de Lowtown, decía que a ella ya le iba bien, y se conformaba con su trabajo. Me aseguró que tenía todo lo que una chica del condado de Bibb, en Georgia, podría desear».

Keisha solía ver a Ellen barrer en el Campanario o abrillantar el suelo del vestíbulo del auditorio Davison, o cambiar bombillas subida a una escalera de mano, o en los lavabos de mujeres, donde rellenaba los dispensadores de toallas de papel o restregaba las pintadas. Si iba sola, dijo Keisha, siempre se paraba a hablar con Ellen, y si iban todas juntas

—las bibliotecarias—, siempre la acogían en sus conversaciones si no estaba trabajando en Ciencias Biológicas o muy ocupada. No es que Ellen se sentara con ellas, pero gustosamente se quedaba a charlar un rato, o acaso a tomar un café rápido, que se bebía de pie, con la cadera ladeada. Keisha recordaba que una vez, mientras hablaban sobre *A puerta cerrada*, que el club de teatro representaba en el Davison, Ellen, imitando un exagerado acento de Georgia, dijo: «Me *mola* esa mierda existencialista. Es la vida tal como la conocemos, allá en mi tierra».

«¿Qué edad tenía?», pregunta Holly en la grabación del teléfono.

«Unos… ¿treinta? ¿Veintiocho? Era mayor que muchas de nosotras, pero no demasiado. Encajaba perfectamente».

Y un buen día desapareció. Al cabo de una semana, Keisha pensó que Ellen debía de haberse ido de vacaciones.

«Aunque no pensaba mucho en ella. —En su voz grabada se percibe cierta incomodidad—. La tenía en el radar, pero hacia el borde de la pantalla, no sé si me explico».

«No era una amiga, solo una conocida».

«Exacto». Parece sentir alivio.

Al cabo de alrededor de un mes, Keisha preguntó a Freddy Warren, el jefe del servicio de limpieza del Union, si habían trasladado a Ellen a Ciencias Biológicas a jornada completa. Warren dijo que no, que un día Ellen no se presentó, así, sin más. Ni al siguiente. Ni nunca más. Otro día, a la hora de comer, Keisha y Edie Brookings se pasaron por la oficina de colocación para ver si sabían qué había sido de Ellen. No sabían nada. La mujer que las atendió dijo a Keisha que si Ellen se ponía en contacto con ella, le pidiera sus señas. Porque Ellen no había recogido su último cheque.

«¿Seguiste intentándolo? ¿Comprobaste tal vez en el sitio donde vivía?».

Un silencio muy muy largo. Luego Keisha dijo, en voz baja: «No. Supongo que di por sentado que no le apetecía pasar otro invierno junto al lago. O que se volvió a su casa de Georgia».

«¿Eso cuándo fue?».

«Hace tres años. No, menos. Fue en otoño, y tuvo que ser cerca de Acción de Gracias, porque la última vez que la vi…, o una de las últimas, no estoy muy segura…, había pavos de papel en todas las mesas del Campanario. —Un largo silencio—. Cuando digo que nadie la buscó, me incluyo, supongo. ¿No?».

La conversación prosigue un poco más —Holly ha enseñado a Keisha la foto del pendiente y Keisha ha confirmado también que era de Bonnie—, pero no contiene nada importante, así que Holly apaga el móvil. Ha apurado el cigarrillo hasta el filtro. Aplasta la colilla en el cenicero portátil y piensa de inmediato en encender otro.

Keisha no ve ninguna relación entre Ellen Craslow y Bonnie Dahl, probablemente porque habían pasado años entre una desaparición y la

otra. Sí establece una conexión entre Ellen y Maleek Dutton, porque los dos eran negros. Y se ha avergonzado, como si, mientras contaba la historia de una mujer desaparecida de repente, tomara conciencia de que ella misma no era muy distinta de aquellos —quizá la mayoría de los habitantes de la ciudad— que no concedían mucha importancia a la muerte a tiros de un joven negro más en un control policial.

No obstante, existía una gran diferencia entre un joven muerto a tiros en su coche y una conocida que dejaba de dar señales de vida sin más. Holly podría haber señalado ese detalle a Keisha, pero estaba demasiado absorta en sus propios pensamientos —preocupaciones— para ir más allá de darle las gracias por su tiempo y decirle que se pondría en contacto con ella si tenía más preguntas o si resolvía el caso.

Con toda seguridad hay una explicación del todo lógica para la desaparición de Ellen Craslow. El trabajo de limpieza requiere aptitudes, pero Holly piensa que posiblemente es un empleo con un alto índice de rotación. Ellen podría haberse trasladado a un lugar menos frío, como había comentado Keisha, a Phoenix o Los Ángeles o San Diego. Podría haber sentido el impulso de volver a ver a su madre o de comer alguno de los platos que esta le preparaba. Salvo por el hecho de que no recogió su último cheque y Peter Steinman desapareció más o menos en las mismas fechas. Ellen vivía en Lowtown («en el límite»), pero trabajaba en la universidad, que está a solo dos o tres kilómetros del Dairy Whip. Menos, si se ataja a través del parque.

En cuanto a Bonnie Rae Dahl, su bicicleta se encontró delante de un taller mecánico abandonado aproximadamente entre la universidad y el Whip.

Holly pone el coche en marcha, cambia de sentido con cuidado y pasa por delante del camping, donde los veraneantes se divierten bajo la mirada benévola del Jefe Fumando Pipa de la Paz.

4

Volver a su apartamento en la ciudad supondría un largo viaje en coche, demasiado largo después de un día como el que ha tenido Holly. El 42 de Lily Court está más cerca, pero no siente el menor deseo de pasar la noche en la casa de su difunta madre y oler las flores secas de su difunta madre. Toma una habitación en un Days Inn próximo a la autopista y compra pollo para llevar en un Kountry Kitchen. No ha cogido una muda, así que, después de cenar en su habitación, se acerca a pie a un Dollar General y compra ropa interior. Añade un camisón extragrande estampado con una gran cara sonriente.

De regreso en su habitación —no lujosa, pero razonablemente cómoda, y cuyo aparato de aire acondicionado no es demasiado ruidoso—, llama a Barbara Robinson, considerando que ya ha molestado a su

hermano mayor más que suficiente para un fin de semana. Barbara es casi tan buena extrayendo información de su ordenador como la propia Holly (está dispuesta a admitir que Jerome es mejor que las dos). Además, quiere saber cómo le van las cosas. Holly no la ha visto mucho este verano, aunque Barbara *asistió* al funeral por Zoom de Charlotte.

—Eh, Hol —saluda Barbara—. ¿Qué tal? ¿Cómo llevas lo de tu madre y demás?

Es la pregunta apropiada dadas las circunstancias, pero Holly nota a Barbara distraída. Ese es el tono que adopta si una intenta hablar con ella cuando está leyendo una de sus interminables novelas fantásticas.

—Lo llevo bien. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, bien.

—Jerome se lo ha pasado en grande, ¿no crees?

—Ah, ¿sí? ¿En qué anda Jerome? —pregunta Barbara sin alterarse especialmente.

—Tuvo que llevar a una mujer al hospital. Ella sufrió una sobredosis de alcohol y pastillas mientras él le hacía unas preguntas por encargo mío. ¿No te lo ha contado?

—No lo he visto. —Distraída, sin duda.

—En cuanto a la situación actual, ando tras el rastro de una mujer desaparecida, y en el proceso me he tropezado con otra. La segunda se llama Ellen Craslow. Me preguntaba si podrías hacer algunas indagaciones sobre ella. Me ocuparía yo misma, pero el wifi del motel donde me alojo es una supercaca. Ya se me ha cortado dos veces.

Un largo silencio. A continuación:

—Estoy un poco liada, Hols. ¿No podría hacerlo Pete?

Holly se sorprende. Esa es la chica a la que antes le encantaba interpretar el papel de Nancy Drew, pero no esta noche, por lo visto. O quizá ya nunca, después de la experiencia del año pasado.

—¿Estás pensando en Ondowsky? Porque esto no se parece en nada.

Barbara se ríe, lo cual es un alivio.

—No, en cuanto a eso ya prácticamente lo he archivado, Hol. Es que estoy muy muy liada, de verdad. Con el agua al cuello, si quieres que te diga la verdad.

—¿Es por ese proyecto especial tuyo? Jerome me comentó que tenías algo entre manos.

—Sí —contesta Barbara—, y pronto os lo contaré todo. Quizá incluso la semana que viene. A ti, a Jerome, a mis padres, a mis amigos. Te lo prometo. Pero todavía no. No quiero gafarlo.

—No digas más. Hablaré con Pete. Le daré algo que hacer aparte de ponerse el termómetro cada quince minutos.

Barbara deja escapar una risita.

—¿Eso hace?

—No me sorprendería.

—¿De verdad llevas bien lo de tu…, ya sabes…, tu…?

—Sí —contesta Holly con firmeza—. De verdad. Y te dejo para que sigas con lo que sea que estás haciendo. No quiero parecer tu madre, pero confío en que tenga que ver con la preparación para la universidad, porque ya no falta mucho.

—Puede que al final influya en la preparación para la universidad. —Da la impresión de que Barbara lo encuentra gracioso—. Y oye, si esa mujer es muy importante, puedo…

—No, no, seguramente no es nada.

—Y no te lo tomas a mal, ¿verdad?

—Eso nunca, Barb. Nunca.

Pone fin a la llamada, preguntándose en qué debe de consistir ese proyecto especial de Barbara. Puede que esté escribiendo algo, supone Holly, porque lo lleva en los genes. Jim Robinson, su padre, fue periodista del *Plain Dealer* de Cleveland durante diez años; Jerome está escribiendo un libro sobre su tristemente famoso bisabuelo. ¿Por qué no, pues?

—Mientras te haga feliz —susurra Holly—. Mientras no sueñes con Chet Ondowsky.

Se deja caer en la cama —¡muy cómoda!— y llama a Pete.

—Si te encuentras lo bastante recuperado para echarme una mano, me vendría bien.

Pete contesta con una voz un poco menos tomada y ronca.

—Por ti, Hols, lo que sea.

Es una hipérbole, y ella lo sabe; aun así, la invade una sensación de afecto.

5

Antes de colgar, Pete le recuerda que es fin de semana, y tal vez no pueda conseguir la información que le pide hasta el lunes, más probablemente el lunes por la tarde. Holly, quien, cuando trabaja, trabaja todos los días, ve los fines de semana como una molestia. Tiene tres llamadas perdidas de Penny y tres mensajes de voz. Estos son en esencia idénticos: «Dónde estás, qué pasa». La telefoneará y la pondrá al corriente, pero antes necesita fumar.

Vacía el cenicero portátil a rebosar en un cubo de basura junto a la recepción del motel y fuma al lado de la máquina de hielo. Cuando contrajo este lamentable hábito, en la adolescencia, se podía fumar en todas partes, incluso en los aviones. Holly considera que las nuevas normas son una gran mejora. Te obligan a pensar en lo que haces y en que te estás matando poco a poco.

Llama a Penny y le ofrece un informe sobre la situación que es preciso pero ni mucho menos completo. En su versión de la conversación con Keisha, omite la parte sobre Ellen Craslow, y aunque cuenta a Penny que

ha hablado con la pandilla del Dairy Whip, no menciona a Peter Steinman el Fétido. Se lo dirá si se descubre que existe relación entre Craslow y Steinman, pero no antes. Penny está ya bastante alarmada sin que le ronde por la cabeza la posibilidad de que haya un asesino en serie.

Holly se desviste, se pone el camisón de la cara sonriente (le llega casi hasta las rodillas), se deja caer en la cama y enciende el televisor. Interrumpe el zapping un rato para ver parte de un viejo musical en la TCM y luego lo apaga. En el baño, se lava meticulosamente las manos y se limpia los dientes con el dedo, reprochándose no haber comprado un cepillo junto con la ropa interior y el camisón.

—Mal que no tiene cura quererlo curar es locura —murmura.

¿Podrá dormir esta noche después de un día tan agitado, o sus pensamientos girarán en torno a su madre mientras yace escuchando el monótono zumbido de los camiones en la autopista, un sonido que siempre le produce una sensación de soledad? Por raro que parezca, cree que dormirá. Holly se conoce lo suficiente para saber que, con su madre, nunca pasará página del todo, y que las mentiras de Charlotte —*una nueva millonaria entra en un bar preguntándose cómo pudo su madre hacer lo que hizo*— quizá le duelan durante mucho tiempo (en especial el alijo de joyas oculto), pero ¿acaso alguien logra pasar página del todo? ¿Especialmente cuando se trata de un padre o una madre? Holly cree que no, cree que eso de pasar página es un mito, pero hoy al menos se ha resarcido un poco fumando en la cocina y rompiendo las puñeteras figuritas.

Se arrodilla, cierra los ojos y empieza sus oraciones como siempre, diciendo a Dios que es Holly…, como si él no lo supiera. Le da gracias por el viaje sin contratiempos y por sus amigos. Pide a Dios que cuide de Penny Dahl. También de Bonnie, Pete y Ellen…, si aún vi…

En ese momento la asalta algo y de pronto abre los ojos.

Quizá no sea el lugar, o no *solo* el lugar.

Se sienta en el borde de la cama, enciende la luz y llama a Lakeisha Stone. Es sábado por la noche e imagina que saltará el buzón de voz. Puede que haya baile en la casa comunal, o —quizá más probablemente— que Keisha y sus amigos hayan ido de copas a algún bar de los alrededores. Holly se alegra cuando Keisha contesta.

—Hola, soy Holly. Tengo una pregunta rápida más.

—Pregunta todo lo que quieras —dice Keisha—. Estoy en la lavandería del camping, viendo cómo da vueltas y vueltas una secadora llena de toallas.

«¿Por qué una joven guapa como tú está haciendo la colada un sábado por la noche?» es una pregunta que Holly se calla. Lo que pregunta es:

—¿Sabes si Ellen Craslow tenía coche?

Holly espera que Keisha diga que no lo sabe o no lo recuerda, pero Keisha la sorprende.

—No tenía. Recuerdo que una vez comentó que tenía el carnet de conducir de Georgia, pero le había caducado y era una buena manera de meterse en un lío si la paraban. Conducir bajo los efectos de ser negro, ya sabes. Como Maleek Dutton. Pensaba renovar el carnet aquí, pero no paraba de aplazarlo. Por las colas que había siempre en el Departamento de Vehículos Motorizados. Iba y venía del trabajo en autobús. ¿Te sirve eso de algo?

—Quizá —dice Holly—. Gracias. Te dejo para que sigas vigilando tus toallas…

—Ah, otra cosa —dice Keisha.

—¿Qué?

—A veces, cuando hacía buen tiempo, prescindía del autobús e iba al NorBank que había cerca de donde vivía.

Holly frunce el ceño.

—No…

—Allí alquilan bicis —aclara Keisha—. Hay una hilera delante. Eliges la que quieres y pagas con la tarjeta de crédito.

6

Holly termina sus oraciones, aunque ahora en realidad se limita a recitarlas de forma mecánica. Tiene la cabeza puesta en el caso. Si esta noche algo le quita el sueño, será eso, no los millones de Charlotte. Visualiza Deerfield Park, con Ridge Road a un lado y Red Bank Avenue al otro. Piensa en el Campanario, el taller abandonado y el Dairy Whip. Piensa: *El lugar, el lugar, el lugar*. Y piensa que ninguno de ellos tenía coche.

Bueno, Bonnie sí tenía, pero no lo utilizaba para desplazarse de casa al trabajo. Iba en bicicleta. Ellen usaba también una bicicleta cuando no tomaba el autobús. Y Pete Steinman tenía su monopatín.

Tendida a oscuras, con las manos entrelazadas sobre el estómago, Holly se formula la pregunta que suscitan esas dos similitudes. Se le ha pasado antes por la cabeza, pero solo como hipótesis. Ahora empieza a verle el lado práctico. ¿Se reduce solo a los casos que ya conoce o hay más?

12 de febrero de 2021

1

Barbara se encuentra ante el número 70 de Ridge Road, una de las casas victorianas más pequeñas de esa calle de suave pendiente. La temperatura ha bajado unos veinte grados desde el día que vio al profesor Harris lavando lo que llamó (con cierta grandilocuencia) su «cuadriga», y hoy su conjunto rojo de invierno —abrigo, bufanda, gorro — es una necesidad más que una declaración de estilo. De nuevo carga con la carpeta de poemas y está muerta de miedo.

La mujer que vive en esa casa es su ídolo, la poeta estadounidense más grande de los últimos sesenta años, en opinión de Barbara. *Conoció* en persona a T. S. Eliot. Mantuvo correspondencia con Ezra Pound cuando este estaba en el hospital St. Elizabeth, donde se ingresaba a aquellos que la justicia no consideraba responsables de sus delitos penales por enajenación mental. Barbara Robinson es solo una niña que nunca ha publicado nada excepto unos cuantos editoriales aburridos (y sin duda banales) en el periódico del instituto.

¿Qué hace aquí? ¿Cómo se atreve?

Emily Harris pensó que el poema que había leído era bueno: «Has llenado a rebosar de miedo y aversión estos diecinueve versos», había dicho. Incluso le había sugerido un par de correcciones que parecían acertadas, pero Emily Harris no había escrito *Papeles trocados* o *Calle Cardiaca*. Lo que Emily Harris había escrito eran dos libros de crítica literaria publicados por la editorial de la universidad. Barbara lo había consultado por internet.

Esta mañana, cuando empezaba a pensar que no tendría noticias de Olivia Kingsbury, ha recibido un e-mail suyo.

«He leído tu poema. Si tu agenda te lo permite, ten la amabilidad de venir a visitarme a las dos de esta tarde. Si tu agenda no te lo permite, ten la amabilidad de contestar a mi dirección de correo. Perdona que te avise con tan poca antelación». Lo firmaba «Olivia».

Barbara se recuerda que ha sido invitada, y eso debe de querer decir algo, pero ¿y si se pone en ridículo? ¿Y si no es capaz siquiera de abrir la boca y se queda mirando como una tonta de remate? Menos mal que no ha dicho a sus padres ni a Jerome adónde iba esa tarde. Menos mal que no se lo ha dicho a *na*…

La puerta del 70 de Ridge Road se abre, y sale una mujer

extraordinariamente vieja, caminando con ayuda de dos bastones y envuelta en un abrigo de piel que le llega a los tobillos.

—¿Vas a quedarte ahí parada, jovencita? Pasa, pasa. No tolero bien el frío.

Sintiéndose fuera de su propio cuerpo —*observándose*—, Barbara se acerca al porche y sube los peldaños. Olivia Kingsbury le tiende una mano frágil.

—Con delicadeza, jovencita, con delicadeza. Sin apretar.

Barbara apenas roza los dedos de la vieja poeta y la asalta un pensamiento que es absurdamente pomposo y a la vez muy claro: *Estoy tocando la grandeza*.

Entran y recorren un corto pasillo revestido de madera.

—Sintética, sintética.

—¿Cómo? —pregunta Barbara, sintiéndose como una tonta.

—*Piel* sintética —dice Olivia—. Regalo de mi nieto. Ayúdame a quitármelo, ¿quieres?

Barbara desprende el abrigo de los hombros de la vieja poeta y lo sostiene plegado en el brazo. Lo sujeta con firmeza, por miedo a que se le resbale y caiga al suelo.

El salón es pequeño, y está amueblado con sillas de respaldo recto y un sofá situado delante de un televisor con la pantalla más grande que Barbara ha visto en la vida. Por alguna razón, no esperaba encontrar un televisor en casa de una poeta.

—Déjalo en la silla, por favor —dice Olivia—. Y tus cosas también. Marie lo guardará. Marie es mi Viernes. Lo cual viene al caso, porque hoy es viernes. Siéntate en el sofá, por favor. A mí me cuesta menos levantarme de las sillas. Eres Barbara. La chica a la que mencionó Emily en su mensaje. Encantada de conocerte. ¿Te has vacunado?

—Hummm, sí. Johnson and Johnson.

—Bien. Yo con Moderna. Siéntate, siéntate.

Sintiéndose aún fuera de sí, Barbara se quita las prendas de abrigo y las deja en la silla, que casi ha desaparecido bajo las inverosímiles pieles. No se explica cómo podía llevarlas una mujer tan menuda sin desplomarse bajo su peso.

—Muchas gracias por concederme un poco de su tiempo, señora Kingsbury. Me encanta su obra, es…

Olivia levanta las manos.

—Dejémonos de halagos de fan, Barbara. En este salón somos iguales.

Sí, ya, piensa Barbara, y sonríe ante una idea tan absurda.

—Sí —insiste Olivia—. *Sí*. Puede que en este salón mantengamos conversaciones fructíferas, o puede que no, pero si las mantenemos, tiene que ser como iguales. Me llamarás Olivia. Posiblemente al principio te costará, pero ya te acostumbrarás. Y puedes quitarte la mascarilla. Si contrajera la temible enfermedad pese a nuestro estado de vacunación y muriera, me convertiría en un montón de huesos muy

viejos.

Barbara obedece. En la mesa, junto a la silla de Olivia, hay un botón. Lo pulsa, y suena un timbre al fondo de la casa.

—Tomaremos un té y empezaremos a conocernos.

Ante la perspectiva de tomar otro té, a Barbara se le cae el alma a los pies.

Entra una mujer joven y esbelta que viste un pantalón de color beige y una sencilla blusa blanca. Sostiene una bandeja de plata con el servicio de té y un plato de galletas. Oreos, de hecho.

—Marie Duchamp, te presento a Barbara Robinson.

—Encantada de conocerte, Barbara —dice Marie. Luego se dirige a la vieja poeta—. Tienes una hora y media, Livvie. Luego es la hora de la siesta.

Olivia le saca la lengua. Marie le devuelve el favor. Barbara, sorprendida, de pronto se echa a reír, y al ver que las dos mujeres se ríen también, desaparece la sensación de otredad que antes experimentaba. Piensa que las cosas irán bien. Incluso se tomará el té. Al menos son tazas pequeñas, a diferencia del tazón interminable al que tuvo que enfrentarse en casa de los Harris.

Cuando Marie sale, Olivia dice:

—Es mandona, pero buena. Sin ella, estaría en una residencia. No me queda nadie.

Eso Barbara ya lo sabía, gracias a su investigación por internet. Olivia Kingsbury tuvo dos hijos de dos amantes distintos, y un nieto de uno de esos hijos, y los ha sobrevivido a todos. El nieto que le regaló el enorme abrigo de pieles murió hace dos años. Si Olivia llega al verano próximo, cumplirá cien años.

—Té de menta —informa Olivia—. Me dejan tomar cafeína por la mañana, pero no el resto del día. Alguna arritmia esporádica. ¿Puedes servir tú, Barbara? Un chorrito de crema de leche…, es de la auténtica, y no esa condenada mezcla de leche y crema…, más una pizca de azúcar.

—Para ayudar a pasar la medicina —se aventura a decir Barbara.

—Sí, y de la manera más deliciosa.

Barbara sirve para las dos y, a instancias de Olivia, coge un par de Oreos. El té está bueno. No es el brebaje turbio y fuerte de la profesora Harris que la indujo a vaciar furtivamente casi todo el tazón en el fregadero. Podría describirse en efecto como delicioso. Acude a su mente la palabra «vigorizante».

Se toman su té y se comen sus galletas. Olivia devora dos, salpicándose la pechera de migas a las que no presta la menor atención. Pregunta a Barbara por su familia, sus estudios, los deportes que ha practicado (Barbara hace atletismo y juega al tenis), si tiene novio o no (no actualmente). No menciona siquiera la poesía, y Barbara empieza a pensar que no lo hará, que la ha invitado hoy a su casa solo para romper la monotonía de otra tarde más sin nadie con quien hablar salvo la

mujer que trabaja para ella. Eso en cierto modo la defrauda, pero no tanto como quizá habría imaginado. Olivia es perspicaz, sutilmente ingeniosa y *actual*. He ahí el enorme televisor, por ejemplo. Y a Barbara le ha llamado la atención su uso informal de la palabra «fan», que no es lo que una esperaría oír de una anciana.

Solo más tarde, al regresar a casa en un estado de aturdimiento, Barbara comprenderá que Olivia ha estado trazando círculos en torno al motivo que la ha llevado allí, como para perfilar su tamaño y su forma. Para tomar las medidas a Barbara. Oírla hablar. Con delicadeza y mucho tacto, Barbara ha sido interrogada, como si de una entrevista de trabajo se tratase.

Marie vuelve a por la bandeja del té. Olivia y Barbara le dan las gracias. En cuanto se va, Olivia se inclina al frente y dice:

—Dime por qué escribes poesía. ¿De dónde sale el deseo?

Barbara se mira las manos y luego posa de nuevo la vista en la vieja poeta sentada ante ella. Esa vieja poeta cuyo rostro es poco más que un cráneo cubierto de piel, que no ha prestado la menor atención a las migas de Oreo esparcidas por el canesú de su vestido, que lleva unos voluminosos zapatos de anciana y unas medias de compresión rosas, pero que tiene unos ojos vivos y totalmente *presentes*. Barbara piensa que son unos ojos de mirada intensa. Casi vehemente.

—Porque no entiendo el mundo. Prácticamente ni siquiera *veo* el mundo. A veces me enloquece, y no es broma.

—Muy bien, ¿y al escribir poemas el mundo se vuelve más comprensible y menos loco?

Barbara recuerda cómo cambiaba el rostro de Ondowsky en el ascensor y cómo en aquel momento, cuando eso ocurrió, todo lo que ella creía entender sobre la realidad se desmoronó. Piensa en las estrellas en el límite del universo, invisibles pero incandescentes. Incandescentes. Y se ríe.

—¡No! ¡Se vuelve *menos* comprensible! ¡*Más* loco! Pero hay algo en el hecho de escribir… No sé explicarlo.

—Me parece que sí sabes —dice la vieja poeta.

Bueno, quizá. Un poco.

—A veces escribo un verso… o más de uno…, de cuando en cuando todo un poema… y pienso: «Listo. Ha quedado bien». Y es satisfactorio. Es como cuando sientes un picor en medio de la espalda, y crees que no conseguirás llegarte, pero lo consigues, apenas, y caray, qué…, qué sensación de *alivio*…

—Eliminar el picor proporciona alivio, ¿no? —dice la vieja poeta.

—¡Sí! —exclama Barbara casi gritando—. *¡Sí!* O incluso como si fuera una infección, una hinchazón, y tienes…, tienes que…

—Tienes que sacar el pus —apunta Olivia. Mueve el pulgar como un autoestopista—. Eso no lo enseñan en la universidad, ¿verdad? No. La idea de que el impulso creativo es una manera de deshacerse de un

veneno…, o una especie de defecación creativa…, no. Eso no lo enseñan. No se atreven. Es demasiado ordinario. Demasiado *corriente*. Dime un verso que hayas escrito que aún te guste. Que en su momento te produjera esa sensación de haber aliviado por fin el picor.

Barbara se queda pensativa. Ya no está nerviosa. Está concentrada en la conversación.

—Bueno, hay un verso en el poema que le envió la profesora Harris que aún me gusta: «Esa es la manera en que los pájaros cierran el cielo a puntadas cuando se pone el sol». No es perfecto, pero…

Olivia alza la mano como un agente de tráfico.

—En el poema que yo leí escribiste «Así es como». «Así es como los pájaros cierran el cielo a puntadas cuando se pone el sol».

Barbara se queda atónita. Olivia ha repetido el verso con toda exactitud, pese a que no tiene el poema delante.

—Sí. Fue la profesora Harris quien sugirió que cambiase «Esa es la manera en que» por «Así es como». Y eso hice.

—¿Porque pensaste que su versión de ese verso era mejor?

Barbara se dispone a contestar que sí, pero guarda silencio. Parece una pregunta trampa. No, no es eso, esta mujer no pretende tender trampas con sus preguntas (aunque Barbara piensa que Emily Harris tal vez lo haría). Sin embargo, la pregunta podría ser una prueba.

—En aquel momento, sí, pero…

—Pero ahora ya no estás tan segura. ¿Sabes por qué?

Barbara reflexiona y niega con la cabeza. Si la pregunta es una prueba, sospecha que no la ha superado.

—¿Podría ser porque tu versión original contiene palabras que se ajustan al *ritmo* del poema? ¿Podría ser porque «Esa es la manera en que» tiene una armonía y «así es como» suena como un ruido sordo, como una tecla muerta de un piano?

—Son solo dos palabras…, bueno, tres…

—Pero en un poema todas las palabras cuentan, ¿no? E incluso en el verso libre, *especialmente* en el verso libre, el ritmo siempre ha de estar presente. Tu versión es poesía. La de Emily es ramplona. ¿Se ofreció a ayudarte con tu trabajo, Barbara?

—Supongo que sí, en cierta forma. Dijo, creo recordar, que si no recibía noticias de usted, tal vez podía considerarla a ella parte interesada.

—Sí. Eso es muy propio de la Emily que yo conozco. Típico de Emily. Es controladora. Empezaría haciéndote sugerencias, y al final tus poemas se convertirían en sus poemas. Colaboraciones, en el mejor de los casos. Lo que hace ahora que está semijubilada no se le da mal, lo de cribar los textos de muestra para el taller de narrativa, pero como profesora, o como mentora, es como un instructor de autoescuela que siempre acaba quitando el volante al alumno. No puede evitarlo.

Barbara, calibrando la situación, se muerde el labio y decide

arriesgarse a ir un poco más allá.

—¿No le cae bien?

Ahora es la vieja poeta quien se detiene a pensar antes de contestar. Finalmente dice:

—Somos colegas.

Eso no es una respuesta, piensa Barbara. *O quizá sí.*

—Cuando yo daba clases de poesía en el Bell hace muchos años, teníamos despachos contiguos en el Departamento de Literatura, y cuando ella dejaba la puerta abierta, a veces yo oía las consultas de sus alumnos. Emily nunca levantaba la voz, pero a menudo se percibía una…, una especie de sometimiento. En general, los adultos saben enfrentarse a esas situaciones, pero otra cosa son los estudiantes, sobre todo los que están deseosos de complacer. ¿A *ti* te cayó bien?

—Me pareció aceptable. Dispuesta a hablar con una chica que en esencia irrumpió en su casa. —Pero Barbara se acuerda del té y lo nauseabundo que era.

—Ah. ¿Y conociste a su marido, la otra mitad de su legendario matrimonio por amor?

—Lo vi un momento. Estaba lavando el coche. En realidad, apenas hablamos.

—Ese hombre está mal de la cabeza —dice Olivia. No parece iracunda ni parece hablar en broma. Es una afirmación simple y llana, como «hoy está nublado»—. Por si no me crees, te diré que en Ciencias Biológicas, antes de retirarse, lo apodaban Ruidoso Roddy el Nutricionista Loco. Durante unos años, antes de abandonar el puesto…, aunque quizá conserve privilegios de acceso al laboratorio, eso no lo sé…, impartía un seminario de ocho semanas titulado «La carne es vida». Que a mí siempre me recordó al Renfield de *Drácula*. ¿Lo has leído? ¿No? Renfield es el mejor personaje. Encerrado en un manicomio, come moscas y repite una y otra vez «la sangre es la vida»… Joder, ya estoy divagando.

Barbara se queda boquiabierta.

—No te escandalices, Barbara. No puedes escribir bien sin cierto dominio de las obscenidades y sin la capacidad de contemplar la inmundicia. A veces incluso de ensalzar la inmundicia. Lo único que digo, no por envidia, no por un afán posesivo, es que te conviene mantenerte alejada de los profesores Harris. En particular de ella. —Olivia observa a Barbara—. Ahora, si me ves como una vieja envidiosa que difama a una antigua colega, ten la bondad de decirlo.

—Yo solo sé que su té era *espantoso* —contesta Barbara.

Olivia sonríe.

—Con eso daremos por zanjado el tema, ¿te parece? ¿En esa carpeta llevas tus poemas?

—Algunos. Los más cortos.

—Léeme algo.

—¿Seguro? —Barbara siente pavor. Barbara siente júbilo.

—Claro.

A Barbara le tiemblan las manos cuando abre la carpeta, pero Olivia no lo ve; se ha echado atrás en su silla y ha cerrado esos ojos de mirada intensa. Lee un poema titulado «Doble imagen». Lee otro titulado «El ojo de diciembre». Lee un tercero titulado «Hierba, a media tarde»:

Ha pasado la tormenta. Vuelve el sol.
El viento dice: Cuando soplo,
ordeno a tu millón de sombras
que repitan «Eternidad, eternidad».
Y eso es lo que hacen.

Después de este, la vieja poeta abre los ojos y llama a Marie de un grito. Tiene una voz asombrosamente potente. Barbara piensa con desazón que no ha dado la talla y que la mujer del pantalón beige va a acompañarla a la puerta.

—Te quedan veinte minutos, Livvie —dice Marie.

Olivia no le hace caso. Está mirando a Barbara.

—¿Tus clases son presenciales o a través de Zoom?

—Por ahora a través de Zoom —contesta Barbara. Espera no echarse a llorar antes de salir de ahí. Hasta hace un momento creía que todo iba bien, ese es el problema.

—¿Cuándo puedes venir? Para mí lo mejor es por la mañana. Es cuando estoy más despejada… o tan despejada como puedo estarlo hoy día. ¿Para ti es posible? Marie, trae la libreta.

Marie sale, y Barbara apenas alcanza a recuperar la voz.

—No tengo ninguna clase hasta las once.

—Si eres madrugadora, es perfecto.

Por lo general, Barbara no es madrugadora ni mucho menos, pero piensa que eso está a punto de cambiar.

—¿Puedes venir de ocho a nueve? ¿O hasta las nueve y media?

Marie ha regresado con una agenda. Dice:

—Nueve. Hasta las nueve y media es demasiado tiempo, Livvie.

Olivia no le saca la lengua, pero hace una mueca cómica, como una niña a quien han dicho que debe comerse el brécol.

—De ocho a nueve, pues. Lunes, martes y viernes. Los miércoles son para los condenados médicos, y los jueves para la cabrona de la fisioterapeuta. Menuda *arpía*.

—Sí puedo —dice Barbara—. Claro que puedo.

—Déjame los poemas que has traído. Trae más. Si tienes libros míos que quieres que te firme, tráelos la próxima vez y nos quitaremos esa bobada del medio. Te acompaño a la puerta. Busca a tientas sus bastones e inicia el lento proceso de ponerse en pie. Es como ver una maqueta de Meccano que se construye a cámara lenta. Marie hace ademán de ayudarla. La vieja poeta la aparta con un gesto y casi se cae

de nuevo en la silla.

—No hace falta que… —empieza a decir Barbara.

—Sí —dice Olivia. Da la impresión de que se ha quedado sin aliento —. Sí hace falta. Ponte a mi lado. Échame el abrigo por encima de los hombros.

—Sintética, sintética —dice Barbara sin pensar. Tal como escribe algunos versos, a menudo los mejores, sin pensar.

Olivia no solo se ríe; suelta una carcajada. Avanzan despacio por el corto pasillo, la vieja poeta casi invisible bajo el abrigo de pieles. Marie, inmóvil, las observa. *Probablemente preparada para recoger los pedazos si Olivia se cae y se hace añicos como un jarrón de porcelana antiguo*, piensa Barbara.

En la puerta, la vieja poeta agarra a Barbara por la muñeca con una de sus frágiles manos. En una voz baja acompañada de un soplo de ligero mal aliento, dice:

—¿Te preguntó Emily si tus poemas tenían que ver con lo que ella se complace en llamar «la experiencia negra»?

—Bueno…, dijo algo…

—El poema que vi yo y los que me has leído no guardan relación con el hecho de ser negra, ¿verdad?

—No.

La mujer le aprieta la muñeca.

—Voy a hacerte una pregunta, jovencita, y no me mientas. Ni se te *ocurra*. Prométemelo.

—Lo prometo.

La vieja poeta se inclina hacia ella y mira desde abajo el rostro joven de Barbara.

—¿Eres consciente de que esto se te da bien? —susurra.

Barbara piensa: *¿Cómo puede saberlo a partir de tres o cuatro poemas?*

Pero contesta también en un susurro:

—Sí.

2

Vuelve a casa aturdida, pensando en lo último que le ha dicho Olivia: «Los dones son frágiles. Nunca confíes los tuyos a personas que puedan romperlos».

No ha precisado en quién estaba pensando, ni Barbara necesitaba aclaración alguna. Ya ha conseguido lo que necesitaba y no prevé regresar a la casa de los Harris.

25 de julio de 2021

1

Holly entra en su despacho y todos los muebles han desaparecido. No solo el escritorio y las sillas, sino también el ordenador de sobremesa, el televisor y la moqueta. Su madre, de pie ante la ventana, mira hacia la calle, igual que Holly cuando está —por usar una expresión de Charlotte— «comiéndose el tarro». Charlotte se da la vuelta. Tiene los ojos muy hundidos en las cuencas y la cara de un amarillo grisáceo. Presenta el mismo aspecto que la última vez que Holly habló con ella en el hospital, poco antes de que entrara en coma.

—Ahora puedes venir a casa —dice Charlotte.

2

Cuando Holly abre los ojos, al principio no sabe bien dónde está, pero siente alivio al comprobar que no es en su despacho vacío. Mira alrededor y el mundo —el mundo real— cobra forma ante sus ojos. Es una habitación de la primera planta de un Days Inn, a medio camino de la ciudad. Su madre ha muerto. *Estoy a salvo* es su primer pensamiento una vez despierta.

Entra en el baño a orinar y se queda un rato sentada en el inodoro con la cara entre las manos. Es una persona horrible por establecer una correspondencia entre la muerte de su madre y la seguridad. Eso es así al margen de las mentiras de Charlotte.

Holly se ducha y se pone la ropa interior limpia mientras su madre le dice que siempre hay que lavar las prendas recién compradas antes de usarlas: *Vamos, Holly; nunca se sabe quién puede haberlas tocado antes, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?*

Han pasado dos notas por debajo de la puerta de la habitación. Una es la factura por una noche de estancia. La otra lleva el encabezamiento AVISO SOBRE EL BUFET DE DESAYUNO. Explica que los ocupantes de la habitación, en caso de estar vacunados, pueden disfrutar, si lo desean, del bufet de desayuno «en nuestro agradable comedor». En caso contrario, se les pide que tengan la gentileza de llevarse una bandeja a la habitación.

Holly nunca ha sido muy aficionada a los bufetes de desayuno de los

moteles, pero tiene hambre y, como está vacunada, desayuna en el pequeño comedor, donde el otro único huésped es un hombre obeso que mantiene la mirada fija en su móvil con hosca concentración. Holly prescinde de los huevos revueltos (en los bufetes de desayuno de los moteles los huevos están siempre poco hechos o pasados) y opta por una sola crepe gomosa, cereales Alpha-Bits en un bol de cartón y una taza de café malo. Coge una pasta envuelta en celofán y se la come junto a la máquina de hielo después de su primer cigarrillo del día. Según el indicador de temperatura y hora del banco situado al otro lado de la vía de servicio, ya alcanzan los veinticinco grados, y no son más que las siete de la mañana. Su madre está muerta y va a ser un día sofocante.

Holly vuelve a su habitación, averigua cómo funciona la pequeña cafetera —no le bastará con una taza, no después de ese sueño espantoso— y abre el iPad. Busca el vídeo de la cámara de seguridad del Jet Mart y lo mira. Lamenta que el puñetero objetivo de la cámara esté tan puñeteramente sucio. ¿A nadie se le había ocurrido nunca limpiarlo? Va al baño, cierra la puerta, apaga la luz, se sienta en la tapa del inodoro y, con la cara a ocho centímetros del iPad, vuelve a ver las imágenes.

Sale del cuarto de baño, se sirve un café —no tan malo como el del bufet pero casi— y se lo bebe ahí de pie. Después regresa al baño, cierra la puerta, apaga la luz y mira el vídeo por tercera vez.

20.04 del 1 de julio, hace poco más de tres semanas. Ahí está Bonnie, que se acerca en su bicicleta por Red Bank Avenue desde la universidad, en lo alto del promontorio. Se quita el casco. Se sacude el pelo. Deja el casco en el sillín de una bicicleta que posteriormente aparecerá abandonada avenida abajo, pidiendo a gritos que la roben. Entra en la tienda…

Holly rebobina. Bonnie se quita el casco, sacude el pelo y… Congela la imagen. Antes de que el cabello caiga de nuevo a los lados de la cara, Holly atisba un destello dorado. Agranda la imagen con los dedos, y no hay duda: es el pendiente triangular que Holly encontró entre la maleza.

—Esa chica está muerta —susurra—. Dios mío, está muerta.

Reinicia el vídeo. Bonnie coge el refresco de la nevera, inspecciona los tentempiés, está a punto de comprar un paquete de Ho Hos, cambia de idea, va al mostrador. El dependiente comenta algo, y los dos se ríen. Holly piensa: *Es una parada habitual para ella*. Tiene que hablar con ese dependiente. Hoy, de ser posible.

Bonnie guarda el refresco en la mochila. Dice algo más al dependiente. Él levanta el pulgar. Ella sale. Se pone el casco. Monta. Antes de alejarse pedaleando, dirige un último gesto de despedida al dependiente. Él se lo devuelve. Y eso es todo. El código de tiempo al pie de la pantalla indica 20.09.

Holly se levanta, tiende la mano hacia el interruptor del baño y se acomoda de nuevo en la tapa del inodoro. Vuelve a poner el vídeo desde

el principio, esta vez sin prestar atención a Bonnie y al dependiente. Lamenta que la cámara de seguridad no esté instalada un poco más abajo, pero su finalidad es, lógicamente, detectar posibles hurtos, no controlar el tráfico de Red Bank Avenue. Al menos no necesita fijarse en los vehículos que circulan cuesta arriba, solo en los que van en dirección al taller mecánico abandonado donde encontraron la bicicleta. Solo alcanza a ver la mitad inferior; el resto lo tapa la parte de arriba del escaparate de la tienda.

El secuestrador de Bonnie —Holly ya no duda que *fue* un secuestro— podría haber estado esperando en el taller mecánico, pero también podría haberla seguido y después haberse adelantado para aguardarla allí mientras ella hacía su parada de costumbre a medio camino.

Así reduciría al mínimo el tiempo que tenía que permanecer aparcado esperándola, piensa. *Menos probabilidades de llamar la atención y posiblemente despertar sospechas.*

Las ocho de una tarde entre semana, y la prolongación de la autopista ha absorbido la mayor parte del tráfico urbano hacia el centro. *Razón por la cual*, piensa, *muchos locales de ese tramo de Red Bank están cerrados, incluidos la gasolinera, el Quik-Pik y el taller mecánico.*

Cuenta los coches que pasan por delante de la tienda cuesta abajo: son solo quince, más dos camionetas y una furgoneta. Holly rebobina y vuelve a empezar. Esta vez detiene la secuencia en el momento en que pasa la furgoneta. Bonnie está inmóvil ante el estante de tentempiés. El dependiente coloca paquetes de tabaco en los espacios del expositor situado detrás de la caja.

Holly se acerca de nuevo la pantalla a la cara y amplía la imagen con los dedos. ¡Ese maldito objetivo sucio! Además, la mitad superior de la furgoneta queda tapada por la parte de arriba del escaparate. Distingue la mano izquierda del conductor en el volante: es una mano blanca, por si sirve de ayuda, aunque en realidad, no. Reduce la imagen al tamaño inicial. La furgoneta es de color blanco sucio o azul claro. Tiene una banda en el costado, en la parte inferior de la puerta del lado del conductor y la carrocería. La banda es indudablemente azul oscuro. Se pregunta si Pete o Jerome podrían decirle qué clase de furgoneta es. No muy convencida, piensa que, si alguien se propusiera secuestrar a una joven, tal vez una furgoneta sería lo más indicado. ¡Dios santo, si al menos viera la matrícula!

Holly envía el vídeo a Pete y a Jerome, y les pregunta si alguno es capaz de identificar la marca de la furgoneta, o como mínimo delimitar las posibilidades. Esta mañana el wifi funciona mejor, y antes de abandonar el motel, accede a la web de Personas Desaparecidas del Departamento de Policía de la ciudad y especifica 2018. Esta ciudad a orillas del lago tiene una población de casi cuatrocientos mil habitantes, y por tanto no le sorprende encontrar más de cien nombres en la lista. Peter Steinman figura entre ellos. Ellen Craslow, no, probablemente

porque nadie denunció su desaparición; Keisha supuso que había dejado el trabajo, quizá para volver a Georgia. Al lado de los nombres de cinco personas cuya desaparición se denunció, consta la fecha en que fueron halladas, junto con una única palabra: FALLECIDO.

3

En el coche, durante el viaje de regreso a la ciudad, Holly se siente incómoda al pensar en la ropa interior de Dollar General, recién comprada pero sin lavar, y llega a la conclusión de que su madre en realidad no ha muerto, ni morirá hasta que muera ella misma. Se desvía por la salida de Ridgeland, consulta las anotaciones de su iPad en un semáforo en rojo y va a Eastland Avenue, que no está lejos del Bell College. No le pasa inadvertido el hecho de que el caso de Bonnie la lleva una y otra vez a la zona de la universidad.

En la ladera sur del promontorio, trazando una curva hacia el parque, se alzan las casas victorianas señoriales; a este lado hay viviendas para estudiantes, la mayor parte edificios de apartamentos de tres plantas. Algunos presentan un aspecto bastante cuidado, pero en otros muchos se observan señales claras de deterioro: desconchones de pintura, jardines desastrados. En algunos de los jardines se ven latas de cerveza tiradas, y en uno un hombre hinchable de seis metros de altura se dobla, chirría y agita sus largos brazos rojos. Holly supone que lo habrán robado en un concesionario de coches.

Atraviesa una zona comercial de dos manzanas dedicada a los estudiantes universitarios: tres librerías, un par de tiendas para fumadores de hierba (una de ellas llamada Grateful Dead), muchas pizzerías, hamburgueserías y taquerías, y al menos siete bares. En este caluroso domingo, cerca ya de las doce del mediodía, la mayoría de los locales están cerrados y apenas se ven peatones. Más allá de las tiendas, los restaurantes y los tugurios, empiezan de nuevo los edificios de apartamentos. En el jardín del número 2395 de Eastland, no hay hombre hinchable; en su lugar se alzan entre la hierba reseca más de veinte flamencos. Uno lleva una boina sujeta con una cinta; un sombrero vaquero cubre la cabeza de otro; un tercero asoma de un falso pozo de los deseos.

Humor universitario, piensa Holly, y para junto al bordillo.

Esa casa tiene solo dos plantas, pero se desparrama por toda la finca, como si el constructor original no hubiera sido capaz de parar. Cinco coches se apretujan en el camino de acceso, parachoques con parachoques y costado con costado. En la hierba hay un sexto que a Holly le parece demasiado cansado y próximo a la muerte para quejarse.

Sentado en el peldaño de hormigón de la entrada, un joven fuma un cigarrillo o un canuto con la cabeza gacha. Levanta la vista cuando

Holly se apea del coche —ojos azules, barba negra, cabello largo— y luego vuelve a bajar la cabeza. Holly zigzaguea entre los flamencos, que probablemente a algún chico o chicos se le antojaron el no va más del ingenio juvenaliano.

—Eh, hola. Me llamo Holly Gibney, y querría saber…

—Si eres mormona o una adventista de esas, vete.

—No lo soy. ¿No serás por casualidad Tom Higgins?

Ante eso, el joven levanta la vista. Hilillos rojos vetean sus brillantes ojos azules.

—No. No soy yo. Vete. Tengo la peor resaca de la historia, joder. —Señala a su espalda con la mano—. Dentro están todos durmiendo la mona.

—Después de la fiebre del sábado noche, llega el bajón de la mañana del domingo —se aventura a decir Holly.

El joven de la barba se ríe y hace una mueca.

—Gran verdad, pequeño saltamontes.

—¿Te apetece un café? Hay un Starbucks en esta misma calle.

—Buena idea, pero dudo que sea capaz de llegar hasta allí.

—Te llevo en coche.

—¿Y pagas tú, Dolly?

—Me llamo Holly. Y sí, pago yo.

4

En otras circunstancias, llevar en el coche a un desconocido —grande, barbudo y resacoso— quizá habría puesto los nervios de punta a Holly, pero este joven, que se llama Randy Holsten, le parece más inofensivo que Pee-Wee Herman, al menos en su estado actual. Randy baja la ventanilla del acompañante del Prius de Holly y asoma la cara hacia la brisa caliente, como un perro lanudo deseoso de detectar cualquier olor que flote en el aire. Eso complace a Holly. Si vomita, será fuera, no dentro. Lo que le recuerda el viaje de Jerome al hospital con Vera Steinman.

El Starbucks está poco concurrido. Varios clientes parecen también resacosos, aunque quizá no tanto como el joven señor Holsten. Holly pide un café doble para él y un americano para ella. Ocupan unas sillas fuera bajo la exigua sombra del alero. Holly se baja la mascarilla. El café está fuerte, está bueno, y acaba con la maldición del brebaje que ha tomado antes en el motel. Cuando Holsten empieza a dar señales de cierta vitalidad renovada, le pregunta si Tom Higgins también está durmiendo la mona en la Casa de los Flamencos.

—No. Está en Los Vagos. Al menos que yo sepa. Billy e Hinata siguieron hasta Los Ángeles, pero Tom se quedó allí. Cosa que no me sorprende.

Holly frunce el ceño.

—¿Los Vagos?

—Así la llamamos, hermana. Me refiero a Las Vegas. Una ciudad hecha a medida de Su Excrecencia Monseñor Higgins.

—¿Cuándo se fue?

—En junio. A mediados. Y se fue sin pagar su parte del alquiler. Cosa muy propia de Tom, te diré.

Holly recuerda el breve y brutal retrato de Tom Higgins ofrecido por Keisha: «chulo», «fracasado», «porrero».

—¿Seguro que fue a mediados de junio? ¿Y esos otros dos se marcharon con él?

—Sí. Fue poco después de la fiesta del Día de la Emancipación que organizaron en el barrio. Y sí, los tres se marcharon en el Mustang de Billy. Tom el Terrible es de los que se aprovechan de los colegas hasta que no queda nada más que aprovechar. Supongo que al final se dieron cuenta. Y, hablando de aprovecharse de la gente, ¿puedo tomar otro de estos?

—Yo pago, tú lo traes. Uno para mí también.

—Otro americano.

—Sí, por favor.

Cuando regresa con los cafés, Holly dice:

—Da la impresión de que Tom no te caía muy bien.

—Al principio, sí. Tiene su encanto, aunque enseguida lo pierde, como el acabado de un anillo barato… Y desde luego la chica con la que salía le venía muy pero que *muy* grande.

—Bien expresado. Te encuentras mejor, ¿verdad?

—Un poco. —Holsten niega la cabeza…, pero con suavidad—. Nunca más.

Hasta el próximo sábado por la noche, piensa Holly.

—En todo caso, ¿a qué viene esto? ¿A qué se debe tu interés en Tom?

Holly se lo explica, sin mencionar a Ellen Craslow y a Peter Steinman. Randy Holsten escucha fascinado. Holly siente curiosidad por ver cuánto tarda en desaparecer la rojez de sus ojos. Cuanto mayor se hace, más la asombra la resistencia de los jóvenes.

—Bonnie, sí. Así se llamaba. Ha desaparecido, ¿eh?

—Sí. ¿La conocías?

—Solo nos cruzamos. En una fiesta. Puede que una o dos veces más. La fiesta debió de ser en Nochevieja. Esa chica era una bomba. Qué piernas…, larguísimas. —Holsten sacude una mano, como si hubiera tocado algo caliente—. Tom la trajo, pero no puede decirse que en nuestra casa estuviera en su *ambiente*, no sé si me explico.

—¿No le gustaban los flamencos?

—Son una nueva incorporación. No la he visto desde aquella fiesta. Rompió con él, ya lo sabes. Hablé un poco con ella. Lo típico de las fiestas, ya te imaginas… Y me parece que la ruptura ocurrió en ese

momento. O poco después. Yo estaba en la cocina. Allí fue donde hablamos. A lo mejor vino para alejarse del parloteo, o a lo mejor para alejarse de Tom. Él se quedó en el salón, probablemente intentando pillar droga.

—¿Qué te dijo ella?

—No me acuerdo. Yo estaba bastante borracho. Pero si estás pensando que igual él le hizo algo, olvídalo. Tom elude los enfrentamientos. Es más de: ¿me prestas cincuenta hasta el viernes?

—¿Y estás seguro de que no ha vuelto aquí desde junio? —Le dice lo mismo que a Keisha—. Es solo que no quiero dejar cabos sueltos.

—Si ha vuelto, yo no lo he visto. No creo. Como te he dicho, Las Vegas es la ciudad ideal para él.

—¿Tienes su número de teléfono?

Él lo busca en su móvil, y Holly lo anota, aunque ya se plantea tachar a Tom Higgins de su lista de posibles sospechosos, y en todo caso nunca había figurado entre los primeros. Aunque tampoco puede decirse que tenga una lista.

—Si lo llamas, te saldrá un robot de esos que no hacen más que repetir el número y pedirte que dejes un mensaje.

—Filtra las llamadas.

—Es lo que hacen los tíos como Tom. Debe dinero, creo. No solo el alquiler atrasado.

—¿Cuánto alquiler debe?

—Su parte de dos meses. Junio y julio. Quinientos dólares.

Holly saca una tarjeta del bolso y se la ofrece.

—Si se te ocurre algo más, por ejemplo algún comentario que te hiciese ella en la fiesta, llámame.

—Uy, no sé qué decirte. Yo estaba grogui. Lo único que tengo claro es que era guapa. Como he dicho, a Tom le venía grande.

—Lo entiendo, pero por si acaso.

—Vale. —Se guarda la tarjeta en el bolsillo de atrás del vaquero, donde seguramente se quedará, imagina Holly, hasta que pase por la lavadora y acabe hecha borra. Randy Holsten sonríe. Es una sonrisa encantadora—. Creo que Tommy empezaba a aburrirla. De ahí la ruptura.

Holly lo lleva de vuelta al desparramado edificio de apartamentos. Como ya está relativamente mejor, mantiene la cabeza dentro del coche. Le da las gracias por el café, y ella le pide de nuevo que la llame si se acuerda de algo, aunque es pura rutina. Está casi segura de que ya le ha sonsacado todo lo que puede ofrecer, que se reduce a un número de teléfono que es probable que no la lleve a ninguna parte.

Aun así, cuando regresa a la zona comercial de Eastland Avenue, ocupa una plaza de aparcamiento vacía —hay muchas— y marca el número de Tom Higgins. En Las Vegas son dos horas menos, no *tan* temprano. El timbre suena una vez, y a eso sigue la voz robótica sobre la

que la ha prevenido Holsten. Holly se identifica, dice que Bonnie Dahl ha desaparecido y pide a Tom que le devuelva la llamada (lo llama «señor Higgins»). Luego va a casa, se ducha de nuevo y mete en la lavadora la ropa interior de Dollar General.

5

Mientras la lavadora hace su trabajo, Holly entra en Twitter e introduce el nombre Craslow. No espera encontrar una larga lista —es un apellido que nunca había oído—, y solo aparecen doce. Dos Craslow tienen puestas en Twitter fotos de personas negras, un hombre y una mujer. Dos son mujeres blancas. Las otras ocho utilizan siluetas en blanco o avatares.

Holly recurre a Facebook, Instagram y Twitter de manera rutinaria en su trabajo. Eso no se lo enseñó Bill; él era de la vieja escuela. Puede enviar mensajes por Twitter a los doce Craslow desde uno de sus distintos alias en las redes sociales, algo sencillo: «Busco información sobre Ellen Craslow, del condado de Bibb, Georgia. Si la conoce, contésteme, por favor». Incluso si el Craslow de quien espera obtener información no está en Twitter, es muy probable que una de esas doce personas sea pariente suyo y le transmita el mensaje. Pan comido, no tiene ninguna complicación, lo ha hecho en otras ocasiones cuando buscaba a personas desaparecidas (sobre todo fugitivos en libertad bajo fianza) y animales perdidos. No hay ninguna razón para no hacerlo ahora, pero, inmóvil, mira con expresión ceñuda la lista de nombres en la pantalla de su ordenador de sobremesa.

¿Por qué vacila?

No se le ocurre ninguna razón concreta, pero la intuición le dice que no lo haga. Decide posponer ese siguiente paso lógico y reflexionar al respecto. Puede pensar en ello en el camino hacia el Jet Mart, donde espera hablar con el dependiente que atendió a Bonnie.

Cuando se dispone a salir, le suena el móvil. Piensa que será Penny, para que la ponga al corriente, o tal vez Tom Higgins desde Las Vegas, en el supuesto de que esté allí. Sin embargo, es Jerome, y perceptiblemente agitado.

—Piensas que alguien se la llevó en esa furgoneta, ¿verdad?

—Creo que es una posibilidad. ¿Puedes darme alguna información sobre el vehículo?

—He mirado en muchas webs de coches, y podría tratarse de una Toyota Sienna. *Podría.* El objetivo de esa cámara de vigilancia estaba sucísimo…

—Lo sé.

—… y solo se ve la mitad inferior. Pero no es una Chevrolet Express, eso te lo aseguro. Podría ser una Ford, pero si fuese la ronda final de

Jeopardy, diría que es una Sienna.

—De acuerdo, gracias. —No es que sirva de gran ayuda.

—Tenía algo raro.

—¿Sí? ¿Qué?

—No lo sé. He pasado el vídeo más de diez veces y aún no lo sé.

—¿La banda? ¿Esa banda azul que se ve muy abajo?

—No, no es eso, muchas furgonetas tienen bandas. Es otra cosa.

—Bueno, si lo descubres, infórmame.

—Lástima que no tengamos la matrícula.

—Sí —dice Holly—. ¿A que estaría bien?

—¿Holly?

—Aquí sigo. —Ahora camino del ascensor.

—Creo que es un asesino en serie. De verdad.

6

Está saliendo del aparcamiento cuando le suena otra vez el móvil. En la pantalla se lee NÚMERO DESCONOCIDO. Deja el coche en punto muerto y acepta la llamada. Está casi segura de que el señor Número Desconocido es Tom el Terrible.

—Hola, soy Holly Gibney, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tom Higgins. —De fondo se oyen bocinazos electrónicos, pitidos electrónicos y tintineos. Sonidos de casino. Se disipa cualquier duda en cuanto a si Tom Higgins está en Las Vegas o no—. Puede ayudarme explicándome qué quiere decir eso de que Bonnie ha desaparecido.

—Un momento. Déjeme aparcar.

Holly ocupa una plaza vacía. Nunca habla por teléfono mientras conduce a menos que sea absolutamente imprescindible y piensa que quienes sí lo hacen son imbéciles. No solo es ilegal; además, es peligroso.

—¿Adónde ha ido?

Holly se plantea preguntarle qué parte de «desaparecido» no entiende. No obstante, le aclara que la ha contratado la madre de Bonnie y lo pone al corriente de lo que ha averiguado hasta el momento. Que no es mucho. Cuando termina, se produce un largo silencio. No se molesta en preguntarle si sigue ahí; continúan los bocinazos y los pitidos.

Finalmente él dice:

—Ya.

Eso es todo lo que tienes que decir, piensa Holly.

—¿Se le ocurre adónde puede haber ido, señor Higgins?

—No. La dejé el invierno pasado. Ella pedía…, sin decirlo a las claras, ya sabe cómo son algunas mujeres…, un compromiso a largo plazo, y yo ya estaba planeando este viaje.

Por lo que yo sé, fue ella quien te dejó a ti, se abstiene de decir Holly.

—¿Le parece normal que se marchara sin decírselo a nadie?

—Según usted, se lo dijo a todo el mundo —contesta Tom—. Dejó una nota, ¿no?

—Sí, pero ¿sin previo aviso? ¿Dejando la bicicleta para que la robase cualquiera? ¿Era así de impulsiva?

—A veces…

Esa cauta respuesta induce a Holly a pensar que Tom está diciendo lo que cree que ella quiere oír.

—¿Sin llevarse ropa? ¿Y sin usar la tarjeta de crédito o el móvil durante las últimas tres semanas?

—¿Y qué? Imagino que se hartó de su madre. Bonnie la odiaba con toda su alma.

No según Keisha. Según Keisha, aún se querían bastante. De hecho, Penny va de un lado a otro con la foto de su hija pegada en el coche.

—Imagino que no ha llamado a nadie por miedo a que su madre envíe a la Policía Montada de Canadá. O a alguien como usted. Está impaciente por tenerla de vuelta en casa y controlar su vida.

Holly decide cambiar de tema.

—¿Se lo está pasando bien en Las Vegas, señor Higgins?

—Sí, esto es fantástico. —El entusiasmo sustituye a la cautela—. Es una ciudad en la onda.

—Por lo que oigo, está usted en un casino.

—Sí, en el Binion's. De momento solo soy camarero, pero estoy abriéndome camino. Además, dan buenas propinas. Y, hablando de trabajo, casi se me ha terminado el descanso. Encantado de hablar con usted, señora Gibley. Le diría que ojalá encuentre a Bonnie, pero, como trabaja para la Reina Bruja, la verdad es que no puedo decírselo. Culpa mía, supongo.

—Una cosa más antes de irse, si no le importa.

—Que sea rápido. El gilipollas de mi jefe ya me está haciendo señas.

—He hablado con Randy Holsten. Debe usted quinientos dólares de alquiler.

Tom se echa a reír.

—Por mí como si ese me lo pide de rodillas.

—Soy yo quien se lo pide —contesta Holly—. Sé dónde trabaja. Puedo decirle a mi abogado que llame a la administración de su empresa y exija que retengan esa cantidad de su sueldo. —No sabe si de verdad puede hacerlo, pero desde luego suena bien. Por teléfono siempre se le aguza el ingenio. Y se muestra más segura de sí misma.

Esta vez su reacción no es de entusiasmo ni de cautela. Parece dolido.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así? ¡No trabaja para Randy!

—Porque —dice Holly con el mismo tono remilgado que ha empleado con Jerome— tengo la impresión de que no es usted buena persona. Por muy diversas razones.

Un momento de silencio, salvo por los bocinazos y los pitidos. A

continuación:

—Lo mismo digo, zorra.

—Adiós, señor Higgins. Le deseo un buen día.

7

Holly cruza la ciudad en dirección al Jet Mart de Red Bank Avenue en un estado de extraña satisfacción, de extraña ingravidez. Piensa: *Una zorra entra en un bar y pide un mai tai*.

Ni siquiera descubrir que el dependiente al que busca no está en la tienda hace mella en su buen humor. En todo caso, debería haberlo previsto; si ese hombre tiene antigüedad suficiente en el puesto para conocer a Bonnie como clienta habitual, no es raro que tenga los domingos libres. Se dirige al dependiente de servicio, un joven con un desafortunado estrabismo, y describe al empleado al que busca.

—Ese es Emilio —contesta el joven—. Emilio Herrera. Vendrá mañana, de tres a once. A las once es cuando cierra este tugurio.

—Gracias.

Holly se plantea acercarse a la universidad y hacer unas preguntas sobre Ellen Craslow en el Campanario y el edificio de Ciencias Biológicas, pero ¿para qué? No es solo un domingo en pleno verano, sino además un domingo en pleno verano de *covid*. El Bell College de Artes y Ciencias estará más muerto que un fósil. Mejor volver a casa, poner los pies en alto y pensar. Sobre la razón por la que ha vacilado ante la idea de ponerse en contacto con los Craslow que ha encontrado en Twitter. Sobre si la furgoneta de las imágenes de la cámara se seguridad significa algo. A veces un puro es solo un puro y una furgoneta es solo una furgoneta. Sobre si de verdad ha dado con el rastro de un asesino en serie.

Suena el móvil. Es Pete Huntley. En cuanto llega al aparcamiento de su edificio, se enciende un cigarrillo y le devuelve la llamada.

—No sé qué marca de furgoneta es esa —dice él—, pero tiene algo raro.

—Solo que no sabes qué es exactamente.

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

—Porque Jerome ha dicho lo mismo. ¿Por qué no hablas con él? Quizá entre los dos lo aclaréis.

8

Esa noche Holly no puede dormir. Permanece tumbada boca arriba, con las manos entrelazadas entre los pechos y la vista fija en la oscuridad. Piensa en la bicicleta de Bonnie, que pedía a gritos que la robaran.

Piensa en Peter Steinman, conocido como Fétido entre sus amigos. El monopatín abandonado pero devuelto a su madre. ¿Tiene la madre de Bonnie la bicicleta de su hija? Seguro que sí. Piensa en Keisha, cuando dijo que no podían ni verse pero aún se querían bastante. Y piensa en Ellen Craslow. *Eso* es lo que la mantiene en vela.

Se levanta, va a su ordenador de sobremesa y abre Twitter. Usando su alias preferido —FandeLaurenBacall—, envía mensajes a los doce Craslow para preguntarles si alguno dispone de información sobre Ellen Craslow del condado de Bibb, Georgia. Agrega la pregunta al último tuit de cada Craslow. Eso excluye la privacidad, pero ¿qué más da? Ninguno tiene más de diez o doce seguidores. Hecho esto, vuelve a la cama. Durante un rato sigue insomne, inquieta por la idea de que, de algún modo, ha sido un error, pero ¿cómo va a serlo? El error habría sido no hacerlo. ¿O no?

Sí.

Al final se duerme. Y sueña con su madre.

15 de febrero de 2021-
27 de marzo de 2021

1

Barbara y Olivia Kingsbury inician sus reuniones. Siempre toman té, servido por Marie Duchamp, que parece tener un suministro inagotable de blusas blancas y pantalones beige. Invariablemente llega acompañado de galletas. A veces de jengibre, a veces de mantequilla, a veces Chips Ahoy, pero con más frecuencia Oreos. Olivia Kingsbury siente debilidad por las Oreos. Cada mañana a las nueve, Marie aparece en la puerta del salón y les anuncia que es hora de acabar. Barbara se echa a los hombros la mochila y sale camino del instituto. Puede asistir a clase por Zoom desde casa, pero tiene permiso para utilizar la biblioteca, donde hay menos distracciones.

A mediados de marzo, ya se despide de Olivia con un beso en la mejilla al marcharse.

Los padres de Barbara saben que tiene entre manos un proyecto especial y dan por supuesto que es en el instituto. Jerome sospecha que es en otro sitio, pero no trata de sonsacarle los detalles. En varias ocasiones Barbara está a punto de hablarles de sus reuniones con Olivia. Lo que la disuade es, sobre todo, el proyecto especial de Jerome, el libro que está escribiendo sobre su bisabuelo, un libro que va a publicarse. No quiere que su hermano mayor piense que está imitándolo, o intentando de algún modo aprovechar su éxito. Además, es *poesía*, lo que, en opinión de Barbara, queda un tanto frívolo en comparación con el texto de su hermano, un libro de historia sólido y bien documentado sobre los gángsteres de Chicago en los tiempos de la Depresión. *Además*, es algo íntimo. Secreto, como el diario que escribía en los inicios de su adolescencia, que volvió a leer a los diecisiete años (al menos hasta donde pudo soportarlo) y luego quemó un día que no había nadie en casa.

A cada reunión —cada «seminario»— lleva un poema nuevo. Olivia insiste en que así sea. Cuando Barbara dice que algunos de los nuevos no son buenos, no están «terminados», la vieja poeta rechaza sus objeciones con un gesto. Afirma que da igual. Sostiene que lo importante es mantener el canal abierto y permitir que las palabras fluyan. «Si no —dice—, el canal puede obstruirse. Y después secarse».

Leen en voz alta… o mejor dicho, lee Barbara; Olivia selecciona los

poemas, pero dice que debe reservar lo que le queda de voz. Leen a Dickey, Roethke, Plath, Moore, Bishop, Karr, Eliot e incluso a Ogden Nash. Un día pide a Barbara que lea «Congo», de Vachel Lindsay. Barbara obedece, y cuando acaba, Olivia le pregunta si considera ese poema racista.

—Y tanto —responde Barbara, y se echa a reír—. Es racista a más no poder. ¿«Negros mocetones crasos en una taberna»? ¿Me lo dices en serio?

—No te gusta, pues.

—Sí. Me *encanta*. —Y suelta otra carcajada, en parte de asombro.

—¿Por qué?

—¡Por el ritmo! *¡Parecen pisotones! Bumlay, bumlay, bumlay, bum.* Es como una canción que no logras quitarte de la cabeza, una melodía de lo más pegadiza.

—¿Está la poesía por encima de la raza?

—¡Sí!

—¿Está por encima del racismo?

Barbara tiene que pararse a pensar. En este salón, con el té y las galletas, siempre tiene que pensar. Pero eso la llena de entusiasmo, casi de júbilo. Nunca se siente más viva que cuando está en presencia de esta anciana arrugada de mirada intensa.

—No.

—Ah.

—Pero si yo pudiera escribir un poema como este sobre Maleek Dutton, lo haría sin dudarlo. Solo que el bumlay bum sería un disparo de pistola. Es el chico que…

—Ya sé quién era —la interrumpe Olivia, y señala el televisor—. ¿Por qué no lo intentas?

—Porque no estoy preparada —contesta Barbara.

2

Olivia lee los poemas de Barbara y pide a Marie que haga copias de todos, y cuando Barbara vuelve —no cada vez, solo alguna—, le recomienda que introduzca un cambio o busque otra palabra. Siempre repite uno de dos comentarios: o bien «No estabas presente cuando escribiste esto» o bien «Eras el público en lugar de la autora». En una ocasión dice a Barbara que solo está autorizada a admirar lo que escribe una vez: durante el proceso de composición. «Después, Barbara, debes ser implacable».

Cuando no hablan de poemas y poetas, Olivia anima a Barbara a que le hable de su vida. Barbara le cuenta que se crio en el seno de la CMA —así es como su padre llama a la clase media-alta— y que a veces le incomoda que la traten bien y a veces le avergüenza e indigna al mismo

tiempo que la gente actúe como si no la viera. No es solo que suponga que se comportan así por el color de su piel; le consta que es por eso. Tal como le consta que, cuando entra en una tienda, los empleados la vigilan por si roba algo. Le gustan el rap y el hip-hop, pero la expresión «mi negrata» la violenta. Cree que no debería sentirse así, incluso le gusta la canción de YG, pero no puede evitarlo. Dice que esas letras deberían violentar a los blancos, no a ella. Sin embargo, las cosas son como son.

—Cuenta eso. Muéstralo.

—No sé cómo.

—Busca la manera. Busca las imágenes. No en las ideas, sino en las cosas, pero deben ser cosas auténticas. Cuando tu mirada, tu corazón y tu mente están en armonía.

Barbara Robinson es joven, apenas tiene edad para votar, pero ha vivido situaciones horrendas. Atravesó un breve periodo suicida. La experiencia de la Navidad pasada con Chet Ondowsky en el ascensor fue aún peor; cercenó su concepto de realidad. Hablaría de esas cosas a Olivia pese a que son demasiado fantásticas para darles crédito, pero cada vez que aborda el tema —por ejemplo, cuando estuvo a punto de arrojarse ante una camioneta que se acercaba en una calle de Lowtown—, la vieja poeta levanta la mano como un policía al parar el tráfico y niega con la cabeza. Se le permite hablar de Holly, pero cuando Barbara intenta contarle cómo la salvó de la explosión de una bomba durante un concierto de rock en el auditorio Mingo, ella vuelve a levantar la mano. *Alto.*

—Esto no es psiquiatría —dice Olivia—. No es terapia. Es *poesía*, querida. El talento estaba presente antes de que te ocurrieran cosas horribles, vino con el equipamiento de fábrica, como el de tu hermano, pero el talento es un motor inactivo. Se alimenta de todas las experiencias no resueltas de tu vida, de los *traumas* no resueltos, si prefieres llamarlo así. De todos los conflictos. Todos los misterios. Todas las partes profundas de tu personalidad que te parecen no solo desagradables sino aborrecibles.

Olivia alza un puño. Barbara advierte que el gesto le duele, pero lo hace de todos modos, cerrando los dedos con fuerza, clavándose las uñas en la piel de la palma de la mano.

—Eso guárdatelo —dice—. Guárdatelo tanto como puedas. Es tu tesoro. Lo consumirás y luego te basarás en el recuerdo del éxtasis que en otro tiempo sentiste, pero, mientras lo tengas, guárdatelo. Úsalo.

No dice si los poemas nuevos que le lleva Barbara son buenos o malos. No en ese momento.

Por lo general, es Barbara quien habla, pero muy de vez en cuando Olivia sube una marcha y, con una mezcla de humor y tristeza, se abandona a sus reminiscencias sobre los círculos literarios de los años cincuenta y sesenta, que ella llama «el mundo desaparecido». Los poetas con los que se ha cruzado, los poetas a los que ha conocido, los poetas a quienes ha amado, los poetas (y al menos un novelista galardonado con el premio Pulitzer) con quienes se ha acostado. Habla de la aflicción de perder a su nieto, y de que es una de las cosas sobre las que no puede escribir. «Es como una piedra en la garganta», dice. También habla de su larga trayectoria en la docencia, casi toda ella «en lo alto de la cuesta», refiriéndose al Bell College.

Un día de marzo, mientras Olivia habla de las seis semanas de residencia en la universidad de Sharon Olds y de lo maravillosa que fue esa etapa, Barbara pregunta por el taller de poesía.

—¿No había antes uno de narrativa y uno de poesía? ¿Como en Iowa?

—Exactamente igual que en Iowa —confirma Olivia. Su boca se contrae en un cúmulo de arrugas, como si hubiera probado algo de un sabor desagradable.

—¿No había solicitudes suficientes para mantenerlo?

—Había solicitudes de sobra. No tantas como para el taller de narrativa, claro, y siempre generaba pérdidas, pero como el taller de narrativa sí es rentable, los dos se compensaban. —Los pliegues de su boca se hacen más profundos—. Fue Emily Harris quien propuso suprimirlo. Adujo que, si se eliminaba, no solo podríamos atraer autores de narrativa más destacados, sino que además aumentaríamos considerablemente el presupuesto general del Departamento de Literatura. Hubo protestas, pero al final el argumento de Emily se impuso, pese a que, según creo, por entonces ya era emérita.

—Qué lástima.

—Pues sí. Yo sostuve que el prestigio del taller de poesía del Bell era algo que tener muy en cuenta, y Jorge…, ese hombre me *caía bien*…, dijo que debíamos mantenerlo por una cuestión de responsabilidad. «Tenemos que predicar con el ejemplo», dijo. Emily respondió a eso con una sonrisa. Tiene una sonrisa especial para esas ocasiones. Es parca, sin enseñar los dientes, pero, a su manera, tan afilada como una hoja de afeitar. «Nuestras responsabilidades no se reducen a unos cuantos aspirantes a poeta, querido Jorge». Aunque ella no lo «quería» en absoluto. Nunca le inspiró simpatía, e imagino que se alegró cuando él se esfumó. Seguramente incluso le molestó que Jorge asistiera a aquella reunión. —Hace una pausa—. Lo invité yo, de hecho.

—¿Quién era Jorge? ¿Daba clases aquí?

—Jorge Castro fue nuestro escritor residente en el curso académico 2010-2011, y parte del 2012. Hasta que, como decía, se esfumó.

—¿Es el autor de *La ciudad olvidada*? Es uno de los títulos de nuestra lista de lecturas para el verano. —Aunque Barbara no tiene previsto

leerlo; en junio habrá terminado el instituto.

—Sí. Es una novela excelente. Sus tres novelas son buenas, pero posiblemente esa es la mejor. Era un apasionado defensor de las virtudes de la poesía, pero no pudo votar cuando llegó el momento. No era miembro del claustro, claro.

—¿Qué quiere decir que «se esfumó»?

—Fue un asunto raro, triste y no poco misterioso. Se aparta del tema que vienes a tratar aquí (si Jorge escribió poesía, yo no la vi), pero te lo contaré si quieres.

—Por favor.

En ese preciso momento entra Marie, y anuncia a Olivia y a Barbara que ya es la hora. La vieja poeta levanta la mano con su peculiar gesto, como quien da el alto.

—Cinco minutos más, por favor —dice.

Y cuenta a Barbara la extraña desaparición de Jorge Castro en octubre de 2012.

4

El último sábado de marzo, mientras Barbara, hecha un ovillo en el salón, lee *La ciudad olvidada* de Jorge Castro, le suena el móvil. Es Olivia Kingsbury, y dice:

—Creo que te debo una disculpa, Barbara. Puede que haya cometido un grave error. Tendrás que decidirlo tú. ¿Puedes venir a verme?

26 de julio de 2021

1

Holly se levanta con el sol. Toma un tazón de gachas de avena y fruta; luego va al ordenador y abre Twitter. Ha recibido una respuesta a sus indagaciones sobre Craslow. Elmer Craslow (fan de los Eagles, seguidor de MAGA, ¡Vamos, Nyack!) dice que nunca ha oído hablar de Ellen Craslow, del condado de Bibb, Georgia. Para Holly, no es una gran decepción. Tiene otras once posibilidades. En béisbol hacen falta tres strikes para quedar eliminado.

Mientras se calza las zapatillas para su paseo matutino —es cuando mejor piensa—, le suena el móvil. Es Jerome, y se le nota eufórico. Con la voz un poco ahogada por la mascarilla que lleva puesta, la informa de que va en un Uber camino del aeropuerto. Se marcha a Nueva York.

Holly se alarma.

—¿En *avión*?

—Es el medio de transporte habitual cuando uno viaja mil quinientos kilómetros —contesta él, y se echa a reír—. Relájate, Hollyberry, llevo el carnet de vacunación y no me quitaré la mascarilla en ningún momento mientras esté en el aire. De hecho, ahora la llevo, como ya habrás notado.

—¿Por qué a Nueva York? —Pero naturalmente ya lo sabe—. ¡El libro!

—Anoche me llamó el editor. Dijo que podía mandarme el contrato, o yo podía ir allí y firmarlo hoy, ¡y me entregaría un cheque por cien mil dólares! Dice que no es la práctica habitual, pero le han dado luz verde para hacer una excepción. ¿A que es de locos?

—Es de locos y es maravilloso, siempre y cuando no te pongas enfermo.

—Según las estadísticas, Hols, en Nueva York ahora hay menos riesgo que en nuestra ciudad. No llegaré a la hora de comer…, una pena, la comida con el editor viene a ser una tradición…, pero dice que podemos vernos esta tarde para tomar unas hamburguesas y unas cervezas. Vendrá mi agente, a quien solo conozco por Zoom, también de locos. El editor dijo que en otro tiempo nos habría llevado al Four Seasons, pero ahora lo mejor que puede conseguir es el Blarney Stone. Que a mí ya me basta.

Habla atropelladamente, pero a Holly no le importa. Lo que sí le

importa es la idea de que viaje en avión, donde el aire recircula y cualquiera podría tener covid, pero no puede por menos de alegrarse por su exultación. *Un viaje improvisado a Nueva York en el verano del covid*, piensa. ¡Qué bueno es ser joven y, hoy en particular, qué bueno es ser Jerome!

—Diviértete y, hagas lo que hagas, no pierdas ese cheque.

—De eso se ocupará mi agente —contesta él—. ¡Uau, esto es alucinante! Casi hemos llegado a la terminal, Hollyberry.

—Que tengas buen viaje y, cuando vayas al restaurante, no te olvides de sentarte fue…

—Sí, mamá. Una cosa más, ahora que te tengo al teléfono. Imprimí una copia del plano de MapQuest de Deerfield Park y alrededores. Marqué en rojo los sitios donde vieron por última vez a Bonnie y a Pete Steinman. No sabemos dónde desapareció Ellen Craslow, pero sí que trabajaba en el campus, así que marqué el Union. Si lo quieres, te lo dará Barbara. Lo he dejado en mi mesa.

—Ya conozco las ubicaciones —responde Holly con cierta aspereza. Se acuerda del tío Henry cuando decía: «No acabo de caerme de un guindo».

—Sí, pero verlas marcadas pone los pelos de punta. Deberías averiguar si hay más. Ya hemos llegado. Tengo que dejarte.

—¿Cuándo vuelves?

—Puede que me quede un par de días o puede que vuelva mañana.

—Si estás pensando en Broadway, los teatros están ce…

—Tengo que salir a toda prisa, Hollyberry. —Y pam, se fue.

—Me molesta que me llames así. —Pero sonríe. Porque en realidad no le molesta, y Jerome lo sabe.

2

Está paseando cuando vuelve a sonarle el móvil.

—¿Quién es tu papá? —pregunta Pete Huntley.

—Tú no, Pete. Pero te noto contento. Además, ya no pareces enfermo.

—He resurgido de las cenizas del covid como un hombre nuevo —contesta él, y lo estropea con un arranque de tos—. Casi. He encontrado a tu chica, Holly.

Ella se detiene.

—¿A Ellen Craslow?

—Bueno, no a *ella*, pero tengo su UDC. —«Última dirección conocida»—. También su foto, que enseguida te envío. He llamado a la oficina de recursos humanos del Bell en cuanto han abierto. ¿No estás orgullosa de mí?

—Mucho. ¿Cuál es la dirección?

—El 11114 de MLK Boulevard. Está tan en el límite de Lowtown como

es posible sin salirse del barrio.

—Gracias, Peter.

—No hay de qué, forma parte del trabajo. —Ahora adopta un tono serio—. Crees que están relacionados, ¿verdad? ¿Dahl, Craslow y el chico al que Jerome le seguía el rastro?

—Creo que *podrían* estarlo.

—No vas a hablar del asunto con Isabelle, ¿no?

—Todavía no.

—Bien. Actúa por tu cuenta, Hol. Yo haré lo que pueda desde aquí. Estoy un poco en cuarentena, ¿sabes?

—Lo sé.

—Yo puedo hacer de Mycroft Holmes y tú de Sherlock. ¿Qué tal llevas lo de tu madre?

—Poco a poco —dice Holly. Pone fin a la llamada.

Al cabo de cinco segundos, suena el tono de mensaje entrante. Es de Pete. Espera hasta llegar a casa, porque quiere ver la fotografía en el iPad, que tiene la pantalla más grande. Lo que le ha mandado es la tarjeta de identificación de Ellen Craslow expedida por el Bell College, que aún es válida; no caduca hasta octubre. La foto muestra a una mujer negra de pelo oscuro cortado en forma de casquete. No se la ve risueña ni ceñuda, simplemente mira a la cámara con una expresión de neutralidad serena. Es guapa. Holly le calcula alrededor de treinta años, lo que coincide con lo que le ha dicho Keisha. Debajo de su nombre se lee: PERSONAL DE LIMPIEZA DEL BELL COLLEGE DE ARTES Y CIENCIAS.

—¿Dónde estás, Ellen? —susurra Holly, pero lo que piensa es: *¿Quién se te llevó?*

3

Media hora después recorre lentamente Martin Luther King Boulevard. Ha dejado atrás las tiendas, las iglesias, los bares, los supermercados y los restaurantes. Pete ha dicho que esa dirección está tan al borde de Lowtown como es posible sin salirse del barrio. También está prácticamente tan al borde de la ciudad como es posible sin salirse de ella; MLK no tardará en convertirse en la Estatal 27. Más adelante ve campos donde pacen vacas, y también un par de silos. Empieza a pensar que Pete le ha dado una dirección equivocada pese a que el GPS le indica que va bien, pero al final llega al parque de caravanas Elm Grove. Lo delimita una cerca de estacas. Las caravanas están limpias y bien cuidadas. Son de distintos tonos pastel y cada una dispone de su parcela de hierba. Se ven muchos parterres con flores. Una calle de asfalto serpentea entre las caravanas. El GPS le anuncia que ha llegado a su destino.

Al comienzo de esta calle, hay un grupo de buzones cuyos números

van desde el 11104 hasta el 11126. Holly entra despacio en el parque de caravanas y se detiene cuando un par de niños en traje de baño, uno blanco y uno negro, cruzan la calle tras una pelota playera sin pararse a mirar. Levanta el pie del freno, pero vuelve a pisarlo cuando aparece un perro pequeño de color canela que persigue a los niños. Enfrente de una caravana azul celeste, con una foto de Barack Obama pegada al interior de la contrapuerta, una mujer con una pamela para protegerse del calor, cada vez más intenso, riega sus flores con un cubo.

En el centro del parque de caravanas, se alza un edificio verde con un letrero encima de la puerta en el que se lee OFICINA. Al lado hay otro edificio verde cuyo cartel reza LAVANDERÍA. Entra en este una mujer que lleva la cabeza envuelta con un pañuelo y carga una cesta de plástico llena de ropa. Holly aparca, se pone la mascarilla y se dirige a la oficina. En el mostrador, ve una placa en la que pone STELLA LACEY, ADMINISTRADORA. Detrás del mostrador, una mujer robusta juega al solitario en su ordenador. Mira de reojo a Holly y dice:

—Si busca una caravana libre, lo siento. Estamos completos.

—Gracias, pero no es el caso. Me llamo Holly Gibney. Soy investigadora privada y estoy intentando localizar a una mujer.

Al oír las palabras «investigadora privada», Stella Lacey pierde interés en la partida y centra la atención en Holly.

—¿En serio? ¿A quién? ¿Qué ha hecho?

—Nada, que yo sepa. ¿La reconoce?

Holly le muestra el móvil. Lacey lo coge y se lo acerca a la cara.

—Claro. ¡Esta es Ellen Caslow!

—Craslow —corrige Holly—. Me gustaría saber si recuerda usted cuándo se marchó exactamente.

—¿Por qué?

—Quiero saber adónde fue. Trabajaba en la universidad. El Bell College, ¿sabe?

—Conozco el Bell College —responde Lacey, al parecer un poco molesta, con el subtexto: *No soy tonta*—. Me parece que Ellen trabajaba allí en la conserjería.

—En el servicio de limpieza, sí. Señora Lacey, solo quiero asegurarme de que Ellen está bien.

El resquemor de Lacey —si es que era eso, y no solo imaginaciones de Holly— desaparece.

—De acuerdo, ya veo. ¿Sabe cuál era su caravana?

—La 11114, esa es la dirección que tengo.

—Exacto, exacto, una de las que están detrás de la lavandería, al lado de la piscina de los niños. Déjeme comprobarlo. —El solitario desaparece. Lo sustituye una hoja de cálculo. Lacey la desplaza hacia abajo en la pantalla, mira con los ojos entornados, se pone unas gafas y vuelve a desplazarla—. Aquí está. Ellen Craslow. Alquilaba por periodos de medio año. Pagó de julio a diciembre de 2018. Luego se fue.

Se vuelve hacia Holly y se quita las gafas con un gesto enérgico.

—Ahora me acuerdo. Phil, mi marido, mantuvo esa caravana desocupada hasta finales de enero del 19, porque era una buena inquilina. Sin gritos, sin discusiones, sin música a todo volumen, sin polis apareciendo a las dos de la mañana. Es la clase de inquilino que preferimos y la única clase que aceptamos a largo plazo.

—No lo dudo.

—Aquí hay gente que lleva mucho tiempo, señora Gibley. Los señores Cullen viven aquí desde hace, diría, veinte años. Nos gustan las personas mayores, a Phil y a mí. Ellen tenía solo veintitantos años, pero nos aseguró que no armaba ruido, así que nos arriesgamos. Y cumplió su palabra. —Menea la cabeza—. Con esa unidad perdimos una mensualidad. Ahí se quedó, vacía. Me parece que Phil estaba encaprichado de ella, aunque no habría llegado a ninguna parte ni teniendo treinta años en lugar de sesenta. Diría que ella era de la otra acera, no sé si me entiende.

—La entiendo. —Eso coincide además con la impresión de Keisha.

—¿Ha desaparecido de verdad? O sea, no solo de aquí.

Holly mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Desde alrededor del Día de Acción de Gracias de 2018.

—¿Y alguien ha decidido buscarla ahora? En fin, no sé por qué me sorprendo. Así son las cosas con los negros.

—La cuestión es que nadie denunció la desaparición —explica Holly—. Quizá no haya desaparecido. Era de Georgia y tal vez volvió a casa. Estoy intentando localizar a sus familiares, pero la verdad es que acabo de empezar.

—Pues nada, siga con lo suyo. Y, por cierto, no hace falta que se ponga mascarilla. Eso del coronavirus es un engaño como una casa.

—¿Qué ocurrió con las pertenencias de Ellen? ¿Lo sabe?

—Pues mire, no. Las caravanas se alquilan amuebladas, claro, pero ella debía de tener sus propias cosas, ¿no?

—Cabría pensar que sí —coincide Holly.

—Esta semana Phil está en Akron. En la feria de caravanas. Pero si Ellen hubiera dejado algo, me lo habría dicho. Siempre me lo dice. Aquí tenemos una buena clientela, señora Gibby, pero de cuando en cuando alguien se… —Levanta la mano e imita un trote con los dedos índice y medio—. A veces, en esos casos, encontramos objetos abandonados, que mandamos a la Primera Iglesia Baptista o a la tienda de Goodwill. Si es que vale la pena guardarlo, claro.

—¿Cuánto tiempo estuvo Ellen aquí?

Lacey se pone las gafas y abre otra hoja de cálculo.

—Llegó en marzo de 2016. ¿Dos años y medio? Sí, debía de tener cosas. ¿Quiere que llame a Phil? Aunque seguro que me lo habría dicho.

—Estaría bien —dice Holly—. ¿Hay algún vecino cerca de la 11114 que quizá la recuerde?

Lacey se detiene a pensar.

—A lo mejor la señora McGuire, de la 11110. No está justo al lado, pero solo las separa la piscina de los niños. Me parece que Ellen e Imani McGuire eran amigas. Hacían la colada juntas, ¿sabe? Las mujeres hablan mucho en esos momentos. Y ahora estará en casa. Su marido todavía trabaja a media jornada en el depósito municipal de vehículos, pero Imani se retiró de algún otro empleo en el ayuntamiento. Hoy por hoy solo hace punto y ve la televisión. Esa viejecita teje sin parar. Además, vende sus labores, en ferias de artesanía y similares. Puede que ella sepa adónde se fue Ellen.

No si Ellen fue secuestrada en las inmediaciones de Deerfield Park, piensa Holly. *Eso está a kilómetros de aquí.* Pero hablará con Imani McGuire. Holly es admiradora del héroe detective de Michael Connelly, Harry Bosch, y en especial de la máxima preferida de Bosch: mueve el culo y empieza a llamar a las puertas.

—Hablaré con Phil para ver si sabe qué pasó con sus cosas. Casi seguro que la caravana estaba vacía (salvo por las comodidades modernas, ya sabe) cuando la alquilamos en febrero de 2019. Podría hablar usted con los Jones. Viven allí ahora, pero los dos trabajan. ¿Y qué van a saber ellos? Ellen se había marchado hacía ya tiempo cuando se instalaron aquí. —Menea la cabeza—. ¡Dos años desaparecida! ¡Qué lástima! Pásese luego por aquí, señora Gibsy; llamaré a Phil ahora mismo.

—Gracias.

—Y le aconsejo que se deshaga de esa mascarilla. El corona no es más que un cuento para vender cojines mágicos en las noticias de la tele.

4

Imani McGuire, alta y delgada, luce un afro tan blanco que lo alto de su cabeza parece un vilano de diente de león. Su caravana, pintada de color amarillo canario, es de doble ancho. Una bonita jarapa cubre el suelo en la zona de estar: círculos concéntricos de colores verde y canela. Las paredes —de un material sintético que debería parecerse a la madera y no lo consigue— están revestidas de fotografías en las que los McGuire aparecen en diversas etapas de su vida. Ocupa el lugar de honor un retrato nupcial. El novio viste el uniforme blanco de la armada. La novia, con un afro negro en lugar de blanco, presenta un parecido extraordinario con Angela Davis. Imani no tiene el menor inconveniente en hablar, pero antes hace una pregunta.

—¿Está vacunada?

—Sí.

—¿Con dos dosis?

—Sí. Moderna.

—Entonces quítese la mascarilla. A mí me pusieron la segunda en abril.

Holly se quita la mascarilla y se la guarda en el bolsillo. Sobre la jarapa hay unos sillones reclinables La-Z-Boy orientados hacia televisor, de pantalla no mucho mayor que la del iPad Pro de Holly. Del brazo acolchado de uno de ellos cuelga un jersey a medio tejer del mismo color amarillo vivo que el exterior de la caravana. Debajo hay una canasta con madejas del mismo amarillo.

Imani levanta su labor y se la extiende sobre el regazo. En el televisor, Drew Carey ensalza los premios de *El precio justo*. Imani alza el mando a distancia y apaga el televisor.

—Perdone que interrumpa su día.

—Ah, no, me encanta tener compañía —dice Imani—, y además ya han hecho girar la ruleta. Es la mejor parte. Después viene el escaparate, y ya me dirá usted para qué quiere un viejo gordo que vive de la Seguridad Social un par de motocicletas y equipo de acampada. Me juego lo que sea a que, si ganan, venden los premios. Es lo que haría yo. —Las agujas ya vuelan, y el suéter crece visiblemente ante los ojos de Holly.

—Va a quedar precioso.

—Es un horror hacer punto un día en que las temperaturas, según dicen, pasarán de treinta grados, pero al final el frío siempre llega… o llegaba, porque han desgraciado tanto el clima que ya es difícil saber qué va a pasar de un año para el siguiente. Pero si la nieve cae y el lago se hiela, alguien comprará esto en el mercadillo de la parroquia. Tengo otros ya guardados, además de bufandas y manoplas. Saco un buen dinero por estas cosas, más de lo que gana Yardley, pero, mientras trabaja en el depósito municipal, no me da la lata… Ni yo se la doy a él, supongo. Nos conviene a los dos. Le diré que cincuenta y dos años son un camino puñeteramente largo desde el altar. Y parte de él pedregoso. Y ahora, ¿en qué puedo ayudarla?

Holly le cuenta cómo se conocieron Keisha y Ellen Craslow, y que Ellen se perdió de vista sin más: un día estaba allí y al siguiente desapareció.

—Envié su nombre a otros Craslow con cuenta en Twitter, pero hasta el momento solo he recibido noticias de uno, y no ha servido de ayuda.

—Ni servirá ninguno de los otros, por lo que sé de ella. Se ha ido a cualquier sitio menos a Traverse, Georgia. Esa chica es un encanto, señorita Gibney…

—Holly. Por favor.

Imani asiente con la cabeza.

—Un encanto, más lista que el hambre, y *fuerte*. Saldrá adelante.

—Dice usted que no volverá a su pueblo, donde supongo que tiene a los suyos. ¿Por qué?

—Tiene familia, sí, pero ella está muerta para ellos, y ellos lo están

para ella. No encontrarás nada en Facebook.

—¿Qué pasó?

Durante lo que parece una eternidad, solo se oye el golpeteo de las agujas de Imani. Mira el suéter amarillo con el ceño fruncido. Por fin alza la vista.

—¿Está obligada una investigadora como tú al secreto profesional? ¿Como un abogado, un sacerdote o un médico?

Holly piensa que no es una pregunta real, sino una prueba. Sospecha que Imani ya lo sabe. Y en cualquier caso da igual. En realidad, la sinceridad es la mejor política.

—Estoy obligada a cierto grado de confidencialidad, pero no tanta como los abogados o los sacerdotes. En determinadas circunstancias, tendría que hablar con la policía o la fiscalía sobre un caso determinado, pero en esta ocasión no intervienen ni unos ni otros. —Holly se inclina hacia delante—. Lo que me diga, señora McGuire, quedará entre nosotras.

—Llámame Immi.

—De acuerdo. —Holly sonríe. Tiene una buena sonrisa. Jerome le dice que no la utiliza lo suficiente.

—Voy a aceptar tu palabra, Holly. Porque yo apreciaba a esa chica. Desde luego la compadecía por sus problemas. Solo quiero que sepas que a mí no me gusta el cotilleo ni los trapos sucios.

—Tomo nota —dice Holly—. ¿Puedo encender el móvil para grabar la conversación?

—No, no puedes. —Prosigue el golpeteo de las agujas—. Creo que, si fueras un hombre, ni siquiera te lo contaría. A Yard nunca se lo he contado. Pero las mujeres sabemos más que ellos. ¿O no?

—Sí. Por supuesto.

—De acuerdo, pues. Ellen (siempre fue Ellen, nunca Ellie) se convirtió en una indeseable para su familia a los doce o trece años, cuando dejó de comer carne o cualquier producto a base de carne. Era una vegetariana absoluta. No, eso no es exacto. Una *vegana* absoluta. Su familia pertenecía a una de esas sectas ultraortodoxas, la Primera Iglesia No Reformada de Yo Sé Más Que Tú, y cuando ella dejó de comer carne, empezaron a citar la Biblia a diestro y siniestro. El pastor la orientó.

Imani puso un énfasis irónico en «orientó».

—Yo misma soy una ultraortodoxa renegada y me consta que uno siempre puede encontrar un texto sagrado en el que sustentar sus creencias, y esa gente encontró textos de sobra. En Romanos se dice que las personas débiles solo comen verdura. En el Deuteronomio, el Señor promete comeréis carne. En Corintios dice: comed todo lo que esté a la venta en el mercado de carne. ¡Ja! Eso debió de encantarles en Wuhan, de donde salió esta maldita peste. Más tarde, cuando Ellen tenía catorce años, la sorprendieron con otra chica.

—Oh, oh —dice Holly.

—Exacto: oh, oh. Intentó fugarse, pero la obligaron a volver. Su familia. No sabrás por qué, imagino.

—Porque Ellen era su cruz y debían cargar con ella —contesta Holly, recordando momentos en los que su propia madre decía cosas así, siempre precedidas de un suspiro y un «Ay, Holly».

—Eso mismo. Tú lo entiendes.

—Sí —dice Holly, y algo en su voz abre la puerta al resto de la historia, que acaso de otro modo Imani no le habría contado.

—Cuando tenía dieciocho años, la violaron. Eran hombres enmascarados, con esos pasamontañas que se pone la gente cuando va a esquiar, pero Ellen reconoció a uno por el tartamudeo. Era de su parroquia. Cantaba en el coro. Ellen dijo que tenía buena voz y que al cantar no tartamudeaba. Discúlpame.

Levanta el dorso de una mano y se enjuga el ojo izquierdo. A continuación las agujas reanudan su vuelo sincronizado. Contemplar los reflejos del sol en ellas resulta hipnótico.

—¿Sabes de qué le hablaron? ¡De la carne! De que iban a darle carne. ¿Es que no le gustaba? ¿Es que no le parecía buena? Eso era algo que una *chica* no podía darle. Ellen me contó que uno de ellos intentó metérsela en la boca y le dijo que comiese carne. Y Ellen le advirtió que, si lo hacía, se quedaría sin ella. Ese chico en particular le soltó un golpetazo en la cabeza, y durante el resto del episodio estuvo consciente solo en parte. ¿Y adivinas cuál fue el resultado de aquello?

Holly también eso lo sabe.

—Quedó embarazada.

—Efectivamente. Acudió a Planificación Familiar y allí se ocuparon de eso. Cuando sus padres se enteraron (no sé cómo, ella no me lo contó), le dijeron que ya no formaba parte de la familia. La excomulgaron. Su padre afirmó que era una asesina comparable al Caín del Génesis y le dijo que se fuera a donde se fue Caín, al este del Edén. Pero Traverse, Georgia, no era el Edén para Ellen, nada más lejos, y no se fue al este. Se fue al norte. Fue encontrando trabajos manuales, y de eso vivió durante diez años, hasta que acabó aquí, en la universidad.

Holly permanece en silencio, sin apartar la mirada de las agujas. Piensa que, en comparación con Ellen Craslow, a ella no le ha ido tan mal. Mike Sturdevant le colgó el mote de Mongo-Mongo, pero no la violó.

—No me contó todo eso de golpe. Fue saliendo a trozos. Excepto la última parte, sobre la violación y el aborto. Eso sí salió de golpe. Mantuvo la mirada fija en el suelo todo el tiempo. Se le quebró la voz en una o dos ocasiones, pero no lloró. Estábamos en la lavandería, al lado de la oficina, las dos solas. Cuando terminó, le puse dos dedos debajo de la barbilla y le dije: «Chica, mírame». Ella me miró. Dije: «A veces, en esta vida, Dios nos pide que paguemos por adelantado, y tú pagaste un alto coste. De ahora en adelante tendrás una buena vida. Una vida

dichosa». Fue *entonces* cuando lloró. Ten, coge un Kleenex.

Holly no se da cuenta de que ella misma está llorando hasta que acepta el pañuelo y se seca los ojos.

—Ojalá no me equivocara en eso —dice Imani—. Espero que, dondequiera que esté, le vaya bien. Pero no lo sé. Lo de que se marchara tan repentinamente… —Menea la cabeza—. La verdad es que no lo sé. La mujer que vino a por sus cosas (la ropa, el portátil, una tele pequeña, sus pajaritos de cerámica y demás) dijo que Ellen se volvía a Georgia, y me chocó. Tampoco es que volver al *sur* quiera decir volver a *casa*… Georgia no se reduce a ese pueblucho de mierda, con perdón. Quizá aquella mujer dijera algo sobre Atlanta.

—¿Qué mujer? —pregunta Holly. Se han encendido todas sus luces interiores.

—No recuerdo cómo se llamaba… Dickens, Dixon, algo así…, pero parecía una persona normal. —Algo en la expresión de Holly alarma a Imani—. ¿Por qué no iba a serlo? Cuando vi que entraba y salía, me acerqué a ver qué pasaba y fue bastante amable. Dijo que conocía a Ellen de la universidad y tenía sus llaves. Reconocí la pata de conejo de la suerte que Ellen llevaba en el llavero.

—¿Esa mujer conducía una furgoneta? ¿Una con una banda azul en el costado, muy abajo?

Holly está segura de que la respuesta será sí, pero se lleva una decepción.

—No, era una ranchera pequeña. No sé qué modelo, pero Yard sí lo sabría, porque trabaja en el depósito municipal de vehículos y eso. Y él estaba aquí. Se quedó en la puerta cuando yo me acerqué a la caravana, para asegurarse de que no pasaba nada raro. ¿Hice mal?

—No —contesta Holly, y en efecto lo piensa. Imani no podía saber en modo alguno si ocurría algo fuera de lo normal. De hecho, la propia Holly no está del todo segura de que en la ya desventurada vida de Ellen Craslow se hubiera producido una desventura más—. ¿Cuándo vino esa mujer?

—Caray, no sé. Ha pasado mucho tiempo, pero creo que entre Acción de Gracias y Navidad. Acababa de caer la primera nevada importante, de eso sí me acuerdo, pero supongo que ese dato no te servirá de gran cosa.

—¿Cómo era?

—Vieja —responde Imani—. Tenía al menos diez años más que yo, y acabo de cumplir los setenta. Y blanca.

—¿La reconocerías si volvieras a verla?

—Quizá —dice Imani. No parece muy convencida.

Holly le entrega una tarjeta de Finders Keepers y le pide que su marido la llame si recuerda qué clase de coche era.

—Incluso la ayudé a sacar el ordenador portátil y parte de la ropa —añade Imani—. La pobre anciana parecía dolorida. Ella dijo que no, pero

reconozco una ciática en cuanto la veo.

27 de marzo de 2021

Cuando Barbara llega a la casa victoriana de la vieja poeta en Ridge Road, radiante y con las mejillas sonrojadas tras recorrer tres kilómetros en bicicleta, Marie Duchamp está sentada en el sofá con Olivia. Marie parece preocupada. Olivia parece angustiada. Barbara probablemente parece desconcertada, porque así es como se siente. No imagina por qué considera Olivia que debe disculparse.

Marie es la primera en hablar.

—La animé yo, y llevé el sobre a correos. Así que, si tienes que echarle la culpa a alguien, échamela a mí.

—Eso es absurdo —la interrumpe Olivia—. He obrado mal. Sencillamente no tenía ni idea… y no sé, puede que te alegres…, pero en cualquier caso no tenía derecho a hacer lo que hice sin tu permiso. Es inadmisible.

—No entiendo nada —dice Barbara mientras se desabrocha el abrigo —. ¿Qué habéis hecho?

Las dos mujeres —una en la flor de la vida, la otra una muñeca marchita que pronto cumplirá cien años— se miran y luego se vuelven hacia Barbara.

—El premio Penley. —La boca de Olivia, temblorosa, se frunce de un modo que a Barbara siempre le recuerda a un antiguo bolso con cierre de cordel.

—No sé qué es eso —dice Barbara, aún más confusa que antes.

—El nombre completo es premio Penley para Jóvenes Poetas. Lo patrocinan conjuntamente las editoriales neoyorquinas conocidas como las Cinco Grandes. No me extraña que no lo conozcas, porque en esencia eres autodidacta y no lees las revistas literarias. ¿Para qué vas a leerlas, si no hay mercado para la poesía? Pero la mayoría de los estudiantes de Filología matriculados en los cursos de escritura sí lo conocen, como conocen también el premio Nuevas Voces o el premio de narrativa Jóvenes Leones. El plazo de presentación de originales para el premio Penley se abre cada año a partir del 1 de marzo. Hay miles de participantes, y la respuesta es rápida. Porque la mayoría de los textos son rimas facilonas y espantosas, supongo.

Ahora lo entiende Barbara.

—Tú…, ¿qué? ¿Les has enviado alguno de mis poemas?

Marie y Olivia cruzan una mirada. Barbara es joven, pero reconoce la culpabilidad en cuanto la ve.

—¿Cuántos?

—Siete —contesta Olivia—. Breves. Las normas especifican que deben ser menos de dos mil palabras. Me impresionaba tanto tu obra…, la ira…, el terror…, que… —No parece saber cómo continuar.

Marie coge la mano de Olivia.

—Yo la animé —repite.

Esperan que ella se enfade, advierte Barbara. No es así. Solo está un tanto atónita. Ha mantenido su poesía en secreto no porque se avergüence de ella, o porque le preocupe que la gente se ría (bueno…, quizá un poco), sino porque teme que si se la enseña a alguien, aparte de Olivia, quizá disminuya la presión que siente para seguir escribiendo. Y hay algo más, o más bien alguien: Jerome. Aunque en realidad ella escribe poemas —sobre todo en su diario— desde que tenía doce años, mucho antes de que él empezara a escribir.

Después, en los dos o tres últimos años, algo ha cambiado. Ha dado un salto misterioso no solo en cuanto a aptitud, sino también en cuanto a ambición. Eso la lleva a pensar en un documental que vio sobre Bob Dylan. Un cantante folk del Greenwich Village dijo en los años sesenta: «Era solo un guitarrista más que intentaba parecerse a Woody Guthrie. Y de pronto era Bob Dylan».

Lo mismo le ha pasado a ella. Tal vez su encontronazo con Brady Hartsfield tuviera algo que ver, pero no cree que fuera solo eso. Piensa que algo —un circuito de su cerebro antes latente— se activó.

Entretanto, las dos mujeres la miran como un par de colegialas a las que han sorprendido fumando en el baño de la escuela, lo cual es absurdo, y Barbara no está dispuesta a admitirlo.

—Olivia. Marie. Dos chicas de mi clase se hicieron selfis desnudas, supongo que para sus novios, y las imágenes acabaron en internet. *Eso sí* es bochornoso. ¿Esto? No tanto. ¿Ha llegado una carta de rechazo? ¿Ese es el problema? ¿Puedo verla?

Ellas intercambian otra de esas miradas. Olivia dice:

—El jurado del Penley hace una preselección. El número de candidatos varía, pero siempre es una lista *muy* larga. A veces son sesenta, a veces ochenta…, este año son noventa y cinco. Es ridículo incluir a tantos, pero… eres una de ellos. Marie tiene la carta.

Hay una única hoja en la mesa rinconera al lado de donde está sentada Marie. Se la entrega a Barbara. Es un papel elegante, pesado. En lo alto, un membrete en relieve muestra una pluma de ave y un tintero. Va dirigida a Barbara Robinson, c/d Marie Duchamp, Ridge Road, n.º 70.

—Me sorprende que no te enfades —dice Olivia—. Y lo agradezco, por supuesto. Ha sido un comportamiento de lo más arbitrario. A veces pienso que se me ha caído el cerebro por el trasero.

—Pero yo… —prorrumpe Marie.

—La has animado, ya lo sé —susurra Barbara—. Sí ha sido arbitrario,

supongo, pero fui yo quien se presentó aquí un día con sus poemas. Eso también fue arbitrario. —No fue exactamente así como sucedió, y en todo caso apenas se oye a sí misma. Está leyendo la carta por encima.

Dice que el comité del premio Penley tiene el placer de informar a la señorita Barbara Robinson, de Ridge Road, n.º 70, que ha entrado en la preselección de candidatos al premio Penley y que, si desea seguir adelante, tenga la amabilidad de presentar una colección de poemas más extensa, no más de cinco mil palabras en total, antes del 15 de abril. No poemas de «extensión épica», por favor. Incluye también un párrafo de autobombo dedicado a los ganadores anteriores del premio Penley. Barbara conoce tres de los nombres por sus lecturas. No, cuatro. Concluye con una felicitación «por su excelente trabajo».

Deja la carta a un lado.

—¿Cuál es el premio?

—Veinticinco mil dólares —responde Olivia—. Más de lo que ganan muchos buenos poetas con su poesía en toda su vida. Pero no es la parte importante. Se publica una selección de la obra del ganador, y no a cargo de una editorial pequeña, sino de una de las que participan. Este año es Random House. El libro siempre llama la atención. El año pasado el ganador apareció en televisión con Oprah Winfrey.

—Hay alguna posibilidad de que yo… —Barbara se interrumpe. El mero hecho de decirlo se le antoja un disparate.

—Es muy improbable —dice Olivia—. Pero, si quedaras finalista, recibirías atención. Habría bastantes probabilidades de que una editorial pequeña publicara tu colección. La única duda es si quieres seguir adelante o no. Desde luego tienes poemas suficientes para el paso siguiente a la preselección y, si continúas escribiendo, estoy segura de que tendrás suficientes para un libro.

Barbara no alberga la menor duda sobre cuál es su deseo, ahora que unos cuantos desconocidos han visto sus poemas y dado su aprobación; la duda es cómo proceder. Dice:

—Os habría dejado presentar los poemas, claro. En caso de que me lo hubierais preguntado. Como dice la canción, una chica puede soñar.

A Olivia se le sonrojan las mejillas. Barbara hubiera pensado que la vieja poeta no tenía circulación suficiente para ruborizarse, dado lo apagada que está, pero por lo visto sí la tiene.

—He obrado muy mal —repite—. Pedí a Marie que pusiera su nombre en el sobre, porque el mío lo habrían reconocido y no quería decantar la balanza, por así decirlo. Pensé que tal vez recibirías unas palabras de aliento. No esperaba más.

Palabras de aliento que me habrías enseñado, piensa Barbara, *y entonces habrías estado en la misma situación incómoda por haber compartido mis poemas sin mi permiso… aunque sin esta asombrosa carta que enseñar.*

Sonríe.

—No lo pensasteis muy detenidamente, ¿verdad?

—No —dice Marie—. Nosotras solo… Tus poemas…

—Tú también los has leído, deduzco.

El rubor de Marie es mucho más intenso que el de Olivia.

—Todos. Son maravillosos.

—Pero aún tienes mucho camino por recorrer —se apresura a añadir Olivia.

Barbara relee la carta con más atención. Su sorpresa da paso a una emoción nueva. Tarda un segundo en reconocer de qué se trata. Es entusiasmo.

—Debemos enviar los poemas —dice—. Igual me llevo la palma. Me ayudarás a elegirlos, ¿verdad, Olivia?

La vieja poeta sonríe, básicamente de alivio. Barbara ignoraba que tuvieran de ella esa imagen de diva. El hecho de que así sea en cierto modo le mola.

—Sería un placer. La clave está, creo, en tu poema «Las caras cambian», con la sensación de horror y convulsión que transmite. Otros poemas comparten ese *leitmotiv*, ese cuestionamiento de la identidad y la realidad. Son los más potentes.

—Por ahora tiene que ser un secreto. Entre nosotras tres. Por mi hermano. Se supone que él es el escritor de la familia, y estoy casi segura de que su libro sobre nuestro bisabuelo se va a publicar. Ya te hablé de eso, ¿no?

—Sí —dice Olivia.

—Si consigue que se publique y se embolsa un buen dinero por él (según su agente, es una posibilidad), podré hablar de esto. Si entro en la lista de finalistas, claro. Si no, él no tiene por qué enterarse. ¿Vale?

—¿De verdad se pondría celoso? —pregunta Marie—. ¿De la *poesía*?

—No. —Barbara no tiene ni que pensárselo—. J es incapaz de tener celos. Se alegraría por mí. Pero ha estado trabajando mucho en ese libro, creo que las palabras no le fluyen tan fácilmente como a veces me ocurre a mí, y prefiero no robarle protagonismo. Ni siquiera un poco, lo quiero demasiado para eso. —Devuelve la carta a Marie—. Esta carta se queda aquí. Pero me alegro de que hayáis hecho lo que habéis hecho.

—Eres generosa —dice Olivia—. Salvo en su trabajo, los poetas rara vez lo son. Marie, ¿qué te parece si nos repartimos entre las tres una lata de Foster's Lager, aunque solo sea para celebrar el hecho de que seguimos siendo amigas?

—Me parece una idea magnífica —contesta Marie, y se levanta—. Pero ese es otro secreto que tendremos que guardar las tres. —Ladea la cabeza hacia Olivia—. Que no se entere el médico.

Se encamina hacia la cocina. Barbara dice:

—La generosa eres tú, Olivia. Me alegra tenerte como amiga además de como profesora.

—Gracias. Debo de haber hecho algo bien, porque la providencia me ha reservado la mejor alumna para el final.

Esta vez es Barbara quien se sonroja, no de vergüenza, sino de felicidad.

—Dime qué estás leyendo —anima Olivia. Ya ha empezado la clase.

—Me sugeriste la generación beat, así que es lo que leo. Compré una antología en la librería de la universidad. Ginsberg, Snyder, Corso, Ed Dorn…, me encanta…, Lawrence Ferlinghetti… ¿aún vive?

—Murió hace un mes. Era mayor que yo. Quiero que leas un poco de prosa, si estás dispuesta. Puede ayudarte. James Dickey para empezar. Ya conoces sus poemas, y hay una novela famosa, *Liberación*…

—Vi la película. Unos hombres que bajan por un río en canoa.

—Sí, pero no leas esa. Lee *Hacia el mar blanco*. Es menos conocida, pero, en mi opinión, mejor. Para tus fines. Quiero que leas al menos una novela de Cormac McCarthy, *Todos los hermosos caballos* o *Suttree*. ¿Lo harás?

—De acuerdo. —Aunque es reacia a dejar atrás a los beat, con su mezcla de inocencia y cinismo—. De hecho, ahora estoy leyendo prosa. Aquel libro del que me hablaste, *La ciudad olvidada*, de Jorge Castro. Me gusta.

Marie vuelve con tres vasos y una lata enorme de Foster's en una bandeja.

—Supongo que Jorge al final se fue a Sudamérica —comenta Olivia—. A veces hablaba de volver a sus raíces, lo cual era una tontería. Hablaba español como un nativo, pero había nacido en Peoria y se había criado allí. Creo que eso lo avergonzaba. ¿Te conté que lo vi poco antes de que desapareciera? Había salido a correr. Siempre corría de noche, iba hasta al parque y volvía. Aunque lloviera, y aquella noche llovía. Supongo que para entonces ya planeaba marcharse. Yo desde luego no volví a verlo, pero me acuerdo porque estaba escribiendo un poema y al final resultó ser un buen poema. —Suspira—. Freddy Martin, su pareja, quedó desolado. Freddy se marchó poco después. Creo que se fue a buscar a Jorge. El amor de su vida. Regresó con el corazón roto y una depresión. Se quedó aquí seis meses. La Bruja Mala del Oeste lo expresó mejor. ¡Qué mundo, qué mundo!

—Ya está bien de tristeza —dice Marie mientras sirve la cerveza—. Bebamos por los buenos tiempos y las grandes expectativas.

—Solo por los buenos tiempos —dice Olivia—. Dejemos el futuro al margen. La única persona más infeliz que un escritor cuyas expectativas no se cumplen es una cuyos sueños se hacen realidad.

Barbara se ríe.

—Te creo.

Entrechocan los vasos y beben.

26 de julio de 2021

1

Cuando Holly entra a las tres y cuarto en el diminuto aparcamiento del Jet Mart, ve que el hombre a quien quiere interrogar está en su puesto. Excelente. Se detiene el tiempo justo para buscar algo en el iPad y luego se apea del coche. Al lado izquierdo de la puerta, bajo el toldo, un tablón de anuncios proclama: ¡BIENVENIDOS A UN BARRIO CON JET MART! Está cubierto de avisos de apartamentos en alquiler, coches y lavadoras y videoconsolas en venta, un perro perdido (¡QUEREMOS MUCHO A NUESTRO REXY!) y dos gatos perdidos. Hay también uno de una chica perdida: Bonnie Rae Dahl. Holly sabe quién ha colgado ese, y oye a Keisha Stone decir: «Pero aún se querían bastante».

Entra. En este momento la tienda está vacía salvo por ella y el dependiente, que se llama Emilio Herrera. Aparenta la edad de Pete, quizá algún año menos. Se muestra más que dispuesto a hablar. Tiene la cara redonda y una encantadora sonrisa angelical. Sí, Bonnie era una clienta habitual. Le caía bien. Y lamenta mucho que haya desaparecido. Con suerte pronto se pondrá en contacto con su madre y sus amigos.

—Venía casi todas las tardes sobre las ocho —dice Herrera—. A veces un poco antes, a veces un poco después. Siempre tenía una sonrisa y unas palabras amables, aunque solo fuera «qué tal» o «cómo ves a los Cavs» o «cómo está tu mujer». ¿Sabe cuánta gente se toma el tiempo necesario para hacer eso?

—No mucha, supongo —dice Holly.

Ella misma tiende a eludir la conversación con personas a las que no conoce; en general, se conforma con un «por favor» y un «gracias» y un «que tenga un buen día». «Holly es muy reservada», decía Charlotte con una ligera mueca cuya intención era trasmitir la idea: *No puede evitarlo, ya me entiende*.

—No mucha, exacto —confirma Herrera—. Pero no era su caso. Siempre cordial, siempre con unas palabras amables. Cogía un refresco, a veces una de las pastas de ese estante. Sus preferidas eran los Ho Hos y los Ring Dings, pero por lo general pasaba sin cogerlas. Las mujeres jóvenes están muy pendientes de la figura, como probablemente sabrá.

—¿Notó usted algo anormal aquella tarde, señor Herrera? ¿Cualquier detalle? ¿Alguien en la calle que pudiera estar observándola? ¿Quizá donde la cámara no lo captaba?

—Yo no vi a nadie —dice Herrera después de tener la cortesía de detenerse a pensarlo—. Y creo que me habría dado cuenta. Los autoservicios como este, sobre todo en calles tranquilas como Red Bank Avenue, son un blanco habitual para los ladrones. Aunque a nosotros nunca nos han atracado, gracias a Dios. —Se santigua—. Pero estoy siempre atento. Quién viene, quién va, quién merodea. No vi a nadie fuera de lo normal la última tarde que entró aquí la chica a la que busca. Al menos, no que yo recuerde. Cogió su refresco, lo guardó en la mochila, se puso el casco y se marchó.

Holly abre el iPad y le muestra lo que ha descargado antes de entrar. Es una foto de una Toyota Sienna de 2020.

—¿Recuerda una furgoneta como esta? ¿En la tarde de aquel día o de cualquier otro? Tenía una banda azul a lo largo de la parte inferior, en el costado.

Herrera examina la foto detenidamente y luego le devuelve el iPad.

—He visto muchas furgonetas como esa, pero no me suena. Es decir, aquella tarde. Aunque ha pasado ya casi un mes, ¿no?

—Sí, me hago cargo. Déjeme enseñarle otra cosa. Puede que le refresque la memoria.

Pone el vídeo de seguridad de la tarde del 1 de julio y detiene la imagen cuando la furgoneta aparece en segundo plano. Él la observa y dice:

—Uau. Será mejor que limpie el objetivo de esa cámara.

Muerto el burro, cebada al rabo, se abstiene de decir Holly.

—¿Seguro que no recuerda una furgoneta como esa, quizá de otras tardes?

—Lo siento, señora. No. Las furgonetas son muy corrientes.

Es lo que Holly preveía. Otro cabo atado.

—Gracias, señor Herrera.

—Ojalá pudiera haberla ayudado más.

—¿Y qué me dice de este niño? ¿Lo reconoce? —Le muestra una fotografía de Peter Steinman. Es una foto en grupo de la banda de música de su escuela secundaria, que ha encontrado por internet (hoy día por internet se encuentra todo). Holly la ha ampliado para que Peter, de pie en la última fila con unos platillos, se vea con relativa claridad. En cualquier caso, la imagen es mejor que la de la cámara de seguridad del Jet Mart—. Era un skater.

Herrera la observa con los ojos entornados y de pronto, cuando entra una mujer de mediana edad, alza la vista. La saluda por su nombre y ella le devuelve el saludo. Luego entrega el iPad a Holly.

—Me suena, pero no puedo decirle más. Esos chicos con sus monopatines entran continuamente. Compran caramelos o patatas fritas y después se van cuesta abajo en sus tablas hacia el Whip. ¿Conoce el Dairy Whip?

—Sí —contesta Holly—. El niño también ha desaparecido. Desde

noviembre de 2018.

—Oiga, no pensará que tenemos en el barrio un depredador o algo así, ¿verdad? ¿Una especie de John Wayne Gacy?

—Es poco probable. Y es muy probable que entre este niño y Bonnie Dahl no exista ninguna relación. —Aunque cada vez le cuesta más creerlo—. ¿No recordará, supongo, a algún otro cliente asiduo que dejara de venir de pronto?

La clienta —que se llama Cora— espera ahora para pagar por un pack de seis cervezas Iron City y un pan de molde Wonder Bread.

—No —responde Herrera, pero ya no mira a Holly, que no es clienta. Cora sí lo es.

Holly capta la indirecta, pero antes de apartarse del mostrador, entrega a Emilio Herrera una de sus tarjetas.

—Ahí está mi número. Si recuerda algo que pueda ayudarme a localizar a Bonnie, ¿me llamará?

—Por supuesto —contesta Herrera, y se guarda la tarjeta en el bolsillo —. Eh, Cora. Perdona que te haya hecho esperar. Vaya lío con este covid, ¿eh?

Holly compra una lata de Fanta antes de irse. En realidad, no le apetece, pero considera que es lo correcto.

2

Holly consulta Twitter en cuanto vuelve a su apartamento. Encuentra una nueva respuesta, de Franklin Craslow (cristiano, orgulloso miembro de la Asociación del Rifle, El sur va a sublevarse otra vez). El mensaje es breve. «Ellen mató a su bebé y arderá en el infierno. Déjenos en paz».

Con «Déjenos», Holly supone que se refiere al clan Craslow del condado de Bibb.

Llama a Penny Dahl. No le apetece hacer esa llamada, pero ya es hora de informar a Penny sobre lo que ahora cree: que Bonnie podría haber sido secuestrada. Quizá por alguien que iba en una furgoneta y la esperó en el antiguo taller Reparaciones de Automóviles y Pequeños Motores de Bill. Quizá alguien que la conocía. Holly pone énfasis en el «podría» de «podría haber sido».

Espera sollozos, pero no los hay, al menos por el momento. Al fin y al cabo, era precisamente lo que Penny Dahl se temía. Pregunta a Holly si existe alguna posibilidad de que Bonnie siga viva.

—Siempre hay una posibilidad —contesta Holly.

—La raptó algún cabrón. —Esa ordinariez sorprende a Holly, pero solo unos instantes. Ira en lugar de lágrimas. Holly imagina a una osa que ha perdido a una cría—. Encuéntralo. Sea quien sea el que raptó a mi hija, encuentra a ese cabrón. Cueste lo que cueste. Conseguiré el dinero. ¿Me has oído?

Holly sospecha que el llanto llegará después, cuando Penny tenga ocasión de asimilar lo que le ha dicho Holly. Una cosa es albergar el peor temor que puede sentir una madre, y otra muy distinta oírlo expresado en voz alta.

—Haré lo posible. —Es lo que siempre dice.

—Encuéntralo —repite Penny, y corta la llamada sin despedirse.

Holly se acerca a la ventana y se enciende un cigarrillo. Se plantea cuál debería ser su siguiente paso y llega a la conclusión (a su pesar) de que ahora mismo no hay ninguno. Sabe que tres personas se han esfumado e intuye que sus desapariciones están relacionadas, pero, pese a ciertas similitudes, no tiene ninguna prueba. Está en un callejón sin salida. Necesita que el universo le eche un cable.

3

Esa noche Jerome telefonea desde Nueva York. Se le nota emocionado y feliz, como no podía ser de otro modo. La comida ha ido bien, ha recibido el cheque según lo previsto. Su agente lo ingresará en su cuenta (restando la comisión del quince por ciento), pero lo ha tenido en la mano, le dice, y ha deslizado los dedos por los números en relieve.

—Soy rico, Hollyberry. ¡Soy condenadamente *rico*!

No eres el único, piensa Holly.

—¿Además estás borracho?

—¡No! —Parece ofendido—. ¡Me he tomado dos cervezas!

—Vale, eso está bien. Aunque en una ocasión como esta, supongo, tendrías derecho a emborracharte. —Hace una pausa—. Siempre y cuando no pierdas del todo el control y vomites en la Quinta Avenida, claro.

—El Blarney Stone está en la Octava, Hols. Cerca del Madison Square Garden.

Holly, que nunca ha estado en Nueva York ni tiene intención de ir, dice que es un dato interesante.

Después, haciéndose eco de las palabras de su hermana menor sin saberlo, Jerome le dice que en realidad no es el dinero lo que lo tiene fuera de sí.

—¡Van a publicarlo! ¡Empezó siendo un trabajo de la universidad, se convirtió en libro y ahora van a publicarlo!

—Es magnífico, Jerome. Me alegro mucho por ti.

Desearía que su amigo, que en una ocasión les salvó la vida a ella y a Bill en medio de una nevada, pudiera sentirse siempre tan feliz, pero sabe que la vida no es así. Tanto mejor, quizá. Si lo fuera, la felicidad no tendría ningún valor.

—¿Cómo va el caso? ¿Has avanzado?

Holly lo pone al corriente de todos los detalles. Básicamente habla de

Ellen Craslow, sin olvidarse de decir que Tom Higgins queda libre de sospecha. Cuando termina, Jerome dice:

—Daría quinientos pavos por saber quién era esa anciana. La que vació la caravana de Ellen Craslow. ¿Tú no?

—Sí. —Holly está pensando (y con una sonrisa) que Jerome bien podría permitirse dar mil, teniendo en cuenta el dineral que acaba de caerle del cielo. A decir verdad, ella también podría. Ahora es *dives puella*, una chica rica, igual que en la canción de Hall & Oates que le gustaba—. Para mí lo más interesante es toda esa gente negra que vive en el parque de caravanas. No es raro, porque se encuentra en el límite oeste de Lowtown, y sin embargo la anciana era blanca.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —contesta Holly—. ¿Y tú, Jerome?

—Voy a quedarme en Nueva York un poco más. Hasta el jueves por lo menos. Mi editor…, me encanta decir eso…, quiere hablar de algunas cuestiones, unos cuantos cambios en el manuscrito, y también quiere que intercambiemos ideas para la cubierta del libro. Dice que el jefe de publicidad quiere plantear una posible gira. ¡Una *gira*! ¿Te lo puedes creer?

—Sí —responde Holly—. Me alegro mucho por ti.

—¿Puedo decirte una cosa? ¿Sobre Barb?

—Por supuesto.

—Estoy casi seguro de que ella también está escribiendo. Y creo que va por buen camino. ¿No sería una locura que los dos acabáramos siendo escritores?

—No más locura que en el caso de las Brontë —dice Holly—. Eran tres. Charlotte, Emily y Anne. Escritoras todas. *Jane Eyre* me encantó. —Eso es cierto, pero la novela que más le gustó en su desdichada adolescencia fue *Cumbres borrascosas*—. ¿No sabes qué podría estar escribiendo Barbara?

—Diría que es poesía. Tiene que serlo. Prácticamente no lee otra cosa desde que iba a segundo en el instituto. Oye, Holly, me apetece ir a dar un paseo. Creo que podría enamorarme de esta ciudad. Para empezar, lo han conseguido: hay puestos de vacunación improvisados.

—Cuidado con los carteristas. Guárdate la cartera en el bolsillo de delante, no en el de atrás. Y llama a tus padres.

—Ya lo he hecho.

—¿Y a Barbara? ¿Has hablado con ella?

—Hablaré. Si no está demasiado ocupada con su proyecto secreto para contestar, claro. Te quiero, Holly.

No es la primera vez que se lo dice, pero a Holly siempre le entran ganas de llorar al oírlo.

—Yo también te quiero, Jerome. Disfruta del resto de tu gran día.

Pone fin a la llamada. Se enciende un cigarrillo y se acerca a la ventana.

Empieza a «comerse el tarro».

De poco le sirve.

4

Roddy Harris vuelve a eso de las nueve menos cuarto de su visita habitual de los lunes por la tarde a la bolera Strike Em Out Lanes. Emily y él se cuidan mucho (a menudo de maneras que una sociedad obtusa no aprobaría), pero las caderas de Roddy, fuertes en otro tiempo, han ido volviéndose cada vez más frágiles a medida que avanza hacia los noventa, y hace casi cuatro años que no lanza una bola. No obstante, todavía va casi todos los lunes, porque le gusta animar a su equipo. Los Viejas Glorias juegan en la liga de mayores de sesenta y cinco años. La mayoría de los compañeros de equipo con quienes jugaba al incorporarse a los Viejas Glorias han muerto, pero aún quedan unos cuantos, entre ellos Hugh Clippard, antiguo profesor del Departamento de Sociología, que debe de rondar los ochenta. Se forró con la bolsa y conserva un diabólico lanzamiento con rosca. Lástima que sea un lanzamiento cruzado.

Emily sale de su pequeño despacho en cuanto oye que se cierra la puerta de entrada. Roddy le da un beso en la mejilla y le pregunta cómo le ha ido la tarde.

—No especialmente bien. Puede que tengamos un pequeño problema, querido. Ya sabes que sigo con atención los tuits y los posts de algunas personas.

—Vera Steinman —dice él—. Y la tal Dahl, claro.

—También compruebo de vez en cuando los de los Craslow. No hay gran cosa, y nunca hablan de Ellen. Tampoco pregunta nadie por ella. Hasta ayer.

—Ellen Craslow —dice Roddie, meneando la cabeza—. Esa bruja. Esa zorra… —Por un momento no le viene la palabra a la cabeza. Al final la recuerda—. Esa zorra *intransigente*.

—Vaya que si lo era. Y alguien que usa el nombre FandeLaurenBacall ha estado pidiendo información sobre ella en Twitter.

—¿Después de casi tres *años*? ¿Por qué ahora?

—Porque no me cabe la menor duda de que FandeLaurenBacall tiene una agencia de investigación privada. Su verdadero nombre es Holly Gibney, la agencia se llama Finders Keepers, y Penelope Dahl ha contratado sus servicios.

Ahora Roddy la escucha muy atento, erguido ante ella, que lo mira con la cara vuelta hacia arriba. Le saca dieciocho centímetros, pero desde el punto de vista intelectual Emily es su igual, y puede que incluso sea superior en algunos aspectos. Ella es…, la palabra también se le escapa, pero consigue atraparla, como siempre. *Casi* siempre.

Emily es *ladina*.

—¿Cómo te has enterado?

—La señora Dahl es muy activa en las redes sociales.

—Penny la Parlanchina —dice él—. Esa chica, Bonnie, fue un error. Peor que el maldito mexicano, y no tenemos excusa, porque…

—Porque él fue el primero. Lo sé. Ven a la cocina. Queda media botella de tinto de la cena.

—El vino antes de acostarme me produce acidez. Ya lo sabes. —Pero la sigue.

—Solo una pizca.

Emily lo saca de la nevera y lo sirve: una pizca para él, un poco más para ella. Se sientan uno frente al otro.

—Posiblemente Bonnie *fue* un error —admite ella—. Pero con el calor me volvió la ciática… y las jaquecas…

—Ya lo sé —dice Roddy. Tiende la mano por encima de la mesa y le da un delicado apretón—. Pobrecita mía, con tus migrañas.

—Y también está tu problema. Vi que a veces te costaba encontrar las palabras. Y esas pobres manos tuyas, la forma en que te temblaban… No nos quedó más remedio.

—Ahora ya estoy bien. Los temblores han desaparecido. Y cualquier… *turbiedad mental* que pudiera haber tenido… ha desaparecido también.

Es verdad solo a medias. Los temblores han desaparecido, eso es relativamente cierto (bueno, en ocasiones aún tiembla un poco cuando está muy cansado), pero a veces algunas palabras siguen resultándole inaccesibles.

Todo el mundo tiene esas lagunas, se dice cuando ocurre. *Lo has investigado tú mismo. Es un circuito que falla temporalmente, afasia transitoria, no muy distinta de un calambre muscular que duele como mil demonios y después se pasa. La idea de que podría ser un alzhéimer incipiente es ridícula.*

—En cualquier caso, hecho está. Si hay consecuencias, las afrontaremos. La buena noticia es que no creo que sea necesario. Esa tal Gibney ha tenido éxitos notables…, sí, he consultado sus antecedentes… Pero por entonces tenía un socio, un expolicía, que murió hace años. Ahora se dedica en esencia a buscar perros perdidos y gente que ha violado la libertad condicional, y trabaja de forma esporádica para determinadas compañías de seguros. De las *pequeñas*, no las importantes.

Roddy toma un sorbo de vino.

—Por lo visto, ha tenido inteligencia suficiente para encontrar a Ellen Craslow.

Emily suspira.

—Eso es verdad. Pero dos desapariciones con casi tres años de diferencia no constituyen una pauta. Aun así, como siempre dices tú, el hombre sensato se prepara para la lluvia cuando todavía luce el sol.

¿Él siempre dice eso? Cree que sí, o lo decía antes. Junto con otra máxima,

«Un mono no hace una feria», que usaba su padre; su padre tenía un Packard de color azul celeste fabuloso…

—¡Roddy! —La aspereza del tono de Emily lo obliga a volver a la realidad—. ¡Se te va el santo al cielo!

—Ah, ¿sí?

—Dame eso.

Coge el vaso de Roddy con su pizca de vino y lo vacía en el fregadero. Saca de la nevera una copa de postre que contiene un mejunje gris turbio. Lo rocía con nata batida de bote y lo coloca delante de él con una cuchara de postre de mango largo.

—Come.

—¿No quieres compartirlo? —pregunta Roddy…, aunque ya se le hace la boca agua.

—No. Tómatelo todo. Lo necesitas.

Emily se sienta enfrente mientras él empieza a llevarse a la boca con avidez cucharadas de esa mezcla de sesos y helado de vainilla. Emily lo observa. Con eso se recuperará. *Tiene* que recuperarse. Lo quiere. Y lo necesita.

—Escúchame con atención, amor mío. Esa mujer buscará a Bonnie, no encontrará nada, cobrará sus honorarios y seguirá por su camino. Si llegara a plantear algún problema…, una posibilidad entre cien si no entre mil…, está soltera y al parecer no hay un compañero en su vida, según lo que he leído. Su madre ha muerto este mismo mes. Su otro único pariente vivo, un tío, sufre alzhéimer y está en un centro de atención de la tercera edad. Tiene un socio, pero al parecer ha quedado fuera de combate por el covid.

Roddy come un poco más deprisa y se limpia un hilillo que le resbala por una arruga en la comisura de los labios. Cree percibir ya una mayor claridad en lo que ve y en lo que ella dice.

—¿Has averiguado todo eso en esa plataforma, Twitter?

Emily sonríe.

—Ahí y en algunos otros sitios. Tengo mis trucos. Es como en esa serie de televisión que vemos. *Manifest.* Donde los personajes repiten una y otra vez «Todo está conectado». Es una serie tonta, pero *esa frase* no es ninguna tontería. Mi razonamiento es muy sencillo, querido. Esa mujer no tiene a nadie. Esa mujer, como es natural, debe sentirse deprimida y afligida tras la pérdida de su madre. Si una mujer así se suicidara tirándose al lago, después de dejar una nota de suicidio en su ordenador, ¿quién lo pondría en duda?

—Quizá su socio en la agencia.

—O quizá él lo entendiera plenamente. No estoy diciendo que la situación llegue a eso, solo…

—Que debemos prepararnos para la lluvia cuando todavía luce el sol.

—Exacto. —El postre casi se ha terminado, y desde luego Roddy ha tenido suficiente—. Dame eso.

Ella coge la copa y se lo acaba.

5

Barbara Robinson, en su habitación, lee en pijama a la luz de la lámpara de su mesilla de noche cuando le suena el móvil. El libro es *Catalepsia*, de Jorge Castro. No está a la altura de *La ciudad olvidada*, y el título parece intencionadamente desalentador —la declaración de un escritor de que es «literario»—, pero es bastante bueno. Además, el título provisional del libro de Barbara —*Caras que cambian*— no es precisamente *Poemas preferidos que leer junto al fuego para jóvenes y viejos*.

Es Jerome, que llama desde Nueva York. Donde ella está son las once y cuarto, así que en el huso horario del este ya debe de ser mañana.

—Hola, hermano. Sigues despierto, y no estás de fiesta, a menos que sea con una pandilla de mudos.

—No, estoy en la habitación del hotel. Demasiado emocionado para dormirme. ¿Te he despertado?

—No —contesta Barbara al tiempo que se incorpora en la cama y se coloca una almohada más tras la espalda—. Estaba leyendo antes de dormirme.

—¿Sylvia Plath o Anne Sexton? —En broma.

—Una novela. El hombre que la escribió dio clases en lo alto del promontorio. —Con «en lo alto del promontorio» se refiere al Bell College—. ¿Y tú qué cuentas?

Jerome le explica, pues, todo lo que ya les ha contado a sus padres y a Holly, hilvanándolo con eufórica precipitación. Barbara se alegra mucho por él, y así se lo dice. Se maravilla por los cien mil dólares y grita cuando él menciona la posible gira.

—¡Llévame! ¡Seré tu recadera!

—Igual te tomo la palabra. ¿Y tú que cuentas, Barbarella?

Ella está a punto de contárselo todo, pero se contiene. Que sea el día de Jerome.

—¿Barb? ¿Estás ahí?

—Todo sigue más o menos como siempre.

—No me lo creo. Te traes algo entre manos. ¿Cuál es el gran secreto? Suéltalo.

—Pronto —promete ella—. De verdad. Dime en qué anda Holly. El otro día la dejé colgada. Me siento culpable. —Aunque no demasiado culpable. Tiene un trabajo que escribir, es importante, y lo lleva muy atrasado. ¿Atrasado? Aún no ha empezado siquiera.

Jerome se lo resume, acabando con Ellen Craslow. Barbara dice «sí» y «uau» y «ajá» allí donde corresponde, pero solo escucha a medias. La mente se le ha ido otra vez al condenado trabajo, que tiene que enviar

por correo electrónico antes de fin de mes. Y se cae de sueño. No conecta las desapariciones de las que habla J con la que le ha mencionado Olivia Kingsbury, pese a que la novela de Jorge Castro está boca abajo sobre su edredón.

Él la oye bostezar y dice:

—Te dejo. Pero está bien hablar contigo cuando de verdad prestas atención.

—Siempre presto atención, querido hermano.

—Mientes —dice él y, riéndose, corta la comunicación.

Barbara deja a un lado a Jorge Castro, ajena al hecho de que este forma parte de un club reducido y sumamente desafortunado, y apaga la luz.

6

Esa noche Holly sueña con su antiguo dormitorio.

Por el papel pintado, sabe que es el de Bond Street, en Cincinnati, pero es también la pieza de museo que ella imaginaba. Hay pequeñas placas por todas partes, que identifican los objetos que se han convertido en artefactos. LUDIO LUDIUS junto al estéreo, BELLA SIDEREA al lado de la papelera, CUBILE TRISTIS PUELLA sobre la cama.

Como la mente humana está especializada en la conectividad, despierta pensando en su padre. No le ocurre a menudo. ¿Cómo iba a pensar en él? Murió hace mucho mucho tiempo, e incluso cuando estaba en casa —es decir, casi nunca— no era mucho más que una sombra. Howard Gibney, viajante, trabajaba para la empresa de maquinaria agrícola Ray Garton, y se pasaba el tiempo recorriendo el Medio Oeste, donde vendía segadoras-trilladoras, cosechadoras y tractores TruMade de Ray Garton, de color rojo intenso, como para asegurarse de que nadie confundía las máquinas de Garton con el equipo de John Deere. Cuando su padre estaba en casa, Charlotte se aseguraba de que no olvidara nunca quién, en palabras de ella, «mantenía encendidas las chimeneas de la casa». En los estados de tierra adentro, bien podía ser un vendedor dinámico, pero en casa era un auténtico calzonazos.

Holly se levanta y se acerca a la cómoda. Los registros de su vida profesional —la vida que se ha forjado— están en la oficina de Finders Keepers, en Frederick Street, o en su pequeño despacho en casa, pero guarda algunos otros registros (algunos *artefactos*) en el cajón inferior de esa cómoda. No son muchos, y la mayoría le producen una mezcla de nostalgia y pesadumbre.

Está la placa que recibió como segundo premio en el concurso de oratoria en el que participaban varias escuelas primarias de la ciudad. (Eso fue cuando, de niña, conservaba aún aplomo suficiente para plantarse ante grupos numerosos de personas). Recitó un poema de

Robert Frost, «Reparar el muro», y Charlotte, después de felicitarla, le dijo que podría haber ganado el primer premio si no se hubiera trabado con varias palabras.

Hay una fotografía de ella haciendo truco o trato con su padre cuando tenía seis años, él trajeado, ella con un disfraz de fantasma que le confeccionó su padre. Holly recuerda vagamente que su madre, que solía ser quien la llevaba (a menudo arrastrándola de casa en casa), ese año tenía la gripe. En la foto, Howard Gibney aparece sonriente. Cree que ella también sonreía, aunque con esa sábana encima de la cabeza es imposible saberlo.

—Pero sí sonreía —susurra Holly—. Porque él no me llevaba a rastras para poder volver a casa a ver la televisión.

Además, él no le recordaba que diera las gracias en cada casa, sino que daba por supuesto que lo haría. Como siempre hacía.

Sin embargo, no es la placa lo que busca, ni la fotografía de Halloween, ni las flores secas, ni la necrológica de su padre, recortada y guardada con cuidado. Es la postal. Antes había más —doce por lo menos—, y Holly suponía que las otras se habían perdido. Después de descubrir la mentira de su madre sobre la herencia, una idea mucho menos agradable ha cobrado forma en su cabeza: que su madre robó esos legados de un hombre de quien Holly no conserva más que un vago recuerdo. Un hombre que bailaba al son de la música que tocaba su mujer cuando estaba allí (casi nunca), pero que podía ser amable y divertido en las escasas ocasiones en que se quedaba solo con su niña.

En secundaria, su padre estudió latín durante cuatro años y ganó su propio premio —el primero, no el segundo— por un trabajo de dos páginas que escribió en esa lengua. El título del trabajo era «Quid Est Veritas: ¿Qué es verdad?». Pese a las firmes, casi estridentes, objeciones de Charlotte, la propia Holly estudió dos cursos de latín en secundaria, que era todo el latín que se impartía. Ella, a diferencia de su padre en los tiempos anteriores a su vida de viajante, no destacó, pero mantuvo una sólida media de notable, y recordaba lo suficiente para saber que *tristis puella* quería decir «niña triste» y *bella siderea* quería decir «guerra de las estrellas» (en alusión a la *Guerra de las galaxias*).

Lo que piensa ahora —lo que ahora ve con claridad— es que eligió el latín como un medio para comunicarse con su padre. Y él había respondido, ¿o no? Le había enviado aquellas postales desde lugares como Omaha, Tulsa y Rapid City.

En pijama, arrodillada ante el cajón inferior, busca esas escasas reliquias de su pasado de *tristis puella*, pensando que incluso esa última postal también ha desaparecido, no hurtada por su madre (que había borrado completamente a Howard Gibney de su propia vida), sino extraviada por ella misma en su estupidez, quizá cuando se mudó a este apartamento.

Al final la encuentra, atrapada en la rendija del fondo del cajón. La

fotografía en el anverso de la postal muestra el arco Gateway, de San Luis. El mensaje, escrito sin duda con un bolígrafo de Maquinaria Agrícola Ray Garton, está en latín. Le escribía en latín todas las postales que le mandaba. El trabajo de Holly —y su placer— consistía en traducirlas. Da la vuelta a la postal y lee el mensaje.

«Cara Holly! Deliciam meam amo. Lude cum matre tua. Mox domi ero. Pater tuus».

Era su único logro, algo que lo enorgullecía aún más que vender un tractor nuevo por ciento setenta de los grandes. Una vez le contó que era el único vendedor de maquinaria agrícola de Estados Unidos que sabía latín. Dijo eso delante de Charlotte, y ella respondió con una risotada. «Solo tú puedes estar orgulloso de hablar una lengua muerta», dijo.

Howard sonrió y permaneció en silencio.

Holly se lleva la postal a la cama y la lee de nuevo a la luz de la lámpara de la mesilla. Recuerda que interpretó el mensaje con la ayuda de su diccionario de latín, y ahora lo traduce en susurros. «¡Querida Holly! Quiero a mi niña. Diviértete con tu madre. Pronto estaré en casa. Tu padre».

Sin saber que va a hacerlo hasta que lo hace, Holly besa la postal. El matasellos está tan borroso que no se lee la fecha, pero Holly cree que su padre se la envió no mucho antes de morir de un infarto en la habitación de un motel de las afueras de Davenport, en Iowa. Recuerda a su madre quejándose —*despotricando*— por el coste del traslado del cadáver a casa en ferrocarril.

Holly deja la postal en la mesilla y piensa que volverá a guardarla en el cajón de la cómoda por la mañana. *Artefactos*, piensa. *Artefactos de museo.*

La entristece conservar tan pocos recuerdos de su padre, y le provoca una ira sorda tomar conciencia de que la sombra de su madre prácticamente ha eclipsado a su padre. ¿Robó Charlotte las otras postales como había robado la herencia de Holly? ¿Se le había escapado solo esta quizá porque una versión más joven y mucho más timorata de Holly la había usado como punto de lectura o la había guardado en la cartera (de cuadros escoceses, por supuesto) que por aquel entonces llevaba a todas partes? Nunca lo sabrá. ¿Pasaba él tanto tiempo en la carretera porque no quería volver a casa con su mujer? Tampoco eso lo sabrá nunca. Lo que sí sabe es que su padre siempre se alegraba de volver al lado de *cara Holly*.

Lo que también sabe es que, entre ambos, insuflaron un poco de vida a una lengua muerta. Era algo de ellos dos.

Holly apaga la luz. Se duerme.

Sueña con Charlotte en el antiguo dormitorio de Holly.

«Recuerda a quién le perteneces», dice Charlotte.

Sale y cierra la puerta con llave.

19 de mayo de 2021

1

Barbara entra apresuradamente en el vestíbulo del hospital, y si no corre, es porque Marie le ha dicho que es simple rutina, no una urgencia. En el mostrador de la entrada del Kiner Memorial, pregunta cuál es la planta de oncología. La mujer de recepción le señala los ascensores del lado oeste. Barbara sale a una agradable sala en la que agradables cuadros adornan las paredes (puestas de sol, praderas, islas tropicales) y una agradable música suena en los altavoces del techo. Hay allí mucha gente sentada, que espera buenas noticias y teme lo contrario. Todos llevan mascarilla. Marie está leyendo una novela de John Sandford en rústica. Ha reservado una silla para Barbara.

—¿Por qué no me lo habéis dicho? —pregunta Barbara.

—Porque te habrías preocupado innecesariamente cuando no hay razón para que te preocupes —dice Marie. Ella está muy tranquila. Pantalón beige y blusa blanca como de costumbre, un mínimo maquillaje aplicado a la perfección, sin un solo cabello fuera de su sitio —. De lo que Olivia quiere que te preocupes es de tu poesía.

—¡Pues estoy preocupada por *ella*! —Barbara procura hablar en voz baja, pero varias personas vuelven la cabeza.

—Olivia tiene cáncer —explica Marie—. Lo que llama, como era de esperar de ella, «cáncer de culo». Lo tiene desde hace mucho tiempo. Dice el doctor Brown, su oncólogo, que es un cáncer con el que se muere, no del que se muere. A su avanzada edad, evoluciona muy despacio. En los dos últimos años se ha acelerado un poco.

—¿Es maligno? —pronuncia la palabra en un susurro.

—Sí —responde Marie, igual de tranquila—. Pero no hay metástasis, y puede que no la haya. Antes se controlaba el crecimiento dos veces al año. Este año serán tres veces. En el supuesto de que viva otro año, claro está. Olivia se complace en decir que su equipamiento de serie hace tiempo que ya no está en garantía. Te he pedido que vengas aquí porque tiene algo que decirte. ¿Estás faltando a clase?

Barbara le resta importancia con un gesto. Es su último año, tiene una media de sobresaliente, puede tomarse algún que otro día libre cuando le apetezca.

—¿Qué pasa?

—Te lo dirá ella misma.

—¿Tiene que ver con el Penley?

Marie se limita a volver a levantar su novela y continúa leyendo. Barbara no ha traído un libro. Saca el móvil, entra en Instagram, lee por encima unos cuantos posts aburridos, comprueba el correo y lo guarda otra vez.

Al cabo de diez minutos, Olivia sale por las puertas batientes, tras las cuales hay aparatos de los que Barbara no quiere saber nada. Olivia camina con sus dos bastones. La cartera le cuelga del hombro descarnado con un balanceo. Un celador la sujeta por el brazo.

Llega hasta Barbara y Marie, da la gracias al celador y se desploma en la silla con un suspiro y una mueca.

—Una vez más he sobrevivido a la indignidad de verme sepultada en una máquina ruidosa mientras me examinan el pompis —les dice—. La vejez es una época de desecho, lo cual ya es bastante malo, pero además es una época de crecientes indignidades. —A continuación, dirigiéndose solo a Barbara, añade—: Supongo que Marie te ha informado sobre lo del cáncer, y por qué nos lo habíamos callado.

—Preferiría que me lo hubierais dicho —contesta Barbara.

Olivia parece cansada (mortalmente cansada, piensa Barbara), pero también se la ve interesada.

—¿Por qué?

Barbara no tiene respuesta. Esa mujer cumplirá cien años en otoño, y en algún lugar detrás de esas puertas puede que haya niños calvos que no llegarán a los diez. ¿Por qué, pues, ciertamente?

—¿Eres capaz de gritar, Barbara? —Por encima de la mascarilla, estampada con signos de la paz en colores rojo, blanco y azul, sus ojos miran con la misma viveza que siempre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Has gritado alguna vez? ¿Uno de esos gritos profundos, con toda la garganta, de esos tras los cuales te quedas afónica?

Barbara recuerda sus experiencias con Brady Hartsfield, Morris Bellamy y Chet Ondowsky. Sobre todo, la de Ondowsky.

—Sí.

—Aquí no gritarás, este no es sitio para gritar, pero quizá más tarde sí. Aquí debes quedarte callada. Podría haber esperado a llegar a casa para pedirle a Marie que te llamara, pero, cuanto mayor me hago, menos controlo mis impulsos. Además, no sabía cuánto tiempo se alargaría la resonancia. Por eso le he pedido a Marie que te hiciera venir aquí.

Se descuelga el enorme bolso del hombro y lo abre con dificultad. Saca un sobre con un logotipo de una pluma de ave y un tintero que Barbara reconoce de inmediato. El corazón, que se le ha acelerado desde la llamada de Marie, le late ahora a toda marcha.

—Me he tomado la libertad de abrir esto para darte la mala noticia con delicadeza, si era una mala noticia. No lo es. Han seleccionado a

quince poetas menores de treinta años para el Penley. Tú estás entre ellos.

Barbara ve que su mano coge el sobre. Ve que su mano lo abre y extrae la pesada hoja de papel plegada que contiene. Ve el mismo logo en el membrete de la carta, que empieza así: «El comité Penley se complace en informarla». En ese momento se le empañan los ojos.

2

Vuelven a Ridge Road en el coche de Marie. Barbara ocupa el asiento de atrás. La radio, sintonizada en la emisora Sirius XM, pone una sucesión ininterrumpida de canciones de los años cuarenta. Olivia canta algunas de las letras. Barbara supone que, en los tiempos en que se popularizaron, Olivia calzaba mocasines y se peinaba a lo paje. En el camino, Barbara lee la carta una y otra vez, obligándose a comprender que es real.

Cuando llegan a la casa, Barbara y Marie ayudan a Olivia a salir del coche y subir los escalones de la entrada, un lento proceso acompañado de varios sonoros pedos.

—Un simple petardeo —comenta Olivia con toda naturalidad—. Limpiando el sistema de escape.

En el recibidor, con la puerta cerrada, Olivia se vuelve de cara a Barbara con un bastón en cada mano.

—Si quieres gritar, ahora sería un buen momento. Lo haría yo misma, pero ya no tengo capacidad pulmonar.

Barbara sigue en la competición por ganar el Penley y por que Random House publique su obra. Piensa que estaría muy bien, desde luego el dinero le vendría bien para la universidad, pero eso no es lo importante. Olivia prácticamente le ha asegurado que sus poemas se publicarán incluso si no gana. Los leerán. No multitudes, pero sí personas a quienes les gusta lo que a ella le gusta.

Toma aire y grita. No de horror, sino de júbilo.

—Bien. —Olivia sonríe—. ¿Y por qué no otro más? ¿Te ves capaz?

Barbara se ve capaz. Marie le rodea los hombros con un brazo y gritan juntas.

—Excelente —dice Olivia—. Solo para tu información, he sido mentora de dos jóvenes, hombres, que entraron en la preselección para el Penley, pero tú, Barbara Robinson, eres la primera que llega a la lista de finalistas, y la más joven con diferencia. No obstante, hay más obstáculos que salvar, y son grandes obstáculos. Recuerda que estás en compañía de catorce hombres y mujeres con un talento y una entrega inmensos.

—Tienes que descansar, Olivia —dice Marie.

—Descansaré. Pero antes tenemos cosas de que hablar.

27 de julio de 2021

1

A las once menos cuarto de la mañana, el universo echa un cable a Holly.

Está en la oficina (con todos los muebles tranquilizadoramente en su sitio) preparando la factura para una compañía de seguros. Cada vez que Holly ve un desenfadado anuncio de seguros por televisión —el pato de Aflac, Flo la mujer de Progressive Insurance, Doug y su emú—, quita el sonido. Los anuncios de seguros son la monda. Las compañías en sí, no tanto. Una puede ahorrarles un cuarto de millón de dólares por una falsa reclamación y, aun así, tener que enviarles la factura dos, tres y en ocasiones hasta cuatro veces para que paguen. Cuando prepara facturas de este tipo, a menudo le viene a la memoria un verso de una antigua canción folk: primero se aprovechan y luego si te he visto no me acuerdo.

El teléfono suena justo cuando está terminando las últimas líneas del puñetero formulario de tres páginas.

—Finders Keepers, aquí Holly Gibney, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, señora Gibney, soy Emilio Herrera. Del Jet Mart, ¿se acuerda de mí? Hablamos ayer.

—Sí, me acuerdo. —Holly, olvidándose de la factura, se endereza.

—Me preguntó si había dejado de venir algún otro de mis clientes asiduos.

—¿Y se ha acordado de alguien, señor Herrera?

—Bueno, es posible. Anoche, antes de acostarme, estaba haciendo zapping en busca de algo que ver mientras esperaba a que me hiciera efecto la melatonina, y en la AMC pasaban *El gran Lebowski*. Supongo que no la ha visto.

—Pues sí —dice Holly. Tres veces, de hecho.

—El caso es que entonces me acordé del tipo de la bolera. Antes venía mucho. Compraba tentempiés y refrescos y a veces papel de fumar Rizla. Un buen chico (o a mí me parecía un chico, ya voy para los sesenta), pero su foto podría salir en el diccionario al lado de «porrero».

—¿Cómo se llamaba?

—La verdad es que no me acuerdo. ¿Cory, quizá? ¿Cameron? Hace cinco años por lo menos, puede que más.

—¿Cómo era?

—Flaco. De pelo largo y rubio. Lo llevaba recogido en una coleta, posiblemente porque iba en ciclomotor. No era una moto, y en realidad ni siquiera un escúter, sino una especie de bicicleta con motor. Los de ahora son eléctricos, pero ese iba con gasolina.

—Ya sé lo que son.

—Y era *ruidoso*. No sé si tenía alguna avería en el motor o si ese era el sonido normal de esos ciclomotores, pero desde luego era muy ruidoso…, plop, plop, plop, algo así. Y lo llevaba lleno de pegatinas, tonterías como ACABAD CON LAS BALLENAS GAIS A GOLPE DE BOMBA ATÓMICA y HAGO TODO LO QUE ME DICEN LAS VOCECILLAS. También pegatinas de los Grateful Dead. Era fan de los Dead. Cuando hacía buen tiempo (o sea, de abril a octubre, a veces incluso en noviembre), venía casi todas las noches entre semana. Hablábamos de cine. Siempre se llevaba lo mismo. Dos o tres tabletas de chocolate y una P-Co. A veces papel de fumar.

—¿Qué es una P-Co?

—Una PeruCola. Parecida a la Jolt. ¿Se acuerda de la Jolt?

Holly se acuerda, claro que se acuerda. Durante un tiempo, en los años ochenta, era una fanática de la Jolt.

—El lema era «Con todo el azúcar y el doble de cafeína».

—Esa misma. La P-Co era con todo el azúcar y unas nueve veces la cafeína. Creo que subía al Autocine la Roca y veía las películas del Magic City… Desde allí arriba la pantalla se ve muy bien, según él…

—He estado allí, y sí se ve. —Ahora Holly siente agitación. Da la vuelta a la puñetera factura para la compañía de seguros y garabatea «Cory o Cameron, ciclomotor con pegatinas graciosas».

—Decía que solo subía allí las noches de entre semana, porque los fines de semana iban demasiados críos a hacer el tonto y magrearse. Un joven muy amable, pero un porrero. ¿Ya se lo he dicho?

—Sí, pero no importa. Siga. —Anota «Autocine la Roca» y después «*¡¡¡RED BANK AVENUE!!!*».

—Y yo le decía: qué sentido tiene si el sonido no llega, y él decía…, eso me hacía mucha gracia…, decía: «Da igual, me sé todos los diálogos». Lo que seguramente era verdad, tratándose de las películas que proyectan. Ya sabe, antiguas. Y en realidad hay películas de las que hasta *yo* me sé todos los diálogos.

—¿En serio? —Claro que sí. La propia Holly se sabe largos fragmentos de al menos sesenta películas. Quizá cien.

—Sí. Ya sabe, «Vas a necesitar un barco más grande», «Empeñarse en vivir o empeñarse en morir», cosas así.

—«Tú no puedes encajar la verdad» —añade Holly, sin poder resistirse.

—Exacto, esa es famosa. Le diré una cosa, señora Gibney, en mi trabajo el cliente siempre tiene la razón. A menos que sean críos que vienen a pedir tabaco o cerveza, claro. Pero eso no me impide pensar, ¿verdad?

—Claro que no.

—Y lo que yo pensaba era que ese chico lo que buscaba era la mezcla de efectos. Creo que subía allí, fumaba para colocarse y luego engullía la lata de P-Co para compensar. Dejaron de fabricar ese refresco hace dos o tres años, y no me sorprende. Probé una lata una vez y me entró el *tembleque*. El caso es que aquel chico era un cliente asiduo. Como un reloj. Acababa su turno, venía hasta aquí en su ruidoso ciclomotor, compraba sus tabletas de chocolate y su refresco, a veces papel de fumar, charlaba un poco y se iba.

—¿Y cuándo dejó de ir?

—No lo sé exactamente. Trabajo desde hace mucho en ese Jet Mart. He visto ir y venir a los clientes. Pero Trump hacía campaña para presidente, lo recuerdo porque nos reíamos de él. Al final él se rio de nosotros. —Se interrumpe, pensando quizá en lo que acaba de decir—. Pero si usted le votó, solo estoy bromeando.

Como que me lo voy a creer, piensa Holly.

—Voté por Clinton. ¿Lo ha llamado «el tipo de la bolera»?

—Sí, porque trabajaba en Strike Em Out. Lo decía en su camiseta.

2

Hablan un poco más, pero Herrera no recuerda ningún otro dato útil. En todo caso, no debería ser muy difícil averiguar el nombre del tipo de la bolera. Holly se advierte a sí misma de que quizá no tenga nada que ver. No obstante… la misma tienda, la misma calle, sin coche, más o menos a la misma hora en que desapareció Bonnie Rae. Y el Autocine la Roca, donde la propia Holly se sentó después de encontrar el pendiente de Bonnie.

Consulta su iPad y ve que Strike Em Out Lanes abre a las once de la mañana. Allí sabrán cómo se llamaba el tipo de la bolera. Se dirige hacia la puerta, pero de pronto se le ocurre otra idea. Imani McGuire no le permitió grabar el interrogatorio, pero Holly resumió después los puntos principales en su móvil. Abre esa grabación, pero cuando se dispone a reproducirla, acude a su memoria el nombre del marido de Imani. Yard, depósito municipal de vehículos.

Busca el número del depósito municipal y pregunta si está el señor Yardly McGuire.

—Al habla.

—Señor McGuire, me llamo Holly Gibney. Hablé ayer con su mujer…

—Sobre Ellen —dice él—. Según Immi, charlaron un buen rato. Imagino que no ha localizado a Ellen, ¿verdad?

—No, pero es posible que me haya tropezado con otra persona que desapareció unos días antes. Puede que no tenga relación, pero puede que sí. Conducía un ciclomotor lleno de pegatinas. En una decía ACABAD

CON LAS BALLENAS GAIS A GOLPE DE BOMBA ATÓMICA. Quizá otro era de Grateful Dea…

—Ah, sí, ya me acuerdo de ese ciclomotor —dice Yard McGuire—. Estuvo aquí por lo menos un año, quizá más. Al final Jerry Holt se lo llevó a su casa y se lo dio a su hijo mediano, que se había empeñado en que quería uno. Pero antes lo reparó porque…

—Porque hacía ruido, plop, plop, plop.

Yard se ríe.

—Sí, el ruido se parecía mucho a eso.

—¿Dónde lo encontraron? ¿O abandonaron?

—Caray, ni idea. A lo mejor Jerry lo sabe. Y oiga, señora Gibney, no es que Jer lo robara, ¿entiende? La placa de matrícula había desaparecido, y si el número constaba en algún sitio, nadie se molestó en comprobarlo en la web del Departamento de Vehículos Motorizados. No por una pequeña cafetera como esa.

Holly obtiene el número de teléfono de Jerry Holt, gracias a Yardley, y le dice que le dé recuerdos a Imani. A continuación llama a Holt. El timbre suena tres veces y salta el buzón de voz. Holly deja un mensaje y le pide que le devuelva la llamada. Después se pasea por la oficina, deslizándose los dedos entre el cabello hasta que le queda como un almiar tras un huracán. Pese a que desconoce el nombre del tipo de la bolera, está segura en un noventa por ciento de que es otra víctima de la persona en la que empieza a pensar como el Depredador de Red Bank. Es poco probable que el depredador sea una anciana blanca con ciática, pero ¿cabe la posibilidad de que la anciana esté encubriendo a otra persona? ¿Limpiando el rastro de otra persona? ¿Quizá incluso su hijo? Sabe dios que cosas así ya han ocurrido antes. Recientemente Holly leyó una noticia sobre un homicidio por honor en el que una anciana sujetaba las piernas de su nuera mientras el hijo ultrajado la decapitaba. La familia que asesina unida permanece unida, esas cosas.

Piensa en llamar a Pete. Incluso piensa en llamar a Isabelle Jaynes a la comisaría. Pero no se plantea en serio llamar a ninguno de los dos. Quiere ocuparse de esto personalmente.

3

El aparcamiento de Strike Em Out Lanes es amplio, pero la presencia de vehículos es escasa. Holly aparca y, mientras abre la puerta, le suena el teléfono. Es Jerry Holt.

—Claro que me acuerdo de ese ciclomotor. Como no habían ido a buscarlo al cabo de un año… no, más bien dieciséis meses…, se lo di a mi hijo. ¿Alguien quiere que se lo devuelvan?

—No, no es eso. Yo solo…

—Menos mal, porque Greg lo destrozó haciendo saltos en una gravera

cerca de aquí. El muy idiota se rompió el brazo. Mi mujer me puso de vuelta y media.

—Solo quiero saber dónde lo encontraron. ¿No lo sabrá usted, por casualidad?

—Ah, sí —responde Holt—. Constaba en el parte de trabajo. Deerfield Park. En esa zona descuidada que llaman los Matorrales.

—Cerca de Red Bank Avenue —dice Holly. Más para sí que para Jerry Holt.

—Exacto. Lo encontró un jardinero.

4

En las puertas de la bolera hay dos letreros. Uno dice ABIERTO. En el otro se lee ¿NO TRAE MASCARILLA? ¡NO IMPORTA! Holly se pone la suya y entra. El vestíbulo está decorado con docenas de fotos de grupos de niños enmarcadas. Encima de estas un cartel reza: ¡LOS BOLOS SON BUENOS PARA LA SALUD DE LOS NIÑOS! A Holly se le ocurren actividades más saludables —nadar, correr, jugar al voleibol—, pero supone que todo ayuda.

La bolera tiene veinte carriles, y están todos a oscuras menos tres. Las pocas bolas en movimiento producen un ruido estridente. Más aún lo es el estrépito de los bolos al caer, tanto como la parte de una película de acción de Hollywood en la que un personaje prescindible corta el cable rojo en lugar del azul.

Atiende el mostrador un hombre desgarbado, de cabello largo, con una camiseta naranja a rayas de Strike Em Out; está sirviendo una cerveza de primera hora de la tarde a uno de los clientes. Durante un momento de desconcierto, Holly piensa que ha encontrado a Cory o Cameron —vivo, ileso y no desaparecido—, pero cuando el hombre se vuelve, ve el nombre DARREN en la placa que lleva prendida en la camiseta.

—¿Quiere unas zapatillas? ¿Qué número calza?

—No, gracias. Me llamo Holly Gibney. Soy investigadora privada…

Él abre mucho los ojos.

—*¡Calle!*

Holly interpreta esta exclamación como expresión de sorpresa y respeto más que como una orden y sigue hablando.

—Busco información sobre una persona que trabajaba aquí hace unos años. Un hombre joven. Puede que se llamara…

—No puedo ayudarla. Yo estoy aquí solo desde junio. Es un empleo de verano. Le conviene hablar con Althea Haverty. Es la dueña. Está en la oficina. —Señala.

Cuando Holly se dirige hacia la oficina, se oye el estallido de otro grupo de bolos y el grito exultante de una mujer. Llama a la puerta. Dentro alguien dice «Pse», lo que Holly interpreta como una invitación a

entrar y abre la puerta. Habría abierto incluso si la persona de dentro hubiera dicho «Largo». Quiere llegar al fondo del caso, y en esas circunstancias su timidez natural desaparece.

Althea Haverty, una mujer sumamente corpulenta, está sentada tras un escritorio caótico como un Buda femenino en plena meditación. Tiene unos papeles en la mano. Frente a ella hay un portátil abierto. Por la expresión adusta con la que mira los papeles, Holly da por sentado que son facturas.

—¿Qué pasa? ¿El colocador de bolos de la once ha vuelto a fallar? Le he dicho a Darren que cerrara ese carril hasta que Brock venga a arreglarlo. Ese chaval tiene palomitas de maíz por cerebro, lo juro.

—No he venido a jugar a los bolos.

Holly se presenta y explica lo que quiere. Althea la escucha y deja los papeles a un lado.

—Habla usted de Cary Dressler. Es el mejor empleado que he tenido desde que mi hijo se trasladó a California. Se llevaba bien con los clientes y sabía cómo dejar de servir a los bebedores sin que se cabrearan cuando ya habían tomado lo suficiente. ¿Y con la programación? ¡Un hacha! Era un drogata, pero ¿quién no lo es hoy día? Y nunca causaba problemas. Nunca llegaba tarde, nunca faltaba con el pretexto de que estaba enfermo. Y un buen día desapareció. Pum. Así, sin más. Lo está buscando, ¿eh?

—Sí. —Penny Dahl es la clienta, pero ahora Holly los busca a todos. Los *desaparecidos*, como los llaman en América del Sur.

—Bueno, no son sus padres los que le pagan los honorarios, no me hace falta ser detective para saberlo. —Althea se pone las manos detrás de la cabeza y se despereza, echando adelante un busto verdaderamente descomunal que cubre medio escritorio.

—¿Por qué lo dice?

—Llegó aquí de un pueblucho de Minnesota. Según contaba, el padrastro le sacudía de lo lindo. La madre hacía la vista gorda. Al final se hartó y ahuecó el ala. No era una historia para llorar, Cary lo contaba con mucha naturalidad. Tenía una buena actitud. A ese muchacho solo le interesaban el cine y su trabajo aquí. Además de la marihuana, probablemente, pero mi lema siempre ha sido «Prohibido preguntar, prohibido contar». Además, eran solo porros. ¿Cree que le ha pasado algo? ¿Algo malo?

—Creo que es una posibilidad. ¿Puede ayudarme a determinar el momento en que desapareció? He hablado con un dependiente del Jet Mart donde Cary solía parar de camino a su casa…, un apartamento en algún sitio, supongo, pero lo único que el dependiente tenía claro es que fue más o menos en la primera campaña de Trump a la presidencia.

—Los putos demócratas le robaron el puto segundo mandato, y perdone mi vocabulario. Un momento, un momento. —Abre el cajón superior de su escritorio y empieza a revolver en él—. Me horroriza la

idea de que pueda haberle pasado algo a Cary, sin él la liga no es lo que era.

Revuelve, revuelve, revuelve.

—O sea, el puto covid se ha cargado muchas ligas…, lo lógico es que se cargue también mi negocio…, pero sin Cary aquí los partidos y las rondas de los torneos ya empezaron a liarse incluso antes del covid. Cary lo hacía de maravilla… Ah. Creo que es esto.

Conecta un lápiz USB en el ordenador, se pone unas gafas, teclea con dos dedos, menea la cabeza y teclea un poco más. Holly tiene que contenerse para no rodear el escritorio y encontrar ella misma lo que la mujer está buscando.

Althea mira la pantalla con los ojos entornados. Holly ve lo que parece una hoja de cálculo reflejada en las lentes de sus gafas. Dice:

—Vale. Cary empezó a trabajar aquí en 2012. Era demasiado joven para servir alcohol hasta su cumpleaños, pero lo contraté igualmente. Y me alegro de haberlo hecho. Se llevó su último cheque el 4 de septiembre de 2015. ¡Hace casi seis años! El tiempo vuela, ¿eh? Luego desapareció. —Se quita las gafas con un gesto enérgico y mira a Holly—. Mi marido tuvo que sustituirlo. Eso fue antes de que Alfie tuviera el infarto.

—¿Tiene una foto de Cary?

—Acompáñeme al Bowlaroo.

El Bowlaroo resulta ser un restaurante donde una mujer de aspecto cansado (con mascarilla, observa Holly con agrado) sirve hamburguesas y cerveza a un par de clientes. Adornan las paredes de azulejos más fotos enmarcadas. En un par de ellas, unos hombres sonrientes sostienen en alto hojas de puntuación marcadas con X a todo lo ancho. Por encima de estas hay un letrero en el que se lee ¡CLUB DE LOS 300! En casi todas las demás aparecen grupos de jugadores de bolos con las camisetas de la liga.

—Fíjese en este sitio —se lamenta Althea, señalando los reservados, las mesas y los taburetes ante la barra vacíos—. Antes era un buen negocio, Holly. Si esto sigue así, tendré que cerrar. Y todo por una falsa gripe. Si los putos demócratas no hubieran robado las elecciones… Sí, aquí lo tiene. Ese es Cary, en primera fila.

Se ha detenido cerca de una foto de siete hombres mayores —cuatro de cabello blanco, tres calvos como bolas de billar— y uno joven, rubio, con el pelo largo recogido por detrás. El joven y uno de los mayores sostienen un trofeo en alto. Debajo se lee: VIEJAS GLORIAS. CAMPEONES LIGA DE INVIERNO 2014-2015.

—¿Puedo tomar una foto? —pregunta Holly a la vez que levanta el teléfono.

—Faltaría más.

Holly hace la fotografía.

—Sale en un par más. Fíjese en esta.

En la foto que Althea señala, Cary aparece de pie en compañía de seis mujeres sonrientes, dos de las cuales, da la impresión, serían capaces de comerse al joven señor Dressler a cucharadas. Según sus camisetas son las Brujas Calientes, campeonas de la división femenina de 2014.

—Querían ponerse de nombre Zorras Calientes, pero Alfie dijo que ni hablar. Y aquí sale con uno de los equipos de la Liga Cervecera. Juegan por una caja de Bud.

Holly saca más fotos.

—Cary se unía a cualquier equipo de la liga en el que faltara un jugador. Si era dentro de su turno, claro. Trabajaba desde las once de la mañana, cuando abrimos, hasta las siete de la tarde. Era muy apreciado, y buen jugador de bolos, con una media de doscientos puntos, aunque se contenía cuando hacía de suplente. Encajaba en cualquier equipo, pero estos eran sus preferidos, y con los que más jugaba. —Ha llevado a Holly de nuevo frente a los Viejas Glorias—. Porque competían por las tardes, cuando esto estaba prácticamente muerto incluso antes del puto covid. Los Viejas Glorias podían venir a primera hora de la tarde porque estaban jubilados, pero creo que Cary también tenía algo que ver con eso. Quizá mucho.

—¿Por qué lo dice?

—Porque, cuando dejó de trabajar aquí, los Viejas Glorias se pasaron a los lunes por la noche. Quedaba un hueco y lo aprovecharon.

—¿Sería posible que Cary hubiera hablado con alguna de estas personas sobre sus planes de dejar el trabajo y tal vez marcharse de la ciudad?

—Supongo que sí. Todo es posible.

—¿Aún juegan? Me refiero a los hombres de esta foto.

—Algunos sí, pero al menos dos ya no están entre nosotros. —Toca con el dedo a un hombre sonriente de cabello blanco que sostiene una bola roja jaspeada, al parecer hecha a medida—. Roddy Harris todavía viene casi todas las semanas, pero ahora solo mira. Tiene mal la cadera, dice, y artritis en las manos. Este ha muerto…, este tuvo un derrame cerebral, creo…, pero este todavía juega. —Toca la imagen del hombre que sostiene el trofeo con Cary—. De hecho, es el capitán del equipo. Lo era entonces y lo es ahora. Se llama Hugh Clippard. Si quiere hablar con él, puedo darle su dirección. Tenemos las direcciones de todos los miembros de los equipos, por si ganan algo. O por si hay alguna queja.

—¿Reciben muchas?

—Amiga mía, se sorprendería. La competición se acalora bastante, sobre todo en las ligas de invierno. Recuerdo una partida entre las Brujas y las Alley Sallies que acabó en pelea. Puñetazos, arañazos, tirones de pelo, cerveza derramada por todas partes, menudo follón. Y todo porque alguien pisó un poco la línea. Fue Cary quien las separó. Eso se le daba bien. Caray, cómo lo echo de menos.

—Sí necesitaría la dirección del señor Clippard. Y su número de

teléfono, si lo tiene.

—Lo tengo.

Holly sigue a Althea Haverty de regreso a su despacho. Holly no cree ni por asomo que Cary Dressler contara a ningún miembro del equipo Viejas Glorias sus planes de marcharse, porque no cree que tuviera ningún plan al respecto. Sus planes se vieron alterados, quizá de manera permanente. Pero si una anciana fue a recoger las cosas de Ellen a la caravana, es posible que uno de esos ancianos la conociera. Quizá incluso que estuviera emparentado con ella, por sangre o por matrimonio. Porque el Depredador de Red Bank Avenue no elige a sus víctimas al azar, o no totalmente al azar. Sabía que Ellen vivía sola. Sabía que Cary vivía solo. Quizá supiera que la madre de Pete Steinman tenía un problema con la bebida. Sabía que Bonnie había roto recientemente con su novio, que el padre se había perdido de vista y que la relación con su madre era tensa. En otras palabras, el depredador tenía información. Elegía a sus objetivos.

Holly está mejor que antes —más asentada, más estable desde el punto de vista emocional, menos propensa al sentimiento de culpa—, pero aún sufre de falta de autoestima y de inseguridad. Son defectos de su personalidad pero, irónicamente, la convierten en mejor detective. Es muy consciente de que sus suposiciones sobre el caso podrían ser del todo erróneas, pero la intuición le dice que va bien encaminada. No quiere saber si Cary confió a alguno de los Viejas Glorias sus planes de abandonar la ciudad; quiere saber si alguno de estos conoce o tal vez está casado con una mujer que sufre de ciática. Improbable, pero como Muskie solía decir al ayudante Dawg en la antigua serie de dibujos animados: «Es posible, es posible».

—Aquí tiene —dice Althea, y entrega a Holly una hoja de papel.

Holly la pliega y se la guarda en uno de los bolsillos con solapa del pantalón cargo.

—¿Puede decirme algo más sobre Cary, señora Haverty?

Althea ha cogido de nuevo el fajo de facturas. Las deja y suspira.

—Solo que lo echo de menos. Seguro que los Viejas Glorias…, aquellos como Clippard, que venían por aquí cuando Cary trabajaba en este local…, también lo echan de menos. Las Brujas lo echan de menos, incluso los niños que venían en autobús en su salida de Educación Física una vez al mes lo echan de menos, no me cabe duda. Sobre todo las niñas. Fumaba porros, y seguro que dondequiera que esté cree en la gripe falsa igual que usted, Holly…, no, no voy a discutir por eso, estamos en Estados Unidos, puede usted creer lo que le venga en gana…, solo digo que era un buen trabajador, y de esos quedan cada vez menos. Ese Darren, sin ir más lejos. No hace más que dejar pasar el tiempo. ¿Cree que sería capaz de preparar la hoja de un torneo? No, ni aunque le pusieran una pistola en la cabeza.

—Gracias por su tiempo —dice Holly, y le ofrece un codo.

Althea parece encontrarlo gracioso.

—No se ofenda, pero yo no hago eso.

Holly piensa: *Mi madre murió de esa gripe falsa, pedazo de ilusa*.

Lo que dice, y con una sonrisa, es:

—No me ofendo.

5

Holly cruza despacio el vestíbulo, escuchando el rumor de las bolas y el estrépito de los bolos. Cuando se dispone a empujar la puerta de salida, ya preparada para la embestida del calor y la humedad, se detiene con los ojos muy abiertos y expresión de asombro.

Dios mío, piensa. ¿En serio?

19 de mayo de 2021

Marie y Barbara toman café. Olivia, por sus episodios de arritmia cardiaca de los últimos años, toma en su lugar un té helado Red Zinger sin cafeína. Cuando están las tres sentadas en el salón, Olivia cuenta a Barbara cuál será de ahora en adelante el proceso del premio Penley. Habla en un tono más vacilante que de costumbre. Eso inquieta a Barbara, pero Olivia no arrastra las palabras y lo que dice es tan lúcido y congruente como siempre.

—Lo alargan como si fuera un concurso de televisión, *Bailando con las estrellas* o algo así, en lugar de un premio de poesía que a casi nadie le interesa. Más o menos a mediados de junio, la lista se reducirá a diez. A mediados de julio, anunciarán a los cinco finalistas. Al cabo de un mes más o menos, se declarará al ganador…, con alivio y un apropiado toque de trompetas, cabe suponer…

—¿No antes de *agosto*?

—Como he dicho, lo alargan. Al menos no te exigirán que presentes más poemas, lo cual en tu caso es bueno. Corrígeme si me equivoco, pero creo que es posible que te estés quedando sin existencias. Los dos últimos que me enseñaste los noté, y perdóname por decirlo, un poco forzados.

—Puede que lo fueran. —Barbara sabe que lo eran. Había tenido la impresión de que los versos no la arrastraban, sino que era ella quien los empujaba.

—Se te «permite» enviar unos cuantos más…, un término vago que los organizadores no deberían utilizar…, pero te aconsejo que no lo hagas. Has enviado los mejores. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Tienes que acostarte, Olivia —indica Marie—. Estás cansada. Te lo veo en la cara y lo oigo en tu voz.

En opinión de Barbara, Olivia siempre parece cansada —excepto por esos ojos de mirada intensa—, pero supone que Marie lo distingue mejor y sabe más. Al fin y al cabo, es enfermera diplomada y lleva con Olivia casi ocho años.

Olivia alza una mano sin mirar a su cuidadora. Apenas se le ven las líneas de la palma. *Como si fuera un bebé*, piensa Barbara.

—Si quedas entre los cinco últimos, te exigirán que escribas una declaración de intención poética. Un texto. Ya lo viste en la web, ¿no?

Barbara lo vio, pero leyó por encima esa parte, ya que en modo

alguno esperaba llegar tan lejos como ha llegado. Sin embargo, al oír mencionar la web del premio Penley, piensa en algo que debería habérsele ocurrido antes.

—¿Aparece la lista de los quince finalistas en la web?

—No lo sé, pero creo que sí. ¿Marie?

Marie ya ha sacado el móvil y debe de tener la web del premio Penley entre sus favoritos, porque tarda solo unos segundos en encontrar la respuesta a la pregunta de Barbara.

—Sí. Aquí sale.

—Vaya por Dios —dice Barbara.

—¿Todavía tienes la intención de mantenerlo en secreto? —pregunta Marie—. Porque haber llegado hasta este punto ya es todo un logro, Barb.

—Bueno, esa *era* mi intención. Al menos hasta que Jerome firme su contrato. Supongo que ya se ha descubierto el pastel, ¿no?

Olivia deja escapar un resoplido a modo de risa.

—Pero qué dices. El premio Penley no es precisamente material para el *New York Times* ni noticia de cabecera para la CNN. Imagino que los únicos que consultan esa web son los propios finalistas. Más los amigos y los familiares. Quizá uno o dos profesores favoritos. El resto del mundo no se entera. Si piensas en la literatura como en una ciudad, quienes leen y escriben poesía son los parientes pobres que viven en chabolas al otro lado de las vías del tren. Me parece que tu secreto está a salvo. ¿Puedo volver al texto que he mencionado? —Alarga el brazo para dejar el vaso de té helado en la mesita. Apenas llega y el vaso casi se cae, pero Marie, atenta, lo coge.

—Claro, adelante —dice Barbara—. Luego será mejor que te acuestes.

Marie asiente con la cabeza enfáticamente.

—Una declaración de intención poética, que no exceda las quinientas palabras. Puede que ya no estés en la competición cuando se anuncien los finalistas, y por tanto no es necesario que escribas las razones por las que haces lo que haces, pero no pierdes nada con pensar en ello. ¿Lo harás?

—Sí.

Aunque, a decir verdad, Barbara no tiene la menor idea de qué dirá. Las dos han hablado mucho de poesía, y Barbara lo ha absorbido todo, encantada de oír que sí, que lo que hace es importante, que sí, que es una actividad seria. De oír que *sí*. Pero ¿qué elegir como lo más importante para plasmarlo en un texto de dos o tres páginas cuando todo parece importante? ¿Vital, incluso?

—Me ayudarás, ¿verdad?

—Ni por asomo —contesta Olivia, al parecer sorprendida—. Todo lo que digas sobre tu obra ha de salir de tu propio corazón y tu propia mente. ¿Entendido?

—Bueno…

—Bueno nada. Tu corazón. Tu mente. Tema zanjado. Ahora dime: ¿sigues leyendo prosa? ¿*Hacia el mar blanco*, quizá?

—Olivia, ya está bien —interviene Marie—. Por favor.

La poeta vuelve a alzar la mano.

—Lo he leído. Ahora estoy con *Meridiano de sangre*, de Cormac McCarthy

—Vaya, vaya, ese es siniestro. Un despliegue de terror. Pero con una gran visión.

—Y estoy leyendo *Catalepsia*. Es del profesor Castro, que fue catedrático aquí.

Olivia deja escapar una risita.

—No era catedrático, pero sí buen profesor. Gay, ¿te lo había dicho?

—Creo que sí.

Olivia busca a tientas el vaso de té helado. Marie se lo pone en la mano con cara de resignación. Aparentemente ha desistido de subir a Olivia en la silla salvaescaleras para que se acueste. La anciana está absorta en la conversación, hablando de nuevo con rapidez y claridad.

—Todo lo gay que se puede ser. Hace diez años las actitudes a ese respecto eran algo menos tolerantes, pero la mayoría de los miembros del claustro, incluidos al menos dos que ahora han salido del armario, lo aceptaban tal como era, con sus zapatos blancos, sus vistosas camisas amarillas y su boina. Disfrutábamos con su agudo ingenio a lo Oscar Wilde, que era la armadura que se ponía para protegerse de su bondad básica. Jorge era un hombre muy bueno. Pero había al menos un miembro del claustro a quien no le caía nada bien. Puede que incluso lo aborreciera. Creo que si la jefa de departamento hubiese sido ella en lugar de Rosalyn Burkhart, habría encontrado alguna manera de ponerlo en la calle.

—¿Emily Harris?

Olivia dirige a Barbara una sonrisa amarga con las comisuras hacia abajo, muy distinta de la habitual.

—La misma. Creo que no le gusta mucho la gente que no es blanca, lo cual es una de las razones por las que procuré apartarte de ella a pesar de que soy más vieja que Dios, y *desde luego* sé que a ella no le gustan aquellos con «un poco de pluma», en palabras de la propia Emily. Ayúdame, Marie. Creo que voy a echarme otro pedo cuando me levante. Gracias a Dios, a mi edad los pedos son relativamente inodoros.

Marie la ayuda a levantarse. Olivia tiene sus bastones, pero después de pasar tanto rato sentada, Barbara no está segura de que pudiera caminar sin la ayuda de Marie.

—Piensa en ese texto, Barbara. Espero que seas una de los cinco afortunados a quienes se les pida que lo escriban.

—Me comeré el tarro. —Es una expresión que suele usar su amiga Holly.

A medio camino de las escaleras, Olivia se detiene y se da la vuelta.

Ya no tiene una mirada vehemente. Se ha retrotraído en el tiempo, cosa que le ocurre con más frecuencia esta primavera.

—Recuerdo la reunión del departamento en la que se discutió el futuro del taller de poesía y Jorge se declaró, muy elocuentemente, en favor de conservarlo. La recuerdo como si fuera ayer. Mientras él hablaba, Emily sonreía y asentía con la cabeza, como si dijera «bien planteado, bien planteado», pero la sonrisa no asomaba a sus *ojos*. Estaba decidida a salirse con la suya. Es una mujer muy resuelta. Marie, ¿recuerdas su fiesta de Navidad del año pasado?

Marie alza la vista al techo.

—¿Cómo olvidarla?

—¿Qué pasó? —pregunta Barbara.

—Olivia… —empieza a decir Marie.

—Vamos, calla, mujer, solo será un minuto y es una anécdota magnífica. Todos los años, los Harris organizan una fiesta unos días antes de Navidad, Barbara. Es tradición, ya me entiendes. La han celebrado desde que Dios era niño. El año pasado, con el covid descontrolado, la universidad cerró y todo inducía a pensar que esa gran tradición se rompería. Pero ¿estaba dispuesta Emily Harris a permitirlo?

—Supongo que no —dice Barbara.

—Supones bien. Organizaron una fiesta por *Zoom*. A la que Marie y yo preferimos no asistir. Pero la celebración por Zoom no bastó a nuestra Emily. Contrató a un grupo de jóvenes para que se disfrazaran del puto *Papá Noel* y repartieran cestas con comida entre los asistentes que estaban en la ciudad. Nosotras mismas recibimos una aunque decidimos no participar en la fiesta por Zoom. ¿Verdad, Marie? ¿Cerveza y galletas, algo así?

—En efecto, nos la entregó una rubia muy guapa. Y ahora, por amor de Dios…

—Sí, jefa, sí.

Con la ayuda de Marie, la vieja poeta recorre lentamente la distancia hasta las escaleras, donde se acomoda —con otro pedo— en la silla salvaescaleras.

—En aquella reunión sobre el taller de poesía, cuando daba la impresión… solo durante un minuto o dos… de que Jorge podía hacer cambiar de opinión a los miembros con voto, Em no perdió esa sonrisa en ningún momento, pero en su mirada… —Olivia se ríe al recordarlo mientras la silla empieza a subir—. En su mirada se veía que quería matarlo.

27 de julio de 2021

1

¡LOS BOLOS SON BUENOS PARA LA SALUD DE LOS NIÑOS!, reza el letrero colocado sobre las fotos en grupo de los colegiales que venían a jugar a los bolos antes de que el covid pusiera fin a esas salidas. Holly echa un vistazo alrededor para asegurarse de que no la observan. Darren —el joven que ahora ocupa el puesto de Cary Dressler— está apoyado en la barra junto a los surtidores de cerveza, pendiente de su móvil. Althea Haverty ha vuelto a su despacho. Holly teme que la fotografía que busca se halle pegada a la pared, pero está prendida de un gancho. Le preocupa que no haya nada escrito al dorso, pero sí lo hay, y con una letra clara de imprenta: «Chicas de la Escuela de Secundaria de la Calle Cinco, mayo de 2015».

Holly coloca de nuevo la fotografía en el gancho, y después —ella es así— la endereza con cuidado. Una docena de chicas en pantalón corto de color morado oscuro, que Holly reconoce como el uniforme de educación física de la Escuela de Secundaria de la Calle Cinco. Tres hileras, cuatro chicas en cada una. Están sentadas con las piernas cruzadas frente a uno de los carriles de la bolera. En la fila central, sonriente, aparece Barbara Robinson, con el cabello no muy largo y el peinado afro que llevaba entonces. Debía de estar en sexto y tener doce años, si Holly no se equivoca. Cary Dressler no sale en la foto, ni en ninguna otra de las fotos de la sección ¡LOS BOLOS SON BUENOS PARA LA SALUD DE LOS NIÑOS!, pero si empezaba a trabajar a las once, la hora a la que abría Strike Em Out, debía de estar de servicio cuando llegaban los niños.

Holly sale y va hacia su coche, casi sin notar el calor y sin apetecerle por una vez un cigarrillo. Pone al máximo el aire acondicionado y busca la foto que ha sacado a los Viejas Glorias, en la que se ve al capitán del equipo, Hugh Clippard, y a Cary con el trofeo en alto. Se la envía a Barbara con un breve mensaje: «¿Recuerdas a este hombre?».

Hecho esto, empieza a sonar la campanilla de la nicotina. Se enciende un cigarrillo, coloca el cenicero portátil en la consola y se pone en marcha. Ha llegado el momento de empezar a llamar a las puertas. Empezando por la de Hugh Clippard.

Las casas victorianas de la elegante curva descendente de Ridge Road son bonitas, pero las de Laurel Close, en la zona interior de Sugar Heights, son más bonitas. Si, claro está, la definición que una tiene de «bonito» incluye no solo caro sino *muy* caro. A Holly eso la trae sin cuidado. En lo que a ella se refiere, si los electrodomésticos de su apartamento funcionan y las ventanas no tienen filtraciones, todo está en orden; un jardinero (o todo un equipo de ellos) sería un incordio. Frente a la residencia de Clippard, que es de estilo tudor, con una amplia extensión de césped aterciopelado, hay precisamente un jardinero. Está cortando la hierba cuando ella aparca junto al bordillo.

Holly piensa: *Una nueva millonaria aparca y observa a un hombre montado en un cortacésped en el jardín de los Clippard.*

Marca el número de Hugh Clippard. Está preparada para dejar un mensaje, pero él contesta y escucha mientras Holly le ofrece una versión abreviada de los motivos de su interés en Cary Dressler.

—¡Un joven excelente! —exclama Clippard cuando ella termina. Es un hombre, como Holly descubrirá, con tendencia a la exclamación—. Hablaré con él de usted encantado. Venga a la parte de atrás. Mi mujer y yo estamos junto a la piscina.

Holly entra en el camino de acceso y saluda con la mano al jardinero. Él le responde con un gesto parco y sigue desplazándose en su vehículo. O cortando el césped. Holly no se explica qué demonios hay que cortar. A ella la hierba ya le parece la superficie de una mesa de billar por la que acaban de pasar una aspiradora. Coge el iPad —tiene la pantalla más grande para ver mejor la foto que quiere mostrar a Clippard— y rodea la casa, deteniéndose a echar una ojeada al comedor, donde hay una mesa de tamaño suficiente para alojar a un equipo de fútbol (o a una liga de bolos).

Hugh Clippard y su mujer ocupan tumbonas a juego a la sombra de un enorme parasol azul. La piscina, del mismo tono azul, no es olímpica, pero tampoco es una piscinita de niños. Clippard lleva sandalias y un bañador rojo ajustado. Al ver a Holly se levanta de un salto. En su abdomen liso se perfilan las ondas de una moderada tableta. Tiene el cabello largo y blanco, pegado al cráneo por la humedad, lustroso y peinado hacia atrás. La primera impresión de Holly es que ronda los setenta. Cuando se acerca lo suficiente para el apretón de manos, ve que es bastante mayor, pero se mantiene en una forma impresionante para ser un Vieja Gloria.

Sonríe al ver que ella vacila cuando le tiende la mano, mostrando unos dientes blancos perfectos que probablemente no le han salido baratos.

—Estamos los dos vacunados, señora Gibney, y nos proponemos ponernos las dosis de refuerzo en cuanto Sanidad las apruebe. ¿Puedo

suponer que usted también se ha vacunado?

—Sí. —Holly le estrecha la mano y se baja la mascarilla.

—Le presento a mi esposa, Midge.

La mujer sentada bajo el gran parasol tiene como mínimo veinte años menos que Clippard, pero no posee una figura tan escultural. Se advierte una pequeña prominencia redondeada debajo del traje de baño de una sola pieza. Se quita las gafas de sol, dirige un gesto desganado a Holly con esa misma mano y vuelve a su libro de bolsillo, que se titula, no muy sutilmente, *El sutil arte de que (casi todo) te importe una mierda*.

—Venga a la cocina —dice Clippard—. Aquí fuera el calor es *sofocante*. ¿Tú estás bien, Midge?

La única respuesta es otro gesto desganado. Esta vez sin alzar la vista. Es evidente que (casi todo) le importa una mierda.

La cocina —a la que se accede por unas puertas correderas de cristal — es más o menos como Holly preveía. La nevera es una Sub-Zero. El reloj que cuelga sobre la encimera de granito es un Perigold. Clippard sirve un vaso de té helado para cada uno y la invita a hablarle con más detalle sobre la razón de su visita. Ella lo hace, aludiendo de manera tangencial a Bonnie —la conexión con el Jet Mart— pero centrándose en Cary.

—¿Le contó algo sobre sus planes? ¿Le confió algo? Lo pregunto porque, según la señora Haverty, ustedes eran la liga en la que más le gustaba jugar.

Holly no espera la menor ayuda de su respuesta. Podría servirle algún detalle, nunca digas nunca y tal, pero un simple vistazo a Midge Clippard le ha indicado que ella no es la anciana a la que Imani McGuire vio vaciar la caravana de Ellen Craslow.

—¡Cary! —exclama Clippard al tiempo que mueve la cabeza—. ¡Era muy buena persona, eso se lo aseguro, y sabía lanzar la bola! —Levanta un dedo—. Pero nunca se aprovechó. Siempre adaptaba su habilidad a la de los equipos contra los que jugábamos.

—¿Actuaba como suplente a menudo?

—¡Bastante a menudo! —Clippard añade una risa también exclamatoria a su manera—. ¡No nos llaman los Viejas Glorias porque sí! Siempre había alguien con una contractura en la espalda, un tirón en el isquio, torticolis, lo típico. Entonces llamábamos a Cary y, si podía jugar con nosotros, lo recibíamos con una salva de aplausos. No siempre estaba disponible, pero por lo general se las apañaba. Él nos caía bien a nosotros y nosotros le caíamos bien a él. ¿Quiere oír un secreto?

—Me encantan los secretos. —Es la verdad.

Hugh Clippard baja la voz y, casi en un susurro que es exclamatorio a su manera, dice:

—¡Algunos le comprábamos hierba! No siempre tenía un material de primera, pero solía ser bueno. Bola Pequeña no quería saber nada de eso, pero la mayoría de nosotros no éramos reacios a un porro o un

tazón. Por entonces no era legal, ya sabe.

—¿Quién es Bola Pequeña?

—Roddy Harris. Lo llamábamos así porque jugaba con una bola de cuatro kilos. Casi todos usábamos las de cinco o seis.

—¿Era el señor Harris alérgico a la marihuana?

—¡No, sencillamente está *loco*! —vocifera Clippard, y suelta una carcajada—. ¡Un buen hombre y un jugador de bolos aceptable, pero está como una regadera! ¡También lo llamábamos Señor Carne! ¡Al lado de Roddy, aquel Atkins parecía un vegetariano! Sostiene que la carne restaura las neuronas y que determinados productos vegetales, incluido el cannabis, las destruyen.

Clippard se despereza y la tableta ondea, pero Holly ve arrugas ocultas en las caras internas de los brazos. *Sin duda el tiempo es el vengador*, piensa.

—¡Caray, esto me lleva al pasado! ¡La mayoría de esos hombres han muerto! Cuando yo empecé a jugar con los Viejas Glorias, daba clases en el Bell College, vivía en el centro y me dedicaba al trading en mis ratos de ocio. ¡Ahora me dedico plenamente a las inversiones, y como puede ver el negocio va bien! —Abarca su entorno con un amplio gesto, señalando, cabe suponer, la cocina, con sus electrodomésticos de gama alta, la piscina del jardín, quizá incluso a la esposa más joven que él. Que no es tan joven como para ser considerada una esposa trofeo, eso Holly debe reconocérselo.

—Trump es un idiota, y me alegro de que se haya ido, estoy encantado, ese tío sería incapaz de encontrarse el culo con las dos manos y una linterna…, pero fue bueno para los mercados. ¿Más té helado?

—No, gracias. Con esto ya tengo suficiente. Muy refrescante.

—En cuanto a su pregunta, señora Gibney, no recuerdo que Cary me hablara nunca de sus planes de marcharse de la ciudad o cambiar de trabajo. Quizá me haya olvidado de algún comentario suyo a ese respecto, han pasado seis o siete años, o incluso nueve, pero a mí aquel joven me parecía totalmente feliz. Le chiflaba el cine e iba siempre montado en aquel ruidoso ciclomotor suyo. ¿Dice que lo encontraron en Deerfield Park?

—Sí.

—¡Absurdo! ¡Cuesta creer que él lo abandonara! ¡Era su seña de identidad!

—¿Puedo enseñarle una foto? Ya la habrá visto antes…, está colgada en el Bowlaroo. —La recupera en el iPad.

Clippard se inclina hacia ella.

—Campeonato de invierno, sí —dice—. ¡Qué tiempos aquellos! No hemos ganado desde entonces, pero el año pasado estuvimos cerca.

—¿Puede identificar a los hombres de la foto? ¿Y no tendrá por casualidad sus direcciones? ¿Y sus números de teléfono?

—¡Un desafío para la memoria! —exclama Clippard—. ¡Veamos si estoy a la altura!

—¿Puedo grabarlo con el móvil?

—¡Adelante! Este soy yo, naturalmente, y este es Roddy Harris, también conocido como Bola Pequeña y Señor Carne. Su mujer y él viven en Victorian Row. Ridge Road, ya sabe. Roddy estaba en Ciencias Biológicas, y su mujer, no recuerdo cómo se llama, estaba en el Departamento de Literatura. —Desplaza el dedo al hombre siguiente—. Ben Richerson ha muerto, un infarto hace dos años.

—¿Estaba casado? ¿Su mujer sigue en la ciudad?

Él le dirige una mirada extraña.

—Ben ya se había divorciado cuando empezó a jugar con nosotros. Se había divorciado hacía *mucho*. Señora Gibney, ¿piensa que uno de nosotros tuvo algo que ver con la desaparición de Cary?

—No, no, no es eso —le asegura Holly—. Solo tengo la esperanza de que alguno de ellos pueda decirme adónde fue Cary.

—¡Entiendo, entiendo! ¡Sigamos! Este calvito de hombros anchos es Avram Welch. Vive en uno de esos bloques de apartamentos de Lakeside. Su mujer murió hace unos años, por si le interesa. Aún juega a los bolos. —Pasa a otro calvito—. Jim Hicks. ¡Lo llamábamos Lametones Calientes! ¡Ja! Su mujer y él se mudaron a Racine. ¿Qué tal lo estoy haciendo?

—¡Estupendamente! —exclama Holly. Parece que es contagioso.

Entra Midge.

—¿Os lo pasáis bien, chicos?

—¡Nos lo pasamos bomba! —exclama Clippard, que o bien no ha captado el ligero tono de sarcasmo en la voz de su mujer o ha preferido pasarlo por alto.

Ella se sirve un vaso de té helado y luego, poniéndose de puntillas, coge una botella de licor marrón de un armario lleno de botellas una al lado de otra. Se sirve un chorrito en el vaso y luego les ofrece la botella con una ceja enarcada.

—¿Por qué no? —casi grita Clippard—. ¡Dios detesta a los cobardes!

Ella le sirve un poco en el vaso. El líquido desciende en espiral.

—¿Y usted, señora Gibley? Un poco de Wild Turkey le dará vida a ese té helado.

—No, gracias —contesta Holly—. Tengo que conducir.

—Muy respetuosa con la ley, usted —dice Midge—. Chao, chicos.

Sale. Clippard le lanza una mirada que podría ser de ligero disgusto o podría no serlo y después centra de nuevo la atención en Holly.

—¿Juega usted a los bolos, señora Gibney? —pronuncia su apellido con un ligero énfasis, como para corregir el error de su mujer en su ausencia.

—No —admite Holly.

—Verá, normalmente los equipos de la liga juegan solo con cuatro

jugadores, y así es como jugamos en las finales del torneo, pero durante la temporada a veces lo hacemos con cinco o incluso seis participantes, en el supuesto de que el otro equipo disponga del mismo número de jugadores. Como en la liga de mayores de 65 casi siempre hay alguien en la LD. A veces dos o tres. Con lo de LD quiero decir…

—La Lista de Discapacitados —apunta Holly, sin molestarse en decirle que ahora a eso se lo llama Lista de Lesionados.

De pronto la asalta el deseo de salir de allí. Hugh Clippard transmite cierto frenesí. Holly no cree que le dé a la coca, pero el efecto viene a ser el mismo. La tableta…, las pequeñas y apretadas nalgas ceñidas por el bañador rojo…, el bronceado… y las arrugas ocultas…

—¿Quién es este?

—Ernie Coggins. Vive en Upriver con su mujer. Aún juega con nosotros los lunes por la noche, si el cuidador de ella está disponible. Discopatía degenerativa avanzada, la pobre. Inmovilizada en una silla de ruedas. Ernie, en cambio, está en una forma excelente. Se cuida bien.

De pronto, Holly entiende qué es lo que la inquieta, porque se trata de algo que lo inquieta a él. La mayor parte de los hombres de la foto se están cayendo a pedazos, y si ochenta años es su edad media, no podría ser de otro modo. El equipamiento se desgasta, cosa que, por lo visto, Hugh Clippard se resiste a admitir. Está, como algunos dicen, en el pasillo de la negación.

—Desmond Clark no sale en la foto… Supongo que no estaba cuando se hizo. Des y su mujer también han muerto. Tuvieron un accidente de avioneta en Florida. En Boca Ratón. Pilotaba Des. El muy cretino intentó aterrizar con niebla espesa. No encontró la pista. —En este comentario no hay ninguna exclamación; el tono es casi monocorde. Toma un gran trago de té alegrado y añade—: Estoy pensando en dejarlo.

Por un momento Holly cree que se refiere al alcohol, pero enseguida llega a la conclusión de que no es así.

—¿Dejar a los Viejas Glorias?

—Sí. Antes me gustaba ese nombre, pero ahora me chirría. Los únicos de esa foto con los que aún juego son Avram y Ernie Cog. Bola Pequeña viene, pero solo de espectador. Esto ya no es lo que era.

—Nada lo es —dice Holly con delicadeza.

—Ah, ¿no? No. Pero debería. Y sería posible si la gente se cuidara. —Mantiene la mirada fija en la foto.

Holly lo observa y advierte que incluso en la piel de la tableta empiezan a asomar las arrugas.

—¿Quién es ese último?

—Vic Anderson. Hábil Vick, lo llamábamos. Tuvo un derrame. Ahora está en una residencia del norte del estado.

—¿No será Rolling Hills, por casualidad?

—Sí, así se llama.

El hecho de que uno de los viejos jugadores de bolos esté en la misma

residencia que el tío Henry le parece mera casualidad. Holly lo piensa con alivio, porque ver una foto de Barbara Robinson en el vestíbulo del Strike Em Out se le ha antojado más bien…, en fin…, cosa del destino.

—Su mujer se trasladó allí para poder visitarlo más a menudo. ¿Seguro que no quiere alegrar un poco su té, señora Gibney? No se lo diré a nadie.

—Estoy bien. De verdad. —Holly deja de grabar—. Muchísimas gracias, señor Clippard.

Él sigue mirando el iPad. Parece casi hipnotizado.

—La verdad es que no había caído en la cuenta de que quedamos tan pocos.

Holly desliza la foto y él alza la vista, como si no supiera bien dónde está.

—Gracias por su tiempo.

—No hay de qué. Si localiza a Cary, dígale que se pase por aquí algún día, ¿quiere? O al menos dele mi dirección de correo electrónico. Se la anotaré.

—¿Y los números de teléfono de los que aún siguen por aquí?

—Cómo no.

Arranca una hoja del bloc encabezada con el rótulo SOLO UNA NOTA DE LA COCINA DE MIDGE, coge un bolígrafo de una taza llena de ellos y, tras consultar los contactos en su móvil, los apunta. Holly advierte que los números y la dirección de correo revelan un ligero temblor de la mano que los ha escrito. Pliega la hoja y se la guarda en el bolsillo. Vuelve a pensar: *El tiempo, el vengador*. Holly no tiene ningún problema con los ancianos; es más bien la forma en que Clippard lleva la vejez lo que la incomoda.

En resumidas cuentas: tiene prisa por largarse de ahí.

3

En Sugar Heights solo hay un centro comercial (y de mucho postín). Holly aparca ahí, se enciende un cigarrillo y fuma con la puerta abierta, los codos apoyados en los muslos y los pies en el asfalto. Su coche empieza a apestar a tabaco, y ni siquiera el bote de ambientador que lleva en la consola central elimina totalmente el olor. Qué hábito tan desagradable y, sin embargo, tan necesario.

De momento, piensa, y entonces vuelve a acordarse de la oración con la que san Agustín le pide a Dios que lo haga casto… pero no todavía.

Holly comprueba el móvil para ver si Barbara ha contestado a su mensaje con la foto adjunta de Cary Dressler y los Viejas Glorias. Aún nada. Consulta su reloj y ve que son solo las dos y cuarto. Queda mucho día por delante, y no tiene intención de malgastarlo. Así pues, ¿cuál es el siguiente paso?

Mover el culo y llamar a las puertas, por supuesto.

En 2015 había ocho Viejas Glorias, incluido Desmond Clarck, el que no aparece en la foto. No es necesario investigar a tres de ellos. Cuatro, si cuenta a Hugh Clippard. Este parece capaz de imponerse a Bonnie y al niño del monopatín —en cuanto a Ellen, Holly ya no está tan segura—, pero de momento lo descarta, junto con los dos que han muerto y Jim Hicks (que vive en Wisconsin…, aunque habrá que comprobarlo). Quedan, pues, Roddy Harris, Avram Welch y Ernie Coggins. También está Victor Anderson, pero Holly duda que la víctima de un derrame pueda salir a hurtadillas de Rolling Hills para secuestrar a alguien.

Sabe que es muy poco probable que *alguno* de los Viejas Glorias sea el Depredador de Red Bank, pero cada vez está más convencida de que los presuntos secuestros de Dressler, Craslow, Steinman y Bonnie Rae Dahl no fueron al azar, sino planeados. El Deprepador conocía sus rutinas, en cuyo epicentro aparecía siempre Deerfield Park.

Los jugadores de bolos conocían a Cary. Holly no necesita mencionar a los otros desaparecidos, a menos que intuya —que sienta lo que Bill Hodges habría llamado «una vibración»— que las preguntas sobre Cary están poniendo nervioso a alguien. O a la defensiva. Quizá incluso le despierten culpabilidad. Sabe qué indicios buscar; Bill la enseñó bien. Mejor mantener a Ellen, Pete y Bonnie como ases en la manga. Al menos por ahora.

En ningún momento se le ha pasado siquiera por la cabeza que Penny Dahl la ha mencionado en Facebook, Instagram y Twitter.

4

Mientras Holly está fumando en el aparcamiento del Boutique Shopping Mart de Sugar Heights, Barbara Robinson mantiene la mirada fija en el vacío, inútilmente. Ha bloqueado todas las notificaciones en su ordenador y su móvil, permitiendo solo las llamadas de sus padres y Jerome. Esos pequeños círculos rojos que piden respuesta junto al mensaje de texto y los iconos del correo son demasiado tentadores. El texto para el premio Penley —un requisito para los cinco finalistas— tiene que estar en el correo a finales de mes, y solo faltan cuatro días. Tres, en realidad; quiere llevar el texto a la oficina de correos el viernes y asegurarse de que ponen ese matasellos. Ser eliminada por un tecnicismo después de todo eso sería enloquecedor. Así que se pone a trabajar.

La poesía es importante para mí porque

Horrible. Como la primera línea de un comentario de un libro en la escuela secundaria. Borrar.

Peor. Borrar.

Mi razón para

¡Borrar, borrar, *borrar*!

Barbara apaga el ordenador, pasa un rato más con la mirada fija en el vacío, y después se levanta del escritorio y se quita los vaqueros. Se pone un pantalón corto, añade una camiseta sin mangas, se recoge el cabello en una coleta descuidada y sale a correr.

Hace demasiado calor para correr, la temperatura debe de rondar los treinta y cinco grados, pero no se le ocurre qué otra cosa hacer. Da la vuelta a la manzana… y es una manzana ancha. Para cuando regresa a la casa donde vivirá con sus padres solo hasta que empiece la universidad e inicie otra vida, está sudando y le falta el aliento. No obstante, da otra vuelta a la manzana. La señora Caltrop, que está regando las flores bajo una enorme pamela, la mira como si estuviera loca. Probablemente lo esté.

Delante del ordenador, mirando la pantalla en blanco y el cursor palpitante que parecía mofarse de ella, ha sentido frustración y —debe reconocerlo— miedo. Porque Olivia se niega a ayudarla. Porque tenía la mente tan en blanco como la pantalla. Pero ahora, a todo correr, con la camiseta oscurecida ya a causa del sudor que le corre por los lados de la cara como desmesuradas lágrimas, toma conciencia de lo que había detrás de ese temor y esa frustración. Rabia. Tiene la sensación de que están jugando con ella. De que están obligándola a saltar a través de sucesivos aros como a un perro en el circo.

De vuelta en casa —que de momento tiene para ella sola, porque sus padres están en sus respectivos trabajos—, sube de dos en dos los peldaños de las escaleras, deja la ropa tirada en el pasillo de camino al cuarto de baño y se mete en la ducha con el mando vuelto totalmente hacia la F. Lanza un grito y se rodea con los brazos. Vuelve la cara palpitante hacia los chorros de agua fría y grita de nuevo. Siente desahogo al gritar, como aprendió aquel día, hace dos meses, cuando gritó con Marie Duchamp, así que grita una tercera vez.

Sale de la ducha temblando y con la carne de gallina, pero se encuentra mejor. *Más despejada.* Se frota con la toalla hasta que le reluce la piel. Luego vuelve a su habitación recogiendo la ropa tirada por el camino. La lanza a la cama, se dirige desnuda hacia el ordenador, pulsa el botón para encenderlo y entonces piensa: *No. Mal.*

Coge uno de los cuadernos del instituto del estante junto a su escritorio, pasa las páginas de notas sobre Enrique VII y la Guerra de las Dos Rosas, y llega a una página en blanco. La arranca casi

descuidadamente, sin pasar por alto el borde deshilachado, más bien complacida de que haya quedado así. Está acordándose de algo que le dijo Olivia en una de sus reuniones matinales. Explicó a Barbara que era de un escritor llamado Juan Ramón Jiménez, pero ella, Olivia, se lo oyó por primera vez a Jorge Castro. Dijo que, según Jorge, era la piedra angular de todo lo que había escrito o esperaba escribir: «Si os dan papel pautado, escribid por el otro lado».

Eso es lo que Barbara hace ahora, escribir su texto rápidamente por encima de las líneas azules de la pauta. Según los requisitos del Penley, «no debe exceder las quinientas palabras». El de Barbara es mucho más breve. Y resulta que Olivia, después de todo, sí está aquí para ayudarla, con otro comentario salido de una de esas reuniones matinales que han cambiado su vida. Quizá más de lo que la cambiará la universidad.

«Escribo poesía porque sin ella soy un motor averiado». Se detiene solo un momento y después añade: «El hecho de que me pidan que escriba un texto sobre mi poesía después de haberles enviado una muestra tan amplia de ella es una idiotez. Mi poesía es mi texto».

Pliega dos veces la hoja de borde desigual y la mete en un sobre que ya lleva el sello y la dirección. Se pone algo de ropa, vuelve a bajar corriendo por las escaleras y sale por la puerta, que deja abierta. Aprieta a correr por la acera, probablemente echando a perder la ducha fría con nuevo sudor. Le da igual. Tiene que hacerlo antes de cambiar de idea. Eso sería un error, porque tiene razón en lo que ha escrito.

Hay un buzón en la esquina. Echa el sobre y a continuación se dobla por la cintura, se agarra las rodillas y respira hondo.

Me da igual si gano o pierdo. Me da igual, me da igual.

Puede que más tarde lamente lo que ha escrito, pero no ahora. Frente al buzón, doblada, con el cabello húmedo colgándole ante la cara, sabe que es la verdad.

El trabajo importa.

Lo demás, no. Los premios, no. Ser publicado, no. Hacerse rico, famoso, o las dos cosas, no.

Solo el trabajo.

1 de julio de 2021

20.03.

Bonnie Rae Dahl baja en bicicleta por Red Bank Avenue y entra en el Jet Mart.

20.04.

Desmonta, se quita el casco y se sacude el pelo. Deja el casco en el sillín y entra.

—Hola, Emilio —dice, y le dirige una sonrisa.

—Hola —responde él, y devuelve la sonrisa.

Ella pasa por delante de la Cava de Cerveza hacia la nevera del fondo, donde esperan los refrescos. Coge una Pepsi Light. Retrocede por el pasillo y se detiene frente al estante de los dulces: Twinkies, Ho Hos, Yodels, Little Debbies. Coge un paquete de Ho Hos y se para a pensar. Emilio coloca paquetes de tabaco en el expositor de detrás del mostrador. Fuera pasa una furgoneta por delante de la tienda, cuesta abajo.

20.05.

Roddy Harris va al volante de la furgoneta. Lleva en el bolsillo de la americana de sport la aguja hipodérmica con Valium. Emily ya está en la silla de ruedas, lista para actuar…, y esta noche la necesita. La ciática ha vuelto con saña. Roddy accede al asfalto agrietado de lo que antes era Reparaciones de Automóviles y Pequeños Motores de Bill, con la puerta corredera de la furgoneta orientada hacia el taller abandonado.

—Una elfina de Navidad. Se acerca —anuncia.

—Date prisa —ordena Emily—. No quiero que se nos escape. Esto es un *martirio*.

Orienta la silla de ruedas hacia la puerta. Roddy pulsa un botón y la puerta se desliza hacia atrás. Sale la rampa. Emily baja por ella hasta el pavimento. Roddy enciende las luces de emergencia y se apea. Han estudiado detenidamente la conveniencia de encender o no las luces y por fin han decidido que deben arriesgarse. No pueden permitirse dejar que se escape. Em se encuentra mal y el propio Roddy no está en su mejor momento. Le duele la cadera y tiene las manos rígidas, pero el verdadero problema es su mente. Su mente sigue a la deriva. No es alzhéimer, se niega a creerlo, pero desde luego está cada vez más confuso. Una nueva infusión de sesos lo arreglará, y el resto arreglará a Em. En particular el hígado de la elfina de Navidad, eso es el santo grial, el sacramento, pero no debe desperdiciarse ninguna parte del animal.

No solo es el lema de Roddy; es su mantra.

20.06.

Bonnie ha dejado el paquete de Ho Hos, no sin pesar. Se acerca al mostrador, cartera en mano. La lleva en el bolsillo de atrás del pantalón, como un hombre.

—¿Por qué no te replanteas lo de esos Ho Hos? —dice Emilio mientras marca el refresco en la caja registradora—. Estás en buena forma, no te harán daño.

—Vade retro, Satanás. Mi cuerpo es un templo.

—Si tú lo dices —contesta Emilio—. En Jet Mart, al menos en este, el cliente siempre tiene la razón.

Los dos se echan a reír. Bonnie se mete el cambio en el bolsillo, descarga la mochila de un hombro y guarda dentro el refresco. Tiene previsto bebérselo mientras ve *Ozark* en Netflix. Cierra la cremallera de la mochila y se la echa de nuevo a los hombros.

—Buenas noches, Emilio.

Él levanta el pulgar.

20.07.

Bonnie se pone el casco, se monta en la bicicleta y se detiene justo el tiempo necesario para ajustarse una de las correas de la mochila. No lejos de ahí, cuesta abajo, a la altura de la zona del parque conocida como los Matorrales, Emily rodea la furgoneta por detrás en la silla de ruedas. El pavimento está agrietado y es irregular. Cada vez que la silla de ruedas cabecea y se tambalea, experimenta una explosión de dolor en la zona lumbar. Aprieta los labios para no gritar, pero no puede contener los gemidos.

—¡Indícale que pare! —Es parte susurro, parte gruñido—. ¡No falles, Roddy, por favor, no falles!

Roddy no tiene intención de fallar. Si Bonnie no para al verlo, la derribará de la bicicleta cuando intente pasar. En el supuesto, claro, de que la cadera se lo permita. ¡Qué daría él por tener otra vez cincuenta años! ¡O incluso sesenta!

Se vuelve hacia Em y ve algo que no le gusta. La luz guía de la silla de ruedas sigue encendida, iluminando el pavimento. ¡Será difícil creerse que una silla de ruedas se ha quedado sin batería si la luz aún funciona! Y la chica ya se acerca, bajando a toda velocidad por la cuesta.

—¡Apaga la luz! —susurra él—. ¡Emily, apaga la condenada luz guía!

Ella lo hace, justo a tiempo. Porque ahí está ya la chica, su elfina de Navidad.

Roddy baja de la acera agitando los brazos.

—¿Puede ayudarnos, por favor? ¡Necesitamos ayuda!

Bonnie pasa de largo velozmente, y está demasiado lejos de la acera para que él pueda siquiera plantearse derribar la bicicleta con una patada de karate. Por un instante ve peligrar toda su planificación; sus posibilidades se reducen como la luz trasera intermitente de la bicicleta

cuesta abajo. Pero de pronto la chica frena, realiza un viraje y retrocede. Roddy no sabe si es porque lo ha visto a él agitar los brazos, o por las luces de emergencia, o por el deseo de comportarse como una buena samaritana, o por las tres cosas. Sencillamente siente alivio.

Bonnie pedalea despacio, al principio con cierta cautela, pese a que aún queda luz del día suficiente para que identifique a la persona que le hacía señas.

—¿Profesor Harris? ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

—Es Em. Está muy mal de la ciática, y se ha agotado la batería de la silla de ruedas. ¿Podrías ayudarme a entrarla? La rampa está al otro lado. Quiero llevarla a casa.

—¿Bonnie? —pregunta Emily débilmente—. Bonnie Dahl, ¿eres tú?

—Sí. ¡Dios mío, Emily, cuánto lo siento!

Bonnie desmonta de la bicicleta y baja la pata de cabra. Corre hacia Emily y se inclina sobre ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué han parado *aquí*?

Pasa un coche. Reduce la marcha; a Roddy se le para el corazón. Luego el coche acelera otra vez.

Emily no tiene ninguna buena respuesta para la pregunta de Bonnie, así que se limita a dejar escapar un gemido.

—Tenemos que llevarla al otro lado —repite Roddy—. ¿Puedes ayudarme a empujarla?

Él se inclina como para sujetar una de las empuñaduras de la silla de ruedas, pero Bonnie lo aparta con la cadera y las coge las dos. Hace girar la silla y rodea la parte de atrás de la furgoneta con ella. Emily se queja a cada sacudida. Roddy circunda la rampa, se inclina a través de la puerta abierta del lado del conductor y apaga las luces de emergencia. *Una cosa menos de que preocuparse*, piensa.

—¿Aviso a alguien? —pregunta Bonnie—. Tengo el móvil…

—Basta con que me subas por la rampa —la interrumpe Emily con voz ahogada—. Me pondré bien en cuanto llegue a casa y me tome un relajante muscular.

Bonnie orienta la silla de ruedas hacia la rampa y respira hondo. Le gustaría retroceder primero y tomar carrerilla, pero el pavimento es demasiado irregular. *Un empujón vigoroso*, piensa. *Tengo fuerza suficiente, puedo hacerlo.*

—¿Te ayudo? —pregunta Roddy, ya en ademán de situarse detrás de Bonnie, no de acercarse a las empuñaduras de la silla. Hunde la mano en el bolsillo. Retira el pequeño tapón protector de la jeringuilla sin el menor problema; ya lo ha hecho antes, tanto en numerosas prácticas como cuatro veces en situaciones reales. La furgoneta oculta lo que está ocurriendo a las miradas de cualquier posible transeúnte y él no tiene ninguna razón para pensar que algo pueda salir mal. Ya casi lo han conseguido.

—No, ya puedo yo. Quédese atrás.

Bonnie se inclina como un corredor en los tacos de salida, agarra firmemente las empuñaduras de goma y empuja. Hacia la mitad de la rampa, justo cuando piensa que no será capaz de completar la tarea, el motor de la silla de ruedas cobra vida. La luz guía se enciende. Al mismo tiempo nota un aguijonazo de abeja en la nuca.

Emily avanza con la silla y entra en la furgoneta. Roddy espera que Bonnie se desplome, igual que los otros. Tiene motivos para pensar que así será; acaba de inyectar quince miligramos de Valium a menos de cinco centímetros del cerebelo de la elfina. Sin embargo, ella se yergue y se da media vuelta. Se lleva la mano a la nuca. Por un momento Roddy piensa que le ha administrado una dosis diluida, quizá incluso no fuera una dosis, sino solo agua. Son los ojos de ella lo que lo convence de que no es así. Un Roddy Harris más joven y mucho más fornido, por entonces estudiante universitario, trabajó dos veranos en un matadero de Texas; fue allí donde empezó a formular sus teorías sobre las cualidades casi mágicas de la carne. A veces la pistola de perno que utilizaban para sacrificar a las reses no estaba del todo cargada o no se aplicaba certeramente en el lugar oportuno. Cuando eso ocurría, las vacas reaccionaban igual que Bonnie Dahl ahora: con los ojos flotando en las cuencas, la cara distendida en una expresión de perplejidad.

—¿Qué… ha hecho? ¿Qué…?

—¿Por qué no se desploma? —pregunta Emily con voz aguda desde la puerta abierta de la furgoneta.

—Calla —contesta él—. Ya caerá.

Pero Bonnie, en lugar de caer, avanza a trompicones hacia la parte de atrás de la furgoneta con los brazos extendidos para equilibrarse. Y hacia la calle más allá, cabe suponer. Roddy intenta agarrarla. Ella lo aparta de un empujón con una fuerza sorprendente. Él retrocede tambaleante, tropieza con un saliente del pavimento y cae de culo. Le protesta la cadera. Sus dientes entrechocan y se muerde la lengua. Un hilillo de sangre le corre por la boca. Aun en ese momento de tensión, la saborea pese a saber que su propia sangre no le sirve de nada. *Cualquier* sangre sin carne no le sirve de nada.

—¡Se escapa! —exclama Emily.

Roddy quiere a su mujer, pero en ese momento también la odia. Si en la otra acera de Red Bank Avenue hubiera gente en lugar de maleza enmarañada, ya estaría acercándose para ver a qué viene tanto alboroto.

Se levanta con torpeza. Bonnie se ha apartado de la furgoneta y de Red Bank Avenue. Ahora avanza dando tumbos por delante del taller mecánico abandonado, deslizando una mano por la puerta de persiana oxidada para no venirse abajo, con zancadas oscilantes e imprecisas de borracho. Ha llegado ya al extremo del edificio cuando él logra rodearle el cuello con el antebrazo y tirar de ella hacia atrás. Bonnie todavía forcejea, dobla la cabeza a uno y otro lado. El casco de la bicicleta le golpea el hombro. Uno de los pendientes sale volando. Roddy está

demasiado ocupado para darse cuenta; como suele decirse, tiene mucho entre manos. La vitalidad de la chica es ciertamente notable. Incluso en esas circunstancias, Roddy siente impaciencia por saborearla.

La lleva a rastras a la furgoneta, sin aliento. El corazón le palpita no solo en el pecho sino también, atronadoramente, en el cuello y la cabeza.

—Vamos —dice, y la obliga a darse media vuelta—. Vamos, elfina, vamos, vamos, v…

Pese a su debilidad, ella le asesta un codazo en el pómulo. Unas chispas destellan ante los ojos de Roddy. La chica se zafa, pero de pronto —gracias a Dios, gracias a Dios— le fallan las rodillas y por fin cae. Roddy se vuelve hacia Emily.

—¿Puedes ayudarme?

Emily se levanta parcialmente, hace una mueca y se deja caer de nuevo.

—No. Si se me traba del todo la espalda, las cosas se complicarán aún más. Tendrás que ocuparte tú solo. Lo siento.

Más lo siento yo, piensa Roddy, pero la alternativa es la detención, los titulares, un juicio, la noticia en los canales con veinticuatro horas de información de la televisión por cable y, finalmente, la cárcel. Sujeta a Bonnie por debajo de las axilas y la arrastra por la rampa. La espalda le gime, la cadera amenaza con trabarse sin más. Parte del problema es la mochila de ella. Se la quita. Debe de pesar al menos diez kilos. Se la entrega a Emily, que logra cogerla y sostenerla en el regazo.

—Ábrela —dice Roddy—. Coge el móvil si está ahí. Tienes que… —No termina la frase, porque debe reservar el aliento para la tarea que lo ocupa. Además, Em ya conoce la rutina. Ahora mismo tienen que salir de aquí, y con suerte lo conseguirán. *Si alguien merece un poco de suerte después de lo que hemos pasado, somos nosotros*, piensa. Ni siquiera se le pasa por la cabeza la idea de que Bonnie esta tarde ha tenido aún peor suerte.

Em ya está retirando la tarjeta SIM del móvil de Bonnie, desactivándolo a todos los efectos.

Roddy sube a Bonnie a rastras por la rampa. Emily retrocede en la silla de ruedas para dejarle espacio. Ya ha abierto la mochila y empezado a revolver el contenido. A él le gustaría hacer un alto y recuperar el aliento, pero ya llevan demasiado tiempo aquí. Más de la cuenta. Aparta las piernas de Bonnie de la puerta de una patada. A ella le habría dolido si estuviera consciente, pero no lo está.

—La nota. La nota.

La ha dejado en el bolsillo trasero del asiento del acompañante, en un sobre de plástico transparente. Emily la ha escrito en letra de imprenta. A partir de varias anotaciones que Bonnie hizo durante su breve periodo de empleo. No es una réplica exacta, pero la letra de imprenta no tiene por qué serlo. Y es breve: «Ya estoy harta». Probablemente la nota no

tendrá la menor importancia si roban la bicicleta, pero podría tenerla si atraparan al ladrón. Roddy la coloca en el sillín de la bicicleta y pasa por encima la manga de su americana, por si acaso en el papel quedan registradas las huellas dactilares (no hay consenso al respecto en internet).

Falto de aliento, se sienta al volante. Pulsa el botón que sirve para replegar la rampa y cierra la puerta. El corazón le late a un ritmo demencial. Si tiene un infarto, ¿será capaz Emily de conducir la furgoneta de regreso hasta el número 93 de Ridge Road y entrarla en el garaje? Incluso si lo consigue, ¿qué hará con la chica inconsciente?

Em tendrá que matarla, piensa, e incluso en su estado actual —con el cuerpo entero dolorido, el corazón acelerado y palpitaciones en la cabeza— la idea de que toda esa carne se eche a perder le produce una punzada de pesar.

20.18 horas.

27 de julio de 2021

1

—Mire esto —dice Avram Welch. Lleva pantalones cargo cortos (Holly tiene varios como esos) y se señala las rodillas. Presentan sendas cicatrices en forma de S—. Doble implante de rodilla. El 31 de agosto de 2015. Un día difícil de olvidar. Cary estaba en Strike Em Out la última vez que fui, a mediados de agosto…, yo fui solo a mirar, para entonces ya tenía las rodillas muy mal y no podía plantearme siquiera lanzar la bola…, y cuando volví a ir, él ya había desaparecido. ¿Le sirve de algo?

—Sin duda —contesta Holly, aunque no sabe si le sirve o no—. ¿Cuándo volvió a ir a la bolera después de la operación?

—Eso también lo recuerdo. El 17 de noviembre. Era la primera ronda del torneo de mayores de 65 años. Yo aún no podía jugar, pero fui a animar a los Viejas Glorias.

—Tiene buena memoria.

Están sentados en el salón del apartamento de Welch, en la segunda planta de un edificio de Sunrise Bay. Hay barcos dentro de botellas por todas partes —Welch le ha dicho que construirlos es su pasatiempo—, pero ocupa el lugar de honor un marco con una fotografía de una mujer sonriente de alrededor de cuarenta y cinco años. Lleva un bonito vestido de seda y luce una mantilla de encaje sobre el cabello castaño, como si acabara de salir de la iglesia.

Welch señala el retrato.

—¿Cómo no voy a acordarme? Al día siguiente le diagnosticaron a Mary cáncer de pulmón. Murió al cabo de un año. ¿Y sabe qué? Nunca fumó.

Holly siempre se siente un poco mejor con respecto a su propio hábito cuando se entera de que un no fumador ha muerto de cáncer de pulmón. Supone que eso la convierte en una caca de persona.

—Siento mucho su pérdida.

Welch es un hombre pequeño de gran barriga y piernas flacas. Suspira y dice:

—Más lo siento yo, señora Gibney, créame. Era el amor de mi vida. Tuvimos nuestras diferencias, como ocurre en todos los matrimonios, pero a ese respecto hay un dicho: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo». Y en nuestro caso eso nunca pasó.

—Según Althea, Cary les caía bien a todos. A los Viejas Glorias, quiero

decir.

—Cary caía bien a *todo el mundo*. Era un tribble. Supongo que usted no sabe lo que es, pero…

—Sí lo sé. Soy una seguidora entusiasta de *Star Trek*.

—Eso mismo, muy bien, eso mismo. Cary… era *imposible* que cayera mal a alguien. Era algo así como un cadete espacial, pero simpático y siempre alegre. Supongo que en ese sentido la droga ayudaba. *Era* fumador, pero no de tabaco. Le daba al canuto, como dicen algunos.

—Creo que es posible que otros miembros de su equipo también le dieran al canuto —se aventura a comentar Holly.

Welch se ríe.

—Vaya que si le dábamos. Recuerdo que algunas noches salíamos a la parte de atrás y, entre risas y cada vez más colocados, nos pasábamos un par de porros. Como si estuviésemos otra vez en el instituto. Excepto Roddy, claro. Al bueno de Bola Pequeña no le importaba que fumáramos, no era un fanático, a veces incluso nos acompañaba, pero él no le daba a la maría. No creía en eso. Nos acabábamos los canutos, volvíamos adentro, ¿y sabe qué?

—No, ¿qué?

—Nos hacía *mejores*. En especial a Hughie el Clip. Cuando estaba colocado, el tiro con rosca no se le desviaba, y se anotaba un pleno cada dos por tres. ¡Zum! —Separa las manos y simula un lanzamiento—. Roddy, en cambio, no mejoraba. Sin el humo mágico, el profe era el mismo jugador de siempre, con su media de ciento cuarenta. ¿No es la bomba?

—Sin duda.

Cuando Holly se marcha de Sunrise Bay, solo ha averiguado una cosa: Avram Welch también es un tribble. Si resultara ser el Depredador de Red Bank, todo aquello en lo que ella siempre ha creído, tanto intelectual como intuitivamente, se desmoronaría.

Su siguiente alto es Rodney Harris, profesor retirado, jugador de bolos con una media de ciento cuarenta, también conocido como Bola Pequeña y Señor Carne.

2

Barbara está leyendo un poema de Randall Jarrell titulado «La muerte del artillero de la torreta esférica», maravillada ante esos cinco versos de puro terror, cuando le suena el móvil. En este momento solo tienen acceso tres personas, y como sus padres están en la planta de abajo, ni siquiera mira la pantalla. Se limita a decir:

—Hola, J, ¿qué cuentas?

—Cuento que me quedo en Nueva York a pasar el fin de semana. Pero no en la ciudad. Mi agente me ha invitado a pasar el fin de semana en

Montauk. ¿A que es guay?

—Pues no sé. Yo pensaba que el sexo y el trabajo no se mezclaban.

Jerome se echa a reír. Barbara nunca había oído a Jerome reír con tanta facilidad y frecuencia como en sus últimas conversaciones, y se alegra de su felicidad.

—Chica, por ese lado puedes estar tranquila. Mara tiene cerca de sesenta años. Está casada. Con hijos y nietos. Casi todos ellos estarán allí. Todo eso ya te lo había contado, pero estás en las nubes. ¿Recuerdas al menos el apellido de Mara?

Barbara reconoce que no, aunque está segura de que Jerome se lo ha dicho.

—Roberts. ¿A ti qué te *pasa*?

Por un momento Barbara guarda silencio, con la mirada fija en el techo, donde por la noche resplandecen unas estrellas fluorescentes. Jerome la ayudó a colocarlas cuando ella tenía nueve años.

—¿Me prometes que si te lo cuento no te enfadarás? A mamá y a papá aún no se lo he dicho, pero supongo que cuando te lo diga a ti, será mejor que se lo diga a ellos.

—Siempre y cuando no sea que estás embarazada. —En la voz de Jerome se percibe que lo dice en broma y en serio a la vez.

Ahora es Barbara quien ríe.

—Embarazada, no, pero puede decirse que estoy esperando.

Se lo cuenta todo, remontándose a su visita inicial a Emily Harris, porque le daba miedo plantarse sin más en casa de Olivia Kingsbury. Le habla de sus reuniones con la vieja poeta y le explica que Olivia presentó sus poemas al comité del premio Penley sin decírselo y que ahora está entre los finalistas.

Termina y espera una reacción de envidia. O una tibia enhorabuena. No ocurre ni uno ni lo otro, y Barbara se avergüenza de haber sentido la necesidad de mantenerlo en secreto. Pero quizá haya sido mejor así, porque la reacción de Jerome —una mezcla balbuceante y entusiasta de preguntas y felicitaciones— la llena de satisfacción.

—Así que ¡es *eso*! ¡En eso andabas metida! ¡Dios mío, Ba! ¡Ojalá estuviera ahí para descuajaringarte de un abrazo!

—No sé si eso me gustaría mucho —dice ella, y se enjuga los ojos. Siente tal alivio que tiene la impresión de que podría elevarse flotando hasta las estrellas pegadas en el techo, y piensa lo buen hermano, lo generoso que es Jerome. ¿Lo había olvidado o acaso estaba tan absorta en sus propias preocupaciones que había sido incapaz de verlo?

—¿Y qué tal el texto para el premio? ¿Has ido a matar?

—Sí —contesta Barbara, y piensa: *No te quepa duda. Lo leerán y lo tirarán a lo que papá llama el archivo circular.*

—¡Genial, genial!

—Cuéntame otra vez lo de esa mujer cuyo hijo desapareció. Ahora ya puedo escuchar. O sea, con los dos oídos. Antes era incapaz.

Jerome no se limita a hablarle de Vera Steinman, sino que le resume todo el caso. Para terminar, añade que quizá Holly, por puro azar, ha descubierto a un asesino en serie que actúa en el lado de Red Bank Avenue de Deerfield Park. O en la universidad. O en un sitio y en otro.

—Y he caído en la cuenta de otra cosa —dice él—. Venía dándole vueltas y más vueltas, pero al final ha encajado. Como una de esas imágenes en tinta que miras y miras, y de repente ves que es la cara de Jesús o de Dave Chappelle.

—¿Qué?

Él se lo dice. Hablan un poco más y luego Barbara dice que quiere contar a sus padres lo del premio Penley.

—Antes de eso, necesito que me hagas un favor —dice Jerome—. Baja al antiguo despacho de papá, donde he estado trabajando en el libro, y busca el lápiz USB de color naranja. Está al lado del teclado. ¿Puedes?

—Claro.

—Conéctalo y envíame la carpeta con el nombre PIX, P-I-X. Mara piensa que los editores querrán incluir fotos en la parte central del libro y puede que también las usen en la promoción.

—Para la gira.

—Sí, solo que, si el covid no termina, es posible que sea una gira virtual con Zoom y Skype.

—Lo haré encantada, J.

—Una es una foto del cine Biograph, con *Manhattan Melodrama* en la marquesina. El Biograph fue donde mataron a John Dillinger. En opinión de Mara, sería una imagen excelente para la portada. Y Barbara…

—¿Qué?

—Me alegro mucho por ti, hermana. Te quiero.

Barbara responde que ella siente lo mismo y pone fin a la llamada. No recuerda haber sido nunca tan feliz. Olivia le ha dicho que, por lo general, los poetas felices son malos poetas, pero ahora mismo eso no le importa.

2 de julio de 2021

Al despertar, Bonnie tiene sed y un ligero dolor de cabeza, pero nada comparable a los síntomas de resaca que sintieron Jorge Castro y Cary Dressler. Con estos, Roddy utilizó una solución de ketamina inyectable; sin embargo, con Ellen y Pete cambió al Valium. No lo hizo por el atroz síndrome de la mañana después que sufrieron, eso le traía sin cuidado, sino porque en el examen *post mortem* de las muestras de Castro y Dressler se observaban daños incipientes en la estructura celular de los ganglios torácicos y linfáticos. Afortunadamente el deterioro no había llegado al hígado, el centro de la regeneración; aun así, esos ganglios linfáticos eran preocupantes. Cabía la posibilidad de que los daños celulares contaminaran la grasa, que Roddy utiliza para sus manos artríticas y que Emily se aplica en la nalga y la pierna izquierdas para aliviar el dolor en el nervio ciático.

Los sesos de su ganado, y otros órganos como el corazón y los riñones, tienen muchas utilidades, pero el hígado es lo más importante, porque es el consumo de hígado humano lo que preserva la vitalidad y alarga la vida. Siempre y cuando el hígado se haya activado plenamente, claro, y esa activación la desencadena el hígado de ternera. Sin duda, el hígado humano sería aún más eficaz, pero eso implicaría secuestrar a dos personas cada vez, una para donar el hígado y la otra para alimentarse de él antes de ser sacrificada, y los Harris han decidido que representaría un riesgo excesivo. El hígado de ternera cumple su función, puesto que a nivel celular se asemeja al humano. El hígado porcino se parece aún más, pues el ADN es casi indistinguible, pero con los cerdos se corre el peligro de los priones. Aunque es un riesgo insignificante, ni Rodney ni Emily quieren morir por efecto de los orificios que abrirían los priones en sus valiosos cerebros.

Bonnie no sabe nada de esto. Lo que sabe es que tiene sed y le duele la cabeza. También sabe otra cosa: la tienen prisionera. La celda en la que está al parecer se halla en el extremo de un sótano. Le cuesta creer que este se encuentre bajo la cuidada casa victoriana de los profesores Harris, pero más aún le cuesta no creerlo. Es un sótano amplio, iluminado por fluorescentes cuya luz atenuada se reduce a un relajante resplandor amarillo. El espacio frente a la jaula es una superficie de hormigón despejada y limpia. Más allá hay unas escaleras, y más allá ve un taller que contiene máquinas cuyos nombres desconoce, aunque salta a la vista que son herramientas eléctricas para cortar y lijar, cosas así. El

elemento de mayor tamaño, en el extremo opuesto de la habitación, es una caja metálica equipada con un tubo que penetra en la pared junto a una puerta pequeña. Supone que se trata de una unidad de calefacción y aire acondicionado.

Bonnie se sienta y se masajea las sienes para aliviar la jaqueca. Algo cae en el futón en el que ha despertado. Es uno de sus pendientes. Al parecer ha perdido el otro, probablemente a causa de un golpe o un tirón durante el forcejeo. Porque *hubo* un forcejeo. Aunque de forma confusa, recuerda sus propios pasos tambaleantes delante de un edificio abandonado, mientras trataba de aferrarse al estado de conciencia el tiempo necesario para huir, pero Rodney la atrapó y la obligó a volver.

Mira el pequeño triángulo dorado —no es oro auténtico, claro, pero es bonito— y lo mete debajo del futón. En parte porque un solo pendiente no sirve, a menos que uno sea un pirata, o un gay intentando aparentar un aspecto sofisticado en un bar de solteros, pero también porque los tres ángulos son afilados. Podría resultarle útil.

En el rincón de la celda hay un váter portátil y, al igual que Jorge Castro, Cary Dressler y Ellen Craslow antes que ella (Steinman el Fétido quizá no tanto), sabe lo que eso significa: alguien tiene intención de retenerla ahí un tiempo. Aún le cuesta creer que ese alguien sea el profesor Rodney Harris, biólogo y nutricionista retirado. Más fácil le resulta creer que Emily sea su cómplice… o, más probablemente, que él lo sea de ella. Porque Emily es el perro alfa en esa relación, y aunque Em se esmeró en mostrarse como una colega de Bonnie, si no incluso como una amiga, Bonnie nunca acabó de fiarse de ella. Durante su breve tiempo al servicio de Emily, procuró hacerlo todo bien, porque sospechaba que no convenía contrariar a una mujer como ella.

Bonnie examina los barrotes, sólidos como una roca pese a no ser un trabajo de soldadura profesional. La reja dispone de un panel con un teclado numérico —lo ve al arrimar la cara a los barrotes—, pero lo cubre una tapa de plástico, y no puede abrirla ni aflojarla siquiera. Aunque pudiera, acertar la combinación correcta sería como ganar la lotería.

Como los anteriores ocupantes de la celda, ve el objetivo de la cámara orientado hacia ella, pero, a diferencia de sus predecesores, no le grita. Es una mujer lista y sabe que tarde o temprano aparecerá alguien. Casi con toda seguridad, uno de los Harris. ¿Y van a disculparse, a decir que todo ha sido un lamentable error? Poco probable.

Bonnie tiene mucho miedo.

Contra la pared del fondo hay una caja naranja con dos botellas de agua Artesia encima. A Jorge Castro y Cary Dressler les dieron Dasani, pero Emily insistió en cambiar a Artesia porque Dasani es propiedad de Coca-Cola, empresa que está (según ella) acabando con el agua de mesa del norte del estado. Artesia es una marca local, y por tanto más políticamente correcta.

Bonnie abre una de las botellas, se bebe la mitad y enrosca de nuevo el tapón. Luego levanta la tapa del váter portátil y se baja el pantalón. No puede hacer nada con respecto a la cámara, así que agacha la cabeza y se cubre el rostro como cuando, de niña, hacía alguna travesura, conforme al razonamiento de que, si ella no los veía a *ellos*, ellos no la veían a *ella*. Termina, bebe un poco más de agua y se sienta en el futón.

Una vez saciada la sed, se siente de hecho descansada, lo cual resulta extraño en sus circunstancias actuales, pero así es. No llegaría al extremo de decir renovada, pero sí descansada. Intenta comprender la razón por la que la han secuestrado y no llega lejos. El sexo parecería el motivo más obvio, pero son *viejos*. ¿Demasiado viejos? Quizá no, y si a su edad se trata de algo sexual, tiene que ser muy raro. Algo que no acabará bien.

¿Podría ser un experimento de algún tipo? ¿Uno que requiera a humanos como conejillos de Indias? En el campus ha oído decir que a Rodney Harris le falta un tornillo —sus clases a gritos sobre la carne como pilar central de la nutrición son legendarias—, pero ¿es posible que esté realmente mal de la cabeza, como un científico loco en una película de terror? Si es así, debe de tener el laboratorio en otro sitio. Lo que se extiende ante sus ojos es uno de esos talleres en los que un anciano jubilado podría pasar el rato montando estanterías o construyendo casas para pájaros. O una celda.

Bonnie pasa a preguntarse quién podría reparar en su desaparición. Su madre es la persona más probable, pero Penny no se dará cuenta de que ocurre algo de inmediato; atraviesan una de sus etapas de frialdad. ¿Tom Higgins? Imposible, lo dejaron hace meses y además, según ha oído, se ha marchado. Podría ser Keisha, pero con la biblioteca a medio gas por las vacaciones de verano y el covid, puede que Keish dé por sentado que Bonnie se está tomando un descanso. Desde luego ha faltado mucho al trabajo con el pretexto de que estaba enferma. Pero ¿y si Keisha piensa que Bonnie ha decidido dejarlo todo sin más y marcharse de la ciudad? Bonnie ha mencionado su deseo de irse al oeste, quizá a San Francisco o a Carmel-by-the-Sea, pero era hablar por hablar, y Keisha lo sabe.

¿O no?

Se abre una puerta en lo alto de las escaleras del sótano. Bonnie se acerca a los barrotes de la celda. Rodney Harris desciende. Despacio, como si fuera a romperse. Normalmente es Emily quien lleva la bandeja la primera vez, pero hoy la ciática la atormenta de tal modo que se ha quedado acostada con la faja térmica bien ceñida. Aunque de poco va a servirle, esos remedios son pura charlatanería médica. Los calmantes, con su implacable destrucción de las sinapsis cerebrales, son aún peores.

Roddy descongeló y coció la mayor parte de lo que quedaba de Peter Steinman y logró prepararle una especie de gachas de corazón y pulmones espolvoreadas con harina de huesos. Eso puede ayudarla un

poco, pero no mucho. La carne humana que se ha congelado y descongelado parece perder buena parte de su eficacia, y lo que Em en realidad necesita es hígado fresco. Pero el niño, Steinman, fue cosechado hace tiempo. Las provisiones siempre se acaban, y la verdad es que los beneficios que obtienen de su ganado ya no duran tanto como antes. No se lo ha dicho a las claras a Emily, pero seguro que ella lo sabe. No es científica, pero tampoco es tonta.

Se detiene a una distancia prudencial de la celda, apoya una rodilla en el suelo y deja la bandeja. Cuando se yergue (con una mueca; esta mañana le duele todo), Bonnie ve un moretón en su pómulo derecho. Se ha extendido hasta el ojo por arriba y casi hasta la mandíbula por abajo. Siempre ha sido una chica ecuánime, exenta en gran medida de las emociones más intensas. Habría dicho que solo su madre podía sacarla de quicio, pero al ver ese moretón siente al mismo tiempo rabia y una brutal satisfacción.

Te di, ¿verdad?, piensa. *Te di de pleno.*

—¿Por qué? —pregunta.

Roddy calla. Emily le ha dicho que esa es sin duda la mejor política, y tiene razón. Uno no habla a un novillo en un corral y, por descontado, no entabla conversación con él. ¿Por qué habría de hacerlo? El novillo solo es comida.

—¿Yo qué le he hecho, profesor Harris?

Nada en absoluto, piensa él mientras va a por la escoba apoyada en las escaleras.

Bonnie observa la bandeja. Contiene un vaso de plástico tumbado con un sobre marrón encajado dentro, quizá algún tipo de desayuno instantáneo. Aparte, hay un trozo de carne cruda.

—¿Eso es hígado?

No obtiene respuesta.

La escoba es uno de esos cepillos anchos que utilizan los empleados de los servicios de limpieza. Roddy empuja la bandeja a través de una trampilla con bisagras al pie de la celda.

—Me gusta el hígado —dice Bonnie—, pero con cebolla frita. Y lo prefiero guisado.

Roddy, sin contestar, regresa a las escaleras y apoya la escoba en ellas. Empieza a subir.

—¿Profesor?

Él se vuelve a mirarla con las cejas enarcadas.

—Tiene ahí un buen morado.

Él se lo toca y hace otra mueca. Eso también la satisface.

—¿Sabe qué le digo? Ojalá le hubiera arrancado esa puta cabeza de loco del puto cuello.

El lado ileso de la cara de Roddy enrojece. Parece a punto de responder, pero se contiene. Sube por las escaleras, y ella oye que cierra la puerta. No, no la cierra; da un portazo. Eso también la satisface.

Saca el sobre del vaso. Es ka'chava. Ha oído hablar de esos batidos, pero nunca los ha probado. Puede probarlo ahora. A pesar de todo, tiene hambre. Delirante pero cierto. Rompe el extremo del sobre, lo vacía en el vaso y añade agua de la otra botella. Lo remueve con el dedo, pensando que ese viejo gilipollas podría al menos haberle proporcionado una cuchara. Lo saborea y lo encuentra bastante bueno.

Bonnie bebe la mitad y después deja el vaso en la tapa cerrada del váter. Se acerca a los barrotes. Loco o no, el viejo profesor es un maniático del orden compulsivo. En el suelo de hormigón no hay una sola mota de polvo. Las llaves cuelgan de ganchos en orden descendente. También los destornilladores. Lo mismo las tres sierras: la grande, la mediana y una pequeña que, según cree Bonnie, se llama sierra de punta. Alicates…, cinceles…, rollos de cinta adhesiva… y…

Bonnie se lleva la mano a la boca. Hasta este momento tenía miedo; ahora está aterrorizada. Lo que está viendo la lleva a asumir la realidad de su situación: la han encerrado como a una rata en una jaula y, a menos que se produzca un milagro, no va a salir viva.

En el tablero de herramientas cuelgan junto a los rollos de cinta, como trofeos, su casco de ciclista y su mochila.

27 de julio de 2021

1

Holly baja en coche por Ridge Road hasta una zona de aparcamiento con un límite máximo de dos horas, abre la ventanilla y se enciende un cigarrillo. A continuación llama a la residencia de los Harris. Contesta un hombre. Holly da su nombre y su ocupación, y le pregunta si puede pasarse por su casa para aclarar unas dudas.

—¿Cuál es el onivo?

—¿Cómo dice?

—Digo que cuál es el motivo, señorita…

Holly repite su nombre y dice que está interesada en Cary Dressler.

—El nombre del señor Dressler ha salido a la luz en un caso en el que estoy trabajando. Me he pasado por la bolera donde él…

—Strike Em Out Lanes —la interrumpe Harris con aparente impaciencia.

—Exacto. Intento localizarlo. Tiene que ver con una serie de robos de coches. No puedo entrar en detalles, compréndalo, pero querría hablar con él. He visto la foto del equipo de bolos en el que usted jugaba, una en la que aparece el señor Dressler, y he pensado que a lo mejor tiene alguna idea de adónde fue. Ya he hablado con el señor Clippard y el señor Welch, y como estoy cerca, me…

—¿Dressler ha estado robando coches?

—La verdad es que no puedo entrar en esa cuestión, señor Harris. Es usted el señor Harris, ¿verdad?

—*Profesor* Harris. Puede venir, supongo, pero no cuente con quedarse mucho rato. No veo al señor Dressler desde hace años y estoy bastante ocupado.

—Muchas gra…

Pero Harris ya ha cortado.

2

Roddy deja el móvil y se vuelve hacia Emily. La ciática le ha dado cierta tregua, y ya no necesita la silla de ruedas, pero utiliza el bastón, va despeinada, y un pensamiento cruel asalta a Roddy: *Parece la vieja bruja de un cuento de hadas*.

—Va a venir —dice—, pero no por esa chica, Dahl. Es Dressler quien le interesa. O eso dice.

—No te lo habrás creído, ¿verdad?

—No necesariamente, pero tiene su lógica. Según ella, está investigando una serie de cosas de coches. —Hace una pausa—. *Robos*, robos de coches. Podría ser. Dudo mucho que los detectives privados no trabajen en más de un caso a la vez. No sería pagadero. —¿Es esa la palabra correcta? Roddy decide que sí.

—¿Tiene casos independientes relacionados con dos de las personas a las que hemos secuestrado? Sería mucha coincidencia, ¿no te parece?

—Puede pasar. ¿Y por qué investigar el caso de Bonnie Dahl habría de llevar a Gibson a la bolera? Esa elfina no jugaba a los bolos.

—Se llama Gibney. Holly Gibney. Cuando venga, quizá debería hablar yo con ella.

Roddy niega con la cabeza.

—Tú no conocías a Dressler. Yo sí. Es conmigo con quien quiere hablar, y yo me ocuparé.

—Ah, ¿sí? —Emily le dirige una mirada escrutadora—. Has dicho «onivo» en lugar de «motivo». Te…, no sé cómo decírtelo exactamente, amor mío, pero…

—Me patina el embrague. Ahí tienes. Lo he dicho yo por ti. ¿Crees que no lo he notado? Pues sí, y lo tendré en cuenta. —Toca la mejilla a Emily.

Emily apoya la mano sobre la de él y sonríe.

—Estaré observando desde arriba.

—No lo dudo. Te quiero, tesoro.

—Yo también te quiero —dice ella, y sube despacio por las escaleras.

Con el tiempo, su ascenso será aún más lento, y doloroso, pero no tiene intención de instalar una silla salvaescaleras, como la de la casa de esa vieja bruja que vive calle abajo. A Em le cuesta creer que Olivia siga viva. Y encima se apropió de aquella chica, que parecía tener algo de talento.

Y más tratándose de una persona negra. De una *negrata*.

A Emily le gusta esa palabra.

3

Holly sube al porche de los Harris y llama al timbre. Abre la puerta un hombre alto y delgado con vaqueros de pernera ancha, mocasines y un polo con el logotipo del Bell College en el pecho. Tiene unos ojos brillantes de mirada inteligente, pero ya un poco hundidos en las cuencas. Su cabello blanco no se parece en nada a la exuberante mata de pelo que luce Hugh Clippard; el cuero cabelludo rosado asoma entre los mechones bien peinados. En una mejilla se le advierten los vestigios de

un moretón.

—Señora Gibney —dice—. Pase al salón. Y puede quitarse la mascarilla. Aquí no hay coba. En el supuesto de que eso exista, cosa que dudo.

—¿Ustedes se han vacunado?

El hombre frunce el ceño.

—Mi esposa y yo respetamos los protocolos sanitarios.

Esa respuesta basta a Holly, que dice que se sentirá más cómoda con la mascarilla. Lamenta no haberse puesto también un par de guantes desechables, pero no desea sacárselos ahora de los bolsillos. Obviamente, Harris tiene el tema del covid en el punto de mira. Holly prefiere no incitarlo.

—Como usted quiera.

Holly lo sigue por el pasillo hasta una amplia habitación revestida de madera e iluminada con apliques. Han corrido las cortinas para impedir que entre el intenso sol de media tarde. Se oye el susurro de un aparato de aire acondicionado central. En algún sitio suena música clásica a un volumen muy bajo.

—Seré un mal anfitrión y no le pediré que se siente —dice Harris—. Estoy escribiendo una extensa respuesta a un artículo estúpido y mal investigado que se publicó en *The Quarterly Journal of Nutrition*, y no quiero perder el hilo de mi argumentación. Además, mi esposa padece una de sus migrañas, así que le pido que no levante la voz.

—Lo siento —responde Holly, quien rara vez levanta la voz, ni siquiera cuando se enfada.

—Aparte, tengo un oído excelente.

Eso es cierto, piensa Em, que los observa por medio de su portátil desde la habitación de invitados. En la repisa de la chimenea, hay una cámara del tamaño de una taza de té oculta detrás de unos cachivaches. La preocupación más inmediata de Emily es que Rodney se delate de algún modo. Conserva la lucidez la mayor parte del tiempo, pero a medida que avanza el día tiende a confundir las palabras y a olvidarse de las cosas. Sabe que es común en quienes padecen los inicios del alzhéimer o la demencia —se conoce como síndrome del ocaso—, pero se niega a aceptar que algo así pueda estar ocurriéndole al hombre a quien ama. Aun así, la semilla de la duda ya está plantada. Dios no quiera que germine.

Holly cuenta a Harris la historia del robo de coches, que ha perfeccionado en el camino; como con la niña del relato de Saki, las fábulas improvisadas son su especialidad. Debería haber utilizado esa misma historia con Clippard y Welch, pero se le ha ocurrido demasiado tarde. Desde luego se propone utilizarla cuando hable con Ernie Coggins, que es quien más le interesa: sigue jugando a los bolos y sigue casado. Probablemente su mujer no sufre de ciática, pero es una posibilidad, una posibilidad.

4

Barbara baja al antiguo despacho de su padre. Ahora ocupa el escritorio el ordenador de Jerome, con papeles amontonados a ambos lados. Supone que la gruesa pila de la derecha es el manuscrito del libro. Se sienta y pasa las hojas con el pulgar hasta llegar a la última página: 359. *Jerome ha escrito todo esto*, piensa, maravillada, y se acuerda de su propio libro de poemas, que llegará como mucho a las ciento diez páginas, en su mayor parte espacio en blanco…, en el supuesto de que se publique. Olivia le asegura que así será, pero a Barbara aún le cuesta creerlo. Poemas no sobre «la experiencia negra», sino sobre el hecho de enfrentarse al horror. *Aunque a veces puede que no haya una gran diferencia*, piensa, y deja escapar una corta risotada.

El lápiz USB naranja está donde Jerome ha indicado. Enciende el ordenador, introduce la contraseña de Jerome (#talcual#) y espera a que arranque. El fondo de pantalla es una foto de Jerome y Barbara arrodillados a ambos lados de su perro, Odell, que ya se ha ido a donde sea que se van los buenos perros.

Conecta el lápiz. Contiene borradores de su libro numerados 1, 2 y 3. Hay correspondencia. Y una carpeta con el nombre PIX. Barbara la abre y mira unas cuantas fotos de su tristemente famoso bisabuelo, siempre de punta en blanco y siempre tocado con un bombín un poco ladeado a la derecha. *Dándose importancia*, piensa. Incluye también fotografías de un club nocturno solo para negros donde los clientes, también de punta en blanco, bailan el jitterbug (o quizá el lindy hop) mientras la orquesta se deja la piel. Encuentra la del cine Biograph, y luego una del propio John Dillinger, tendido en la mesa del depósito de cadáveres. *Ufff*, como diría Holly. Barbara cierra la carpeta PIX, la arrastra hasta un e-mail dirigido a su hermano y lo envía al instante.

A la izquierda del ordenador hay notas dispersas; en la de encima se lee «Llamar Mara por promo». Las que hay justo debajo tienen que ver, según parece, con Chicago, Indianápolis y Detroit en los años treinta, cada una con numerosas referencias a libros sobre esos lugares durante las épocas de la Ley Seca y la Depresión. *Espero que no te estés excediendo, J*, piensa Barbara.

Debajo de las notas, ve un plano impreso de MapQuest correspondiente a Deerfield Park y las inmediaciones. Barbara lo coge por curiosidad. No guarda la menor relación con el libro de Jerome y sí con el actual caso de Holly. Tiene marcados tres puntos rojos, y debajo de cada uno de ellos se lee una anotación con la pulcra letra de imprenta de Jerome.

«Bonnie D, 1 de julio de 2021» está en el lado oeste del parque, frente a una zona de vegetación descuidada de aproximadamente una hectárea

conocida como los Matorrales.

El punto de «Ellen C, noviembre de 2018» está en el campus del Bell College, situado justo encima del Memorial Union, donde se encuentra el Campanario. A veces Barbara y algunos de sus amigos van allí a tomar unas hamburguesas después de estudiar en la biblioteca Reynolds. Como alumnos del instituto, no tienen derecho a sacar libros, pero la sala de referencia es buena, y la sala de ordenadores es formidable.

El último punto rojo corresponde a «Peter S, finales de noviembre de 2018». Barbara también conoce ese lugar: ahí está el Dairy Whip, que los alumnos del instituto consideran de poca monta, pero es uno de los locales preferidos para críos más jóvenes.

Uno de ellos podría haber sido yo, piensa. *De buena me he librado, gracias a Dios.*

Su tarea aquí ya ha terminado. Apaga el ordenador y se levanta para marcharse. De pronto se sienta otra vez y coge el plano de MapQuest. En el escritorio hay una taza de café llena de bolígrafos. Elige el rojo que debe de haber utilizado Jerome para marcar el mapa. Añade otro punto en Ridge Road, frente a la casa de Olivia Kingsbury. *Porque es ahí donde lo vio la noche que estaba pensando en el poema que, según ella, fue su último buen poema.*

Debajo del punto escribe: «Jorge Castro, octubre de 2012». Al mismo tiempo, tiene la sensación de que es una tontería.

Probablemente Castro dijo «A la mierda este ridículo Departamento de Literatura Inglesa» y se largó. Y «De paso, a la mierda Emily Harris y su homofobia mal disimulada».

Pero, una vez añadido Castro al mapa de Jerome, ve algo interesante y un poco perturbador. Casi da la impresión de que los puntos trazan un círculo alrededor del parque. Es cierto que la desaparición de Bonnie se produjo un poco antes en el año que la de los demás, en verano en lugar de otoño, pero ¿no ha visto Barbara en algún sitio —quizá en la serie de Netflix *Mindhunter*— que los maniacos homicidas tienden a espaciar cada vez menos sus asesinatos? ¿Del mismo modo que los drogadictos se pinchan a intervalos cada vez más frecuentes?

Ellen C y Peter S no se ajustan a la pauta; se suceden en un periodo corto. ¿Tal vez porque el asesino no obtuvo lo que quería de uno de ellos, fuera lo que fuese? ¿Porque él o ella no despertaron plenamente su sed de sangre?

Estás metiéndote el miedo en el cuerpo tú misma, piensa Barbara. *Viendo monstruos* —como Chet Ondowsky— *donde en realidad no hay más que hay sombras*.

Aun así, probablemente conviene que transmita la información sobre Jorge Castro. Coge el teléfono para llamar a Holly y le suena en la mano. Es Marie Duchamp. Olivia está en el Kiner Memorial con una fibrilación auricular. Esta vez es grave. Barbara se olvida de llamar a Holly y corre escaleras abajo para decirle a su madre que necesita

llevarse el coche. Cuando Tanya le pregunta por qué, Barbara contesta que una amiga suya está ingresada en el hospital y que se lo explicará más tarde. Tiene una buena noticia, pero eso también debe esperar hasta más tarde.

—¿Es una beca? ¿Has conseguido una beca?

—No, es otra cosa.

—De acuerdo, cariño —dice Tanya—. Conduce con prudencia. —Es su mantra.

5

Holly pregunta a Rodney Harris si se le ocurre dónde podría estar ahora Cary Dressler. ¿Mencionó en algún momento la intención de marcharse de la ciudad? ¿Daba la impresión a veces (esto es un nuevo adorno que ha incorporado a la historia) de que disponía de grandes cantidades de dinero?

—Sé que consumía drogas habitualmente —confía ella—. Eso es común entre los ladrones.

—Parecía un tipo bastante agradable —dice Harris. Mantiene la mirada fija en el vacío con una expresión ligeramente ceñuda. Es la viva imagen de un hombre que intenta recordar algo que pueda serle útil—. No lo conocía bien, pero sé que consumía drogas. Solo *Cannabis sativa*, o eso decía él, pero ¿también alguna otra…?

Levantando las cejas, invita a Holly a hablarle en confianza, pero ella se limita a sonreír.

—Es sabido, ciertamente, que el *Cannabis* es una puerta a sustancias más potentes —prosigue él con un tono ampuloso—. No siempre, pero *causa* adicción y afecta al desarrollo cognitivo. También provoca alteraciones estructurales adversas en el hipocampo, que es el centro del aprendizaje y la memoria del lóbulo temperatura. Es un hecho sobradamente conocido.

Arriba, Em hace una mueca. *Lóbulo temporal, querido… y no te dejes llevar por el entusiasmo. Por favor*.

Gibney no parece darse cuenta, y es como si Roddy hubiera oído a Em.

—Disculpe la conferencia, señora Gibson. Dejaré de lado mi monotema.

Holly se ríe educadamente. Se toca uno de los guantes en el bolsillo y vuelve a lamentar no habérselos puesto. No quiere que el profesor Harris la vea como un Howard Hughes, pero no logra sacudirse la idea de que todo lo que toca puede estar infestado de covid-19 o de la nueva variante Delta. Entretanto Harris continúa.

—Algunos de los otros miembros del equipo salían a la parte de atrás con Dressler y «le pegaban al porro», como ellos decían. También

algunas mujeres.

—¿Las Brujas Calientes?

Harris frunce aún más el ceño.

—Sí, ellas. Y otras. Imagino que Dressler les *gustaba*. Pero, como quizá ya le haya dicho, en realidad no lo conocía. Era relativamente cordial, y a veces sustituía a algún guerrero herido, por así decirlo, pero solo éramos conocidos. Ignoro cuál era su situación económica y, sintiéndolo mucho, no tengo la menor idea de adónde puede haber ido.

Déjalo ya, amor mío, piensa Emily. *Acompáñala a la puerta.*

Roddy coge a Holly por el codo y hace justo eso.

—Me temo que ahora debo volver a mis tareas.

—Lo entiendo perfectamente —dice Holly—. En todo caso, era una probabilidad remota. —Mete la mano en el bolso y le da una tarjeta, con especial cuidado de no tocarle los dedos—. Si recuerda algo que pueda servirme, llámeme, por favor.

Cuando llegan a la puerta, Emily pasa a la cámara del pasillo. Roddy dice:

—¿Me permite que le pregunte cómo va a proceder?

No, piensa Emily. *Por ahí no, Roddy. Por ese camino puede haber arenas movedizas.*

Pero la mujer —cuya apariencia inocua no despierta la menor preocupación en Emily— dice a Roddy que en realidad no puede hablar de eso, y le ofrece el codo. Con una sonrisa con la que da a entender que no le queda más remedio que soportar a los necios, Roddy se lo toca con el suyo.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Harris.

—No hay de qué, señora… ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Gibney.

—Disfrute del resto del día, señora Gibney, y le deseo éxito con el caso.

6

En cuanto Holly oye que la puerta de la calle se cierra a su espalda, aún en el camino de acceso, busca el desinfectante de manos en el fondo de su bolsillo, bajo los guantes de nitrilo que desearía haberse puesto. Olvidarse la mascarilla con los chicos del Dairy Whip estuvo mal, pero al menos aquello fue al aire libre; su conversación con Rodney Harris ha tenido lugar en una habitación donde el aire acondicionado central podría haber propagado el virus que mató a su madre por todas partes, incluida su nariz, y de ahí bajar a sus pulmones, contaminados por el humo.

Te estás comportando como una tonta y una hipocondriaca, piensa, pero es la voz de su madre, que murió a causa del puñetero virus.

Encuentra lo que estaba buscando, un frasco pequeño de germicida, y se lo saca del bolsillo. Se echa unas gotas en la palma y se frota las dos manos con vigor, pensando que el intenso olor a alcohol, que, de niña, la aterrorizaba porque anunciaba una inyección inminente, es ahora el olor del bienestar y la seguridad condicional.

Arriba, Emily la observa y sonríe. Últimamente son pocas las cosas que le hacen gracia, debido al dolor constante en la espalda y pierna abajo, pero ver a esa pobre desdichada esa menudencia, restregarse las manos con desesperación… *Eso* tiene gracia.

3 de julio de 2021

1

La última «invitada» de los Harris no se come el hígado crudo e intenta racionar lo que le queda de agua, pero al final las dos botellas están vacías. Rebaña los restos de ka'chava del vaso con el dedo, pero eso le da aún más sed. Además, tiene hambre.

Bonnie intenta recordar qué comió por última vez. Un sándwich de atún y huevo, ¿no? Lo compró en el Campanario y lo comió fuera, en un banco. En este momento daría cualquier cosa por tener otra vez ese sándwich, y ya no digamos la botella de Pepsi Light que compró en el Jet Mart. Apuraría el medio litro de un trago. Pero no tiene Pepsi Light, ni móvil. Solo el casco y la mochila (vacía, aparentemente), colgados en la pared junto con las herramientas.

El hígado crudo empieza a parecerle apetitoso incluso después de sabe Dios cuántas horas a temperatura ambiente, así que levanta la trampilla al pie de la celda y lo desplaza hacia fuera; después da un último empujón a la bandeja con los dedos extendidos para que quede fuera de su alcance. *Vade retro, Satanás*, se dice, y traga saliva. Oye el chasquido seco en su garganta y piensa que el hígado debe de estar aún rebosante de líquido. Lo imagina descendiendo por su garganta, refrescándola. El hecho de saber que el contenido en sal no haría más que intensificar la sed no le sirve de gran cosa. Regresa al futón y se tiende, pero sigue mirando el plato de hígado. Al cabo de un rato, se sume en un estado de duermevela, plagado de sueños.

Al final Rodney Harris regresa y la despierta. Viste un pijama estampado con camiones de bomberos, más una bata y pantuflas, así que Bonnie supone erróneamente que es de noche. También supone que ya ha pasado un día desde que la drogaron y secuestraron. El día más largo y horrendo de su vida, en parte porque no sabe qué demonios está pasando, pero sobre todo porque lo único que ha ingerido en las últimas veinticuatro horas son dos botellas de agua y un vaso de ka'chava.

—Quiero un poco de agua —dice, procurando que no se le quiebre la voz—. Por favor.

Él coge la escoba y vuelve a deslizar la bandeja a través de la trampilla.

—Cómete el hígado. Después te daré agua.

—¡Está crudo, y además lleva ahí todo el día! Y toda la noche…

supongo. ¿Es el tercero? Lo es, ¿verdad?

Él no contesta, pero se saca una botella de agua Artesia del bolsillo y la sostiene en alto. Bonnie no quiere darle la satisfacción de lamerse los labios, pero no puede evitarlo. El hígado, después de un día a temperatura ambiente, parece fundirse.

—Cómetelo. Entero. Después te daré el agua.

Bonnie llega a la conclusión de que no andaba desencaminada. No existe una motivación sexual, sino que se trata de algún extraño experimento. En la universidad ha oído decir que al profesor Harris se le va un poco la olla cuando habla de lo que él llama el «equilibrio nutricional perfecto» y no le ha dado mayor importancia, suponiendo que era solo una de las muchas chorradas que corren: tal profesor es un excéntrico, tal otro es obsesivo-compulsivo, hay un profe que se hurga la nariz, sale en un vídeo en TikTok, no te lo pierdas, es para troncharse. Ahora lamenta no haber prestado atención a esos comentarios. A ese hombre no solo se le va la olla, está como una chota. Bonnie piensa que comer un trozo de hígado *tartare* es el menor de sus problemas. Tiene que salir de ahí. Tiene que escapar. Y eso implica actuar con inteligencia y no sucumbir al pánico. Su vida depende de ello.

Esta vez logra contenerse y no lamerse los labios. Apoya una rodilla en el suelo y vuelve a empujar la bandeja a través de la trampilla.

—Tráigame un trozo fresco y me lo comeré. Pero *con* agua. Para acompañarlo.

Él parece ofenderse.

—Te aseguro que ese hígado no tiene…, no tiene… —Se esfuerza en encontrar las palabras, moviendo la mandíbula de un lado a otro—. No tiene el menor *deterioro microbiano*. De hecho, como otras muchas carnes, el hígado de ternera es *mejor* a temperatura ambiente. ¿Nunca has oído hablar del filete madurado?

—¡Se está poniendo *gris*!

—Estás creando problemas, Bonnie. Y no estás en posición de negociar.

Bonnie se agarra la cabeza como si le doliera. Y de hecho le duele, debido al hambre y la sed. Además del miedo.

—Solo pretendo llegar a un acuerdo, así de sencillo. Hace usted esto por alguna razón, supongo…

—¡Claro que *sí*! —exclama él, alzando la voz.

—… y accederé a lo que quiere, *pero no con ese trozo*. *¡Ese no me lo comeré!*

Rodney se da media vuelta y sube con sonoras pisadas por las escaleras, deteniéndose solo una vez para lanzarle una mirada colérica por encima del hombro.

Bonnie traga saliva y oye el chasquido seco en su garganta. *Parezco un grillo*, piensa. *Un grillo que se muere de sed.*

Emily está en la cocina. Demacrada a causa del dolor, aparenta su edad. Más edad, de hecho. Roddy no sale de su estupefacción. ¿Cómo han podido llegar a este punto después de todo lo que han hecho para mantener a raya la senescencia? No es justo que los efectos de sus comidas especiales, colmadas de propiedades beneficiosas para la longevidad, se agoten tan deprisa. Entre Castro y Dressler pasaron tres años, y otros tres (poco más o menos) entre Dressler y el niño, Steinman. Ahora tienen a Bonnie Dahl, y no solo han transcurrido menos de tres años, sino que además los síntomas de la vejez (él los ve como síntomas) vienen adueñándose de ellos desde hace meses.

—¿Se lo va a comer?

—No. Dice que se lo comerá si le doy un trozo fresco. Tenemos uno, claro; después del problema con la otra chica, aquella Chaslum, parecía que lo prudente era tener a mano un trozo de más…

—¡Craslow, Craslow! —lo corrige Em con un tono malhumorado totalmente impropio de ella…, al menos cuando están los dos solos y la ciática no la atormenta—. ¡Dáselo! ¡No soporto este dolor!

—Solo un poco más —dice él para tranquilizarla—. Quiero que esté más sedienta. Con la sed, el ganado es más dócil. —Se anima—. Y puede que se coma ese. Lo ha empujado a través de la trampilla, pero he observado que esta vez lo ha dejado a su alcance.

Emily estaba de pie, pero ahora se sienta con una mueca y una exclamación ahogada. Le sobresalen los tendones del cuello.

—De acuerdo. Si ha de ser así, que sea así. —Vacila—. Roddy, ¿esta dieta nuestra de verdad sirve para algo? ¿No han sido todo imaginaciones nuestras? ¿Una especie de curación psicosomática que está en nuestra cabeza más que en nuestro cuerpo?

—Cuando cesan tus migrañas, ¿es psicosomático?

—No…, al menos no lo creo…

—¡Y la ciática! ¡Tu artritis… y la mía! ¿Crees que me gusta esto? —Levanta las manos. Tiene los nudillos hinchados y le cuesta un gran esfuerzo enderezar los dedos—. ¿Crees que me gusta buscar palabras que conozco perfectamente? ¿O entrar en mi despacho y descubrir que no sé para qué he entrado? ¡Tú misma has visto los resultados!

—Antes duraban más —susurra Emily—. Solo digo eso. Si se come el hígado esta noche…, el trozo que hay abajo o el de la nevera…, entonces ¿mañana…?

Roddy sabe que sería mejor esperar cuarenta y ocho horas, y que noventa y seis es el punto de cosecha óptimo, pero esa Dahl es joven y su hígado debería activarse rápidamente, acelerando la distribución de nutrientes vitales por todas las partes de su cuerpo con cada latido de su corazón, joven y sano. Eso lo saben por el niño, Steinman.

Además, no soporta ver sufrir a su mujer.

—Mañana por la noche —responde él—. En el supuesto de que coma.

—En el supuesto —repite Emily. Se acuerda de aquella otra zorra intransigente. La zorra *vegana* intransigente.

Después de tantos años, Roddy le lee el pensamiento.

—Esta no es como la chica negra. Más o menos ha accedido a comer si le doy su agua…

—Más o menos —dice Em, y suspira.

Roddy no parece oírla. Tiene la mirada perdida de un modo que preocupa a Emily cada vez más. Es como si se desconectara. Por fin dice:

—Pero debo andarme con cuidado. No ha hecho muchas preguntas. La verdad es que no ha preguntado casi nada. Como Chaslow. No ha suplicado ni gritado. También como Chaslow. No debo descuidarme.

—Pues no te descuides —dice Emily. Le coge la mano—. Dependo de ti. Y se llamaba *Craslow*.

Él le dirige una sonrisa.

—Este año, vida mía, no celebraremos el Cuatro de Julio, pero el día seis… —Su sonrisa se ensancha—. El día seis nos daremos un festín.

3

Roddy regresa al sótano a las diez esa noche, después de ayudar a Emily a subir por las escaleras. Ahora ella está en la cama, donde permanecerá en vela y dolorida la mayor parte de la noche, sin conseguir más de una o dos horas de sueño frágil e insatisfactorio. A lo sumo. Intenta convencerse de que el hecho de que haya puesto en tela de juicio las comidas sacramentales no es fruto de una reflexión racional, sino del dolor; aun así, le molesta.

Sostiene el trozo de hígado de reserva en un plato, tras ver por las imágenes de la cámara que Dahl ha seguido rechazando el primero. Lamenta no disponer de más tiempo, tanto para que se activen los nutrientes en el cuerpo de la chica como porque no es bueno ceder a las exigencias de un prisionero, pero Emily no puede esperar más. Pronto insistirá en que la lleve a un médico para que le recete analgésicos, y esos fármacos son la muerte en un frasco.

Deja el plato y dice a Dahl que saque el vaso de plástico de ka'chava. Dahl obedece sin preguntar por qué. Es cierto que, para el gusto de Roddy, se parece demasiado a aquella Chesley. Mantiene una actitud alerta que le desagrada y le inspira desconfianza.

Se saca del bolsillo una botella de Artesia y sirve un poco —muy poco — en el vaso. Después coge la escoba y comienza a empujar el vaso hacia ella. Debe hacerlo con cuidado para no volcarlo. El menor de sus deseos es que esta comedia amarga degenere en una farsa. Ella levanta la trampilla y tiende el brazo hacia fuera.

—Me lo puede traer usted, profesor.

La señal más clara de sus problemas mentales es que está a punto de dárselo. De pronto deja escapar una risita y dice:

—Me parece que no.

Cuando el vaso ya está lo bastante cerca, ella lo agarra y engulle el contenido. Le bastan dos tragos.

—Cómete el hígado y te daré el resto. Niégate y no volverás a verme hasta mañana por la noche. —Una amenaza vacía, pero Dahl no lo sabe.

—¿Me promete que me dará el resto del agua?

—De todo corazón. En el supuesto de que no vomites. Y, si vomitas en el váter portátil cuando yo me vaya, Em lo verá. Entonces tendremos un problema.

—Profesor, yo ya tengo un problema. ¿No cree?

Esa chica le preocupa cada vez más. También le da un poco de miedo. Por ridículo que sea, así es. Sin contestar, empuja el hígado con la escoba. Dahl no vacila. Lo coge, hinca los dientes en la carne cruda y arranca un trozo. Lo mastica.

Él observa con fascinación las gotitas de sangre en su labio inferior. El día 5 de julio, rebozará esos labios con harina sin blanquear y los freirá en una pequeña sartén, quizá con champiñones y cebolla. Los labios son una fuente excelente de colágeno, y los de Bonnie tendrán un efecto milagroso en sus rodillas y sus codos, e incluso en su chirriante mandíbula. Al final esa chica inquietante merecerá los problemas que ha causado. Va a donar parte de su juventud.

Bonnie toma otro bocado, mastica, traga.

—Tampoco está tan mal —comenta—. Tiene un sabor más fuerte que el hígado salteado. Denso, por así decirlo. ¿Disfruta viéndome comer, gilipollas?

Roddy no contesta, pero la respuesta es sí.

—No voy a salir de esta, ¿verdad? No tiene sentido que diga que no se lo diré a nadie y demás, ¿a que no?

Roddy está preparado para eso. Agranda los ojos en una expresión de sorpresa.

—Claro que saldrás. Esto es un proyecto de investigación oficial. Habrá ciertas pruebas, y desde luego *tendrás* que firmar un documento de confidencialidad, pero después de eso…

Ella lo interrumpe con una carcajada de humor e histeria.

—Si me creo eso, luego me saldrá con que tiene un puente que quiere venderme, supongo. En Brooklyn, poco usado. Basta con que me dé la puta botella de agua cuando me acabe esto.

Al final le tiembla la voz y asoma a sus ojos el brillo de las lágrimas. Roddy siente alivio.

—Cumpla su promesa.

27 de julio de 2021

1

Holly regresa a su plaza de aparcamiento en la zona con el límite máximo de dos horas y se fuma un cigarrillo con la puerta abierta y los pies en el pavimento. Cae en la cuenta de que hay algo extraordinariamente retorcido en el hecho de tomar las debidas precauciones contra el covid y después llenarse los pulmones de porquería carcinógena.

Tengo que dejarlo, piensa. *En serio. Pero no hoy.*

Probablemente el equipo de bolos Viejas Glorias sea una vía muerta. Ya apenas recuerda por qué ha pensado siquiera que podía llevarla a alguna parte. ¿Ha sido solo porque Cary Dressler visitaba también el Jet Mart al que iba Bonnie con regularidad? Es verdad que Dressler también desapareció, abandonando su ciclomotor; sin embargo, son conexiones poco sólidas. Desde luego no tiene la impresión de que Roddy Harris sea un candidato probable a Depredador de Red Bank (si es que esa persona existe). No sabe si la mujer de Harris sufre de ciática además de migrañas —tal vez sea posible averiguarlo, aunque Holly no lo considera prioritario—, pero resulta bastante obvio que Harris tiene sus propios problemas. «Onivo» en lugar de «motivo», «coba» en lugar de «covid», «lóbulo temperatura» en lugar de «lóbulo temporal», el hecho mismo de que olvidara el apellido de Holly. Aparte, en un par de ocasiones se ha interrumpido sin más, ha arrugado la frente y se ha quedado mirando al vacío. Eso no significa por fuerza que padezca un principio de alzhéimer, pero la edad coincide. Por otro lado…

—Así empezó el tío Henry —dice.

En todo caso, ya que ha comenzado a descartar Viejas Glorias de la lista, bien puede terminar el trabajo. Apaga el cigarrillo en el cenicero portátil y se dirige hacia la autopista. Ernie Coggins vive en Upriver, que se encuentra a tan solo cuatro salidas. Una visita rápida. Pero, ahora que se ha acordado del tío Henry, no puede dejar de pensar en él. ¿Cuándo lo visitó por última vez? En primavera, ¿no? Sí. Charlotte la atosigó para que fuera —recurriendo a la culpabilidad— el pasado mes de abril, antes de enfermar.

Holly llega a la salida de Upriver, afloja la marcha y de pronto cambia de idea y sigue en dirección norte hacia Covington, donde se hallan tanto la casa de su madre como el centro de cuidados para la tercera

edad Rolling Hills, en el que ahora vive (si puede llamárselo así) el tío Henry. También vive allí otro miembro del equipo de bolos Viejas Glorias, así que matará dos pájaros de un tiro. Por supuesto, es posible que Victor Anderson no esté más *compos mentis* que su tío; según Hugh Clippard, Anderson sufrió un derrame cerebral, y si está ingresado en régimen de atención a largo plazo, posiblemente no ha entrado en vías de recuperación. No obstante, Holly puede tacharlo de la lista y hablar con Ernie Coggins mañana, cuando esté más despejada. Además, conducir por la autopista la tranquiliza y, cuando se halla en un estado de serenidad, a veces se le ocurren cosas.

Sin embargo, empieza a tener la sensación de que está dando palos de ciego.

Su móvil se ilumina tres veces en el trayecto de cuatro horas hasta el mismo Days Inn donde se alojó hace tres noches. No contesta pese a que tiene el coche equipado con bluetooth. Una llamada es de Jerome. Otra es de Pete Huntley. La tercera es de Penny Dahl, quien sin duda quiere que la ponga al corriente. Y lo merece.

2

Para cuando llega a Covington, le gruñe el estómago. Entra en el Auto King y, cuando le llega el turno, pide sin vacilar. Tiene sus favoritos en todas las franquicias de comida rápida. En Burger King es siempre Big Fish, tarta de chocolate y Coca-Cola. Cuando se acerca a la ventanilla de caja, se lleva la mano al bolsillo izquierdo para sacar uno de sus guantes estampados con emojis y solo encuentra el frasco de desinfectante. Coge un Kleenex de la consola central y lo utiliza para ofrecer su dinero y coger el cambio. La chica de la ventanilla le lanza una mirada desdeñosa de lástima. Holly encuentra un guante en el bolsillo derecho y se lo pone justo a tiempo de pasar por la segunda ventanilla y recoger su comida. No sabe qué ha sido del guante desaparecido ni le importa. Lleva una caja llena en el maletero, gentileza de Barbara Robinson.

Toma una habitación en el motel y no puede evitar reírse al caer en la cuenta de que, una vez más, ha llegado sin equipaje. Podría visitar de nuevo Dollar General, pero lo descarta, diciéndose que el mercado bursátil no se hundirá porque ella se ponga dos días seguidos la misma ropa interior. Tampoco tiene sentido ir esta noche al centro de cuidados para la tercera edad; el horario de visita termina a las siete de la tarde.

Come despacio, saboreando el sándwich de pescado. Disfruta aún más de la tarta de chocolate. No hay nada mejor que las calorías sin sentido, piensa a veces, cuando una se siente confusa y no sabe bien qué hacer a continuación.

Ah, sabes de sobra qué hacer a continuación, piensa, y llama a Penny Dahl. Que le pregunta si hay algún avance.

—No lo sé —dice Holly. Eso es, como decía el tío Henry, verdad de la buena.

—¡Lo hay o no lo hay!

Holly no quiere decir a Penny que su hija podría haber sido la última víctima de un asesino en serie. Puede que acabe en eso —en el fondo de su alma, Holly está convencida de que *acabará* en eso—, pero, como no tiene aún la total certeza, decírselo sería demasiado cruel.

—Te pasaré un informe completo, pero necesito otras veinticuatro horas. ¿Estás de acuerdo?

—¡No, no estoy *de acuerdo*! Si has averiguado algo, tengo derecho a saberlo. ¡Por amor de Dios, soy yo quien te *paga*!

—Déjame expresarlo de otra manera, Penny —dice Holly—. ¿Podrás *soportarlo*?

—Debería despedirte —contesta Penny entre dientes.

—Estás en tu derecho —dice Holly—, pero igualmente tardaría veinticuatro horas en preparar un informe de fin de caso. Sigo un par de pistas.

—¿Pistas prometedoras?

—No estoy segura. —Le gustaría decir algo más esperanzador, pero no puede.

Se produce un silencio. Por fin Penny dice:

—Espero tener noticias tuyas mañana a las nueve de la noche; si no, estás despedida.

—Me parece justo. Es solo que en este momento tengo…

«Las ideas revueltas» es como se propone concluir la frase, pero Penny corta la comunicación sin darle tiempo a hacerlo.

3

Acto seguido, Holly llama a Jerome. Sin dejarla saludar siquiera, le pregunta si ha hablado con Barbara.

—No…, ¿tengo que hablar con ella?

—Bueno, tiene una noticia francamente increíble, pero prefiero que te lo cuente ella. Cuidado, ahí va un *spoiler*: también ha estado escribiendo y da la casualidad de que es finalista de un premio literario por el que se concede un pastón. Veinticinco mil.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Y no se lo digas a mis padres. Puede que aún no se lo haya contado. Pero no te llamaba por eso. Dando vueltas y vueltas a lo de esa furgoneta, por fin he caído en la cuenta. Me refiero a la que aparece en las imágenes de la cámara de seguridad de la tienda.

—¿Qué es?

—La carrocería queda muy alta. No está tan levantada como la de un Monster Truck, pero se nota: medio metro o más por encima de lo

normal. He buscado por internet, y las únicas furgonetas así se fabrican especialmente para discapacitados. Se eleva el chasis para instalar la rampa para una silla de ruedas.

4

Holly llama a Pete junto a la máquina de hielo, donde está fumando. Este ha llegado a la misma conclusión que Jerome sobre la furgoneta, solo que él llama a esa clase de vehículo «camioneta de tullidos». Holly hace una mueca, le da las gracias y le pregunta cómo se encuentra. Pete asegura que, como el hombre de la canción de Chicago, cada día se siente más fuerte. Holly tiene la impresión de que Pete intenta convencerse a sí mismo.

Apaga el cigarrillo y se sienta en las escaleras a pensar. Ahora tiene una cosa casi concreta que decir a Penny mañana por la noche: cada vez parece más probable que secuestrara a Bonnie alguien que se hacía pasar por discapacitado. Quizá también a todos los demás. ¿O acaso no solo se hacía pasar? Holly se acuerda de un comentario de Imani: «La pobre anciana parecía dolorida. Ella dijo que no, pero reconozco una ciática en cuanto la veo».

Ahora lamenta no haber visto a Emily Harris. Debería pasar por la universidad para comprobar si alguien sabe algo sobre su estado físico, y desde luego se fijará bien en la mujer de Ernie Coggins cuando hable con él mañana.

De regreso en su habitación, se tiende en la cama y llama a Barbara. Salta directamente el buzón de voz. Holly le pide que le devuelva la llamada antes de las diez y media, hora a la que apagará el móvil, pronunciará su oración de la noche y se acostará. Después vuelve a llamar a Jerome.

—No consigo hablar con Barbara y me muero de curiosidad. Cuéntame qué está pasando.

—Holly, la noticia debe dártela Barbara, de verdad…

—Venga, ¿porfaaa? Sé bueno. Te lo pido de *rodillas*.

—Vale, pero solo si me prometes que harás como si te sorprendieras cuando te lo cuente Barb.

—Te lo prometo.

Así que Jerome cuenta a Holly que Barbara ha estado escribiendo poesía en secreto durante mucho tiempo y reuniéndose con Olivia Kingsbury…

—¿Olivia Kingsbury? —exclama Holly, y se sienta muy erguida—. ¡Caramba!

—La conoces, deduzco.

—¡Personalmente, no, pero, Jerome, por Dios, es una de las mayores poetas de Estados Unidos! ¡Me asombra que Barbara haya reunido el

valor para abordarla, pero bravo por ella!

—A Barb nunca le han faltado agallas.

—¡En la adolescencia, cuando intentaba escribir mis propios poemas, leí toda la poesía de Kingsbury que encontré! ¡No sabía que aún viviera!

—Tiene casi cien años, dice Barb. El caso es que la tal Kingsbury leyó la poesía de Barbara y accedió a ser su mentora. No sé cuánto hace de eso, pero el resultado final fue que presentaron a Barb a un premio, el Penworth o algo así…

—El premio *Penley* —corrige Holly. Está impresionada y complacida por su amiga, que ha hecho todo eso y ha conseguido mantenerlo en secreto.

—Sí, diría que es ese. Pero no te molestes en preguntarme qué he andado haciendo, Hollyberry, con mis cien mil dólares y tal. Por no hablar del deslumbrante fin de semana que me espera en Montauk. No te interesa saber nada de la fiesta en la que quizá se presente Spielberg, o todas esas cosas tan aburridas.

Holly sí le pregunta, por supuesto, y charlan durante casi media hora. Él le habla de su comida en el Blarney Stone, el cheque del anticipo, las conversaciones sobre el lanzamiento del libro y los planes para la promoción, más una posible entrevista en *The American Historical Review*, una perspectiva que le emociona y aterroriza en igual medida.

Cuando agotan lo que él llama la Excelente Aventura de Jerome en Nueva York, pide a Holly que lo ponga al corriente sobre el caso. Ella lo informa y al final admite que su investigación en torno al equipo de bolos es seguramente un callejón sin salida. Jerome discrepa.

—Es una línea de investigación válida, Hol. Dressler trabajaba allí. Fue *elegido*. Creo que todos lo fueron. No, estoy convencido.

—Es posible —contesta Holly—, pero dudo que el responsable fuera un anciano jugador de bolos. De hecho, el que voy a ver mañana padeció un derrame cerebral. Mi esperanza, supongo, es que uno de ellos esté protegiendo a un pariente o a un amigo más joven. Protegiéndolo o posibilitándoselo.

La verdad es que aún alberga esa esperanza. En menos de un día necesita poner al corriente a su clienta, y desearía tener algo concreto que decir a Penny. Aunque eso no es lo más importante. Quiere algo concreto que decirse *a sí misma*.

5

Mientras Holly habla con Jerome, Barbara Robinson y Marie Duchamp, sentadas en una sala de espera del Kiner Memorial, aguardan para saber si los médicos han conseguido o no regular el ritmo cardiaco de Olivia. Y también —aunque ninguna de ellas lo dice— para saber si la vieja poeta sigue viva.

Barbara llama a casa, y contesta su padre. Explica a Jim que está en el hospital esperando noticias sobre una vieja amiga. Una amiga muy vieja que se llama Olivia Kingsbury. Esa es una mala noticia, pero también hay una buena. Le pide que llame a Jerome, y él se lo explicará todo, porque ahora la cuidadora de Olivia y ella están pendientes del médico, que saldrá de un momento a otro para informarlas sobre el estado de la anciana.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Jim.

La respuesta es no, pero Barbara dice que sí. Su padre quiere saber cuándo volverá a casa. Barbara contesta que no lo sabe, repite que se encuentra bien y pone fin a la llamada. Para matar el rato, consulta sus mensajes de voz. Tiene uno de Holly, pero aún no le apetece hablar con su amiga. Ni siquiera deseaba hablar con su padre. Intenta concentrar toda su energía psíquica en mantener con vida a Olivia. Una estupidez, sin duda, pero ¿quién sabe? Ciertamente hay más cosas en el cielo y la tierra de lo que la mayoría de la gente cree, a ese respecto Hamlet tenía razón. Barbara ha visto algunas de esas cosas con sus propios ojos.

También ha recibido un mensaje de texto de Holly, y a este sí contesta, con dos breves palabras, en el preciso momento en que el médico de Olivia entra y se acerca a ellas. Barbara y Marie solo tienen que mirarlo a la cara para saber que trae malas noticias.

6

Mientras Barbara lee el mensaje de Holly y envía su breve respuesta, Emily Harris, de pie ante la ventana de su dormitorio, contempla Ridge Road. Cuando Roddy entra, se vuelve hacia él, cruza la habitación (despacio pero con andar firme, sin apenas cojear) y lo abraza.

—Aquí hay alguien que se encuentra mejor —comenta Roddy.

Ella sonríe.

—Paso a paso y despacito, querido. Paso a paso y despacito. No puede decirse que esa detective impresionara mucho, ¿verdad? ¿Con su mascarilla y sus preguntitas remilgadas?

—Pues no.

—Pero no debemos quitarle ojo. Me inclino a pensar que tienes razón, que posiblemente investiga los casos de Dressler y Dahl por separado para clientes distintos, pero aún me cuesta creerlo. Y si ha venido aquí en parte por esa chica, Dahl, y no lo ha dicho, es porque sospecha algo.

Se acercan juntos a la ventana y contemplan la noche en la calle. Rodney Harris está pensando que, si llega a conocerse lo que han hecho —lo que están *haciendo*—, los tildarán de locos. Su prestigio académico, forjado a lo largo de décadas, se vendrá abajo.

Emily, con diferencia el miembro más práctico de la asociación, sigue pensando en Bonnie Dahl. Algo más la inquieta, pero hace caso omiso.

—¿Qué podría averiguar esa tal Gibney? No gran cosa. Quizá nada. Dahl trabajó a ratos para mí como secretaria después de Navidad, pero solo durante un breve tiempo, y le pagué en efectivo. Le pedí que fuera discreta al respecto por esa razón. Le recordé que era un ingreso no declarado.

—También antes de Navidad —añade Roddy—. Como…, ya sabes…

—Como elfina, sí. Para la fiesta. Pero había al menos una docena de elfos, pagados todos en efectivo, y se les prohibió que lo comentaran en las redes sociales.

Roddy suelta un bufido de desdén.

—Eso es como pedirle al viento que no sople.

Em le da la razón —los jóvenes lo suben todo a las redes sociales, incluso fotografías de sus partes íntimas—, pero sabe que Bonnie Dahl nunca publicó nada sobre su trabajo como elfina en Navidad. Ni en Facebook ni en Instagram ni en Twitter. Emily lo ha comprobado, aunque eso no es todo.

—Sabía que estaba a la vista esa colaboración como secretaria y no quería perderla.

—Quizá se lo contara a su madre.

Esta vez es Em quien suelta un bufido.

—Esa chica, no. Consideraba a su madre una metomentodo, y el novio ha desaparecido. Esa Gibney no sabe nada sobre nuestra relación, nuestra *breve* relación, con Dahl. Al menos esta tarde no lo sabía. ¿Has visto qué miedo le daba tocarte? ¡Pobre desdichada! —Emily se ríe; al instante hace una mueca y se lleva una mano a los riñones.

—Pobrecita mía —dice Rodney—. ¿Qué tal un poco de crema recién hecha para tus achaques?

Ella le dirige una sonrisa de gratitud.

—Eso estaría bien. Y por cierto, Roddy, ¿todavía tienes la Cosa Uno?

—Sí.

—Llévala. Por si acaso. ¡No te olvides! —Últimamente está muy olvidadizo.

—La llevaré y no me olvidaré. ¿Y tú aún tienes la Cosa Dos?

—Sí. —Ella le da un beso—. Ahora ayúdame a quitarme el camisón.

7

Bill Hodges dijo una vez a Holly que un caso es como un huevo.

Fue casi al final de su vida, cuando ya estaba muy dolorido y muy medicado. Por lo general, era un hombre práctico —un policía en primer lugar, en último lugar y siempre—, pero, bajo los efectos de la morfina, tendía a hablar en metáforas. Sentada junto a su cama, Holly escuchaba con atención. Quería retener todo lo que él le enseñara. Hasta el último detalle.

«La mayoría de los casos son frágiles, como son frágiles los huevos. ¿Por qué? Porque la mayoría de los delincuentes son memos. Cuando se trata de cometer fechorías, incluso los inteligentes son memos. De lo contrario, ya de entrada no cometerían fechorías. Así que trata el caso como un huevo. Lo cascas, lo bates, lo echas en una sartén con un poco de mantequilla. Entonces te preparas una apetitosa tortillita».

El caso de Holly empieza a cascarse en su habitación del Days Inn, mientras pronuncia sus oraciones arrodillada junto a la cama.

4 de julio de 2021

1

Rodney Harris es el cocinero de la familia, y mejor así, porque Emily todavía padece un dolor ciático severo. Cuando él le ha pedido que lo clasificara en la escala universal del dolor del uno al diez, ella ha dicho que en esos momentos se situaba en el doce. Y se le nota: tiene los ojos muy hundidos, y la piel tan tensa sobre los pómulos que le brilla. Él le dice que aguante, que su prisionera actual se comió todo el hígado anoche y lo retuvo. Asegura a Emily que pronto encontrará alivio.

Esta noche el chef Harris está preparando sus famosas chuletas de cordero con ajo y mantequilla. La guarnición serán unas judías verdes frescas salteadas con beicon. El aroma es delicioso, y está seguro de que le llega a Dahl, porque ha dejado la puerta del sótano abierta y colocado un ventilador en la encimera cuya corriente de aire pasa por encima de la sartén de hierro colado donde se están sofriendo las chuletas de cordero.

Va a la nevera y saca la botella de Pepsi Light que fue la última compra de Bonnie. Está fría y apetecible. La baja por las escaleras, despacio, sujetándose a la barandilla. No tiene la cadera tan mal como la pobre Em, con su ciática, pero sí bastante mal. Y su sentido del equilibrio ya no es lo que era. Piensa que puede deberse a una ligera atrofia en el oído medio. También eso mejorará pronto.

Dahl permanece de pie junto a los barrotes de la celda. El cabello rubio se le ve apelmazado, casi sin brillo. Está ojerosa y pálida.

—¿Dónde se ha metido? —pregunta con voz ronca, como si estuviera al mando y él fuera el mayordomo—. ¡Llevo aquí abajo todo el día!

Roddy piensa que es un comentario absurdo —¿dónde iba a estar todo el día?—, pero sonríe.

—He andado muy ocupado. Escribiendo una respuesta a un artículo estúpido.

Siempre está escribiendo respuestas a artículos estúpidos, y siempre es como si gritara al vacío. Sin embargo, ¿qué puede uno hacer sino perseverar? En cualquier caso, duda que ahora mismo a Bonnie Dahl le preocupen mucho los problemas de él. Lo cual es comprensible. A saber cuándo había comido por última vez antes del hígado. Tiene hambre y una sed acuciante. Roddy podría decirle que sus problemas terminarán pronto, pero duda que eso a ella le sirviera de consuelo.

—La cena está casi lista. Esta vez no es hígado, sino…

—Cordero —dice Bonnie—. Lo huelo y me está volviendo loca. Creo que usted *quiere* que lo huela. Si se propone matarme, ¿por qué no lo hace sin más y acaba con la tortura?

—No es mi intención torturarte. —Eso es cierto. En realidad, le trae sin cuidado. Ella es *ganado*, por amor de Dios—. Mira lo que te he traído. Apaga la sed, limpia el paladar y te traeré algo mucho más apetecible que el hígado crudo.

Ni en sueños. Dahl está destinada a morir con el hígado depurado y el estómago vacío. Deja la botella de Pepsi Light en el suelo y, utilizando la escoba, la hace rodar cuidadosamente a través de la trampilla al pie de la celda. Ella se agacha, la coge y la mira con avidez y recelo.

—Todavía sellada, tal como salió de la tienda —dice Roddy—. Puedes verlo tú misma. Te habría traído una con azúcar…, por la energía, ya sabes…, pero en casa no tenemos refrescos.

Bonnie hace girar el tapón, rompe el sello y bebe. No advierte el punto de pegamento que tapa el diminuto orificio por donde ha penetrado la aguja hipodérmica, y ha engullido más de la mitad de la botella de medio litro cuando por fin se interrumpe y lo mira.

—Esto no sabe bien.

—Bébetela toda. Luego te traeré chuletas de cordero y judías ver…

Ella lanza la botella por entre los barrotes y no lo alcanza por unos centímetros. Incluso solo medio llena, le habría dejado un moretón tan visible como el que ya le infligió.

—¿Qué llevaba? ¿Qué me ha dado?

Rodney no contesta. Ella no ha comido nada salvo el medio kilo de hígado de ayer y hoy no ha bebido nada. Aunque está diluido en lugar de inyectado, el Valium, una dosis elevada, le afecta enseguida. Empiezan a flaquearle las rodillas después de tan solo tres minutos ensartando unas obscenidades bastante sorprendentes. Se sujeta a los barrotes, de manera que se le hinchan los músculos, considerables, de los brazos.

—¿Por qué? —Consigue decir—. ¿Por qué?

—Porque quiero a mi mujer. —Tras un breve silencio añade—: Y a mí mismo, claro. Me quiero a mí mismo. Gratos sueños, Bonnie.

Finalmente se desploma. O eso parece. Lo prudente es andarse con mucho cuidado esta vez: ella es joven y él es viejo.

Mejor dejarle un tiempo.

2

Arriba en su dormitorio, Emily, hecha un ovillo, mantiene una pierna —la del nervio ciático inflamado— flexionada contra el abdomen y la otra extendida. Es la única posición que le proporciona cierto alivio.

—Está inconsciente —anuncia Rodney.

—¿Seguro? ¡Tienes que estar totalmente seguro!

Se saca del bolsillo una aguja hipodérmica.

—Me propongo añadir un poco de esto. Más vale prevenir que curar.

—¡Pero no la eches a perder! —Emily tiende una mano hacia él—. ¡No eches a perder la carne! ¡No eches a perder el *hígado*! ¡Lo necesito, Roddy! ¡Lo necesito!

—Lo sé —dice él—. Sé fuerte, amor mío. Ya falta poco.

3

Al bajar por las escaleras del sótano, Roddy oye unos ronquidos plácidos y sonoros. Considera que no son los ronquidos de alguien que finge estar dormido. Aun así, debe ir con cuidado. Pasa el mango de la escoba por la trampilla y la toca. Ninguna reacción. Repite, esta vez con más fuerza. Tampoco hay reacción. Con la hipodérmica ya a punto, se inclina e introduce la mano libre por la trampilla. Coge los dedos de la chica y tira de la mano hacia fuera. Ella lo agarra por la muñeca…, pero débilmente. A continuación relaja los dedos.

Con esta no te arriesgues, piensa, y le inyecta en la muñeca. Solo la mitad del contenido de la jeringuilla. Luego espera.

Al cabo de cinco minutos, pulsa el código de la puerta de la celda, pensando que, si puede plantar batalla después de una dosis doble de sedante, es Super Girl. Aun así, le gustaría que Emily estuviera junto a él con el arma, pero ahora es incapaz de bajar por las escaleras del sótano. Estaría bien tener un ascensor, aunque nunca se lo han planteado siquiera. ¿Cómo explicarían a los operarios la existencia de esa celda al fondo del sótano? ¿O la presencia de la astilladora?

No hay problema. Bonnie Dahl no es Super Girl; está fuera de combate. Roddy la sujeta por los brazos y la arrastra por el sótano hasta la pequeña puerta situada junto a los estantes con las herramientas. En la habitación contigua, una bolsa de plástico de doscientos litros cuelga flácida del extremo del tubo eyector de la astilladora. En medio de la habitación hay una mesa de operaciones. Ahí hay más herramientas, pero son instrumental propio de un laboratorio y un quirófano.

La última parte de esta operación —la operación previa a la operación, por así decirlo— es la más difícil: colocar a la joven inconsciente en la mesa. Roddy, pese a los crujidos de la espalda y las protestas de la cadera, consigue levantar sus sesenta y cinco kilos. Por un momento aterrador, cree que va a caérsele. Entonces se acuerda de Em, tendida en la cama con una pierna encogida y un dolor insoportable grabado en el rostro, y con un último esfuerzo deja a Dahl encima de la mesa. Casi se le cae por el lado opuesto, lo cual habría sido una broma espantosa. La agarra por el cabello con una mano y por el muslo con la

otra, y tira de ella. La chica deja escapar un gemido ronco y gutural, y pronuncia una palabra que podría ser «mamá». Roddy piensa que a menudo llaman a sus madres al final, incluso si la madre en cuestión es una mala madre. Ese fue el caso del niño, Steinman, al que tuvieron que recurrir únicamente porque no supieron entender el fanatismo con que Ellen Craslow se aferraba a su absurda dieta vegana.

Roddy, doblándose por la cintura y jadeando, espera no padecer una crisis cardiaca. *Deberíamos instalar una grúa*, piensa. Es verdad, pero no podrían explicar la presencia de la jaula para ganado a los instaladores de la grúa en igual medida que no podrían explicársela a los instaladores del ascensor. Cuando por fin se le acompasa el ritmo del corazón, inmoviliza las muñecas y los tobillos a la chica. A continuación dispone las bandejas para los órganos, coge un bisturí y empieza a cortar la ropa.

27 de julio de 2021

1

Holly ha llegado al punto de sus oraciones en que dice a Dios que todavía añora a Bill Hodges cuando el universo le echa otro cable.

El móvil empieza a emitir su melodía. No reconoce el número y está a punto de rechazar la llamada, pensando que será alguien de la India que quiere proponerle que amplíe la garantía del coche o tiene en oferta un tratamiento contra el covid que no puede perderse, pero Holly está inmersa en un caso —intentando llegar *al fondo* del caso—, así que contesta, lista para cortar en cuanto el vendedor empiece a soltar el rollo.

—¿Hola? ¿Eres Holly? ¿Holly Gibney?

—Sí. ¿Quién habla?

—¿Randy? —dice, como si él mismo no estuviera del todo seguro de su identidad—. ¿Estás hablando con Randy Holsten? ¿Viniste a preguntar por Tom? ¿Y su novia, aquella tal Bonnie?

—Sí, exacto.

—Me dijiste que te llamara si me venía algo a la cabeza, ¿recuerdas?

Holly no cree que Randy esté borracho, pero deduce que ha tomado unas cuantas copas.

—Eso te dije, sí. ¿Y?

—¿Y qué?

Paciencia, piensa Holly.

—Si te has acordado de algo, Randy.

—Sí, aunque seguramente no tiene importancia. Yo estaba en aquella fiesta, ¿vale? La fiesta de Nochevieja, y había bebido bastante…

—Eso dijiste.

—Y estaba en la cocina porque es allí donde tenían la cerveza, y esa Bonnie vino y hablamos un rato. No creo que estuviera borracha exactamente, pero había bebido lo suyo. Iba haciendo eses, no sé si me entiendes. Hablé yo casi todo el tiempo, como siempre cuando pillo una cogorza, y ella básicamente escuchó. Creo que igual vino por alejarse de Tom, ¿eso te lo había dicho?

—Sí.

—Pero sí recuerdo una cosa que dijo. Cuando hablamos en el Starbucks, no me acordaba, pero luego me vino a la memoria. He estado a punto de no llamarte, pero al final he pensado qué demonios.

—¿Qué es?

—Le pregunté qué había hecho durante las vacaciones de Navidad y contestó que había sido elfina. Yo puse cara de ¿qué? Y ella va y me dice: Fui elfina de Navidad. No tiene ninguna importancia, ¿verdad?

Inspirándose en *El imperio contraataca*, Holly dice:

—Todo importancia tiene, así es.

Randy se echa a reír.

—¡Yoda! ¡Genial! ¡Pero qué crack, Holly! Oye, si alguna vez quieres salir a por una hamburguesa y una jarra…

Holly le da las gracias, dice que lo tendrá en cuenta y corta la llamada en el acto. Concluye su oración en piloto automático.

Una elfina. Dijo que era una elfina de Navidad. Probablemente no sea importante, pero como quizá también diría Yoda: «Interesante es».

Quizá Penny sepa a qué se refería, pero Holly no quiere hablar otra vez con Penny hasta que sea inevitable. Lo que quiere, ahora que está totalmente despierta, es un cigarrillo. Se viste y baja a la máquina de hielo. De camino se le ocurre una idea. Después de encenderlo, busca entre sus contactos a Lakeisha Stone y llama.

—Si se trata de otra donación a la iglesia…

—No es eso. Soy Holly Gibney, Keisha. ¿Puedo hacerte una pregunta rápida?

—Claro, si te ayuda a encontrar a Bonnie. O sea, no la has encontrado, ¿verdad?

Holly, que está cada vez más segura de que Bonnie ya no vive, dice:

—Todavía no. ¿Te comentó alguna vez que había sido…, imagino que te parecerá un disparate…, elfina de Navidad?

Keisha se ríe.

—No es un disparate ni mucho menos, amiga mía. *Fue* elfina de Navidad. Si es que los elfos de Papá Noel se visten como Papá Noel, con la barba y el gorro rojo, claro está. Pero sí tenía zapatos de elfo, una monada de zapatos verdes con las punteras respingonas. Los encontró en la tienda de Goodwill, me dijo. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Fue en unas galerías comerciales? ¿Un empleo estacional?

—No, fue para una fiesta de Navidad. La fiesta se celebró por Zoom debido al covid, pero los elfos…, no sé cuántos había aparte de Bonnie, una docena quizá…, pasaban por las casas de los asistentes a la fiesta repartiendo comida y packs de seis latas de cerveza. O quizá alguno de ellos recibió champán. El profesorado, ya sabes…, por montar el número.

Holly experimenta una sensación de calor que le asciende desde la base de la columna vertebral hasta la nuca. En este asunto aún no hay nada real, pero pocas veces la ha asaltado una intuición tan intensa.

—¿Quién daba esa fiesta? ¿Lo sabes?

—Unos profesores retirados. Él estaba en Ciencias Biológicas; ella en Literatura Inglesa. Los Harris.

2

Holly se enciende otro cigarrillo y se pasea por el aparcamiento del Days Inn, demasiado absorta en sus pensamientos para molestarse en guardar la colilla del último. Se limita a pisarla y sigue andando, con la cabeza gacha, la frente arrugada. Le cuesta seguir el ritmo a sus propias suposiciones y tiene que recordarse que son *solo* suposiciones. Bill dijo que un caso era como un huevo. También habló del síndrome del Chevrolet azul: en cuanto te comprabas un Chevrolet azul, veías Chevrolets azules por todas partes.

Suposiciones, se repite una y otra vez mientras se enciende un cigarrillo más. *No son hechos, solo suposiciones*. Muy cierto.

Pero.

Cary Dressler trabajaba en Strike Em Out Lanes; Roddy Harris, alias Bola Pequeña, jugaba a los bolos en Strike Em Out. No solo eso, sino que a veces Cary jugaba en el equipo de Roddy. Bonnie Dahl trabajó para los Harris en Navidad, aunque —¡afloja la marcha, chica!— fue solo un bolo de una noche. En cuanto a Ellen Craslow…

Vuelve a llamar a Keisha.

—Yo otra vez. Perdona que te moleste, si estabas preparándote para acostarte.

Keisha se ríe.

—No es el caso, me gusta quedarme leyendo hasta tarde cuando la casa está en silencio. ¿Qué pasa, calabaza?

—¿Sabes si Bonnie tuvo más trato con los Harris? Después del bolo de Navidad, quiero decir.

—Pues sí. Bonnie trabajó durante un tiempo para la señora profesora a principios de año, escribiéndole cartas de agradecimiento y ordenándole la lista de contactos. Chorradas así. También le enseñó un poco de informática, aunque le dio la impresión de que la señora profesora sabía algo más de informática de lo que daba a entender. —Keisha titubeó—. Dijo que quizá a la anciana se le iban un poco los ojos detrás de ella. ¿Por qué lo preguntas?

—Sigo el rastro a sus contactos y todo lo que hizo entre finales de 2020 y la fecha de su desaparición —contesta Holly. Eso es solo un primo hermano de la verdad—. ¿Puedo hacerte otra pregunta, no sobre Bonnie, sino sobre la otra mujer a la que mencionaste? ¿Ellen Craslow?

—Claro.

—Me dijiste que a menudo hablabais con ella en el Campanario, pero comentaste, creo recordar, que también trabajaba en el edificio de Ciencias Biológicas.

—Sí. Está justo al lado del Union. ¿Eso tiene alguna importancia?

—Seguramente no.

Pero quizá sí. Rodney Harris tal vez tenga todavía un despacho en Ciencias Biológicas. Los profesores universitarios en realidad nunca se retiran, ¿no? Incluso si no lo tiene, podría haberlo tenido cuando Ellen desapareció.

3

A Holly se le ha acabado el tabaco, pero hay un 7-Eleven al lado del motel. Mientras se dirige hacia allí a pie por la vía de servicio, vuelve a iluminársele el móvil. Es Tanya Robinson. Holly la saluda y se sienta en un banco delante de la tienda. Se le humedece el pantalón a causa del relente. Por lo general, le molestaría mucho, puesto que no tiene otro. Ahora apenas se da cuenta.

—Quería ponerte al corriente sobre Barbara —anuncia Tanya.

Holly se yergue en el asiento.

—¿Está bien?

—Perfectamente. ¿Te ha dado la noticia? Imagino que, con lo ocupada que ha estado hoy, no habrá tenido tiempo.

Holly guarda silencio un momento, pero si Tanya ya se ha enterado, no hay inconveniente, supone, en que diga que lo sabe.

—Ella no, pero Jerome, sí. Es maravilloso. En los círculos poéticos, el premio Penley tiene mucho peso.

Tanya se ríe.

—¡Ahora tengo *dos* escritores en la familia! Cuesta creerlo. Mi abuelo apenas sabía leer. En cuanto al abuelo de Jim… Bueno, ya has oído hablar de él.

En efecto, así es. El tristemente famoso gánster de Chicago Alton Robinson, el tema del libro de Jerome que pronto se publicará.

—Barbara ha estado reuniéndose con una poeta local llamada Olivia Kingsbury…

—Sé quién es —dice Holly. No se molesta en aclararle a Tanya que Kingsbury es mucho más que una poeta local—. Según Jerome, ha sido la mentora de Barbara.

—Desde hace meses, y me he enterado hoy. Supongo que Barbara temía que la acusáramos de copiar a su hermano si lo decía, lo cual es ridículo, pero así es ella. El caso es que las dos se han hecho muy amigas, y hoy la señora Kingsbury ha tenido que ingresar en el hospital. Por una fibrilación auricular. ¿Sabes qué es eso?

—Sí. Es una lástima, pero son cosas que pasan a esas edades. Olivia Kingsbury tiene casi cien años.

—La han estabilizado, pero la pobre tiene cáncer… desde hace años, según Barbara, aunque ahora se ha extendido a los pulmones y el cerebro. Ha dicho algo más, pero me costaba entenderla porque estaba llorando.

—Lo siento mucho.

—Me ha pedido que llamara a sus amigos. Va a volver a casa de la señora Kingsbury con la cuidadora de la anciana, que está tan afectada como Barbie. Las dos van a pasar allí la noche, y seguramente mañana llevarán a la señora Kingsbury a casa. La anciana les ha dicho que no quiere morir en el hospital, y no me extraña.

—Es una actitud muy madura por parte de Barbara —dice Holly.

—Es buena chica. Una chica *responsable*. —Ahora la propia Tanya está llorando un poco—. Tiene previsto quedarse allí el resto de la semana y el fin de semana, pero puede que no dure tanto. Según ha dicho Barbara, la señora Kingsbury ha dejado claro que, si la fibrilación auricular empieza de nuevo, no quiere volver al hospital.

—Lo entiendo. —Holly se acuerda de su madre, que sí murió en el hospital. Sola—. Dale un abrazo de mi parte a Barbara. Y en cuanto al premio Penley, felicítala por quedar finalista.

—Lo haré, Holly, pero no creo que ahora eso le importe mucho. Me he ofrecido a acompañarla, y ha dicho que no. Me parece que ella y Marie…, así se llama la cuidadora…, quieren quedarse a solas con la señora Kingsbury. Según parece, no tiene a nadie más. Ha sobrevivido a todos los suyos.

4

El subtexto de la llamada de Tanya es que Barbara estará desconectada mientras atiende a Kingsbury, su amiga y mentora, durante su enfermedad terminal, pero cuando Holly vuelve a su habitación con dos nuevos paquetes de tabaco en los bolsillos del pantalón cargo, llama a Barbara de todos modos. Salta directamente el buzón de voz. Dice que Tanya la ha puesto al corriente, y que si necesita algo, solo tiene que llamar. Añade que lamenta que una mala noticia haya llegado tan poco después de otra buena.

—Te quiero —concluye Holly.

Se desviste, se cepilla los dientes con el dedo y un poco de jabón del motel (*ufff*), y se acuesta. Yace boca arriba con la mirada en la oscuridad. Su cabeza se resiste a desconectar y teme tener por delante una noche de insomnio. Recuerda que lleva unas cuantas pastillas de melatonina en el fondo del bolso y se toma una con un sorbo de agua. Luego comprueba el móvil por si ha recibido algún mensaje de texto.

Está noche hay solo uno, y es de Barbara. Únicamente dos palabras. Holly, sentada en la cama, las lee una y otra vez. La sensación de calor vuelve a ascenderle por la columna vertebral. El mensaje que ella ha enviado a Barbara, junto con la fotografía de Cary Dressler y el equipo de bolos Viejas Glorias, era breve: «¿Recuerdas a este hombre?».

La respuesta de Barbara, enviada casi con toda seguridad desde el

Kiner, a juzgar por la marca de tiempo, es aún más breve: «¿A cuál?».

5 de julio de 2021

1

—Creo que esta noche podrás ayudarme —dice Roddy cuando entra en el dormitorio.

Emily enseña los dientes en una sonrisa de dolor. La hamburguesa que le ha llevado —poco hecha, como a ella le gusta— sigue en la mesilla de noche. Solo ha podido tomar un bocado.

—Esta noche no creo que pueda siquiera levantarme de la cama, y menos aún ayudarte. Tendrás que hacerlo tú solo. Este dolor es… increíble.

Roddy sostiene una bandeja cubierta con una servilleta. La levanta para mostrarle una copa de postre que contiene una sustancia blanca con aspecto de grasa, veteada de filamentos rojos. Al lado hay una cuchara.

—He estado reservándolo.

No es verdad. Lo cierto es que se había olvidado por completo de que lo tenía. Lo ha encontrado en el congelador mientras revolvía dentro en busca de uno de esos platos preparados de Stouffer's que le gusta comer al mediodía. Ha calentado el pudin de sebo en el horno, con mucho cuidado. Los microondas eliminan casi todos los nutrientes, es un hecho sabido. No es de extrañar que sean tantos los estadounidenses aquejados de una mala salud; deberían prohibir esa forma de cocinar.

A los ojos hundidos de Emily asoma un destello de avidez. Tiende la mano.

—¡Dámelo! ¡Deberías habérmelo dado ayer, hombre cruel!

—Ayer no te necesitaba. Esta noche sí. La mitad dentro y la mitad fuera, Em. Ya conoces la rutina. Mitad y mitad.

Le entrega la copa y la cuchara. Peter Steinman no era un niño especialmente gordo, pero la grasa que salió de él, una vez derretida, era oro comestible. Su mujer empieza a comer con rapidez; *a engullir de la copa*, piensa Roddy. Le resbala por la barbilla un hilo de grasa con unas cuantas hebras de tendón semejantes a pelos. Roddy la rescata diestramente con el dedo y vuelve a introducírsela en la boca. Ella le chupa el dedo, cosa que en otro tiempo habría convertido en una estaca el fideo oculto bajo su pantalón, pero ya no, y con respecto a eso nada puede hacerse. La viagra y los otros fármacos para la disfunción eréctil no solo son malos para el cerebro; además, aceleran el reloj de los

cromosomas. Se pierden seis meses de vida por cada coito realizado con ayuda de la viagra. Es un hecho demostrado, pese a que, lógicamente, las empresas farmacéuticas se lo callan.

Le arrebata la copa antes de que lo devore todo. Casi se cae —eso habría sido una tragedia—, pero la salva antes de que ruede por la cama y se haga añicos en el suelo.

—Date la vuelta. Te levantaré el camisón.

—Puedo hacerlo.

Lo hace, y deja a la vista unos muslos arrugados y unas nalgas descarnadas. Él empieza a extender el resto de la mezcla de la grasa y tendón por el glúteo izquierdo y por la cara interna del muslo, donde ese molesto nervio irradia su alto voltaje. Ella exhala un ligero gemido.

—¿Mejor?

—Creo… Sí, mejor. Dios mío, sí.

Roddy extrae hasta la última pizca de la copa y sigue extendiéndola y frotando. Pronto el brillo de la grasa comienza a atenuarse a medida que se absorbe, aplacando ese malévolo nervio rojo y durmiéndolo de nuevo.

No, no durmiéndolo, piensa Roddy; *solo adormeciéndolo. El verdadero alivio llegará más tarde, con el hígado de la chica. Y después nutritivas sopas, estofados, filetes y chuletas.*

Le quedan pequeñas medias lunas de grasa bajo las uñas. Se las lame y se las roe hasta limpiárselas; luego vuelve a bajarle el camisón.

—Ahora descansa. Duerme, si puedes. Prepárate para esta noche.

La besa en el sudoroso hueco de la sien.

2

Poco antes de las once de esa noche, Bonnie Dahl despierta y ve que está desnuda, tendida en una mesa dentro de una habitación pequeña, bajo una intensa luz. Tiene las muñecas y los tobillos inmovilizados. Rodney y Emily Harris la observan. Los dos llevan guantes hasta los codos y delantales largos de goma.

—¡Cucú-tras! —dice Roddy—. Te veo.

Bonnie, todavía embotada, casi podría creer que se trata de un sueño, la peor pesadilla posible, pero sabe que no lo es. Levanta la cabeza. Le pesa tanto como un bloque de hormigón, pero lo consigue. Ve que han dibujado líneas sobre su cuerpo con rotulador. Parece un extraño mapa.

—¿Al final sí vais a violarme? —Tiene la boca seca. Habla con voz ronca.

—No, querida —dice Emily. El cabello le cae en mechones apelmazados en torno a un rostro tan pálido y demacrado que es poco más que un cráneo. Le brillan los ojos. Su boca es un trazo fruncido a causa del dolor—. Vamos a comerte.

Bonnie empieza a gritar.

28 de julio de 2021

1

Emily, de pie ante la ventana del dormitorio en la hora previa al amanecer, contempla Ridge Road, vacía salvo por la luz de luna. A su espalda, Rodney duerme con la boca abierta, respirando con ronquidos ásperos y estentóreos. El sonido resulta vagamente molesto; aun así, Emily envidia su descanso. Ella se ha despertado a las tres y cuarto, y esta noche ya no dormirá más. Porque ya sabe cuál es la causa de su inquietud.

Debería haberlo sabido cuando Gibney llamó con el cuento chino de que Dressler era sospechoso del robo de coches. Era evidente. ¿Por qué no había caído en la cuenta? Al principio se preguntó si empezaba a perder la razón, tal como está perdiéndola Rodney. (A estas horas de la madrugada puede admitir que es la verdad). Pero sabe que no es ese el problema. Ella conserva la lucidez de siempre. Es solo que algunas cosas son tan grandes, tan condenadamente *obvias*, que las pasas por alto. Como un mueble enorme al que te has acostumbrado y lo rodeas sin más. Hasta que topas con él de cara, claro.

O hasta que sueñas con determinada zorra negra vegana.

Y lo sabía, piensa Em. *Tenía que saberlo. Le dije a Roddy que dos casos independientes relacionados con dos de las personas a las que hemos secuestrado serían demasiada coincidencia. Él le quitó importancia. Dijo que esas coincidencias se producen, y yo lo acepté.*

¡Lo acepté! ¡Dios mío, qué estúpida!

No se acordó —al menos en ese momento— de que Gibney, con su alias FandeLaurenBacall, había enviado preguntas a los Craslow que aparecían en Twitter. Em supone que Dahl y Dressler en realidad sí podían ser una coincidencia. Pero ¿Dahl, Dressler y Craslow?

No.

Emily se aparta de la ventana y, presionándose con la mano la zona lumbar, que le palpita, se dirige lentamente al cuarto de baño. Se pone de puntillas (¡qué dolor!), alarga el brazo hacia lo alto del botiquín y encuentra un frasco marrón polvoriento sin etiqueta. Contiene dos pastillas verdes. Son su escotilla de emergencia, en caso necesario. Em aún abriga la esperanza de no llegar a ese punto. Vuelve al dormitorio y observa a su marido mientras ronca con la boca abierta. Piensa: *Qué viejo se le ve*.

Se acuesta y coloca el pequeño frasco marrón bajo la almohada. Le dirá lo que ahora sabe y debería haber sabido antes, por la mañana. De momento dejará dormir a su querido y anciano esposo.

Emily yace de espaldas, con la mirada fija en la oscuridad.

2

La melatonina le hizo efecto. Holly se despierta con la sensación de que es una mujer nueva. Se ducha y se viste; después consulta el móvil. Lo dejó en el modo NO MOLESTAR, y ve que tiene una llamada de Pete Huntley a la una y cuarto de la mañana. Hay un mensaje de voz, pero no es de Pete. Es de su hija, que llama con el teléfono de Pete.

«Hola, Holly, soy Shauna. Papá está en el hospital. Ha tenido una recaída. El maldito covid no lo deja en paz».

Dijo que se sentía más fuerte cada día, piensa Holly. *Como en la canción de Chicago.*

«Intentó llevar una bolsa de basura hasta el bajante de la basura. Se desmayó en el pasillo. Lo encontró la señora Lothrop, que llamó al 911. He pasado toda la noche con él. Gracias a Dios no le ha dado un infarto ni han tenido que conectarlo al maldito ventilador. Parece que esta mañana está mejor, pero me temo que pueda ser uno de esos casos de covid persistente. Van a hacerle unas pruebas y luego lo mandarán a casa. Necesitan la habitación. Esta puta mierda está por todas partes. Más vale que te cuid…». Ahí termina el mensaje.

A Holly le entran ganas de lanzar el teléfono a la otra punta de la habitación. Es, como quizá habría dicho Shauna Huntley, una maldita manera de empezar un maldito día. Se acuerda de Althea Haverty en la bolera, que habló de la falsa gripe y miró con cierto desprecio a Holly cuando le ofreció el codo. Diciendo: «No se ofenda, pero yo no hago eso». Holly no le desea que acabe en el hospital con una mascarilla de oxígeno sujeta a esa gruesa cara de negacionista del covid suya, pero…

En realidad, sí se lo desea.

3

Holly pasa a desayunar por el Auto King, con un nuevo par de guantes para pagar en una ventanilla y recoger la comida en la siguiente. Come en su habitación, abandona el motel y se pone de camino hacia el centro de cuidados para la tercera edad Rolling Hills. Llega aún demasiado temprano, antes del horario de visita, así que aparca, abre la puerta y se fuma un cigarrillo. Envía un mensaje a Barbara para preguntarle qué quería decir con «¿A cuál?». No obtiene respuesta, ni la esperaba, y en realidad no la necesita. Barb debió de reconocer tanto a Rodney Harris

como a Cary Dressler. Holly siente curiosidad por saber cómo conoció al profesor Harris. De una cosa está segura: la idea de que Barbara ande cerca de Harris la pone nerviosa.

Busca en Google al profesor Rodney Harris y encuentra información muy diversa, que incluye fotografías de una versión de él más joven, con el cabello oscuro y solo alguna que otra arruga. Busca en Google a la profesora Emily Harris y obtiene también algo de información, lo que confirma lo que le dijo Keisha. Bonnie conocía a Emily Harris. De hecho, *trabajó* para Emily Harris.

Rodney conocía a Cary Dressler. No fumaba marihuana con él, pero sí jugó a los bolos con él cuando los Viejas Glorias necesitaban un suplente.

Cabía que Rodney conociera a Ellen Craslow. Podría haberla engatusado, a decir verdad; trabajaban en el mismo edificio y, según Keisha Stone, ella no era reacia a la conversación.

Envía otro mensaje a Barbara, esta vez más específico: «¿Es a Rodney Harris a quien has reconocido? ¿Lo conoces? Sé que estás ocupada, pero házmelo saber cuando puedas».

Consulta su reloj y ve que son las nueve de la mañana. El horario de visita ha empezado oficialmente. No espera averiguar nada nuevo por medio de Victor Anderson (si es que puede siquiera comunicarse con él), y sabe de sobra que no le sacará nada al tío Henry, pero, ya que está aquí, bien puede seguir adelante. Quizá haya terminado para las diez; después llamará a Pete para ver cómo está y se pondrá en marcha de regreso a la ciudad. ¿Hará un alto para hablar con Ernie Coggins? Tal vez sí, pero ya casi lo ha descartado.

Todos los indicios apuntan a los Harris.

4

Holly se acerca a la recepción y anuncia a quiénes desea ver. La mujer que la atiende, la señora Norman, consulta su ordenador y hace una breve llamada. Dice que en ese momento Henry Sirois recibe un baño de esponja y un corte de pelo. Victor Anderson se encuentra en el solárium y, si bien está alerta y consciente, cuesta mucho entenderlo. Si Holly quiere esperar un rato, la mujer de Anderson suele llegar poco después de que se inicie el horario de visita, y ella lo entiende perfectamente.

—Evelyn es una joya —dice la señora Norman.

Holly accede a esperar a la mujer de Anderson, porque se le ha ocurrido algo. Seguramente es una mala idea, pero no tiene otra. Su socio está en el hospital, Jerome está en Nueva York, y Barbara está ocupada con su amiga moribunda. Aunque no lo estuviera, Holly no le pediría ayuda. No después de lo de Chet Ondowsky.

Enciende el iPad y observa las fotografías del número 93 de Ridge

Road, tanto las de Zillow (donde calculan un valor estimado de 1,7 millones de dólares) como las de Google Street View. Ha visto la casa; lo que quiere ahora es echar un vistazo al garaje, pero se lleva una decepción. El camino de acceso es descendente, y Holly solo ve el tejado. Ampliar la imagen no le sirve de nada. Lástima.

Entra una mujer esbelta —pantalón blanco, zapatillas llanas blancas, cabello blanco con un moderno corte pixie— y se acerca a la señora Norman. Hablan, y la señora Norman señala en dirección a donde Holly se encuentra sentada. Holly se pone en pie, se presenta y ofrece el codo. La señora Anderson —Evelyn— se lo choca y le pregunta en qué puede ayudarla.

—Querría hacerle unas preguntas a su marido. Muy pocas, y si no le cansa. Estoy investigando la desaparición de una persona que trabajaba en Strike Em Out Lanes: Cary Dressler. Tengo entendido que el señor Anderson a veces jugaba a los bolos con él. La señora Norman ha dicho que usted podría…, bueno…

—¿Traducírselo? —dice la señora Anderson con una sonrisa—. Sí, claro que puedo. Yo no llegué a conocer al señor Dressler, pero sé quién es. Según decía Vic, era un jugador de bolos excelente y un buen tipo. Lo describía como «un tío legal». —Baja la voz y, en un susurro, añade —: Me parece que a veces salían a la parte de atrás a fumar hierba.

—Eso he oído —contesta Holly, también en un susurro.

—¿Sospecha que pudo haber —exclamación ahogada— *juego sucio*? —Evelyn todavía sonríe detrás de la mascarilla.

Holly, que sospecha exactamente eso, dice que solo trata de averiguar adónde fue.

—Vamos, pues —dice Evelyn Anderson con tono alegre—. Dudo que él pueda ayudarla, pero conserva la cabeza tan clara como siempre y le vendrá bien ver una cara nueva.

5

En el solárium unos cuantos ancianos toman un desayuno tardío, algunos con ayuda. En el televisor de pantalla grande, ponen un episodio de la serie antigua *Mayberry R. F. D.* y se oyen las risas enlatadas. Victor Anderson, en una silla de ruedas de espaldas al televisor, contempla el jardín, donde un hombre corta la hierba montado en un cortacésped. Anderson es en realidad dos hombres, observa Holly: de cintura para arriba tiene la complexión de un estibador, hombros anchos y pecho voluminoso; de cintura para abajo, se le ven unas piernas como palillos y unos pies descalzos con manchas de eccema. Anderson lleva una mascarilla N95, pero le cuelga alrededor del cuello.

Evelyn dice:

—Hola, guapo, ¿qué hay? ¿Quieres salir conmigo?

Él se vuelve, y Holly ve el lado izquierdo de su rostro, contraído en una tensa mueca que deja a la vista los dientes. Anderson intenta esbozar una sonrisa con el lado derecho de la cara y dice:

—Hola…, joencita.

Evelyn le alborota el cabello de color gris acero y le da un beso en la mejilla.

—Te he traído compañía. Esta señorita se llama Holly Gibney. Quiere hacerte unas preguntas sobre tu carrera en los bolos. ¿Te parece bien?

Él sacude la cabeza en un gesto descendente que podría ser de asentimiento y añade algo con entonación interrogativa.

—Quiere saber de qué se trata.

—Cary Dressler —aclara Holly—. ¿Se acuerda de él?

Anderson dice algo y hace un ademán con la nudosa mano derecha. La izquierda permanece muerta en el brazo de la silla, con la palma vuelta hacia arriba.

—Dice que la oye, que no está sordo.

Holly se sonroja.

—Perdón.

—No se preocupe. Le subiría la mascarilla, pero entonces tampoco yo lo entendería. Está vacunado. Aquí todos lo están. —Baja la voz—. Se negaron un par de enfermeras y uno de los auxiliares, y los dejaron marchar.

Holly se toca la parte superior del brazo.

—Yo también.

—Te acuerdas del señor Dressler, ¿verdad, Vic? Decías que era un «tío legal».

—Egá —afirma Anderson, y exhibe otra vez su sonrisa de un solo lado.

Holly piensa que en otro tiempo, y no hace mucho, él debía de parecerse a Lee J. Cobb en *La ley del silencio* o *Doce hombres sin piedad*. Apuesto y fuerte.

—Discúlpeme un momento —dice Evelyn, y los deja solos.

En el televisor, la tía Bea acaba de hacer un comentario gracioso y suenan las risas grabadas.

Holly acerca una silla.

—¿Recuerda a Cary, señor Anderson?

—Zi.

—Y recordará a Rodney Harris, supongo.

—¡Oddy! ¡Oa eeña! ¡Or uesto!

Regresa Evelyn. Trae un bote pequeño de crema Cetaphil.

—Dice que por supuesto. No sé qué significa «oa eña».

—Yo sí —dice Holly—. Bola Pequeña, ¿verdad?

Anderson contesta con otro de sus espasmódicos gestos de asentimiento.

—¡Oa eña, eo!

Su mujer vuelve a besarlo, esta vez en la sien; luego se arrodilla y empieza a hacerle friegas con la crema en los pies escamosos. El gesto trasluce una bondad natural que despierta en Holly una sensación de júbilo y ganas de llorar.

—Contesta a las preguntas de la señora Gibney, Vic, y luego pasaremos un buen rato. ¿Te apetecería un yogur?

—¡Or uesto!

—Lo único que en realidad tengo curiosidad por saber, señor Anderson, es si el profesor Harris conocía bien a Cary. Supongo que no muy bien, ¿verdad?

Anderson realiza un movimiento de masticación con el lado de la cara todavía operativo, como si intentara despertar al otro lado. Por fin habla. Holly solo capta unas cuantas palabras y expresiones, pero Evelyn lo comprende todo.

—Está diciendo que Roddy y Cary eran buenos colegas.

—¡Ueos legas! —confirma Anderson, y prosigue.

Evelyn continúa frotándole los pies con la crema mientras escucha. Ella sonríe un par de veces y en una ocasión suelta una sonora risotada, que Holly encuentra mucho más natural que las risas enlatadas de la televisión.

—El profe no salía con los demás a fumar, pero a veces invitaba a Cary a una cerveza después de la partida. Vic dice que el profe animaba a Cary a hablar de sí mismo porque…

—Nadie más lo hacía —dice Holly. Esa parte la ha entendido. Dirigiéndose a Vic, añade—: Permítame asegurarme de que lo he entendido y después dejaré que vaya a por su yogur. ¿Diría que eran buenos amigos?

Anderson responde con su espasmódico gesto de asentimiento.

—Zi.

—¿Bebían cerveza juntos en la bolera? ¿En el Bowlaroo o como se llame?

—Alao. Elly's.

—Al lado, en el Nelly's —aclara Evelyn, y tapa la loción—. ¿Necesita algo más, señora Gibney? Últimamente se cansa enseguida.

—Holly. —Una mujer que se arrodilla a hacer friegas a su marido en los pies con una loción puede tutearla cuando quiera—. Llámame Holly, por favor. Y no, eso ha sido todo.

—¿Por qué tanto interés en el profesor Harris? —pregunta Evelyn… y arruga un poco la nariz.

Es solo una señal discreta, pero Holly la ve.

—¿Tú lo conocías?

—No mucho, pero, al final de los torneos, siempre se organizaba una comida en casa de alguien. Ya sabes, una especie de celebración, ganaran o perdieran. Con el equipo de Vic, era casi siempre una derrota.

Anderson suelta una risa oxidada, que acompaña de su espasmódico gesto de asentimiento.

—El caso es que, cuando nos tocó a nosotros, montamos una barbacoa en el jardín, y el profe prácticamente se adueñó de la parrilla. Me dijo que yo estaba haciendo mal las hamburguesas, así, como lo oyes. Que al asarlas de esa manera eliminaba los nutrientes o algo así. Yo, por cortesía, le dejé tomar el mando, pero me pareció una grosería por su parte. Además…

—¡Udas! —interviene Anderson. Su sonrisa es horrenda y encantadora al mismo tiempo—. ¡Dio udas!

—Así es —dice Evelyn—. Estaban medio crudas. Yo no pude comerme la mía. ¿Por qué te *interesa* tanto el profesor Harris? Pensaba que era Cary a quien estabas investigando.

Holly adopta su mejor expresión de perplejidad.

—Así es, pero sigo pensando que, si hablo con más miembros del equipo de bolos, más posibilidades tendré de encontrar un hilo que seguir. Ya he hablado con el señor Welch y con el señor Clippard.

—Uuui —dice Anderson—. ¡E ueno Uuui e Cli!

—El bueno de Hughie el Clip —traduce Evelyn con aire distraído.

—Sí, lo he entendido. Vic, ¿el profesor Harris tiene una furgoneta?

Anderson vuelve a hacer el gesto masticatorio de antes mientras reflexiona. Por fin dice:

—Uubau.

—Eso no lo he entendido, cariño —dice Evelyn.

Holly sí lo ha entendido.

—Dice que era una Subaru.

6

En la recepción, dice a la señora Norman que enseguida vuelve para ver a su tío, pero que ha olvidado algo en el coche. Es mentira. Lo que quiere es fumarse un cigarrillo. Y necesita pensar.

Fuma en su postura habitual: con la puerta del conductor abierta, la cabeza agachada, los pies en el pavimento, inhalando nicotina antes de volver a entrar para ver al tío Henry, quien de alguna manera ha esquivado el covid y sigue existiendo en lo que debe de ser un mundo nebuloso de perplejidad. O tal vez haya desaparecido hasta la perplejidad. Aún tiene periodos de conciencia, pero cada vez más espaciados. Su cerebro, en otro tiempo tan apto para los nombres, los números y las direcciones —y para esconder el dinero de su sobrina—, es ahora la típica onda portadora que emite algún bip esporádico.

Se alegra de haber venido a ver a Vic Anderson, en parte porque le ha complacido ser testigo de un afecto tan duradero entre marido y mujer, pero sobre todo porque proyecta una luz fascinante sobre Rodney

Harris. Tiene una Subaru en lugar de una furgoneta para discapacitados —no es raro, porque obviamente no está discapacitado—, pero Holly alberga la sospecha cada vez mayor de que podría ser el encubridor del Depredador de Red Bank. O ser su cómplice.

Según el profesor Harris, Cary Dressler y él eran meros conocidos. Según Vic Anderson, a veces tomaban cerveza juntos en el bar de al lado; por lo visto, el lúpulo y el grano no vulneraban las ideas sobre nutrición de Harris del mismo modo que la marihuana. Por lo que contaba Anderson, Harris animaba a Dressler a hablar de sí mismo «porque nadie más lo hacía».

¿Era solo un viejo profesor benévolo sonsacando a un joven solitario? Cabía la posibilidad, pero en ese caso ¿por qué había mentido Harris al respecto? A Holly se le ocurre que acaso Rodney Harris concibiera algún deseo lascivo por Dressler tal como el que, según Keisha, quizá sentía la mujer de Harris por Bonnie, pero lo descarta. Parece más probable que Harris estuviera recabando información.

Harris no está matando a gente, no a su edad, y la idea de que su mujer lo ayude en eso es ridícula, así que, en el supuesto de que las sospechas de Holly sean ciertas, *deben* de estar encubriendo a alguien. Ha de investigar si tienen hijos, pero por el momento debe hacer de tripas corazón e ir a ver al vegetal humano que aún parece su tío.

Sin embargo, cuando se levanta se le ocurre otra cosa. A Holly no le gusta Facebook, y solo accede de vez en cuando con su propio nombre para que no le desactiven la cuenta, pero entra a menudo como FandeLaurenBacall. Eso hace ahora, y visita la página de Penny Dahl. Debería haber entrado antes y no le sorprende del todo ver su propio nombre. Se la describe como «la destacada detective local, Holly Gibney». Detesta la palabra «detective»; ella es una «investigadora». Y debería haberle dicho a Penny que no publicara su nombre, pero no se le ocurrió.

Se pregunta si el profesor Harris sabe que está investigando también la desaparición de Bonnie Dahl. En otras palabras, si ha ido un paso por delante de ella.

—Si es así, acabo de recortar la distancia —dice Holly, y vuelve al centro de cuidados para la tercera edad Rolling Hills para ver a su tío.

7

Una nueva millonaria entra en la suite de una residencia de ancianos, piensa Holly después de llamar simbólicamente con los nudillos a la puerta, que ya está entreabierta. Algunas de las habitaciones del centro Rolling Hills son individuales; pero la mayoría son dobles, porque ahorra desplazamientos a los ajetreados auxiliares, enfermeras y médicos de guardia. (Y sin duda maximiza el beneficio). También hay cuatro suites

de dos habitaciones, y el tío Henry ocupa una de estas. Si la idea de cómo Henry Sirois, un contable jubilado, podía permitirse un alojamiento tan caro se le ha pasado a Holly alguna vez por la cabeza (si es así, no lo recuerda), supone que debió de pensar que había sido un hombre muy ahorrador, por si acababa así en la vejez.

Ahora ya conoce la verdadera razón.

Henry está sentado en su salón, vestido con una camisa a cuadros y unos vaqueros que le quedan muy holgados en torno a un cuerpo flaco que antes era regordete. Tiene el cabello recién cortado y la cara tersa tras el afeitado de la mañana. El sol matutino se refleja en su mentón, húmedo de saliva. A su lado, en la mesa, hay una bebida rica en proteínas con una pajita. Una auxiliar con la que Holly se ha cruzado en el pasillo le ha preguntado si le apetecía ayudarlo a tomársela y Holly ha contestado que lo haría encantada. El televisor está encendido, sintonizado en un programa concurso presentado por Allen Ludden, que se fue al otro barrio hace mucho.

Echando un vistazo alrededor a los escasos pero bonitos muebles, incluida una cama amplia con barandillas de hospital en la segunda habitación, Holly siente una ira sorda y una desesperación muy impropia de ella. En su adolescencia, estuvo sumida en una profunda depresión y todavía sufre episodios depresivos, y puede encolerizarse, pero ¿perder la esperanza que la caracteriza? No es su estilo. Al menos en condiciones normales. Sin embargo, hoy, en esta habitación, las circunstancias son distintas.

Esaú vendió su futuro por un cuenco de estofado de lentejas, piensa. *Yo vendí el mío por nada. Me lo robaron… o lo intentaron. Por eso estoy furiosa. Y los dos culpables ya no están a mi alcance ni pueden oír mis reproches, aunque este todavía respira. Por eso he perdido la esperanza. Creo.*

—¿Cómo te encuentras hoy, tío Henry? —pregunta al tiempo que acerca una silla a él.

En la televisión, los concursantes intentan deducir, sin mucha suerte, la palabra «humillar». En eso, desde luego, Holly podría ayudarlos. Henry vuelve la cabeza para mirarla, y Holly oye que los tendones del cuello le crujen como bisagras oxidadas.

—Janey —dice, y vuelve la mirada hacia el televisor.

—No, soy Holly.

—¿Entrarás a la perra? La oigo ladrar.

—Toma un poco de esto.

Ella levanta el batido de proteínas, en un vaso de plástico con tapa que no se romperá ni derramará el líquido si lo tira al suelo. Sin apartar la vista del televisor, Henry cierra los labios arrugados en torno a la pajita y sorbe. Holly ha leído sobre el alzhéimer y sabe que ciertas cosas se retienen. Hombres y mujeres incapaces de recordar su propio nombre pueden montar en bicicleta. Hombres y mujeres incapaces de encontrar

el camino de regreso a casa pueden cantar melodías de musicales de Broadway. Hombres y mujeres que de niños aprendieron a sorber líquido por medio de una pajita pueden hacerlo incluso en su senectud, cuando todo lo demás ha desaparecido. También algunos datos permanecen.

—¿Quién fue el quinto presidente de Estados Unidos, tío Henry? ¿Te acuerdas?

—James Monroe —contesta Henry sin vacilar y sin apartar la vista del televisor.

—¿Y quién es el presidente actual?

—Nixon. Níveas ninfas. —Suelta una risita.

El batido de proteínas le resbala por el mentón. Holly se lo limpia antes de que manche la camisa.

—¿Por qué lo hiciste, tío Henry? —Pero esa no es la pregunta correcta, aunque tampoco es que espere una respuesta; la pregunta es lo que podría calificarse de retórica—. Lo expresaré de otra manera. ¿Por qué le *permitiste* a ella hacerlo?

—¿Es que esa perra no va a callarse nunca?

Holly no puede hacer callar a la perra —si alguna vez la hubo, hace mucho tiempo—, pero puede hacer callar al televisor. Para ello, usa el mando a distancia.

—No quería que yo saliera adelante, ¿verdad? No quería que yo tuviera mi propia vida.

El tío Henry se vuelve boquiabierto hacia ella.

—¿Janey?

—¡Y se lo *permitiste*!

Henry se lleva una mano a la cara y se limpia la boca.

—Se lo permití ¿a quién? Hacer ¿qué? Janey, ¿por qué *gritas*?

—¡A mi madre! —exclama Holly. A veces es posible llegar a él si se le grita, y es lo que Holly desea ahora mismo. Lo necesita—. ¡La jodida Charlotte Gibney!

—¿Charlie?

¿Qué sentido tiene? Ninguno. Una nueva millonaria entra en un bar y descubre que no tiene sentido. Holly se enjuga los ojos con la manga.

Se abre la puerta, y la auxiliar que ha preguntado a Holly si ayudaría a su tío con el batido de proteínas se asoma con cara de desaprobación.

—¿Todo en orden?

—Sí —contesta Holly—. He levantado la voz para que me oyera. Está un poco sordo, ¿sabe?

La auxiliar cierra la puerta. El tío Henry mira fijamente a Holly. No, la mira *boquiabierto*, con expresión de perplejidad. Es un viejo descerebrado en una suite de dos habitaciones, y aquí seguirá, bebiendo batidos de proteínas y viendo concursos antiguos hasta que muera. Ella lo visitará porque es su obligación visitarlo, y él la llamara Janey —porque Janey era su preferida— hasta que muera.

—Mi madre ni siquiera dejó una nota —dice Holly, pero no a él. Él es inaccesible—. No sintió la necesidad de explicarse, y menos aún de disculparse. Así fue siempre.

—James Monroe —dice el tío Henry— sirvió desde 1817 hasta 1825. Murió en 1831. El Cuatro de Julio. ¿Dónde está esa puta bebida? Sabe a mierda, pero estoy más seco que una boñiga vieja.

Holly levanta el vaso y el tío Henry sujeta la pajita. Sorbe hasta que se oye que crepita. Cuando ella deja el vaso, la pajita permanece en la boca de su tío. Parece un payaso. Se la quita y dice que tiene que marcharse. Se avergüenza del exabrupto sin sentido. Coge el mando a distancia para encender de nuevo el televisor, pero él le cubre la mano con la suya nudosa y salpicada de manchas.

—Holly —dice.

—Sí —contesta ella, sorprendida, y lo mira a la cara.

Tiene la mirada despejada. O al menos todo lo despejada que llega a tenerla últimamente.

—Nadie podía oponerse a Charlie. Siempre se salía con la suya.

Conmigo no, piensa Holly. *Yo escapé. Gracias a Bill y solo por los pelos, pero escapé.*

—¿Has salido de la bruma solo para decirme *eso*?

No hay respuesta. Holly le da un beso y le repite que tiene que marcharse.

—Trae al hombre, Janey —dice—. El que viene. Dile que lo necesito. Creo que me he meado.

8

Barbara está en el salón de Olivia, contestando al mensaje de Holly, cuando Marie la llama desde lo alto de las escaleras.

—Creo que deberías subir, cariño. Quiere que estemos las dos. Me parece…, me parece que está a punto de irse.

Barbara envía el mensaje sin terminarlo y corre escaleras arriba. Olivia Kingsbury —graduada por la Bryn Mawr, una poeta cuya obra abarca casi ochenta años, finalista del National Book Award, dos veces nominada, según rumores, para el Nobel, una vez en primera plana del *New York Times* (al frente de una manifestación por la paz sosteniendo un lado de una pancarta en la que se leía EE UU SAL DE VIETNAM YA), profesora durante mucho tiempo del Bell College de Artes y Ciencias, mentora de Barbara Robinson—, en efecto, se va. Marie se queda de pie a un lado de la cama; Barbara al otro. Cada una sujeta una mano de la vieja poeta. No hay últimas palabras. Olivia mira a Marie. Mira a Barbara. Sonríe. Muere. Un mundo de palabras muere con ella.

En el camino de regreso a la ciudad, Holly para en una estación de servicio Wawa para repostar. Después de llenar el depósito, estaciona en el extremo del aparcamiento y se fuma un cigarrillo en su postura habitual con el propósito de no contaminar el coche: puerta abierta, codos en las rodillas, pies en el pavimento. Comprueba el móvil y ve que tiene un mensaje de Barbara. En respuesta a «¿A cuál?», Holly envió este otro mensaje: «¿Qué quieres decir con eso?», seguido de una pregunta más precisa: «¿Es a Rodney Harris a quien has reconocido? ¿Lo conoces? Sé que estás ocupada, pero házmelo saber cuando puedas».

La respuesta a este: «Acudí a Emily Harris para que me presentara, no me atrevía a visitar a Olivia sin más. El prof Harris estaba lavando su coche. Solo nos saludamos. Por cierto, añadí a Jorge Castro al MapQuest de J. Probablemente no tiene impor».

Ahí termina el mensaje. Holly supone que Barbara lo ha enviado incompleto por error y después otra tarea ha reclamado su atención. La propia Holly a veces hace esas cosas. Recuerda que Jerome le dijo que había marcado las distintas desapariciones en una copia impresa de MapQuest, pero ¿quién es Jorge Castro?

Llama a Barbara para averiguarlo. En la mesita de centro del salón de Olivia Kingsbury, el iPhone de Barbara emite un leve zumbido de móvil en silencio y después se interrumpe. Holly se dispone a dejar un mensaje, pero cambia de idea. Cierra el coche y entra en el pequeño restaurante de Wawa (de hecho, poco más que un bar ampliado), donde tienen wifi gratuito. Compra una hamburguesa que ya ha envejecido dentro del envoltorio de papel de aluminio, añade una Coca-Cola y se sienta con el iPad. Introduce el nombre de Jorge Castro y obtiene un sinfín de resultados, entre ellos un hombre que se ha hecho millonario con los recambios de automóvil y un jugador de béisbol. Piensa que el Castro más probable es el novelista, y, en efecto, ese tiene una conexión con la universidad de lo alto del promontorio. Debajo de la entrada de Castro en Wikipedia, aparece un artículo de *The BellRinger*, el periódico universitario. Pulsa el enlace a la vez que mordisquea la hamburguesa sin saborearla en realidad; tampoco hay mucho que saborear. El wifi del establecimiento es lento, pero al final accede. Aparece un gran titular, y Holly deduce que salió en primera plana del número publicado el 29 de octubre de 2012.

CÉLEBRE NOVELISTA SE MARCHA DE REPENTE

Kirk Ellway

El galardonado escritor Jorge Castro, autor de novelas como *Catalepsia* y *La ciudad olvidada*, ha abandonado de manera repentina e

imprevista su puesto de escritor residente en el taller de narrativa del Bell College, de renombre mundial. Estaba en el segundo mes de su cuarto semestre en el Bell y gozaba de la predilección de los alumnos.

«No sé qué voy a hacer sin él», dijo Brittany Angleton, que acaba de vender su primera novela de fantasía (¡sobre hombres lobo!) a Crofter's Press. Añadió que le había prometido que le haría una corrección de estilo a su obra en curso. Jeremy Brock dijo: «Era el mejor profesor de escritura creativa que he tenido». Otros alumnos hablaron de su amabilidad y su sentido del humor. Un miembro del taller que desea permanecer en el anonimato coincidió en eso, pero añadió: «Si tu obra era mala, no se andaba con contemplaciones».

Fred Martin, que vivía con Castro, declaró que los dos habían tenido recientemente varias conversaciones sobre su futuro, pero añadió: «No eran peleas. Yo no lo llamaría así. Sentía mucho amor y respeto por Jorge, como él lo sentía por mí, y por eso nunca nos peleábamos. Eran conversaciones sobre el futuro, un intercambio de opiniones pleno y sincero. Yo quería marcharme cuando acabara el semestre de otoño. Jorge quería quedarse hasta finales de año, quizá incluso incorporarse al profesorado».

Sin embargo, quizá esas conversaciones se acercaron más a peleas de lo que el señor Martin está dispuesto a admitir. Según fuentes del Departamento de Policía en declaraciones al *Ringer*, Castro dejó una nota en la que decía: «Ya no aguanto más». Cuando se le preguntó a este respecto, el señor Martin respondió: «¡Es absurdo! Si era eso lo que pensaba, ¿por qué quería quedarse? ¿Y adónde ha ido? Yo no he tenido noticias suyas. Era yo quien quería marcharse. Estoy muy cansado de la homofobia del Medio Oeste».

En el semestre de primavera, Castro participó en una iniciativa para salvar el taller de poesía, iniciativa que finalmente fracasó. Un miembro del Departamento de Literatura Inglesa que desea permanecer en el anonimato dijo: «Jorge era muy elocuente, pero aceptó la decisión final con elegancia. Si se hubiera quedado y se hubiera incorporado al claustro, creo que habría reintroducido la cuestión. Decía que la destacada poeta (y profesora retirada) Olivia Kingsbury lo apoyaba, y de buen grado hablaría al profesorado del departamento si se replanteaba el tema».

A la pregunta de cuándo se marchó exactamente Castro, el señor Martin admitió que no lo sabía, porque él se había ido de casa.

Hay más, incluida una foto de Jorge Castro dando clase y otra que debía de ser la foto de la contracubierta de uno de sus libros. Holly lo encuentra bastante apuesto. No tan guapo como Antonio Banderas (uno de sus actores preferidos), pero en esa línea.

No cree que el artículo que acaba de leer pudiera superar ni por asomo la criba de un periódico de gran ciudad, ni siquiera en la difícil situación en que se encuentra la prensa impresa; se perciben las típicas

indirectas y guiños de un periódico universitario, que la llevan a pensar en *Inside View*, o en una de las columnas de sociedad del *New York Post*. Pero es informativo, eso sí. Holly vuelve a sentir ese calor que le asciende por la columna vertebral. Piensa que no es de extrañar que Barbara añadiera a Castro al mapa de Jerome.

Olivia Kingsbury debió de hablarle de él. Y encaja, ¿no? Incluso la nota encaja. Castro: «Ya no aguanto más». Bonnie Dahl: «Ya estoy harta». Si nueve años separaban esas dos desapariciones…

Sí, y si la policía no anduviera escasa de efectivos; si no temieran que alguna de las manifestaciones actuales del movimiento Black Lives Matter pudiera acabar en una espiral de violencia; si alguna vez se hubiera encontrado al menos un *cadáver*, algo aparte de un ciclomotor, una bicicleta y un *monopatín*…

—Y si los cerdos volaran, nos llovería caca encima —musita Holly.

Jorge Castro en 2012, Cary Dressler en 2015, Ellen Craslow y Peter Steinman en 2018, Bonnie Dahl en 2021. Todos con tres años de diferencia, poco más o menos, excepto Ellen y Peter. Tal vez uno de esos dos se había fugado realmente, pero ¿no cabía también la posibilidad de que se hubiese torcido algo con uno? Los asesinos en serie con un móvil sexual solían centrarse en hombres (Gacey, Dahmer) o en mujeres (Bundy, Rader y otros). El Depredador de Red Bank iba a por unos y otros… incluido un niño varón.

¿Por qué?

Holly piensa que hay una persona que puede proporcionarle la respuesta: el profesor Rodney Harris, alias Bola Pequeña y Señor Carne. Este último apodo la lleva a pensar de nuevo en Jeffrey Dahmer, pero resulta demasiado absurdo para darle crédito.

Holly tira a la papelera la hamburguesa a medio comer, coge el refresco y se va.

10

Es idea de Barbara, y Marie accede al instante. Siempre y cuando, claro, convenzan a Rosalyn Burkhart para que participe. Es la jefa del Departamento de Literatura Inglesa.

Las dos mujeres están tomando unos refrescos en el patio de Olivia mientras esperan a que llegue el coche de la funeraria Crossman para llevarse los restos mortales de la vieja poeta. La organización de la ceremonia no plantea la menor duda; Olivia dejó instrucciones detalladas a Marie después de su último episodio de fibrilación auricular, incluida la música que quería que sonase («If Ever I Leave This World Alive», de Flogging Molly al principio; «Spirit in The Sky», de Norman Greenbaum, al final). Lo que no especificó fue la celebración de una lectura conmemorativa en el patio central del Bell College, y es

lo que ha propuesto Barbara.

Cuando Rosalyn se entera de que Olivia ha fallecido, rompe a llorar. Tienen activado el altavoz del móvil de Marie y, al oírla, las dos lloran también. Una vez concluido el llanto, Barbara expone su idea a la profesora Burkhart, y la jefa de departamento accede de inmediato.

—Si es al aire libre, podemos reunirnos —dice—. La mascarilla incluso puede ser opcional si la gente está dispuesta a situarse a dos metros de distancia. Leeremos sus poemas, ¿es esa la idea?

—Sí —contesta Marie—. Tiene muchos ejemplares justificativos de autor. Los llevaré y los repartiremos.

—En esta época del año, el sol se pone sobre las nueve menos cuarto —dice Rosalyn—. Podemos reunirnos en el patio a eso de… ¿las ocho?

Barbara y Marie cruzan una mirada y contestan que sí a un tiempo.

—Empezaré a hacer llamadas —anuncia Rosalyn—. ¿Hará usted lo mismo, señorita Duchamp?

—Por supuesto. Puede que dupliquemos algunas, pero no pasa nada.

Barbara dice:

—Yo me iré a la funeraria cuando se lleven a Olivia. Quiero pasar un rato en la capilla, para pensar. —La asalta una nueva idea—. ¿Y a lo mejor consigo unas velas? ¿Podemos encenderlas en la lectura?

—Una idea excelente —contesta Rosalyn—. ¿Eres la joven y prometedora poeta de la que hablaba Olivia? Sí, ¿verdad?

—Supongo que sí —dice Barbara—, pero ahora solo puedo pensar en ella. La quería mucho.

—Todos la queríamos —dice Rosalyn, y a continuación deja escapar una carcajada entre lágrimas—. A excepción posiblemente de Emmy Harris, claro. Reúnete con nosotras cuando puedas, Barbara. Tengo el despacho en Terrell Hall. ¿Doy por sentado que estamos todas vacunadas?

Barbara sigue al coche fúnebre hasta la funeraria. Se sienta en la capilla y piensa en Olivia. Recuerda «Esa es la manera en que los pájaros cierran el cielo a puntadas cuando se pone el sol» y se echa a llorar otra vez. Pregunta al señor Greer, el director de la funeraria, por las velas. Él le entrega dos cajas. Barbara explica que en el acto conmemorativo por Olivia harán una recaudación para pagarlas. El señor Greer dice que no es necesario. Barbara va en coche al campus del Bell College y se reúne con Rosalyn y Marie. Llegan otros. Salen. Fuera hay llanto y risas y anécdotas. Los presentes intercambian los títulos de sus poemas preferidos. Hacen más llamadas, y se suma más gente. Aparecen cajas de vino. Algunos pronuncian brindis. Barbara siente un consuelo casi indescriptible entre esas mentes afines y desea ser una de esas personas que piensan que las narraciones y los poemas son tan importantes como las acciones y los bonos. Luego piensa: *Pero ya lo soy*. Piensa: *Doy gracias a Dios por ti, Olivia*.

Avanza la tarde. En el salón de la casa de Olivia Kingsbury sigue el

móvil de Barbara, olvidado en la mesita de centro.

11

A las tres de esa tarde, Holly, sentada en su despacho, contempla la foto enmarcada de Bill Hodges. Desea que estuviera aquí ahora. Sin poder contar con ningún refuerzo —a no ser que llame a Izzy Jaynes, cosa que decididamente *no* quiere hacer—, Holly está sola.

Se acerca a la ventana y mira Frederick Street. Siempre le resulta útil expresar sus pensamientos en voz alta, y eso hace.

—No me extraña que la policía no se diera cuenta de lo que estaba pasando. Este individuo ha actuado de manera muy inteligente.

¿Y cómo iba a ser de otro modo?, piensa.

—¿Y cómo iba a ser de otro modo? Si estoy en lo cierto, lo ha ayudado un profesor de biología muy inteligente, obteniendo antes información de fondo y creando después rastros falsos, al menos en algunos casos. Es muy probable que su mujer haya colaborado, y también ella es inteligente. No hay cadáveres, se han deshecho de ellos de alguna manera, y las víctimas no tienen absolutamente nada en común. Desconozco cuál puede ser el motivo del Depredador, o por qué los Harris lo ayudan y son sus cómplices, pero el hecho mismo…

Se interrumpe y, con el ceño fruncido, se plantea cómo expresar lo que quiere decir a continuación («A veces pensar es saber», decía Bill). Luego prosigue, hablando a la ventana. Hablando para sí.

—El hecho mismo de que las víctimas sean tan distintas en realidad pone de relieve el *método*. Porque en todos los casos…, excepto en el del niño, Steinman, y cada vez tiendo más a pensar que él fue una víctima propicia…, *en todos los casos* los Harris aparecen en segundo plano. Rodney jugaba a los bolos con Dressler. Craslow trabajaba en el edificio donde, estoy segura, Rodney tiene o tenía un despacho. Bonnie fue una de sus elfos de Navidad. Y ahora este hombre, Jorge Castro. Emily Harris era colega suya en el Departamento de Literatura del Bell College. Creo que los Harris están metidos hasta el cuello en esto. ¿Utilizan una furgoneta de discapacitados? ¿Se hace pasar uno de ellos por un pobre inválido?

No puede demostrar nada, ni un puñetero detalle, pero tal vez sí *pueda* hacer una cosa. Sería el equivalente a ofrecer a un testigo potencial una serie de fotografías para ver si reconoce al autor de un delito.

Busca en el iPad, localiza lo que quiere; luego rescata el número de Imani McGuire de entre sus anotaciones y la llama. Después de volver a presentarse, Holly le pregunta si tiene acceso a internet en el móvil.

—Claro que sí —contesta Immi, como si encontrara graciosa la pregunta—. ¿No tiene todo el mundo?

—Vale, entra en la web del Bell College. ¿Puedes?

—Un momento…, tengo que poner el altavoz… Vale, ya estoy.

—Selecciona AÑO. Lo verás en el menú desplegable.

—Sí. ¿Qué año? Llega hasta 1965.

Holly ya ha elegido uno y está viéndolo en su tableta.

—2010.

—De acuerdo. —Immi parece interesada—. ¿Y ahora qué?

—Ve a Profesorado del Departamento de Literatura Inglesa. Tienes que fijarte en las fotos, algunas de hombres y algunas de mujeres.

—Sí, vale, aquí estoy.

Holly se muerde los labios. Ahora viene la gran pregunta.

—¿Ves ahí a la mujer que vació la caravana?

Imani no la tiene en suspenso.

—¡Maldita sea! Es ella. Más joven, pero estoy casi segura.

Un abogado defensor, en un juicio, abriría un enorme agujero en ese «casi», pero esto no es un juicio.

—Aquí dice que se llama Emily Harris.

—Sí —confirma Holly, y ejecuta un pequeño baile ante la ventana que da a Frederick Street—. Gracias.

—¿Qué hacía una profesora de universidad vaciando la caravana de El?

—Buena pregunta, ¿no?

12

Holly redacta un informe preliminar, en el que expone todo lo que ha descubierto, en parte por medio de sus propias investigaciones, en parte porque el universo le ha echado un par de cables. Le complace pensar (aunque no acaba de creérselo) que, en lo que atañe al bien y al mal, existe una especie de providencia, ciega pero poderosa, como esa estatua de la diosa de la justicia que sostiene una balanza. Que una fuerza rige los asuntos de los hombres y las mujeres poniéndose del lado de los débiles e incautos y contra el mal. Puede que sea demasiado tarde para Bonnie y los otros, pero, si no hay futuras víctimas, será una victoria.

Le gusta verse como una de los buenos. Al margen del tabaco, claro.

El informe es una tarea lenta, plagada de suposiciones, y ya es media tarde cuando termina. Se plantea a quién debe enviárselo. A Penny, no; eso requiere una conversación en persona. Una mala noticia —una noticia *atroz*— no puede comunicarse mediante un mensaje de correo electrónico, salpicado de frases poco naturales como «La investigadora Gibney se cercioró» y «Según el dependiente Herrera, del autoservicio Jet Mart». Normalmente enviaría una copia a la dirección de su socio en la agencia, pero Pete está en el hospital y no quiere preocuparlo con su

caso actual…, que él desaconsejó aceptar ya de entrada.

Solo que eso es falso.

No quiere enviárselo a él ni a nadie, o al menos no todavía. Holly ha recorrido un largo camino desde la persona tímida e introvertida a quien Bill Hodges conoció escondida en la parte de atrás de una funeraria hace muchos años, pero esa mujer aún vive dentro de ella y ahí seguirá siempre. A esa mujer la aterroriza equivocarse y continúa creyendo que tiene tantos errores como aciertos. Es un avance significativo con respecto a la mujer que pensaba que *siempre* cometía errores, pero la inseguridad perdura. A los sesenta y a los setenta años —a los ochenta si vive hasta entonces, cosa improbable a menos que deje el tabaco—, continuará levantándose de la cama tres o cuatro noches por semana para asegurarse de que ha apagado los fogones de la cocina y ha cerrado bien las puertas, pese a que sabe que lo ha hecho. Si un caso es como un huevo, también ella lo es. Un huevo con una cáscara frágil. Aún teme que se rían de ella. Aún teme que la llamen Mongo-Mongo. Eso es lo que lleva a cuestas.

Necesito ver la furgoneta, si está allí. Así *saldré de dudas.*

Sí. Echar un vistazo a esa furgoneta, sumado a la identificación de Emily Harris, a cargo de Immi McGuire, como la mujer que vació la caravana de Ellen Craslow, le bastará para convencerse. Después podrá contárselo todo a la madre de Bonnie, esta noche a las nueve. Puede dar a Penny a elegir entre que ella siga adelante con la investigación o que las dos acudan a Isabelle Jaynes, de la policía municipal. Holly recomendará esto último, porque Izzy puede exigir a los Harris que se sometan a interrogatorio. Según las entradas en Wikipedia de ambos, no tienen hijos, pero una no puede fiarse de todo lo que lee en la Wiki. Lo que ella cree —no, lo que *sabe*— es que esos dos ancianos están protegiendo a *alguien*.

No intenta engañarse con la idea de que los Harris son inofensivos solo porque pasen de los ochenta años; casi cualquier humano o animal luchará si se ve acorralado, sea viejo o no. Pero Rodney Harris ya no juega a los bolos por los problemas en la cadera, y su mujer, según Imani, padece ciática. Holly se ve capaz de enfrentarse a ellos. En el supuesto de que siga con el caso. Naturalmente, si la sorprendieran husmeando en su garaje, podrían denunciarla a la policía…, pero si la furgoneta para discapacitados está en su garaje, junto con un filón potencial de pruebas de ADN, ¿la denunciarían?

Holly cae en la cuenta de que lleva sentada delante de su informe preliminar casi tres cuartos de hora, dando vueltas y más vueltas a sus opciones como un jerbo en una rueda de ejercicio. Bill diría que ya es hora de cagar o mover el culo. Guarda el informe y no se lo envía a nadie. Si le ocurriera algo a ella —improbable pero posible—, Pete lo encontraría. O Jerome, cuando regrese de su gran aventura.

Abre la caja fuerte empotrada y saca el Smith & Wesson del calibre

38, modelo Victory. Era de Bill, y antes, del padre de este. Ahora es de Holly. Cuando Bill estaba en la policía, su arma reglamentaria era una Glock automática, pero él prefería el S&W. Porque, sostenía, un revólver nunca se atasca. En la caja fuerte también hay una caja de munición. Carga el arma y, por indicación de Bill, deja vacía la recámara situada bajo el percutor y cierra el tambor. Guarda el revólver en su bolso de bandolera.

La caja fuerte contiene otra cosa de Bill, que Holly ha aprendido a usar con la ayuda de Pete. Saca un estuche plano de piel de cocodrilo alisada, de 24 x 8 centímetros. Lo deja en el bolso junto con el arma (además de algún que otro cosmético, su protector labial, sus Kleenex, su linterna pequeña, su espray de pimienta, su encendedor Bic y un paquete nuevo de tabaco).

Pregunta a Siri a qué hora se pone el sol, y Siri —tan servicial e informada como siempre, incluso sabe chistes— le dice que se pondrá a las 20.48. No puede esperar hasta tan tarde si quiere tomar una buena foto de la ansiada furgoneta, pero piensa que el crepúsculo es un buen momento para el trabajo sucio. Seguramente los Harris estarán en el salón, viendo una película o los juegos olímpicos que se celebran en Tokio. A Holly no le gusta esperar, pero, como no le queda más remedio, decide ir a casa y matar el rato allí.

Al salir de la oficina, se acuerda de un anuncio que ha visto en televisión. Unos adolescentes huyen de un hombre que parece Leatherface. Uno propone esconderse en el desván. Otro en el sótano. La tercera dice: «¿Y por qué no nos subimos a ese coche con el motor en marcha?» y lo señala. El cuarto, su novio, contesta: «¿Estás loca? Escondámonos detrás de las motosierras». Y eso hacen. La voz de fondo declama: «Cuando estás en una película de terror, tomas malas decisiones». Sin embargo, Holly no está en una película de terror, y se dice que esa no es una mala decisión. Tiene su espray y, si la necesita, tiene el arma de Bill.

En lo más hondo de su alma, sabe que hace mal…, pero también sabe que necesita *verlo*.

13

En casa, Holly se prepara algo de comer y no puede comérselo. Llama a Jerome y él contesta en el acto, perceptiblemente eufórico.

—¡Adivina dónde estoy!

—En la azotea del Empire State Building.

—No.

—En Times Square.

—No.

—¿En el transbordador de Staten Island?

Él hace una pedorreta.

—Me rindo, Jerome.

—¡En Central Park! ¡Es precioso! Aquí podría caminar kilómetros y ver cosas nuevas en todas partes. ¡Incluso hay una zona descuidada, como los Matorrales de Deerfield Park, solo que aquí se llama Ramble!

—Pues cuidado, que no te atraquen.

—No, para eso siempre puedo esperar a volver a casa. —Se ríe.

—Te noto contento.

—Lo estoy. Ha sido un día realmente bueno. Estoy contento por mí, estoy contento por Barbara, y mamá y papá están contentos por nosotros dos.

—¡Cómo no van a estarlo! —dice Holly. No va a anunciarle que la amiga y mentora de Barbara ha muerto; no es cosa suya dar esa noticia, ¿y para qué aguarle la fiesta?—. Yo también estoy contenta por ti, Jerome. Ahora no vayas a estropearlo llamándome Hollyberry.

—Ni se me ocurriría. ¿Alguna novedad en el caso?

Un pensamiento cruza de manera fugaz su cabeza: *Esta es mi oportunidad de subir al coche con el motor en marcha en lugar de esconderme detrás de las motosierras*. Sin embargo, la parte de su mente que insiste en comprobar los fogones de la cocina, la parte incapaz de olvidar que se dejó *Hoy no morirán cerdos* en el autobús, susurra: *Ahora no, todavía no*.

—Bueno —dice—, puede que Barbara se haya tropezado con otro.

Le habla de Jorge Castro. Después de eso, la conversación se centra en el libro de Jerome y en las esperanzas que tiene puestas en él. Charlan un rato más, y a continuación Holly deja que Jerome prosiga con su recorrido mágico por Central Park. Cae en la cuenta de que tampoco le ha comentado el repentino aumento de su patrimonio personal. Ni a él ni a nadie. En cierto modo se lo calla por la misma razón por la que no habla sobre la posible localización de la furgoneta. En ambos casos, hay demasiado equipaje que deshacer, al menos de momento.

14

Barbara y Marie han traído los ejemplares justificativos de los doce libros de Olivia, incluidos unos cuantos del voluminoso *Poemas escogidos*, pero resulta que no era necesario. La mayoría de los presentes en el patio central, a la sombra del icónico campanario, han llegado con sus propios libros. Muchos tienen las esquinas dobladas y están manoseados. Uno necesita unas gomas elásticas para mantenerse unido. Algunas personas también llevan fotos de Olivia en distintos momentos de su vida (la más habitual es la de ella y Humphrey Bogart de pie delante de la Fontana de Trevi). Algunas han traído flores. Uno viste una camiseta, sin duda hecha especialmente para la ocasión, en la que se lee

OK VIVE.

Aparece el carro de perritos calientes Frankie's y hace su agosto con la venta de refrescos y salchichas gigantes. Barbara no sabe si ha sido idea de Rosalyn o si Frankie se ha presentado por iniciativa propia. Que Barbara sepa, Frankie bien podría ser admirador de la obra de Olivia. No le sorprendería. Esa noche nada le sorprendería. Nunca se ha sentido tan triste, feliz y orgullosa simultáneamente.

A las seis y media deben de haberse congregado en el patio más de cien personas, y aún llega gente. Nadie espera a que se enciendan las velas al anochecer; un joven con cresta se sube a un taburete escalera y empieza a leer «El potro en el monte» a través de un megáfono. Los asistentes se disponen alrededor para escucharlo, devorando perritos calientes, bebiendo refrescos, devorando patatas fritas y aros de cebolla, tomando cerveza y vino.

Marie rodea con un brazo los hombros de Barbara.

—¿No es maravilloso? ¿No le habría encantado?

Barbara recuerda su primera reunión con la vieja poeta, cuando Olivia, dando unas palmadas a su enorme abrigo de piel, dijo: «Sintética, sintética, piel sintética». Se echa a llorar, y Marie la abraza.

—Y tanto que le habría encantado.

El chico de la cresta da paso a una chica con una serpiente tatuada en torno a la parte superior del brazo. Esta levanta el megáfono y comienza a leer «De joven era más alta».

Barbara escucha. Ha tomado un poco de vino, pero nunca se ha notado la cabeza tan despejada. *No bebas más*, piensa. *Tienes que recordar esto. Tienes que recordarlo toda tu vida.* Cuando la chica del tatuaje da paso a un hombre flaco con gafas que parece estudiante de posgrado, recuerda que se ha dejado el móvil en casa de Olivia. Por lo general, no va a ningún sitio sin él, pero esta noche no lo quiere. Lo que quiere es un perrito caliente con mucha mostaza. Y poesía. Quiere saciarse de ella.

15

Mientras Barbara y Marie reparten ejemplares de los libros de Olivia entre los pocos asistentes que no tienen, Roddy Harris entra en Deerfield Park, como hace a menudo a media tarde o poco después. Así calienta la cadera dolorida —le duele más de lo que debería tras compartir durante semanas comestibles frescos por gentileza de la elfina de Navidad—, pero hay otra razón. Aunque no le gusta reconocerlo, cada vez le cuesta más retener las cosas en la memoria. No perder el hilo, como suele decirse. Caminar lo ayuda. Oxigena el cerebro.

En las últimas semanas, Roddy ha comido media docena de postres que contenían una mezcla de helado de arándanos y sesos de elfina,

pero sigue costándole mantener la agudeza mental. Eso lo desconcierta y lo exaspera. Toda su investigación apunta a que una dieta rica en tejido cerebral humano tiene efectos positivos e inmediatos para quien la consume. Cuando los chimpancés machos roban y matan a las crías de las madres que imprudentemente las dejan desprotegidas, siempre se comen primero los sesos. Puede que ellos no tengan clara la razón, pero los investigadores sí la tienen; los cerebros de los primates contienen ácidos grasos esenciales para el desarrollo neurológico y la salud neurológica. El organismo no produce ácidos grasos (y el cerebro humano es grasa en un sesenta por ciento), de modo que, si se pierden —como los está perdiendo él—, deben sustituirse. Es un hecho elemental, y durante los últimos diez años ha dado resultado. Dicho en términos sencillos que jamás se atrevería a exponer en una monografía o una conferencia, comer tejido cerebral humano sano, sobre todo de una persona joven, cura el alzhéimer.

O eso creía él…, pero ¿y si está equivocado?

¡No, no, *no*!

Se niega a aceptar que sus años de investigación puedan haberle llevado a conclusiones erróneas, pero ¿y si está excretando grasas neurológicas más deprisa de lo que las ingiere? ¿Y si está literalmente meando su propio cerebro? La idea es ridícula, por supuesto, y sin embargo ya no recuerda su código postal. Piensa que calza un 42,5, pero no está seguro, quizá sea un 41. Tendría que mirar la plantilla para cerciorarse. ¡El otro día tuvo que hacer un esfuerzo para recordar su propio segundo nombre!

En general, ha conseguido disimular esa erosión. Emily la nota, sin duda, pero ni siquiera ella es consciente de la magnitud. Gracias a Dios ya no da clases, y gracias a Dios cuenta con Emily para corregirle el estilo y la ortotipografía de las cartas a las diversas publicaciones académicas a las que está suscrito.

Gran parte del tiempo permanece tan lúcido y atento como siempre. A veces se ve a sí mismo como el pasajero de un avión que vuela a baja altitud por encima de un paisaje nítido. De pronto el avión se adentra en una nube y todo se vuelve gris. Te aferras a los reposabrazos y esperas las turbulencias. Cuando te hacen una pregunta, sonríes y, en lugar de contestar, aparentas sabiduría. Por fin, el avión sale de la nube, el paisaje vuelve a aparecer con nitidez, ¡y tienes toda la información al alcance de los dedos!

Los paseos por el parque lo tranquilizan, porque no tiene que preocuparse de si formula una pregunta improcedente o se equivoca al decir algo, como el nombre de una persona a la que conoce desde hace más de treinta años. En el parque no necesita estar en guardia constantemente. Puede dejar de esforzarse tanto. A veces camina kilómetros, mordisqueando las pequeñas bolas de carne humana frita que lleva en el bolsillo, paladeando el sabor a cerdo y la textura

crujiente (aún conserva todos los dientes, cosa de la que está muy orgulloso).

Un sendero lleva a otro, y luego a un tercero y un cuarto. A veces se sienta en un banco y contempla los pájaros cuyos nombres ya no recuerda… y cuando está solo, ya no tiene *necesidad* de nombrarlos. Porque al fin y al cabo un pájaro, aunque le cambien el nombre, sigue siendo un pájaro, a ese respecto Shakespeare tenía razón. De cuando en cuando incluso alquila uno de los pequeños patines de vivos colores alineados en el muelle del estanque de Deerfield y, mientras lo cruza pedaleando, disfruta del agua quieta y de la paz de no tener que preocuparse por si está dentro o fuera de la nube.

Aunque es verdad que en cierta ocasión no recordó el camino de vuelta, ni el número de su casa. Recordaba el nombre de la calle, eso sí, y cuando pidió a un jardinero que tuviera la bondad de señalarle la dirección a Ridge Road, el hombre se lo indicó como si fuera lo más normal del mundo. Quizá lo era. Deerfield es un parque grande y la gente se desorienta a menudo.

Emily padece sus propios problemas. Desde la elfina de Navidad, pródiga en tejido graso, está mejor de la ciática, pero últimamente nunca se le va del todo. Hubo un tiempo —después de Castro, después de Dressler— en que la veía bailar por el salón, con los brazos extendidos para abrazar a una pareja invisible. Incluso mantenían relaciones sexuales, sobre todo después de Castro, pero ya no. No desde hace… ¿Tres años? ¿Cuatro? ¿Cuándo *fue* lo de Castro?

No tiene sentido que ella se encuentre así, ningún sentido. La carne humana contiene macronutrientes y micronutrientes que no están presentes en tal abundancia en ninguna otra carne. Solo el género *Suidae* se le acerca: el facóquero, el jabalí, el cerdo común. El músculo y la médula ósea humanos curan la artritis y la ciática; el médico español Arnau de Vilanova ya lo sabía en el siglo XIII. El papa Inocencio VIII comía los sesos en polvo de chicos jóvenes y bebía su sangre. En la Inglaterra medieval, la carne de los reclusos ahorcados se consideraba una exquisitez.

Pero Em se está consumiendo. La conoce tan bien como ella lo conoce a él, y lo ve.

Como si al pensar en ella la hubiera convocado, suenan en su móvil unos acordes de «Copacabana», el tono asignado a Emily.

Serénate, piensa. *Serénate y mantén la lucidez. Tienes que estar presente.*

—Hola, amor mío, ¿qué pasa?

—Tengo una noticia buena y una mala —dice ella—. ¿Cuál quieres oír primero?

—La buena, por supuesto. Ya sabes que me gusta tomar el postre antes que la verdura.

—La buena noticia es que esa vieja bruja que se apropió de mi protegida por fin ha estirado la pata.

Por ahora los circuitos de Roddy funcionan bien y tarda solo un segundo en responder.

—Me hablas de Olivia Kingsbury.

—La misma. —Em suelta una breve risa exenta de humor—. ¿Te imaginas lo correosa que estaría su carne? ¡Como cecina!

—Lo dices metafóricamente, claro —contesta Roddy. En esto se ha adelantado a ella, consciente de que hablan por el móvil, y las llamadas de móvil pueden interceptarse.

—Claro, claro —afirma Em—. Ding dong, la bruja ha muerto. ¿Dónde estás, cielo? ¿En el parque?

—Sí. —Roddy se sienta en un banco. A lo lejos, oye a los niños en la zona de juegos, pero no hay muchos, a juzgar por el ruido; es la hora de la cena.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Ah…, dentro de un rato. ¿Has dicho que había una mala noticia?

—Por desgracia, sí. ¿Recuerdas a la mujer que vino a vernos por Dressler?

—Sí. —La recuerda solo vagamente.

—Me parece que sospecha que hemos participado en… ya sabes.

—Por supuesto. —No tiene ni idea de a qué se refiere. El avión entra en otro banco de nubes.

—Tenemos que hablar, porque esto puede ser grave. Vuelve antes de que oscurezca, ¿de acuerdo? Voy a preparar unos sándwiches de elfina. Con mucha mostaza, como a ti te gusta.

—Buena idea. —Y en efecto se lo parece, aunque solo en un sentido académico, por así decirlo; no hace mucho, la perspectiva de comer un sándwich de finas lonchas de carne humana (¡tan tierna!) le habría despertado un hambre voraz—. Solo caminaré un poco más. Para abrir el apetito.

—Vale, cielo. No te olvides.

Roddy vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo y mira alrededor. ¿Dónde está exactamente? Entonces ve la estatua de Thomas Edison que sostiene una bombilla en alto y sabe que está cerca del estanque. ¡Bien! Siempre le complace contemplar el estanque.

«La mujer que vino a vernos por Dressler».

Vale, ahora se acuerda. Una mujercita timorata, tan asustada que ni se quitó la mascarilla. Una de esas que saludan con el codo. ¿Por qué habrían de temerla?

Gracias a unos tapones para los oídos revestidos de grasa humana —se los pone de noche—, conserva el oído en tan buen estado como los dientes, y oye el ligero sonido de alguien que vocea por un sistema de amplificación desde la universidad. No tiene la menor idea de qué puede estar ocurriendo allí, puesto que la universidad está cerrada durante el verano, a lo que se suma el alarmismo generado por lo que Emily llama la «nueva gripe», pero quizá tenga que ver con el chico negro que

resultó muerto al resistirse a la policía. Sea lo que sea, a él no le atañe.

Roddy Harris, doctor en biología, renombrado nutricionista, alias Señor Carne, prosigue su paseo.

16

El tío Henry decía que Holly llegaba pronto a todas partes, y es cierto. Hacia la mitad del noticiario vespertino, en el que el monotema de David Muir es covid, covid y más covid, ya no puede seguir esperando. Se marcha de su apartamento y atraviesa en coche la ciudad. La luz de la tarde, todavía intensa, traspasa oblicua el parabrisas y la obliga a entornar los ojos incluso con la visera bajada. Al atajar por el campus, oye algo que se desarrolla en el patio central —palabras que no distingue pronunciadas a través de un micrófono o un megáfono— y da por sentado que es una concentración del movimiento Black Lives Matter.

Recorre la larga calle curva entre las casas victorianas a un lado y el parque al otro, respetando el límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora y poniendo especial cuidado en no aminorar la marcha al pasar por delante del domicilio de los Harris. No obstante, le lanza una buena ojeada. No hay señales de vida, lo cual no significa nada. *Puede* que hayan salido a cenar, pero, dada la situación actual en el país —covid, covid y más covid—, Holly lo duda. Probablemente están viendo la televisión o cenando en casa, tal vez las dos cosas al mismo tiempo. No ve que el garaje tiene dos puertas por culpa de ese condenado camino de acceso en pendiente, pero sí ve el tejado, y desde luego parece de tamaño suficiente para dos vehículos.

También examina la casa contigua, la que tiene el letrero EN VENTA en la parte delantera y un jardín cuyo césped necesita que lo rieguen. *El agente inmobiliario debería ocuparse de eso*, piensa Holly, y se pregunta si será por casualidad George Rafferty. El letrero no lo indica. En todo caso, no es el agente ni el jardín lo que le interesa. Es el seto que se extiende a lo ancho de la finca desocupada. Hasta más allá del garaje de los Harris.

Holly continúa cuesta abajo y para junto al bordillo nada más pasar la zona de juegos. Ahí hay un aparcamiento (de hecho, el lugar donde secuestraron a Jorge Castro), y quedan muchas plazas vacías, pero le apetece fumar mientras espera, y no quiere que los niños pequeños la vean abandonarse a ese reprobable vicio. Abre la puerta, saca las piernas y se enciende un cigarrillo.

Siete y veinte. Extrae el móvil del bolsillo, se plantea llamar a Isabelle Jaynes y lo descarta. Necesita comprobar si esa furgoneta está en el garaje de los Harris. Si no está, Holly dirá a Penny que no es partidaria de acudir a la policía —no hay pruebas, aparte de algún que otro cruce

de caminos que los Harris (o su abogado) podrían descalificar aduciendo que se trata de meras coincidencias—, pero, si existe aún una mínima posibilidad de que Bonnie siga con vida, Penny casi con toda seguridad optará por la policía. Eso pondrá sobre aviso a los Harris, que informarán a la persona a quien están protegiendo. Y entonces ese individuo, ese *depredador*, posiblemente desaparecerá.

La furgoneta. Si la furgoneta está ahí, todo irá bien.

Ahora ya se han marchado casi todos los niños de la zona de juegos. Un trío de adolescentes, dos chicos y una chica, tontean en el pequeño tiovivo, los chicos empujando, la chica montada con los brazos levantados y el cabello flotando hacia atrás. Holly supone que se les unirán otros. Sea lo que sea que está ocurriendo en la universidad, en lo alto del promontorio, no tiene interés para los chavales de la ciudad.

Vuelve a consultar su reloj. 19.30. No puede demorarse mucho más si quiere tomar una buena fotografía de la furgoneta, siempre en el supuesto de que exista, pero aún hay demasiada luz. Holly decide esperar hasta las ocho menos cuarto. Que las sombras se alarguen un poco más. Pero le cuesta. La espera nunca ha sido su fuerte y seguramente, si va con cuidado, puede…

No. Espera. Es la voz de Bill.

Otros adolescentes se reúnen con los del tiovivo y se adentran todos en el parque. Puede que vayan hacia los Matorrales. Incluso es posible que vayan al Autocine la Roca. Holly se enciende otro cigarrillo y fuma con la puerta abierta y los pies en el pavimento. Fuma despacio y, aun así, son solo las ocho menos veinte cuando termina. Decide que ya no puede esperar más. Apaga el cigarrillo en el cenicero portátil y coloca la lata (ahora a rebosar de colillas, desde luego tiene que dejarlo… o como mínimo reducir la cantidad) en la consola central. Se pone una gorra de los Columbus Clippers y se la cala hasta las cejas. Cierra el coche y se encamina por la acera hacia la casa vacía contigua a la de los Harris.

17

Roddy recupera provisionalmente la lucidez y piensa: *¿Y si la mujer que preocupa a Em sabe lo de la chica negra?* No recuerda el nombre de esta —Evelyn, quizá—, pero sabe que era vegana y problemática. ¿Ha dicho algo Em sobre Twitter? ¿Que alguien indagó sobre esa chica negra en Twitter?

Después de dejar atrás el estanque, avanza despacio por el ancho camino de grava que va a dar cerca de la zona de juegos. Se sienta en un banco a descansar la cadera antes de subir por la cuesta hacia su casa, pero también para evitar toda interacción con los adolescentes que están jugando en un tiovivo destinado solo a niños pequeños.

En la acera de enfrente, tal vez a unos cuarenta metros del

aparcamiento de la zona de juegos, una mujer se fuma un cigarrillo sentada en su coche con la puerta abierta. Aunque a Roddy solo le resulta vagamente familiar, no hay nada de vago en las alarmas que se activan en su cabeza. Percibe algo preocupante en ella. Muy preocupante.

Aún puede aclararse las ideas cuando es absolutamente necesario, y ahora realiza ese esfuerzo. La mujer, sentada con los codos en los muslos y la cabeza gacha, levanta una mano de vez en cuando para dar una calada a su bastoncillo cancerígeno. Cuando termina, deja la colilla en una lata pequeña, quizá una caja de pastillas para la tos, y se sienta erguida. Cree que para entonces ya la ha reconocido, porque lleva el mismo pantalón cargo que cuando se presentó en casa, o uno igual. Pero cuando le ve la cara, ya no le cabe la menor duda. Es la mujer que fue a preguntar por Cary Dressler, la que saludaba con el codo. La que investiga también la desaparición de Bonnie Dahl, aunque no lo dijera.

«Me parece que sospecha», ha dicho Emily.

«Esto puede ser grave», ha dicho Emily.

Roddy cree que tiene razón.

Se saca el móvil del bolsillo y llama a casa. En la acera de enfrente, la mujer se pone una gorra, que se baja por delante para protegerse del sol vespertino (o para ocultarse los ojos). Cierra el coche con el mando. Las luces destellan. Se aleja. En su mano, el timbre del teléfono suena una vez…, dos…, tres veces.

—Vamos —susurra Roddy—. Vamos, *vamos*.

Emily contesta.

—Si llamas para decir que *ya* se te ha abierto el apetito…

—No es eso. —En la acera de enfrente, la que saludaba con el codo sube por la cuesta—. Viene esa mujer, Molly Givens o como se llame, y no creo que sea para hacer más preguntas, o no habría aparcado calle abajo. Creo que está husme…

Pero Emily ya ha cortado.

Roddy se guarda el móvil en el bolsillo delantero izquierdo y se palpa el derecho, con la esperanza de encontrar ahí lo que quiere. Suele llevarlo cuando pasea solo, a veces hay gente peligrosa en el parque. Sí, ahí lo tiene. Se levanta del banco y cruza la calle. La mujer camina deprisa (sobre todo para ser fumadora), y él, con los problemas de cadera, se rezaga, pero puede que dé igual, siempre y cuando ella no se vuelva a mirar.

¿Qué sabrá?, se pregunta. *¿Sabrá lo de la chica vegana, Evelyn o Eleanor o como se llamara?*

Si sabe lo de esa chica, además de lo de Cary y lo de Dahl, todo…, todo…

—Todo se echará a perder —susurra para sí.

18

Emily entra apresuradamente en el despacho de la planta baja. Al apretar el paso, le duele, pero sigue adelante de todos modos, dejando escapar leves gemidos y apretándose la zona lumbar con los dedos de ambas manos, como para mantenerla unida. El dolor más intenso de la ciática remitió después de que se comieran el hígado de Dahl —Roddy le dejó la parte más grande y ella lo devoró medio crudo—, pero no ha desaparecido por completo, a diferencia de lo que ocurrió después de Castro y Dressler. Teme el dolor futuro si arremete otra vez con toda su fuerza, pero ahora mismo tiene que ocuparse de esa bruja entrometida, no Molly Givens, sino Holly Gibney.

¿Qué sabe?

Em decide que le trae sin cuidado. Una vez añadida Ellen Craslow a la ecuación, ya sabe suficiente. Puede que Roddy haya confundido su nombre, pero está en lo cierto sobre un detalle: uno no aparca el coche quinientos metros calle abajo si solo va a hacer preguntas. Aparca quinientos metros calle abajo si quiere fisgonear en los asuntos de otras personas.

Cuentan con un moderno sistema de alarma que abarca todo el perímetro de la casa y el jardín. No avisa a la policía a menos que no se haya apagado transcurridos sesenta minutos después de la activación. Cuando se instaló, los ladrones y los intrusos no eran su mayor preocupación, aunque naturalmente eso no se lo dijeron a nadie. Em conecta la alarma, la pone en modo SOLO CASA y después enciende las diez cámaras, que instaló el propio Roddy en una época más feliz, cuando podían confiársele esas tareas. Cubren la cocina, el salón, el sótano (por supuesto), la parte delantera de la casa, los costados, la parte de atrás y el garaje.

Emily se sienta a mirar. Se dice que ya han llegado demasiado lejos para echarse atrás.

19

Holly se acerca a la casa vacía del número 91 de Ridge Road. Lanza una rápida ojeada al frente y al lado opuesto de la calle. No ve a nadie y, sin vacilar, porque quien vacila está perdido, se desvía por el césped mustio y recorre el lado izquierdo de la casa, con lo que esta queda entre ella y el número 93, la casa de la derecha.

Ya en la parte de atrás, cruza un patio enlosado hacia el seto que separa este jardín del de los Harris. Avanza con paso enérgico, sin aflojar la marcha. Ahora está metida de lleno en su tarea, y se impone una versión más fría de Holly. Es la misma que tiró las aborrecibles figuritas de porcelana a la chimenea en casa de su madre. Camina

despacio junto al seto. Gracias al verano seco y caluroso y a la falta de mantenimiento del jardín, al menos desde que se marcharon los propietarios anteriores, Holly encuentra varios puntos con escaso follaje. El mejor hueco se halla enfrente de lo que, supone, es la cocina de los Harris, pero no le interesa. El peor queda a la altura del garaje, como no podía ser de otro modo; aun así, es el que se propone utilizar. Al menos, lleva manga larga y pantalón largo.

Se agacha y escruta el garaje a través del seto. Es una perspectiva lateral, y *todavía* no ve si es un garaje de una o de dos plazas, pero sí advierte algo interesante. Hay una única ventana, y se ve totalmente ennegrecida. Puede que sea por una persiana, pero Holly sospecha que podría estar pintada por dentro.

—¿Quién hace una cosa *así*? —susurra, aunque la respuesta es obvia: alguien con algo que esconder.

Holly se sitúa de espaldas, abraza el bolso contra el pecho y se abre paso a través del seto. Sale por el otro lado sin nada más grave que unos arañazos en la nuca. Mira alrededor. Bajo el alero del garaje, hay un par de cubos de basura de plástico y un contenedor para reciclaje. A su derecha, ve el camino de acceso que lleva a la calle y el techo de un coche que pasa.

Se acerca a la única ventana y, en efecto, la han cegado con pintura negra mate. Rodea hasta la parte posterior y encuentra lo que esperaba encontrar: una puerta trasera. Prevé que esté cerrada con llave, y así es. Saca el estuche de piel de cocodrilo del bolso y lo abre. Dentro, dispuestas como instrumentos quirúrgicos, están las ganzúas de Bill Hodges. Examina la cerradura. Es una Yale. Así que extrae la ganzúa en forma de gancho y la introduce en la parte superior del ojo, con suma delicadeza para no mover ninguno de los pines. Inserta debajo la segunda ganzúa. Holly hace girar esta segunda hacia la derecha hasta que queda trabada. Así luego consigue desplazar el pin superior con la ganzúa de gancho…, lo oye replegarse… y el segundo pin… y…

¿Hay un tercero? Si lo hay, no está engranado. Es una cerradura antigua, así que es posible que no lo haya. Lentamente, con los dientes superiores hincados en el labio inferior casi hasta el punto de hacérselo sangrar, gira la ganzúa de gancho y empuja. Se oye un claro chasquido, y por un momento teme que se le haya escapado uno de los pines y tenga que empezar de nuevo. De pronto la puerta queda entreabierta, impulsada por la presión de las dos ganzúas.

Holly expulsa el aire de los pulmones y guarda las ganzúas en el estuche. Mete el estuche en el bolso, que ahora lleva colgado al cuello. Se yergue y saca el móvil del bolsillo.

Ojalá estés ahí, piensa. *Por favor, ojalá estés ahí.*

Emily no puede esperar a Roddy; a saber si su mente errática lo ha arrastrado en una dirección totalmente distinta. Tres peldaños de cemento bajan desde la puerta de la cocina hasta el patio de los Harris. Se sienta en el de abajo y después se tumba. La contrahuella de cemento se le clava de forma dolorosa en la espalda, pero ahora no puede pararse a pensar en eso. Tuerce una pierna a un lado y se pasa un brazo por detrás con la esperanza de que quede aparentemente en un ángulo anormal. Desde luego ella tiene la sensación de que es anormal. ¿Parece una anciana que acaba de sufrir una caída grave? ¿Una anciana que necesita ayuda con urgencia?

Más vale, piensa. *Más vale.*

21

La furgoneta está ahí, y Holly ni siquiera tiene que comprobar si se ha adaptado mediante la elevación del chasis para permitir el despliegue de una rampa. Por encima del parachoques trasero, ve una matrícula de Wisconsin con el símbolo de la silla de ruedas, lo que significa que es un vehículo para una persona discapacitada con la autorización debida. La luz que entra por la puerta trasera es ya débil pero más que suficiente. Levanta el iPhone y toma tres fotos. Piensa que bastará con la matrícula para poner en marcha una investigación policial.

Sabe que ya es hora de marcharse, que ya *debería* haberse marchado, pero quiere más. Lanza un rápido vistazo por encima del hombro —no hay nadie— y se acerca a la parte de atrás de la furgoneta. Las ventanas tienen los cristales oscurecidos, pero cuando apoya la frente en uno de ellos y ahueca las manos a los lados de la cara, logra ver el interior.

Ve una silla de ruedas.

Así lo hacen, piensa en un arranque triunfal. *Así inducen a parar a sus víctimas. Luego la persona con quien trabajan* —el verdadero malo— *sale de la furgoneta y hace el resto*.

No debe tentar más a la suerte. Toma otras tres fotos de la silla de ruedas, sale del garaje y cierra la puerta. Se vuelve hacia el seto con la intención de cruzarlo por el mismo sitio y en ese momento oye un débil grito:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Me he caído y me duele mucho!

Holly no se deja convencer. Ni remotamente. En parte porque resulta demasiado oportuno, pero sobre todo porque su propia madre jugaba esa misma carta, la del «ay, qué dolor», cuando quería que Holly se quedara con ella… o, como mínimo, que se marchara con sentimiento de culpa y eso la obligara a volver antes. Durante mucho tiempo le dio resultado. *Y cuando dejó de dárselo*, piensa Holly, *ella y el tío Henry me timaron*.

—¡Socorro! ¡Por favor, que alguien me ayude!

Holly se dispone a atravesar de nuevo el seto a pesar de todo y dejar allí abandonada a la mujer —sin duda Emily Harris—, manifestando sus emociones, pero de pronto cambia de idea. Se acerca al extremo del garaje y se asoma por la esquina. Ve a la mujer desmadejada en los peldaños, una pierna torcida, un brazo doblado por detrás de la espalda. Lleva la bata de estar por casa remangada a la altura de medio muslo. Es una anciana flaca, pálida y frágil, y desde luego parece dolorida. Holly decide aportar ella misma un poco de teatro. *Será como Bette Davis y Joan Crawford en* Qué fue de Baby Jane, piensa. *Y, si sale su marido, tanto mejor.*

—¡Ay, Dios mío! —exclama al tiempo que se acerca a la mujer caída—. ¿Qué ha pasado?

—He resbalado —dice la anciana. El temblor en su voz es aceptable, pero el sollozo de dolor posterior, piensa Holly, es propio de actores aficionados sin lugar a duda—. Ayúdeme, por favor. ¿Puede enderezarme la pierna? Creo que no me la he roto, pero…

—Puede que necesite una silla de ruedas —comenta Holly con aire compasivo—. Tiene una en la furgoneta, ¿verdad?

Harris parpadea un poco ante eso y acto seguido lanza un gemido. Holly concluye que no es del todo falso. Esa mujer está dolorida, ciertamente, pero también desesperada.

Holly se agacha, con una mano en el bolso. No empuña el revólver del calibre 38 de Bill pero toca el cañón corto.

—¿A cuántos han secuestrado, profesora Harris? Me consta que al menos son cuatro y creo que podría haber otro, un escritor. ¿Y *para qué* los han secuestrado? Eso es lo que en realidad quiero…

Emily saca la mano de detrás de la espalda. En ella sostiene una Vipertek VTS-989, conocida en casa de los Harris como Cosa Uno. Produce una descarga de trescientos voltios, pero Holly no le da ocasión de apretar el gatillo. Desde el momento en que ha visto a Emily Harris tan artificiosamente caída en los peldaños del patio, ha desconfiado de esa mano oculta detrás de la espalda. Saca el revólver de Bill del bolso sujeto por el cañón y, con un movimiento fluido, da un culatazo en la muñeca a Emily. La Cosa Uno cae y se aleja de manera ruidosa por los ladrillos decorativos sin dispararse.

—¡Ay! —grita Emily. Este grito es a todas luces auténtico—. ¡Me has roto la muñeca, zorra!

—Las táser son ilegales en este estado —advierte Holly al tiempo que se agacha para recogerla—, pero creo que esa será la menor de sus preocupaciones cuando…

Ve que la mujer desvía la mirada y hace ademán de volverse, pero ya es demasiado tarde. Los electrodos de una Vipertek son capaces de traspasar tres capas de ropa, incluso si la superior es una parca de invierno, y Holly solo lleva una camiseta de algodón. Los electrodos de

la Cosa Dos traspasan la camiseta y el tirante trasero del sujetador sin el menor problema. Holly se pone de puntillas, lanza las armas al aire como un árbitro de fútbol que indica que el tanto es válido y se desploma en los ladrillos.

—Gracias a Dios ha llegado la caballería —dice Emily—. Ayúdame a levantarme. Esa puta entrometida me ha roto la muñeca.

Él la ayuda, y Em, al mirar a Holly, incluso se ríe. Es solo una risita trémula, pero real.

—Con todo esto me he olvidado totalmente de la espalda por un momento, algo es algo. Necesito una cataplasma, y quizá una de tus tisanas especiales. ¿Está muerta? Por favor, dime que no. Tenemos que averiguar qué sabe, y si se lo ha contado ya a alguien.

Roddy se arrodilla y toca con los dedos el cuello de Holly.

—Tiene el pulso débil, pero lo tiene. Volverá con nosotros dentro de una o dos horas.

—No, no volverá —dice Emily—, porque vas a ponerle una inyección. Y no de Valium. De ketamina. —Se lleva la mano ilesa a la zona lumbar y se estira—. Me parece que sí estoy mejor de la espalda. Quizá debería haber probado antes la terapia del peldaño de cemento. Averiguaremos lo que necesitamos saber y luego la mataremos.

—Puede que este sea el final —dice Roddy. Le tiemblan los labios y tiene los ojos empañados—. Gracias a Dios tenemos las pastillas…

Sí. Las tienen. Emily las ha bajado. Por si acaso.

—Puede que sí, puede que no. La esperanza es lo último que se pierde, amor mío, lo último. En cualquier caso, sus días de fisgoneo han terminado. —Asesta a Holly un puntapié brutal en las costillas—. Esto es lo que te has ganado por meter las narices donde no te llaman, zorra. —Y volviéndose hacia Roddy—: Trae una manta. Tendremos que arrastrarla. Si se rompe una pierna al bajarla por las escaleras del sótano, mala suerte. No sufrirá durante mucho tiempo.

22

A las nueve de esa noche, Penny Dahl está sentada en el porche delantero de su casita de estilo Cape Cod en Upriver, un barrio de las afueras situado a unos veinte kilómetros al norte del centro de la ciudad. Ha sido otro día caluroso, pero ya empieza a refrescar y aquí fuera se está bien. Unas cuantas luciérnagas —no tantas como cuando Penny era niña— trazan formas aleatorias por encima del césped. Tiene el móvil en el regazo. Espera recibir de un momento a otro la llamada que le ha prometido su investigadora.

A las nueve y cuarto, cuando la llamada no se ha producido aún, Penny siente irritación. Cuando a las nueve y media sigue sin recibirla, está que se sube por las paredes. *Paga* a esa mujer, y más de lo que

puede permitirse. Herbert, su ex, ha accedido a colaborar, lo cual aligera la carga; aun así, el dinero dinero es, y un compromiso es un compromiso.

A las diez menos veinte, llama al número de Holly y salta el buzón de voz. Es un mensaje corto y conciso: «Ha llamado a Holly Gibney. Ahora no puedo ponerme. Por favor, deje un breve mensaje y un número al que devolverle la llamada».

—Soy Penny. Se supone que tenías que ponerme al corriente a las nueve. Llámame *de inmediato*.

Interrumpe la comunicación. Contempla las luciérnagas. Siempre ha tenido la mecha corta —tanto Herbert Dahl como Bonnie podían dar fe de ello—, y a las diez de la noche no solo se sube por las paredes, está fuera de sí. Vuelve a llamar a Holly y aguarda el pitido. Cuando suena, dice:

—Voy a esperar hasta las diez y media; a esa hora me iré a la cama y podrás considerarte despedida. —Esa palabra impersonal, sin embargo, no expresa debidamente su ira—. *Despachada.* —Pulsa el botón de apagado con especial vehemencia, como si *eso* fuera a servir de algo.

Llegan las diez y media. Luego las once menos cuarto. Penny nota la humedad del relente. Llama una vez más y recibe otra dosis de buzón de voz.

—Soy Penny, la persona para quien trabajas. *Trabajabas.* Estás despachada. —Se dispone a cortar la comunicación, pero de pronto se le ocurre otra cosa—. ¡Y quiero que me devuelvas el dinero! ¡Eres una inútil!

Entra airada en la casa, lanza el móvil al sofá del salón y va al baño para lavarse los dientes. Se mira en el espejo: demasiado delgada, demasiado pálida, aparenta diez años más de los que tiene. No, más bien quince. Su hija ha desaparecido, quizá ha muerto, y su brillante investigadora debe de andar por ahí, de copas en algún bar.

Cuando se desnuda y se acuesta, está llorando. No, de copas en algún bar, no. Sin duda otras personas sí, pero no esa pusilánime, tan cuidadosa con la mascarilla y el saludo con el codo tan de moda. Seguro que está en casa viendo la televisión con el teléfono apagado.

—Se ha olvidado de mí —dice Penny a la oscuridad. Nunca en la vida se ha sentido tan sola—. Pedazo de idiota. Que la jodan.

Cierra los ojos.

29 de julio de 2021

1

En algún momento de la noche, Holly tiene un sueño extraño. Está en una jaula, detrás de unos barrotes entrecruzados que forman una cuadrícula. Un viejo, sentado en una silla de cocina, la mira. Ella no lo distingue muy bien, porque ve doble, pero el hombre parece cubierto de camiones de bomberos.

—¿Sabía —dice— que el hígado humano tiene 2.600 calorías? Algunas son calorías grasas, pero la mayor parte, casi todas, son proteínas puras. Ese órgano maravilloso…

El Hombre de los Camiones de Bomberos prosigue con su charla —ahora explica algo sobre los muslos—, pero ella prefiere no escuchar. Es un sueño horrendo, más aún que aquellos en los que aparecía su madre, y tiene la peor jaqueca de su vida.

Holly cierra los ojos y se sume de nuevo en la oscuridad.

2

Penny está tan furiosa que no puede dormir. No hace más que dar vueltas en la cama hasta que la deja toda revuelta. Pero a las tres de esa madrugada su rabia contra Holly se ha transformado en un desasosiego persistente. Su hija ha desaparecido, como si hubiese caído por una de las muchas trampillas ocultas de este mundo y se hubiese perdido de vista. ¿Y si le ha ocurrido lo mismo a Holly? En su momento de ira máxima, ha llamado inútil a Holly, pero lo cierto es que no *parecía* una inútil. Todo lo contrario, parecía muy competente, y su historial —Penny había actuado con la debida diligencia— lo corrobora. Sin embargo, a veces incluso las personas competentes cometen errores. Pisan una de esas trampillas ocultas y, pum, caen.

Penny se levanta, recupera el móvil e intenta ponerse en contacto con Holly. Otra vez el buzón de voz. Eso le recuerda la creciente intranquilidad que sentía cuando quería hablar con Bonnie y saltaba *su* buzón de voz. Puede tratar de convencerse de que no es lo mismo, de que hay una explicación razonable. Han pasado solo seis horas desde el compromiso incumplido, pero a las tres de la madrugada la mente se llena de sombras inquietantes, algunas con dientes. Lamenta no tener el

número particular del socio de Holly, aparte del que sale en la web, pero no lo tiene. Solo tiene el teléfono particular de Holly y el número de la oficina de Finders Keepers. No está de suerte, pues. Además, ¿quién deja el teléfono en activo a horas tan intempestivas?

Mucha gente, piensa. *Los padres de adolescentes…, quienes trabajan en un turno de noche…, quizá incluso los investigadores privados.*

Se le ocurre una idea. Accede a la web de Finders Keepers. Ahí constan el nombre del socio y el número de la oficina, así como una lista de servicios y el horario, de 9 a 18 horas, igual que el banco de Penny. Al pie de la página indica: *Después del cierre, llame al 225 521 6283*. Debajo, en rojo, dice: *Si considera que está en peligro inminente, llame al 911* DE INMEDIATO.

Penny no tiene intención de llamar al 911; se reirían de ella. En el supuesto de que alguien atendiera, claro. Pero el número de teléfono para llamar después del cierre es casi con toda seguridad un servicio de contestador. Llama. La mujer que descuelga parece soñolienta y tiene una tos intermitente. Penny se imagina a alguien cuyo trabajo puede hacerse desde casa, incluso estando enfermo.

—Aquí el servicio de contestador Braden, ¿con qué cliente desea ponerse en contacto?

—Finders Keepers. Me llamo Penelope Dahl. Necesito hablar con uno de los socios. Se llama Peter Huntley. Puede que sea urgente. —Decide que eso no es bastante enérgico—. Mejor dicho, lo es. Es urgente.

—Señora, no estoy autorizada a facilitar los números parti…

—Pero usted debe de tenerlos, ¿no? ¿Para casos de emergencia?

La mujer del servicio de contestador no responde. A menos que un arranque de tos pueda considerarse una respuesta.

—He estado llamando a Holly Gibney, la otra socia. Una y otra vez. No contesta. *Su* número particular es el 440 771 8218. Puede comprobarlo. Pero no tengo el de *él*. Necesito un poco de ayuda con esto. Por favor.

La mujer del servicio contestador tose. Se oye movimiento de papeles. *Está consultando sus protocolos*, piensa Penny. Al final la mujer dice:

—Déjeme su número, y yo se lo daré a él. O, más probablemente, lo dejaré en su buzón de voz. Como sabe, son las tres y media de la madrugada.

—Lo sé. Dígale que llame a Penelope Dahl. Penny. Mi número es…

—Me sale en la pantalla. —La mujer vuelve a toser.

—Gracias. Muchas gracias. Por cierto, señora, cuídese.

Cuando, al cabo de veinte minutos, no ha recibido aún la llamada de Huntley (en realidad no la esperaba), Penny vuelve a la cama con el móvil. Se adormece. Sueña que su hija llega a casa. Penny la abraza y dice que nunca más se entrometerá en su vida. El móvil permanece en silencio.

Más que recobrar el conocimiento, Holly asciende hacia él y se adentra en un mundo de dolor. Solo ha tenido resaca una vez en la vida —resultado de una Nochevieja mal empleada en la que no le gusta pensar—, pero fue ligera en comparación con esta. Tiene la sensación de que su cerebro es una esponja empapada en sangre dentro de una caja de hueso. Le palpita el trasero. Es como si un enjambre de avispas, de esas nuevas que llaman avispas asesinas, le hundieran los aguijones emponzoñados en la espalda y la nuca. Las costillas del lado derecho le duelen tanto que le cuesta respirar. Con los ojos todavía cerrados, se palpa esa zona con cuidado. El dolor se agudiza, pero las costillas parecen intactas.

Abre los ojos para ver dónde está, y una punzada de dolor le traspasa la cabeza pese a que la iluminación en el sótano de los Harris es tenue. Se levanta la camiseta en el costado derecho. Al hacerlo, los aguijonazos de avispa se agudizan y le atraviesa la cabeza otra punzada de dolor, pero consigue verse con claridad —mejor de lo que desearía— una enorme magulladura, en su mayor parte morada pero negra justo por debajo del sujetador.

Me ha dado una patada. Esa cabrona me ha dado una patada cuando estaba inconsciente.

Acto seguido: *¿Qué cabrona?*

Emily Harris. Esa *cabrona.*

Está en una jaula. Barrotes entrecruzados forman una cuadrícula. Más allá, se extiende un sótano con el suelo de hormigón y, al fondo, hay una gran caja de acero. Esta se encuentra en lo que parece una zona destinada a taller. Por encima de la jaula, la observa el objetivo de una cámara. Ve una silla de cocina enfrente de la jaula, así que en realidad el Hombre de los Camiones de Bomberos no era un sueño. Estaba ahí sentado.

Ella yace en un futón. Un váter de plástico azul ocupa un rincón. Consigue levantarse (muy muy despacio) agarrándose a los barrotes y tirando con la mano izquierda. Intenta ayudarse también con la derecha, pero el dolor en las costillas la supera. Con el esfuerzo de levantarse, se le intensifica la jaqueca, aunque, una vez de pie, desaparece parte de la presión sobre las costillas magulladas. De pronto toma conciencia de su sed, una sed atroz. Tiene la sensación de que podría beberse cinco litros de agua del tirón.

Arrastrando los pies, avanza con pasos cortos hacia el váter, levanta la tapa y no ve nada dentro, ni siquiera agua mezclada con ese desinfectante azul que parece anticongelante o líquido limpiaparabrisas. El váter está tan seco como su boca y su garganta.

Conserva un recuerdo borroso de lo que ha ocurrido, borroso como

mucho, pero tiene que recuperarlo. Tiene que recuperar la *claridad mental*. Holly sospecha que va a morir en esta jaula donde otros han muerto antes, muy posiblemente a manos del Depredador de Red Bank, pero, si no recupera la claridad mental, morirá con toda seguridad. Su bolso ha desaparecido. Su móvil ha desaparecido. El arma de Bill ha desaparecido. Nadie sabe que está aquí. La claridad mental es su única opción.

4

Roddy Harris está sentado en el porche delantero con unas zapatillas de andar por casa y una bata sobre el pijama azul estampado de camiones de bomberos rojos. Emily se lo regaló hace tiempo por su cumpleaños, a modo de broma, pero a él le gusta. Le recuerda su infancia, cuando le encantaba ver pasar los camiones de bomberos.

Lleva sentado en el porche desde el amanecer, bebiendo café de su taza de viaje de Starbucks y esperando a que llegue la policía. Son ya las nueve y media de la mañana de este jueves y por la calle solo circula el tráfico de costumbre. Eso no garantiza que nadie sepa adónde ha ido la mujer, pero es un paso en la dirección correcta. Roddy cree que, si a mediodía aún no ha aparecido la policía, pueden empezar a dar por supuesto que nadie echa en falta a la Señorita Entrometida. Al menos de momento.

Su dirección, un bloque de apartamentos del lado este, constaba en el carnet de conducir. Como la pobre Emmy, con su dolor de espalda, no estaba en condiciones de bajar a pie por la cuesta hasta donde la Entrometida había aparcado el coche, se ocupó de eso Roddy. Para entonces, ya había oscurecido. Subió el coche hasta la casa, donde Em lo sustituyó al volante. Roddy la siguió en su Subaru hasta el edificio de la Entrometida. La puerta del aparcamiento subterráneo se abría con un botón de la visera. Em aparcó (en estas calurosas fechas de mediados del verano había plazas de sobra) y subió renqueando por la rampa hasta la Subaru. Insistió en conducir ella de regreso a casa, pese a que solo podía valerse de una mano. Posiblemente porque temía que Roddy no recordara el camino, lo cual era ridículo. Después de bajar a la Entrometida y meterla en la celda, tomó un bocado de elfina —lo mismo que Em— y se sentía despejado, muy despejado. Esta mañana ya no está tan despejado, pero sí lo suficiente. Al igual que Holly, entiende que sería muy mal momento para perder la claridad mental.

Emily se reúne con él. Lleva una venda elástica firmemente enrollada en torno a la muñeca. Se le ha hinchado y le palpita como mil demonios. Esa Gibney puso todo su empeño en rompérsela, pero no lo consiguió.

—Está despierta. Tenemos que hablar con ella.

—¿Los dos?

—Sería lo mejor.

—De acuerdo, querida.

Entran en la casa. En la encimera de la cocina, en un plato blanco, hay dos pastillas verdes: cianuro, el veneno con el que Joseph y Magda Goebbels mataron a sus seis hijos en el *Führerbunker*. Roddy las coge y se las guarda en el bolsillo. No tiene intención de dejar su última vía de escape en la cocina mientras bajan al sótano.

Emily coge una botella de Artesia del frigorífico. Dentro no guardan hígado crudo de ternera. No lo necesitan. No quieren saber nada del cadáver contaminado por el humo de la Entrometida. Ni siquiera les ha hecho falta hablar del tema.

Emily dirige una parca sonrisa a Roddy.

—Veamos qué tiene que contar, ¿te parece?

—Ten cuidado con las escaleras, querida —dice Roddy—. Vigila la espalda.

Em le contesta que no se preocupe, pero le entrega la botella de agua para poder agarrarse a la barandilla con la mano ilesa y desciende muy despacio, peldaño a peldaño. *Como una anciana*, piensa Roddy tristemente. *Si llegamos a salir de esta, supongo que tendremos que secuestrar a otro, y pronto.*

Con o sin riesgo, no soporta verla sufrir.

5

Holly los observa descender. Se mueven con extremo cuidado, como si fueran de cristal, y una vez más se asombra al pensar que la han tomado prisionera. Acude de nuevo a su memoria aquel antiguo anuncio. Debería haberse subido al coche con el motor en marcha, después de todo, en lugar de esconderse detrás de las motosierras.

—Habría pensado que no le quedarían muchas ganas de sonreír en su situación actual, señora Gibney, pero, según parece, sí le quedan. —Emily mantiene las dos manos apoyadas en la zona lumbar—. ¿Desea compartir eso que le hace tanta gracia?

No contestes nunca a las preguntas de un sospechoso, solía decir Bill. *Ellos deben contestar las tuyas.*

—Hola de nuevo, profesor Harris —dice Holly, mirando por encima de Emily…, quien, a juzgar por su expresión, no lleva bien que la pasen por alto—. Se me acercó por detrás, ¿verdad? Con su propia táser.

—Pues sí —contesta Roddy, y bastante orgulloso.

—¿Estuvo aquí anoche? Me parece recordar su pijama.

—Sí estuve.

Emily abre mucho los ojos, y Holly piensa: *Eso no lo sabía, ¿eh?*

Em se vuelve hacia su marido y coge el agua.

—Creo que ya es suficiente, querido. Deja que sea yo quien haga las

preguntas.

Holly sospecha que habrá solo una pregunta antes de que cierren la gran puerta y apaguen todas las luces, y desearía postergarla. Ha recordado algo más de lo sucedido anoche, y cuadra con el mote que los estudiantes pusieron a Harris. Cuadra a la perfección. Si ella estuviera en libertad, hablando con unos amigos sobre el caso a plena luz del día, habría considerado la idea absurda, pero en este sótano —sedienta, muy dolorida, prisionera— tiene todo el sentido del mundo.

—¿Se los está comiendo, ese hombre? ¿Por eso los secuestran?

Ellos intercambian una mirada de perplejidad que por fuerza tiene que ser auténtica. A continuación Emily prorrumpe en una risotada sorprendentemente juvenil. Al cabo de un momento, Roddy se ríe con ella. Mientras ríen, comparten esa peculiar mirada telepática propia exclusivamente de las parejas que llevan juntas muchas décadas. Roddy mueve la cabeza en un leve gesto de asentimiento —*díselo, por qué no*—, y Emily se vuelve hacia Holly.

—Ese hombre no existe, querida; estamos solo nosotros dos. Nos los comemos *nosotros*.

6

En el momento en que Holly descubre que la han encerrado en una jaula dos caníbales de edad avanzada, Penny Dahl está en la ducha con el cabello lleno de champú. Le suena el móvil. Sale a la alfombrilla de baño y lo coge del cesto de la ropa sucia mientras el agua jabonosa le resbala por el cuello y la espalda. Mira el número. ¿Holly? No.

—¿Hola?

No es un hombre quien contesta, sino una mujer, y no se molesta en saludar.

—¿Por qué ha llamado en plena noche? ¿Cuál es esa gran emergencia?

—¿Con quién hablo? He pedido que me devuelva la llamada Peter Hun…

—Soy su hija. Mi padre está en el hospital. Tiene covid. Hablo desde su teléfono. ¿Qué quiere?

—Estaba en la ducha. ¿Puedo enjuagarme y volver a llamarle?

La mujer deja escapar un suspiro de resignación.

—Claro, cómo no.

—En mi pantalla veo «número desconocido». ¿Puede…?

La mujer le da el número, y Penny lo anota en el espejo del baño, empañado por el vapor, repitiéndolo para sí una y otra vez por si acaso mientras abre otra vez el grifo de la ducha y coloca la cabeza debajo. Es un enjuagado a medias, pero ya terminará más tarde. Se envuelve en una toalla y llama.

—Aquí Shauna. ¿A qué viene esto, señora Dahl?

Penny le cuenta que Holly está investigando la desaparición de su hija y debía llamar a las nueve de anoche para informarla de sus avances. No ha llamado, y desde entonces, también esta mañana, cuando la llama Penny, salta siempre el buzón de voz.

—No sé qué puedo hacer por us…

Una voz masculina la interrumpe.

—Dámelo.

—Papá, *no*. El médico ha dicho…

—Dame el condenado teléfono.

Shauna dice:

—Si por su culpa se retrasa la recuperación…

En ese punto desaparece. Un hombre tose al oído de Penny, que se acuerda de la mujer del servicio de contestador.

—Soy Pete —dice—. Le pido disculpas por mi hija. Está en plan «Protejamos al viejo a toda costa».

Una voz en segundo plano protesta:

—Hay que joderse, *¿será posible?*

—Empiece de nuevo, por favor.

Penny lo repite todo. Esta vez al final añade:

—Quizá no sea nada, pero, como mi hija desapareció, el hecho de que alguien no dé señales de vida me saca de quicio.

—Quizá no sea nada, quizá sí sea algo —dice Pete—. Holly es siempre muy puntual. Es un rasgo suyo. Quiero… —Tiene un arranque de tos seca—. Quiero darle el número de Jerome Robinson. Trabaja a veces con nosotros. Él…, ay, mierda. Me olvidaba. Jerome está en Nueva York. Puede probar con él si quiere, pero quizá su hermana Barbara sea mejor opción. Estoy casi seguro de que tanto ella como Jerome tienen las llaves del apartamento de Holly. Yo también tengo una, pero estoy… —Más toses—. Estoy en el Kiner. Un día más, según me han dicho, y después cuarentena en casa. Shauna también. Supongo que podría mandar a una enfermera con la llave.

Ahora Penny está en la cocina, goteando en el suelo. Coge un bolígrafo que hay junto al planificador.

—Espero que no tengamos que llegar a eso. Dígame los números.

Pete se los da. Penny los anota. Shauna recupera el móvil, se despide sin contemplaciones, y Penny vuelve a quedarse sola.

Prueba en los dos números, el de Barbara primero porque está en la ciudad. Salta el buzón de voz en los dos casos. Deja mensajes y vuelve al cuarto de baño para acabar de ducharse. Es la segunda vez este mes que tiene la sensación de que algo va mal, y la primera vez no se equivocaba.

«Holly es siempre muy puntual. Es un rasgo suyo».

—Se los *comen* —repite Holly.

No *existe* el Depredador de Red Bank. Debería ser imposible creerlo, pero no lo es. Son solo dos viejos profesores universitarios que viven en una cuidada casa victoriana cerca de una prestigiosa universidad.

Roddy da un paso al frente con impaciencia, situándose casi al alcance de la mano. Emily, con una mueca, le tira de la bata para obligarlo a retroceder. Roddy no parece darse cuenta.

—Todos los mamíferos son caníbales —afirma—, pero solo el *Homo sapiens* ha creado un estúpido tabú al respecto, un tabú que contradice todos los datos médicos conocidos.

—Roddy…

Él no le presta atención. Se muere de ganas de explayarse. De explicarse. Nunca lo han hecho con ninguna de sus otras capturas, pero esta no es ganado; no tienen que preocuparse por que sus glándulas suprarrenales inunden de adrenalina la carne antes del sacrificio.

—Ese tabú tiene menos de trescientos años de antigüedad, e incluso ahora muchas tribus…, tribus *longevas*, podría añadir…, disfrutan de los beneficios de la carne humana.

—Roddy, no es momento…

—¿Sabe cuántas calorías contiene el cuerpo de un humano adulto de peso medio? *¡Ciento veintiséis mil!* —Ha empezado a levantar la voz con la estridencia que en otros tiempos habrían reconocido muchos de sus alumnos de nutrición y biología—. ¡La carne y la sangre humanas saludables curan la *epilepsia*, curan la *esclerosis lateral amiotrófica*, curan la *ciática*! ¡La grasa humana saludable cura la *otosclerosis*, la principal causa de sordera, y unas gotas de grasa líquida templada en los ojos sanan espontáneamente la *degeneración macu*…

—¡Roddy, *basta*!

Él le lanza una mirada terca.

—La carne humana garantiza la *longevidad*. Fíjese en nosotros si tiene alguna duda. ¡Casi noventa años, y sin embargo sanos y robustos!

Holly se pregunta si Harris es víctima de una especie de sueño inducido por el alzhéimer o si sencillamente está mal de la azotea. Quizá sea lo uno y lo otro. Acaba de ver cómo bajan por las escaleras, peldaño a peldaño, cautos y vacilantes. Como jarrones Ming humanos.

—Vayamos al grano —interviene Emily—. ¿A quién se lo ha contado? ¿Quién sabe que está usted aquí?

Holly no contesta.

Emily esboza su sonrisa de cimitarra.

—Perdone, me he expresado mal. *Nadie* sabe que está usted aquí, al menos por el momento; si no, ya habrían venido a buscarla.

—La policía —añade Roddy—. La pasma. La bofia. —Llega incluso a imitar un leve sonido de sirena y hacer girar un dedo hinchado y

retorcido en el aire.

—Disculpe a mi marido —dice Emily—. Está alterado, y eso lo lleva a hablar más de la cuenta. Yo también estoy alterada, pero en mi caso despierta la curiosidad. ¿Quién *sabrá* que está usted aquí?

Holly no contesta.

Emily sostiene en alto la botella de agua.

—Debe de tener sed.

Holly no contesta.

—Dígame a quién se lo ha contado…, en el supuesto de que se lo haya contado a alguien. Quizá no se lo ha contado a nadie. Es lo que induce a pensar, y de manera bastante concluyente, el hecho de que nadie haya venido a buscarla.

Holly no contesta.

—Vámonos —dice Emily a Roddy—. Estamos ante una zorra testaruda.

—Usted no lo entiende —dice Roddy a Holly—. Nadie lo entendería.

—¿Le dejamos unas horas para que se lo piense, amor mío?

—Sí —responde Roddy. Se le ha notado ausente por un momento, pero ahora vuelve a centrarse, al menos un poco—. A no ser que venga alguien. Entonces no necesitaremos su aportación, ¿verdad que no?

—No —contesta Emily—. En ese caso no la necesitaríamos.

—Voy a morir diga lo que diga —afirma Holly—. ¿No es así?

—No necesariamente —dice Emily—. Creo que no tiene ninguna prueba. Creo que ha venido aquí en *busca* de pruebas. Ha tomado fotos de nuestra furgoneta con el móvil, pero el móvil ha desaparecido. Sin pruebas, quizá podríamos dejarla marchar.

Como si esta jaula no existiera, piensa Holly.

—Por otro lado… —Alza el brazo para mostrar la venda elástica—. Me ha hecho daño.

Holly se plantea levantarse la camiseta y enseñarle la magulladura. Decir: «Creo que a ese respecto estamos en paz». Se abstiene. Lo que dice es:

—Quizá tengan algo para eso.

—Ya se lo ha aplicado —contesta Roddy con tono enérgico—. Una cataplasma de grasa.

De Bonnie Dahl, piensa Holly, y es en ese momento cuando la asalta la absoluta verdad y se encorva un poco.

Emily sostiene el agua.

—Dígame lo que quiero saber y le daré esto.

Holly calla.

—De acuerdo —dice Emily con una tristeza nada convincente—. La verdad es que casi con toda seguridad va a morir. Pero ¿quiere morir de sed?

Holly, que no puede creer que no esté muerta ya, no contesta.

—Vamos, Roddy —dice Emily, y lo guía de regreso a las escaleras.

Roddy la sigue dócilmente—. Necesita un rato para reflexionar.

—Sí. Pero no demasiado.

—No, no demasiado. Debe de tener una sed *atroz*.

Suben por las escaleras tan cuidadosamente como han bajado. *Caed*, insta Holly. *¡Caed! ¡Tropezad y caed y rompeos el puñetero cuello!*

Pero ninguno de los dos se cae. La puerta entre el mundo de arriba y esta mazmorra del sótano se cierra. Holly se queda sola con la cabeza palpitante, los otros dolores y la sed.

8

A las nueve de ese día, hay mucho ajetreo, tanto en Ridge Road como en varios lugares más. Es a las nueve cuando Emily pide a Roddy que entre del porche para interrogar a Holly en el sótano. Es la hora a la que Penny Dahl habla con Shauna y Pete Huntley, y después deja mensajes de voz en los teléfonos de Jerome y Barbara Robinson.

También es a las nueve cuando Barbara baja de la habitación de invitados de la casa de Olivia, donde ha pasado la noche. Viste un pantalón corto y una camiseta que le ha prestado Marie Duchamp. No usan la misma talla pero casi. Barbara no recuerda la última vez que se acostó tan tarde. No se nota resacosa, posiblemente porque, siguiendo el consejo de Marie, tomó dos comprimidos de paracetamol —una cura infalible, dijo, a menos que te hayas bañado en alcohol—, pero más posiblemente porque se pasó al agua con gas cuando un grupo de asistentes, encabezados por la jefa de departamento, Rosalyn Burkhart, fueron al Green Door Pub. Que, según Rosalyn, había sido la tasca preferida de Olivia hasta que dejó de beber pasados los setenta años, después de su primer episodio de fibrilación auricular.

Como la mayoría de los adolescentes, lo primero que hace Barbara es ir derecha a su móvil. Ve que le queda el veintiséis por ciento de batería y se dejó el cargador en casa. También ve que tiene una llamada perdida y un mensaje de voz que debe de haber llegado mientras se vestía. Piensa que será uno de esos molestos mensajes para anunciarle que puede prolongar la garantía de su coche (como si tuviera coche), pero no es eso. Es de Penny Dahl, la clienta de Holly.

Barbara lo escucha con creciente preocupación. En primer lugar piensa en un accidente. Su amiga vive sola, y a veces las personas en esa situación tienen accidentes. Pueden resbalar en la ducha o caerse por las escaleras. Pueden quedarse dormidas con un cigarrillo encendido (Barbara sabe desde hace un tiempo que Holly vuelve a fumar). O pueden asaltarlas en un aparcamiento, como el que hay debajo del edificio de Holly. Y ser víctimas de un robo si tienen suerte, o de una paliza o una violación si no la tienen.

Mientras Marie baja —más despacio, porque anoche ella *no* se pasó al

agua con gas—, Barbara llama a Holly. Salta un mensaje grabado que la informa de que el buzón de voz está lleno.

Eso a Barbara no le gusta.

—Tengo que ir a ver si le ha pasado algo a una persona —dice a Marie—. Una amiga.

Marie, vestida aún con la ropa de anoche y muy despeinada, pregunta si le apetece tomar antes un café.

—Quizá más tarde —dice Barbara.

Este asunto le gusta cada vez menos. Ahora ya no solo piensa en accidentes, sino en el caso actual de Holly. Coge el bolso, echa el móvil dentro y se marcha en el coche de su madre.

9

Roddy vuelve a estar en el porche. Emily sale también. Él contempla la calle con la mirada perdida. *Va y viene,* piensa Emily. *Un día se irá y no volverá.*

No duda que Gibney, al final, les dirá lo que quieren —*necesitan*— saber, pero Em cree que no van a poder permitirse la espera. Eso implica que ella va a tener que pensar por los dos. No quiere tomarse el cianuro, aunque lo hará si no hay más remedio; mejor el suicidio que ver sus nombres en todos los periódicos y canales de la televisión por cable, no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. Su reputación, forjada de forma tan meticulosa a lo largo de los años, acabará por los suelos. La de Roddy también. *Los caníbales de la universidad*, piensa. *Así nos llamarán.*

Mejor el cianuro que eso. Sin lugar a duda. Pero, si existe una oportunidad, Emily quiere aprovecharla. Y si tienen que poner fin a lo que vienen haciendo, ¿tan grave sería? Se pregunta cada vez más si han estado engañándose desde el principio. Por sus propias lecturas sobre el tema de la nutrición y las curaciones milagrosas, conoce una expresión de dos palabras en relación con eso. Es una expresión que ya se le ha ocurrido a la mujer maltrecha y sedienta que tienen en el sótano.

Entretanto, el tiempo vuela, y quizá —solo quizá— no tengan que esperar a que Gibney hable.

—Roddy.

—¿Hummm? —Con la mirada en la calle.

—Roddy, mírame. —Chasca los dedos ante los ojos de su marido—. Atiéndeme.

Él se vuelve hacia ella.

—¿Qué tal la espalda, querida mía?

—Mejor. Un poco. —Es verdad. Probablemente hoy se situaría en el seis de la escala universal del dolor—. Tengo que hacer una cosa. Conviene que tú te quedes aquí, pero *no bajes*. Si viene la policía y no

traen orden de registro, échalos y llámame. ¿Me sigues?

—Sí. —Da la impresión de que así es, pero Emily no se fía.

—Repítemelo.

Roddy lo recita. A la perfección.

—Si traen una orden, déjalos entrar. Luego llámame y tómate una de esas pastillas. ¿Recuerdas dónde las has puesto?

—Claro que sí. —Roddy le dirige una mirada de impaciencia—. Las tengo en el bolsillo.

—Bien. Dame una. —Y, como advierte su expresión de alarma (es un encanto de hombre), añade—: Por si acaso.

Él sonríe ante esa respuesta y canturrea:

—¿Adónde vas, pequeña mía, pequeña?

—Da igual. No te preocupes. Estaré de vuelta como mucho a las doce.

—De acuerdo. Aquí tienes la pastilla. Ten cuidado con ella.

Emily le besa la comisura de los labios y a continuación, en un impulso, lo abraza. Lo quiere, y es consciente de que este lío en realidad lo ha provocado *ella*. De no ser por ella, Roddy habría seguido con sus diatribas, dedicando su jubilación a escribir respuestas a distintas publicaciones (publicaciones que a veces, asqueado, lanza a la otra punta del salón). Ciertamente nunca habría publicado nada sobre las virtudes de comer carne humana; tenía la inteligencia suficiente (*entonces*) para saber cuáles serían los efectos de semejantes ideas en su reputación. «Me llamarían Harris el de la Modesta Proposición», rezongó una vez. (Había leído el ensayo de Jonathan Swift a instancias de Emily). Era ella quien lo había empujado —a él y a sí misma— a pasar de la teoría a la práctica, y ella quien había encontrado al ejemplar perfecto con el que sentar el precedente: el hispano que había osado contrariarla acerca del taller de poesía. Comerse los sesos de aquel marica de supuesto talento había sido un placer.

Y ayudó, se dice. *De verdad. Nos ayudó a los dos.*

El bolso de Holly está en la mesita de centro del salón, junto con la gorra que llevaba puesta. Emily se cala la gorra y revuelve el contenido del bolso, donde, entre la maraña de objetos que constituyen la vida en continuo movimiento de Holly (incluidas las mascarillas y el tabaco: la ironía de esa yuxtaposición no escapa a Emily), localiza lo que parece una tarjeta llave. Se la guarda en el bolsillo. El arma de la mujer, con la que lesionó la muñeca a Em, está en la repisa de la chimenea.

Hace rato que se ha deshecho del móvil de Gibney, pero lo ha inspeccionado antes de retirar la tarjeta SIM y meterla en el microondas para mayor seguridad. Acceder ha sido sencillo: a Em le ha bastado con colocar la huella dactilar de la mujer, inconsciente, en la pantalla, proceso que ha repetido para abrir los servicios de ubicación en los ajustes de privacidad. Ha visto que los dos últimos sitios que Gibney visitó antes de venir aquí fueron su oficina y su casa. Emily no se atreve a volver al bloque de apartamentos a plena luz del día, pero considera

que la oficina es una opción mejor, porque en realidad esa conflictiva mujer pasaba bastante tiempo allí.

Gibney tiene (pronto será *tenía*) un socio llamado Pete Huntley, pero cuando Emily busca a Huntley en Facebook, descubre un hecho fortuito prodigiosamente afortunado. Él en particular no publica mucho, pero los comentarios y mensajes indican a Emily lo que necesita saber: tiene covid. Estaba en casa y ahora está en el hospital. El último comentario, publicado hace solo una hora, es de una tal Isabelle Jaynes, que dice: «¡Mañana estarás otra vez en casa y dentro de una o dos semanas te veremos ya de pie! Mejórate, viejo cascarrabias…». A eso sigue el emoji de un oso.

Si Gibney trabaja para la madre de la elfina, puede que haya dedicado un tiempo a redactar un informe. En ese caso, y si es la única prueba —aparte de la propia Gibney, y ella pronto quedará reducida a una masa húmeda en una bolsa de basura—, y si Emily puede conseguir la copia en papel… o borrarla del ordenador de Gibney…

Es una posibilidad remota, pero vale la pena contemplarla. Mientras tanto, su prisionera estará cada vez más sedienta y más dispuesta a hablar. *Quizá incluso suplique por un cigarrillo*, piensa Emily, y sonríe. Aunque es una situación desesperada, nunca se ha sentido más viva. Y al menos así no piensa en la espalda. Se dispone a marcharse, pero cambia de idea. Saca de la nevera un postre de elfina —gris, con espirales rojas— y lo engulle.

¡Qué bueno!

El problema con la carne humana, ha descubierto Emily, es que al principio sientes curiosidad. Luego le coges el gusto. Al final te encanta, y llega un día que nunca te saciarías.

En lugar de salir por la puerta de la cocina para acceder al garaje, da un largo rodeo para hablar otra vez con Roddy.

—Repíteme lo que te he dicho.

Él obedece. Palabra por palabra.

—No bajes ahí, Roddy. Eso es lo más importante. No hasta que yo vuelva.

—Trabajo en tándem —dice él.

—Exacto, trabajo en tándem. —Y se aleja por el camino de acceso para coger la Subaru.

10

Aparte de la sed, la palpitante jaqueca y tantos dolores que prefiere ni contarlos, Holly tiene miedo. Ha estado cerca de la muerte en otras ocasiones, pero nunca tanto como esta vez. Es consciente de que van a matarla en cualquier caso, y no falta mucho para eso. Como dicen en las películas de cine negro que tanto le gustan, «sabe demasiado».

No está del todo segura de qué es la gran caja metálica situada al fondo del sótano, pero sospecha que podría ser una astilladora. El tubo traspasa la pared y penetra en lo que sea que hay al otro lado de la pequeña puerta del taller. *Así se deshacen de ellos*, piensa. *De lo que quede de ellos.* Sabe Dios cómo bajaron hasta aquí esa trituradora de desechos.

Mira el tablero de la pared del fondo y ve colgados dos objetos que no son herramientas. Uno es un casco de ciclista. Al lado hay una mochila. Le flojean las rodillas al verlos y se sienta en el futón al tiempo que lanza una leve exclamación por el dolor en las costillas. El futón se desplaza un poco. Ve que debajo asoma el borde de algo. Levanta el futón para averiguar qué es.

11

Barbara tiene una llave de casa de Holly, pero no de la verja de entrada al aparcamiento, así que deja el coche en la calle, desciende a pie por la rampa y pasa por debajo de la barrera. De inmediato advierte algo que no le gusta. El coche de Holly está ahí, pero aparcado cerca de la rampa, y las dos plazas que tiene asignadas —una para ella, otra para un visitante— están mucho más adentro. Y otro detalle: la rueda delantera izquierda pisa la línea amarilla e invade la plaza contigua. Holly nunca aparcaría así. Echaría un vistazo, retrocedería y ajustaría la posición.

Quizá tuviera prisa.

Es posible, pero sus propias plazas están más cerca del ascensor y las escaleras. Barbara toma por las escaleras, porque para usar el ascensor hay que pasar una tarjeta por un lector de banda magnética y ella no la tiene. Sube al trote, más nerviosa que nunca. En la planta de Holly, utiliza su llave, abre la puerta y asoma la cabeza.

—¿Holly? ¿Estás aquí?

No hay respuesta. Barbara examina el apartamento rápidamente, casi corriendo de una habitación a otra. Todo está en su sitio y todo impecable: la cama hecha, ni migas ni líquidos derramados en las encimeras de la cocina, el cuarto de baño impoluto. Lo único que percibe Barbara es un olor residual a humo de tabaco, e incluso eso es ligero. Hay velas de aromaterapia en todas las habitaciones, y el único cenicero está en el escurreplatos, limpio como una patena. Todo parece en orden. En perfecto estado, de hecho.

Menos el coche.

El coche la inquieta. En la plaza que no le corresponde y aparcado con descuido.

Suena el móvil. Es Jerome.

—¿La has localizado?

—No. Ahora estoy en su apartamento. Esto no me gusta, J. —Le comenta lo del coche, pensando que él le restará importancia, pero a

Jerome tampoco le gusta.

—Ah. Mira en la cestita que hay al lado de la puerta. Siempre deja ahí las llaves cuando entra. Se lo he visto hacer mil veces.

Barbara lo comprueba. Hay una llave de reserva del Prius de Holly, pero no está el llavero. Ni la tarjeta del ascensor.

—Probablemente las tiene en ese bolso enorme que lleva.

—Es posible, pero ¿por qué está aquí el coche y ella no?

—¿Porque ha cogido el autobús? —aventura Barbara no muy convencida.

—No circulan con un horario regular por el covid. Lo descubrí cuando intenté coger uno al aeropuerto. Tuve que llamar un Uber.

—Pobrecito —dice ella, pero es un intento poco convincente de recurrir a sus pullas amistosas habituales.

—Esto me da mala espina, Ba. Creo que voy a volver a casa.

—¡Jerome, no!

—Jerome, sí. Veré cuándo puedo tomar un vuelo. Si Holly aparece antes de que suba al avión, llámame o mándame un mensaje.

—¿Y tu glamuroso fin de semana en Montauk? ¡Quizá tendrías ocasión de conocer a Spielberg!

—En todo caso, no me gustaron sus dos últimas películas. Yo la noté bien cuando hablé con ella ayer, pero… —Su voz se apaga gradualmente. Sin embargo, retoma el hilo antes de que Barbara responda—. Tal vez tenga algo que ver con el caso. Esa Dahl también me ha dejado un mensaje a mí. Parecía muy preocupada. Igual Hols se ha tropezado con alguien poco recomendable mientras investigaba la desaparición de Bonnie. Y de los otros. Ahora hay que añadir a la lista a ese tal Castro, desaparecido hace nueve o diez años.

—Puede ser. No lo sé. —Lo único que Barbara sabe con certeza es que Holly nunca habría dejado el coche de esa manera. Es un aparcamiento descuidado, y si algo no puede decirse de Holly es que sea descuidada.

—¿Has intentado llamar a la oficina?

—Sí. Mientras venía hacia aquí. Buzón de voz.

—Quizá debas ir allí. Para asegurarte de que no está…, no sé.

Pero Barbara sí sabe. *Para asegurarse de que no está muerta*.

—Seguro que nos estamos preocupando sin razón, J. Puede que haya una explicación lógica para esto, y volverás a casa para nada.

—Comprueba en la oficina. Si la encuentras antes de que me suba al avión, infórmame.

Ella cuelga y corre escaleras abajo.

12

Mientras Barbara habla con su hermano en el apartamento vacío de Holly, Rodney Harris, en su porche, planea la carta que escribirá a *Gut*,

una importante publicación especializada en gastroenterología y hepatología. En el último número, Roddy ha leído un artículo de lo más absurdo, de George Hawkins, sobre la relación que afirma haber descubierto entre el píloro y la enfermedad de Crohn. Hawkins —¡médico, por increíble que parezca!— ha interpretado erróneamente los trabajos de Myron DeLong y… ese otro tipo cuyo nombre Roddy no recuerda en este momento. Por tanto, Hawkins se equivoca de medio a medio en sus conclusiones.

Roddy se echa a la boca una de sus bolas de elfina fritas, recreándose en la textura crujiente cuando mastica. *Lo aniquilaré con mi respuesta*, piensa, ufano.

Se acuerda de que tienen a una prisionera en el sótano. No recuerda su nombre, pero sí la expresión de horror en su cara cuando Em le ha contado cómo han logrado mantener a raya los peores estragos de la vejez. La idea de rebatir sus necios prejuicios uno por uno le complace casi tanto como escribir a *Gut* la carta con la que derribará el frágil castillo de naipes del profesor George Hawkins. Ha olvidado la orden de Emily de no acercarse al sótano. Incluso si la recordara, la descartaría por considerarla una tontería. ¡Por amor de Dios, esa mujer está en una *jaula*!

Se pone en pie y, mientras entra en la casa, se echa a la boca otra bola de elfina. Despejan la mente de una manera extraordinaria.

13

Holly se levanta entre crujidos mientras Harris desciende al sótano. Se pregunta si ha llegado el momento, si es así como termina. Él llega al pie de las escaleras y se queda ahí un instante. Abstraído en su propio universo. Aún lleva la bata y el pijama. Se saca algo marrón y redondo del bolsillo de la bata y se lo echa a la boca. Holly prefiere no pensar que es un trozo de la hija de Penny Dahl, pero sospecha que lo es. Mantiene cerrado el puño izquierdo, que aprieta y relaja al ritmo del dolor palpitante de la cabeza, hincándose las uñas, cortas, en la palma de la mano.

—¿Es eso lo que creo que es?

Él le dirige una sonrisa de complicidad, pero permanece en silencio.

—¿Son buenas para el dolor? Porque a mí me duele todo.

—Sí, tienen un efecto analgésico —dice Harris, y se echa otra a la boca—. Es asombroso. Varios papas conocían esos efectos benéficos. ¡El Vaticano lo mantiene en secreto, pero *hay constancia*!

—¿Podría…, podría darme una? —Aunque la idea de comerse un trozo de la hija de Penny Dahl le provoca tales náuseas que casi vomita, procura guardar una apariencia suplicante y esperanzada.

Él sonríe, se saca una de las bolitas marrones del bolsillo de la bata y

se encamina hacia ella. De pronto se detiene y mueve un dedo en dirección a Holly como un padre indulgente que ha sorprendido a su hijo de tres años dibujando con ceras en el papel pintado de la pared.

—Eh, eh, eh —dice—. Quizá mejor que no, señorita… ¿cómo se llamaba?

—Holly. Holly Gibney.

Roddy echa un vistazo a la escoba que utilizan para empujar la comida y el agua a través de la trampilla y a continuación niega con la cabeza. Hace ademán de meterse la bola marrón en el bolsillo y de pronto cambia de idea y se la echa a la boca.

—Si no quiere ayudarme, ¿para qué ha bajado, señor Harris?

—*Profesor* Harris.

—Perdone. Profesor. ¿Le apetece hablar?

Él se queda inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Holly de buena gana le retorcería ese pescuezo flaco, pero él sigue al pie de las escaleras, a unos siete u ocho metros. Ojalá tuviera los brazos tan largos.

Roddy se da media vuelta para subir de nuevo, pero de pronto recuerda la razón por la que ha bajado y se vuelve de nuevo hacia ella.

—Hablemos del hígado. El hígado humano una vez *activado*. ¿Le parece?

—De acuerdo. —Holly no sabe cómo incitarlo a acercarse, pero mientras él no se vaya arriba o su mujer, a quien en apariencia le funciona mejor el cerebro, baje, puede que se le ocurra algo—. ¿Cómo se activa un hígado, profesor?

—Comiendo *otro* hígado, naturalmente. —Le lanza una mirada con la que parece decir: ¿cómo se puede ser tan tonta?—. El hígado de ternera es lo mejor, pero sospecho que el hígado de cerdo sería casi igual de eficaz. Nunca lo hemos probado. Por los priones. Además, si no está roto…

—No lo arregles —completa Holly. La cabeza le martillea de tal modo que tiene la sensación de que le palpitan los globos oculares, y se muere de sed, pero le dirige su mejor sonrisa de alumna deseosa de aprender. Aprieta y relaja el puño, lo aprieta y lo relaja.

—¡Correcto! ¡Absolutamente correcto! Lo que no está roto no es necesario arreglarlo. ¡Es un axioma! Sospecho que el hígado *humano* sería el mejor de todos, pero, para alimentar a una persona con hígado humano fresco de otra persona, el problema es que…, obviamente…, es que… —Fija la mirada en el vacío con expresión ceñuda.

—Que necesitarían *dos* prisioneros —concluye Holly.

—¡Sí! *¡Sí!* ¡Evidente! ¡Es un axioma! Pero el hígado…, ¿qué estaba diciendo?

—Activado —apunta Holly—. Posiblemente… ¿preparado?

—Exacto. El hígado es el grial. El verdadero santo grial. Un *sacramento*. ¿Sabía que el hígado humano contiene los nueve aminoácidos esenciales? ¿Que es especialmente rico en lisina?

—La cual previene el herpes labial —dice Holly, que es propensa a padecerlo.

—¡Ese es el *menor* de sus atributos! —Harris levanta cada vez más la voz. Pronto alcanzará el tono estridente que alteraba a algunos de sus alumnos hasta tal punto que abandonaban sus clases—. ¡La lisina cura la *ansiedad*! ¡La lisina cura las *heridas*! ¡El hígado es un *cofre del tesoro* a rebosar de lisina! También revitaliza la glándula timo, que produce las células T. ¿Y en cuanto al covid? *¿El covid?* —Se echa a reír e incluso su risa es estridente—. Quienes tienen la fortuna de comer hígado humano, en particular hígado humano *activado*…, esos afortunados *se ríen* del covid, como mi mujer y yo. ¡Ah, y el hierro! El hígado humano es más rico en hierro que el hígado de ternera…, de oveja…, de cerdo…, de ciervo…, de marmota…, de cualquier animal. Hay más hierro en un hígado humano que en el hígado de una ballena azul, ¡y una ballena azul pesa *ciento sesenta y cinco toneladas*! El hierro previene la fatiga y mejora la circulación, *¡sobre todo en el CEREEEBRO!* —Roddy se toca la sien, donde le palpita un nódulo de pequeñas venas.

Holly piensa: *Estoy hablando con un auténtico científico loco*. Solo que en realidad no está hablando; está escuchando. Rodney Harris tampoco está impartiendo una clase. Ya no. Está vociferando a un público invisible de incrédulos.

—¡Unos gramos, unos SIMPLES GRAMOS, de hígado humano contienen el setecientos por ciento de TODAS LAS VITAMINAS necesarias para la formación de glóbulos rojos y para el METABOLISMO celular! ¡Mire mi piel, mi buena elfina, mírela!

Roddy se agarra una mejilla hueca y arrugada, y se la palpa como un dentista que se prepara para inyectar novocaína en la encía de un paciente.

—¡Tersa! ¡Tersa como el proverbial *CULITO DE UN BEBÉ*! *¡Y eso solo el HÍGADO!* —Se interrumpe para recobrar el aliento—. En cuanto al consumo de *tejido cerebral*…

—Una sarta de chorradas —dice Holly. Le ha salido espontáneamente. No tiene plan ni estrategia. Está harta, sin más. Ya no es capaz de seguirle la corriente.

Él la mira con los ojos desorbitados. Estaba hablando al público invisible, persuadiéndolo, y un estudiante imberbe sin más fundamento que las clases de biología de secundaria ha tenido la temeridad de poner en duda sus palabras.

—¿Cómo? ¿*Qué* ha dicho?

—He dicho «chorradas» —contesta Holly. Permanece sujeta a los barrotes con la mano derecha relajada y el puño izquierdo por encima del pecho derecho y, apretando la cara contra uno de los cuadrados, mira a Roddy fijamente. Su tendencia a no decir ordinarieces, adquirida en las faldas de su madre, también se ha esfumado—. Todo eso son gilipolleces propias de un charlatán de feria, a la altura de las pulseras

de cobre y los cristales mágicos. ¿Piel tersa? ¿Se ha mirado últimamente en el espejo, profesor? Está tan arrugado como una cama sin hacer.

—¡Cállese! —Un rubor rojo mate le tiñe las mejillas. La maraña de venas de la sien le palpita cada vez más rápido—. ¡Cállese, pedazo de…, de *papanatas*!

Van a matarme, pero antes de eso pienso decirle unas cuantas verdades básicas a este hombre.

—En cuanto a la mejora de las funciones cerebrales… sufre usted de alzhéimer, profesor, y no en la primera fase. No recuerda cómo me llamo y dentro de unos meses, quizá solo unas semanas, tampoco se acordará de su propio nombre.

—¡Cállese! ¡Cállese! ¡Es usted una bestia ignorante!

Roddy da un paso hacia ella. Es precisamente lo que esperaba Holly cuando le ha pedido que compartiera una de sus horripilantes bolas de carne marrones, pero ahora apenas se da cuenta. En su ira —contra él, contra su mujer, contra su desesperada situación actual— se ha olvidado hasta de la sed.

—Se *cree* que está mejor. Su mujer se cree que *ella* está mejor. Quizá durante un tiempo incluso estuvieron mejor. A veces pasa. No es usted el único que lee revistas científicas. A eso se lo llama…

—¡Basta! ¡Es mentira! ¡Es una *PUTA MENTIRA ASQUEROSA*!

Roddy no quiere que Holly diga lo que, como él sabe, quizá sea cierto, pero ella se propone decirlo. Cuando esté muerta, tendrá que callarse, pero todavía no está muerta.

14

Mientras Holly informa a Rodney Harris de que él no es el único que lee las revistas científicas, Emily entra en el edificio Frederick. Considera ridículo el uso de la mascarilla, pero ahora lleva una gustosamente, además de la gorra de Holly calada para que la visera le oculte los ojos. Se acerca al directorio del edificio y lo consulta. Finders Keepers está en la cuarta planta, que comparte con las oficinas de Furniture Imports, Inc., y David & Daughter, Forensic Accountants.

Emily entra en el ascensor y pulsa el 4. Cuando sale, se asegura de que no hay nadie en el rellano y, cojeando, va hasta la puerta con el rótulo FINDERS KEEPERS, AGENCIA DE INVESTIGACIÓN. Como lleva las llaves de Holly, se alegra de encontrar la puerta cerrada. Se deduce que no hay ninguna recepcionista de servicio. Si la hubiera habido, se habría hecho pasar por una anciana confusa, aduciendo que debía de haberse equivocado de planta y disculpándose. Empieza a examinar las llaves de Holly y prueba las que parece que podrían encajar con la esperanza de que nadie salga de Furniture Imports o David & Daughter para ir al baño.

La tercera llave encaja. Entra en una sala de espera. Se oye el leve

susurro del aire acondicionado. Comprueba el ordenador del pequeño escritorio, para ver si está solo en suspensión, pero no hay suerte. Abre la puerta de la derecha y se asoma a lo que debe de ser el despacho del socio, a juzgar por las páginas de prensa deportiva enmarcadas que cuelgan de la pared. La que lleva el titular CLEVELAND GANAN LA SERIE MUNDIAL (*mala sintaxis*, piensa) probablemente es real, pero no ¡LOS BROWNS GANAN LA SUPERBOWL!

El otro despacho es el de Gibney. Se acerca de inmediato al ordenador de Holly y pulsa una tecla al azar, esperando activarlo si está en suspensión. Este sí lo está, pero pide una contraseña para desvelar cualquier posible tesoro que contenga. Prueba varias, entre ellas «HollyGibney», «hollygibney», «FindersKeepers», «finderskeepers», «FandeLaurenBacall» y «contraseña». Ninguna sirve. Mira el escritorio, está limpio, ordenado y vacío salvo por un cuaderno. En la página superior hay unas flores garabateadas y unas cuantas anotaciones. Ve el nombre «Imani», que no le suena de nada, pero el «parque de caravanas Elm Grove» sí lo conoce; Emily fue allí a recoger cosas suficientes de la caravana de la zorra de Craslow para que diera la impresión de que se había marchado. Eso a Em no le gusta, pero lo que aparece debajo en mayúsculas le gusta aún menos: «BellRinger» y «J. Castro» y «2012».

¿Cómo puede haber averiguado tanto esa zorra?

Em arranca esa hoja y también la de debajo para más seguridad. Hace una bola con ellas y se las guarda en el bolsillo. Registra los cajones uno por uno con la esperanza de encontrar un informe escrito. No lo encuentra, y reconoce que incluso si lo encontrara no la tranquilizaría a menos que estuviera escrito a mano. Tampoco descubre ningún papel con la contraseña de Holly, y la invade una oleada de desesperación y rabia.

Deberíamos haber tenido un plan B aparte del cianuro, piensa. *¿Por qué no pensamos en eso?*

La respuesta parece evidente: porque son viejos, y los viejos no corren muy deprisa ni llegan muy lejos.

Tal vez no haya informe. Tal vez esa estúpida no estaba tan segura de sus conclusiones como para ponerlas por escrito o contárselas a alguien.

Emily decide que eso es lo mejor que cabe esperar. Volverá a casa. Roddy pegará un tiro a la zorra de Gibney como hizo con la zorra de Craslow. La pasarán por la Morbark, que pulverizará los huesos y licuará el resto, incluido ese hígado emponzoñado de nicotina. Luego saldrán al lago en el Marie Cather, donde pararán en la parte más profunda y echarán por la borda los restos de Holly Gibney en una bolsa de basura. Después de eso seguirán esperando lo mejor. ¿Qué otra opción tienen? El suicidio, claro, pero Emily todavía alberga la esperanza de no tener que llegar a eso.

Encuentra la caja fuerte empotrada, oculta tras el cuadro de una pradera de montaña, como era previsible. Prueba el tirador, sin esperar

nada, y eso es lo que ocurre: nada. Hace girar el disco de la combinación en un arranque de ira, vuelve a colgar el cuadro y apaga el ordenador. Decide que el cuaderno está un poco fuera de sitio y lo endereza. Luego, a medida que vuelve sobre sus pasos, limpia todo lo que ha tocado, empezando por el teclado. Termina por el pomo de la puerta de la oficina después de ponerse la mascarilla y echar un vistazo por la mirilla para cerciorarse de que no hay moros en la costa. A medio rellano, recuerda que se ha olvidado de volver a echar la llave. Retrocede y cierra. Luego borra de nuevo las huellas dactilares.

En el ascensor, se baja la visera de la gorra. Solo se encuentra con una persona en el vestíbulo. Con la cabeza agachada, no ve más que unos vaqueros y unas zapatillas cuando Barbara Robinson se cruza con ella de camino al ascensor. Es hora de volver a casa y atar al menos un preocupante cabo suelto.

Cuando empuja la puerta de la calle, una punzada de dolor especialmente brutal le traspasa la zona lumbar. Emily se queda inmóvil en la acera con la cara contraída en una mueca, esperando a que remita. Se le pasa, al menos un poco, y da gracias a Dios (quien por supuesto no existe) por el postre de elfina que se ha comido antes de salir de casa. Cruza Frederick Street hasta su coche, con una cojera más acusada que nunca.

La expresión que Holly dice a gritos a su marido en ese preciso momento acude a su mente y la rechaza.

15

—*SE LLAMA EFECTO PLACEBO, pedazo de idiota descere…*

Roddy corre hacia ella, ordenándole a gritos que se calle, diciendo que el efecto placebo no existe, que no es más que la manipulación de las estadísticas llevada a cabo por un hatajo de perezosos seudocientíficos…

Holly lo agarra en cuanto lo tiene a mano. Tampoco esta vez se lo piensa, sus actos no obedecen ni por asomo a un plan previo; sencillamente saca el brazo derecho a través de los barrotes y le rodea el cuello. Le duelen las costillas magulladas, pero en ese estado inducido por la adrenalina apenas lo nota.

Él trata de zafarse y casi lo consigue. Holly redobla sus esfuerzos y tira de él contra los barrotes. A Roddy se le resbala la bata y queda a la vista el ridículo pijama de camiones de bomberos.

—¡Suélteme! —Medio ahogado, casi en un balbuceo—. ¡Suélteme!

Holly recuerda lo que tiene en la mano izquierda. Lo que ha estado apretando con tal fuerza que se le ha clavado en la palma. Es un pendiente triangular, la pareja del que encontró entre la maleza junto al taller mecánico abandonado. Pasa la mano a través de los barrotes y,

sujetando con firmeza el pendiente entre el pulgar y el índice, hinca uno de los tres ángulos dorados en la descarnada garganta de Harris y traza un semicírculo desde un lado de la mandíbula hasta el otro. No espera nada, lo hace sin más. En la mayor parte de ese semicírculo de veinticinco centímetros, el vértice apenas penetra en la piel; el corte de una hoja de papel podría ser más profundo y sacar más sangre. En algún punto el pendiente se prende en un tendón abultado y se hunde más. Roddy colabora con sus sacudidas de cabeza a un lado en el empeño de apartarse de aquello que lo hiere. El pendiente le cercena la yugular, y un chorro de sangre caliente salpica a Holly en la cara, y después otro, impulsado por los latidos del corazón de Harris. Le entra en los ojos, que le arden.

Roddy, con un movimiento convulso, se zafa. Tambaleante, va hacia las escaleras con la espalda de la bata caída casi hasta la cintura y el resto a rastras por el suelo. Se lleva la mano al cuello. La sangre brota a borbotones entre sus dedos. Topa con la escoba allí apoyada y tropieza. Se golpea la cabeza con la barandilla de las escaleras y se desploma de rodillas. La sangre sigue manando, pero ya más débilmente. Con ayuda de la barandilla, se pone en pie y se vuelve hacia ella. Tiene los ojos desorbitados. Alarga el brazo y emite un sonido gutural que podría ser cualquier cosa, pero Holly cree que acaso sea el nombre de su mujer. La bata se le desprende del todo. Parece, piensa Holly, una serpiente que muda la piel. Agitando los brazos, da dos pasos hacia ella y cae de bruces. La parte delantera de su cráneo choca contra el hormigón. Le tiemblan los dedos. Intenta levantar la cabeza y no puede. Hilos de sangre corren por el hormigón.

Holly permanece paralizada por la conmoción y el asombro. Aún asoma los brazos a través de dos de los cuadrados que forman los barrotes entrecruzados. Todavía sostiene el pendiente en la mano izquierda, que ahora parece cubierta por un guante rojo y húmedo. Al principio solo acude a su mente la pregunta de Lady Macbeth: «¿Quién hubiera pensado que el viejo tenía tanta sangre dentro?».

A continuación aflora otra: *¿Dónde está su mujer?*

Da un paso atrás, luego dos, luego trastrabilla y cae sentada en el futón. Lanza un grito de dolor a causa de las costillas maltratadas y magulladas. Se le cae el pendiente de la mano.

Espera a Emily.

16

Barbara apenas mira a la mujer con la que se cruza en el vestíbulo del edificio Frederick. Está pensando en *Deducción, por favor*, una serie de libros infantiles de detectives que leía Jerome de niño y que ella heredó. No sabe si la fascinación de ambos, ella y J, por la profesión de Holly

(especialmente la de él) tuvo su origen en esos libros, pero bien podría ser.

Cada tomo de *Deducción, por favor* contenía treinta o cuarenta relatos de misterio, de dos o tres páginas cada uno. Los protagonizaba un sabueso cuyo inverosímil nombre era Dutch Catalejo. Dutch llegaba al lugar del crimen, observaba, hablaba con unas cuantas personas y después resolvía el misterio (a menudo un robo, a veces un incendio provocado o un golpe seco en la cabeza, nunca un asesinato). Dutch siempre concluía con las mismas palabras: «¡He ahí todas las pistas! ¡La solución está a vuestro alcance! ¿Deducción, por favor?». Jerome a veces era capaz de resolver los casos, Barbara casi nunca… pese a que, cuando iba al final del libro y leía el resumen del caso, siempre le parecía evidente.

Mientras sube en el ascensor, piensa en las desapariciones que ha estado investigando Holly como en aquellos minirrelatos de misterio que ella intentaba resolver cuando tenía nueve o diez años. Son más complicadas, más siniestras, pero en esencia lo mismo. *He ahí todas las pistas, la solución está a vuestro alcance.* Barbara casi cree que es verdad. Desearía poder acudir al final del libro y leer la solución, pero aquí no hay libro. Solo tiene a su amiga desaparecida.

Recorre el rellano y abre la puerta de Finders Keepers con su llave.

—¿Holly?

Nadie responde, pero Barbara tiene la extrañísima sensación de que hay alguien o lo ha habido hace no mucho. No es un olor, sino solo la sensación de que el aire se ha agitado recientemente.

—¿Hay alguien?

Nada. Echa un vistazo rápido al despacho de Pete. Incluso mira en el armario de los abrigos. A continuación se acerca a la puerta del despacho de Holly. Se detiene un momento, con la mano en el pomo, por miedo a encontrar a Holly muerta en su silla con los ojos abiertos y vidriosos. Se obliga a abrir, diciéndose que no verá allí a Holly pero si la ve no debe gritar.

Holly no está, y sin embargo la sensación de una presencia reciente persiste. Mira el escritorio de Holly y ve solo un cuaderno, el que utiliza para garabatear, tomar notas o las dos cosas. Está bien centrado, y eso es muy propio de Holly. Barbara pulsa una tecla del ordenador y frunce el ceño al ver que no ocurre nada. Holly casi nunca apaga el ordenador, siempre lo deja en modo suspensión. Sostiene que le molesta la menor espera en el arranque.

Barbara lo enciende, y cuando aparece la pantalla de inicio, busca en la aplicación de notas del móvil la contraseña que permite acceder a todos los ordenadores de la oficina: «Qxtt4#%ck». La introduce. No ocurre nada, excepto la rápida y molesta sacudida de la imagen, que significa que el Mac ha rechazado la contraseña. Prueba de nuevo por si se ha equivocado al introducirla. Idéntico resultado. Frunce el ceño de

nuevo y, acto seguido, suelta una breve risotada de exasperación al caer en la cuenta. La contraseña cambia automáticamente cada seis meses, una función de seguridad que implica que Qxtt4#%ck quedó obsoleta el día 1 de julio. Holly se ha olvidado de darle la nueva, y Barbara —ocupada con sus propios asuntos— no se la ha pedido. Puede que Jerome la tenga, pero Barbara supone que no. También él ha estado ocupado con sus propios asuntos.

¿Deducción, por favor?

Barbara no tiene ninguna. Se levanta, se dispone a marcharse y de pronto, casi en un antojo, retira la reproducción de un paisaje de Turner colgado en la pared. Detrás está la caja fuerte de la agencia. Y aunque está cerrada, Barbara advierte un detalle que aumenta su inquietud. Cuando Holly abre la caja fuerte, siempre deja el disco de la combinación en cero. Es una de sus pequeñas compulsiones. Pete no se molestaría si abriera la caja, pero Pete lleva ausente casi todo el mes.

Prueba el tirador. Cerrado. No conoce la combinación, así que no puede comprobar si se han llevado algo. Lo único que puede hacer es poner el disco a cero, colgar de nuevo el cuadro y llamar a su hermano.

17

Emily aparca en el camino de acceso y sale de la Subaru un poco demasiado deprisa. Otra punzada de dolor le atraviesa la espalda. Cada vez le cuesta más creer que están conteniendo la marea de la senescencia, lo que consideraban artículo de fe desde que cenaron la carne de Jorge Castro.

No fe, insiste ella. *Ciencia. Se basa en la ciencia. Son solo espasmos nerviosos provocados por la tensión. Se me pasarán, y entonces seguiré recuperándome.*

Sube por los peldaños de la entrada presionándose la zona lumbar en la base de la columna con las palmas de las manos. Roddy ya no está en el porche; solo quedan una taza de café medio vacía y su cuaderno. Observa el papel y, angustiada, ve que su caligrafía, antes pulcra, empieza a ser dispersa y vacilante. Tampoco ha seguido los renglones de la hoja. Las frases suben y bajan como si las hubiera escrito en el Marie Cather en medio de un intenso oleaje.

Espera encontrarlo en el salón o en el despacho de la planta baja, pero no está, y cuando entra en la cocina, ve abierta la puerta del sótano. Emily siente un vuelco en el estómago. Se acerca a la puerta.

—¿Roddy?

Es la mujer quien contesta. Esa miserable fisgona.

—Está aquí, profesora, y creo que ha impartido su última clase.

Jerome dice a Barbara que finalmente no viajará en avión a casa. Había un vuelo previsto para las 12.40, pero, cuando ha llamado para reservar el pasaje, le han dicho que se ha cancelado a causa del covid. El piloto y tres miembros de la tripulación han dado positivo.

—Voy a intentar alquilar un coche. Son algo menos de ochocientos kilómetros. Puedo estar en casa a las doce de esta noche. Antes, si no hay mucho tráfico.

—¿Seguro que tienes edad para alquilar un coche? —Barbara espera que así sea. Quiere tenerlo a su lado, lo necesita de forma desesperada.

—Según mi cumpleaños de hace dos meses, sí. Puede que incluso me hagan descuento con el carnet del Gremio de Autores. De locos, ¿no?

—¿Quieres saber qué es realmente de locos? Creo que ha entrado alguien en la oficina. Estoy aquí ahora. —Le cuenta que ha tenido que encender el ordenador en lugar de activarlo con solo pulsar una tecla y que el disco de la combinación estaba en setenta y tantos en lugar de cero—. ¿Tienes su contraseña? ¿La nueva desde principios de mes?

—Caray, no. Ni siquiera he estado allí. Por el libro, ya sabes.

Barbara lo sabe.

—Podría haber apagado ella el ordenador…, vengo diciéndole que consumen energía incluso cuando están en suspensión…, pero ¿olvidarse de dejar el disco a cero? Ya conoces a Holly.

—Pero ¿por qué habría de ir alguien ahí? —pregunta Jerome. Después contesta él mismo—: Puede que a alguien le preocupe lo que ha averiguado. Quiere saber si ha redactado un informe o ha hablado con su cliente. Barb, tienes que telefonear a la tal Dahl. Dile que se ande con cuidado.

—No sé su núm… —Barbara se acuerda del mensaje que le ha dejado Penny Dahl. Tendrá su número entre los contactos—. Déjalo, sí lo tengo. Estoy más preocupada por Holly que por la madre de Bonnie Dahl.

—En eso estoy contigo, hermana. ¿Y la policía? ¿Isabelle Jaynes?

—¿Y qué voy a decirles? ¿Que Holly ha aparcado el coche en la plaza equivocada, que la rueda pisa la línea amarilla y que se ha olvidado de dejar en cero el disco de la caja fuerte empotrada, así que hay que avisar a la Guardia Nacional?

—Ya. Ya, entiendo. Pero Izzy es más o menos una amiga. ¿Quieres que la llame yo?

—No, ya me encargo yo. Pero antes cuéntame todo lo que sepas sobre el caso.

—Ya te…

—Sí, pero yo estaba sumida en mis propios rollos, así que cuéntamelo otra vez. Porque tengo la sensación de que casi lo sé. Sencillamente no puedo…, estoy tan nerviosa…, tú repítemelo. Por favor.

Él se lo cuenta.

19

Emily baja la mitad de las escaleras y se detiene al ver a su marido tendido boca abajo en un charco de sangre cada vez más amplio.

—¿Qué ha pasado? —grita—. ¿Qué ha pasado?

—Le he cortado el cuello —dice Holly. Está de pie contra la pared de cemento al fondo de la celda, junto al váter. Siente una serenidad extraordinaria—. ¿Quiere oír un chiste que se me ha ocurrido?

Emily baja apresuradamente los últimos seis u ocho escalones. Un error. Tropieza en el último y pierde el equilibrio. Extiende las manos para frenar la caída, y Holly oye el chasquido de un hueso al fracturarse el brazo izquierdo, viejo y frágil. Esta vez Emily deja escapar un chillido más que un grito, no de horror, sino de dolor. Se arrastra hasta Roddy y le vuelve la cabeza. La sangre derramada del corte en la garganta ha empezado a coagularse, y se oye un sonido viscoso de desgarrón al despegarse la mejilla del suelo.

—Una nueva millonaria entra en un bar y pide un mai tai…

—¿Qué has hecho? ¿QUÉ LE HAS HECHO A RODDY?

—¿Es que no me escuchas? Le he cortado el puñetero cuello. —Holly se agacha y recoge el pendiente dorado—. Con esto. Era de Bonnie. Si alguna vez ha habido una venganza desde la tumba, diría que es esta.

Emily se levanta… demasiado deprisa. Esta vez no es un grito ni un chillido, sino un alarido de sufrimiento al quejársele la espalda. Y el brazo izquierdo le cuelga torcido.

Roto por el codo, piensa Holly. *Bien.*

—¡Ay, *Dios mío*! ¡Ay, *Dios bendito*! ¡QUÉ DOLOR!

—Ojalá te hubieras partido ese cráneo de loca malvada —dice Holly. Levanta el pendiente, que destella bajo los fluorescentes—. Venga aquí, profesora. Permítame acabar con sus padecimientos, que parecen considerables. Quizá aún no sea tarde para alcanzar a su marido de camino al infierno.

Emily permanece encorvada, como una bruja. El cabello, arreglado esta mañana en un cuidado moño, ha empezado a soltársele y le cuelga en torno a la cara. Holly piensa que se suma a la imagen general de bruja. Se pregunta si la serenidad que siente es síntoma de que ha perdido el juicio. Cree que no, porque ve una cosa con toda claridad: si Emily Harris consigue regresar a la planta de arriba —y volver a bajar—, Holly morirá.

Al menos me he cargado a uno, piensa, y luego acude a su memoria el recuerdo de Bogart al decir: «Siempre nos quedará París».

Emily, arrastrando los pies, se encamina con pasos cortos hacia las escaleras. Se agarra a la barandilla. Mira atrás una vez, no a Holly, sino a su marido, muerto en el suelo. Después —muy despacio, tirando de sí

hacia arriba— empieza a subir. Respira con inhalaciones roncas.

Holly la llama.

—Una nueva millonaria entra en un bar y pide un mai tai. ¡Cáete y rómpete el cuello, zorra, *cáete*!

Pero Emily no se cae.

20

Barbara piensa que, después de todo, sí es posible que haya una solución al misterio de la desaparición de Holly al final del libro. Siempre y cuando, claro, se considere a Penny Dahl el final del libro. Junto al aparcamiento del edificio Frederick, pegado al poste de la farola, ve un anuncio de MUJER DESAPARECIDA. Está descolorido después de tres semanas a la intemperie y aletea movido por la brisa caliente de media mañana, pero Barbara distingue aún el rostro sonriente de la chica.

Muerta, piensa. *Esa chica está muerta. Dios mío, te lo ruego, que Holly no esté también muerta.*

Marca el número de Penny Dahl. Mientras suena el teléfono, contempla la foto de la mujer rubia que sonríe en el póster. No mucho mayor que la propia Barbara.

Conteste, señora Dahl. Conteste el maldito teléfono.

Penny contesta, falta de aliento.

—¿Sí?

—Soy Barbara Robinson, señora Dahl.

—¿Ha recibido mi mensaje? ¿La ha encontrado? ¿Está bien?

Barbara no sabe si habla de Bonnie o de Holly. En cualquier caso, la respuesta es la misma.

—Sigue desaparecida. Sé que usted y Holly tenían que hablar anoche. ¿Le ha enviado un informe? ¿Ha comprobado su correo electrónico?

—Sí, y no había nada.

—¿Puede comprobarlo otra vez?

Penny Dahl le dice que espere. Entretanto, Barbara continúa mirando la foto de la hija desaparecida de la mujer. Rubia, con el aspecto de animadora típicamente americana. El sueño de todos los chicos blancos. Aguarda. El sudor le resbala por las mejillas. Una y otra vez recuerda el disco de la combinación. *Perdón, número equivocado*, piensa.

Penny vuelve al teléfono.

—No. Nada.

Por tanto, si hay un informe, debe de estar guardado en el sistema informático de Finders Keepers. Barbara da las gracias a Penny y llama a Pete Huntley. Contesta él mismo, después de aleccionar a su hija para que le devuelva la custodia de su móvil.

—Pete, soy Barbara, y antes de que me lo preguntes, aún no ha aparecido.

Le cuenta lo del aparcamiento impropio de Holly en su edificio y el extraño detalle del disco de la combinación. Luego le hace la gran pregunta: ¿tiene la contraseña de los ordenadores de la empresa, que se actualizó automáticamente el día 1 de julio?

Barbara tiene que esperar a que se le pase un ataque de tos antes de contestar.

—Demonios, no. Es Holly quien se ocupa de todo eso.

—¿*Seguro* que no te la dio?

—Sí. Si me la hubiera dado, la habría anotado. Y, antes de que me lo preguntes, tampoco tengo la combinación de la caja fuerte. Me la dio hace unos meses, y la anoté, pero perdí el papel. En cualquier caso, nunca la uso. Lo siento, chica.

Barbara siente decepción pero no sorpresa. Le da las gracias, corta la comunicación y permanece ahí de pie con la mirada fija en la rubia sonriente del anuncio de DESAPARECIDA. El calor se ha impuesto a su antitranspirante y ahora el sudor le mana en hilillos de las axilas. En todo caso, duda que haya una copia en papel en la caja fuerte. Holly insiste mucho en la conveniencia de guardarlo todo en «la caja» —que es como llama a su ordenador— hasta asegurarse de que el caso está cerrado. Le horroriza tener que reimprimir el texto después de introducir cambios o añadir algo; es otra de sus manías. Si redactó un informe y lo subió a la nube, allí va a quedarse hasta que un técnico informático —uno muy competente— logre acceder a los ordenadores de Finders Keepers, y para entonces puede que ya sea tarde. *Probablemente* será tarde.

Jerome ha dicho que debía telefonear a Isabelle Jaynes y Barbara se ha ofrecido a hacerlo, pero ¿con qué fin? Holly lleva menos de veinticuatro horas desaparecida. En su apartamento y en su oficina no hay sangre ni indicios de forcejeo. Ni siquiera puede pedir a Izzy que emita un comunicado de alerta con los datos del coche de Holly, porque este está en el aparcamiento de su edificio. Solo que aparcado en la plaza que no le corresponde, y eso es algo que la gente hace continuamente.

No Holly. Ella no lo haría.

Barbara decide irse a casa. Sus padres no estarán, y no quiere alarmarlos con esto antes de que vuelvan del trabajo. Lo que quiere es a Jerome y, cuando llega a casa, le llama. El mensaje que salta informa de que no puede contestar porque está conduciendo. Barbara se dice que es buena noticia, pero no la reconforta. Nada la reconforta.

21

A lo mejor se desploma en lo alto de las escaleras, piensa Holly. *El brazo roto, el dolor de espalda…, podría pasar.* Aunque no cree que vaya a

pasar.

Aguarda, y justo cuando empieza a abrigar esperanzas, aparece un zapato. Luego otro. Después el dobladillo de la falda de esa loca. Baja despacio, peldaño a peldaño, jadeando y agarrándose bien a la barandilla con la mano derecha. La izquierda le cuelga. Está tan pálida que su cara podría ser la de un cadáver. Bajo la cinturilla de la falda, lleva un arma. Aunque Holly solo ve la culata, reconocería esa arma en cualquier sitio. Emily tiene la intención de matarla con el revólver del calibre 38 de Bill Hodges.

—Zorra —dice Emily con voz ronca. Ha llegado al pie de las escaleras —. Lo has echado todo a perder por fisgonear.

—Se había echado a perder mucho antes de que yo entrara en escena. —Holly retrocede despacio hasta que ya no puede ir más atrás. Incluso levanta las manos, aunque de poco va a servirle—. Fue el efecto placebo desde el principio, Emily. Las expectativas favorecen la química del cuerpo. Soy un poco hipocondriaca, y por eso lo sé. Y he visto las cifras. Los científicos conocen el efecto placebo desde hace años. Estoy segura de que tu marido, en el fondo de su alma, también lo sabía.

Si Holly espera provocar en ella la clase de ira que ha inducido a su marido a actuar con tal precipitación, se ve defraudada. Si espera que Emily se dispare en el estómago al sacar el 38 de la cinturilla, se ve igualmente defraudada. A decir verdad, Holly no es consciente de nada de eso, pero sus sentidos permanecen en un intenso —casi sobrenatural — estado de alerta. Lo ve todo, lo oye todo, incluso el ligero estertor en la garganta de Emily Harris cada vez que toma aire con la respiración acelerada. Holly se pregunta si todo el mundo, al menos aquellos que ven que se acerca la muerte, experimentan esa concentración extrema, el último esfuerzo del cerebro por asimilarlo todo antes de que todo le sea arrebatado.

Emily mira a su marido.

—¡Qué lástima, pobre Roddy! —dice—. Lo conocía bien.

—Escúchate —dice Holly con la espalda contra la pared y las manos extendidas sobre el hormigón—. Una caníbal citando a Shakespeare. Eso merece constar en el *Libro Guinness de*…

—Cállate. ¡Cállate!

Holly no tiene intención de callarse. Ha sido sumisa gran parte de su vida. Su madre: «Habla cuando te hablen». El tío Henry: «Los niños deben verse pero no oírse». Pues que se chinchen. No, que se *jodan*. En cuestión de segundos esa mujer va a obligarla a callar para siempre, pero Holly, como ha hecho antes con Roddy, primero dirá lo que tiene que decir.

—He intentado contarte un chiste que se me ha ocurrido. Una nueva millonaria entra en un bar y…

—¡Cállate!

Emily levanta el arma y dispara. Pese a ser un revólver de un calibre

relativamente pequeño, la detonación es ensordecedora dentro del sótano. Salta una chispa de uno de los barrotes soldados (es una soldadura doméstica; Roddy debió de encontrar un vídeo en YouTube y siguió las instrucciones con excelentes resultados). Holly ve que se eleva una esquirla de la pared de cemento por encima del váter de plástico azul. Piensa: *Ni siquiera he tenido tiempo de agacharme*.

—… y pide un mai…

—¡Cállate!

Holly, arrimada a la pared, se desliza hacia la izquierda justo cuando Emily dispara de nuevo. Esta vez no hay chispa; la bala pasa por uno de los cuadrados y abre un boquete del tamaño de un centavo en el hormigón donde Holly se hallaba hace un segundo. El arma oscila en la mano de Emily, y Holly piensa: *Es zurda, y ese es el brazo que se ha roto. Está disparando con la mano menos hábil.*

—Y pide un mai tai. ¿Me sigues por el momento? Es bastante bueno, o al menos eso creo. El camarero se va a prepararlo y la mujer oye una voz que dice: «¡Enhorabuena, Holly! Te mereces…».

Emily avanza, con la intención de acercarse, pero se le engancha un pie en la bata de Roddy y cae otra vez. Hinca una rodilla en el trasero del difunto profesor. La otra topa contra el hormigón. Se dobla por la cintura, grita de dolor y el arma se le dispara. Esa bala penetra en la cabeza de Roddy, por detrás. En todo caso él no siente nada.

Quédate así, piensa Holly. *Quédate así. ¡QUÉDATE ASÍ!*

Pero Emily se levanta, aunque no consigue erguirse del todo y grita de dolor. Holly ya no piensa que parezca una bruja; ahora parece el Jorobado de Notre Dame. Se le salen los ojos de las órbitas. Tiene boceras blancas en las comisuras de los labios, y Holly no quiere ni pensar qué puede haber comido esa mujer, diciéndose que necesitaba hacer acopio de fuerzas, antes de volver a bajar para liquidar a Holly con el arma de su mentor. Que ahora levanta.

—Adelante —dice Holly—. Demuéstrame lo que eres capaz de hacer.

Sintiéndose tan frágil como una de las figuritas de porcelana de su madre, se desplaza a la izquierda por la pared y al mismo tiempo se agacha. Esta vez se mueve algo tarde, y Emily tiene algo de suerte. Holly siente quemazón en el brazo derecho por encima del codo. Ella también conoce a Shakespeare, y se acuerda de *Hamlet*: «Un punto, un punto muy claro». Pero solo la ha rozado. No le duele mucho, al menos de momento.

—Y esa voz dice: «¡Enhorabuena, Holly! Te mereces hasta el último puñetero centavo de ese dinero». Pero, cuando mira alrededor, no hay nadie. Entonces oye decir a una voz al *otro* lado…

—¡Cállate, cállate, *CÁLLATE*!

Justo antes de que Emily dispare otra vez, Holly se arrodilla. Oye el zumbido de la bala por encima de la cabeza, lo bastante cerca para marcarle la raya del pelo. Que ella sepa, puede que se le haya *marcado*.

—Lo siento, profesora —dice Holly mientras se pone en pie—. Los revólveres solo sirven a distancias cortas. —Nota que la sangre le empapa la manga de la camiseta. Está caliente, y ese calor le gusta. El calor es vida—. Además, estás disparando con la mano mala. Acabemos con esto. Te lo pondré fácil. Solo tienes que dejarme acabar el chiste.

Se acerca a la parte delantera de la celda y apoya la cara contra la cuadrícula de la reja. Siente el frío de los barrotes en las mejillas.

—Y esa *otra* voz dice: «Esta noche estás especialmente guapa, Holly». ¡Pero, cuando ella mira, tampoco hay nadie! El camarero vuelve con la bebida, y…

Emily avanza tambaleante. Coloca el cañón corto del revólver de Bill en la frente de Holly y aprieta el gatillo. Se oye un chasquido seco cuando el percutor choca contra la recámara que Holly ha dejado vacía, tal como Bill le enseñó…, porque los revólveres, a diferencia de la Glock, que era su arma reglamentaria, no tienen seguro.

Cuando Emily apenas ha tenido tiempo para manifestar sorpresa, Holly saca las manos a través de los barrotes, le agarra la cabeza y se la gira a la izquierda con todas sus fuerzas. Antes ha oído un chasquido al rompérsele el brazo a la vieja. Lo que oye ahora es un *crac* amortiguado. A Emily le fallan las rodillas. Cuando se desploma, su cabeza escapa de entre las manos de Holly. A esta no le quedan más que unos cabellos grises en la mano izquierda. Le producen una sensación desagradable, como si fueran telarañas, y se los limpia en la camiseta. Se oye tomar aire a grandes bocanadas, y el mundo flota e intenta alejarse de ella. No puede permitir que eso ocurra, así que se abofetea la cara. Le brota sangre del brazo herido. Las gotas salpican los barrotes de la jaula.

Emily ha quedado doblada en una especie de sentadilla, con las piernas por debajo del cuerpo pero torcidas hacia fuera de rodilla para abajo. Tiene la cara apoyada en la reja y la nariz levantada, como un hocico de cerdo, por la presión de uno de los barrotes. Al igual que las piernas, sus ojos abiertos parecen mirar en direcciones distintas. Holly se arrodilla. Levanta la trampilla y coge el arma. Está descargada pero aún puede ser útil. Si Emily sigue viva (Holly lo duda), si hace el menor movimiento, Holly se propone partirle la puñetera cabeza.

No se mueve. Holly cuenta hasta sesenta. Aún de rodillas, pasa la mano por uno de los cuadrados inferiores y palpa un lado del cuello de Emily con los dedos. La flacidez con que la cabeza de la mujer rueda sobre el hombro indica a Holly lo que necesita saber (lo que ya sabía), pero mantiene ahí los dedos mientras cuenta otra vez hasta sesenta. No percibe nada. Ni siquiera los últimos latidos erráticos de un corazón moribundo.

Holly se levanta, respirando aún a grandes bocanadas, pero no se tiene en pie. Se deja caer pesadamente en el futón. Está viva. No puede creerlo. Lo cree. El dolor de las costillas la convence. El escozor del brazo la convence. Y la sed la convence. Tiene la sensación de que

podría beberse los cinco Grandes Lagos enteros.

Están los dos muertos. Ha degollado a uno, le ha roto el cuello a la otra. Y ahí está ella, sentada en una jaula cuya existencia nadie conoce. Al final vendrá alguien, pero ¿cuánto tiempo pasará hasta entonces? ¿Y cuánto tiempo puede resistir un ser humano sin agua? No lo sabe. Ni siquiera recuerda cuándo bebió por última vez.

Se sube la manga de la camiseta y silba de dolor cuando la tela pasa por encima de la herida. Ve que, de hecho, ha sido un poco más que un rasguño. Tiene la piel abierta a cinco centímetros por encima del codo derecho, y se ve la carne del brazo. El hueso no es visible, y supone que eso es buena señal, pero la herida sangra copiosamente. Sabe que la pérdida de sangre pronto agravará la sed, que ya es atroz y pronto será…, ¿qué? ¿Qué sigue a atroz? No se le ocurre la palabra, del mismo modo que ignora cuántos días puede pasar una persona sin agua.

Los he matado a los dos desde dentro de esta jaula. Eso sí debería salir en el Libro Guinness de los Récords.

Holly se quita la camiseta. Es un proceso lento, y doloroso, pero al final lo consigue. Se la enrolla en torno a la herida de bala —otro proceso lento— y la anuda con los dientes. Luego se apoya en la pared de cemento y se dispone a esperar.

—Una nueva millonaria entra un bar —dice con voz ronca— y pide un mai tai. Mientras el camarero se lo prepara, oye que alguien dice: «Te mereces ese dinero, Holly. Hasta el último puñetero centavo». Mira, y no hay nadie. Entonces oye una voz al *otro* lado que dice: «Los has matado a los dos desde dentro de la jaula; sales en el *Libro Guinness de los Récords*, así se hace, eres un hacha».

¿Se ha movido Emily? Seguramente no. Seguramente son imaginaciones suyas. Holly sabe que debería callarse, que hablar agudizará la sed, pero necesita acabar el puñetero chiste, pese a que su único público son dos viejos muertos.

—El camarero vuelve, y ella dice: «No hago más que oír voces que dicen cosas agradables, ¿cómo es eso?». Y el camarero dice…, dice…

Se desmaya.

22

Mientras Holly pierde el conocimiento (y, para colmo, justo antes del desenlace del chiste), Barbara está en casa, en el despacho que ahora es de Jerome. Examina el plano impreso de MapQuest con los puntos rojos que marcan las distintas desapariciones. Que ahora incluye el que ella misma añadió para señalar la de Jorge Castro, desaparecido en otoño de 2012. Barbara puso ese punto en Ridge Road, frente a la casa de Olivia. «¿Te conté que lo vi poco antes de que desapareciera?», dijo Olivia. «Corriendo. Siempre corría de noche, iba hasta el parque y volvía.

Incluso bajo la lluvia, y aquella noche llovía». Y algo más: «Desde luego no volví a verlo nunca».

Barbara dibuja una ruta desde el campus del Bell College por Ridge Road hasta el parque. Hasta la zona de juegos del parque. ¿Y si fue allí? Hay un aparcamiento, y si había una furgoneta, como la de las imágenes de Bonnie registradas por la cámara de seguridad de la tienda…

Algo la inquieta. ¿Algo sobre la furgoneta? ¿Sobre Ridge Road? ¿Sobre lo uno y lo otro? No lo sabe, aunque está segura de que Dutch Catalejo lo sabría.

Le suena el móvil. Es Jerome. Le pide que lo ponga al corriente. Ella le habla de las llamadas que ha hecho y de la que no ha hecho, a Izzy Jaynes. Él opina que probablemente ha sido una buena decisión saltarse esa. Dice que está avanzando deprisa, ya va por Nueva Jersey, pero no quiere superar el límite de velocidad en más de diez kilómetros por hora. Barbara no necesita preguntarle por qué; es un negro al volante. Ni siquiera quiere arriesgarse a hablar por el móvil mientras está en la carretera. Ha parado en un área de descanso para llamarla y quiere reanudar la marcha.

Antes de que Jerome corte la comunicación, Barbara expresa atropelladamente su mayor temor.

—¿Y si ha muerto, J?

Se produce un silencio. Barbara oye el tráfico de la autopista. Al final él dice:

—No ha muerto. Si fuera así, yo lo percibiría. Tengo que dejarte, Ba. Estaré en casa antes de las once.

—Voy a tenderme —dice Barbara—. Quizá se me ocurra algo. Tengo la sensación de que sé más de lo que creo saber. ¿Alguna vez has tenido esa sensación?

—Muy a menudo.

Barbara entra en su habitación y se tumba en la cama. No espera dormir, pero quizá se le despeje la cabeza. Cierra los ojos. Piensa en Olivia y las muchas anécdotas de Olivia. Recuerda haber preguntado a la vieja poeta por su famosa foto con Bogart delante de la Fontana de Trevi. En particular, por su sonrisa con los ojos muy abiertos, casi de perplejidad. Y la respuesta de Olivia: «Si se me veía perpleja es porque él me estaba tocando el culo».

Barbara se duerme.

23

Holly está en el solárium del centro de cuidados para la tercera edad Rolling Hills. Está vacío salvo por su madre y su tío. Sentados a una de las mesas, ven una partida de bolos en el televisor de pantalla grande y beben té helado en vasos altos.

—¿Puedo tomar un poco? —pregunta Holly con voz ronca—. Tengo sed.

Ellos se vuelven. La saludan con esos vasos altos y beben. Los vasos, perlados de condensación, tienen rodajas de limón prendidas en el borde. Holly piensa que desearía sacar la lengua para lamer esas pequeñas gotas de condensación de los lados de los vasos. Las lamería hasta lo alto, succionaría las rodajas de limón y después apuraría los dos vasos.

—No podías manejar tanto dinero —dice el tío Henry, y toma un sorbo—. Lo hicimos por tu bien.

—Eres frágil —añade Charlotte, y toma a su vez un sorbo.

¡Con qué delicadeza! ¿Cómo es posible que no se lo beba a tragos? Holly podría beberse a tragos los dos vasos, si se los dieran.

Charlotte tiende el suyo hacia Holly.

—Puedes tomártelo.

El tío Henry le tiende el suyo.

—Este también.

Y juntos entonan como niños:

—En cuanto accedas a acabar con esas estupideces peligrosas y vuelvas a casa.

Holly sale a zarpazos del sueño. La realidad es la jaula en el sótano de los Harris. Todavía le duelen las costillas, y en la herida del brazo tiene la misma sensación que si se la hubieran empapado en líquido de encendedor y le hubieran prendido fuego, pero esos dolores están subordinados a la sed, que es implacable. Al menos parece que la brecha del balazo ya no sangra; lo que se ve en el vendaje improvisado es marrón y rojo. Piensa que, cuando haya que separar la camiseta de la herida, le dolerá mucho, pero ahora no tiene que preocuparse por eso.

Se pone de pie y se acerca a los barrotes. El cadáver de Rodney Harris yace cerca de las escaleras. Emily ha abandonado su desmadejada sentadilla final y yace de costado. Debe de haber dejado abierta la puerta que da a la cocina, porque un enjambre de moscas saborea la sangre derramada de Roddy. Hay mucha que saborear.

Holly piensa: *Vendería el alma por un vaso de cerveza… y ni siquiera me gusta la cerveza*.

Recuerda cómo terminaba el sueño, con aquella cancioncilla infantil: «En cuanto accedas a acabar con esas estupideces peligrosas y vuelvas a casa».

Se dice que alguien vendrá. Alguien *tiene* que venir. La cuestión es en qué estado se encontrará ella cuando llegue ese momento.

O si de hecho seguirá viva. Pero ni siquiera ahora, dolorida por todas partes, con dos cadáveres fuera de la jaula en la que está encerrada, muerta de sed…

—No lamento nada —dice con voz ronca—. *Nada.*

Bueno, una cosa sí. Esconderse detrás de las motosierras ha sido un

gran error.

Holly piensa: *Debo aprender a confiar más en mí misma. Tendré que trabajar en eso*.

24

Barbara también sueña. Irrumpe en el salón de la casa de Olivia Kingsbury en Ridge Road y encuentra a Olivia en su butaca de costumbre, leyendo un libro —es *Sumergirse en el naufragio*, de Adrienne Rich— y comiendo un sándwich pequeño. En la mesa, junto a ella, humea una taza de té.

—¡Pensaba que estabas muerta! —exclama Barbara—. ¡Me dijeron que estabas muerta!

—Bobadas —dice Olivia al tiempo que baja el libro—. Tengo toda la intención de celebrar mi centésimo cumpleaños. ¿Te he hablado de aquella vez que Jorge Castro tomó la palabra en la reunión para decidir el destino del taller de poesía? Emily no perdió esa sonrisa en ningún momento, pero en su mirada…

Suena el móvil de Barbara y el sueño se desvanece. Ha sido maravilloso mientras ha durado, porque en él Olivia vivía, pero era solo un sueño. Coge el teléfono y ve el retrato sonriente de su madre en la pantalla. También ve la hora: 16.03. Jerome debe de estar ya en Pennsylvania.

—Eh… —Tiene que aclararse la garganta—. Eh, mamá.

—¿Estabas echando la siesta?

—Mi intención era solo tenderme un rato, pero parece que me he quedado dormida. He soñado que Olivia aún vivía.

—Ay, cielo. Lo siento mucho. Yo tenía sueños así cuando murió tu abuela Annie. Siempre lamentaba despertar.

—Ya. Así es. —Barbara se desliza la mano por entre el cabello y piensa en lo que la Olivia del sueño decía cuando la ha despertado el móvil. Al igual que su pensamiento fugaz sobre la furgoneta de las imágenes de la cámara de seguridad, parece que podría ser importante. *Dutch lo sabría*, piensa. *Dutch ya tendría resuelta toda esta mierda.*

—¿… Holly?

—¿Cómo?

—Te preguntaba si ya has localizado a Holly. O si ella se ha puesto en contacto.

—Ah, no, todavía no. —No tiene intención de contar a Tanya sus temores. Quizá cuando J vuelva, pero aún no.

—Puede que se haya ido al norte del estado, a ocuparse de los asuntos de su madre. —Tanya baja la voz—. Jamás se lo diría a Holly, pero Charlotte Gibney no murió de covid, murió de estupidez.

Ante eso Barbara no puede evitar sonreír.

—Creo que Holly ya lo sabe, mamá.

—Te llamaba para decirte que he quedado para cenar con tu padre. Vamos a un restaurante de alto copete.

—¡Estupendo! —dice Barbara—. ¿A cuál?

Tanya se lo dice, pero Barbara apenas lo oye. Tiene la impresión de que un relámpago ha iluminado su cerebro.

¿A cuál?

—… la verdadera fecha.

—Vale, de acuerdo.

Tanya se ríe.

—Pero ¿me has oído? He dicho que es una cena de aniversario anticipada porque estará de viaje en la verdadera fecha. He dejado dinero para encargar comida, si quieres, solo tienes que mirar en el cajón de la coci…

—Que lo paséis bien, mamá. Tengo que dejarte. Te quiero.

—Yo también te qui…

Pero Barbara corta la comunicación y revisa los mensajes de texto entre Holly y ella. Ahí está: «¿A cuál?».

Barbara preguntó eso porque conocía a *dos* de los hombres de la fotografía que le envió Holly. Uno era Cary Dressler, el guaperas por el que estaban coladas todas las chicas de su clase de educación física. El otro era el profesor Harris. Lo vio lavando su coche cuando fue a visitar a Emily Harris con la esperanza de que le presentara a Olivia Kingsbury. Aquel templado día de invierno en que las dos puertas del garaje de Harris estaban abiertas, y en la otra plaza del garaje había una furgoneta. ¿Se había dado cuenta él de que Barbara la miraba y se había apresurado a cerrar la puerta del garaje? ¿Para esconderla?

Chorradas. Son imaginaciones tuyas.

Puede ser, pero ahora sabe qué estaba a punto de decir Olivia cuando la ha despertado la llamada de su madre. Lo sabe porque Olivia de hecho lo dijo: «Emily no perdió esa sonrisa en ningún momento, pero en su mirada… En su mirada se veía que quería matarlo».

Jorge Castro, la primera de las desapariciones.

—Estás loca —se dice Barbara en un susurro—. Solo porque él conociera a Cary Dressler… y *ella* conociera a Castro… y le cayera mal…

«¿Te conté que lo vi poco antes de que desapareciera?».

—Estás loca —repite Barbara—. Son *viejos*.

Pero… Bonnie Dahl. La última de las desapariciones. ¿Podría ser…?

Corre al despacho de Jerome, enciende el ordenador y busca en Google lo que quiere. Después llama a Marie Duchamp.

—¿Te acuerdas de aquella vez que Olivia nos habló de la fiesta de Navidad de los Harris? ¿De que mandaron a unos cuantos Papá Noel a repartir comida y cerveza?

—Ah, sí —contesta Marie, y se ríe—. Solo que supuestamente eran

elfos de Papá Noel. Olivia pensaba que era una clara muestra de cómo es Emily Harris: decidida a mantener viva su fiesta navideña, lloviera, tronara o llegara el covid. Nos comimos los aperitivos y nos bebimos la cerveza (Livvie se tomó dos latas, contra mi firme recomendación), pero pasó de Zoom.

—Dijo que en vuestra casa entregó el paquete una chica rubia. Una Papá Noel rubia muy guapa.

—Exacto… —contesta Marie con una vaguedad decepcionante.

—¿La reconocerías si te mandara una foto?

—Iban disfrazados de Papá Noel, Barb, con barbas postizas blancas como la nieve y todo.

—Ah. —Barbara se desinfla—. Joder. Bueno, gracias igua…

—No, espera un momento. Nuestra elfina estaba helada del viaje en bicicleta, y Olivia le ofreció un trago. Me acuerdo porque le dijo: «Puedes tomar whisky si te quitas la barba». Y ella se la quitó. Una chica guapa. Daba la impresión de que se lo estaba pasando bien. Creo que podría reconocerla, de hecho.

—Déjame mandarte la foto. No cuelgues.

Las páginas de Bonnie en Facebook e Instagram siguen muy vivas, gracias a su madre, y Barbara envía a Marie la foto de Bonnie en su bicicleta, con una camiseta de tirantes y un pantalón blanco.

—¿Te ha llegado? —*No puede ser ella. Sencillamente no puede serlo*.

—Sí, y es ella. Esa era nuestra elfina de Navidad. ¿Por qué?

—Gracias, Marie.

Barbara, aturdida, cuelga. El hecho de que el profesor Harris conociera a Cary podría no significar nada, y el hecho de que Emily Harris conociera a Jorge Castro y le tuviera antipatía también podría no significar nada. Pero con Bonnie ya son tres. Y si se suma la furgoneta…

Está a punto de llamar a Jerome, pero se contiene. Querrá aumentar la velocidad, y podrían pararlo. Como cualquier persona negra de la ciudad, Barbara es muy consciente de lo que le ocurrió a Maleek Dutton cuando lo pararon.

¿Qué hacer?

La respuesta parece obvia: ir al número 93 de Ridge Road para comprobar si Holly está allí. Si no, averiguará si saben dónde está. Tal vez los Harris no tengan nada que ver con las desapariciones. Barbara no concibe qué relación podrían tener con eso, los ancianos no son asesinos en serie. Sin embargo sí está segura de una cosa: Holly sabía lo que sabe Barbara, y *ella* habría ido allí.

Barbara no tiene miedo a Roddy y a Emily, pero puede haber alguna otra persona implicada. De ahí que tome precauciones. Se acerca a su armario, se pone de puntillas y aparta a Oingo y Boingo, unos osos de peluche que antes residían en su cama. Ya no los necesita a su lado por la noche para que la protejan del hombre del saco, pero no puede deshacerse de ellos. Son preciadas reliquias.

Detrás hay una caja de zapatillas Nike. La baja y la abre. No pudo pedir a Holly un arma después del asunto de Chet Ondowski; ella se habría negado y le habría recomendado que fuera a terapia, de modo que se la pidió a Pete, después de obligarlo a jurar que le guardaría el secreto. Pete, sin rechistar, le dio una pistola automática del 22 para llevar en el bolso y, cuando ella se ofreció a pagársela, negó con la cabeza. «Guapa, me conformo con que no te pegues un tiro a ti misma ni se lo pegues a nadie. —Se detuvo a pensar y añadió—: A menos que se lo merezca».

Barbara no prevé disparar a nadie esta tarde, pero no descarta la posibilidad de usarla para amenazar. Tiene que averiguar dónde está Holly. Si los Harris niegan saberlo, y si ella tiene la impresión de que mienten…, entonces sí, puede que recurra a las amenazas. Aunque conlleven una temporada en la cárcel.

Barbara piensa: *No sería la primera poeta que va a la cárcel*.

De camino a la puerta, coge una gorra de los Indians del cesto que hay junto a la entrada, se la pone y para en seco. Se acuerda de que el ordenador de Holly no estaba en suspensión, sino apagado. Se acuerda de que el disco de la combinación no estaba en cero. Y a continuación recuerda que se cruzó con una mujer en el vestíbulo del edificio Frederick, que salía cuando Barbara entraba. La mujer cojeaba, eso lo recuerda. Y llevaba una gorra parecida a la que Barbara acaba de ponerse. La mujer mantenía agachada la cabeza, con lo que Barbara pudo leer lo que decía en la parte delantera: Columbus Clippers.

Barbara no sabe si esa mujer era Emily Harris, pero sabe que Holly también tenía una gorra de los Clippers. En la ciudad muchos usan gorras de los Indians, y muchos usan gorras de los Cardinals, y bastantes usan gorras de los Royals. Pero ¿de los Clippers? No tantos. ¿Había estado esa mujer, que podía ser o no Emily Harris, en la cuarta planta? ¿Tenía quizá las llaves de Holly además de su gorra? ¿Apagó el ordenador después de encenderlo? ¿Hizo girar el disco de la caja fuerte? Improbable, pero…

Pero.

La duda la reconcome lo suficiente para decidir que no quiere que los Harris la vean acercarse hasta que esté ante su puerta y lista para arremeter con la pregunta: «¿Dónde está? ¿Dónde está Holly?».

25

Barbara va en su bicicleta de diez marchas a Ridge Road y la deja sujeta con la cadena al soporte instalado en el aparcamiento contiguo a la zona de juegos del parque. Consulta su reloj y ve que son las cinco y diez. Barbara sube por la cuesta y deja atrás la casa de Olivia. Siempre le han gustado los prácticos y poco sexis pantalones cargo de Holly, y encargó

unos para ella. Los lleva puestos ahora. Se ha guardado la calibre 22 en uno de los bolsillos con solapa, y el móvil en el otro.

Decide que no sería mala idea hacer un reconocimiento del terreno primero. Se baja la visera de la gorra, agacha la cabeza y avanza lentamente por delante del número 93, como si fuera de camino a la universidad en lo alto de la cuesta. Lanza una mirada fugaz a su izquierda y advierte algo extraño: la puerta de los Harris está entornada. No hay nadie en el porche, pero en la mesa se ve un tazón de viaje. A Barbara le basta esa ojeada para distinguir el logo de Starbucks.

Llega hasta el 109, donde se da media vuelta y desanda el camino. Esta vez cuando agacha la cabeza, ve en el suelo, junto al bordillo, algo que conoce bien. Es un guante de nitrilo estampado con diversos emojis. ¿Cómo *no* va a reconocerlo? Ella misma, de broma, regaló una caja de esos guantes a Holly.

Barbara llama a Pete Huntley, rogando que atienda la llamada. Él contesta.

—Hola, guapa, ¿ya la has locali…?

—Escúchame bien, Pete, ¿vale? Puede que no sea nada y puede que vuelva a llamarte dentro de cinco minutos, pero, si no, avisa a Isabelle Jaynes y dile que mande a la policía al número 93 de Ridge Road. Dile que venga ella también. ¿Entendido?

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver con Holly?

—Dime la dirección. Repítela.

—Ridge Road, 93. Pero no hagas ninguna ton…

—Cinco minutos. Si no vuelvo a llamarte, avisa a la señora Jaynes y manda a la poli.

Se guarda el móvil en el bolsillo delantero izquierdo y saca el arma del derecho. ¿Está cargada? Nunca lo ha comprobado, pero recuerda que Pete le dijo que un arma descargada no sirve de gran cosa si uno se despierta y encuentra a un intruso en su casa. Por el peso, diría que está cargada.

Sube por los peldaños del porche, esconde el arma detrás de la espalda y llama al timbre. Con la puerta entreabierta, oye con toda claridad el doble tono, pero nadie acude. Vuelve a llamar.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? ¿Profesora Harris? ¿Emily?

Oye algo, muy débil. Podría ser una voz; podría ser una radio a todo volumen cuyo sonido llega desde una ventana abierta en una casa de la manzana siguiente. Barbara golpea con los nudillos, y la puerta se abre más. Tiene ante sus ojos el pasillo revestido de madera. Lúgubre. ¿Tuvo esa impresión en su visita anterior? No se acuerda. Lo que sí recuerda es un cierto olor a cerrado. Y que el té era espantoso.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Sí, oye una voz, sin duda. Muy débil. Es imposible saber qué dice o seguramente grita. Barbara se queda vacilando en el porche y piensa: *Pasa a mi salón, dijo la araña a la mosca.*

Echa un vistazo detrás de la puerta. No ve a nadie escondido. Mordiéndose el labio, notando el sudor que le resbala por la nuca, con la pequeña automática sujeta con rigidez al costado pero manteniendo el dedo fuera de la guarda del gatillo como le indicó Pete, Barbara se aventura a avanzar por el pasillo hacia el salón.

—¿Hola? ¿Hola?

Ahora oye mejor la voz. Sigue siendo una voz ahogada, y ronca, pero le parece que es Holly. Podría estar equivocada a ese respecto, pero no hay duda de lo que dice: «¡Ayuda! ¡Ayúdenme!».

Barbara entra corriendo en la cocina y ve una puerta abierta al otro lado de la nevera. De la argolla cuelga un candado. Ve unas escaleras que descienden hacia un sótano y algo al pie de estas. Se dice que no puede ser lo que parece, a sabiendas ya de que sí lo es.

—¿Holly? ¡Holly!

—¡Aquí abajo! —Su voz es un graznido quebrado—. ¡Aquí abajo!

Barbara desciende la mitad de las escaleras y se detiene. Es un cadáver, sin lugar a duda. El profesor Harris yace desmadejado en el suelo en un charco de sangre casi seca. Su mujer está desplomada al pie de una especie jaula. Dentro, de pie tras los barrotes entrecruzados, con una camiseta ensangrentada alrededor del brazo, ve a Holly Gibney. Tiene el cabello pegado a las mejillas, la cara manchada de sangre. Como se ha quitado la camiseta para usarla a modo de vendaje, Barbara advierte un moretón, grotescamente amplio, que se le extiende por el costado como si fuera tinta.

Cuando Holly la reconoce, se echa a llorar.

—Barbara —consigue decir con la voz quebrada—. Barbara, gracias a Dios. No puedo creer que seas tú.

Barbara mira alrededor.

—¿Dónde está, Holly? ¿Dónde está el hombre que los ha matado? ¿Sigue en la casa?

—No hay ningún hombre —grazna Holly—. No existe el Depredador de Red Bank. Los he matado *yo*. Barbara, tráeme un poco de agua. Por favor. Tengo… —Se lleva las manos a la garganta y emite un horrendo sonido chirriante—. *Por favor.*

—Bien. Sí. —Su móvil suena y suena. Debe de ser Pete. O quizá sea Isabelle Jaynes—. Mientras estés segura de que no se me va a echar nadie encima.

—No —dice Holly—. Eran solo ellos. —Y sorprende a Barbara escupiendo en seco sobre el cadáver de Emily Harris.

Barbara se vuelve para subir por las escaleras en busca de agua. Esa es la prioridad; no necesita atender ninguna llamada ahora, porque Pete enviará a la policía y es necesario que la policía venga, Dios santo, que venga lo más rápido posible.

—¡Barbara! —Es un chillido erizado de esquirlas. Por su voz, se diría que Holly ha perdido el juicio o está a punto—. ¡Tráela del grifo! ¡No

mires en la nevera! *¡NO MIRES EN LA NEVERA!*

Barbara corre escaleras arriba y entra en la cocina. No sabe qué ha ocurrido aquí. Tiene una sola idea en la cabeza: agua. Hay armarios a ambos lados del fregadero. Barbara deja el arma en la encimera y abre uno. Platos. Abre otro y ve vasos. Llena uno, se dirige de nuevo hacia la puerta del sótano, pero cambia de idea y llena otro vaso. Con uno en cada mano, vuelve a bajar por las escaleras. Una corona de sangre circunda al profesor Harris, y Barbara la esquiva.

Se detiene frente al cadáver de Emily y estira el brazo para pasar un vaso a través de los barrotes. Holly lo agarra, derramando un poco, y bebe el resto a grandes tragos. Lo lanza al futón a su espalda y tiende la mano a través de uno de los cuadrados.

—Más. —Ahora tiene la voz más clara.

Barbara le da el otro vaso. Holly se bebe la mitad.

—Bien —dice—. Puñeteramente bien.

—Le he dicho a Pete que mandara a la policía si no volvía a llamarle. Y a la inspectora. ¿Cómo te saco de ahí, Holly?

Holly señala el panel con el teclado numérico, pero niega con la cabeza.

—No conozco la clave. Barbara… —Se interrumpe y se pasa la mano por la cara—. ¿Cómo has…? Da igual, dejemos eso para más tarde. Sube. Sal a recibirlos.

—De acuerdo. Volveré a llamar a Pete y le diré…

—¿He visto un arma? ¿Tienes un arma?

—Sí. Pete…

—Que la policía no la vea cuando llegue. Acuérdate de aquel chico, Dutton.

—Pero ¿qué…?

—Después, Barbara. Y gracias. Muchas gracias.

Barbara retrocede hacia las escaleras, con cuidado también esta vez de no pisar la sangre que se ha propagado alrededor de Rodney Harris. Vuelve a mirar atrás y ve que Holly apura el resto del segundo vaso. Con la otra mano se sujeta a un barrote, como para no desplomarse.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué coño *ha pasado*?

En la cocina, oye las sirenas, todavía tenues. Ve su calibre 22 en la encimera y recuerda las palabras de Holly: «Que la policía no la vea cuando llegue. Acuérdate de aquel chico, Dutton». La coge y la mete en la panera, encima de un paquete de magdalenas.

Antes de salir de la cocina, no puede resistir la tentación de abrir la nevera y echar un vistazo dentro. Está preparada para cualquier cosa, pero no ve nada que justifique la advertencia de Holly. Hay leche desnatada, unos huevos y mantequilla, yogur, verduras, un táper con lo que parece mermelada de arándanos, y unos cuantos trozos de carne roja envueltos en film plástico. Quizá filetes. También seis u ocho copas de postre llenas de lo que probablemente sea pudín de vainilla con

espirales de fresa. Tiene buena pinta.

Cierra la nevera y vuelve a salir.

26

Un coche patrulla de la policía municipal se detiene junto al bordillo. La sirena se apaga de manera gradual hasta quedar en silencio. Detrás aparca un sedán sin distintivos, tan cerca que casi topa con el parachoques del coche patrulla. Consciente de lo que ha dicho Holly y de su propia piel negra, Barbara permanece en el peldaño superior del porche con las manos extendidas a los lados, las palmas al frente para mostrar que las tiene vacías.

Dos policías uniformados se acercan por el camino. El que va delante, a pesar de todo, lleva la mano en la culata de su Glock.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta—. ¿Dónde está la gran emergencia?

El otro, de mayor edad, pregunta:

—¿Estás colocada, encanto?

Antes de que Barbara se digne a contestar a eso —más tarde comprenderá que la pregunta no era tan estúpida o racista como parecía; saltaba a la vista que ella se hallaba en estado de shock—, se cierra la puerta del coche sin distintivos e Isabelle Jaynes cruza apresuradamente el jardín. Viste vaqueros y una sencilla camiseta blanca. La placa de policía le cuelga del cuello y lleva su propia Glock al cinto.

—Atrás —dice a los agentes—. Conozco a esta joven. Barbara, ¿no? La hermana de Jerome.

—Sí —dice Barbara—. Holly está en el sótano. Encerrada en una jaula. Los dos viejos profesores que viven aquí han muerto, y… y… —Se echa a llorar.

—Cálmate. —Izzy rodea los hombros temblorosos de Barbara con un brazo—. Han muerto, eso lo he entendido… ¿y qué más?

—Y Holly dice que los ha matado ella.

27

Holly oye pasos y voces arriba, y luego ve unos pies. Recuerda a Emily cuando ha descendido por esas escaleras, para matarla con el arma de Bill, y se estremece. Verá los zapatos de esa anciana en sueños. Pero eso no son zapatos; son botas de ante. Por encima ve unos vaqueros en lugar de un vestido. Se detienen cuando la dueña de los vaqueros ve los cadáveres. Isabelle baja el resto de las escaleras lentamente, empuñando el arma. Ve a Holly de pie detrás de los barrotes entrecruzados con la

cara sucia de sangre y una camiseta ensangrentada en torno al brazo. Tiene más sangre medio seca en el pecho, por encima de las copas del sujetador.

—¿Qué coño ha pasado aquí, Holly? ¿Es muy grave la herida?

—Parte de la sangre es mía, pero casi toda es de él —dice, y señala con un dedo trémulo al hombre muerto con el pijama de camiones de bomberos—. Te lo contaré todo cuando me saques de aquí, pero ¿cómo voy a contárselo a *ella*? —Apoya la frente en los barrotes.

Izzy avanza y coge a Holly de la mano. La tiene fría. Los dos agentes observan boquiabiertos los cadáveres. Barbara, de pie por encima de ellos en el umbral de la puerta, oye que se aproximan más sirenas.

—¿Contárselo a quién, Holly? —pregunta Izzy—. ¿Contar qué a quién?

—A Penny Dahl —contesta Holly, llorando aún más—. ¿Cómo voy a contarle lo que le ha pasado a su hija? ¿Cómo voy a contárselo a *cualquiera* de ellos?

28

A las seis, ocupan Ridge Road una fila de coches de policía, dos furgonetas de técnicos, la ranchera del forense del condado y una ambulancia con las puertas abiertas en la que esperan dos auxiliares. Hay también una furgoneta roja con el rótulo del Departamento de Bomberos del Condado de Upsala pintado en letras doradas en el costado. La mayoría de los vecinos de la calle han salido a ver el espectáculo. Barbara Robinson ha tenido que salir de la casa, pero le han permitido quedarse en el jardín. Se lo han ordenado, de hecho. Ha llamado a Jerome y a Pete, para informarles de que, por un lado, Holly está herida, pero cree —espera— no de gravedad. Lo importante es que está a salvo. Barbara no les dice que sigue encerrada en el sótano de los Harris; eso daría lugar a preguntas para las que no tiene respuesta. Al menos todavía. Se ha planteado llamar a sus padres, pero no lo ha hecho. Ya habrá tiempo más tarde para hablar con ellos. Por el momento, que disfruten de su cena de aniversario.

De la muchedumbre de vecinos se eleva un murmullo de horror cuando salen los dos cadáveres, en bolsas y camillas. Otra furgoneta del condado desciende despacio por Ridge Road y aparca en medio de la calle para recibirlos.

Suena el móvil de Barbara. Es Jerome. Ella se sienta en la hierba para atender la llamada. Puede llorar. Con Jerome eso no es problema.

Veinte minutos más tarde, Holly está sentada en el suelo en el extremo opuesto de la celda, frente al váter portátil. Tiene las piernas encogidas y la cara oculta entre los brazos. Un hombre con careta de soldador corta los barrotes, y una luz deslumbrante ilumina el alargado sótano. Izzy Jaynes se encuentra en el otro lado, donde primero examina la astilladora y después llama a gritos a uno de los técnicos forenses. Señala el casco de ciclista y la mochila de Bonnie, y le indica que los guarde en bolsas.

Un barrote de acero cae ruidosamente al suelo de hormigón. Luego otro. Izzy se acerca al hombre del Departamento de Bomberos que maneja el soplete de corte, protegiéndose los ojos con un brazo.

—¿Cuánto falta?

—Creo que podemos sacarla de ahí dentro de unos diez minutos. Quizá veinte. Alguien hizo un excelente trabajo al montar esto.

Izzy vuelve a la parte destinada al taller y prueba a abrir la puerta que hay allí. Está cerrada con llave. Hace una seña a uno de los policías más corpulentos; ahora se ha congregado abajo media docena de uniformados, que en esencia pululan por el sótano.

—Será mejor que la eches abajo —dice—. Estoy casi segura de que he oído a alguien dentro.

El agente sonríe.

—Hecho, jefa.

La embiste con el hombro, y la puerta cede de inmediato. Entra a trompicones. Izzy lo sigue y encuentra un interruptor junto a la puerta. Se encienden los fluorescentes del techo, muchos. Los dos se quedan inmóviles, atónitos.

—¿Qué coño es *eso*? —dice el policía corpulento.

Izzy lo sabe, pese a que le cuesta dar crédito a lo que ven sus ojos.

—Diría que es una mesa de operaciones.

—¿Y esa bolsa? —Señala el saco verde grande que cuelga del extremo del tubo. Adopta una forma de lágrima por lo que contiene. Algo en lo que Izzy no quiere pensar, y menos aún ver.

—Déjaselo al forense y los técnicos —dice, y recuerda las palabras de Holly: «¿Cómo voy a contarle lo que le ha pasado a su hija?».

30

Al cabo de cuarenta minutos, Holly sale al porche de los Harris, con un auxiliar de ambulancia a un lado e Izzy Jaynes al otro, pero en esencia por su propio pie. Barbara se levanta, corre hacia ella, la abraza y se vuelve hacia Izzy.

—Quiero acompañarla al hospital.

Izzy, en lugar de negarse, dice que irán las dos.

Holly quiere ir a pie hasta la ambulancia, pero el auxiliar insiste en

que se tienda en una camilla antes de bajar por los peldaños del porche. Ahora, además de los vehículos oficiales, están allí las unidades móviles de televisión, pero las mantienen detrás del cordón policial a uno y otro lado de la cuesta. Incluso hay un helicóptero que sobrevuela la zona en círculo.

Introducen a Holly en la ambulancia. Uno de los auxiliares le inyecta algo. Ella intenta protestar, pero él le asegura que le aliviará el dolor. Izzy se sienta a un lado de la camilla asegurada; Barbara, al otro.

—Limpiadme la cara, por favor —dice Holly—. La sangre se está secando y va a quedarme como un craquelado.

Izzy niega con la cabeza.

—No puede ser. No hasta que te tomen unas fotografías y unas muestras.

La ambulancia arranca con la sirena encendida. Barbara se agarra cuando dobla la esquina al pie de la cuesta.

—Lo que hay en el sótano es una astilladora —comenta Izzy—. Mi padre tenía una en su cabaña del norte del estado, pero mucho más pequeña.

—Sí. La he visto. ¿Puedo beber algo? ¿Por favor?

—Hay Gatorade en una nevera —contesta desde delante un auxiliar.

—Sí, Dios mío, por favor —dice Holly.

Barbara encuentra la nevera, abre una botella de Gatorade de sabor naranja y se la pone a Holly en la mano extendida. Holly las mira por encima de las mejillas ensangrentadas mientras bebe.

Parece que lleve pintura de guerra, piensa Barbara. *Y en cierto modo es normal, porque ha estado en una guerra.*

—El tubo de salida de la astilladora va a dar a una bolsa en esa pequeña… —Izzy se interrumpe. Se disponía a decir «sala de operaciones», pero no es eso—. Esa pequeña cámara de tortura. ¿Es el contenido lo que creo que es? Porque apesta.

Holly asiente.

—Seguramente esta vez no han tenido ocasión de deshacerse de los restos. No sé qué hicieron con los otros, pero supongo que están en el lago. Ya lo averiguaréis.

—¿Y el resto?

—Mira en la nevera.

Barbara piensa en los trozos de carne envueltos. Piensa en las copas de postre. Y le entran ganas de gritar.

—Tengo que contaros algo —dice Holly a Izzy y a Barbara. Lo que sea que le ha administrado el auxiliar empieza a hacer efecto. El dolor del brazo y las costillas no ha desaparecido, pero remite. Se acuerda de la psicoterapeuta a la que visitaba de joven—. Necesito *compartirlo*.

Izzy le coge la mano y le da un apretón.

—Resérvalo para después. Tengo que oírlo todo, pero ahora mismo solo necesitas un poco de tranquilidad.

—No tiene que ver con el caso. Me he inventado un chiste y no he tenido ocasión de contárselo a nadie. Intenté contárselo a esa mujer…, Emily…, antes de que me pegara un tiro, pero las cosas… se complicaron.

—Adelante —dice Barbara, y coge la mano a Holly—. Cuéntalo ahora.

—Una nueva millonaria…, en realidad yo, es una larga historia…, entra en un bar y pide un mai tai. Cuando el camarero se va a prepararlo, ella oye una voz que dice: «Te mereces ese dinero, Holly. Hasta el último centavo». Ella se vuelve y no ve a nadie. Es la única clienta del bar. Entonces oye una voz al otro lado. Dice: «Estás muy guapa esta noche, Holly». El camarero regresa, y ella dice: «No hago más que oír voces que dicen cosas agradables sobre mí, pero, cuando miro, no hay nadie». Y el camarero dice…

El auxiliar que le ha puesto la inyección se vuelve hacia ella. Sonríe.

—Dice: «Una demente». Y ella contesta: «Sí, de menta. Con una ramita de menta».

Holly se queda boquiabierta.

—¿Ya lo *sabía*?

—Sí, por Dios —responde el auxiliar—. Es un chiste viejo. Debe de haberlo oído en algún sitio y se ha olvidado.

Holly se echa a reír.

31

En un consultorio del Kiner, toman muestras a Holly en busca de ADN y la fotografían. Después Barbara le limpia la cara con cuidado. El médico residente de guardia en Urgencias examina la herida de bala y dictamina que es «básicamente superficial». Añade que, si la herida fuera más profunda y se hubiera astillado el hueso, ya sería otra cosa. Izzy la mira con los pulgares en alto.

El médico retira la camiseta que ella ha usado como vendaje, y Holly empieza a sangrar otra vez. Limpia la herida, busca restos de la bala (no los hay) y coloca un apósito. Explica que no hay necesidad de grapas ni sutura (un alivio) y la venda firmemente. Dice que necesitará un cabestrillo, pero de eso ya se ocuparán las enfermeras. También una tanda de antibióticos. Mientras tanto, él tiene una Unidad de Cuidados Intensivos llena de pacientes de covid de los que ocuparse, en su mayoría sin vacunar.

—Te he conseguido una habitación aquí —dice Izzy, y a continuación sonríe—. Miento. Te la ha conseguido el jefe de policía.

—Otras personas la necesitan más.

La sensación de estar flotando por efecto de la inyección ha empezado a disminuir cuando el médico ha retirado la camiseta de la sangre medio coagulada de la herida del brazo —*rrrip*—, y para cuando ha terminado

de desinfectar y examinar, ha desaparecido por completo.

—Te vas a quedar —afirma Izzy rotundamente—. En esta ciudad es obligatorio un periodo de observación tras una herida con arma de fuego. Veinticuatro horas. Da gracias por que no te dejen en un pasillo o en el comedor. Hay bastante gente tanto en un sitio como en el otro, echando los pulmones por la boca a fuerza de toser. Una enfermera te pondrá otro calmante. O un estudiante en prácticas guapo, si tienes suerte. Duerme bien esta noche. Empezaremos a escuchar tu información sobre esta mierda mañana. Vas a tener mucho que contar.

Holly se vuelve hacia Barbara.

—Dame tu móvil, Barb. Tengo que llamar a Penny.

Barbara se dispone a sacarlo del bolsillo, pero Izzy levanta una mano como un agente de tráfico.

—Ni hablar. Ni siquiera sabes con seguridad si Bonnie Dahl ha muerto.

—Lo sé —dice Holly—. Y tú también. Has visto su casco de ciclista.

—Sí, y su nombre en la solapa de la mochila.

—Además, había un pendiente —añade Holly—. Está en la celda donde me tenían encerrada.

—Lo encontraremos. Puede que ya lo hayan encontrado. Un equipo forense de seis hombres examina el sótano en este preciso momento, y viene de camino un equipo del FBI. Después del sótano, registraremos toda la casa. Un peinado minucioso.

—Es un triángulo dorado —dice Holly—. De ángulos afilados. Encontré el otro delante del taller abandonado donde la secuestraron. El de la celda estaba debajo del futón. Debió de dejarlo ahí Bonnie. Con él le corté la garganta al profesor Harris.

Cierra los ojos.

30 de julio de 2021

1

A las diez, conducen a Holly en silla de ruedas hasta la sala de reuniones de la octava planta del Kiner Memorial. No necesita la silla, pero así lo exige el protocolo del hospital; le quedan otras ocho horas de controles de la presión arterial y la temperatura antes de que le den el alta. Ahí la esperan Izzy, el compañero de Izzy, George Washburn, el fiscal de grandes mofletes y un hombre de unos cincuenta años, vestido impecablemente, que se presenta como Herbert Beale, del FBI. Holly supone que la presencia de este se justifica por los secuestros, pese a que no hay una perspectiva interestatal. Bill Hodges le dijo una vez que los federales tendían a involucrarse en casos con mucha resonancia, sobre todo cuando ya estaban casi resueltos. «Lo suyo es chupar cámara», decía. También están presentes, a través de Zoom, Barbara, Jerome y Pete Huntley.

El hombre de los grandes mofletes se levanta y se acerca a Holly tendiéndole la mano.

—Soy Albert Tantleff, fiscal de distrito del condado de Upsala. —Holly le ofrece el codo ileso en lugar de la mano. Con una sonrisa indulgente, como si estuviera ante un niño, el fiscal le toca el codo con el suyo—. Creo que podemos prescindir de las mascarillas, puesto que estamos todos vacunados y aquí la circulación del aire parece buena.

—Yo prefiero dejarme la mía puesta —contesta Holly. Al fin y al cabo, es un hospital, y los hospitales están llenos de enfermos.

—Como usted guste. —Él le dirige otra sonrisa de indulgencia y vuelve a su asiento—. Inspectora Jaynes, lo dejo en sus manos.

Izzy —también con mascarilla, quizá por deferencia a la invitada de honor— enciende su iPad y muestra a Holly una fotografía de un pendiente ensangrentado en una bolsa de plástico para pruebas.

—¿Puedes confirmar que este es el pendiente con el que cortaste la garganta a Rodney Harris?

El agente Beale se inclina hacia delante por encima de las manos entrelazadas. Tiene los ojos tan fríos y azules como una esquirla de hielo, pero esboza una sonrisa. Posiblemente de admiración.

—Sí —responde Holly. Gracias a Pete, sabe lo que debe decir a continuación—. Actué en defensa propia, temía por mi vida. —Y piensa: *Además, odiaba a ese chiflado de mierda*.

—Como queda establecido —dice el fiscal Tantleff.

—¿Tienes el otro pendiente? —pregunta Izzy.

—Sí. En el cajón superior del escritorio de mi despacho. Podría enseñarte una foto, pero los Harris me quitaron el móvil después de aplicarme la táser. En todo caso, Penny la tiene, se la mandé por e-mail. ¿Ha hablado ya alguien con ella?

—Yo —dice Barbara—. La he llamado.

Tantleff se vuelve al instante hacia la pantalla colocada en la cabecera de la mesa de reuniones. Ahora ya no exhibe su sonrisa indulgente.

—No estaba autorizada a hacer eso, señorita Robinson.

—Es probable, pero lo he hecho de todos modos —contesta Barbara. Holly la aplaudiría de buena gana—. Noté a esa mujer muy preocupada por Holly. La informé de que estaba bien. No le dije nada más.

—¿Y el frigorífico? —pregunta Holly—. ¿Había…? —Baja la voz gradualmente, o bien porque no sabe cómo acabar o bien porque no quiere seguir.

—Había muchos trozos de carne, tanto en la nevera como en el congelador —responde Izzy—. Sin duda era carne humana. En algunos quedan restos de piel.

—Dios mío. —Ese es Jerome, sentado con Barbara en su estudio—. Dios mío, joder, ¿en serio?

—En serio —dice Izzy—. Están sometiéndolos a pruebas de ADN en este preciso momento, eso tiene total prioridad. Contenía también siete copas altas de postre que, según el forense del condado, probablemente contienen tejido cerebral humano, así como duramadre y fragmentos de tendón. —Guarda silencio unos instantes—. Más lo que, según cree, es nata batida.

Silencio. *Bien hecho, dales tiempo para digerirlo*, piensa Holly, y se tapa la mascarilla con una mano para no prorrumpir en una carcajada a causa del horror.

—¿Se encuentra bien, señora Gibney? —pregunta el compañero de Izzy.

—Muy bien.

Izzy continúa.

—También encontramos barritas de carne…, ya saben, tipo Slim Jim o Jack Link's…, que podrían ser de carne humana o no, y un táper grande con albóndigas pequeñas. Todo o parte de eso podría haber formado parte en su día de Bonnie Rae Dahl. El ADN nos lo dirá. Los Harris tenían además un pequeño congelador auxiliar en la despensa. También allí hay mucha carne. Parece que en su mayor parte son filetes, chuletas, beicon y pollo corrientes. Al fondo, sin embargo… —En el iPad, les muestra la fotografía de un trozo de carne asada congelado—. No sabemos con certeza qué es esto, ni de dónde procede, pero desde luego no es una pata de cordero.

—Santo cielo —dice Tantleff—, y no tengo a nadie a quien procesar.

—Lanza a Holly una mirada casi de acusación—. Los mató usted a los dos.

Desde la pantalla de televisión de la sala de reuniones, habla Pete Huntley. Holly le ve mejor aspecto, pero da la impresión de que ha perdido mucho peso. Quizá más de diez kilos. Holly piensa que le convendría mantenerse así, pero duda que lo haga, siendo como es la naturaleza humana.

—¿A usted qué le pasa, Tant? ¡Eran caníbales! Posiblemente no habrían tenido tiempo de comérsela, pero seguro que la habrían matado, joder, vaya que si la habría matado.

—No quería decir…

Suena el móvil de Izzy, y esta vez es a ella a quien Tantleff dirige una mirada acusadora.

—Pensaba que habíamos acordado que todos los móviles quedarían en silencio mientras…

—Lo siento, pero no tengo más remedio que aceptar esta llamada, de verdad. Es Dana Aaronson, del equipo forense. Le pedí que llamara si averiguaban algo especialmente… ¿Hola? ¿Dana? ¿Qué habéis encontrado?

Izzy escucha, con una vaga expresión de asco. Así era como se sentía Holly en plena noche, y al final tuvo que pulsar el botón de llamada, pese a saber lo ocupado que estaba el personal de enfermería. La enfermera que acudió la ayudó a superar lo peor del ataque de pánico y luego le dio un Valium de su propio alijo privado.

Izzy pone fin a la llamada.

—El equipo de Dana ha encontrado más de una docena de tarros sin etiqueta en el cuarto de baño de los Harris. Cree… —Carraspea—. La verdad es que esto no hay manera de decirlo más que diciéndolo. Cree que es posible que hayan estado utilizando grasa humana como loción. Quizá con la esperanza de aliviar sus varios dolores y achaques.

—Pensaban que era eficaz —interviene Holly. *Y por lo que yo sé, puede que lo fuera. Al menos durante un tiempo. Siendo como es la naturaleza humana.*

—Cuéntanoslo todo, Holly —dice Izzy—. De principio a fin.

Holly lo hace, empezando por la primera llamada de Penny. Le lleva más de una hora. Solo sufre temblores en una ocasión, cuando explica que, mientras Emily intentaba meterle una bala en el cuerpo, se sintió como una figurita de porcelana. En ese punto tiene que interrumpirse para recuperar el control. El compañero de Izzy, Washburn, le pregunta si necesita un descanso. Holly contesta que no, quiere terminar, y termina.

—Sabía que el arma solo tenía cinco balas; Bill me dijo que nunca debía cargar la recámara que quedaba bajo el percutor. Me apoyó el cañón en plena frente. Se lo permití porque quería ver su expresión cuando apretase el gatillo y no ocurriese nada. Su sorpresa fue muy

gratificante. En cuanto vi su cara, saqué los brazos a través de los barrotes, le agarré la cabeza y le partí el puñetero cuello.

Es Pete quien rompe el silencio, con solo dos palabras.

—*Bien hecho.*

Tantleff carraspea.

—Según usted, hubo al menos cuatro víctimas. Cinco, si contamos a Ortega.

—*Castro* —corrige Barbara, al parecer indignada—. Jorge Castro. Encontré la página de Facebook de Freddy Martin. Era la pareja de Castro, y estaba convencido…

—Este caso no es de su incumbencia —la interrumpe Tantleff—, así que, con el debido respeto, le pido que calle.

—Calle *usted* —salta Holly—. Déjela hablar.

Tantleff deja escapar un bufido, pero no protesta. Barbara prosigue.

—El señor Martin ha estado convencido desde el principio de que el señor Castro fue asesinado. Dice que Castro tenía parientes en Dayton, en Nogales, El Paso y Ciudad de México. Nunca se ha puesto en contacto con ninguno de ellos, y Martin sostiene que lo habría hecho.

—Fue el primero —dice Holly—. Estoy segura. Pero, hablando de parientes, ¿qué pasará con los allegados de los demás? —Piensa que a los familiares de Ellen Craslow, en Georgia, les traerá sin cuidado, pero Imani, la mujer del parque de caravanas, querrá saberlo. El padre de Bonnie querrá saberlo en igual medida que su madre. Pero piensa sobre todo en Vera Steinman, una mujer que ahora tiene una buena excusa para matarse a base de alcohol y pastillas.

—No se ha informado a nadie —contesta George Washburn—. Todavía no. —Señala con la cabeza a Tantleff—. El caso le pertenece a él, así como al jefe de policía.

Tantleff suelta un suspiro de resignación.

—Dejaré a los equipos de investigación todo el tiempo que sea posible, pero no podemos contar con mantener esto en secreto mucho tiempo. Alguien hablará. En mi futuro cercano hay una rueda de prensa que no espero con ilusión.

—Pero antes se lo comunicará a los parientes cercanos —dice Holly. Casi insiste.

Izzy se adelanta a Tantleff.

—Por supuesto. Empezando por Penny Dahl.

Jerome toma la palabra, y Holly cree que quizá también él está pensando en la madre de Peter Steinman.

—¿Puede omitir al menos la parte del canibalismo?

Izzy Jaynes se lleva las manos a las sienes, como si intentara contener una jaqueca.

—No. El jurado de acusación se reunirá a puerta cerrada, pero al final saldrá a la luz de todos modos. Es demasiado explosivo para mantenerlo en secreto. Los parientes tienen que saberlo antes de que lo publique la

puta *Inside View*.

La reunión termina poco después. Holly está agotada. Vuelve a su habitación individual, lujo más raro que una vaca voladora en estos tiempos, cierra la puerta, se acuesta y llora hasta que se queda dormida. Sueña con Emily Harris, que le apoya el cañón del revólver de Bill en la frente y dice: «He cargado la última recámara, zorra metomentodo. Yo seré la última que ría».

2

Una enfermera —no la que le dio el Valium— la despierta a las dos y cuarto de esa tarde y dice:

—La inspectora Jaynes ha llamado al centro de enfermeras. Dice que la necesita. —Entrega un móvil a Holly y una toallita desinfectante.

—Estoy en la capilla del hospital —informa Izzy—. ¿Puedes bajar?

Holly va en la silla de ruedas hasta el ascensor. En la primera planta, sigue las indicaciones hacia la capilla del Kiner. Dentro solo está Izzy, sentada en el banco de la primera fila. Sostiene un rosario relajadamente en una mano.

Holly se detiene a su lado.

—¿Se lo has dicho a Penny?

—Misión cumplida. —Izzy tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Deduzco que no ha ido muy bien?

Izzy se vuelve y dirige a Holly una mirada de tristeza tal que Holly apenas puede sostenérsela. Pero lo hace. Es su obligación, porque Izzy ha hecho el trabajo sucio del que debería haberse ocupado la propia Holly.

—¿Cómo coño *crees* que ha ido?

Holly calla, y al cabo de unos segundos Izzy le coge la mano.

—Este caso me ha enseñado una lección, Gibney. Cuando crees que ya has visto lo peor que los seres humanos tienen que ofrecer, descubres que te equivocas. La maldad no tiene fin. He pedido a Stella Randolph que me acompañara. Sabía que esta vez necesitaba ayuda, y es la psicóloga del Departamento. Habla con los agentes de policía cuando se ven envueltos en algún tiroteo. También de otras cuestiones.

—¿Le has dicho a Penny que Bonnie estaba muerta, y…?

—Y después le he dicho *por qué* estaba muerta. Lo que le hicieron. He intentado recurrir a eufemismos…, creo que esa es la palabra…, pero ella sabía de lo que le hablaba. O de lo que procuraba *no* hablarle. Se ha quedado allí inmóvil un momento, sentada con las manos en el regazo, mirándome. Como una mujer que asiste a una conferencia muy interesante. De pronto ha empezado a gritar. Stella ha intentado abrazarla, y Dahl la ha apartado con tal fuerza que Stella ha tropezado en un puf y se ha caído al suelo. Dahl le ha lanzado zarpazos a la cara.

No ha llegado a arañarla, lo habría hecho de haber tenido las uñas más largas, pero le ha dejado grandes marcas rojas en las mejillas. La he inmovilizado con los brazos para impedírselo, pero ha seguido gritando. Al final se ha calmado un poco, o quizá estaba agotada, pero recordaré esos gritos durante el resto de mi vida. Una cosa es darle a alguien la noticia de una muerte, debo de haberlo hecho más de veinte veces, pero lo otro… Holly, ¿crees que las víctimas estaban conscientes cuando las mataron?

—No lo sé. —*Ni quiero saberlo*—. ¿Ha dicho algo sobre… mí?

—Sí. Que no quiere verte nunca más.

3

Hay dos hileras de casas que parecen abandonadas bajo el cegador sol de la tarde. Nadie transita por las aceras agrietadas. Jerome piensa que Sycamore Street (donde no crece ni un solo sicómoro) parece un plató de cine que ya han utilizado pero siguen sin desmontar. El viejo Chevrolet de Vera Steinman está en el mismo sitio que cuando la visitó la otra vez, con una pegatina en el parachoques en la que se lee ¿QUÉ HARÍA SCOOBY-DO? Jerome desearía saber qué hacer y qué decir.

Quizá, piensa, *no esté en casa*. El coche parece indicar que está, pero bien podría ser que el coche ya no funcione o que a la esponja que Peter Steinman tenía por madre le hayan retirado el carnet de conducir.

Tengo que largarme, piensa. *Tengo que marcharme ahora que todavía estoy a tiempo.*

Sin embargo, llama a la puerta. De una cosa está seguro: en el supuesto de que ella no le cierre la puerta en las narices, debe mirarla a la cara y decir la mejor mentira, la más sincera, de su vida.

Se abre la puerta. Vera no se ha vestido para él porque no sabía que iría a verla, pero, con su pantalón ancho y su blusa sin mangas, tiene un aspecto más que aceptable. Además, parece sobria… pero, claro, en su visita anterior también lo parecía.

—¡Vaya! Es usted Jerome, ¿no?

—Sí. Jerome Robinson.

—No recuerdo gran cosa de la otra vez que estuvo usted aquí, pero sí recuerdo que el médico dijo: «Ese chico le ha salvado la vida».

Jerome no le ofrece el codo, sino que le tiende la mano. Ella se la estrecha con firmeza.

—Veo por su cara que no viene con buenas noticias.

—No, señora. Así es. Vengo porque no quiero que se entere por otra persona.

—Porque tenemos un vínculo, ¿no? —Se la nota perfectamente serena, pero tiene la cara blanca como el papel—. Nos guste o no, lo tenemos.

—Sí, señora, supongo que así es.

—Nada de malas noticias aquí en la puerta. Entra. Y llámame Vera, por Dios.

Jerome entra. Ella cierra la puerta. El aire acondicionado sigue trabajando con esfuerzo. El salón sigue un poco deslucido, pero limpio y en orden.

—Por si tienes alguna duda, estoy sobria. No sé cuánto aguantaré, pero he vuelto a ir a las reuniones. Tres hasta el momento. Y fui a ver a mi madrina, preparada para humillarme. Descubrí que no era necesario, lo cual fue un gran alivio. ¿Está muerto? ¿Peter está muerto?

—Sí. Lo siento muchísimo, Vera.

—¿Fue por sexo? ¿Algo retorcido relacionado con el sexo?

—No.

—¿Quién lo mató?

—Una pareja de ancianos. Rodney y Emily Harris. Mataron a otros cuatro, que sepamos. La policía te informará. Puedes decirles que yo he pasado por aquí antes. Diles que quería contártelo yo, porque…, bueno…

—Porque me salvaste la vida. Porque tenemos ese vínculo. —Sigue totalmente serena, pero se le han empañado los ojos—. Sí. Sí. Sí.

Echa una mano atrás, encuentra el brazo del sillón situado delante del televisor y se sienta. O más bien se desploma en él.

Jerome se arrodilla ante ella, como un pretendiente a punto de proponer matrimonio. Le coge las manos, que tiene mortalmente frías. No había planeado nada de esto; es todo improvisado. ¿Ha dicho ella que tenían un vínculo? Es cierto. Eso lo sabe. Lo siente. Mantiene la voz firme y da gracias a Dios por ello.

—Los Harris estaban locos. Saldrán a la luz cosas sobre lo que hacían, cosas feas, pero hay algo que conviene que sepas. —Ha llegado el momento de la mentira, y puede que ni siquiera *sea* una mentira, porque en realidad no lo sabe—. Fue una muerte rápida. Al margen de lo que pasara con su cuerpo…, de lo que esa gente hiciera…, eso fue después. Para entonces él ya se había ido.

—A dondequiera que sea que vayamos.

—Sí. A dondequiera que sea que vayamos.

—¿No sufrió?

—No.

Ella aprieta las manos de Jerome.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿Que tu madre vaya al infierno si mientes?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el informe forense.

Ella relaja las manos.

—Necesito una copa.

—No lo dudo, pero no la tomes. Por respeto a tu hijo.

Vera deja escapar una risa trémula.

—¿Por respeto a mi *hijo*? ¿Oyes lo que estás diciendo?

—Sí. Lo oigo.

—Tengo que llamar a mi madrina. ¿Te quedarás conmigo hasta que venga?

—Sí —contesta Jerome. Y se queda.

4 de agosto de 2021

Holly está en casa viendo una comedia de Netflix sin verla en realidad, más bien dejando pasar el tiempo hasta la hora de tomarse otro calmante (o quizá una dosis doble), cuando suena el interfono. Es Isabelle Jaynes, y llega acompañada: Herber Bill y otro agente del FBI llamado Curtis Rogan. Rogan, un perfilador especializado en asesinos en serie, forma parte del equipo que ha enviado el FBI.

Izzy pregunta a Holly si ha visto el periódico de hoy. Holly ha leído el titular en el iPad —¿ERAN CANÍBALES?— y con eso ha tenido suficiente.

—Supongo que ahora al fiscal no le quedará más remedio que dar su rueda de prensa.

—La darán él y el jefe Murphy a las doce del mediodía. Además, no será solo cobertura local. Randall Murphy debe de dar gracias a la suerte por que, excepto Bonnie Dahl, todas las víctimas fueron secuestradas cuando él aún trabajaba en Minneapolis. La razón por la que hemos venido es lo que nuestro equipo forense y el equipo del FBI encontraron en el armario del dormitorio de los Harris.

—¿Qué? —Pensando: *¿Ahora qué más?*

—Unos diarios —contesta Herbert Beale—. De ella. Los empezó en octubre de 2012, poco antes del asesinato de Jorge Luis Castro. El agente Rogan ha estado estudiándolos.

—Tengo mucho que hacer por delante —dice Rogan—. Son unas mil páginas. —Es un hombre de cabello ralo y gafas sin montura que habla en voz baja—. Un material fascinante.

—Un material *aterrador* —precisa Izzy—. Yo he leído lo suficiente para afirmar que, si bien estaban los dos chiflados, ella era la más chiflada de los dos. Con diferencia.

—Creo que un estudio más profundo lo confirmará —dice Rogan—. Posiblemente Rodney Harris no habría pasado de… ¿cuál es la palabra? ¿La invectiva, quizá? No habría hecho mucho más que lanzar invectivas por lo rígidos que eran sus colegas y lo irracional que es el tabú de comer carne humana.

—Con la primera víctima, fue ella quien lo convenció, ¿no? —pregunta Holly—. Le vendió la idea a su marido de que Castro podía ser el medio para que pasara de la teoría a la práctica. De la concepción a la ejecución. Porque Castro le caía mal.

—*¿Le caía mal?* —dice Izzy, y se ríe—. Uy, Holly, no tienes ni idea. Lo *detestaba*. Y no solo a él; tenía odio de sobra para dar y regalar. Bajo esa

apariencia tan cuidada y afablemente imperiosa, Emily Harris era una psicótica a más no poder. Permíteme que te muestre un ejemplo de la señora Hyde que se escondía debajo de la profesora Jekyll.

Vuelve el iPad hacia Holly. En la pantalla aparece una foto de una página del diario. Repetido una y otra vez, como si fuera el castigo de una niña mala que tiene que escribir «No lanzaré bolitas de papel en clase», se lee lo siguiente: *ODIO A ESE HISPANO ODIO A ESE PUTO HISPANO ODIO A ESE HISPANO MARICÓN ODIO A ESE HISPANO MARICÓN Y BUJARRÓN…* etcétera.

—Hay cuatro páginas más de eso —dice Izzy.

—En estos diarios vemos a una Emily Harris —interviene Rogan— que no asistía a las reuniones del Departamento de Literatura Inglesa. Y solo acabo de empezar.

—Aquí tienes otra —dice Izzy.

Desliza la pantalla para mostrar otra foto. En esta página del diario, Emily ha escrito «negrata» una y otra vez, en mayúsculas grandes y estridentes. También hay otros términos peyorativos.

—Pensamos que ocultaba sus diarios de odio incluso a su marido —dice Herbert Beale—, pero nunca lo sabremos con certeza a menos que ella misma lo haya escrito en algún sitio.

—Este material es oro —dice Rogan.

—Yo usaría otra palabra para describirlo —contesta Holly.

—Desde un punto de vista psicológico, quiero decir. Parece que una cosa está clara. Ella participó en la… la *ingestión* del señor Castro para complacer a su marido. Él insistió. Pero ella lo presenta como una curación milagrosa para su espalda y la artritis de su marido. Había también otros beneficios imaginados, entre ellos una mejora de las aptitudes intelectuales. Algunos de estos textos parecen publirreportajes pasados de rosca hechos desde el infierno. Sin embargo, con el tiempo los efectos se atenúan.

—Así que lo repitieron —dice Holly de manera inexpresiva—. Y luego otra vez.

—Deberían haberlos descubierto después de Castro —dice Izzy—. Y, si no, después de Dressler. La treta de la silla de ruedas era astuta, y hacían cierta investigación de fondo, pero luego sus intentos de borrar pistas eran rigurosamente chapuceros.

—Eran viejos —observa Holly en voz baja—. Nadie espera que unos viejos sean asesinos en serie. Y menos caníbales.

—De no ser por ti, Holly —dice Izzy—, probablemente seguirían viviendo en esa casa y disfrutando de sus comidas infernales. «Ah», diría la gente, «él es un poco excéntrico y ella tiene mal carácter, pero por lo demás son buena gente».

—Barbara lo dedujo más deprisa que yo.

—Eso tiene algo de verdad, pero tú hiciste el trabajo preliminar.

—Y la amiga de Barbara ayudó —dice Holly—. Olivia Kingsbury. La vieja poeta. Creo que fue ella quien puso a Barbara sobre la pista.

Beale mira a Rogan y le dirige un gesto de asentimiento. Se levantan.

—Va a asediarla la prensa, señora Gibney.

—No será la primera vez. —Después, sin saber que iba a decirlo hasta que las palabras escapan de su boca, añade—: Sí, de menta. Con una ramita de menta.

Beale y Rogan parecen perplejos, pero Izzy se ríe y Holly también. Le sienta bien reírse. Condenadamente bien.

18 de agosto de 2021

En el apartamento hay un balcón, sin espacio más que para dos sillas y una mesa pequeña. A las once de la mañana de este miércoles, sentada ahí fuera, toma un café. Le gustaría acompañarlo con un cigarrillo, pero ese impulso ha perdido intensidad. Hace tres semanas desde el último, y si Dios quiere, nunca se fumará otro. Esta mañana la temperatura es alta, pero no sofocante; la ola de calor que invadió la ciudad durante la mayor parte de julio y las dos primeras semanas de agosto parece que ha aflojado.

Normalmente a esta hora Holly estaría en la oficina, vestida con uno de sus muchos trajes pantalón y apenas maquillada, pero esta mañana —y casi todas las mañanas desde su ingreso forzoso de veinticuatro horas en el Kiner— está en pijama y zapatillas. Según el contestador automático y la página web, la agencia permanece cerrada por vacaciones y reabrirá el 6 de septiembre. A decir verdad, Holly no tiene muy claro si Finders Keepers reabrirá algún día.

Pete, del todo recuperado, ha ido a visitar a su hijo y a su nuera a Saginaw. Volverá a finales de mes, pero ha empezado a hablar de la plena jubilación. Tiene su pensión del Departamento de Policía, y después de veinticinco años en el puesto es una buena pensión. Si su decisión es esa, Holly añadirá gustosamente una suma aceptable a modo de indemnización por cese. Si decide vender el negocio (cosa que podría ocurrir, y por un buen precio), esa indemnización será más que aceptable.

En cuanto a ella, es una nueva millonaria que puede permitirse un mai tai en cualquiera de los bares más caros de la ciudad. De hecho, si quisiera, podría comprar un bar caro. Pero no quiere. La idea de retirarse y vivir del dinero que su madre y su tío le ocultaron se le ha pasado con frecuencia por la cabeza en las semanas posteriores a su tiempo de encierro en la jaula del sótano de los Harris.

Holly se dice que aún es joven para retirarse, y probablemente así sea. Se dice que no sabría qué hacer con el tiempo, y también es probable que así sea. Pero sigue pensando en lo que dijo Izzy Jaynes en la capilla, después de contar a Penny Dahl que, eufemismos aparte, su hija no solo había asesinada; había sido devorada. Al menos las mejores partes de ella; el resto terminó convertido en pasta roja y fragmentos de hueso en una bolsa de plástico colgada en el extremo del tubo de una astilladora.

«Cuando crees que ya has visto lo peor que los seres humanos tienen

que ofrecer, descubres que te equivocas —dijo Izzy—. Luego añadió la conclusión: La maldad no tiene fin».

Holly supone que eso ya lo sabía, y mejor que Izzy. El intruso disfrazado de Terry Maitland era el mal. También lo era el que se disfrazaba de Chet Ondowsky. Lo mismo podía decirse de Brady Hartsfield, que encontró la forma de seguir con sus «marrones» (expresión de Bill) incluso cuando debería haber sido inocuo. Inocuo por efecto de una acción de la propia Holly.

Pero Roddy y Emily Harris eran peores.

¿Por qué? Porque en ellos no había nada de sobrenatural. Porque una no podía decirse que su maldad procedía del exterior y consolarse con la idea de que si existían fuerzas externas malignas, seguramente también existían otras buenas. La maldad de los Harris era prosaica y estrambótica a la vez, como cuando una madre loca mete a su bebé en un microondas porque no deja de llorar o un niño de doce años se lía a tiros y mata a media docena de compañeros de clase.

Holly no tiene claro que desee visitar nuevamente un mundo capaz de albergar a personas como Rodney. O como Emily, que era aún peor: más calculadora y al mismo tiempo mucho más loca.

Algunas cosas se han esclarecido, en parte gracias a los diarios de Emily. Ahora entienden por qué la desaparición de Steinman se produjo tan poco después de la de Ellen Craslow. Ellen era vegana y se negó a comer el hígado (que en los diarios aparecía como ESG, sigla de «el santo grial»). Siguió negándose incluso cuando se moría de sed. Con el paso del tiempo, ninguno de los otros resistió. Holly no sabe hasta qué punto ella habría sido capaz de mantenerse firme, pero Ellen lo fue, y Dios la bendiga por ello. Al final Rodney le pegó un tiro como a un novillo rebelde. Tras la muerte de Ellen, Emily llenó páginas de vituperios coléricos; «puta lesbi de la jungla» era el menos grave de ellos.

Incluso conocen el nombre falso que Emily utilizó en el parque de caravanas: Dickinson, como en Emily Dickinson.

Holly tenía que recordarse una y otra vez que la mujer que había escrito todas esas bajezas era una respetada representante de la profesión docente, galardonada con premios, mecenas de la biblioteca Reynolds y miembro influyente del Departamento de Literatura Inglesa incluso después de retirarse. En 2004 recibió una placa en la que se la proclamaba Mujer del Año de la Ciudad. Se organizó un banquete en el que Emily habló del empoderamiento de las mujeres.

Izzy le había contado otra cosa: el arma utilizada por Roddy para matar a Ellen Craslow era una Ruger Security-9, con un cargador ampliado de quince balas. Si Emily hubiese cogido esa en lugar del revólver de Bill, habría tenido diez oportunidades más para acabar con Holly…, que solo podría haber esquivado los disparos hasta cierto punto en aquella jaula.

«Pero estaba guardada en la planta de arriba —añadió Izzy—, y ella

tenía el brazo roto, además de los problemas de espalda. Afortunadamente para ti».

Sí, afortunadamente para ella. La afortunada Holly Gibney, que no solo había sobrevivido, sino que además era millonaria. Podía cerrar el chiringuito e iniciar otra etapa de su vida. Una en la que las personas como los Harris serían solo pasto para los noticiarios de la televisión por cable, que podían dejarse en silencio o apagarse en favor de una comedia romántica.

Oye el timbre del móvil, el suyo particular, no la línea de la oficina. El teléfono de la oficina había sonado mucho tras la nueva —o renovada— celebridad de Holly, pero ahora las llamadas, gracias a Dios, han ido reduciéndose. Se levanta y, con la taza de café, entra en su despacho. En la pantalla del móvil aparece la foto de Barbara Robinson.

—Hola, Barbara. ¿Qué tal?

Silencio, pero Holly oye la respiración de Barbara y siente una punzada de alarma.

—¿Barb? ¿Estás bien?

—Sí…, sí. Solo atónita. Mis padres no están, y Jerome…

—Otra vez en Nueva York, lo sé.

—Así que te he llamado a ti. Tenía que llamar a alguien.

—¿Qué ha pasado?

—He ganado.

—Has ganado ¿qué?

—El Penley. El premio Penley. Random House va a publicar *Cerrar el cielo a puntadas*. —Barbara, ahora que ha dado la noticia, se echa a llorar—. Voy a dedicárselo a Olivia. Dios mío, ojalá estuviera viva para enterarse.

—Barbara, qué maravilla. Además, el premio tiene dotación, ¿no?

—Veinticinco mil dólares. Pero son el anticipo a cuenta de derechos, según decía en el e-mail, y los libros de poesía nunca venden muchos ejemplares.

—No le digas eso a Amanda Gorman —dice Holly.

Barbara se echa a reír a pesar de que aún llora.

—No es lo mismo. Sus poemas, como el que leyó en la investidura, son optimistas. Los míos son…, bueno…

—Distintos —dice Holly.

Barbara le ha pasado unos cuantos para que los lea, y Holly los reconoce como lo que son: una especie de mecanismo de supervivencia. Un esfuerzo por parte de Barbara para conciliar la bondad y la generosidad de su corazón con el horror que experimentó hace un año en un ascensor. El horror de Chet Ondowsky. Al que ahora se suma el horror de encontrar a su amiga en una jaula con la cara ensangrentada y dos cadáveres cerca.

Holly ha visto más, ha experimentado más —al fin y al cabo, ella estaba *dentro* de esa jaula—, y no cuenta con la poesía como válvula de

seguridad; lo mejor que consiguió en ese terreno era (afrontémoslo) bastante malo. Pero ha empezado a disfrutar otra vez de las películas de terror, y esos miedos inocuos podrían ser un principio. Sabe que hay quien podría considerarlo retorcido, pero en realidad no lo es.

—Tienes que llamar a Jerome —dice Holly—. Primero a Jerome, luego a tus padres.

—Sí, ahora mismo. Pero me alegro de haber hablado antes contigo.

—Y a mí me complace que me hayas llamado. —No solo la complace, de hecho.

—¿Has sabido algo más? ¿Sobre… el asunto?

Así es como lo llama Barbara ahora: «el asunto».

—No. Si estás hablando sobre su…, no sé…, su *caída*, puede que nunca lo sepamos todo. Menos mal que pudimos pararlos cuando los paramos…

—Los *paraste* —corrige Barbara—. Los paraste *tú*.

Holly sabe que intervinieron muchas personas, desde Keisha Stone hasta Emilio Herrera, del Jet Mart, pero no lo dice.

—Al final puede que la explicación sea bastante prosaica —dice—. Sobrepasaron una línea, así de sencillo, y la segunda vez fue más fácil. Y el efecto placebo desempeñó su papel. La mente de él se venía abajo, y la de ella en cierto modo también. Con el tiempo los habrían descubierto, pero posiblemente no antes de que volvieran a actuar. Quizá más de una vez. Los asesinos en serie empiezan a acelerarse, y eso estaba pasándoles a ellos. Digamos que bien está lo que bien acaba… o tan bien como podía acabar.

Desde luego sería bueno pensar que así ha sido, se dice.

—Prefiero hablar de tu gran premio. ¿Eres la persona más joven que lo ha ganado?

—¡Sí, por seis años de diferencia! Según la carta, el texto que mandé les pareció refrescante. ¿Te puedes creer semejante chorrada?

—Sí. Barb, me lo puedo creer. Y me alegro mucho por ti. Ahora haz tus otras llamadas.

—Lo haré. Te quiero, Holly.

—Yo también te quiero —dice Holly—. Muchísimo.

Vuelve a dejar el móvil en el cargador y se dirige a la cocina para rellenarse la taza de café. Antes de llegar empieza a sonar el teléfono de la oficina. Las llamadas que entran por esa línea no las contesta desde finales de junio; se las deja al robot telefónico o al servicio contestador. La mayoría eran peticiones de entrevistas, varias de prensa sensacionalista con grandes ofertas de dinero. Escucha los mensajes, pero no ha respondido a ninguno. No necesita su dinero.

Esta vez se queda inmóvil junto al escritorio con la mirada clavada en el teléfono de la oficina. Cuando el timbre suene cinco veces, se activará el robot. Va ya por la tercera.

Cuando crees que ya has visto lo peor que los seres humanos tienen que

ofrecer, piensa Holly, y *La maldad no tiene fin*.

Esta es la llamada, piensa. *Es la que he estado esperando.*

Puede descolgar y seguir en el oficio de la investigación. Eso conlleva rozarse con la maldad, que no tiene fin. O puede dejar que salte el buzón de voz, y si lo hace, la idea de retirarse no será mera fantasía; significará que de verdad cuelga los guantes y vive de su fortuna.

El timbre suena una cuarta vez.

Se pregunta qué haría Bill Hodges. Pero hay una pregunta más importante: ¿qué querría Bill que hiciera *ella*? En medio del quinto timbre, descuelga.

—Hola, soy Holly Gibney. ¿En qué puedo ayudarle?

14 de agosto de 2021 – 2 de junio de 2022

Nota del autor

Aunque *Holly* es inmediatamente posterior a los hechos narrados en la novela corta *La sangre manda*, incluida en la colección del mismo título, los Lectores Fieles y los estudiosos de los acontecimientos de actualidad quizá observen que se produce al menos una gran laguna en la continuidad. Aunque el covid desempeña un importante papel en *Holly* —de hecho, varios elementos de la narración dependen de él—, en *La sangre manda* no se menciona la pandemia, pese a que diciembre de 2020, el momento en que se sitúa *La sangre manda*, fue un mes terrible en Estados Unidos, como consecuencia de esa enfermedad, pues se notificaron al menos 65.000 fallecimientos.

La razón es muy sencilla: cuando escribí *La sangre manda* en 2019, el covid no estaba aún presente. Me revienta cuando la realidad interfiere en mis narraciones, pero pasa de vez en cuando. Modificaría *La sangre manda* si pudiera, pero eso implicaría reescribir toda la historia y, como decíamos durante mis maratonianas partidas de corazones en la universidad, carta echada, carta jugada. Solo quería que supierais que soy consciente del fallo.

Una parte considerable de la población estadounidense —no la mayoría, me consuela decir— se opone a la vacunación. Puede que esa gente piense que la línea argumental del covid en *Holly* es simple sermoneo (el término para esta clase de ficción, que a mí en cierto modo me encanta, es «pontificación»). No es el caso. Considero que la narrativa es más creíble cuando coexiste con los acontecimientos del mundo real, los individuos del mundo real e incluso las marcas. La madre de Holly ha muerto de covid, y la propia Holly es un tanto hipocondriaca. Me pareció natural que ella tuviera opiniones firmes sobre el covid y extremara las precauciones (salvo por el tabaco). Es verdad que mis opiniones coinciden con las suyas sobre este tema, pero me gustaría pensar que, si hubiera elegido un personaje antivacunación como protagonista o como personaje secundario importante, ofrecería una representación justa de esos puntos de vista.

Lo cual me lleva a Rodney Harris. Es un buen ejemplo de personaje cuyas opiniones ciertamente no coinciden con las mías. Casualmente, todos los datos y anécdotas históricas sobre el canibalismo que expone Roddy son verdad. Son sus conclusiones las que son falsas. La idea de que comer hígado humano puede curar el alzhéimer, por ejemplo, es una absoluta idiotez. No puede culparse a Rodney por ser selectivo con

sus datos; salta a la vista que el hombre está como una cabra. Aunque, ahora que lo pienso, esa comparación es un insulto para las cabras.

Mi investigación, como siempre, la llevó a cabo la extraordinaria Robin Furth. Ella me ofreció un tutorial completo sobre canibalismo, pero ese fue solo el principio de sus contribuciones. También volvió a la trilogía *Mr. Mercedes* y creó una cronología completa para Holly Gibney. Eso me exigió una considerable cantidad de reescritura, pero también me libró de numerosas meteduras de pata. Creo que he hecho un trabajo aceptable, con una excepción: al parecer, el tío Henry tenía hijos, que han sido excluidos de esta novela. Robin es mi Diosa de la investigación. Por favor, atribuidle el mérito de lo que está bien. En cuanto a lo que está mal, la culpa es mía.

Por la ayuda con el latín (el mío lo tengo oxidado), debo dar las gracias a Tim Ingram y a Peter Johns, de Classics for All, una organización benéfica que apoya la enseñanza de materias clásicas. Los encontraréis en Facebook o con Google.

Mi agente y amigo desde hace muchos años, Charles «Chuck» Verrill, murió a principios de 2022. La pérdida que sentí por su fallecimiento se vio aliviada en cierta medida por la celeridad con la que su socia desde hacía mucho tiempo, Liz Darhansoff, intervino para ocuparse de los asuntos relacionados con el libro a fin de que yo pudiera seguir inventándome historias, que es lo que mejor hago. A pesar de su propio profundo dolor, Liz no perdió el compás. Sin ella estaría perdido, y eso mismo vale para sus admirables colaboradores en la agencia, Michele Mortimer y Eric Amling. Muchas gracias.

Chris Lotts es mi responsable de derechos extranjeros y se ocupa principalmente de dar a conocer mis libros por todo el mundo. Además, es un gran tipo.

Rand Holston, también una gran persona, se ocupa de las peticiones de derechos para el cine y la televisión. Lo conozco desde hace más de cuarenta años, y lo considero un amigo además de un colaborador profesional.

Nan Graham corrigió el libro. Los cambios que propuso fueron casi siempre útiles, y las supresiones que propuso —aunque dolorosas— dieron vida a la narración en momentos en que se hacía lenta o se iba por la tangente. Dicen que el diablo está en los detalles, pero en lo que se refiere a *mis* detalles, Nan siempre ha sido un ángel. Resulta grato tener a una profesional de su talla en mi equipo.

Gracias a Molly, alias la Cosa del Mal, que siempre me anima cuando me vengo abajo.

Doy las gracias sobre todo a mi mujer, la novelista Tabitha King, que me apoya de todas las formas posibles. No podría desear una compañera de vida mejor. Fue Tabi quien me aconsejó durante la breve sección del libro que más me costó escribir: la última conversación de Jerome con Vera Steinman. Te quiero, chica.

Una última cuestión antes de dejaros. Tenía que escribir este libro para escribir una escena, que vi claramente en mi cabeza: Holly al asistir al funeral de su madre por Zoom. No tenía un argumento para acompañar esa escena, lo cual era una lástima, pero seguí tanteando el terreno porque me he enamorado de Holly desde el principio, y quería estar otra vez con ella. Y un día leí un artículo en un periódico sobre un homicidio por honor. No pensé que ese pudiera ser mi argumento, pero me encantó el titular, que venía a decir algo así: TODO EL MUNDO PENSABA QUE ERAN UNA PAREJA DE ANCIANOS ENCANTADORES HASTA QUE EMPEZARON A APARECER CADÁVERES EN EL JARDÍN.

Viejos asesinos, pensé. *Ese es mi argumento.* Escribí la historia, y ahora vosotros la habéis leído. Espero que hayáis disfrutado. Y, como siempre, gracias por acompañarme a otro lugar oscuro.

STEPHEN KING